3 1761 08166233 0

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 9.º NUM. 97.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

ENERO 1897

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 9
no. 97-99

EL SALUDO DE LAS BRUJAS

AL QUE LEYERE

Dado que has de leer estas páginas acaso para tí, está de más la advertencia; para los que no leen, pero malician, no hay advertencia que baste. Con todo eso, quiero declarar en la primera página que esta novela ni tiene clave, ni secreto, ni retrata á persona alta ni baja de este mundo, ni se inspira en hechos verdaderos antiguos ó contemporáneos. Es inventada de cabo á rabo; se refiere en parte á comarcas imaginarias, y si encerrase alguna enseñanza (no me atrevo á afirmar que la encierre), será porque no hay ficción que no se parezca de cerca ó de lejos á la verdad, aunque nunca pueda igualarla en interés y en dramática fuerza.

PRIMERA PARTE

¡Salud, Macbeth! Tú serás rey.
(Shakespeare.)

I

LOS ENVIADOS

La campanilla de la puerta repicó de un modo tan respetuoso y delicado, que parecía un homenaje al dueño de la casa; y el criado, al abrir la mampara de cristal, mostró sorpresa, una sorpresa discreta de servidor inteligente, al oir que preguntaban:

—¿Es buena hora para que Su Alteza se digne recibirnos?

El que formulaba la pregunta era un señor mayor, de noble continente, vestido con exquisita pulcritud, algo á lo joven; el movimiento que hizo al alzar un tanto el reluciente sombrero pronunciando las palabras *Su Alteza*, descubrió una faz de cutis rosado y fino como el de una señorita y cercada por hermosa cabellera blanca peinada en trova, terminando el rostro una barba puntiaguda no menos suave y argentina que el cabello. Detrás de esta simpática figura asomaba otra bien diferente: la de un hombre como de treinta años, moreno, rebajuelo, grueso ya, afeitado, de ojos sagaces y ardientes y dentadura brillante, de traje desaliñado, de mal cortada ropa, sin guantes, y mostrando unas uñas reñidas con el cepillo y el pulidor.

El criado, sin responder á la pregunta, se desvió, abriendo paso á los visitantes; y precediéndoles por el recibimiento, alzó un tapiz y les introdujo en una salita, donde ardía buen fuego de leña, al cual se llegó vivamente el mal pergeñado, levantando el ancho pie para calentar la suela de la bota. Una ojeada severa de su respetable compañero no le impidió continuar exponiendo á la llama los dos pies por turno, y á la vez examinar curiosamente el aposento.—El capricho y la originalidad de un artista refinado se revelaban en él. Proscritos los mezquinos cachibaches que llaman *bibelots*, y también los pingos de trapería vieja, que si los apaleasen despedirían nubes de polvo rancio, no se veía en las paredes, cubiertas de seda amarilla ligeramente palmeada de plata, más que dos retratos y un cuadro: cierto que los retratos llevaban la firma de Bonnat, y el cuadro era una soberbia *Herodías* de Luini, reputada superior á la de Florencia. La chimenea, de bronce, lucía cinceladuras admirables, y hasta las rosetas de plata que sujetaban los pabellones de los muebles, estilo Imperio, eran primorosas de forma y de labor. Daba pena ver hincarse en el respaldo de uno de aquellos sillones en forma de nave las garras sospechosas del mal trajeado, y el de la cabellera nívea le miró otra vez, como si dijese: "Vamos, haga usted favor de no manchar la tela....." Sólo consiguió provocar un imperceptible movimiento de hombros, entre desdeñoso y humorístico.

Los retratos atraían la atención del desaliñado. Parecíale que uno de ellos representaba á cierto conocidísimo personaje nada

menos que al augusto Felipe Rodulfo I..... No vestía, en el retrato, el brillante uniforme de coronel de húsares, ni lucía placas cordones y bandas, ni ostentaba signo alguno de su elevada condición: burguesa levita negra, abierta sobre blanco chaleco, modelaba el tronco y acusaba su forma peculiar, el pecho arqueado, los caídos hombros, el cuello un poco rígido, la apostura no exenta de altivez que caracterizaba al soberano de Dacia. Sorprendente era el parecido de la cabeza, copiada tal cual debió de ser allá en verdes años: el rostro pálido, de óvalo suave, de facciones casi afeminadas, de boca diminuta, sombreada por un bigotillo rubio ceniza, de ojos de un azul de agua con reflejos grises; y, únicos rasgos enérgicos y viriles, la nariz bien delineada, de anchas ventanas, y en la garganta muy saliente la nuez. Sin embargo, el que contemplaba la pintura, volviéndose hacia el señor mayor, murmuró con extrañeza:

—Duque, este no es el Rey.

—¡Por Dios! Si está hablando S. M..... Como que así le recuerdo, así, cuando yo era capitán de Guardias.....

—Pero, ¡por el diablo! no ve usted que este retrato viste á la última moda? ¿No se fija usted en el peinado, en la corbata? ¿Cree usted que Bonnat retrataba allá por los años 50?

El tono descortés de esta observación tiñó con dos placas purpúreas las mejillas del anciano; disimulando la mortificación, se acercó al retrato, caló en la nariz unos quevedos de roca y oro, se echó algún tanto atrás, y al fin dijo con pueril alegría, rayana en ternura:

—Es verdad..... ¡Qué tontos somos! ¡Si es el príncipe!....

—No, yo no he sido tonto.....—recalcó con impertinencia el mal perjeñado.—Este retrato sólo podía ser de Felipe María..... La casualidad y la naturaleza nos sirven como si las sobornásemos..... Una semejanza tan extraordinaria nos allana la mitad del camino.

—La emoción que siento han de sentirla todos los buenos,—balbució el duque, que sonreía sin querer, como sucede á las personas que rebosan júbilo.

Su compañero, entre tanto, curioseaba el retrato de mujer, y lo miraba analizándolo implacablemente. El pincel realista de Bonnat había reproducido en el lienzo, sin triquiñuelas aduladoras, no sólo la decadencia de la que fué un tiempo rara beldad, sino

el estrago que causan los padecimientos al minar una organización robusta. Era uno de esos retratos encargados por la piedad filial, que ve acercarse la muerte y quiere perpetuar una dolorosa imagen. La dama frisaría en los cuarenta y pico, y sin duda por vestirla con traje que no pasase de moda, el retratista la había envuelto en amplio abrigo de nutria, sobre el cual se destacaba la cabeza pequeña, coronada de rizos todavía muy negros, un peinado que revelaba estudio y artificios de tocador. A pesar del abatimiento físico que se leía en los largos y aterciopelados ojos del retrato, era viva y sensual la roja boca, y mórbidos los hombros de marfil, que descubrían el abrigo caído y el corpiño escotado; la mano, de torneados dedos, jugaba con una rosa, y sobre el pico del escote descansaba rica piocha de esmeraldas y brillantes.

—Aquí tiene usted, duque, á una mujer que ha debido pasar las de Caín,—indicó el facha con maligna ironía.—Esta era ambiciosa, y desde que las circunstancias tomaron cierto giro, apostaré que soñaba todas las noches que ceñía corona y arrastraba manto real. A ésta la mató el expediente de nulidad..... Mire usted, mire usted cómo se nota la ictericia; ¡qué mejillas, qué sienes! ¡qué arrugas en la frente! Y lo que es guapa, debió de ser guapa en sus tiempos la bailarina.

Hablaba sin volverse ni mirar atrás, señalando con el dedo al retrato, manoseándolo casi; de pronto sintió una presión como de tenazas en el brazo derecho, y oyó la voz del duque, sofocada por la cólera:

—Cállese usted, Miraya..... Esas reflexiones, si se quieren hacer, se hacen luego, dentro del coche..... ¿Ha perdido usted la noción del sitio en que estamos? Me parece que siento ruido detrás de la mampara..... Su Alteza puede oir, y ¡aunque no oiga!

Un gesto del imprudente á quien el duque había llamado Miraya, fué la única respuesta á la acertada observación; y dejándose caer en el sofá, cruzando las piernas, guardó silencio, mientras uno de sus juanetudos pies danzaba, descubriendo sin recato el grosero material y el plebeyo betún del calzado, la dudosa limpieza de la ropa interior. El duque, suspirando, levantó los ojos al techo, como si la lámpara de plata cincelada, entre cuyas hojas de acanto se escondían los feos tulipanes de la luz eléctrica, le interesase mucho.

Y así transcurrieron algunos minutos, en que sólo se escuchó el chisporroteo agradable de los troncos.

De pronto, en medio de aquel silencio, y sin turbarlo, pues ni la mampara al abrirse ni la persona al entrar produjeron ningún ruído perceptible, aparecióse un hombre, ante quien el duque, que había permanecido de pie, se apresuró á inclinarse tan profundamente como si quisiese hincarse de rodillas. La posición que no llegó á adoptar el anciano, la tomó en cambio Miraya, repentinamente sobrecogido, y tanto, que se vió palidecer su tez morena, y la palma de las manos se le empapó de frío trasudor. Pugnaba el duque por besar la diestra del recién venido, sin lograrlo, pues éste sólo consintió una presión ligera. Corrió á levantar á Miraya, y en voz bien modulada, y de gentil compás,

—Háganme el favor de tomar asiento, señores, — exclamó señalando al sofá.—Sospechaba que vendrían ustedes pronto..... Me lo había anunciado Yalomitsa, única persona *de allá* á quień veo algunas veces; no puedo olvidar que el pobre fué amigo de mi madre, y la acompañó..... hasta sus últimos momentos.

—Señor.....—tartamudeó el duque, inquieto del giro que desde las primeras palabras tomaba la plática;—precisamente por eso, porque sabíamos que Gregorio Yalomitsa tenía el honor de ver con frecuencia á vuestra Alteza.....

—¿A mi Alteza?—interrumpió con festivo alarde el joven, pues lo era, como de unos veintiséis á veintiocho años, y en todo igual al retrato que al pronto habían creido del Rey.—Hágame el favor, señor duque..... ¿porque supongo que hablo con el duque de Moldau?

—Señor, — respondió el duque levantándose solemnemente,— desde los tiempos de Ulrico el Rojo, los duques de Moldau, mis ascendientes, llevaron la espada y el escudo de los príncipes de Dacia en el campo de batalla y en las ceremonias palatinas.

Otra vez hizo demostración de besamanos; pero tampoco se la consintieron.

—Me es muy grato tener ocasión de conocer á una persona tan digna de respeto, tan consecuente, tan venerable. Sé que es usted un cumplido caballero, no sólo por su linaje, sino por las prendas de su carácter, lo cual vale más todavía. Apriéteme la mano, señor dupue..... Y sírvase no darme tratamiento; se lo suplico.

—Señor, si vuestra Alteza quiere hacer dichoso á un viejo encanecido al servicio de vuestro padre, y también de vuestro augusto abuelo..... no sólo me permitirá que le hable como es debido..... sino que.....

Rápidamente, antes que el joven pudiese impedirlo, los labios del duque se le adhirieron á la diestra, y la besaron con codicia, con ardor, con fiebre entusiasta. Felipe María sintió que se ruborizaba, lo cual le contrarió: era la del ósculo de acatamiento que le daban por primera vez una impresión semi angustiosa, y al mismo tiempo fuerte, atractiva, como la del juego y la del peligro.

—Miraya,—prosiguió el duque volviéndose hacia su compañero, —me conmueve tanto ver á su Alteza, que no acertaré á decirle el objeto de nuestra visita. Por otra parte, á usted le toca desarrollar elocuentemente nuestro mensaje, y espero que se lucirá usted una vez más, en ocasión tan señalada.

—¿El señor Sebasti Miraya?—preguntó Felipe en tono deferente y halagüeño.

No contestó el interpelado, en quien la emoción, si bien nacida de distinto origen que la del duque, no era menos profunda. Por primera vez en su vida se encontraba mano á mano, él, Sebastián Miraya, hijo natural de una lavandera, pilluelo de la calle, oscuro tipógrafo después, literato de ocasión, periodista de combate, con una persona de sangre real, con un príncipe; en la esperanza de Miraya, un rey. ¿Dónde quedaban la frescura la insolencia de minutos antes? Comprendió que en tal momento, si hablaba, se perdía, y enmudeció, limitándose á sonreir, mientras con vigorosa tensión de amor propio dominaba aquella turbación humillante.

—He leído en el propio idioma en que se escribieron varios artículos del Sr. Miraya, y me han parecido maravillas de estilo y de intención. No tienen en París muchos periodistas como usted..... ¿Sus ideas de usted son muy avanzadas, muy revolucionarias? ¿No es usted el portavoz de los republicanos representativos?

—¡No señor! — apresuróse á exclamar Miraya, cogiendo el hilo, y algo desconcertado aún.— Vuestra Alteza se refiere á mis tiempos de inexperiencia..... Eso pasó. Soy un convertido. He recibido desengaños crueles del partido en que milité; he comprendido la libertad de un modo menos estrecho, menos formulista, y no cuenta hoy en Dacia la causa de la monarquía servidor más leal. Al se-

ñor duque le consta, y mis nuevas y ya firmísimas convicciones son las que me han traído á la presencia de Vuestra Majestad.....

Enérgico fruncimiento de cejas é impaciente tos del duque llamó la atención á Miraya.

—Me adelanto un poco á los acontecimientos, duque, — advirtió el periodista demostrando haber recobrado toda su presencia de espíritu.

—Les escucho á ustedes, — advirtió con dignidad Felipe María, como indicando que deseaba no alargar la entrevista con digresiones. Miraya alzó los ojos, salientes y separados, de orador, y los clavó en Felipe.

—Señor, venimos encargados de un mensaje, y entre los dos representamos, las fuerzas vivas y la opinión honrada de nuestro país. El duque de Moldau, el veterano ilustre, el magnate sin miedo ni tacha, personifica el elemento tradicional; yo, hijo del pueblo, las nuevas aspiraciones, las corrientes europeas. Un eminente político, el exministro Stereadi, que desde hace algún tiempo vigila consultando el horizonte, y lo ve preñado de obscuras nubes y de gravísimos problemas, me ha conferido sus poderes: su sueño dorado sería venir en persona..... mas la traición vela también: si saliese de Dacia, al volver encontraría cerrada la puerta; ni á escribir se atreve, porque se interceptarían sus cartas. El es grande y visible, yo pequeño y obscuro; mis hábitos vagabundos y cosmopolitas me traen con frecuencia á París; mi venida, aun coincidiendo con la del señor duque de Moldau, á nadie llama la atención en Dacia; porque si he modificado mi orden de ideas, convencido de que mi patria ha menester el régimen tutelar de la monarquía, hasta para plantear..... con seguridad las nuevas libertades, por ahora no he comunicado al público mis impresiones, y en Vlasta siguen creyéndome republicano representativo; ¡así se engañen siempre los enemigos de vuestra Alteza! Créenme hostil á la política de Stereadi, jefe del partido liberal monárquico; nadie sospechará que en nombre de Stereadi precisamente, me ofrezco en cuerpo y alma á nuestro salvador, al emblema del porvenir, al príncipe Felipe María de Leonato, legítimo heredero del trono de Dacia.

—¡Dios le conserve largos años!—exclamó enfáticamente el duque, irguiéndose y volviendo á sentarse á un suplicante ademán de Felipe.

--Puede usted continuar, señor de Miraya, — articuló el que llamaban príncipe, inclinando la cabeza como si aprobase.

— Séame lícito expresarme igual que si vuestra Alteza ignorase completamente el estado actual de los ánimos en Dacia: es fácil que lo conozca mejor que nosotros.....

—Se equivoca usted—declaró apaciblemente el joven.—Si se trata de hechos pasados, claro es que he leído la historia del país donde nació mi padre; pero si se refiere usted á cosas contemporáneas..... no me he enterado. Leo los periódicos de allá raras veces; no les presto atención. Cuando viene Yalomitsa charlamos de música, evocamos memorias tristes ó alegres..... De Dacia, ni esto.

—Pues conviene que sepa vuestra Alteza, ante todo, que el Rey está gravemente enfermo; tal vez no le quede un año de vida.

Una conmoción profunda, eléctrica, estremeció á Felipe. La noticia, así, escueta, brutal, había dado en el blanco.

—El público no lo sospecha—añadió el periodista observando con interés la alteración de Felipe,—pero el médico de cámara, que guarda la consigna del secreto más riguroso, no ha sido tan reservado con el ilustre Stereadi..... Aunque la prensa republicana al principio insinuaba veladamente algo, queriendo alarmar, Stereadi tomó medidas para abozalar á los perros ladradores. No conviene que la noticia cunda. Se trata de un padecimiento interno, que tiene un desarrollo previsto, una marcha fija, y que en determinado período, se burla de los esfuerzos de la ciencia. Así es que el trono de Dacia vacará bien pronto, y si la desgracia nos coge desprevenidos, sin solución preparada, sin candidato nacional, Dacia correrá á la catástrofe, al abismo. No importaría la algarada republicana, ni siquiera el reguero de pólvora socialista; no somos un país fabril, somos agricultores, y sin la proximidad de Alemania, hasta el nombre del socialismo ignoraríamos. Otro es el peligro, otro y más terrible: la dictadura militar, la proclamación del gran duque Aurelio, vuestro tío, y..... la absorción de Dacia por Rusia!

Hizo una pausa Miraya, esperando el efecto de estas últimas frases, pronunciadas con dramática entonación; y como Felipe se limitase á oir atentamente y callar, prosiguió, cambiando de tono:

—Las tropas están muy trabajadas por el gran duque. Es un soldado; es el vencedor del turco y del albanés, y goza de un prestigio cimentado en la fuerza, y, preciso es decirlo, en la falta de es-

crúpulos con que procede. De corazón, es ruso más que dacio; su triunfo, para nosotros, equivale á la pérdida de la nacionalidad. Por eso acudimos á vuestra Alteza. Mientras vuestra Alteza nos olvida, el corazón de Dacia late aquí..... No ve tan sólo Dacia en vuestra Alteza al continuador de una dinastía: ve la independencia, que importa más. ¿Todavía se sorprende vuestra Alteza de que, monárquicos de abolengo ó monárquicos por convencimiento, le besemos la mano en señal de adhesión?

Hablando así, animándose gradualmente y llegando á expresar con calor el sentimiento, Miraya arrebató á su vez la diestra del príncipe y consiguió rozarla con los labios. Bruscamente, echándose atrás, Felipe exclamó, perdido el aplomo:

—Basta, basta, señores, por vida suya..... Les ruego que prescindan de ciertas fórmulas, que, se lo juro, me molestan, y que además son innecesarias para que ultimemos este asunto. ¿Vienen ustedes, por lo que veo, á ofrecerme la corona de Dacia?

—En nombre de los dos partidos serios de gobierno, el liberal y el *antiguo* ó tradicional, mancomunados y juramentados—afirmó Miraya.

—Y..... el Rey..... ¿sabe algo de esto?—preguntó con mal disimulada ansiedad Felipe.

—El Rey—murmuró el duque bajando la voz,—¡el Rey lo sabe!

—¿Lo aprueba?

—Completamente—exclamó Miraya á su vez;—sólo pone una condición: que el testamento donde reconozca á vuestra Alteza por hijo y heredero no se haga público hasta después de su muerte. Vuestra Alteza adivina..... El Rey teme las violencias del gran duque, y también el..... el disgusto..... hasta cierto punto natural..... de..... de Su Majestad la Reina..... La mujer, señor, es celosa..... hasta de lo pasado, de lo que ya no existe..... y..... la Reina, al fin, ha de ver en vuestra Alteza..... Basta. Por lo demás, se ha trabajado día y noche con el Rey para que se decidiese al reconocimiento legal..... el ilustre Stereadi no levantó mano, y el arzobispo de Vlasta, correligionario del señor duque, no ha contribuido poco á este resultado feliz..... que tenemos la honra de comunicar á vuestra Alteza, solicitando una palabra que llevaremos á Dacia como un talismán!

II

EL HIJO

Por corto espacio calló Felipe María, recogiéndose, en actitud del que medita y delibera. Después, como embelesado, fijos los ojos en la alfombra, exclamó:

—¡Conque me ofrecen la corona de Dacia!.... Es preciso confesar que la suerte tiene caprichos bien extraños. ¡Lejos estaba yo de esperar semejante oferta!

—Dios—dijo gravemente el duque de Moldau—se complace en ocultarnos el porvenir. Vuestra Alteza ha pasado en la desgracia sus años juveniles: era una escuela donde se educaba, á fin de que la prosperidad le encontrase preparado, ceñidos los riñones y revestido el corazón de fortaleza.

—Ni he vivido en la desgracia, señor duque, ni puede esperar de mí bienes ni males el país donde reina mi padre. Aprecio muy de veras la lealtad que impulsa á la comunión política que usted dirige..... y usted, señor Miraya, hágase intérprete con el eminente repúblico Stereadi de mi sincera gratitud. Quedo reconocido, pero díganles ustedes que rehuso, no sólo ahora, sino para lo venidero, y que renuncio, no á mis derechos—los derechos no pueden renunciarse,—sino á toda pretensión ó aspiración al trono de Dacia. Jamás—¿lo han oído ustedes bien?,—jamás aceptaré ese puesto y ese honor.

Al oir palabras tan categóricas, el duque palideció; Miraya se demudó un instante, y Felipe María sintió que era preciso alegar razones, porque negativa fundada, negativa excusada; en tono más afable, se dió prisa á añadir:

—Las circunstancias, señores, han hecho de mí un hijo de mi siglo. No sé cómo pensaría si me hubiesen criado y educado desde niño para reinar; es posible que se hubiese formado en mí una segunda naturaleza, y que esa naturaleza me impulsase á ocupar mi sitio y á entrar en mi papel sin esfuerzo. Pero he vivido ajeno á es-

peranzas ambiciosas, y he abrazado las doctrinas de una filosofía egoista..... ó llámenle ustedes como quieran. Libre, he aprendido á conocer el precio de la libertad; apartado de la política, he presentido sus amarguras. ¿Qué quieren ustedes? Soy un vividor..... ó si lo prefieren, un epicúreo..... no grosero. En mi estado actual me juzgo uno de los hombres más felices que comen pan á manteles. Ya me hará usted objeciones, señor duque; no me niego á escucharlas, pero antes déjeme usted que le pinte el cuadro de mi existencia. Soy joven, tengo salud, y poseo un caudal no despreciable. Nada valdría todo ello, si me faltasen ciertas aficiones escogidas, que no sólo ayudan á matar las horas, sino que entretienen la imaginación dulcemente, excitándola de un modo grato. Me refiero á esa curiosidad ilustrada que, sin llegar á ser ¡Dios nos libre! vocación científica, ni artística, basta para convertirnos en espectadores inteligentes del gran espectáculo. Tales aficiones serían hasta un martirio para mí, si me viese obligado por cualquier motivo á ahogarlas, vegetando en un rincón, en uno de esos países muertos d onde ni se piensa ni se crea, donde los días se deslizan iguales y la gente se enmohece..... Pero vivo en París en invierno, y viajo parte del verano y del otoño; todavía no he recorrido sino una parte mínima del mundo, así es que me aguardan muchas sorpresas; el libro tiene cientos de hojas sin cortar. Un rico sin imaginación, es un atleta ciego; un pobre con imaginación, es un paralítico dotado de inútil segunda vista; ni me creo ciego, ni soy paralítico; me pertenezco, y no me resuelvo á entregarme. Con franqueza, señor de Miraya: ¿qué haría usted en mi lugar? Lo propio que yo.

Interpelado directamente Miraya, vaciló un segundo: era demasiado intelectual, á pesar de su ruda corteza, para no sentir el encanto del cuadro que bosquejaba el príncipe. Por fin encontró salida:

—Los elevados sentimientos de vuestra Alteza responderán por mí. No sabría objetar; sólo le ruego que lea en su alma..... y allí encontrará la refutación victoriosa de lo que no me atrevo á llamar sofismas. Si fuésemos plantas, nos bastaría el deleite de vegetar bebiendo el rocío, absorbiendo el sol, cubriéndonos de hoja y de flor en primavera..... Pero las mismas plantas, señor, dan su fruto, y al dar fruto adquieren el derecho á la vida. No suponga vuestra Alteza que al venir aquí creimos convidarle á una excursión de

recreo, á una cacería, á un alegre banquete, á una ópera. Diré más: sabíamos que nuestra proposición, si vuestra Alteza la aceptase, le impondría sacrificios que hasta hoy no ha conocido, y le revelaría deberes que no sospechaba. Y me atrevo á añadir que el haber venido sabiendo todo esto, es una prueba de nuestra alta estimación. Si respetábamos en vuestra Alteza al príncipe heredero de Dacia, también apreciábamos al hombre capaz de cumplir una función que hoy puede llamarse providencial.

El botón de fuego llegó á lo vivo. Felipe María se mordió el labio inferior, pálido y turgente.

—¿Y quién le dice á usted—contestó no sin vehemencia—que yo no soy ese hombre capaz de resolución y de sacrificio? No suponga usted, por lo que le he mostrado de ella, que conoce mi alma. Me he retratado superficial y gozador, quizás porque me desdeñaba de dar otras explicaciones, no estando obligado tampoco á darlas. Ha abierto usted heridas que van á sangrar, y lo siento..... Acuérdense de que no es mía la culpa.

—Dígnese vuestra Alteza perdonarme si me he excedido—murmuró hipócritamente Miraya, que sonrió guiñando de soslayo al duque, el cual, lleno de desconsuelo, cruzaba las manos sin acertar á decir cosa alguna.

—No tengo qué perdonarle á usted..... porque usted no puede interpretar mi situación, y creo que únicamente siendo yo mismo la comprendería. Sin embargo, de sobra conocen ustedes mi historia..... Y sobre todo, la de mi madre. ¿Verdad, duque?

—Señor.....—articuló el duque humilde y noblemente—así que vuestra Alteza ocupe el trono, mándeme encarcelar y procesar si lo merezco..... Cuando Felipe Rodulfo I me consultó cuestiones muy graves y muy delicadas..... ¡yo no he de negarlo! ¡yo no reniego de mis actos nunca! opiné que el soberano de Dacia no podía declarar públicamente su enlace con una señora..... con una señora..... particular..... que no era de estirpe regia. Mi dictamen fué que el matrimonio permaneciese secreto, hasta el fallecimiento de la madre de vuestra Alteza; y sigo creyendo que así convenía. Si á vuestra Alteza le contaron que intervine en lo de la nulidad del matrimonio, han mentido; como caballero, como militar, lo desmiento terminantemente. Es más: lo de la nulidad, siempre lo consideré inicuo.... aunque se hizo por medios legales, como suelen hacerse las picardías. Moralmente,

señor, válido era el enlace de vuestro padre. A no creerlo así, no hubiese venido á ofrecer á vuestra Alteza la corona.

Esta vez Felipe María tendió al duque la mano con amistosa cordialidad.

—La gran verdad que acaba usted de proclamar—dijo no sin esfuerzo—es precisamente una de las poderosas razones que me hacen rehusar la oferta. Si olvidase los agravios de mi madre, me tendría por el más miserable de los hombres. ¡Mi madre! Yo no he conocido otra protección sino la suya. Me hablan ustedes de un Rey de Dacia, que es mi padre. ¿Los padres acarician á sus hijos?..... No recuerdo que me haya besado el Rey de Dacia. Mi madre sí: he calentado mil veces la cara en su pecho; he conciliado el sueño en su regazo; sus brazos me acogieron amorosamente. Si tengo alguna educación, es porque mi madre me buscó profesores; si no estragué en el vicio mis veinte años, es porque mi madre supo preservarme con su cariño. En mis enfermedades, ella me asistía; en mis soledades, ella me consolaba..... No; mi familia, es mi madre. Hasta las comodidades materiales que me rodean, la hacienda que disfruto, y que hace de mí un privilegiado de la vida, la debo al trabajo de mi madre..... ¡A las piruetas de la bailarina, señor duque!

Chispeaban, con fosfóricos destellos, los cambiantes ojos de Felipe María, tan pronto grises como azulinos. La cólera le sacudía, y sus nervios se desataban, sin que ya pudiese dominarlos.

—Sí, señor; de la bailarina....—añadió viendo que el duque, avergonzado, bajaba la cabeza y que Miraya fijaba la vista obstinadamente en la *Herodías*—otra bailarina real.—¡Mi madre, la Flaviani, (no lo oculto, y hasta me envanezco de ello!) bailó en todas partes.... no sólo antes de haber llamado la atención al que había de ser Rey de Dacia, sino después de haberse creído mucho tiempo su esposa; y después, naturalmente, tuvo mejores contratas..... ¡Es un grano de anís ver bailar á la esposa de un Rey! A las piruetas posteriores á la corona..... ¡me lo ha contado varias veces! debemos la lucida renta que poseo.... Gracias á esas piruetas, al venir á brindarme la corona no me encuentran ustedes en alguna bohardilla royéndome los codos de hambre.....

—Señor—imploró el duque ahogándose literalmente—comprendo las quejas de vuestra Alteza..... me explico sus resentimientos..... pero me consta, y le empeño mi palabra, que se hicieron reiteradas

tentativas para que la señora Flaviani aceptase una decorosa pensión.....

—¿Y la aceptó?—interrogó Felipe con ironía.

—Desgraciadamente.....

—¡Ah!..... Prefirió bailar, y yo lo hubiese preferido también. No todo se paga con dinero. Sí, señores; la madre del príncipe heredero volvió á calzar los zapatitos de raso y á vestir el tonelete de gasa, y á ser la *Wili* y la *Gisela*..... Si me coronan ustedes, llevaré esos zapatitos en la mano. Los conservo como una reliquia.

—Señor—intervino el duque á cada paso más angustiado, y pidiendo auxilio con los ojos á Miraya, que se hacía el muerto—no lleve á mal vuestra Alteza que le recuerde algunos pormenores importantes..... Oigame sin enojo. Cuando Felipe Rodulfo I se unió á la señora Flaviani, no era rey, no era ni príncipe heredero de Dacia: su hermano, Alfredo III, monarca reinante, tenía dos hijos, hermosos y fuertes; nadie podía prever la catástrofe, la difteria pegada al mayor por el pequeño en una caricia, la muerte de ambos, y poco después la de su padre, despedido por un potro fogoso contra un tronco de árbol, donde se le quedaron pegados los sesos. Esta serie de fatalidades llamó al trono á vuestro padre, que ni estaba en Dacia siquiera: desde hacía años viajaba por Europa y usaba como le parecía de su libertad. Recayeron en él los deberes más sagrados..... se vió pastor de pueblos..... y no tuvo más remedio que prescindir del cariño á su esposa. ¡Del respeto, señor, no prescindió nunca!.....

—Del respeto..... ¿y la dejó bailar delante de todos, expuesta á los silbidos?—exclamó el príncipe, cuyas delicadas facciones se contrajeron, cuyos ojos fulguraron, cuya voz se enronqueció.—Respeto..... ¿y anuló el matrimonio, y rebajó á la que le había entregado su alma al rango de concubina? Respeto..... ¿y la condenó á presenciar desde los bastidores de un teatro cómo otra mujer ocupaba su puesto en el hogar y en el trono? A cada año que pasaba, duque, á cada año que pasaba sin que los reyes de Dacia tuviesen sucesión, me decía mi madre al oído: "¡Hijo mío, hay providencia!„ ¡Si creo firmemente en Dios, duque, es porque su justicia hizo estéril el segundo matrimonio de Felipe Rodulfo!

—Acaso, señor—aprobó el duque—haya sido designio del cielo, y efecto, más que de la justicia, de la previsión divina, el no dar hi-

jos á sus Majestades. Vuestra Alteza existía, y es bastante para nuestra dicha y nuestro amor.

—No se trata de mí—exclamó Felipe, excitándose con sus propias palabras—se trata de mi madre, señor duque..... ¡Si sólo á mí hubiesen ofendido, chico pleito sería! Lo que no se borra tan fácilmente de la memoria de un hombre, son los padecimientos de una madre. Si yo no pensase ya en ellos, merecería habérselos causado. Y les advierto que era animosa; que no se quejaba nunca; pero he comprendido muy bien que la mató la pena y la humillación inmerecida; y, sobre todo, la idea de que yo, nacido de un matrimonio tan legítimo como otro cualquiera, pasase por bastardo. En su justo orgullo, me ordenó no usar más nombre que el de Flaviani, para demostrar que, al menos, no me avergonzaba de él. ¡Flaviani! —repitió Felipe con una carcajada seca y sardónica—¿quién sabe si este apellido es más ilustre, más antiguo que el de los soberanos de Dacia? Mi madre, que era romana, descendería de algún patricio de la familia de los Flavios..... Me complazco en creerlo así—insistió con la misma risa cruel.—¡Ya que mi padre ha pensado en mí..... para combinaciones políticas..... díganle de parte de su hijo, que todo, todo lo podría olvidar Felipe María..... menos una idea..... horrible: la de que, á no ser por las intrigas y las ambiciones, aún tendría madre hoy!

Dijo esto conmovido, con lágrimas de rabia y temblor de cabeza; y levantándose de repente, pegó el rostro á los vidrios de la ventana, desde la cual se veía perfectamente la flecha de la iglesia gótica donde habían cantado el funeral á la bailarina, de donde había salido el hijo para acompañar hasta el cementerio el cadáver de la madre..... Un dolor vivo, fresco, sano, mezcla de piedad y de indignación, le cortaba el aliento; se sentía grande, y padecía.

El duque de Moldau, caída la cabeza sobre el pecho, no encontraba argumentos ni razones: ¡era natural que Felipe María contestase así! Tan agobiado estaba, que no se movió del sillón al levantarse su príncipe: de pronto recordó y se incorporó automáticamente, confuso por haber infringido las leyes de la etiqueta. Miraya, siempre mudo, casi sonreía; sus ojos sólo se apartaban de la bella *Herodías* para descender á contar las incrustaciones del pavimento.

—Es cuanto tengo que responder á la honrosa proposición de ustedes—afirmó de improviso Felipe volviéndose á los enviados.—

Despachado ya este asunto, me dispensarían un gran placer quedándose conmigo á almorzar, sin cumplido, á lo que Dios depare. Están ustedes en casa de un amigo, de Felipe María Flaviani, que tiene en las venas sangre dacia.

—Estamos en casa de nuestro príncipe heredero—respondió Miraya concisamente.—Si él nos honra sentándonos á su mesa....

—Como príncipe heredero, no les puedo convidar—declaró Felipe con sequedad exagerada.

Los enviados, que permanecían de pie, guardaron silencio. Estos momentos en que se interrumpe el diálogo desenlazan las audiencias reales. Cortesano respetuoso hasta el fin, el duque lanzó á Miraya una ojeada expresiva, y, andando de costado, buscó la puerta, desde la cual los dos mensajeros se volvieron para inclinarse, en reverencia profundísima, contestada por Felipe con otra más leve; al final de la entrevista, el hijo del soberano desmentía, sin querer, sus protestas de renuncia al trono: se despedía como se despiden los monarcas.

Asaz mohinos bajaron los enviados la corta escalera; el duque tropezó en el último peldaño, y le sostuvo el periodista. El lacayo abrió la portezuela del *trois quarts,* y el duque cayó en el mullido asiento como caería en la cama para morir. La antes atusada trova pendía en lacios mechones; la dentadura postiza se entrechocaba en la boca consumida y severa; las secas manos temblaban dentro de los guantes perla bien ceñidos. Miraya, entrando sin cumplimientos y sentándose al lado del gran señor, preguntó apenas el coche se puso en marcha:

—Duque, ¿no tendrá usted un habano?

—¡Ya va usted á apestarme!—gritó el viejo, perdiendo la paciencia.

—Por no apestarle á usted, le ruego que me dé un cigarro posible—respondió con flema Miraya.—Si saco mi tabacazo..... me arroja usted por la ventanilla.

Al abrir la petaca de plata, oxidada y martillada, con cifra y corona ducal de diamantes, Miraya se echó á reir.

—¡Suprima por Dios esa cara de..... de mochuelo melancólico! ¿Descorazonarse usted, usted, que representa el partido constante por excelencia, el que cree tener de su parte á Dios, y por consiguiente no puede desesperar?

—Hemos fracasado, Miraya—suspiró el magnate.—Tendremos á Aurelio IV, y á la vuelta de pocos años, Dacia sufrirá la suerte de Polonia: será borrada del mapa, desaparecerá hasta su nombre y su recuerdo..... Mi consuelo es que para entonces no viviré; mi pena, que no haya sido estéril mi esposa, como lo fué la Reina. ¡Siento dejar fundada una familia que no ha de tener patria....!

Miraya, chupando el puro ya encendido, se encogió de hombros.

—¿De modo que, según eso, el partido *antiguo* ó tradicional se retira de la coalición?

—El liberal, ó mejor dicho, Stereadi, será quien primero rendirá pleitesía á Aurelio IV; y encontrará mil razones especiosas para aceptar el protectorado de Rusia y la mengua de nuestro pais.

—Stereadi, ya que ustedes se echan atrás, seguirá el plan por cuenta propia.

—¿Eh? ¿Cómo?—interrogó alarmado el duque.

—Y coronará en Vlasta á nuestro joven Rey Felipe María.....Ya lo creo. ¿Pero es posible, señor duque, que aun sea usted tan cándido? ¿De manera que ha tomado por lo serio la negativa del príncipe? Pues yo la tenía tragada. Era visto que se produciría esta explosión sentimental. Respiró—¿y cómo quería usted que no respirase?—por la herida del amor propio, del rencor y la furia celosa, del veneno que la madre estuvo destilando tantos años en el alma del hijo. Ya desahogó, y ahora empiezan á trabajar otros sentimientos, muy lógicos también..... muy humanos..... Los tengo descontados, como tenía descontado el exabrupto de hoy.

A medida que Miraya se expresaba así, el rostro del duque se coloreaba otra vez de fino matiz sonrosado, y sus arrugas parecían borrarse.

—¿Está usted seguro?—tartamudeó gozoso.—¿El príncipe aceptará?

—Lo juraría. Sólo que ustedes..... no ven tres sobre un asno. Lléveme el diablo si no danza en este negocio, además de la bailarina difunta, otra mujer vivita y más peligrosa por consiguiente..... Cuando el barco no sigue la corriente, ancla tenemos..... El príncipe está *anclado*.....

La satisfacción del duque le rezumaba por los poros. ¿Cómo no se le habían ocurrido á él tales cosas?

—Hay *fémina*, vaya si la hay..... La descubriré.....! ¿Sabe usted lo que nos perjudica mucho? Que su Alteza *malgré lui* tenga dinero largo..... ¡Si le hubiésemos cogido en época de trueno.....! Con todo, duque, podemos organizar sin demora el partido *felipista*. Vuélvase usted á Vlasta; trabaje á los demás *antiguos;* prepare la opinión. Yo me quedo en París: que me envíe fondos Stereadi..... ¡y que no se ande con tacañerías!

—Por lo pronto, yo le adelantaré á usted una cantidad.....

—Venga de ahí—exclamó Miraya crudamente.

—¿Subirá usted ahora á mi cuarto, en el hotel?

—¡Ay, querido duque! Increible parece que no viva usted más advertido. En su hotel no debo yo sentar la planta. Y tampoco usted debe ir al hotel en este coche, que está alquilado á nombre de un amigo mío, un brasileño. Bájese en la plaza de la Concordia, y tome allí un simón. ¿Cree usted que el futuro Aurelio IV no nos ha puesto ya espías? ¿Sabe usted á quien he visto anteayer, en un café del bulevar? A Nordis, ¿entiende usted? Al mismo ¡Nordis. ¿Qué hace en París? Por recreo no viajará ese pájaro.....

—¡Nordis aquí!—repitió pensativo el duque.

—En persona. De modo que..... prudencia. Nos veremos en el gabinete particular del restaurant *Britannia*, calle de San Honorato. Se entra por un sitio muy reservado..... el *pasaje,* que parece *ad hoc* para tapujos. Estoy allí esta noche, á las siete. Ahora, me bajo. No se olvide usted de despachar el coche antes de llegar al hotel..... Me llevo otros dos puros.

El periodista abrió la portezuela y salió rápidamente, sin que el coche parase. El duque le siguió con la vista, antes de que se lo bebiese la muchedumbre. Después sacó el perfumado pañuelo y lo agitó, para disipar el humo y el ambiente de Miraya. Y murmuró:

—¡Talento, lo tiene! ¡Pero qué ordinariez! Da asco.

III

GREGORIO YALOMITSA

Felipe María, al verse solo, rompió á pasear agitadamente por el estrecho ámbito de la sala, fijando de tiempo en tiempo los ojos en el retrato de su madre. Después se detuvo ante la chimenea, y tendió las manos á la llama que moría en los troncos desmoronados. Una voz mesurada anunció que estaba servido el almuerzo. Recordó: no tenía apetito, aunque debía de pasar bastante de la hora acostumbrada. Al punto en que se sentaba á la mesa y destapaba el bol de plata que contenía el consumado, inclinóse hacia su amo el servidor, y dijo, en ese acento que lleva sordina, el tono del respeto exagerado de la domesticidad contemporánea:

—¿Deberé dar al señor en lo sucesivo su tratamiento de Alteza?.....

Felipe se turbó. Parecía que el ayuda de cámara había leído en su pensamiento. Precisamente estaba rumiando el efecto singular que produce oirse llamar *Alteza* por más de una hora..... "El periodista me trató de *Majestad*....." Y era involuntario: el eco de aquellas dos palabras "Vuestra Majestad....." resonaba siempre en su oído, como vuelve porfiadamente el ritornelo de una melodía de las que *se pegan*..... Con vehemencia, cual si rechazase una agresión, entre el vaho del consumado que le envolvía el rostro, lanzó estas palabras:

—No; ¿de dónde sacas?..... ¡Guárdate de ponerme en ridículo!

Al punto mismo sonó la campanilla de la puerta á rebato, y poco después se precipitó en el comedor un hombre que gesticulaba, abriendo los brazos y mostrando querer abrazar á Felipe. Tanta familiaridad, habitual sin duda, debió de molestar, en aquel momento, al que era objeto de ella; avanzó las manos como para defenderse, señaló la silla y el cubierto puesto al recién entrado, y dijo en tono agridulce:

—Vamos, Gregorio, para que llegues tú un día en tiempo oportuno de almorzar, preciso ha sido que me retrasase yo..... Ea, siéntate..... y almuerza con sentido común, en orden, una vez siquiera en tu perra vida.

Sentóse Gregorio sin más ceremonias, y mientras el criado, impasible, le presentaba otro bol, lleno de un caldo concentrado capaz de resucitar á un muerto, suplicó en voz resquebrajada y ronca:

—Adolfo, hijo, un dedito de cognac..... un dedito puesto en pie..... Necesito calentarme el alma..... Traigo en ella el frío de la muerte..... ¡Acabo de ver á las aves de mal agüero! Iban dos, acurrucadas en un coche.....

Miróle sorprendido Felipe, mientras Yalomitsa, desdeñando el caldo sustancioso, contemplaba con deleite, al través de la diáfana copa, el color de venturina del rancio cognac, un cognac de naufragio, el contenido de una barrica viejísima, arrojada por el mar á las playas de Bretaña—oro y fuego líquidos.— La luz, entrando por alta vidriera, que caía á un jardín despojado por el invierno, se combinaba con los reflejos movedizos de la chimenea, y los ayudaba á hacer resaltar el tipo extraño de Gregorio Yalomitsa. Era pequeño de estatura, con enorme cabezón; enorme no tanto por las dimensiones del cráneo, como por una melena leonina, especie de zalea, que se esparcía indómita á uno y otro lado del rostro. De un negro azul, no rizada ni crespa, pero de mechones caprichosos, elásticos y enroscados como sierpes, parecía la de Yalomitsa la cabellera de Medusa. La cara, de un moreno anaranjado, que alumbraban dos grandes ojos oblicuos, de blanquísima córnea y sombría pupila, semejaba una moneda de cobre caída entre el plumaje de un cuervo. La nariz era chata, salientes los pómulos, el bigote péndulo: una fisonomía de esas que los antropólogos llaman *mongoloides*. El vestir de Yalomitsa no revelaba pobreza, sino extravagancia y abandono; un gabán nuevo, forrado de pieles, hecho para otro cuerpo, descubría un chaleco de terciopelo verde, roto y falto de dos botones; un pantalón azul, de rico paño inglés, se escondía en unas botas altas, arrugadas, de vaca, salpicadas de barro. La corbata era de lazo, de color rabioso, flotante; de reloj y cadena, ni señal.

—¡Maldito!—murmuró, sonriendo á pesar suyo Felipe, á quien solía divertir la peregrina facha de su amigo.—Me estás dando find e

la barrica del cognac, y es único: ninguna bodega de París se honra con otro igual.

—Tampoco nadie aprecia en París el mérito de este cognac como yo—respondió el bohemio, trasegando á su estómago otra copa.—Así que me lo echo al coleto, me nacen dentro flores..... ¡Flores y estrellas del cielo! No te vuelvas avaro, Lipe..... ó creeré que te han pegado la lepra esos que he visto subir al coche.

Felipe frunció las cejas. Le sonaba á indiscreción tal modo de hablar. Con ojeada severa recordó á su amigo que los criados podían oir; Gregorio cambió de conversación instantáneamente.

—Ayer—dijo—pasé toda la tarde en el taller de Viodal. ¿Tampoco gusta esta tocata?—añadió, observando una contracción involuntaria en la frente de Felipe.—Antes eras del corro de admiradores del genio..... ¿Cuántos días hace que no pones allí los pies?

—Iré..... tal vez hoy mismo—contestó fríamente Felipe.

—¡Bravo! A ver si á Rosario se le alegran los ojos..... Viodal lleva muy adelantado su cuadro para el salón..... y ha emprendido otro, que aún no es más que un boceto: *La Samaritana*.....

—Ese no le conocía—declaró con displicencia Felipe.—Veo que le da por los asuntos evangélicos..... ¿Quién le ha servido de modelo para *La Samaritana?*

—Rosario, naturalmente..... ¡Qué postura..... y qué sentimiento el de la cabeza! ¡Un poema! El otro cuadro, sin embargo, es más estudiado, más razonado, más intenso.....Gana todos los días. Al pronto no entendía yo la psicología del asunto..... porque la tiene..... ¡y estupenda! Es el momento de clavar á Cristo en la cruz; sólo que los sayones, en vez de soldados romanos ó tagarotes judíos, son gente de hoy, generales, políticos, banqueros, ¿comprendes?, de los que codeamos por ahí, en los teatros y en los salones....., y vestidos como tú....., y las caras, en vez de la expresión que tienen en sociedad, presentan la de su alma vista por dentro..... Almas que nos enseñan el forro..... ¡Vaya un forro más horrible! No es como el de este gabán que me ha regalado mi amigo Flaviani..... ¡Oh, gran Flaviani, mi Providencia! Dame la mano..... ¿Qué es eso? ¿La tiendes de mala gana? Parece que la siento tiesa, fría.....

—Es que el día es de prueba—contestó impaciente Felipe—y además, tú has traído frío de la calle.....

—Si vieses—continuó Yalomitsa, engullendo distraídamente hue-

vos revueltos con trufas—¡qué gestos, qué muecas, qué miradas! Hay un tío viejo, idéntico al barón Weider, que le tira á Cristo del brazo para que se lo puedan clavar á la cruz..... ¡Qué tío! Dan ganas de crucificarle á él..... ¡Más antipático!

Como empezase el bohemio á hablar de arte, no se le acababa tan pronto la cuerda. Ni sabía lo que tragaba, engolfado en su entusiasta descripción. Tomó la ampolleta comparando la factura de Viodal y la de otros pintores impresionistas, luministas, *borronistas* y puntillistas, á los cuales puso como hoja de peregil, Calificó á Viodal de "socialista satírico„; sus cuadros siempre exponían en la picota á las altas clases, especialmente á la plutocracia ó burguesía adinerada.

—A fe que se va poniendo pesado con ese tema—observó Felipe, dejándose en el plato un jugoso *rumpsteack*.

El bohemio protestó:

—¡Al contrario! Viodal sube. Su nombre ya era respetado en Europa: ahora le encargan de los Estados Unidos dos grandes lienzos para el local de la *Working Association* (Unión del trabajo).

—Pues yo te aseguro—afirmó secamente Felipe—que Viodal cansa: y es que pinta con el cerebro. Vengan los que pintan con la inspiración y con la maestría adquirida, como Bonnat. ¿Que tiene *ideas?* ¡Sabe Dios si son suyas! El cuadro del Salón, sé donde lo pescó Viodal..... Cerca de Madrid, en el Escorial, hay un Bosco muy raro, Cristo cargado con la cruz: Cristo es el mismo pintor, y los sayones que le van empujando, sus acreedores, sus usureros, sus judíos, sus ingleses.....'¡Me lo ha dicho Rosario! Cuando Viodal y ella estuvieron en España, el pintor se pasó dos horas en éxtasis ante el Bosco, y hasta se trajo una fotografía...,. Vosotros, los que tenéis el prurito de asombraros y de descubrir un genio cada mañana, poseeis también unas tragaderas envidiables.....

Esta discusión terminó al vaciarse las tazas del te ruso. Pasaron los dos amigos al fumadero, no sin que Yalomitsa, á espaldas de Felipe, hiciese una seña á Adolfo, que la entendió y siguió al bohemio llevando una bandejita con la botella y las copas del cognac. Sobre ochavado velador morisco esperaban los *papelitos* españoles de Felipe y la pipa de madera de Gregorio, atestada de rubio tabaco. Mas antes de que el bohemio la acercase al mechero encendido, Felipe, ya recostado en el diván, tendió la mano imperiosamente.

—Gregorio, ¡un poco de música! Tocando no disparatas como hablando..... ¡Las canciones..... de tu país!..... ¡Los aires dacios!

Sin objeción, el bohemio obedeció á aquel capricho, que parecía mandato regio. Sobre el diván yacía el violín: apoderóse de él con una especie de transporte, empuñando el arco y estrechando contra el pecho el instrumento, sobre cuyo árbol recostó amorosamente la mejilla, sacudiendo hacia atrás la melena serpentina, que radió y formó aureola. Al primer roce del arco sobre las cuerdas, cuya afinación no se tomó el trabajo de probar, el violín exhaló un quejido breve, intenso, espasmódico. Los dedos de Yalomitsa, largos y flexibles, de curvas uñas ambarinas, medio dislocados, se adherían al arco transmitiéndole una eléctrica corriente de sentimiento, y volaban las notas, llorosas, irónicas, ensoñadoras, rientes; rumores sutiles y misteriosos como el susurro del follaje, ó quejas reprimidas como las que arranca un dolor oculto; violentas exclamaciones de ira, orgullosas protestas, melancólicas frases de resignación..... El violín reía con risa del infierno; suspiraba con ansia infinita; y de pronto, sonoro y marcial, lanzaba un himno guerrero, que terminaban estridentes gritos de triunfo.

—¿Cómo se llama eso, Gregorio?

—El canto de Ulrico..... Uno de tus abuelos, Flaviani..... Un tirano!.....

—Ulrico el Rojo..... Ya sé. ¡Cómo revela ese canto el desprecio de la vida!

—Ahora tocaré lo que bailan las aldeanas, y lo que las dicen sus enamorados, y las coplas del molino.....

Y como si el violín se bañase en auras de primavera, brotó de él una melodía fresca, húmeda de rocío, oliente á flores campestres, entrecortada por ingenuas risas y requiebros candorosos. Una inocencia maliciosa, idílica, tierna, rebosaba de las estrofas del villancico, y el ritmo del agua al hacer girar la rueda del molino acompañaba con originalidad el amoroso diálogo..... Felipe escuchaba absorto. Gregorio, fatigado, echando atrás los mechones que le comían los ojos, pidió tregua.

—Lipe, déjame fumar.

—Descansa y fuma, y bebe..... aunque eso no lo pides.

Encendió la pipa, se puso cognac, paladeó un sorbo, y se recostó en el diván, sacando una bocanada de humo que lanzó al techo, cu-

bierto de telas japonesas plegadas en figura de gigantesca sombrilla. De pronto, volvióse hacia Felipe, como quien recuerda algo importante.

—Ahora que no nos oyen..... ¿Qué te querían esas aves de rapiña?

—Ofrecerme el trono de Dacia—respondió al punto Felipe, cual si esperase la pregunta.

—Lo sabía—gruñó Yalomitsa, ahumando á más y mejor.—Las cosas andan revueltas por allá. Aurelio Leonato es impopular, porque ha vendido el alma á los rusos; y el intrigante de Stereadi aprovecha esa corriente para poner un rey de su mano. Necesita un maniquí para reinar en su nombre, y ha olido que Aurelio, cuando suba al trono, es muy capaz de cortarle la cabeza. ¿Te asombras de que sepa tanto Gregorio? Pues es que á Gregorio, aquí donde le ves, le han querido chapuzar en el estiércol en la política..... Stereadi me ofrece el oro y el moro si te decido á hacer porquerías..... ¡Oro á mí! Si al menos me hubiesen ofrecido una barrica de esta gloria celestial.....

—¿Es de veras, Gregorio?

—Como lo oyes..... ¡Pero les canté las verdades! El chalán—uno de los buitres, un escribidor que se llama Miraya,—se largó con las orejas más gachas! Le solté lo que verás. "Entérate, belitre, de que si tengo hambre, no me falta un faisán en las mesas de los amigos... Entérate de que el frío me lo paso junto á las chimeneas ajenas..... Entérate de que visto como un príncipe, y voy más decente que tú con las sobras del gomoso de Flaviani..... Entérate de que este gabán de pieles me lo ha dado él..... Ya ves; yo tengo gabán de pieles y él puede regalarlos; no nos sobornas..... Entérate además de que si me das dinero hoy de noche, no tengo una mota mañana por la mañana..... Para lo que me había de durar, vaya enhoramala el dinero..... El incorruptible has hallado; soy Catón. Llevaré una carta amorosa, pero no me hagas tercero de reinos." Me rogó que guardase reserva..... Bien; soy magnánimo: lo prometí. Bastante tiene con la retahila que le soplé..... y con las calabazas que tú le regalaste.

—Te equivocas,—declaró intencionadamente Felipe.—¿Qué te creías tú? Nadie rehusa un trono.

Yalomitsa pegó un salto brusco, dejando caer la pipa, que derramó su carga. Precipitóse á recoger el fuego, y juró al sentir que le quemaba los dedos.

—¡Mala centella! Déjate de bromas. ¿Has aceptado?

—¿Qué querías que hiciese?

—¿Qué quería? Darles un puntillón..... echarles por la ventana, ¡centellas y rayos! ¿Que quería? Soltarles un perro rabioso..... ¡El infierno te confunda! ¡Has aceptado! ¿Era por eso por lo que me dabas antes una mano tan rígida? ¿Era por eso, condenado, por lo que mandabas con tanto imperio. que tocase en vez de fumar? Qué, ¿ya soñabas tener esclavo, bufón, enano, mico, músico de cámara? ¡Mala tiña te pele! ¿Por eso me pedías el canto de Ulrico el Rojo, de aquel facineroso, de aquel verdugo? ¡Anda y que te canten el funeral! Aunque te pusieses de rodillas, con tu corona y tu cetro en la mano, y me limpiases las botas ¿ves como las tengo de lodo? con tu manto de armiño, no volverás á oir otra vez, ¡antes me abrasen las pajarillas cien renegadas centellas! una nota del violín de Gregorio Yalomitsa.

—Me pasaré sin él tan ricamente. Formaré una orquesta de los mejores profesores, para mi recreo. A los reyes nunca les falta quien les dé música, hijo.

No replicó Gregorio, pero su vívida melena ondeaba, sus ojos oblícuos giraban espantados, y sus manos descoyuntadas se crispaban de furor. Repentinamente cambió de actitud y se arrojó á los pies de Felipe, abrazando sus rodillas.

—Lipe, por Dios, por amor de todos los santos de la letanía..... Lipe, vuélvete atrás, no quieras echar sobre tu alma tan gran pecado. Mira que es una locura, que vas á ser muy infeliz. ¿Sabes lo que vale la libertad? ¿Comprendes la dicha inmensa de no deberse á nada ni á nadie en el mundo? ¿De poder llevar el corazón á donde se nos antoje y el cuerpo á donde nos lo pida? ¿Sabes tú lo que es el sueño tranquilo, la vida segura, las acciones á compás del deseo, el amor á capricho, los amigos á voluntad? ¿Y el arte, Lipe? ¿Dónde me lo dejas? ¿Hay nada como vivir para agotar el goce de la belleza artística, la embriaguez de las líneas, de los sonidos, de las formas? ¿Crees que un rey puede ser artista? En arte, un rey es necesariamente un besugo.

—Calla, bobo..... Me haces reir, aunque no tenía ganas,—dijo Felipe agarrándose á la bravía cabellera para alzar al bohemio, que seguía arrodillado.

—No me levanto, no se me antoja..... hasta que me otorgues un

don..... Mira que este desastrado que te implora, es el mejor amigo tuyo, el leal, el can, el que te ama por tí, por tí mismo, no porque le resuelves una combinación ambiciosa..... Te devolveré el gabán de pieles, no beberé más *cognac*..... ¡para que veas!.... pero renuncia á ese trono ridículo, sin demora, irrevocablemente. Lipe, ¿qué, ya no tienes conciencia? ¿Has olvidado las injurias que te inferían cuando eras un niño y no podías vengarlas? Entonces te declararon bastardo, ¡bastardo! ¡qué risa! ¿por qué te legitiman hoy? También Yalomitsa sabe lo que es honor, lo que es dignidad. Nada me importa que me harten de puntapiés, si respetan á mi madre. ¡A mi madre, que no la toquen ni con un ramo de flores! ¡Centella y recentelleo! ¡A mi madre!

Mientras el bohemio desbarraba, el rostro de Felipe se entenebrecía, al modo del cielo cuando va á llover. Sus pupilas azuladas parecían oscurecerse, como si se les hubiese metido dentro toda la humareda de la pipa de Yalomitsa. Sus cejas se reunieron, señalando en la frente blanca un pliegue profundo.

—Así me gusta ver tu hocico,—exclamó Gregorio, levantándose y echándole un brazo al cuello.—Ahora sí que me pareces un rey... ¡Viva Su Majestad el Rey de sí mismo! Ahora eres un rey-hombre, rey en tu interior, por la nobleza y la independencia de tus resoluciones. ¡Rompe la cadena! ¡Sacude el yugo! Sé rey, Lipe, de tu alma, de tu destino, de tu felicidad.....

El bohemio, con la cabellera agitada, la cobriza faz arrebatada de alegría, acariciando á su amigo, estaba hermoso á su manera. Felipe murmuró:

—La suerte está echada..... Tengo que ser por fuerza Rey de los dacios, pero no temas: serás mi primer ministro.

—¡Era broma!—chilló Yalomitsa, saltando loco de júbilo.—Ya me parecía á mí! ¡No podías jugar tan infame partida, ni á Rosario, ni á Gregorio!

—Pues ya se vé, borrego—respondió Felipe, atusando los viperinos mechones del bohemio, como si fuesen las lanas de un perro favorito.

—¡Qué peso me has quitado de encima!—exclamó él, buscando en los trofeos de la pared otra pipa, y cargándola atropelladamente. —¡Por la santa Virgen! A ver, cuenta eso, cuenta..... ¡Voy á gozar más! Cuenta cómo les has echado por las escaleras, cuenta

cómo le soltaste el puntapié á su trono desvencijado, comido de polilla, relleno de nidos de ratones..... ¡Con qué estrépito rodaría el armatoste maldito! ¡Por eso iban tan rostrituertos! ¡El viejo sobre todo! ¡Rabia, viejo chiflado! ¿Creías que no había más que llegar y quitarme á Felipe? ¡Menudas despachaderas te han dado, á ti y á tu frac forrado de murciélago! ¿No sabías eso, Lipe? ¡El duque, que es muy friolero, y al mismo tiempo presume de joven y de talle fino, se ha mandado hacer un frac entretelado de pieles de murciélago, y así va abrigado y no pierde la esbeltez! ¡El murciélago! ¡Simbolismo puro!

IV

LOS CUATRO ELEMENTOS

Nada se parece á un estudio de pintor como otro estudio de pintor. Son siempre los mismos trapos vetustos, los mismos vargueños, los mismos monigotes japoneses, las mismas armaduras poco auténticas, los mismos macacos bizantinos ó góticos; y Jorge Viodal, cansado de esta monotonía que se disfraza de capricho, se había propuesto crear algo nuevo, distinto de todo lo conocido hasta entonces. No en vano pasaba por pintor *cerebral,* más atiborrado de ideas estéticas que rico en pinceladas magistrales.

Era en efecto Viodal un inventor, sólo á fuerza de ser un pensador; y soñaba con hallazgos no debidos á esa fuerza espontánea é inconsciente que se llama inspiración, sino á la labor paciente del que investiga series de combinaciones posibles hasta acertar con una original y caprichosa. Cuando empezó á tratar á Felipe Flaviani, y estrecharon una amistad enfriada después, le arregló la casa con distinción: dirigió la sala amarilla y plata, de tan suave armonía de tonos, el comedor y su decoración de loza de Palissy, con mariscos de relieve sobre un fondo verde mar, obtenido por medio de gruesos vidrios que recordaban el matiz de las olas. En su ta-

ller ó estudio fué donde echó el resto Viodal. Se hablaba mucho en París del tal estúdio, y los extranjeros lo visitaban á título de curiosidad ó rareza artística.

Empezó Viodal por alquilar el local más grande que encontró, algo lejos del centro de París, á fin de que costase barato el alquiler. Era un salón inmenso que cogía todo un piso cuarto; debajo, en el tercero, instaló el pintor su vivienda. Recibía el *hall* luz vivísima de un frente casi todo de cristales; cortinas hábilmentear regladas permitían graduar la claridad según conviniese.

Llenaba este frente de cristales las dos terceras partes de la altura total de la pared; y la restante la cubría una intrincada espesura de arbustos, plantas raras y flores de invernáculo, agrupadas con tal arte y tan bien cuidadas en verano y en invierno, que remedaban, en su gracioso y estudiado desorden, un rincón de comarca paradisiaca. Las geométricas araucarias descollaban entre las libres enredaderas; las gloxinias florecían bajo las palmeras lustrosas; los helechos flotaban á guisa de verdes plumajes, flexibles y recortados por una tijera fina; los hibiscos de la China abrían sus cálices rojos como heridas enormes; los heliotropos embalsamaban el aire, y los tulipanes holandeses erguían su copa esmaltada de colores duros. Del centro del macizo salía un obelisco de bronce y lápizlázuli, rematando en un globo de porcelana que representaba el mundo, con las montañas en relieve.—Este costado del taller se llamaba *la tierra*.

A la derecha aparecía *el agua*. Adelantando el tabique todo lo necesario, se había formado una especie de gruta, cerrada por vidrio enorme, y alumbrada por poderoso foco eléctrico. Arena y rocas daban fondo natural al acuario, y se distribuían á sus dos lados lindos arrecifes de madrépora y coral, praderías de algas y fucos. Nacaradas conchas se entreabrían sobre la arena blanca; peces brillantes cruzaban rápidos como saetas, para volver á repetir sin cesar la misma maniobra y el deslumbramiento de su paso, que era un relámpago de plata; las estrellas de mar y las anémonas se plegaban suavemente ó se desplegaban con la magnificencia de una flor extraña y radiante, sin tallo ni hojas; y dos ó tres crustáceos, de monstruosa figura, adelantaban dando paladas con sus tenazas enormes, enfermos de vivir á tan poca profundidad, y ansiosos de devorar á las ágiles doradas y á las ondulosas anguilas. La gruta con-

cluía en bóveda, y bajo esta bóveda se cobijaba, recostada en las rocas, dominando y señoreando el acuario, una ninfa de mármol, de tamaño natural.

Frente al *agua,* á la izquierda del espectador, se veía la dorada reja de una pajarera, donde no faltaba ni su tazón de alabastro para que bebiesen las aves, ni sus arbolillos para que se posasen y colgasen el nido si querían. Sólo la gran extensión y altura del *hall* podían hacer que la algazara de los pájaros no fuese molesta; pero el pintor había cuidado de proscribir las especies parleras y cantoras, los insoportables jilgueros y canarios, prefiriendo las de pluma multicolor, los pájaros moscas, las golondrinas javanesas, los periquitos y las palomas y tórtolas. La maravilla del jaulón era un menurio ó pájaro lira, ave rarísima de Oceanía, semifabulosa, traída por un marino y conservada á fuerza de cuidados. Para tener aseada y limpia la región del *aire,* venía todas las mañanas un empleado del próximo Jardín de Plantas, lo cual le costaba á Viodal un ojo de la cara al cabo del año. Todo lo valía la pajarera, su incesante movimiento, el encanto poético de sus palomas de tornasolado cuello bebiendo en el alabastrino pilón, procedente de Pompeya.

El *fuego*, cuarto elemento, desempeñaba en el estudio del pintor un papel de notoria utilidad. Representábalo, en la pared que hacía frente á la vidriera, gigantesca chimenea gótica, que el artista, durante su viaje por España, había descubierto en un arruinado castillo en las montañas de Jaca, y adquirido mediante algunos duros: hoy se la envidiaban todos sus colegas, porque la chimenea era una joya única.

La fértil fantasía de algún imaginero del siglo XV había mezclado con los arrogantes blasones y las jactanciosas divisas nobiliarias inscritas en caracteres de exquisita elegancia sobre complicadas y sinuosas banderolas, los mil caprichos de la fauna y la flora del gótico flamígero; monstruos y quimeras, grifos y endriagos, demonios muequeros, que parecían geniecillos de la llama; pelícanos asomando entre airosa hojarasca, ricas cenefas caladas y treboladas, y, por último, en el ancho dosel que coronaba la chimenea, una cacería, gentes de sayo, venablo y ballesta, persiguiendo á cerdosos jabalíes y á ligeros gamos: un episodio de la vida real en aquellas ásperas sierras, donde en tan espléndida chimenea ardió leña por primera vez. El lienzo de pared en que campeaba la chimenea,

lo cubrían tapices góticos también, soberbios: otro hallazgo de Viodal en casa de un anticuario de Madrid. Su asunto, la creación del mundo; sus tonos amortiguados, calientes aún, parecían láminas miniadas de códices viejos, vistas por gruesa lente. El mismo hormiguero de cabezas menudas, las mismas alimañas de ingenuo dibujo, iguales teorías de ángeles de alas simétricamente alineadas,—el sueño de un prerafaelista.

Otra singularidad del taller de Viodal, era carecer de puerta. Desde la antesala del piso tercero se subía por un ascensor hidráulico, de caja acolchada de raso, que depositaba su carga en el mismo centro del *hall*. Sostenía el pintor que así ganaba el efecto del taller, y era mayor la sorpresa de los que por primera vez se hallaban entre los "cuatro elementos." La verdadera razón era que con el ascensor se evitaba la familiaridad de los importunos. Un criado ducho y antiguo sabía perfectamente á quién debía dar subida y á quién convenía despedir bajo pretexto de que el mecanismo no funcionaba, ó de que Viodal, al salir á la calle, se había llevado la llave consigo. En el estudio de Viodal no encontraríais jamás á esa gente equívoca y ociosa, á esos vagos que, á pretexto de admiración, infestan los talleres, buscando pasar la tarde á gusto, abrigados en invierno, frescos en verano, y en todo tiempo de palique. Si algún bohemio conseguía el *sésamo,* era que, como Yalomitsa, disfrutaba los privilegios de la amistad y la fama de tener *olfato* artístico.

Viodal, que instintivamente detestaba á los intrusos y á los matadores de tiempo, aun tenía otro motivo para dificultar la entrada. Proponíase evitar á su sobrina Rosario, que vivía á su lado desde la niñez, el roce con la heterogénea sociedad que en los talleres se reune.

La tarde del día siguiente á aquel en que Felipe recibió á los enviados de Dacia, á eso de las cinco, no estaba muy concurrido el fantástico *hall*. Tres hombres se agrupaban delante de la famosa *crucifixión* socialista; y otro, sentado en el gran sitial hecho de una silla de coro, daba conversación á una mujer recostada en flexible hamaca, muy cerca de *la tierra*. Próximo al *fuego,* un melenudo, que no era sino Yalomitsa, arrancaba al armonio los acordes de una sonata de Mozart. En la chimenea, la roja llama de los troncos, al iluminar caprichosamente las figuras de piedra y los simbólicos

tapices, dejaba casi en sombra el resto de la habitación; en la enorme vidriera, la luz de una tarde de Enero que empezaba á morir, tendía ya el velo de tul ceniza del crepúsculo.

Cuando el ascensor subió en silencio y depositó en mitad del *hall* á Felipe María, sólo se veía del famoso cuadro la mancha blanca del desnudo cuerpo del Salvador. La mirada de Felipe se fijó, no en el grupo de inteligentes que discutía la obra de Viodal, sino en el hombre del sitial y la mujer de la hamaca. De la mujer adivinábase, por la postura, la bonita línea del cuerpo reclinado, la masa sombría del pelo, los dos tenebrosos toques de los ojos en el óvalo claro de la faz. Las conversaciones apenas eran apagado cuchicheo; los pájaros, en la obscuridad creciente, callaban, y la queja del armonio era más religiosa, más melancólica, llenando de solemnidad el recinto. Volviéndose de pronto Viodal, hizo girar una llave oculta por el follaje de la *tierra,* y el *hall* se iluminó, surgiendo aquí y allí, en el techo, entre las plantas, sobre la pajarera, intensos focos eléctricos.

La mujer de la hamaca saltó al suelo gentilmente, y dirigiéndose á Felipe, exclamó con acento meloso:

—Buenas noches, señor Flaviani..... Creíamos que nos abandonaba ya. ¡Tantos días! Venga usted, está adelantadísimo el cuadro..... y deseamos saber su opinión.

—¿Habla usted del de la Samaritana?—preguntó Felipe, fijando á la mujer con insistencia.

—¡Ese no es más que un boceto! El tío Jorge lo ha tapado, porque no le gusta que lo vean hasta que esté en planta..... No, se trata del cuadro del Salón, ¡del grande!

Viodal se apartaba, con una cortesía exajerada tal vez, con precipitación nerviosa, para dejar á Felipe que contemplase el cuadro. Era éste un vasto lienzo, y las figuras de tamaño natural; Felipe, haciendo como que se alejaba para ver mejor, retrocedió y se situó sin afectación detrás de todos y enteramente al lado de la mujer, que no era sino Rosario, la sobrina de Viodal; y bajando el brazo paralelamente al de la joven, tocó su mano, avisó con un golpecillo, y deslizó en ella un enrollado billete. Mientras Rosario, palpitante de emoción, cerraba el puño y alzaba la diestra disimulando en el seno, por la abertura del traje, la misiva, Felipe, sosegado, hacía con los dedos anteojo para aislar el cuadro, y lo encomiaba aprisa·

muy bien, energía rembranesca, valentía en las actitudes. ¡Con qué crueldad estira el brazo derecho de Cristo ese que tanto se parece á Abraham Weider, el fabuloso banquero israelita!

Viodal callaba. No era de los que beben ávidamente el elogio: al contrario, solía sufrir mucho cuando éste le parecía inexacto, aventurado, vulgar. Sólo una alabanza justa, fundada, razonadísima y, además, vehemente, le producía halagüeño cosquilleo en el alma. Al oir á Felipe se cubrió de arrugas su frente desnuda por las sienes. La voz de Felipe, cuando ensalzaba la Crucifixión, carecía de calor simpático: delataba violencia y un apresuramiento compasivo, que hería.

Los tres aficionados que ya comentaban el cuadro al llegar Felipe, objetaron algo á lo que éste decía; entablábase discusión; pero impensadamente, Viodal corrió una cortina pendiente de unas varillas de hierro, y tapó su obra.

—Cuando oigo hablar de él—dijo con voz metálica,—cuando disputan sobre lo que significa, pierdo la fe; empieza á parecerme detestable. Lo haría pedazos. ¡Qué fastidio, ser tan nervioso!

Riéronse los circunstantes. Todos ellos formaban parte de esa aristocracia intelectual de París, ni más ilustrada ni más respetable que la del resto del mundo, pero que se alza sobre mejor pedestal y respira un ambiente más favorable que ninguna. Dauff era el cronista diario de un periódico de gran circulación y autoridad; alemán de nación, mal estilista francés por consiguiente, creíanle sin embargo depositario del ingenio chispeante y la reticencia conceptuosa que se aprecia en el bulevar. Loriesse, el crítico de arte minucioso y maniático, el censor antojadizo, solía llevar la contraria al público, y, á fuerza de tratarle de ignorante é imbécil, le extirpaba sus entusiasmos y sus convicciones, determinando esos cambios radicales del gusto que se advierten con sorpresa cada cinco ó seis años en las muchedumbres, sin que se adivine su causa, —pues el crítico, al parecer, vive aislado, lejos de la turba.— Distinguíase Loriesse por su afición á descubrir planetas nuevos; gustaba de romper hoy el ídolo de ayer, y á veces divinizaba cosas tan extrañas, que no faltaba quien le acusase de burlarse del público. Era Loriesse quien había impulsado á Viodal por el camino de la pintura religiosa con simbolismo social y humanitario; y los que conocían las mañas del crítico, se apiadaban del pintor, compren-

diendo que después de anunciarle al mundo á campana herida como apóstol del ideal en el arte moderno, ya estaba preparando las perfidias y desdenes que seguían siempre á sus pasajeros arrobos: como que empezaba á delirar por un español que traía un estilo nuevo y caprichoso, una pintura decorativa y galante, alegre y sensual; una fiesta para los ojos, hastiados del colorido severo y las figuras siniestras ó ascéticas del autor de la Crucifixión.

El tercero del grupo se llamaba Lapamelle; un señor de edad, con larga y grasienta cabellera gris; en el ojal de inconmensurable gabán, la eterna cintita roja; el vientre prominente; los ojos miopes bajo las gafas de oro, los guantes forrados y descosidos, y bajo el brazo una cartera que no quería soltar, porque contenía unas estampas curiosísimas, antes de la letra, á toda margen, adquiridas en no sé qué tenducho, y las guardaba como un perro guarda un hueso, pronto á morder si alguien se acerca. Alardeaba de su hallazgo, y lo ponía en las nubes, modo indirecto de desdeñar el arte moderno, del cual acostumbraba decir pestes. Lapamelle era *del Instituto,* y aun cuando entre sus colegas había escritores jóvenes, corifeos de las nuevas escuelas literarias, él no se creía en carácter sino viviendo en otro siglo. En arte prefería el XVIII; adoraba los pintores almizclados. Erudito y mordaz, tenía frases picantes y donosas para ridiculizar las escuelas contemporáneas, que sin duda se prestan á ello. Así y todo, frecuentaba los talleres, y se le recibía en palmas, con copas de Oporto y galletitas; era sabroso oirle desollar á los demás, y *adornaba* un estudio, justamente por lo intransigente y descontentadizo. Viodal era de los contados pintores modernos á quienes Lapamelle reconocía talento, aunque afirmando que el pobre iba descarriado, ¡descarriadísimo! —Compadecer á un artista porque derrocha ó malgasta sus facultades, es una especie de elogio.

La persona que dialogaba con Rosario desde el sitial había intentado escabullirse cuando entró Felipe, y no lo consiguió por que Viodal iluminó de repente el taller. Hubo de resignarse á que Felipe le viese, le reconociese, y le dirigiese un ligero saludo, que revelaba alguna extrañeza. ¿Desde cuándo se encontraba en París, y qué hacía en el estudio aquel conde de Nordis, encargado en otro tiempo por el gobierno de Dacia de ofrecer una pensión á la Flaviani para que renunciase voluntariamente sus de-

rechos de esposa? Y que era él, no podía dudarlo Felipe. Aunque diez años labran huella en su rostro, no bastan á cambiarlo, sobre todo, si son la década de treinta y cinco á cuarenta y cinco. En la edad viril, declinando á la madurez, Nordis conservaba su pelo ensortijado, su bigote retorcido de finas guías, su color mate, sus facciones correctas, su tipo de tenor italiano guapo, insinuante, y que sería atractivo sin lo receloso del mirar, que ocultaban los lentes de concha, y sin cierta dulzura pegajosa y falsa de la voz y del gesto. Ubaldo Nordis era, ¿pero qué viento le traía? Y con la ceguedad del instinto celoso, al pronto Felipe pensó en Rosario, con quien departía Nordis momentos antes.....

Bien podía justificar los más exaltados celos la belleza de la sobrina de Viodal. No era, sin embargo, Rosario Quiñones una perfecta hermosura, pero bien sabéis que éstas escasean. Si sois algo artista, y sobre todo, si tenéis ocasión de estudiar y comparar beldades femeninas, os convenceréis de que siempre caben objecciones y reparos. De la misma Elena, esposa de Menelao, por quien los viejos de Troya comprendían que se perdiese la ciudad, dudo que se pudiese decir que era intachable. Si no es en el rostro será en el talle, y si no en los pies, y si no en el andar, y si no en el cabello: defecto ha de existir, cuando no existan varios.

Lo que necesita una mujer para presumir de hermosa es realizar un tipo, y Rosario lo realizaba: aunque no nacida en España, ni de españoles, la citaban en París como cifra y compendio del hechizo especial de la raza hispana en el Mediodía. La hermana mayor de Viodal se había casado con un chileno, Ramón de Quiñones, descendiente de conquistadores, pudiente y señalado en su tierra. Quebrantos en la hacienda causados por los disturbios de Chile y por la oposición de Quiñones al presidente Errazúriz, mermaron el caudal del padre de Rosario, que al fin fué muerto á bayonetazos en una asonada. Su mujer huyó á Europa con la niña, refugiándose al lado de su hermano, ya entonces pintor famoso; venía herida por la pena, y no tardó mucho en sucumbir, confiando á Viodal la criatura. Rosario creció en el taller, educada libre y caprichosamente, mimada, admirada como se admira un objeto de arte, una flor más preciosa y rara que las otras; y era deleitoso verla desarrollarse fuerte é impetuosa, con la doble juventud de sus años y de su raza. Porque Rosario, la santiagueña, era joven de todas maneras: étnicamente tam-

bién. En su físico prevalecía, sobre el tipo de la familia Viodal, el del padre: de Viodal sólo tenía la estatura aventajada, las prolongadas piernas y el largo cuello; pero la tez mate y pálida, que descubre la frescura de la sangre; pero todo lo que traduce el alma—los ojos, la boca—eran bien hispano-americanos, llenos de fuego, de voluntad, de languidez y de pasión. Los ojos, sobre todo, habían valido á Rosario fama de hermosa. Teníalos muy grandes, y, sin embargo, expresivos, límpidos, insaciables y misteriosos como los de los niños pequeños; llenos de humedad y de calor; dos ojos que se imponían, y dejaban en segundo término á las demás facciones de la cara, reduciéndolas á acompañar y corear, por decirlo así, la magnificencia tan claros luceros. Y sin embargo merecían fijar la atención la carnosa boca, fresca y encendida como un clavel, y el abundoso pelo negro, algo crespo, á pesar de la pureza de la raza ibérica de que podía alardear Rosario. El pie y la mano, españoles y aristocráticos, combado aquél y diminuto, ésta delgada y de dedos afilados como los de las damas que retrata Moro, eran de esos detalles de belleza que si al pronto no saltan á la vista, á la larga refuerzan el atractivo físico de una mujer hasta hacerlo invencible. Para un juez severo, podrían ser defectos de proporción anatómica lo fino del talle contrastando con lo pronunciado y redondo de las caderas y del busto; pero esta forma prestaba al andar y á los movimientos de Rosario la gracia voluptuosa y el salero perturbador de las figuras goyescas.

En los dos ó tres bailes de trajes á que había asistido; en el que dió Viodal para inaugurar sus *cuatro elementos,* Rosario puso raya luciendo trajes españoles: ya el de *Rosina* en el *Barbero,* ya el de la que llaman duquesa de Alba en los tapices de Goya, ya el de infanta de Sánchez Coello, ya el picante calañés y la chaquetilla torera de terciopelo guinda que en sus juventudes ostentara Eugenia de Montijo..... Vistiendo este último atavío la conoció Felipe el día de la inauguración del *hall,* á que asistió con papeleta de convite obtenida por Yalomitsa. La impresión fué profunda; quedaron subyugados los sentidos y la imaginación, puertas de oro del alma.

V

EL JARDÍN

Es cruel suplicio, para una criatura tan impulsiva como Rosario, guardar en el hueco de la mano y después en el seno un billete cuyo contenido importa más que la vida, y que no es posible leer sin demora. Para enterarse de lo que la decía Felipe, Rosario hubo de esperar la hora de recogerse. Ni en el *hall,* bajo la claridad delatora de los focos eléctricos; ni en el comedor, á donde la llevó del brazo su tío; ni durante la velada de familia, que se prolongó, halló ocasión de descifrar el papelito que sentía crugir bajo el corsé, encima del corazón cabalmente. Aquel día Yalomitsa se sentaba á la mesa del pintor, y con sus hábitos de desorden y sus improvisaciones de piano y de violín, encaminadas á retirarse más tarde—Gregorio era noctámbulo de profesión,—pasaba de las doce cuando sonó la queda. Al darle Rosario en la antesala el último apretón de manos, Gregorio susurró, aprovechándose de que ya volvía las espaldas Viodal, que madrugaba para trabajar: "Tengo que hablarte, Sarito. Mañana vengo aquí á la hora en que papá esté en el taller.„ (Yalomitsa llamaba á Viodal *papá* de Rosario, broma que siempre determinaba en el pintor una contracción de nervios).

Cerrada, por fin, en sus habitaciones, Rosario apresuróse á desabrocharse y leer el billete. Era lacónico: sólo decía: "La suplico que esté mañana, á las nueve, en el jardín; sitio el mismo que la otra vez. No falte; se lo pide encarecidamente—Felipe." Aunque una cita, dada así, podía no significar más que lo que habitualmente significan las citas amorosas: deseo de comunicación, ansia de ver y de hablar á la persona querida,—la coincidencia del billete con las palabras del bohemio, que era el amigo más íntimo de Felipe, el que le había presentado en el estudio, dejó pensativa á Rosario.

Nunca la había citado Felipe; su primer entrevista en el lugar que Felipe designaba con el nombre de *jardín,* y que era el de

Plantas, se debía á la casualidad, que los hizo encontrarse en un paseo casi siempre solitario, y más en invierno. Por tácito convenio no se veían sino en público; Rosario obedecía, al proceder así, á un instinto de dignidad; Felipe, á una cautela que hasta entonces había vencido á la codicia del amor.

Quería Rosario que su cariño se conservase altivo y puro, y aunque si Felipe tardaba en venir muchos días al estudio—y solía hacerlo de algún tiempo á esta parte,—se ponía enferma, prefería sufrir á que aquellas relaciones cambiasen de carácter y degenerasen en intriga. Lo apremiante del ruego y su extraña coincidencia con el de Yalomitsa, la decidieron.

Levantóse temprano, después de una noche de insomnio. Vistióse como siempre que salía á recorrer museos ó á visitar los avechuchos del jardín, á los cuales tenía gran afición: chaqueta de nutria, toca de la misma piel, menudo velito de motas, monóculo sin aro colgando del cordoncillo sutil de plata y perlas. Su gracia, su lozana juventud, ganaban con la sencillez de tal atavío. A pie hizo el trayecto; el Jardín distaba poco, y además sentía repugnancia á tomar un *fiacre* ó simón, el vehículo de las aventuras sospechosas. ¿Qué tenía ella que ocultar? Libre, iba á donde la llamaba su corazón, pero no á delinquir ni á bajar ruborizada la frente.

El frío era agudo y cortante; la helada escarchaba el césped de los arriates; Rosario subió á buen paso la calle de árboles en espiral, y fué derecha al gigantesco cedro del Líbano, traido en el sombrero por Bernardo de Jussieu. Corría con instintiva inquietud: había creido notar que la seguía un hombre, no de mala traza, pero de facha poco fina, vestido con descuido, algo grueso, moreno. Sin embargo, ya cerca del cedro colosal volvió la vista atrás, y á nadie vió.

Felipe la esperaba en el banco, y se levantó al verla. Tendiéronse la mano, y al través del guante fué magnética la presión. Se sentaron silenciosos. El sol de invierno, al través de las ramas desnudas de hoja, bañaba de oro la tez de Rosario y hacía transparentes como el agua los ojos cambiantes de Felipe. La chilena los interrogó, y los encontró ardientes, fijos, duros, llenos de fiereza. ¡Ella que soñaba una acogida loca, una gratitud tierna y alegre! Parecía, por el contrario, que Felipe la recibía como al reo el juez.

—¿Qué le pasa?—preguntó al fin Rosario, impaciente ya, al oir que Felipe exhalaba un suspiro y al ver que seguía callado.

—Nada—respondió él esforzándose en mostrar afabilidad.—Mil gracias, porque ha sido usted exacta á la cita y á la hora..... Creí que *no la dejarían* á usted venir.....

—¡Y quién iba á privármelo!—exclamó Rosario con alarde de independencia.

—¡Qué sé yo! — murmuró Felipe dulcificando algo la voz, pero sin variar su actitud de enojo y reserva.

—Yo sí que he creído que ya no pensaba usted vernos más,—advirtió Rosario, con el dulce dejo de su país, clavando en Felipe sus pupilas de terciopelo.—Quince días hacía, lo menos, que no aportaba usted por el estudio.

—Estaba luchando.....—declaró Felipe, decidiéndose á explicarse, lo cual probaba que la voz y los ojos de Rosario producían ese efecto misterioso de la presencia del ser amado, parecido á un talismán.—El estudio se me ha hecho insoportable. ¿Es posible que no lo comprendas?—añadió tuteándola de súbito.—¿Qué quieres que haga allí? ¿No ves cómo *me reciben?* Ni los demás son tontos ó ciegos..... ni tampoco lo soy yo, ¡qué diablo! Mira, Rosario,—exclamó con fuerza y ahinco;—te tengo por franca, por leal..... Si no lo eres, es que vivo engañado... ¿No sospechas por qué he desertado del taller? ¿No sabes de quién tengo celos?

—Sí, lo sé,—contestó súbitamente entristecida la chilena.—Del tío.....

—¡Del tío, que te quiere!

—Que me quiere, sí,—repitió ella, pensando en alto.

—¿Lo ves? ¿Ves cómo lo confiesas?

—¿He de mentir? — gritó con irradiación generosa de sinceridad en sus admirables ojos.—No sólo digo que me quiere, si no que..... si yo fuese muy buena..... ¡muy buena!.... le correspondería y me casaría con él.

—Cásate cuanto antes.—Y Felipe se echó atrás, colocándose al extremo del banco.

—¡Hijo, ya sabes que no puedo!—tartamudeó ella alterada.—Ya sabes que..... ¡que me importa de tí, y que no me importa de ningún otro hombre!

—Sin embargo,—objetó Felipe con acento despreciativo y cruel, cediendo á ese deleite de hacer sufrir á lo que se ama, nota característica de los celos en las pasiones que abrasan la sangre;—á tí te

importará de mí, pero le sirves de modelo..... ¡lo cual es una infamia!, ¿entiendes?, ¡una infamia! Jamás te he pedido que me permitas ni cogerte la mano así..... te he respetado como á una santa..... ¡y á él le sirves de modelo!.... No lo niegues: creeré que mientes ahora, antes y después.

Rosario sintió en el corazón dolor agudo. Bajo el velo, sus pupilas se apagaron, sus labios temblaron de indignación. ¿Por qué la trataban con tanta aspereza? No podía adivinarlo, por ignorar el estado moral de Felipe en aquella señalada ocasión. Al citar á Rosario, el hijo del rey de Dacia jugaba el albur de su suerte; estaba resuelto á colocar aquella mujer seductora como un obstáculo, voluntariamente, entre su ambición y su destino. En pocas horas había sentido tales ansias, padecido tales desfallecimientos, soñado sin querer, y hasta con horror y repugnancia tales sueños, que quería asirse á algo que le interesase y absorbiese por completo; matar el germen de una pasión con el desarrollo de otra poderosa y embriagadora. Beber para olvidar, beber amor, beberlo á tragos, y aniquilarse dulcemente, no acordándose de nada más; eso anhelaba y eso pedía á Rosario, la única mujer que podía ofrecérselo. Pero el corazón tiene repliegues tan secretos, que aunque Felipe, al encontrarse cerca de la santiagueña, se moría de afán de refrigerarse en aquella fuente divina, notaba á la vez una levadura de cólera, un prurito de buscar motivos de enojo contra Rosario. Diríase que al entregar su porvenir, pedía ya de antemano cuentas de la magnitud del don. Otra contradicción muy humana: mientras la idea de que Rosario servía de modelo á Viodal le sacaba de quicio..... la misma sospecha encendía en sus venas fuego de fiebre, y su deseo se exaltaba hasta convertirse en impulso homicida.

—¡Servirle de modelo! ¡Qué vergüenza! — repetía crispando los puños sin notarlo.

—No he servido de modelo al tío..... para..... el cuerpo..... sino cuando era chiquita, de dos años, — balbuceó Rosario abochornada.—Me retrató de ángel en un techo. Después sólo me puse para las manos y las cabezas. ¡Mi tío me respeta y me tiene más cariño que usted! Adiós, hemos concluído de hablar..... No debió llamarme.

Y levantándose airada, secos los párpados, volvió la espalda á

Felipe. Este agarró la falda de la chilena, la cual, al querer desprenderse, le vió cambiado por completo, azules y serenos los ojos, sonriente la boca juvenil.

—Váyase usted, Rosario, deje á este loco..... Déjele usted entregado á su mal sino; no se ocupe más de él..... Pero antes, perdóneme.

—¿Qué tienes, Felipe?—murmuró ella aplacada ya, ocupando de nuevo su sitio en el banco.—Nunca me habías hablado tan de corazón negro. ¿No ves que el tío es para mí como un padre? Ha socorrido á mi madre, ha protegido mi niñez; le debo hasta el conocerte. ¿Por qué te pones así? Se me figura que hoy te sucede algo raro.....

—No preguntes lo que me sucede—contestó Felipe, mostrando alegría pueril.—Lo que me sucede, es que te necesito; que sólo tú puedes, en estas circunstancias, hacerme un bien incalculable..... Espero de ti nada menos que la salvación. Se acabaron los disgustos..... Ya pasó el enfado. Esta conferencia es decisiva, nena. Decisiva para los dos. ¿Creías que se trataba de una cita amorosa? ¡Bah! No he venido á eso..... He venido á proponerte..... ¡Adivina! ¡Adivina!

—Dímelo tú, para que me guste más—respondió ella transportada.

—He venido á proponerte que seas mi esposa—articuló Felipe no sin esfuerzo. Parecía que las palabras, al pasar por su garganta, tropezaban en algo que no las quería dejar salir.

Rosario cerró los párpados. Su sangre, apresurándose con deliciosa agitación, vino á inundar su corazón palpitante. Por un momento, la intensidad de la emoción la quitó el sentido.

—¡Tontina!—murmuró apasionadamente Felipe, que en aquel momento se encontraba libre de dudas, y contento como el que realiza una buena acción.—Qué, ¿te vas á desmayar por eso? ¿No es natural que si te quiero sea tu marido?

—Felipe—respondió ella, recobrándose y alzando el velo—déjame respirar. La alegría también hace daño. Desde que te quiero nunca estoy en mi estado normal: ó loca de contento, ó desesperada, ó impaciente, ó aturdida. Esos días atrás pensé morirme, porque discurrí: "Vamos, esta es la cierta: se ha cansado, se le ha pasado el caprichillo.....„

—¿Y de donde sacabas tú imaginaciones semejantes. nena? ¿De que yo no iba por el taller? Famosa razón. En el taller ya no pienso poner los pies en mi vida. ¡Para ver, ó para figurarme que veo tu retrato en el boceto de la Samaritana, ese cuadro que tu tío esconde como un tesoro! Si es cierto que me quieres, no vuelvas á servir de modelo, Rosario, ni para los ojos. ¡Tus ojos!..... ¡No faltaba más! Promete.....

—Así será, Felipe. No hables de lo que pasó..... Estoy tan contenta..... Creo que sueño..... No te incomodes..... Recelaba que no pensases en mí para nada bueno ni honrado! Yo no tengo de qué acusarme; no me creo mala; pero al fin..... desde la niñez vivo entre artistas..... he oído mil conversaciones..... quedé huérfana muy chiquita..... la sombra de un tío no es la sombra de una madre! Aunque mi conciencia está limpia, mi educación, bien lo comprendo, no es como la de otras señoritas de mi edad..... Hoy, que me hablas de matrimonio, desearía haber salido ayer del convento..... con la venda de la ignorancia en los ojos..... como nos queréis á las mujeres los hombres! A la verdad, no me atrevía á esperar que vieses en mí más que un devaneo. "El se casará—discurría yo—con una señorita de alta clase, de esas que en su elevada condición social tienen escudo, no sólo contra el mal, sino también contra la maledicencia."

—Vamos, que ideaste tu novelita correspondiente..... ¿Y en qué te fundabas para colgarme tales propósitos?

—En que.....—respondió ella trazando con la sombrilla rayas paralelas en el suelo,—en que tú..... no eres cualquiera, que eres un gran personaje..... ¡Y tan grande! Tú eres hijo de un rey.....

—¡No es exacto!—declaró Felipe apretando los dientes.—¿Quién te ha contado paparruchas? Soy hijo natural de una bailarina que se llamaba Ada Flaviani.

—Y del rey de Dacia—insistió con tierna obstinación, con cierto matíz de orgullo Rosario.—¡Pocas veces que nos ha contado esa historia Dauff! Como que tampoco eres hijo natural (¿á qué inventas eso, malas entrañas?), sino legítimo, y muy legítimo: tu madre se casó con el príncipe dos años antes de que tú soñases en nacer. Sólo que los intrigantes y los ambiciosos anularon el matrimonio; porque cuando hay influencias y dinero..... se hace lo que se quiere, aunque sea una maldad. Ya ves cómo mis miedos eran cosa justa. No somos iguales.

—¡Qué hemos de ser! Tú vales más que yo—declaró sinceramente Felipe.

El regatón de la sombrilla de Rosario marcó otros signos en la arena. El hábito de dibujar al carbón y al difumino con rapidez y maestría se revelaba en aquel juego; en menos que se dice, la sobrina de Viodal trazó un perfil humorístico de Felipe, sumamente parecido, y encima de la cabeza suspendió, como en el aire, una corona real..... Eran frecuentes en Rosario los saltos de la devoradora emoción á la aniñada travesura, y daban á su carácter y á su trato el atractivo peculiar de todo lo que varía y se mueve: el encanto del agua y de la llama, que nunca nos cansamos de ver. Sin embargo, esta vez la chiquillada no fué del gusto de Felipe, que se apresuró á borrar la corona con su bastón.....

Bajo el toldo de las ramas del cedro, revestida de su compacta hoja; bañados por el reflejo de un sol de invierno claro y tibio, que poco á poco se bebía la escarcha y despertaba el perfume de las violetas, ateridas por el frío en las platabandas, creíanse solos los enamorados. El lejano crugir de la arena cuando corría un niño, el rugir de una fiera ó el chillido de un ave exótica, aquilataban la grata sensación del aislamiento. Sin embargo, el hombre que aquella mañana también seguía desde lejos á Rosario hasta el Jardín, había seguido la víspera á Felipe hasta el taller de Viodal; y cuando la pareja se despidió lo más cerca posible de la verja, no sería difícil verle apostado en el malecón donde termina la puente de Austerlitz.

Todavía pudo Sebastián Miraya comunicar parte de sus investigaciones al duque de Moldau, antes que éste, habiendo justificado su estancia en París con consultas de padecimientos adquiridos en gloriosas campañas, regresase á Dacia por el *Orient Express*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Continuará.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA.

Mis dijes.—Barbaridades.—Dula de blasfemos.—Asombro de Europa.—El rey turba.—Los voluntarios de la libertad.—Vuelta á la monarquía.—Salvajadas.—Héroes en abundancia.—A conspirar tocan.—Me tientan.—Vil asesinato.—Desafío famoso.—La Marcha Real y el Trágala.

Desde 1868 al 74, llevé en la cadena del reloj una moneda de Tiberio, una cornetita, una medalla de la Virgen y un pito, todo de plata. Si me preguntaban ¿qué significan esos dijes? contestaba: La corneta, que soy militar; la medalla, católico; el pito, que silbo á los políticos que nos mandan, y la moneda que esto es un Tiberio.

Los estudiantes apaleaban á los catedráticos, y los aprendices de medicina se burlaban de los voluntarios de la libertad. Según un Hipócrates ateo, en Reus 300 hombres habían abjurado los errores del catolicismo; ¡qué brutos!. En Málaga fusilaron la imagen de la Virgen ¡qué valientes!; y no sé dónde una estatua de San José servía de blanco en un tiro de pistola. En algunos pueblos se prohibió salir el viático en público. Ni en la invasión de los bárbaros. Asesinaron al gobernador en Burgos, saquearon en Valls y Antequera, se insurreccionaron y hubo sangrientas refriegas en Zaragoza y Jerez. Sitiaron á Málaga y Valencia. Cañonearon á Gracia. Hasta se alzaron los gallegos en Orense.

En Andalucía se fusilaba en nombre de la justicia y de la libertad, sin formación de sumaria, á los secuestradores y á los sospechosos de serlo.

Se morían de hambre los niños de la Inclusa y los oficiales retirados. Atropellaban al clero y á las monjas. Se bailaba el asqueroso *Can-can*, se predicaba el amor libre; la enseñanza era libre; se enseñaba todo; se vendían las niñas de diez á doce años. Se blasfemaba en el Congreso, y aplaudían los animales; una dula de diputados, no por ateos, allá ellos, sino por bestias, que deshonraban la libertad, hiriendo el sentimiento religioso de la mayoría de los españoles y encendiendo la horrible guerra civil. Repetían que Europa nos miraba con asombro; admiraban su brutal impiedad.

Milans del Bosch dijo que presentaría las armas al pueblo rey y no las rendiría al pueblo-turba. Aquél encarama á los que le adulan; éste, desengañado, arrastra.

A los maestros de escuela y á los médicos no les pagaban en los pueblos, á pesar de que muchos eran exaltados liberales, con la idea de mejorar de posición y llegar á ser gobenadores civiles, creyéndose sabios, comparados con los pobres lugareños, que valían más que ellos. El ilustrar y curar les tenía sin cuidado.

En Madrid, un aristócrata antiguo quiso hacerse célebre con una barbaridad. Pidió en el Ayuntamiento que se destruyera el palacio real, joya del arte, uno de los mejores del mundo. El alcalde demócrata se opuso á que constara en el acta tan brutal proposición. Un colega en política y clase del Erostrato mencionado, me llevó á casa de éste para ver un curioso retrato. Me recibió con descortesía y le volví la espalda sin mirar la pintura ni su cara.

Según *La Gorda,* las armas de España con honra eran una piqueta, una cuchara y un fusil en campo sucio, con el lema «*Paso, que mancho*». Burlándose de las manifestaciones, bullangas y motines, que habían convertido á la nación libre ó *liebre*, como la llamaba un baturro, en campo de Agramante, añadía:

«¡Vivan Lutero y Mahoma!
—¡Abajo el Papa y la misa!
—¡Quede el clero sin camisa!
—¡Muera el Nuncio!
—¡Muera Roma!
(En esta improvisación
suena de repente un tiro.)
—¡No correr! Es un suspiro
de la manifestación.»

Al Senado y al Congreso sólo he ido á ver los objetos artísticos que contienen. Jamás he asistido á las sesiones. Leía las de la época revolucionaria. Ruiz Zorrilla dijo en una: «Siempre he sostenido que la Milicia nacional era una negación de la libertad.» Salmerón replicó «que era ciencia la milicia ciudadana». Yo, átomo, comparado con tan grandes políticos, creo que la referida institución fué arte de pescar empleos y destruir la nación.

Prim, que como buen sastre conocía el paño, dijo en el Congreso «que los voluntarios de la libertad, en campo raso, serían vencidos.» Al abrirse las Cortes de la Revolución se metieron por las vidrieras; una tendera preguntó:—Chico, ¿ha caído una piedra en el escaparate?—No, señora; es un voluntario de la libertad. Los voluntarios de la libertad, al dirigirse en 1869 al monumento del Dos de Mayo, tocaban la *Marsellesa*. Insultaban á las víctimas, como los franceses de Murat. Habían degenerado de los milicianos isabelinos y de los voluntarios realistas, que he tenido la desgracia de conocer.

La Asamblea democrática restableció la monarquía, cabeza de la aristocracia. Mientras encontraban rey nombraron regente á Serrano, jefe de los unionistas que se sublevaron por chupar. Decían que Prim, para seguir mandando, metió en una jaula de oro al duque de la Torre. A los diputados ateos *levantados* de manos que insultaban á la Virgen y blasfemaban de la Santísima Trinidad, advirtió el general Serrano que *no debían meterse en la vida privada de esos ilustres personajes.*

Desde Carlos IV no existían alhajas de la Corona. Acusaron en las Cortes que las habían robado Isabel II y la reina Cristina. Los liberales ingratos se olvidaron que ellas les habían traído las gallinas de la libertad.

Entre las salvajadas que se oyeron entonces, no fué la menor que á los sargentos asesinos del 22 de Junio los premiaron por defender la libertad. A éeta que creemos santa y adoramos los que no somos liberales ni pertenecemos á pandillas políticas, llenaban de lodo asqueroso. Oí que un sargente de artillería de los que el 66 mataron á sus oficiales solicitó el 68 una gracia porque *se distinguió* más que sus compañeros, hechos capitanes. Alegaba haber asesinado al coronel Puig. Aunque la instancia llevaba informe contrario, le concedieron el empleo de comandante en una de las armas generales, infamando al ejército. La disciplina huía avergonzada. ¡Y habrá militares revolucionarios!

Serrano preguntó en el Congreso:—¿Hay muchos capaces de hacer lo que Izquierdo y Topete? Debieron contestarle: —Riego y Dulce. Por el primero se perdió América, y de ésta expulsaron al segundo.

Los jefes de insurrección ó motín, los conspiradores y cuantos promueven la guerra civil, deben pagar por los mulos de reata que les siguen. Si se quejan, se les refiere el cuento del baturro que al oir medio dormido que un predicador decía: «Prendieron á Nuestro Señor Jesucristo en el huerto de Gethsemani», creyó que era en el suyo, porque se llamaba José Marín, y grito:—«*Pa qué jué.*»

Las leyes penales de las antiguas ordenanzas militares decían: «Aunque no lleguen á diez los tumultuantes, el motor siempre debe morir.» Las reformaron y echaron á perder. Suprimieron la misa del Espíritu-Santo, que precedía al Consejo de guerra, acto conmovedor, sobre todo cuando se celebraba en campaña al aire libre; al preguntar al conservador y católico que autorizó el desatino—¿Qué ha hecho usted? contestó:—Firmé sin leer.

Un gobernador civil, al participar el fusilamiento del carlista Balanzategui, decía: «*Lo que anuncio al público para su satisfacción.*» Así halagaba á las turbas, que, como las mujeres públicas, quieren más al que más las explota.

Un comandante revolucionario, muy bruto, ascendió en pocos meses á general; quiso que los oficiales de la guarnición le ayudaran á hacer un regalo á Prim, se negó un subalterno que tenía pocos cuartos, y al arrestarle por tan tremenda falta, exclamó: «¡Pero no suelto el duro!»

Al bajo adulador disfrazado de liberal se le podía aplicar la fábula de *El águila y el caracol:*

—«¿Cómo con ese andar tan perezoso
tan arriba viniste á visitarme?
—Llegué, señora, respondió el baboso,
á fuerza de arrastrarme.»

En Noviembre de 1869 hicieron 17 brigadieres. Algunos imitarían al caracol.

Un unionista, administrador del Retiro, para dar pruebas de liberal, quitó la cifra de Fernando VII de las verjas de la casa de fieras y dejó la de la reina Doña María Amalia. Al desaparecer la memoria del monarca, quedó la de su santa mujer como fundadora de la colección de animales.

Un gobernador civil prohibió las boinas blancas, armas, garrotes ó trancas que llevaban los que las usaban. De las boinas de otro color nada decía. Otro telegrafió al Ministerio que el pueblo se hallaba consternado, porque el cielo tenía color de sangre. La aurora boreal.

En Cataluña castigaron á varios oficiales del ejército, porque socorrían á sus compañeros que habían quedado de reemplazo y se hallaban en la miseria.

Un soldado de francos en la guerra civil de los siete años, se pronunció el 43, era comandante el 48, levantó una facción republicana, se batía unido á los carlistas contra las tropas de Isabel II y emigró á Francia con los rebeldes el 49. En 1860

era teniente coronel; se quejó á un brigadier que el coronel de su regimiento le hacía mandar el ejercicio, lo ignoraba, á su edad no podía aprender la táctica y se hallaba decidido á pedir el retiro. El 67 se volvió á sublevar y emigró de coronel. La revolución le nombró capitán general de varios distritos. En uno de ellos se le presentó el coronel, antiguo jefe de su regimiento en 1860. Pasaría buen rato. De capitán general dijo á los oficiales de un batallón de cazadores: «Los pillos que andan por la montaña los conozco; iban conmigo en 1848.» Aludía á los republicanos. Vistiendo de general, yendo en coche, para llamar á un amigo suyo, dió un silbido metiéndose los dedos en la boca. Mandando una columna, si se desherraba un caballo, exclamaba: — ¡Me ca.. en la caballería!; si rodaba un mulo:—¡Me ca.. en la artillería!, — y si veía á los carlistas, gritaba:—Que avancen los cazadores de m..... (Mérida).

Quedó de teniente general cuando la restauración, y si le decían:—Ya no se meterá usted en historias—replicaba:—Tengo ya muchas onzas. — Le nombraron de la Junta Consultiva de Guerra. Pudo llegar á ser rey, los hubo sarracenos en las montañas de Prades, que recorrió defendiendo ó atacando á Isabel II; pero de una corporación encargada de proponer los medios de mejorar la organización del Ejército, no le habría ocurrido al que trató de asar la manteca. Se distinguió por su valor personal.

Un teniente se vendió varias veces como sustituto, hallándose empleado en una dirección. Imposible encontrarle. Conspiró de capitán el 66, y el 68 era brigadier. Llegó á general de división. En la hoja de servicios no constaban sus proezas. En el ejército las sabían.

Uno, por ser hijo de su padre, ascendió tan joven á jefe de batallón, que le pusieron quien le ayudara. De general absolutista, por vengarse, se democratizó. Ofreció en 1868 sublevar las tropas de un distrito: dudaban de su valor, le acompañaron varios conspiradores al ferrocarril, le vieron marchar, se bajó en la primera estación y se volvió á Madrid.

Hazaña que la revolución y la restauración premiaron espléndidamente. Explotó á tirios y troyanos. Un talento.

Un brigadier progresista publicó durante la revolución el siguiente Boletín extraordinario: «Declaro por única y última vez, que en el terreno de las represalias, cualquiera que sea el atentado, lo castigaré en la proporción de uno á tres y hasta diez, según los casos, porque más carne carlista que liberal hay en Vizcaya.» A los cinco días de la amenaza lo venció la carne carlista. Se lució.

Para tipo de ingratitud, el hijo de un amigo de Narváez. Sin méritos ni instrucción, pasó rápidamente de capitán á brigadier. Isabel II se empeñó en hacerle mariscal de campo y ella misma le escribió dándole la noticia. Le colocaron de gobernador de una plaza fuerte, como hombre de confianza: se presentó Prim con las fragatas sublevadas por Topete, le entregó la guarnición, y en Alcolea, por el segundo entorchado, contribuyó á destronar á su reina y bienhechora.

Un sargento se pasó á los carlistas en la primera guerra civil; á los pocos días se incorporó á un partidario liberal: se hallaba de mayor de plaza el 68, se sublevó contra el gobernador, al cual debía muchos favores, y lo hicieron mariscal de campo. Así dictaba los oficios al escribiente: «Excelentísimo Sr.:=Habiendo llegado»; llegado, repetía el amanuense,— ¿cuántas palabras van?—le preguntaba el general.—Cuatro.—Ponga usted punto y coma; «y no encontrando al cobarde enemigo», migo, añadía el sargento. —Y ahora, ¿cuántas van?—El escribiente contestaba:—Diez, mi general;—éste le mandaba muy serio, dándose importancia por su gran sabiduría:—Ponga punto final.—Aunque durante la revolución predicaba el exterminio de los alfonsinos, se apresuró el 14 de Enero de 1875 á esperar en palacio al rey D. Alfonso XII, haciéndole mil reverencias y zalamerías. El beso de Judas. Para tenerle contento le nombraron vocal de la Junta de Ordenanzas, sin duda por lo mucho que había faltado á ellas.

Repito que en tiempo de revueltas se encaraman á los primeros puestos algunos que en épocas normales nadie conocería. Los que pertenecen á la milicia, como ésta debe ser escuela de caballeros, huelen peor. También hay á quien le pesa haber obrado mal.

Servía en un batallón de cazadores un capitán aragonés, joven de buena familia, hermosa presencia, instruído y valiente. Se jugó su patrimonio, adquirió deudas, y como los conspiradores buscaban oficiales que se hallaban en ese caso, contrajo con ellos el compromiso de prender al general que mandaba en un cuartel de Madrid cuando Prim se sublevó el 3 de Enero de 1866. El 68 le hicieron coronel. De brigadier el 75, tuvo que ponerse á las órdenes del mismo general que debió prender, y del cual había recibido muestras de aprecio. El antiguo conspirador, lleno de remordimientos, quiso separarse del servicio para evitar presentarse al general. Éste, que seguía el método adoptado por la restauración de atraerse á los revolucionarios, le dijo:— Amigo, lo pasado, pasado; no hay que recordarlo. – Con tal política puede suceder que en trances apurados los malos desaparezcan por costumbre y los buenos porque no se les ha hecho justicia. El capitán del año 66, caviloso y arrepentido de lo que ejecutó contra sus ideas y sentimientos, murió loco al poco tiempo. Lo cité ya.

Escoda, que de paisano hicieron coronel, mandaba á los carabineros en Navarra. Prometió pasarse á los carlistas, firmó un acta, con la vil intención de coger á los jefes al atravesar la frontera y fusilarlos. Sospecharon, tomaron precauciones al acudir al punto marcado y se salvaron. Si el héroe de Alió hubiera salido bien de su empresa, le dan la faja. Fué una injusticia no llegara á general. Los carlistas, desde entonces, á la traición llamaban escodada. Muerto Prim, Escoda quiso conspirar con los alfonsinos.

La quinta esencia liberal, el pontífice del federalismo, Pí Margall, dijo en las Cortes el 20 de Junio del 69: «Las provincias están entregadas á gobernadores civiles *ineptos* y á

capitanes generales bárbaros y estúpidos.» *La España con honra* pintada al fresco por un artista catalán.

Feliz época la de 1869. Menos los que comían á dos carrillos, los que creen la milicia una religión, los que trabajan y sufren, todos los políticos conspiraban. Los republicanos públicamente, los carlistas noche y día y los moderados excitando á los oficiales del ejército á sublevarse.

Un general que hicieron marqués por vencer á los carlistas en 1844, se encargó de los que conspiraban en Cataluña el 69. Otro general revolucionario el 68, exigió, para comprometerse por D. Carlos, que depositasen 20.000 duros en el Banco de España. Un conde, título ganado por su padre al tomar un pueblo que ocupaban las tropas del pretendiente en la primera guerra civil, era el agente del duque de Madrid. Éste, cuando se acabó la campaña y emigró á Francia el 76, entregó su correspondencia particular para que se publicara, comprometiendo á sus necios servidores. El Gobierno la compró, evitando se comprobaran hechos repugnantes. ¡Cuánta miseria y suciedad!

Aunque era pública mi aversión á la gloriosa, pocas veces me propusieron variase de bandera, como á muchos generales, jefes y oficiales del ejército. O consideraban que valía yo poco, ó que era perder el tiempo. Lo mismo me sucedió con los revolucionarios el 54, el 66, y el 74 con los alfonsistas. Un general me dijo, olvidando que D. Carlos despreció sus servicios en 1836:—Nuestra bandera es la carlista.—Mía, no,—contesté. La restauración le colmó de gracias.

Una moderada muy borrica, me aconsejó que conspirase para que volviese su partido.— Ya,— la repliqué,— para que coloquen en seguida á su marido. Si me fusilan por hacerlo, exclamará usted: ¡Pobre, tan aficionado como era á las antigüedades!—¡Vaya un *Requiem!*

Me presentaron á un exministro ultramoderado, gobernador que fué de Madrid y antiguo periodista. Al oir que yo era enemigo de la revolución y que no quería volver al ejército

sino á la fuerza, me aconsejó debía ejecutarlo en seguida, y pronunciarme con el batallón ó regimiento que mandaba, á favor del príncipe de Asturias. Le manifesté que yo por nadie cometía una felonía, y añadió:—Si todos los alfonsistas fueran como usted, jamás volvería D. Alfonso.—Si todos fueran como yo, aún reinaría su madre, — le repliqué. El referido personaje quería le ayudara á ser ministro otra vez, reirse y despreciarme.

En 1870 frecuentaba yo la casa de un progresista que sacaba utilidad politiqueando. De él repetía un paisano suyo y mío muy cerril:—No hagais caso de ese farol, metido á diputado para enriquecerse con contratas. Siendo yo cabo furriel, para que no se muriera de hambre le llevaba á la guardilla donde vivía en Madrid, judías, garbanzos, arroz y tocino, que robaba del rancho á los soldados de mi compañía, diciéndole:—Anda p..... come á costa de mi conciencia.»

Hablaba yo con el político-contratista, se llevó la mano á la boca y gritó desesperado:—¡Caramba! me he tragado un diente postizo.—Al otro día observé no le faltaba ninguno y le pregunté:—¿Pareció?—Sí.—Calculé el viaje que había hecho el diente antes de ocupar nuevamente su sitio.

En la noche del 27 de Diciembre dije al liberal por conveniencia:—Va á nevar, me duelen mucho las heridas.—Si ahora estaba raso, replicó.—No importa.—A poco rato caía la nieve en abundancia. Fuí al café de Fornos; solo había tres aragoneses muy tranquilos. Les pregunté:—¿Qué pasa?—Uno de mis paisanos, juez cesante, furibundo reaccionario, la gloriosa le había limpiado el comedero, expresión repugnante que oí por primera vez á un vicalvarista, respondió con aire de lástima, señalándome:—Ahí le tienen ustedes. No sabe nada. De poco le sirve andar todo el día de una parte á otra:—¿Qué hay?, añadí.—Poca cosa; han muerto á Prim.—Observó el gran efecto que me causaba la noticia, y prosiguió con la mayor calma. —Aún no ha muerto. ¡Ojalá que en cada herida, de las muchas que le han hecho, quepan, riñendo, dos perros rabiosos!

—¡Qué atrocidad!, exclamé.—¿Lo siente usted?, continuó.—Sí; el asesinato siempre es vil.—Yo me alegro, y más que lo hayan hecho Serrano, Montpensier, y la unión liberal. Les conviene.—No tenía razón el excurial. Le cegaba la pasión política y la cesantía: antes había sido intolerante progresista.

El Combate, periódico que dirigía Paul y Angulo, llamó cobarde á Prim y amenazó matarle en la calle como á un perro. El ruín gacetillero insultaba con tinta. Prim bromeó con los diputados republicanos; le dijeron: «A cada uno le llega su san Martín», y salió del Congreso. Al desembocar por la calle del Turco á la de Alcalá se detuvo la berlina, porque habían atravesado un coche de plaza. Los asesinos rompieron los cristales, metieron los trabucos, disparando tres por cada lado, hirieron al ayudante, y al conde de Reus le destrozaron la mano y la paletilla. Prim subió la escalera del Ministerio, y aunque gravísimo, al que le preguntaba respondía: «No es nada, no es nada.» Cuentan que dijo conoció á Paul y Angulo. Después de tanto tiempo nada se ha averiguado. Aquel día nefasto, horas después de cometido el crimen, dió parte la policía sin novedad. Prim expiró el 30. Ví salir del palacio de Buenavista el féretro que contenía el cadáver de Prim. El carruaje que lo conducía fué el primero que bajó por la rampa del recién construído jardín del Ministerio de la Guerra. En la comitiva iban el famoso coronel Camino, que había desaparecido de la escena desde que triunfó la revolución, y un oficial, hijo de un general, que al echar á los empleados que tenían por reaccionarios del Ministerio de la Guerra, le dijeron: «A usted le dejamos aquí porque matamos á su padre el 67.» Después fué ayudante de campo. Yo, antes me muero de hambre.

El clero, los militares que no se pronuncian y las mujeres, eran enemigos de la revolución. Al saber una señora que Prim había muerto preguntó:—¿Ha recibido los Sacramentos?—No, le contestaron.—Mejor, así habrá ido á los infiernos.—Cuentan que una beata al confesarse, dijo:—Me acuso de que me alegré mataran á Prim.—Hija, replicó el cura, yo también. Un coro-

nel aragonés, que jamás se sublevó (mandó en la batalla de Castillejos la última compañía que se retiró cuando los moros picaban la retaguardia), no pegó fuego al cadáver de Prim en Atocha, por no quemar la iglesia. Otro militar, siempre que pasaba por la calle del Turco, aumentaba con la punta del bastón las huellas de las balas que hirieron á Prim. El rencor político pervierte á la humanidad.

Cuando los padrinos de Montpensier dieron la noticia á Prim que su ahijado había muerto en desafío al infante Don Enrique, el conde de Reus al oirlo, llevándose las manos á la cabeza, exclamó:—¡Qué lástima no haya sido al revés! Me habría librado de la baja y penosa insistencia con que solicita el trono de su cuñada. Todos los días, muy temprano, para no llamar la atención, viene á verme.» Tanto valía el hijo del infante D. Francisco como el de Luis Felipe.

D. Juan Prim nació en Reus el 6 de Diciembre de 1814. En la primera guerra civil pasó, por su valor, de soldado de francos á teniente coronel de infantería. Se sublevó en 1843 contra Espartero, lo venció Zurbano en Reus: á los dos hicieron condes de esta población, y los progresistas, ingratos, como todos los políticos, reconocieron el título al vencido, olvidando al que murió por ellos en 1844.

En tres meses, Prim ascendió de teniente coronel á mariscal de campo. Trató de matar á Narváez; condenado á seis años de castillo, le indultaron nombrándole capitán general de Puerto Rico. El 56 fué unionista, el 60 mandó un cuerpo de ejército en la guerra de África, le hicieron Grande de España, al cubrirse ofreció defender con su espada á Isabel II, y en 1868 la destronó. Al desembarcar Prim en Barcelona, el populacho se empeñó en que se arrancase la corona de la gorra de marino que llevaba; despreció los gritos de la canalla. La odiaba porque los demócratas catalanes insultaron á su madre en 1854.

Las generaciones futuras reconocerán á Prim la gloria que ganó en la campaña de África en 1860, y el que hubiera reem-

barcado sin orden del Gobierno las tropas que mandaba en Méjico; pero no le perdonarán la sangre que derramó y los males que causó á su patria en luchas civiles. Prim, en la primera revista que pasó al ejército en Madrid después de estallar la revolución, mandó á las bandas tocaran la Marcha real borbónica. Era aristócrata por temperamento, instinto y modo de pensar. Odiaba y despreciaba al populacho; no temió sus aullidos el 54 ni el 68. Si hubiera vivido, habría evitado las guerras cantonal y carlista, tuviera otro fin la revolución, no se conviniera con los canallas separatistas de Cuba. El marqués de los Castillejos, por su valor, ha quedado como heroe legendario, sobre todo en Cataluña. Al ver un catalán la estatua del famoso pintor Murillo, que hay en Madrid, exclamó entusiasmado: *¡Morillo, Morillo de Tarragona! el que se pronunsió en Reus ab en Prim el 43.*

Como la Constitución elaborada en 1869 establecía la forma monárquica, aunque en la cantidad menor posible, era preciso elegir rey que sirviese de pantalla á los revolucionarios. Propusieron la corona los aficionados á la unión ibérica á D. Fernando de Portugal, que la rehusó. Estaba casado con una ex bailarina... Me consta que el general Prim con varios personajes lusitanos trabajaron para formar una Nación de España y Portugal. Si lo hubieran conseguido, habrían pasado sus nombres á la posteridad llenos de gloria.

Los incorregibles y tontos progresistas deseaban elegir por rey á D. Baldomero Espartero, digno de tales súbditos: publicaron el retrato del hijo de la tía Perdiz con corona, manto y cetro. Resultó una caricatura.

Los unionistas presentaron como candidato á Montpensier. La opinión se volvió airada contra el cuñado de Isabel II. No le valió entrar en Madrid, para popularizarse, con chanclos y el paraguas debajo del brazo.

Al príncipe de Hohenzollern Sigmaringen, cuyo nombre era tan fácil de pronunciar por los españoles como que en ellos tuviese partidarios, se opuso Napoleón III, y fué causa de la

guerra entre Alemania y Francia, que tan desastrosa fué para nuestros vecinos traspirenaicos. La gente le llamaba ¡Ole! ¡Ole!, y decían en broma que los progresistas deseaban: «Olla sorda, sin laringe.» De él sólo nos quedó lo siguiente:

Prim está Hohenzollernsigmaringenado;
¿Quién lo deshohenzollernsigmaringenará?
El deshohenzollernsigmaringenador que lo deshohenzollernsigmaringenare,
Buen deshohenzellernsigmaringenador será.

Recordé que Napoleón III quiso en 1860 robarnos desde el Pirineo á la izquierda del Ebro; me alegré de la vergonzosa catástrofe de Sedán, de que Alemania se quedase con Alsacia-Lorena, y que la fatuidad francesa recibiese el castigo merecido.

La infanta Doña Carlotá contribuyó á que Fernando VII revocara la ley sálica, establecida por Felipe V, y á que fuese reina gobernadora su hermana Doña Cristina. Conspiró y politiqueó, apoyándola su marido el infante D. Francisco, jefe de las logias masónicas. Por ambición destruían la patria que los mantenía. De sus dos hijos varones, D. Francisco casó con Isabel II, y porque D. Enrique no lo consiguió se hizo revolucionario desde 1846. Le empujaron los republicanos contra Montpensier para inutilizar á los dos, le hicieron publicar un papel llamando cobarde al cuñado de la reina, el cual le mató en desafío. Con gran farsa acompañaron los masones por las calles de Madrid el cadáver del infante, categoría que le concedió por gracia Fernando VII. Lo mismo en Castilla que en Aragón sólo son infantes los hijos ó hermanos de reyes.

El Consejo de Guerra condenó á Montpensier á un mes de arresto y cinco mil duros de indemnización á la familia de Don Enrique: el precio de la sangre.

Antonio de Orleans explotó á Isabel II, que le nombró capitán general de ejército sin haber mandado un soldado. En pago, adelantó dinero para destronarla y promovió la guerra civil. Córdoba en sus memorias dice, que, en nombre de la

unión liberal, le ofreció el trono cuando vacara. Es indudable que ganó á los marinos; no estuvo en Alcolea, ofreció su espada al Gobierno revolucionario, subvencionó periódicos, hizo mil bajezas y no consiguió ser rey de una nación hidalga.

Si el nieto de Felipe Igualdad llega á mandar en España, hasta las piedras se hubieran sublevado contra el odiado gabacho.

Un pintor hizo un cuadro de la marina pronunciada en Cádiz en 1868. Como había pasado la ocasión de venderlo, le aconsejé que lo regalase á Montpensier cuando éste buscaba partidarios que le ayudasen á sentarse en el trono. Lo verificó, y el francés le remuneró con unos gemelos que valían tan poco como la pintura.

Un periódico que se publicó durante la revolución dijo: «Usted que sabe historia: ¿Quién es la doncella de Orleans?—Hombre, la espada de Montpensier.» A éste y á su víctima D. Enrique se puede aplicar lo que dice el Dante de los que no merecen ni loa ni desprecio. «El cielo los arrojó y el infierno no los admitió.» *No ragionar di loor, m' aguarda e pasa.* Sigamos adelante; no nos ocupemos más de ellos.

La revolución no inspiró á poetas ni á músicos. Cuando mataron á Prim cantaba un ciego lo siguiente:

«Quién te lo había de decir
valiente campeón,
que habías de morir
dentro de un faetón.»

Sólo me gustó un himno que tocaron en una manifestación republicana.

El Gobierno quiso sustituir la Marcha real con una nacional. Se presentaron al certamen 447 composiciones. Los maestros nombrados para examinarlas manifestaron que «todos estábamos acostumbrados á considerar como símbolo de las majestades divina y humana los nobles y sencillos acordes de nuestra antigua Marcha real, que es artísticamente de lo mejor

y más apropiado que puede inventarse... El Jurado ha acordado, por unanimidad, que entre todas las marchas presentadas no hay ninguna que merezca los premios ofrecidos.»

Por orden de 15 de Diciembre de 1870 se dió por terminado el concurso. Fué de las últimas disposiciones de Prim.

El *trágala* brutal de los liberales y la estúpida *pitita* de los realistas se llevaban poco.

De la *Colección de canciones patrióticas* que dedica al ciudadano Rafael del Riego, y á los valientes que han seguido sus huellas, el ciudadano Mariano Cabrerizo, que se imprimió en Valencia, ilustrada con música y grabados, el mismo año 1823, que por culpa de Fernando VII y de Riego nos deshonró la invasión francesa copiamos lo siguiente:

A LOS PANCISTAS

—

CORO

Tú que no quieres
lo que queremos,
la ley preciosa
do está el bien nuestro;
trágala, trágala,
trágala, perro.

UN SOLDADO VIEJO.

RECUERDOS

Recordaba en el artículo precedente las peripecias por que pasó, en la noche de su estreno, el hermosísimo drama de Tamayo, titulado *Lances de honor,* que pudo tener un éxito casi tan grande como el de *El drama nuevo*, y que vino á tropezar casi en su última frase con una de esas caprichosas injusticias del público, que son el terror de los autores y la desesperación de las personas imparciales.

Hablé, digo, de *Lances de honor,* y los recuerdos son como las cerezas: unos se enredan con otros y cuando de uno se tira, tras él viene toda una ristra.

Digo esto, protestando previamente de que por la anterior imagen, es decir, por esta imagen de las cerezas, no me propongo pedir privilegio de invención; digo esto, repito, porque el recuerdo de los *Lances de honor*, de Tamayo, ha despertado en mí otro recuerdo: el de mi primer lance de honor.

Y no se alarmen mis lectores, que no voy á contar heroicidades. Entre las muchas virtudes que me adornan, es una de ellas la de no ser jactancioso.

Ni me doy por heroe, ni por caballero andante, ni por gran espadachín, ni por valiente en demasía.

Tampoco he sido nunca camorrista: de modo que si tuve un lance de honor, la culpa no estuvo de mi parte.

***

Tenía yo veintitrés años, poco más ó menos. Acababa de venir de profesor á la Escuela de Caminos. Era ya todo un personaje del orden científico, ó al menos, esta idea tenía yo de mí mismo. Y como, por otra parte, mi afición al teatro Real era grandísima, decidí *abonarme á butaca*.

Esta había sido siempre una de mis mayores ambiciones. Yo había visto durante cinco años el teatro Real desde las mayores alturas del paraíso. Poquísimas veces había osado descender á las delanteras del mismo, y cuando por azar descendía, desde ellas, contemplaba, con vista codiciosa, no diré los *palcos*—que mi ambición, con ser grande, no llegaba á esas regiones inaccesibles—pero sí las *butacas*.

¡Ir á butaca! ¡Qué triunfo, y qué gloria, y qué esperanza tan remota!

Todos aquellos señores, que yo veía allá abajo de frac y corbata blanca, me parecían príncipes y reyes disfrazados.

Por fin, llegó para mí la hora del triunfo. Era también la hora de la vanidad para la clase media. Al paraíso habían ido, como yo, durante muchos años, señoras muy finas y caballeros de posición; en suma, por aquel entonces la burguesía no se avergonzaba de ir al paraíso. Al paraíso iba el director de nuestra Escuela, por ejemplo. Pero la clase media quería descender á las butacas, y yo sentí el contagio, quise tener butaca también, y me aboné á diario.

La verdad es que el abono á butaca era entonces muy barato: 16 reales me costaba; y como yo nunca he sido gastador —otra virtud más, que deseo que conste y que se aumente á la lista — y como, además, vivía con mis padres, el capricho de

ser *abonado al Real* era para mí un capricho lícito y que no desequilibraba mi presupuesto. Yo entonces no fumaba, no bebía, no he jugado nunca, conque bien podía permitirme el lírico derroche de un abono al regio coliseo.

Me aboné, pues, simal no recuerdo á fila cuarta y en butaca del callejón. Había sido tardío pero seguro. Era una de las mejores butacas del teatro Real.

¡Oh, la vanidad humana, y qué cara puede costar! Mientras fuí al paraíso, viví seguro y no tuve ni la menor riña, ni el menor disgusto, ni la más insignificante disputa. Era un modesto estudiante perdido en aquella enorme gradería, que por una parte parece subir hasta el cielo, y por otra parte diríase que se precipita en el escenario, descendiendo hacia él en majestuoso plano inclinado.

Pues en cuanto me puse frac y me anudé corbata blanca, y bajé á la platea y anduve entre aquellos señores de pechera almidonada, que me parecían príncipes oyendo de incógnito música italiana, desde aquel momento, repito, ya estuve en peligro, como verán mis lectores. Yo, el más atento, el más cortés, el menos camorrista de todos aquellos señores, tuve ya mi correspondiente lance de honor.

Veamos cómo fué.

Era una noche. Y era natural que fuese una noche, porque generalmente de noche se cantan las óperas en el teatro Real. Pero de todos modos yo no falto á la verdad al decir que *era una noche*. Y lo que más importa es que mis recuerdos sean verdaderos.

Era, vuelvo á decir, una noche. Y yo, de frac y corbata blanca, y hecho todo un señor por lo tanto, ocupaba mi butaca del callejón, fila cuarta.

Cantaban no sé que ópera y estaban ya en el último acto.

De pronto se abrió la mampara del fondo del teatro y entró un caballero apresuradamente por el solemne y temeroso callejón. Lo atravesó todo él y llegó hasta mí: es decir, hasta emparejar con mi butaca y mi persona, y en llegando se detuvo.

Yo tranquilo y confiado: como que nada me pesaba sobre la conciencia.

Pero ¿de qué sirve la tranquilidad del inocente, si la inocencia está siempre al borde del abismo y á merced del malvado?

«Caballero»—oí que me decía el otro caballero, es decir, el que acababa de entrar.

Levanté la vista y le miré. Era un señor como de unos treinta y seis ó cuarenta años. Alto, fornido, de cara fosca, bigote negro y espeso, ademán imperioso, voz gruesa y áspera.

Levanté la vista, como queda explicado, y con cierta sorpresa le pregunté: «¿qué desea usted?»

Y él me replicó: «la butaca que usted ocupa es la mía.»

¡Figúrese el lector si me causaría sorpresa semejante interpelación!

¡Haber estado cinco años en las alturas del paraíso contemplando aquella espléndida platea! ¡Haber llegado á ser profesor de la Escuela de Caminos! ¡Haber gastado de mi sueldo más de dos mil reales en abonarme por toda la temporada! ¡Haber conseguido la mejor butaca del teatro! ¡Sentirme dueño de ella hasta la médula de los huesos, y venir aquel señor de los bigotes negros y de la cara fosca á disputármela brutalmente entre los acordes de la espléndida orquesta, díganme si no es motivo para darse á todos los diablos y para enviar con ellos al que con tamaña insolencia pretendía atropellar mi derecho!

Sin embargo, me contuve, porque tengo bastante sangre fría, aunque me esté mal el decirlo. Así es que le contesté con la mayor cortesía, pero con cierta sonrisa desdeñosa: «dispense usted, caballero, esta butaca es mía.»

Él empezó á encresparse y á levantar la voz, porque debía ser hombre de carácter violento. Y mirando el billete que traía en la mano, repitió varias veces: «le digo á usted que es mía: es mía; la compré esta mañana en el despacho.»

A lo cual yo repliqué, y ya se me empezó á remover la sangre: «pues si usted la compró esta mañana en el despacho, yo la compré hace tres meses en contaduría, porque le repito á usted que es butaca de abono.»

Y él, sin ceder en su terquedad, volvió á insistir, con tonos cada vez más desentonados, «en que yo estaba en un error, y que era suya la butaca.»

Aquello prometía convertirse en un escándalo, y á mí se me iba encendiendo la cara de vergüenza y ya me latían las sienes de ira.

«Como la butaca es mía—dijo él—es preciso que usted me la ceda». Y se veía que el hombre hacía esfuerzos por contenerse. Yo le repliqué: «como la butaca no es de usted, no encuentro razón para cedérsela; y si equivocadamente se la han vendido á usted, puede usted acudir al acomodador ó puede usted ir al despacho á que deshagan la equivocación.»

Él, ya sin poder contenerse, juró que ni se movería de aquel sitio ni pensaba tampoco buscar al acomodador; el cual (dicho sea entre paréntesis) no aparecía por ninguna parte del horizonte visible.

«Pues haga usted lo que guste»—le dije yo, con tono ya un poco agresivo, porque iba perdiendo la calma, aunque no tanto como él; cosa que, por otra parte, se explica fácilmente. Yo estaba sentado en mi butaca y él estaba de pie, en el centro del callejón y expuesto á las miradas de todo el mundo. Que ya la gente de alrededor empezaba á fijarse en nosotros y á cuchichear.

Vinieron dos ó tres réplicas vivas por ambas partes, que fueron variaciones sobre el mismo tema.

El diciendo furioso:—«¡La butaca es mía; la he comprado!» —Y yo, con la voz descompuesta, replicándole:—«Está usted en un error; la butaca no es de usted, es de abono: y tenga usted la bondad de retirarse, porque no me deja usted oir la ópera.»

El hombre, al oir esto, perdió los estribos, si no es que ya

los había perdido antes, y acercándose más á mí me lanzó esta amenaza, con la voz bronca de un mal actor de melodrama:—«Si no se levanta usted, le levantaré yo.»

Pero no en vano era yo un futuro autor dramático: mi réplica fué digna, enérgica y concisa: no sé cómo se me ocurrió, porque la verdad es, que empezaba á zumbarme la cabeza.

Cuando le oí decir «si no se levanta usted le levantaré yo», sin abandonar la butaca, pero acercándome un poco más á él, le repliqué:—«Vamos á ver cómo.»

Fueron palabras textuales: no las he olvidado, porque siempre me han parecido nobles y hasta heroicas, y sobre todo, un modelo de sobriedad.

Entretanto, y con la rapidez del pensamiento, calculé yo lo que iba á suceder.

En cuanto aquel salvaje me tocase, le cruzaba la cara. Era evidente, que él era mucho más fuerte que yo, y que entre sus manazas y sus brazos lo iba yo á pasar muy mal; pero no era menos evidente que las personas que nos rodeaban nos separarían en el acto.

El hombre, aunque estaba hecho una furia, vaciló un momento; no por temor á mí, en quien no podía ver más que un polluelo más ó menos atrevido, sino por temor al escándalo; pero ese momento de vacilación fué suficiente, para que un compañero mío, D. José Almazán, se levantase de su butaca y se interpusiera entre los dos.

«Dispense usted—le dijo,—está usted en un error; la butaca es de este caballero: está abonado á ella toda la temporada.»

D. José Almazán era ya, como vulgarmente se dice, un hombre hecho y derecho, de buena estatura y de representación. Me quería mucho, le había irritado la injusticia del intruso, y aunque las frases anteriores las pronunció en forma cortés, el acento era enérgico y un si es ó no es agresivo.

El intruso se paró en firme; pero dispuesto á no abandonar la partida, replicó con mal tono:—«Pero ¿estoy yo ciego? ¿No tengo aquí el billete de esa butaca?»

»Pero ¿qué dice el billete?»—le pregunté.—«Mírelo usted» —me contestó.—Cogí el billete y leí en voz alta: «Fila 3.ª, número 2.» (No sé si era dos, porque no recuerdo por dónde empezaba la numeración; pero tanto da para el caso.)

»Pues eso es—dijo él, con aire de triunfo:—fila tercera, número dos.»

»Pues eso es—le repliqué yo, con cierta sorna;—por eso precisamente está usted equivocado: porque la butaca que yo ocupo es el número dos de la fila cuarta, y la de usted es la que está delante de la mía.»

»¿Pues no sé contar?—vociferó mi hombre, completamente desconcertado.—Una, dos, tres, precisamente la tercera: la mía.»

»En esta ocasión no sabe usted contar, ó no tiene usted costumbre de venir al teatro Real; porque la fila primera es la que está á un costado y á otro de la orquesta, y la que á usted le parecía primera es la segunda. De modo que esta butaca en que yo estoy no es de la fila tercera, sino de la cuarta.»

»¿Es decir, que mi butaca es esta?»—dijo señalando á la que estaba delante de la mía.

»Sí, señor; esa es.»

»Esa es—le dijo Almazán;—y si no, vea usted el número de la fila.»

Se convenció el buen hombre de su error, y sin decir palabra fué á sentarse en su butaca.

Un momento después se volvió hacia mí, y con poca espontaneidad y tono siempre seco, me dijo: «Dispense usted.»

Y yo le repliqué en el acto: «En efecto, mucho hay que dispensar.» Frase textual, que ya demostraba en mí aficiones decididas á los diálogos dramáticos.

Su réplica no fué dramática, porque lo descortés no lo es nunca, ó no lo es sino en circunstancias muy excepcionales.

«Si no quiere usted dispensar,—replicó desdeñosamente —no dispense usted, y hemos acabado.»

Y yo, que ya estaba en posesión de mí mismo, ler epliqué:

«Por ahora, tiene usted razón, hemos acabado; pero luego seguiremos.»

Él nada contestó: todo quedó en calma y siguieron los cantantes con su canto y la orquesta con sus acordes.

Yo sentía toda la sangre en la cabeza, y aquella frase de amenaza «si no se levanta usted, le levantaré yo», y aquella otra «si no quiere usted dispensar, no dispense», me estaban zumbando constantemente en los oídos como dos insultos groseros, de los cuales era preciso tomar memorable venganza.

Es el caso, que todas las personas que ocupaban butacas inmediatas á la mía, eran personas de mi más afectuosa amistad: José Almazán y su señora, el señor de Lapazarán, la hija del marqués de C. y su familia; todos, en fin, habían oído los insultos, ó los que yo consideraba como tales. Y aquello de que había de levantarme á la fuerza, lo era sin duda.

Me sentía yo más afrentado, que el padre del Cid, y para vengar mi afrenta estaba resuelto á ser mi propio Cid Campeador.

El acto se me hizo eterno, pero al fin concluyó, y mi hombre se puso en pie, y, sin decir palabra, emprendió su retirada; pero yo le salí al paso, y deteniéndole, le dije: «Tenga usted la bondad de darme su tarjeta.»

Él replicó, que no la llevaba, que no comprendía mi insistencia, y que lo que yo quería era provocar un escándalo. A lo cual yo contrarrepliqué «que mayor escándalo había dado é antes y en peor ocasión, y que si no llevaba tarjeta, podía decirme su nombre y las señas de su casa.»

Él, aunque de mala gana, me manifestó su nombre y dónde vivía, y yo le anuncié, que antes de las doce del día siguiente irían á verle dos amigos míos.

De mal humor y gruñendo por lo bajo se fué con cierta precipitación, y yo convine con el señor de Lapazaran en que al otro día iría á buscarle mi amigo Manolo Pastor, para presentarse los dos juntos á pedir explicaciones ó reparación á mi contrincante.

*
* *

Mala noche pasé. Era la primera vez que me veía en lance semejante. Yo, por entonces, ignoraba que tuviese nervios: este descubrimiento no lo hice hasta que me metí en política; pero sangre sí tenía, y mi sangre andaba por las venas grandemente alborotada.

Declaro lealmente, que no sentía miedo, porque eso de que yo pudiera morir en desafío me parecía cosa de todo punto imposible. Yo era matemático, el cálculo de probabilidades ejercía sobre mí gran imperio, y sabía que, al menos en España, poquísimos desafíos acababan por muerte ó herida grave. Sin contar con que, lo que debía esperarse era, que aquel señor me diese todo género de explicaciones.

No le había visto yo muy bravo ni muy resuelto en su definitiva retirada, y aun me pareció que iba murmurando: «¡Si esto es una tontería! ¡Si no hay motivo para nada!»

De suerte que, racionalmente pensando, yo no debía tener miedo, y en aquella época, á pesar de ser muy joven, yo me gobernaba siempre por los mandatos de mi razón.

Que mi contricante me matase no era posible; y que yo muriese ó quedase gravemente herido en aquel lance, figurábame que era cosa desatinada. Yo, por entonces, casi no creía en la muerte. La veía tan lejos, tan lejos, que no me espantaba.

Y, sin embargo, toda la noche estuve agitadísimo, porque tenía otra clase de miedo: el de que se enterasen mis padres de mi proyectado desafío.

¡Qué disgusto tan grande para ellos! ¿Y si mi madre se ponía mala? ¿Y si á mi padre le daba algo? ¿Y si me traían á casa herido ó muerto? Porque ya entonces me parecían posibles y aun probables todas las catástrofes.

Pero ¿cómo retroceder? Aquel hombre me había insultado; luego tenía que darme una satisfacción. Aquel hombre me hacía pasar una noche horrible, y acaso podría dar un gravísimo disgusto á mis padres; luego era preciso que yo me vengase por ellos y por mí, y por la mala noche que estaba pasando.

¿Quién era aquel imbécil y grosero para robarme, sin razón

ni justicia, las horas tranquilas y hasta sabrosas de mi sueño?

La indignación primera se iba convirtiendo en odio; y según mi costumbre, forjé, en las largas horas de aquella vigilia, cien duelos distintos con las más variadas peripecias, y en todos ellos maté sin compasión á mi adversario.

Es decir, le mataba al principio, pero después de haberle muerto cuatro ó cinco veces, me pareció que era excesiva tal pena para tal culpa y me contenté con herirle gravemente otras tantas.

A las ocho ya estaba en pie y me fuí á la Escuela á buscar á mi amigo Manolo Pastor.

*
* *

A D. Manuel Pastor, tal vez le habrán conocido algunos de mis lectores: fué el ingeniero que dirigió más tarde las obras de los muelles de Sevilla; y más tarde todavía, en la época de la cantonal, fué de los que persiguieron las turbas con más encono.

A Manolo Pastor le había yo escogido para segundo padrino de mi proyectado desafío, porque tenía gran idea de su energía y de su valor, y sabía además, que me profesaba amistad verdadera.

Era todo corazón y músculos y nervios, sin que el ser gran gimnasta, y éralo de veras, le impidiese tener una inteligencia clarísima.

Más bien bajo que alto, delgado, la cara enjuta, y entre pálida y verdosa, y de movimientos enérgicos y nerviosos.

Con ser pequeño de cuerpo, su fuerza era colosal; y el tener gran fuerza era en él herencia de familia.

Su fuerza rayaba en lo increíble, sobre todo en aquellos momentos de excitación en que, como vulgarmente se dice, se le desataban los nervios.

Recuerdo que cuando estudiantes bajábamos en fila una noche por las escalerillas laterales del paraíso del Real: delante de Pastor, que iba envuelto en su capa con la apariencia más modesta y más pacífica, bajaba una especie de gigante, que luego se supo que era capitán de caballería.

Como era noche de gran función y el paraíso estaba atestado de gente, venía de cuando en cuando una oleada, que nos hacía bajar de mala manera la escalerilla; y dos ó tres veces, Pastor, sin poder evitarlo, tuvo que apoyarse en el coloso que marchaba delante. Dos ó tres veces se volvió éste para decirle á Pastor que no le empujase. Y la última vez, al acabar de bajar la escalera, se volvió colérico hacia Manolo y cogiéndole por la capa, le hizo bajar de golpe los dos ó tres escalones que faltaban, diciéndole en tono de burla:

«Baje usted de una vez, pollo.»

Manolo Pastor cayó sobre el gigante como el rayo; y sin desembozarse siquiera, apretando los puños bajo la capa, le dió en el pecho dos tan tremendos puñetazos, que el hombre cayó desplomado de espaldas.

¡No he visto desplomarse más aprisa á ninguna masa inerte, cuanto más á una masa humana como aquella, que con asombro de todos, y hasta con respeto de los *guindillas*, que así creo que se llamaban entonces los agentes de orden público, vino á tierra!

Luego supimos, que se habían batido los dos, Manolo y el capitán, y aunque Manolo Pastor nunca fué muy notable en la esgrima, le descompuso un hombro de una cuchillada al capitán de caballería; porque un tajo de mi compañero no había quien lo parase, á no ser presentándole la punta.

Manolo Pastor entró en la Escuela un año antes que yo; y aunque estábamos en años distintos, llegamos á ser amigos íntimos, como lo era de Brockman, de Caunedo, de Calleja, de Benito, de Trujillo y de todo nuestro círculo.

Todavía recuerdo, que cuando apenas me conocía, viéndome muy apurado porque no encontraba el cálculo de Navier,

que era el libro de texto, me dijo de pronto, con uno de sus arranques de costumbre:

«No tenga usted cuidado, que yo le daré mi Navier.»

Y luego supe, que no tenía ninguno, y que, para no quedar mal y cumplir su palabra, había tenido que revolver cielo y tierra; y hasta compró un ejemplar por cuatro ó cinco duros.

Cuando se ponía nervioso enloquecía casi. En cierta ocasión, estaba refiriendo á unos amigos el desafío de dos caballeros de su pueblo. Según parece, uno de ellos descubrió que el otro llevaba resguardado el pecho por una coracina ó cota de malla. Y decía Manolo Pastor:

«Cuando mi amigo descubrió aquella felonía, se fué á él y le cogió por el pescuezo.....»

Y al recordar esto, se dirigió Pastor con la mano abierta en forma de tenaza hacia uno de los que formaban el corro, el cual, comprendiendo lo que le esperaba, retrocedió dos pasos.

Pastor, sin suspender su relato y siempre con la mano dispuesta á ceñirla á una garganta, fuera la que quisiera, se dirigió al oyente inmediato; pero éste, ejecutando la misma maniobra que el anterior, se puso lejos del alcance de aquella formidable tenaza.

Se dirigió la tenaza á otra y otra garganta; pero todas retrocedieron en compañía de sus dueños respectivos, de modo que el círculo se ensanchó considerablemente, quedando en el centro Manolo Pastor con su tremenda manaza abierta y sin encontrar cuello á que ajustarla.

Pero tan entusiasmado estaba con su relación, que nada notó, sino que le faltaba una garganta que apretar; y repitiendo otra vez más la frase comenzada, dijo: «y entonces le cogió por la garganta»: y él se cogió la suya con crispatura tan formidable, que no pudo concluir la historia, porque á poco más se extrangula á sí mismo; terminando todo ello con un ataque de tos que le duró diez minutos, entre las carcajadas de todos los presentes.

*
* *

He dicho que había entrado tres años antes que yo en la Escuela; pero riñó con el Ayudante U., le pegó, se desafiaron, y le rompió la cabeza por añadidura.

Tuvo que abandonar, pues, la carrera de Caminos, y emprendió la de ingeniero industrial. Mas riñó con un profesor, estuvo á punto de pegarle, no le pegó porque el profesor era viejo, y tuvo que abandonar también esta carrera, volviendo otra vez á la de Caminos. Por esta razón, habiendo entrado un año antes que yo en la Escuela y habiendo sido compañero mío en ella, le encontré todavía de alumno, cuando yo volví de profesor, sin que por eso dejáramos de ser los amigos y compañeros de siempre.

Fué, realmente, un corazón muy hermoso, y un carácter muy enérgico; y no fué camorrista, aunque tuvo muchas camorras, ni jamás pretendió abusar de su fuerza. Era cariñoso y cortés, y en sus cortesías no había más peligro, sino el de que apretase demasiado la mano. Lo que hay es, que cuando creía ver una injusticia, se sublevaba y enloquecía y todo lo echaba á rodar: y ¡ay del que entonces se le pusiera delante!

Más de un matón de Sevilla y más de un cantonal supieron, andando el tiempo, lo que pesaban los puños de Manolo Pastor.

He aquí, repito, el padrino que yo había elegido.

Llegué á la Escuela y encargué á los porteros que en cuanviniese Pastor me lo enviasen á Secretaría.

Llegó, en efecto, antes de las nueve, y fué á buscarme diciéndome:—«Me han avisado que me llamabas: ¿qué quieres, Pepe?»

Yo le conté lo que había ocurrido la noche anterior, y le dije:—«Ahora te vas de la Escuela, que por hoy no tienes que asistir á las clases. A las once vas á buscar á Lapazarán; y antes de las doce, vais los dos á ver á ese señor y le exigís, en mi nombre, una satisfacción.

«Ya lo creo que la dará, el muy grosero. Pero, ¿qué clase de satisfacción pides?»

«Esta, y no admito otra: ha de ir ese señor esta misma noche al teatro Real, y ha de ir á buscarme á mi butaca, y delante de todos ha de darme explicaciones categóricas y completas.»

«¡Hombre! eso me parece muy fuerte»—dijo Pastor.

«Pues eso, ó nada.»

«¿Y no bastaría con que te mandase una carta presentándote sus excusas? Esa carta tú se la podrías leer á quien quisieras.»

«Eso es. ¡Ir yo enseñando la carta! El medio que me propones me parece ridículo. Ha de ser lo que yo digo. Ha de ir á buscarme á la butaca.»

«Pero, ¿y si se niega?»

«Entonces, al terreno»—exclamé yo con acento heroico.

«Pero tú no manejas ningún arma; según dices, es un hombre muy fuerte: vamos, no seas exagerado. Déjame á mí, que yo lo arreglaré.»

«Pues arréglalo, pero de la manera que te digo; porque si no, nombro otros padrinos.»

«Bueno, hombre, bueno: te digo que me dejes, que quedarás como debes quedar.»

Y se marchó el pobre Manolo Pastor muy preocupado y muy caviloso.

Y después de todo, no pasó nada; el buen señor, mi contrincante, quiero decir, era más juicioso que yo, y estuvo por todo extremo razonable. Después de defenderse como pudo, de protestar que no quiso ofenderme; de asegurar que para un asunto urgentísimo tenía que marcharse á París aquel mismo día, y que sólo se había quedado por mi intimación y para esperar á mis padrinos; después de brindarse á firmar la carta que éstos escribiesen, cedió por fin, ante la actitud resuelta de Pastor, y prometió ir á buscarme aquella noche al teatro Real.

Y, en efecto, fué, y yo le esperaba en mi butaca, cuya dignidad y cuyo derecho había sostenido tan resueltamente á la par de los míos.

El buen señor se me acercó con suma cortesía, y empezó diciendo: «Sr. de Echegaray, yo no tenía el gusto de conocer á usted; y siento que por un error.....» No le dejé concluir. Me levanté, le di la mano; salimos juntos á uno de los pasillos, y él me dió todo género de explicaciones. Que momentos antes de ir al teatro Real, la noche anterior, había recibido una noticia muy desagradable y que le había perturbado grandemente; que en tal estado de perturbación se hallaba, que había llegado á creer que yo ocupaba su butaca; que comprendía que sus palabras fueron excesivamente violentas; que me rogaba que le dispensase y que deseaba ser amigo mío.

Claro es, que yo le contesté con la misma cortesía, y que quedamos en las mejores relaciones.

Ya se habían acercado á esto Pastor y Lapazaran y todos celebramos el feliz término de aquel pasajero disgusto.

***

Y vuelvo á la imagen con que empecé este artículo. Las ideas, como los recuerdos, se parecen á las cerezas: tras una viene otra, y así se van enredando por parejas.

Por hablar de los *Lances de honor*, de Tamayo,» se me vino á la memoria mi primer *lance de honor*, y al terminar su pálido, insignificante é insustancial relato, no escrito con empeños literarios, sino dictado con el abandono de una conversación familiar, me ocurre que, sin quererlo, he venido á presentar un ejemplo patente de la diferencia que existe entre el verdadero arte, que digan lo que quieran, está siempre impregnado de idealismo, y el arte naturalista ó realista de ciertas escuelas más ó menos modernas.

El drama de Tamayo es el arte, el verdadero arte. Sus *Lances de honor*, sin dejar de ser reales con realidad estética, tienen trascendencia artística y moral; y, sin embargo, aquella fábula, de la manera que el autor la pinta, es casi seguro que nunca se ha realizado.

En cambio, *mi lance de honor* es la verdad misma, como si hubiese sido recogida por un fonógrafo y por una serie de instantáneas fotográficas.

Es un documento humano de cuya absoluta exactitud respondo.

Si la única condición del arte fuera la verdad; si para crear la belleza estética bastase trasladar al papel un pedazo de la realidad material, la relación de mi primer desafío sería un prodigio literario, por el fondo y por la forma. Por aquél, por la exactitud de los hechos; por ésta, por su insustancialidad y por su falta absoluta de estilo.

Lo primero que debe respetarse en toda doctrina, es la lógica. Si el arte es la pintura exacta de la realidad, es preciso que pinte á la realidad tal como es. Y en la realidad de la vida, el arte literario anda muy por los suelos.

Así, la prosa de todo escritor realista debe ser fría, vulgar, mal perjeñada—como suele decirse—porque si en su prosa hay jugo literario, la belleza del estilo revelará artificio, trabajo, afectación, pulimento, convencionalismo.

Los seres de carne y hueso que andan por esos mundos, así vistan blusa, como frac y corbata blanca, hablan mal, con poquísima gramática, y con escasísimo ingenio.

En suma: toda obra en que domine en absoluto el criterio realista, ó es acto de traición y alevosía, ó debe escribirse en prosa vulgar y pedestre.

Y como lo que abunda en el mundo es lo prosaico y lo insustancial, de lo insustancial y de lo vulgar debe tratarse únicamente; porque los grandes hechos, las acciones nobles, los sucesos interesantes, los grandes caracteres, son la excepción, y según ciertos críticos, *lo excepcional no es la materia propia del arte*.

Yo creo precisamente todo lo contrario. Mejor dicho: lo que yo creo ya lo expliqué en otra ocasión grata y solemne para mí; pero más al por menor lo iré explicando en estos recuerdos.

José Echegaray.

EL TEATRO

DE

DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

I. Ojeada general.—II. Los críticos contemporáneos: Villergas, Ferrer del Río, Larra.—III. Aclaración de un concepto de *Fígaro*.—IV. Los argumentos semejantes.—V. Profundidad y filosofía del teatro de Bretón.—VI. Cuestión de actualidad.—VII. Conclusión.

Al aproximarse el primer centenario del nacimiento de D. Manuel Bretón de los Herreros (1), deseoso de consagrar un recuerdo á su gloria, he vuelto á leer, con la mayor atención, las comedias de este escritor ilustre. Las sabía de memoria desde mis primeros años; las había visto representar repetidísimas veces y con extraordinaria perfección... ¡cuando teníamos actores y compañías!... Al estudiarlas hoy, después de tan profundo movimiento literario, cuando las ideas estéticas han variado de rumbo de manera tan radical en letras y en artes, cuando la inteligencia se encuentra acostumbrada á esas nuevas manifestaciones, he sentido renacer el entusiasmo que siempre me inspiraron; veo crecer en la posteridad, con fuerzas de gigante, el laurel de su gloria, y escucho repetido y ensalzado su nombre por las generaciones venideras, al par

---

(1) Nació el autor de *Marcela*, el 19 de Diciembre de 1796.

de los más famosos en las letras españolas. Justo tributo debido al genio.

No se le ha juzgado bien hasta ahora; no se han apreciado sus sobresalientes condiciones, aunque se le ha alabado, aplaudido é imitado muchas veces. Bretón es el primer poeta cómico, no de la edad presente, sino de España; es de la dinastía de reyes indiscutibles de nuestro riquísimo teatro, comparable á todos, sin exceptuar á ningún autor antiguo ni moderno. Esta tesis, que solamente podrá parecer atrevida á quien no haya profundizado un poco en ella, es de fácil demostración y el objeto de este estudio.

I

Desde que en el año 1824, dominando en España el sistema absoluto en el período de su mayor intolerancia, apareció en la escena la primera comedia de Bretón de los Herreros, anunciada en los carteles sin nombre de autor, hasta que este bajó al sepulcro en Noviembre de 1873, bajo el imperio de la libertad más desenfrenada, habían ocurrido grandísimas variaciones, cambios radicales en España, lo mismo que en política, en literatura y costumbres, en la administración pública y en la vida privada. Y sin embargo, Bretón había continuado su marcha inalterable, dejándose llevar por el camino á donde su genio le guiaba; su teatro es el panorama vivo, animado, palpitante, donde se van reflejando aquellos movimientos, con un colorido tan propio, como en el mejor espejo, como en la más perfecta fotografía.

En la obra literaria de Bretón de los Herreros, se conserva el retrato auténtico de un interesantísimo período de nuestra historia contemporánea; cuando la nación, saliendo poco á poco, y después de muchas sacudidas de distinto origen y carácter, del letargo, del aislamiento en que estuvo sumida por causas muy varias, empieza á sentir la incubación de las nue-

vas ideas, que venía recibiendo desde los postreros años del siglo antecedente; á ver infiltrados en su seno, en su sociedad, en sus costumbres, los usos y la manera de ser de las naciones más adelantadas. Y el cuadro es perfectísimo, porque en los personajes que el gran poeta cómico presenta en la escena, los hay apegados á las antiguas tradiciones, refractarios á toda innovación, y otros que acojen con entusiasmo cuantas novedades se importan de Francia ó de Inglaterra, defendiendo todo cuanto viene del extranjero y estiman progreso y adelanto para nuestra atrasada civilización.

La galería de caracteres es completa; es también animadísima. En las comedias de Bretón está la España de medio siglo: y más aprenderá la posteridad acerca de nuestras ideas, de nuestras costumbres, nuestras preocupaciones, defectos y buenas cualidades, mejor conocerá la vida interior de los españoles, la casa y la familia el que lea su teatro, que el que se dedique á la lectura de la historia general ó de las monografías que tanto abundan sobre acontecimientos parciales de nuestro tiempo. Porque en la historia está la España oficial, digámoslo así; se aprende su marcha política, sus complicaciones internacionales, sus triunfos y sus reveses; sus luchas interiores, el progreso y variación de las instituciones..... en una palabra, la nación. En el teatro de Bretón está la España representada por los españoles.

Su genio ostenta el mayor grado de fuerza en la pintura de los caracteres. En ella luce sin rival su facultad creadora. Los personajes que presenta en escena están arrancados de la sociedad que nos rodea; son verdaderos, animados, tomados del natural, en lo interior y en lo exterior; tienen vida propia, y están pintados con rasgos felicísimos, originales, que los hacen grabarse en la memoria para no caer jamás en olvido. *Si en dicción cómica aventaja el Sr. Bretón á todos los poetas que conocemos; si en el manejo de la lengua, en el uso del metro, en la chispa del diálogo, no hay escritor antiguo ni moderno que se mantenga á su altura*, según el juicio imparcial del

Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, su cualidad saliente y constante, en la cual tampoco le ha igualado nadie, es la creación de caracteres.

Con una acción sencillísima, clara, fácil, le basta para cautivar la atención del público, para tenerle suspenso y complacido. Su secreto está en la contraposición de los personajes, en la verdad de las situaciones que presenta, en la viveza y gracia del diálogo, que le bastan para tener al espectador pendiente de la escena y arrancarle espontáneos aplausos. Esto es propio del talento, y del talento superior, como con su alta concepción del arte decía el malogrado *Fígaro*.

II

Hasta ahora hemos dejado correr la pluma reflejando únicamente las impresiones que la nueva y más reflexiva lectura de las comedias de Bretón de los Herreros iba produciendo en nuestro ánimo, muy en armonía con las que muchos años antes habían despertado. Mas esto no basta. No es factible, ni podemos aspirar á que los lectores nos crean bajo nuestra palabra; por eso vamos á presentar un cuadro de las opiniones de críticos diversos, pero todos de gran celebridad y fama, que avaloran y ponderan en términos muy semejantes á los que nosotros lo hacemos, las grandes condiciones del primero de nuestros escritores cómicos.

Esta galería de críticos que conocieron al poeta y vieron representadas sus obras, es ahora tanto más necesaria, cuanto va haciéndose cada día más imposible que el público de fin del siglo vea en escena las producciones dramáticas de D. Manuel Bretón de los Herreros, con el gusto, la perfección, el aticismo, si así puede decirse, con que se representaron cuando fueron escritas. Desgraciadamente, y sin que nos detengamos en

este momento á investigar las causas de tanta decadencia, es verdad clara y evidente, imposible de negar, que escogiendo entre todos los actores que hoy se presentan al público en todos los teatros de España, no se llegaría á reunir una compañía igual, ni semejante siquiera, ni que á muchas leguas de distancia tenga parecido con las varias compañías que representaron desde el año 1824 las comedias de Bretón.

La *Marcela*, que muchos conceptúan todavía la mejor obra del poeta, y que, sin llegar á tanto extremo, puede decirse que es de las más frescas, espontáneas, vivas, y sobre todo características de su genio, fué puesta en escena con el reparto que sigue:

Marcela.....	Concepción Rodríguez.
Don Timoteo.....	Antonio Guzmán.
Don Martín.....	Carlos Latorre.
Don Amadeo.	Pedro Mata.
Don Agapito.....	José Valero.

Veinticinco años adelante interpretaban el inapreciable drama *¿Quién es ella?* Teodora y Bárbara Lamadrid, Valero, Arjona y Osorio. En el largo espacio comprendido entre una y otra producción, habían estrenado las mejores comedias de Bretón, Matilde Díez, Joaquina Baus, Pepa Valero, Concepción Llorente y otras actrices notables, en unión con García Luna, Joaquín Caprara, José Calvo, Sobrado, Lombía y Julián Romea. En manos de tales actores, estudiadas por su conciencia artística, interpretadas por su talento, juzgue el menos entusiasta lo que serían las magníficas comedias de Bretón, cómo sonarían sus hermosos versos, de qué manera se escucharían sus chistes, con cuánta verdad se dibujarían los tipos y resaltarían los caracteres..... ¡Glorias escénicas que hoy no se comprenden! exclamaremos con el ilustre marqués de Molins al evocar tales recuerdos.

Pero entremos en materia, y demos principio por un escritor satírico muy popular y conocido por su desenfado, caústico

é independiente, y además poco amigo de Bretón, y por tales circunstancias gran voto y testigo abonado. Oigamos su juicio (1):

«Faltó Moratín, y el teatro volvió á gemir en el aban»dono... hasta que por fin se presentó, no como rival de Mo»ratín, sino como un atleta en el género cómico, el Sr. Bretón »de los Herreros. Desde que este poeta invadió la escena pudo »advertirse que no había heredado de Calderón la facultad de »ordenar una fábula, ni de Alarcón el talento de desenvolver »un pensamiento moral; pero también debió notarse que en la »naturalidad de sus diálogos, en la prodigalidad de sus chis»tes y en la facilidad de sus versos, podía muy bien aspirar á »la palma del triunfo sobre todos nuestros poetas cómicos an»tiguos y modernos.»

»Con todas estas gracias y defectos se anunció la célebre »*Marcela*, composición admirable, sobre la cual ha hecho el »Sr. Bretón numerosas variaciones, en lo que no prueba mu»cha fuerza de creación para los planes, pero logrando siem»pre dar á estas variaciones una novedad y un colorido que »manifiestan más á nuestros ojos el inagotable genio de su »autor.».....

.....

«A pesar de lo que llevo dicho, encuentro en algunas co»medias del Sr. Bretón otras dotes que harían honor al talento »cómico de los que el mundo reconoce como maestros en el »arte. *El pelo de la dehesa*, *El cuarto de hora*, *Muérete y ve»rás*, *¿Quién es ella?* y algunas piezas en un acto de este autor, »se distinguen no sólo por la gracia del diálogo y la fluidez »de los versos, sino también por la lección moral que de ellas se »desprende, y por la regularidad del plan, que, sin ser com»plicado, tiene animación, haciendo más recomendable el in-

(1) *Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos*, por D. Juan Martínez Villergas.—París-Walder.—Rosa y Bouret.—1854.

»terés que logran inspirar, por la sencillez con que en ellas se »suceden y se desenvuelven las peripecias.»

No hay para qué citar más; esa es la opinión de D. Juan Martínez Villergas, y huelgan también los comentarios, pues el crítico mismo desvanece en este último párrafo el cargo que al principio formulara, y dando completa la apreciación del atleta en el género cómico, que tan altas dotes de poeta ostentaba.

Continuaremos con el juicio de otro escritor no menos renombrado. El Sr. D. Antonio Ferrer del Río, el historiador de Carlos III, en su libro *Galería de la literatura española* (1), decía, ocupándose de Bretón:

«Ha cultivado un género tan suyo, que á los pocos versos »de una de sus obras murmuran los espectadores su nombre »en palcos, lunetas y galerías; es, pues, la originalidad una de »las cualidades que le recomiendan..... Ninguna de sus esce»nas fastidia por lo cansada; ninguno de sus versos carece de »sonoridad y armonía; no parecen hechos uno tras otro, sino »de un solo golpe y como por encantamento; así le aclaman »todos por versificador perfecto y fácil dialoguista... Origi»nalidad, chiste, fácil diálogo, versificación sonora, vena in»agotable, no bastarían á formar un buen escritor de costum»bres, sin el criterio de observación conveniente para perfilar »con exactitud sus pinturas. Bretón posee ese criterio en alto »grado... No debemos omitir las faltas de que, en nuestro »sentir, adolecen casi todas sus producciones. Sin duda, argu»ye mérito la circunstancia de entretener á los espectadores »con una acción poco animada, supliendo con las sales cómi»cas lo que falta de interés y de intriga; preferiríamos nos»otros más complicación, porque de este modo profundizaría »sus asuntos el Sr. Bretón de los Herreros.....»

Y para no acumular más citas de opiniones, y cerrar con llave de oro, nada podrá parecer más oportuno que trasladar

(1) Madrid: Francisco de P. Mellado, 1846.

la apreciación que hacía el inolvidable *Fígaro* de las primeras obras de Bretón, que alcanzó á ver representadas. Porque no ha de olvidarse que, muerto desgraciadamente D. Mariano José de Larra en Febrero del año 1837, apenas había escrito el sin igual autor cómico diez ó doce comedias originales. La crítica, pues, que conocemos se funda en las obras que Bretón había dado al teatro antes de aquella fecha. ¿Cuál hubiera sido el juicio de Larra si hubiera llegado á juzgar los frutos más sazonados de su ingenio, si hubiera conocido las preciosísimas comedias *El pelo de la dehesa, El cuarto de hora, Una vieja, La batelera de Pasajes*, y, entre todas y sobre todas, *¿Quién es ella?* y *La escuela del matrimonio?* Pero dejemos hablar al más profundo y reputado de nuestros críticos, apreciando las cualidades del más eminente de nuestros autores dramáticos:

«En nada brilla más el singular talento poético del señor »Bretón que en la sencillez de sus planes; en todas sus come»dias se conoce que hace gala y estudio de formar un plan su»mamente sencillo; poca ó ninguna acción; poco ó ningún ar»tificio. Esto es sólo concedido al talento, y al talento supe»rior. Una comedia llena de incidentes que cualquiera inventa, »es fácil de hacerla pasar á un público á quien siempre cauti»van el interés y la curiosidad.»

»El Sr. Bretón desprecia estos triviales recursos, y sostie»ne y lleva á feliz puerto, entre la continua risa del auditorio, »y de aplauso en aplauso, una comedia apoyada principalmen»te en la pintura de algunos caracteres cómicos, en la viveza y »chiste del diálogo, en la pureza, fluidez y armonía de su fácil »versificación. En estas dotes no tiene rival, si bien puede te»nerlos en cuanto á intención, profundidad ó filosofía.»

Así se expresaba *Fígaro* juzgando la primera representación de la comedia titulada *Un tercero en discordia*, en 25 de Diciembre de 1833 (1). Tres meses después, en 30 de Marzo

(1) La estrenaron en el teatro de la Cruz, Doña Joaquina Baus, y los Sres. García Luna, Montaño y López.

de 1834, se representaba en el teatro del Príncipe *Un novio para la niña, ó la casa de huéspedes* (1), y confirmado el crítico en su juicio, tomando su punto de vista donde lo había dejado anteriormente, decía:

«Sólo diremos con respecto á *Un novio para la niña*, que »tanto las bellezas como los defectos que quiera encontrar en »ellas el crítico severo, son los mismos que en las demás »obras del autor se encuentran. ¿Ofenderíamos la amistad si »le aconsejaramos que meditase algún tanto más sus planes? »Este es generalmente el escollo de la abundancia de genio. »El autor se deja llevar de su facilidad: en ésta no le conoce»mos rival, así como tampoco en el chiste y la agudeza: sus »descripciones, así de los bailes como de las casas de huéspe»des, son un espejo fiel de las costumbres: su diálogo está lleno »de gracias y de viveza. Su versificación es un modelo; pero »donde se prueba cuánto puede el ingenio es en una circuns»tancia notable. Tres comedias consecutivas nos ha dado este »poeta, en las cuales ha sabido hacer tres obras diferentes re»pitiéndose á sí mismo. Una joven sencilla y virtuosa y tres »pretendientes de diversos caracteres forman el argumento de »todas ellas. Otro se hubiera visto apurado para hacer de él »una sola comedia. El autor de *Un novio para la niña,* ha he»cho, sin embargo, con él tres dramas diferentes.»

No es de esperar que el juicio de los venideros se separe del que formuló el ilustre *Fígaro*, sean cualesquiera las ideas estéticas que lleguen á predominar en las generaciones futuras. El profundo pensamiento de aquel crítico, aunque expuesto en ligera forma, encierra gran fondo de verdad, y no puede calificarse de benévolo, sino de exacto, meditado, rigurosamente justo. Por eso hemos recordado previamente los de Villergas y Ferrer del Río; porque sin llegar al elevado concepto de Larra, convienen con él en las líneas generales, ad-

(1) Representada en el teatro del Príncipe, por Doña Concepción Rodríguez y Doña C. Llorente, con Latorre, Guzmán y Romea.

mirando la originalidad y las gracias en que no reconocen rival al poeta.

III

Lo que verdaderamente no comprendemos con qué fundamento puede sostenerse, es que los últimos conceptos de *Fígaro*, que dejamos copiados, envuelven una burla, una censura amarga de las comedias de Bretón á que se refieren. No se nos alcanza de donde ha nacido tal opinión. Y cuenta que no la encontramos solamente en escritores adocenados, de los que por ignorancia censuran las obras del poeta sin comprenderlas. El Sr. Marqués de Molins, amigo cariñoso de Bretón de los Herreros, crítico de exquisito gusto y docto como pocos, dice que Larra escribió aquellas frases *entre cariñoso y epigramático* (1), y después de copiarlas textualmente añade, que:—«*Estas censuras*, más ó menos disimuladas, habían ne»cesariamente de lastimar al principio, quebrantar luego, y »romper al cabo la amistad, nunca muy sólida, de Bretón y »Larra.»

Esa es una opinión equivocada, que debe rectificarse. Larra, cuando encuentra defectos en las comedias de Bretón, los señala con claridad y tan decididamente como tenía de costumbre, pues tal era la base de su crítica. Cuando aplaude lo hace con verdad; cuando censura, con estudio y conciencia; por eso sus escritos son tan elevados, tan reconocido su mérito.

En *Marcela*, en *Un tercero en discordia,* alaba la sencillez del argumento, propia del genio, y reprueba la inverosimilitud de los desenlaces. Bretón se ha equivocado en concepto

(1) Bretón de los Herreros.—*Recuerdos de su vida y de sus obras.*—Madrid.—Manuel Tello, 1883.

del crítico; aquellos finales de sus obras no son verdad; más todavía, no son posibles. El poeta, dejándose llevar del vuelo de su imaginación, se crea un mundo ideal, que no es el que debe pintar el escritor de costumbres.

«El Sr. Bretón insiste en colocar siempre á las mujeres »en una posición en que no están en el día en nuestra socie»dad; no son ya las reinas del torneo, como en los siglos me»dios; nadie se sujeta á esos jurados, á esas competencias; más, »el hombre desama á la mujer, como la mujer al hombre, y en »esto felizmente somos iguales. Todo hombre bien educado es »deferente con las señoras; pero las señoras no están por eso »exentas de guardar consideraciones al sexo fuerte; la socia»bilidad es recíproca. Mucho sentiríamos que no fuese el au»tor de nuestra opinión.»

Parécenos que esto es criticar claramente, censurar con dura desnudez, y razonar la crítica con lucidez notable. Pero no se contentó el escritor con generalidades, sino que señaló también el defecto en cada una de las comedias.

«Al fin, en *Marcela*, dice, no hay otro inconveniente con»tra los usos sociales que el declarar en público á sus amantes »lo que sólo puede oir uno en particular; porque si una mujer »tiene derecho á no corresponder á un hombre, no lo tiene »para ponerle en ridículo sólo porque la ama. En *Un tercero »en discordia* es menos verosímil... *Luciana* encarga á su ele»gido, lo cual es poco delicado, que desengañe á los otros...»

Con tanto desenfado, con tanta franqueza como sobrada razón lanza *Fígaro* su censura. Y si la creemos acertada, ¿por qué no hemos de aceptar sin distingos el juicio favorable caído de la misma pluma, hijo de la misma inteligencia y de igual concepto crítico?

Cuando dice, pues, llanamente que *donde más luce el genio poético de Bretón es en la sencillez de sus planes*, y que cautivar al auditorio con poca acción *es sólo concedido al talento, y al talento superior,* sintetiza en dos breves frases su admiración por el poeta; y cuando, insistiendo en aquella primera

idea y robusteciéndola, añade que el autor se deja llevar de su facilidad, *en la cual no le reconoce rival*, y le aconseja que medite más sus planes, diciendo *que este es generalmente el escollo de la abundancia de genio*, concede á D. Manuel Bretón lo que á casi todos niega el cielo, da la medida del extraordinario mérito que en aquellas obras reconoce, de lo cual vienen á ser demostración y ejemplo sus postreras frases. Tres comedias preciosas y aplaudidas había hecho Bretón repitiendo el mismo asunto.—«Una joven sencilla y virtuosa y tres pretendientes de diversos caracteres forman el argumento de todas »ellas. Otro se hubiera visto apurado para hacer de él una »sola comedia. El autor de *Un novio para la niña* ha hecho, »sin embargo, con él tres dramas diferentes.»

¿Qué se encuentra en estas palabras que no sea merecida alabanza, cumplido elogio y encarecimiento? Salta á la vista el rigoroso enlace que tienen entre sí los conceptos del escritor. Hay tan perfecta unión, lógica tan severa entre unas y otras apreciaciones, que ese puede asegurarse era el juicio formado por Larra sobre el genio de D. Manuel Bretón de los Herreros; juicio tan acertado y digno de respeto como todos los suyos, y en el que no se vislumbra rasgo epigramático, ni encubierta censura, sino sincera admiración y alabanza. Las obras que después escribió el poeta vinieron á confirmar el pensamiento del crítico ilustre.

IV

«Hasta cuatro comedias consecutivas casi, fueron puestas »en escena y *aplaudidas calurosamente* (1), todas fundidas, por »decirlo así, en el mismo molde, aunque con metales distintos,

(1) *Marcela, ó á cuál de los tres* se representó 66 noches consecutivas; *Un tercero en discordia*, 45; *La casa de huéspedes ó un novio para la niña*, 30; *Todo es farsa en este mundo*, 26.

»y esmaltadas luego con colores y matices diferentísimos.» Esto escribe el señor marqués de Molins en sus *Recuerdos de Bretón de los Herreros*, ya citados (1), y nosotros debemos añadir que, en nuestro concepto, no fueron cuatro, sino seis, las obras que el fecundo poeta dramático escribió con el mismo argumento, y todas igualmente aplaudidas, infinitas veces representadas, y repetidas hasta ahora en todos los teatros de España (2).

En *Marcela*, un tío viudo sin hijos, cominero y machacón, que no pronuncia palabra sin acompañarla de tres ó cuatro sinónimos, desea ver nuevamente casada á una sobrinita viuda y joven que tiene en su compañía, para verse *en sus hijuelos renacer*, *reproducir*, antes de que se llegue *el confín, el término* de su vida. Los aspirantes son tres, como lo significa el título; un enclenque, bailarín, que entiende de modas femeninas, usa corsé y toma de continuo pastillas y golosinas; un poeta llorón y tímido y un capitán andaluz, que habla por los codos... Todos son muy buenos partidos, pero la viudita vacila, no se decide; le fué mal con su primer marido... y al cabo los deja á todos iguales.

En *Un tercero en discordia*, ya no es tío, es un padre viudo, muy más pesado y machacón que el de *Marcela*, pues acompaña siempre la acción á las palabras, y soba al interlocutor, escribiéndole en la pechera ó en la solapa y hasta le desabrocha con insoportable distracción. Tiene una preciosa niña, asediada por dos pretendientes de caracteres opuestos; D. Saturio, protegido por el padre, es la imagen de la insustancialidad, con tal confianza en sí propio y tal suficiencia, que raya en insultante; y D. Torcuato, iracundo, celoso, adusto y suspicaz, á quien protege un ama de gobierno, criada antigua, *factotum* de la

(1) Madrid, Tello, 1883, cap. XII, pág. 93.

(2) *A Madrid me vuelvo*, se representó 40 noches seguidas; *Un novio á pedir de boca*, 24.

casa, que es una verdadera creación. Ella misma se caracteriza en un rasgo:

> Yo, que lejos de sisar
> economizo en un pelo,
> ¿no he de tener el consuelo
> siquiera de regañar?

Triunfa de ambos, al cabo, como era de esperar, *el justo medio*, D. Rodrigo, *ni celoso*, *ni engreído*, el tercero en discordia, y la comedia acaba en casamiento.

En *La casa de huéspedes* el metal es parecido; para servirnos de la culta frase del señor marqués de Molins, el esmalte es diferentísimo. Una señora viuda, *mujer de cortos alcances* al decir de uno de los pretendientes, no encuentra medio mejor de buscar novio para su hija, que abrir una casa de huéspedes. Y acierta, en verdad; novios no faltan. Verdad que la niña es un tesoro. Viven en la casa, al abrirse la escena, Don Donato, viejo acaudalado y grosero hasta el extremo, que piensa puede hacer en todo su gusto, por la única razón de que *tiene dinero;* D. Fulgencio, joven de buena familia, tronado por su mala conducta, que llega casi á caballero de industria, aunque dice que sólo trata con personajes y títulos que le agobian con sus obsequios, con cuya palabrería ciega á la pobre madre y trata de deslumbrar á la hija; y D. Manuel, joven abogado, muy noble, de mucho talento, pundonoroso y honrado, pero muy tímido de carácter y pobre por añadidura. La mamá, es claro, está decidida por el rico ó por el fantasmón aristócrata, sin saber á qué carta quedarse, dejando la elección á la niña; pero ésta ha consagrado su amor al pobre... y no sabemos cómo andaría el asunto para los dulces enamorados, á no llegar del otro mundo un hijo de la señora, de quien no tenían noticias hacía muchos años, que despide al viejo, quita la máscara al noble de pega, y casa á su hermana con el abogado, de cuya familia acababa de recibir muchos beneficios.

Todo es farsa en este mundo, parece otra cosa, aunque es igual en el fondo. Los amantes no son más que dos, pero á cual más farsantes; la niña despide á Don Evaristo y á Don Faustino, que sólo buscaban su dinero y la influencia de su padre Don Rufo, alto empleado, tan farsante como los que aspiraban á ser sus yernos, y no se casa á vista del público, aunque anuncia que tiene un novio muy de su gusto en cierto oficialito, que juntaba á otros merecimientos el de bailar con elegancia y primor.

Pero ya dejamos indicado que el poeta tejió, además, otras dos comedias con las mismas tramas. ¿Cuál es, mirado á buena luz, el argumento de *A Madrid me vuelvo*, si se deja á un lado el proyectado retraimiento de Don Bernardo por su aburrimiento de la corte, que da nombre á la comedia, y que para nada hace falta, pues el cortesano cansado, podía haber ido á la aldea con cualquiera otro motivo, sin que por eso disminuyera el interés? Solicita la mano de Carmen un Don Esteban, señorito de pueblo, pintado con toques maravillosos que ponen de relieve el orgullo, la falta de educación, la cobardía y todas las pasiones pobrísimas, mezquinas, de un niño consentido por una madre más vana y grosera todavía. También aspira al amor de la niña, hija del Alcalde, el Secretario y fiel de fechos del pueblo, pedante trazado de mano maestra, con rara ligereza y gracia, aunque muy cercano á la caricatura, en la que no toca por un prodigio de talento del autor. Muy próximo también á ella, aunque por lo serio, está el Alcalde, que sacrificaría á su hija, abandonándola al rico Don Esteban, á no intervenir á tiempo su hermano. Pero también la niña tiene su amante preferido, modesto y honrado; y con la protección decidida del tío, y á más una buena dote, se vence la resistencia del padre, quedando todos satisfechos.

Un novio á pedir de boca, tiene todavía más miga: hay en el fondo más profundo pensamiento, más grave lección social; pero los medios empleados para formar el cuadro difieren muy poco de los anteriores. Sin embargo, el resultado es muy dife-

rente. En esta comedia los pretendientes son cuatro; pero entre los actos segundo y tercero, uno de ellos se convierte en marido, y por tanto, varían esencialmente las condiciones. Luisa, viuda, tan joven como linda, y muy escarmentada de su primer matrimonio, semejante en esto á *Marcela*, desea contraer segundo lazo, pero ha de ser con un hombre que se la someta enteramente, de carácter dulce, apacible, que no tenga voluntad propia; y con estas circunstancias, llevadas á un grado superlativo, lo encuentra, que ni pintado de encargo, en Don Pedro Celestino Ruiz, que, conocedor del terreno y de los caprichos de la viuda, había tomado sus medidas para triunfar de sus tres rivales. Despechados éstos por la preferencia, y animados por el carácter pusilánime que aparenta el marido, insisten en perseguir á la esposa y llegan hasta la grosería, tanto con la una como con el otro... Llora aquélla cansada de tanta humillación, se queja con verdad de no tener quien la defienda, y cuando reconoce su yerro y acude á su marido, éste procede con energía y nobleza, castigando rápidamente á los tres insolentes.

V

Por estos ligerísimos rasguños se recordará la semejanza de esas comedias bretonianas, su argumento parecido, sus matices diferentes. Mas también podrá comprenderse que es vulgaridad insigne, cercana de la mala fe ó de la ignorancia, la repetida frase de que las comedias de Bretón de los Herreros no tienen argumento. ¡Líbrenos Dios de que los que no piensan mucho por sí aprendan una frase dicha por otros! Sin argumento no puede haber obra alguna ni buena ni mala. Sencillo es el de las obras dramáticas que dejamos relacionadas, muy semejante en el fondo; pero en ellas se expone una gale-

ría de variados caracteres perfectamente pintados, y que presentan tipos muy verdaderos, con rasgos y defectos de los que cada día tocamos y vemos en sociedad; han sido de las que más veces se han puesto en escena, de las que mayores aplausos han obtenido, de las que embelesan la atención del auditorio. Diga el más severo de los críticos si tenía razón el incomparable *Fígaro* para decir que esto sólo es concedido al talento, y al talento superior.

Cautivar al público con un asunto complicado, donde las peripecias se suceden sin interrupción, donde el enredo excita la curiosidad y el misterio concurre á avivarla; entretener á la multitud, siempre ávida de lo extraordinario, con una historia verdaderamente romancesca, propio es de grandes ingenios que saben inventar y conducir una fábula, llevándola á término tan imprevisto cuanto deseado, á través de rodeos y sinuosidades sin que el interés decaiga. Pero no es mérito menor ni facultad creadora menos potente la de arrancar los tipos verdaderos de la sociedad en que vivimos, y presentarlos de relieve, con vida propia, con animación y carácter, sacando del contraste de sus pasiones, de sus ridiculeces, lecciones morales para corregir los vicios inherentes á cada individuo, á cada clase en particular, y á toda la sociedad de una época en general.

La sencillez es nota característica del verdadero genio. Con abundantes recursos, con grandes acontecimientos, con inesperadas peripecias, con situaciones fuertes y vehementes rasgos de pasión, no es difícil despertar la curiosidad, retener la atención popular; pero cautivarla con una intriga sencilla, solamente por la exactitud de las pinturas, por la amenidad y gracia del diálogo, por la verdad cómica de los caracteres, necesita ingenio superior y privilegiado, dones que á muy pocos ha concedido el cielo.

Además, no puede perderse de vista la observación de que nuestro gran poeta, pensando con mayor profundidad de lo que muchos han creído los asuntos de sus composiciones dra-

máticas, ha escogido, con verdadera perspicacia y sagacidad, los que por la sencillez de la intriga, por su índole especial, se adaptaban al objeto que se proponía, le dejaban espacio para pintar libremente los caracteres, contraponerlos, y derramar las gracias de su ingenio en aquellos diálogos llenos de originalidad, que son y serán el encanto de cuantos sepan apreciar los primores de la hermosa lengua española.—«Su pluma, rica »de sal,» escribía un consumado maestro en el arte dramático, cuyo nombre siempre se pronuncia con respeto, (1) «ha necesi»tado argumentos y caracteres en que pudiera correr sin tro»piezo; donde hay mucha acción, donde las pasiones y los lan»ces ocupan gran parte del diálogo, la *vis cómica* no halla lu»gar suficiente.....»

Filosofía, pues, y profundidad y grandeza hay en el teatro de Don Manuel Bretón de los Herreros; y mucha más filosofía y más transcendental enseñanza, ciertamente, que la que tanto se vocifera en los dramas naturalistas, ó mejor dicho efectistas, nacidos de la evolución estética de nuestros días, á os que sólo se concede como cualidad sobresaliente el transcendentalismo. Muy oculto anda en ocasiones; mas aun concediéndolo, aun fijando la atención del crítico en los dramas de superior mérito, todavía habrá de confesarse que la impresión en el espectador es más general, y puede ser más provechosa en las comedias de Bretón, pues todos se reconocen en aquellos personajes, todos ven situaciones claras, en las que pueden encontrarse fácilmente; al paso que es casi imposible que ninguno se imagine pueda verse colocado en las violentísimas circunstancias que aquellos otros dramas ofrecen, como resultado de laboriosos y extraños precedentes.

(1) El Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

VI

No hemos hecho mención hasta ahora más que de aquellas comedias que caracterizan el genio de Bretón, sencillas y espontáneas, muy suficientes para justificar las apreciaciones que hicieron Villergas, Hartzenbusch, Ferrer del Río y Larra. ¿Pero qué lugar no tendrá siempre en la historia del teatro el que escribió *Muérete y verás, El pelo de la dehesa, ¿Quién es ella?* y *La escuela del matrimonio*, por no citar más que lo verdaderamente superior, y sin disputa inimitable?

En nuestro concepto, esas comedias pueden tener iguales pero no se le pueden encontrar superiores; así como tampoco las tienen en su línea las piezas en un acto que con tan singular gracia escribió Bretón de los Herreros. *Una de tantas, Ella es él, Mi secretario y yo, A lo hecho pecho*, y otras de su mismo género, á más de ofrecer tipos tan verdaderos como agradables, están presentadas con tal claridad, versificadas con tanta soltura y salpicadas de chistes tan originales, que siempre serán el encanto de los lectores, y formarán las delicias del público ante quien se representen.

Mas téngase en cuenta, como advertencia final, que no por juicio tan favorable, no por el concepto que tenemos de su indisputable mérito, llevamos la exageración al punto de creer que en el estado actual de nuestra sociedad y del teatro en España, puedan estar de repertorio y ponerse á diario en escena las comedias de Bretón. Ni hoy entran de lleno en las aficiones del público que las escucha, ni son pintura de esta sociedad de fin de siglo. Ambas afirmaciones necesitan aclaración, para que no se estimen exageradas ó contradictorias con cuanto dejamos expuesto.

VII

Es el teatro verdadero templo del arte. Caben en su amplia y variada concepción todas las manifestaciones del genio, desde la emoción trágica más sublime, más ideal, hasta la más trivial pintura de costumbres; desde la representación del personaje histórico, hasta la lección moral. Todos los caracteres y todas las pasiones. Lo mismo entusiasman y mueven los afectos del público, aunque por resortes diferentes, *El Alcalde de Zalamea* que *El sí de las niñas; El Burlador de Sevilla*, *El valiente justiciero* y *El condenado por desconfiado*, que *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, *Guzmán el Bueno*, *Un drama nuevo*, *El desdén con el desdén*, y la *Verdad sospechosa* (1). Todas mueven los sentimientos del espectador, todas atraen su atención, deleitan su inteligencia, la cultivan... por eso viven en la posteridad.

Mas no se juzgue por esto que en el teatro pueda encontrarse cátedra de cosa alguna, ni enseñanza más ó menos directa. No. El pueblo que no acude á conocer las ciencias, las

(1) A esta obra maestra de D. Juan Ruiz de Alarcón deben los franceses nuevas fases de su teatro y quizá el mayor de sus autores cómicos. No lo decimos nosotros; lo dicen sus más venerados escritores. Voltaire no vaciló en asegurar que Francia debía á España la primera tragedia interesante y la primera comedia de carácter que ilustraron su escena, refiriéndose al *Cid* y á *La verdad sospechosa*. Pedro Corneille, confesaba que su inventiva le había cautivado, y que para él no había nada comparable entre los antiguos ni entre los modernos. Molière, el gran Molière, llegó á decir que si no hubiera leído el *Embustero*, quizá no hubiera escrito comedias. Cito estos escritores, porque las alabanzas de D. Alberto Lista, de D. Juan E. Hartzenbusch y de los autores españoles, son muy conocidas de todos, y podrían parecer más apasionadas.

artes, la moral en las Universidades ó en el púlpito, de labios de profesores ilustrados, no se dirige á aprender en la escena. En nuestro sentir, el teatro no es escuela, sino espejo de las costumbres de una época; reflejo de la cultura de una sociedad, de los gustos, de las aficiones de sus individuos. Pero si dentro del extenso círculo que tiene á su disposición el autor dramático, se profundiza para comprender cuál es el género que mayor impresión puede producir en el público, cuál ha de atraer siempre con mayor fuerza á los espectadores, se encontrará que causa mayor efecto, más constante y duradero aquel en que se encuentra más el *homo sum*, como antes habíamos indicado á otro propósito. Conmueven más hondamente las situaciones en que puede ser más fácil nos veamos colocados alguna vez en nuestra vida, ó en las que hayamos podido encontrar á las personas que nos rodean. La tragedia antigua, el drama de extraordinarios accidentes y lamentables situaciones, impresionan vivamente, sin duda alguna, y despiertan el entusiasmo por el escritor que de tal modo sabe, con vivas ficciones y por el poder del arte, excitar los afectos del corazón de sus oyentes; pero al salir del recinto, la ilusión se desvanece, porque ninguno de los espectadores lleva en su memoria algo que juzgue pueda ser aplicable á su propia existencia.

El teatro sigue y refleja la evolución de las ideas en la sociedad que representa, los gustos é inclinaciones de los individuos en una época. Por eso damas y mosqueteros, lindos y rufianes, aposentos y degolladero, se deleitaban y aplaudían los larguísimos *parlamentos* de las comedias de capa y espada de Tirso y de Moreto, y los discreteos entre damas y galanes, que hoy hacen dormir y parecen insulsos y pueriles á los concurrentes á las *funciones por horas*, última palabra, en opinión de muchos, de la corrupción del gusto, palpable muestra de la superficialidad de un público que no quiere, ni quizá puede, darse el trabajo de reducir su atención á seguir el enredo de una comedia de tres ó más actos.

Atendiendo al estado de nuestro teatro, cualquiera com-

prende que no pueden representarse diariamente las comedias de Bretón de los Herreros, á pesar de su indisputable mérito, y aun quizá por esta misma causa, como no se representan las de otros muchos, glorias de nuestra escena contemporánea.

VII

Comprendiendo el arte en sus más elevadas concepciones, conocedores profundos de la evolución estética de nuestra edad, y trasladando á sus obras cuanto puede aceptarse de las exigencias filosófico-sociales, tan en boga en las escuelas, han enriquecido el teatro con admirables comedias, García Gutiérrez, Adelardo Ayala y Manuel Tamayo; pero al par de sus magníficas creaciones, pondrá, sin duda alguna, la posteridad las de D. Manuel Bretón de los Herreros. Porque, según la feliz expresión de Víctor Hugo, en la región sublime del genio hay un grado del cual no se puede pasar, y á ese punto llegaron los que tanto han levantado nuestro teatro en el siglo presente.

José María Asensio.

CRÓNICA LITERARIA

Los estudios superiores en el Ateneo.—Un discurso del Sr. Moret.—La libertad en la enseñanza.—La sistematización científica.

Este año ha habido dos *aperturas* en el Ateneo: una la de las cátedras de Estudios superiores, recientemente establecidas; otra la del curso ordinario. En ambas ha leído el Sr. Moret, como presidente de la corporación, sendos discursos.

Aunque los Estudios superiores se han organizado é inaugurado en circunstancias bien poco propicias para que se fijara en ellos la atención pública, preocupada con las inquietudes y duelos que son natural consecuencia de la guerra, los principios de esta innovación han sido excelentes. El Gobierno la ha prestado su concurso en la forma más eficaz en que los Gobiernos pueden coadyuvar á estas empresas, ó sea otorgándole una subvención. En plazo muy breve se ha conseguido formar un cuadro, bastante extenso, de enseñanzas, de las cuales han comenzado ya más de la mitad y está anunciado que comenzarán á principios del año próximo las restantes; la matrícula es numerosa en varias de las clases, y hasta la prensa (y señaladamente *El Globo)* ha querido contribuir á

esta obra de cultura, publicando extractos ó apuntes de las conferencias de los profesores.

Sin duda, tienen precedentes en la historia del Ateneo los Estudios que acaban de establecerse, pero son una novedad por el carácter más marcadamente didáctico que revisten, con relación á otros cursos explicados en aquella casa en fechas próximas y remotas; por la tendencia á constituir un sistema de enseñanzas que sirvan de complemento á las que se dan en los establecimientos oficiales de instrucción, y también (aparte de otras diferencias que comprenderá fácilmente quien se fije en lo que son los cursos actuales y lo que han sido en el Ateneo los trabajos anteriores más semejantes á éstos), por tratarse ahora de Estudios abiertos al público en general, por medio de una matrícula muy económica.

Son, en realidad, estos cursos un ensayo de Escuela libre de enseñanzas superiores, ensayo hecho ciertamente en condiciones más favorables que si se hubiera tratado de crear, de nueva planta, un centro de esta clase. Es mucho más fácil el arraigo de las novedades, cuando aparecen como derivación de un organismo ya existente. La desconfianza *misoneista* se ensaña menos en ellas al verlas asociadas á algo que tiene justificado su derecho á la vida. Por otra parte, la función nueva, en vez de ir formando trabajosamente su órgano, recibe impulso y materiales para constituirle, del órgano formado ya, *adulto*, de donde aquella procede, como una diferenciación más. Esto ha ocurrido en el caso presente. Una escuela de Estudios superiores creada con independencia de toda otra institución, hubiera sido proyecto casi irrealizable. Establecida en el Ateneo, con el apoyo material (instalación, etc.), que esta corporación le presta, y el moral que le ha dado para obtener la subvención del Gobierno, hallar personal idóneo para las cátedras y atender á las demás necesidades ó conveniencias de la empresa, ha sido posible y ha llegado á ser un hecho. Mas claro está que los Estudios superiores no forman *per se*, como dicen los escolásticos, parte integrante del Ateneo, y que po-

drían llegar á tener existencia independiente de él en absoluto, aunque siempre le quedaría á este Centro el mérito de haberlos iniciado.

*
* *

El establecimiento de estas cátedras significa una transformación en el modo de ser del Ateneo, no caprichosa y arbitraria, sino correspondiente al visible cambio que en la vida de aquella corporación, y de otras semejantes, se ha ido verificando. A fuerza de abusar de la oratoria, el país se va cansando de ella. Las antiguas discusiones de los Ateneos no despiertan ya interés en el público. La libertad de imprenta y la multiplicación de los periódicos, han hecho que quede desierta esa que fué algún día tribuna complementaria de la del Parlamento, y lugar al que casi se circunscribía la libre emisión de las ideas.

Por otra parte, á este cambio en las condiciones del medio exterior á las sociedades á que me refiero, únese otro aun más importante en el espíritu público, y especialmente en las clases más ilustradas de la sociedad. Desde la revolución de Septiembre ha ido decreciendo aquel entusiasmo que despertaban las discusiones políticas y político-religiosas. A causas muy diversas puede atribuirse esto, pero el fenómeno es indudable. Sea porque las ilusiones que abrigó aquella juventud batalladora de antes de la revolución se han enfriado al contacto de la realidad, cuando han ido implantándose en el terreno legal las reformas que en el período de propaganda y de combate aparecían con la vaguedad hermosa del ideal y con las promesas, no puestas á prueba, de la esperanza; sea por haberse llegado ya á un estado *constituído* que satisface las aspiraciones de la mayoría del país; atribúyase á excepticismo, á la influencia de un espíritu de tolerancia que templa las pasiones

de escuela ó de parcialidad, ó bien á la infiltración en los espíritus de un sentido más práctico, más moderno, que da mayor importancia que á las formas políticas á lo sustancial en la vida de la nación, el hecho es que no apasionan ya las discusiones políticas, ni las de otro género orientadas hacia la política y enderezadas á algún fin que á ella pertenezca. Y si á consecuencia de esto ha disminuído mucho el interés que los mismos debates parlamentarios inspiran, no es raro que la vida de los Ateneos y Centros de esta clase, que tuvieron algo de Parlamentos espontáneos, no oficiales, haya llegado á ser muy lánguida y decadente. Se ha planteado para ellos el dilema de convertirse en casinos poco divertidos ó transformarse en centros docentes libres, en órganos de difusión de cultura, exentos de las mil trabas y de la reglamentación á que están sujetos los establecimientos sostenidos y dirigidos por el Estado.

El Ateneo ha optado por lo último y ha hecho bien. En dos meses ó poco más se han organizado los Estudios de este año; se han formado los cuadros de enseñanzas; se ha reunido el profesorado; se ha alcanzado la subvención del Gobierno, y hasta se han redactado los programas de varios de los cursos. No puede pedirse mayor actividad, y al formar juicio sobre los resultados de este ensayo, sería injusto olvidar que ha sido casi una improvisación.

*
* *

El discurso que leyó el Sr. Moret en la apertura de estas cátedras, tuvo por fin principal, como era de suponer, explicar el carácter y fines de la nueva institución de enseñanza. Hay observaciones muy atinadas en el trabajo del presidente del Ateneo, pero sería exagerado, sin duda, decir que ha hecho un estudio profundo de lo que debe ser esa enseñanza superior, establecida por iniciativa de una corporación privada que se

ha adelantado á la acción de los centros oficiales, encargados de la tutela, dirección y ejercicio de la instrucción pública.

Hay que reconocer que se abusa de nuestros hombres políticos. Como la política es la principal profesión en España, se quiere que intervengan en todo y que todo lo dirijan los que en ella alcanzan posiciones elevadas. No hay corporación científica, literaria ó de cualquier otro género que, siendo de alguna importancia, se contente con menos de tener por presidente á un exministro. Diríase que nuestro régimen es un mandarinato chino al revés, porque allí la instrucción, los grados de enseñanza, lo que aquí llamaríamos la *Universidad*, son el camino que conduce á las posiciones oficiales, y aquí son éstas las que conducen á todo lo demás.

No lo censuro. Acaso el instinto popular comprende que cuando una profesión adquiere predominio sobre todas las otras, atrae á sí á las capacidades superiores. Y siendo aquí la política esa profesión privilegiada, los que en ella se distinguen y sobresalen deben de ser (y acaso sean) lo mejor, la *élite*, que dicen los franceses, lo más selecto y refinado de la aristocracia del pensamiento. Pero como se les obliga á ser enciclopédicos, no tienen tiempo para atender á todo, y sus trabajos (como los cursos superiores de este año en el Ateneo) suelen tener mucho de improvisación.

Cierto que si los que se ven obligados á *improvisar* son, como el Sr. Moret, á más de políticos distinguidos, hombres de mucha cultura y claro talento, salen airosamente del paso. Pero harían más y mejor si se les dieran mimbres y tiempo, es decir, si á cada uno se le pidieran trabajos correspondientes á su especialidad, á sus aficiones, á sus estudios, y sin el apremio de plazos perentorios, porque, crea lo que quiera el público, una cartera ministerial no lleva aparejada como añadidura la posesión de la ciencia infusa, y el hecho de haber sido consejero de la Corona no exime al que ha llegado á esa altura de la necesidad de estudiar las cosas para discurrir con acierto acerca de ellas, ni le obliga tampoco á entender de

todo. Con que entendieran lo bastante de su oficio de gobernar los que á ello son llamados, no habría razón para pedirles otra cosa.

*
* *

¿A qué fin, á qué aspiración responden los estudios superiores creados en el Ateneo? El Sr. Moret contesta señalando varios de esos fines, que bien pueden reducirse al de suplir las «inevitables deficiencias — así las llama — de la enseñanza oficial.»

En lo de que hay tales deficiencias todos estamos conformes; no así en que sean inevitables por completo. Pero dejando esto á un lado, es notorio que tales deficiencias pueden ser de dos clases: las que pudieran llamarse *cuantitativas*, consistentes en la omisión de ciertas materias, de ciertas *disciplinas* nuevas (si es que las dos palabras pueden avenirse) de las ciencias novísimas, que ayer eran ramas ó secciones de una ciencia madre, de un sistema *clásico* de conocimientos, y que hoy, diferenciadas ya, tienen personalidad propia y se han declarado independientes. Deficiencias de esta clase hay muchas. Aunque aquí las reformas de los planes de enseñanza suelen ser frecuentes, tales modificaciones no alteran lo esencial, ni pasan de la superficie, reduciéndose casi siempre á cambios en los detalles, y principalmente en el *procedimiento administrativo* de la enseñanza. Todo viene á parar en que las asignaturas de la Facultad de Derecho, v. gr., se estudien en seis años en vez de cinco, ó en que el Derecho romano se *comprima* y ocupe un solo curso en vez de permitirse el lujo de dos, etc., etc. De donde resulta que nuestros planes de enseñanza están calentitos, recien salidos del horno oficial, y corresponden ya á un figurín atrasado.

Más importante es el segundo género de deficiencias: las

cualitativas, las referentes á los métodos, á la profundidad de los conocimientos, á la capacidad de las personas á cuyo cargo corre la función de la enseñanza. Al cabo, las deficiencias de la primera clase pueden subsanarse más fácilmente y representan menor inferioridad. Aunque no se enseñe todo, si lo que se enseña se enseña bien, no puede calificarse, en justicia, de enseñanza inútil la que cumple esta condición. Pero si se enseña mal, no hay que preguntar más; es, de todas maneras, tiempo perdido.

A juzgar por las noticias que tengo, los estudios superiores del Ateneo más parecen enderezados á subsanar las primeras deficiencias que las últimas. Las *asignaturas* ó materias que comprenden no figuran en los cuadros de las Universidades (al menos en la forma en que aparecen en el plan de estudios del Ateneo). Pero el método parece ser el mismo: el método puramente expositivo, *unilateral*, en que el profesor es sólo el elemento *activo* y el alumno elemento *pasivo*, *receptivo*, al cual corresponde meramente asimilarse ó, menos aún, archivar en la memoria, la ciencia que le den ya hecha y acabada. Para que nada falte, hasta los apuntes han pasado de la Universidad al Ateneo.

Acaso era esto lo más necesitado de reforma. Nuestra enseñanza es uniforme, *monorítmica*, por no decir monótona. Desde la escuela de primeras letras ó desde el Instituto de segunda enseñanza hasta las cátedras de doctorado en Facultad, el procedimiento es el mismo, y la memoria la facultad que principalmente se pone en ejercicio. Este carácter de la enseñanza bastaría por sí solo para explicar la falta de originalidad científica que se observa entre nosotros, y disculpa, si es que no justifica, la opinión de los que sostienen que un buen libro sería tan útil como cualquier profesor y no costaría catorce mil reales al año. Verdad es que esta cifra es una contestación muy atendible á las críticas que pudieran hacerse de nuestro profesorado oficial.

Sin embargo, los cursos del Ateneo tendrán siempre una

ventaja: la libertad por parte de profesores y alumnos. En los mismos días en que los estudiantes de la Universidad inauguraban la acostumbrada huelga con que anticipan las vacaciones de Navidad, las clases del Ateneo veíanse tan concurridas de alumnos como de ordinario. Aquellos se exponían á *quedarse para Septiembre*, á incurrir en las iras oficiales, á no sé cuántas cosas más, recordadas en tono conminatorio por una circular de la Dirección general de Instrucción pública; los últimos no se exponían á nada dejando de asistir. Acaso por esto asistían. Quizás influyesen las diferencias de edad. En las Universidades se empieza á estudiar muy temprano, y nuestra juventud, precoz para otras cosas, no suele serlo en la afición al estudio. A los dieciocho años no es lo comúu entusiasmarse con Claudio Bernard ni con Papiniano, y las novelas de Zola gustan más que Homero.

Pero influye más, á mi parecer, que esta causa, el régimen de reglamentación y de coacción en que está basada la enseñanza oficial y cuyo efecto es contraproducente. La coacción es buena para obligar á la abstención; poco eficaz para producir la acción positiva, y menos cuando esta acción requiere —como la que se pide al estudiante—condiciones de atención y de voluntad, de esfuerzo personal, sin las cuales es estéril y sólo aparente. El Estado, al ocuparse en que los alumnos asistan con puntualidad á clase, usurpa atribuciones que corresponden á los padres de familia, á los auténticos, no á la sociedad que anduvo en litigios con la Bella Chiquita y con los concurrentes al Liceo Ríus.

La sublevación periódica de los estudiantes al aproximarse las vacaciones de Navidad, es la mejor prueba de la ineficacia de este sistema, que no sólo es ineficaz, sino perjudicial. El *plante* estudiantil acabará el día en que no sea obligatoria la asistencia á clase, en que no se publiquen circulares amenazando con la pérdida de curso y se deje á cada uno en libertad de concurrir ó no á las aulas. Los estudiantes que quieran tomarse con anticipación las vacaciones, no tendrán interés al-

guno en obligar á sus compañeros á imitarlos. A los revoltosos se les quitará el aliciente de quebrantar el reglamento y de no hacer caso de las excitaciones del señor Director de Instrucción pública. Los verdaderos estudiantes asistirán sin temor á disgustos ni coacciones, y es casi seguro que, al cabo de muy pocos años, desaparecería esta costumbre, y lo que no se ha conseguido con amenazas, circulares y correcciones disciplinarias, se conseguiría por medio tan sencillo, como el de dejar á cada uno en libertad de hacer lo que mejor le pareciese. El Estado cumple el contrato que celebra con el estudiante, suministrándole los medios de enseñanza. Si no quiere utilizarlos, allá él. Es como si un sujeto, después de tomar billete para el teatro se queda en casa. El empresario no tiene derecho á quejarse.

Lo anterior, como comprenderá el lector, es sólo un ejemplo de las ventajas que ofrece el régimen de libertad en la enseñanza, por lo que respecta á los alumnos. Para estos es un medio eficaz de selección que excluye, sin trabajo, á cuantos no sienten la vocación necesaria. En cuanto á los profesores, bien puede decirse que la libertad de exposición y de doctrina es condición precisa para el desempeño de la misión que les está encomendada. Para la ciencia no hay motivos superiores á la verdad, ni los hay siquiera distintos de ésta. Y la verdad no puede definirse por vía de autoridad, siendo tan falible y variable el conocimiento que tenemos de ella, pues ni el Estado puede pretenderse infalible, ni los *organismos administrativos*, ó sea el Ministerio de Fomento, ofrecerían mayores ni iguales seguridades de acierto para determinar la distinción entre lo verdadero y lo erróneo, que los especialistas dedicados al cultivo de una clase de conocimientos.

Mas en este punto no representará una gran innovación la Escuela de estudios superiores del Ateneo. Aunque el régimen de nuestras Universidades no sea autonómico, y los claustros tengan poca intervención colectiva en la organización y dirección de los estudios (quizás por no haber mostrado perseve-

rante empeño en conseguirla), la cátedra es libre. En los raros casos en que se producen choques entre la libertad del profesor y las limitaciones legales establecidas, si por parte de la administración pública hay alguna arbitrariedad, que suele ser siempre contrarrestada por las protestas de la opinión pública, por parte de los profesores hay casi siempre falta de discreción, de espíritu conciliador, de respeto á las opiniones ajenas; olvido de las inevitables restricciones que imponen al elemento progresivo los elementos históricos y tradicionales. Y esta discreción, que con frecuencia se echa de menos en tales conflictos, lejos de estar reñida con la libertad, es parte de ella, pues la libertad es transigencia, no espíritu sectario puesto al servicio de un dogmatismo cualquiera. A mi entender no hay contradicción alguna entre esto y la independencia que puede y debe pretender la verdad científica. Estos conflictos no los motiva la verdad por sí misma, pugnando contra las resistencias *misoneistas,* sino la manera de exponerla y las aplicaciones que de ella quieren hacerse, fuera ya del campo puramente científico.

*
* *

Como lo de suplir las deficiencias de la enseñanza oficial es cosa muy vaga, por su misma generalidad, el discurso del señor Moret precisa algo más los fines y el carácter de los *Estudios superiores.* Y entre otros fines, comprendidos en aquél como partes en el todo, señala el presidente del Ateneo en primer término «la sistematización de los conocimientos oficiales,» explicando con el siguiente razonamiento el por qué de esa aspiración:

«Sabido es—dice—el carácter de la enseñanza que se da en nuestras Escuelas y Universidades; no entiendo criticarlas al señalarlo, ni dirigiéndome al Ateneo pueden mis palabras

encerrar críticas ó censuras; ese carácter de la enseñanza oficial es *el de ser exclusivamente destinada á la preparación para la vida práctica*, para el resultado inmediato, para obtener un título académico, que permita entrar en una carrera. Con esto ya se dice la manera de organizarse y el método de enseñanza, sin *más unidad que la del tiempo y la del propósito*, y sin otra sistematización que la que resulte de las condiciones personales del profesorado. Y si se tiene en cuenta que los profesores no tienen más *preparación que la que ellos mismos se han dado* y que llegan á sus cátedras cuando la oposición ó los méritos legales se lo permiten (?), *se verá claramente* la imposibilidad de que los alumnos sinteticen y unifiquen los diversos y múltiples conocimientos que en breve espacio y con incesante apremio reciben de diversos maestros, partidarios por necesidad de escuelas y teorías diferentes, cuando no contradictorias.»

Sin pretender yo en manera alguna que los estudios oficiales sean un modelo de sistematización, ni mucho menos, me parece que de las razones expuestas en el párrafo copiado no se deduce tan claramente, como supone el Sr. Moret, la imposibilidad de que haya unidad y sistema en las enseñanzas de las Universidades del Estado.

Sobre si la enseñanza universitaria es principalmente práctica, de inmediata aplicación, habría mucho que decir. Podría y aún debería serlo, sobre todo en el período de la licenciatura. En la Facultad de Derecho, por ejemplo, se comprende sin dificultad la distinción entre una escuela práctica de abogacía, de explicación y aplicación (principalmente de aplicación) del Derecho constituído y una enseñanza científica de Jurisprudencia. La primera podría ser la licenciatura actual, más corta; la segunda un Doctorado, más largo que el que ahora existe.

Pero en la realidad no ocurre esto. La enseñanza universitaria adolece, por el contrario, al menos en algunas Facultades, de poco práctica, de insuficiente como preparación para

las aplicaciones profesionales, y de superflua quizás en fárrago teórico, por lo común de escasa originalidad y no gran valor científico. Lo general es que los alumnos salgan de la Universidad sin la preparación práctica necesaria para el ejercicio de una carrera. Esa práctica se adquiere después que los títulos académicos, y así se ve que los graduados en leyes van á buscarla á los bufetes de abogado ó á los oficios de notario; los médicos noveles sirviendo de ayudantes á los facultativos ya experimentados, y los que piensan dedicarse á la enseñanza, ensayándose en colegios ó academias particulares. Entre los *letrados* (en el sentido amplio, como si dijéramos entre los *universitarios)* es muy general la idea de que cuando se empieza á *aprender* (á aprender prácticamente), es cuando se sale de la Universidad. Alguna exageración habrá en ello, mas no es erronea del todo esta opinión.

Pero aún concediendo que tuviera la enseñanza oficial ese carácter práctico, ¿por qué habían de estar reñidas con él la unidad y el sistema? La unificación y sistematización docentes son, por el contrario, más fáciles cuando se trata de enseñanzas prácticas. En ellas se opera en terreno bien definido y deslindado de antemano; las opiniones individuales discrepan menos y tienen menor importancia; hay menos elemento *subjetivo*, más objetividad, más concreción y claridad en el objeto, todo lo cual ayuda mucho á la unidad, á la sistematización. El que los profesores no tengan «más preparación que la que ellos mismos se han dado», no es tampoco una razón de peso, puesto que lo mismo sucederá con los del Ateneo; y por otra parte, si esa preparación es buena, su origen no ha de hacer á los profesores menos aptos para la tarea lógica de sistematizar, ni más capaces si es mala.

En cuanto á que los alumnos reciban las enseñanzas de «diversos maestros, partidarios, por necesidad, de escuelas y teorías diferentes, cuando no contradictorias», ¿cómo no ha de suceder lo mismo en el Ateneo y en cualquier centro de enseñanza que no sea precisamente la antítesis de la escuela libre

que trata de crear aquella corporación? ¿Profesarán las mismas teorías el Sr. Orti y Lara y el Sr. Simarro, los dos profesores de Filosofía en el curso actual del Ateneo? Buscar la unidad y el sistema por este camino, es exponerse á no hallarlos ni en los Seminarios, ni en las Facultades de Teología protestantes; la misma unidad de credo existente en estos establecimientos, no puede suprimir las diferencias de escuela entre los profesores.

Sin duda, el Sr. Moret quiso decir otra cosa. La sistematización es, en efecto, materia de estudios superiores, como que es una de las más altas funciones científicas, de carácter lógico. Se explica fácilmente la conveniencia y aun la necesidad de una enseñanza especial de este género, que fuese como un mapa de los conocimientos humanos, en el cual apareciera cada uno en el lugar y con las proporciones correspondientes. Asimismo se explica la necesidad de un trabajo particular análogo, dentro de cada ciencia, pero la verdad es que en el cuadro de estudios superiores del Ateneo, no se ve la sistematización, ni el sistema, por parte alguna.

Júzguese por la distribución de cátedras, divididas en los siguientes grupos: *Literatura y Ciencias históricas, Filosofía, Ciencias morales y políticas, Medicina, Ciencias exactas, físicas y naturales, Ciencias militares, Bellas Artes.* Ni con ayuda de los rayos X se descubre aquí el menor asomo de clasificación ni de sistema científicos.

Si se examinan las asignaturas que comprende cada grupo, la impresión es la misma. La sección de Filosofía, por ejemplo, comprende dos cátedras: de Filosofía de Santo Tomás y de..... Psicología fisiológica. La unidad anda de incógnito. En el grupo de *Literatura y Ciencias históricas* dudo mucho que haya alguien capaz de comprender el sistema que forman las siguientes asignaturas: *Los grandes polígrafos españoles, La novela en el siglo XIX, Literatura contemporánea, Orígenes de la lengua castellana.* Lo mismo puede decirse de los otros grupos, que no cito en obsequio á la brevedad. Quien quiera

que lea la *Lista de profesores y asignaturas para el curso de 1896 á 1897*, inserta en el mismo folleto en que ha sido publicado el discurso del Sr. Moret, con otros documentos relativos á los Estudios superiores, comprenderá que éstos no forman un verdadero *sistema* orgánico de enseñanzas, sino una serie de asignaturas independientes y, por lo general, poco relacionadas entre sí. Y en cuanto puede juzgarse por los programas publicados de varias de estas asignaturas—muy diferentes, por cierto, en la extensión y en el *detalle* de su contenido,—tampoco resulta de ellos que la sistematización ocupe dentro de cada uno el lugar preferente que le asigna el Sr. Moret en su discurso.

Debo advertir que las anteriores observaciones no las he hecho con ánimo de censurar la organización de los nuevos cursos en el Ateneo. Un *sistema* completo de enseñanzas no se improvisa en dos meses, ni necesita tampoco tener este carácter una Escuela como la establecida por aquella corporación. Así, pues, al discurso, y no á los estudios, se dirige lo que llevo dicho.

Mucho más podría añadir acerca de otros puntos del trabajo del Sr. Moret. No me queda ya espacio para ello en esta crónica, y sólo consignaré, para que no se vea en ella predisposición alguna á la censura, que el elocuente autor del discurso señala con gran acierto uno de los caracteres principales que deben tener los nuevos estudios del Ateneo, al ver en ellos un medio *de satisfacer sin esfuerzo y sin resistencia aquellas necesidades que las enseñanzas históricas* (la enseñanza oficial) *no pueden atender sino largo tiempo después de sentidas.* Plausible es también la declaración referente á la imparcialidad absoluta y á la tolerancia que deben reinar en estos estudios, y es asimismo exacta la observación incidental relativa á la necesidad de que la prensa, hoy verdadera institución poderosa é influyente, *ilustre* á la opinión pública, empezando por ilustrarse ella, como dejó entender el señor Moret.

E. Gómez de Baquero.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Dificultades entre Rusia y Francia, promovidas por el estado económico de Turquía.—Las elecciones húngaras.—Los esclavones y Austria.—Las salidas de Bismarck.—Su antigua oposición á la unidad alemana y al ministerio de Prusia en Alemania.—Errores de Bismarck.—Semblanza del gran político.—Error de haber conquistado Alsacia y Lorena.—Política española.—Muerte de Maceo.—Importancia de este suceso.—Mensaje de Cleveland.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Como todos maldecimos la guerra, nos regocijamos en cuanto llega ó asoma por cualquier parte un albor de paz. Y á todo aplaudir aplaudimos los contratos, mediante cuyos cánones han quedado en paz Italia y Abisinia. Parecería imposible hubiese cometido en este lustro el pueblo italiano respecto de la negra y apartada Etiopía un error tan grave, si no recordáramos el cometido por los gobernantes franceses allá en el Norte, respecto de la cercana y conocida Germania. Creían los imperiales que, ayudando los celos del Mediodía contra las tierras boreales de Alemania, promovidos por el fondo feudal restante aún hoy en las regiones alemanas, darían en el suelo con Prusia; y creían los italianos que, apoyando á los feudatarios de Abisinia, como el regulo Magaccia, iban á dar en el

suelo con Menelik. Ni sucedió lo que presagiaban tantos escritores franceses antaño, ni ha sucedido lo presagiado ahora por tantos escritores italianos. El hijo de Baviera y de Suabia prefirió al soldado francés el soldado prusiano, porque tenía su propia sangre ú origen éste; y los reyes enemigos de Menelik le obedecieron y acataron, porque si no tienen una idea tan progresiva como la idea de patria, grande, nacional, sienten por sus hijos el amor mismo que sienten por sus cavernas y por por sus hogares y sus cachorros los brutos del desierto. Así el valor sobrehumano de la gente italiana llegó á estrellarse contra las resistencias materiales opuestas por desfiladeros inexpugnables y las resistencias morales opuestas por supersticiones invencibles. Todo el país abisinio, en cuanto vió la tutela pretendida por el extranjero, alargó el cuello á la coyunda, que le dejara tanto callo por su duración, á la coyunda mantenida sobre su cerviz por el tradicional emperador. En efecto, había éste convenido en el pacto de Vicelay, creyendo que sólo se trataba de una cordial alianza. ¡Cuánto no sería su asombro al ver que se trataba de un protectorado ejercido por los italianos sobre su imperio, protectorado parecido al que ahora mismo ejercen los franceses sobre la regencia de Túnez! La primera vez, que sospechó su cambio de posición, fué al recibir una carta de la reina Victoria, sin todos los antiguos títulos, sin claridad, por supresión extrañada por él, pero cuyos motivos no vió con claridad, hasta que le dijo en otra comunicación regia su compañero, el emperador de Alemania, que no podría entenderse con su persona de igual á igual en relaciones diplomáticas, sino con su protector, con el rey Humberto, según la letra del pacto de Vicelay, sumo imperante de Abisinia. En el tratado de lengua etiópica, Humberto era sólo aliado de Abisinia; en el tratado de lengua italiana, protector. Menelik se llamó á engaño, enfureciéndose de que se hubieran reído así los italianos en sus barbas. De aquí la guerra; y es esta guerra la conocidísima desgracia de Italia. Y en esta desgracia sus prisioneros consiguientes. Y para estos pri-

sioneros la conmiseración universal. Hace tiempo que pasó; mas la diligencia del Pontífice por sus compatriotas, enviando al prelado Macario para que los redimiese del cautiverio y los repatriase á su Italia, exige todos los aplausos y todos los loores que le ha concedido la opinión pública. Por haberse la gestión del Papa frustrado en menudencias diplomáticas ó guerreras, independientes de su voluntad y ajenas á su poder, estos aplausos y loores han disminuído; pero no está para mí su precio en el resultado, está en el intento. León XIII, anteponiendo y sobreponiendo á todo el carácter severo de padre de los fieles, para intervenir á favor de los que un soberano intransigente consideraría súbditos rebeldes, acaba de dar un paso hacia la reconciliación entre la Sede pontificia y la Italia libre, tan útil y laudable como el dado para reconciliar la Sede pontificia y la República francesa, reconciliaciones cuyas consecuencias al cabo interesan, y sirven y prosperan la democracia universal.

Menelik, á quien creíamos el peor de los bárbaros, aparece como el mejor de los civilizados: su hermoso lenguaje, notificando á los Estados europeos la paz, nos ha dicho que tiene motivos para creerse á sí él, y para que le creamos los demás, un digno descendiente del sabio Salomón. Majestad en su actitud, magnificencia en la recepción de los embajadores, magnanimidad con los prisioneros, olvido de las injurias, deseos de paz extraña en quien es considerado como jefe y cabeza de una especie nacida y criada para el combate y el exterminio; todo esto ha mostrado Menelik en crisis tan grave, al resolverla por la concordia y por la conciliación. En vano algunos periódicos alemanes pesimistas pretenden aún la continuación del conflicto, y predican imposible política de guerra: el mundo está en universal alegría, porque Italia está en absoluta paz.

II

Las elecciones de Hungría dieron por fin la razón al partido de los liberales y mandaron de los comicios á la Cámara lo más indispensable al buen régimen parlamentario: una mayoría numerosa y compacta. Cuando vemos cómo se divide y desmigaja el partido liberal inglés; cómo, tras la política del buen amigo Depretis, no quedara, ni á la derecha el antiguo formidable grupo conservador, ni á la izquierda el progresivo grupo radical en Italia; cómo las Cámaras francesas son el caos y los ministerios viven de milagro y los ministros surgen por casualidad ó sorpresa; cómo en Bélgica la división de liberales y demócratas ha traído la eterna dominación de los reaccionarios, levantados ¡parece imposible! sobre los paveses del sufragio universal, nos halaga y satisface mucho que aún exista un partido liberal numeroso en pueblo, tan útil y necesario al progreso humano, como el pueblo húngaro, por cuya libertad é independencia tanto nos afanábamos en los tiempos de su opresión y de su desgracia. Dicen por ahí, sin fundamento, según unos, con fundamento, según otros, que las elecciones adolecen de falsas en Hungría, y que los electores votan mucho antes al mandato del Gobierno que al mandato de la conciencia. Se me hace duro de creer no haya en Hungría una opinión media liberal, muy sólida y fuerte, á favor de la evolución, que tantos bienes le ha reportado, mientras la revolución le dió una gran gloria, pero la gloria del martirio. Yo comprendo todo cuanto habrá contrariado al joven Kossuth esta derrota de los aspirantes á una independencia completa, idea épica, y cual todas las ideas épicas, más hermosa que realizable, pero capaz de tanta luz y calor como los que penetran en las esferas de lo por venir más remoto y en el acerbo de las

esperanzas populares más vivideras. La razón de hallarse unida con el Austria Hungría subsiste hoy como cuando sus reyes fueron á deponer al pie de nuestro gran Carlos V su corona hereditaria, y á pedir los enlaces de familia, incapacitados los cuitadísimos de vivir en su nido si les faltaban las dos alas y las dos cabezas del águila imperial. Como entonces al Austria se arrimaban los húngaros para que los sostuviera contra la inundación turca, hoy al Austria se arriman para que los preserve de la inundación esclavona. Mucho el alma esclavona odia el dominio de Alemania; pero aún odia más el dominio de Hungría. Para un esclavón clásico los húngaros no son europeos, ni arios siquiera, son tártaros. Llámanlos hijos de Atila y los creen atilescos todavía, y los consideran como los ángeles exterminadores, pintados con colores tan horribles en el Apocalipsis. No ha menester un croata que lo azuzen para correr tras un madgyar. Lo huele como las especies enemigas se huelen unas á otras, y lo atisba para hundirle hasta el corazón sus armas. Y lo que pasa con los croatas, pasa con los servios. A cada paso y á cada instante la odiosidad estalla. Y en esta odiosidad los esclavones del Danubio han salido contagiando, no solamente á sus afines los ruthenos, á los rumanos de Transilvania, y á los mismos conservadores de Viena, cuyas cóleras religiosas parecen asestadas á la tribu de Israel en apariencia y en realidad van asestadas á la gloria y á la grandeza de Hungría. En esta suerte de dificultades, yo les aconsejaría siempre á los húngaros que no cambiasen el método evolutivo y la política conciliadora del gran Deack por el método revolucionario y la política radical del gran Kossuth. Cierto que hay muchos elementos ultramontanos y muchas exaltadas pasiones católicas entre los húngaros. Pero esta inmensa calamidad más debe hacia la conciliación empujarlos que no hacia la intransigencia. Cierto que subsisten algunas reliquias del antiguo régimen, ridículas por su incongruencia con la libertad vencedora hoy, odiosas por los recuerdos que despiertan siempre. Tal juzgo la práctica de ir los

diputados el día de apertura solemne al palacio real, reconociendo ajena supremacía, en vez de ir el rey al Congreso, en reconocimiento de la soberanía popular y de su dependencia del Código fundamental, como ha sucedido entre nosotros los españoles siempre. Pero estas contradicciones, connaturales á la especie humana, sólo pueden acabarse cuando se acabe nuestra especie, ó llegue, por una evolución supranatural, como dicen ahora los filósofos, á cambiarse la contradictoria y doble naturaleza. Felicitemos á los húngaros y holguémonos con su libertad progresiva como con su real independencia.

III

Como Hungría necesita de Austria, necesita por su parte Austria de Alemania. Sin este poderoso contrafuerte, le caería encima el golpe de la catarata esclavona. Su política, dedicada siempre con empeño á mantener el inestable y peligroso equilibrio en los principados del Danubio, demuestra cómo, puesto entre el martillo y el yunque, necesita de Germania el Imperio contra Esclavonia y de Esclavonia contra Germania. Si no fuese por los esclavones, ya estarían los alemanes en Viena; y si no fuera por los alemanes, ya estarían los esclavones en Constantinopla. Y he ahí la causa de que no haya conmovido al Austria tanto como debiera conmoverla el escándalo que acaba de promover Bismarck al revelar las dobles relaciones contradictorias de Alemania con Rusia, de Rusia con Francia. Las amistades recientes de austriacos y Hapsburgos con Brandeburgos y Alemania no provienen del propio albedrío de aquéllos ni son obra de su voluntad; provienen del seno de fatalidades múltiples, cada cual más adversa y más incontrastable. Para mí el rompimiento de un secreto como éste, depositado por toda una eternidad en Bismarck, me re-

vela una vez más el maquiavelismo de los poderes y de los personajes déspotas y tiranos, confirmándome de veras en el juicio de que Maquiavelo enseñó por medio de su Príncipe al déspota su Código perpetuo, después de haberlo estudiado con la frialdad propia de un profundo naturalista, como Buffon pudiera estudiar los animales, como Linneo las plantas. Lo que han hecho entre Bismarck, natural combatiente, natural dominador, diplomático al modo y manera del Renacimiento, entre Bismarck y Alejandro III, de quien se ha querido hacer un verdadero santo, inscrito en el calendario de las democracias, lo que han hecho me recuerda lo que hizo Luis XVI cuando jurara la primer Constitución francesa, y luego pusiera la prueba de su perjurio y la resolución de su juramento en manos del primo de España, Carlos IV; ó lo que hizo Fernando VII cuando declaró que marcharía el primero por la senda constitucional, y luego abrió la puerta por donde penetraron en la patria los cien mil hijos de San Luis, mandados por los Borbones franceses, á oprimir, de acuerdo con los realistas españoles, nuestra manumitida España, y á ennegrecer con el crimen de esa intervención extranjera nuestra limpia Historia. Conózcase muy bien que Austria sólo puede tropezar y caer en la guerra por un encuentro con Rusia. ¿Cómo era posible una inteligencia ó acuerdo con los dos enemigos á un tiempo, sin sostenerlos en sus contiendas á uno y á otro de veras, ó abandonarlos á la respectiva suerte suya, como se puede abandonar al destino y al imperio del destino á cualquiera potencia enemiga ó indiferente. Y si al Este de nuestra Europa sólo puede un conflicto entre Rusia y Austria, en el centro sólo puede haber un conflicto entre Alemania y Francia. Si en el tiempo de tal contrato entre Bismark y Alejandro, le hubiese dado á Francia cualquier tentación guerrera contando con Rusia, quedárase completamente sola en su demanda, y sola hubiera tenido que correr la deshecha borrasca, y sola que sufrir los mandatos del implacable destino. Conforme va la historia del tiempo corriente aclarándose, ven los ojos del alma con

mayor claridad cuán adverso fuera para los progresos humanos aquel crimen que nos arrebatara el redentor de los siervos, Alejandro II, en la hora misma de apercibir una Constitución á su pueblo. No había el año setenta y cuatro inteligencia de ningún género entre rusos y franceses; y al ver Bismark la milagrosa facilidad con que había el pueblo francés pagado su costoso rescate y lo rápidamente que salía de su convalecencia volviendo á su poder, á su fuerza y á su riqueza, trató de aplastarlo para siempre y proyectó una guerra inmediata. Pero estaba el tercer Alejandro en su trono y le puso el veto suyo al acuerdo de tan guerrero Canciller, conservando en su caridad cristiana y su arbitraje humanitario la paz europea, que todos los verdaderos demócratas pusiéramos definitiva y perdurable. Así la memoria de Alejandro II ha subido tanto en el culto universal, como ha bajado la memoria de Alejandro III, viéndose claro que á Francia convirtió éste los ojos cuando no tuvo ya otro remedio, cuando la caballeresca lealtad de Caprivi rehusó renovar el maquiavélico tratado de Bismark. Pero no puede negarse la grandeza política de un hombre que, desde su apartamiento forzoso, malherido por la ingratitud imperial, sin medios coercitivos contra la enemistad implacable de sus numerosos contrarios y sinfondo de reptiles, como antaño, que le granjeen traidoras campañas en su pro, amarga los regodeos con que los franceses comentaban la visita del Czar; muestra, como aquellas tradiciones tan encarecidas por éste, loando á su padre, apenas alcanzan un lustro; dice á italianos y austriacos, vengándose de quien le ha despedido como un lacayo cuando él es más verdadero César natural que todos los Césares hereditarios juntos, cuán pocas esperanzas pueden librar sus aliados en las palabras y promesas de Alemania; hiere á su enemiga la emperatriz y á sus émulos de Inglaterra con arma superior en punta y en filo al odio, con el desdén; revela cuánto ha perdido su patria perdiéndolo por un capricho del Emperador antes que se los arrebatara Dios por un decreto de la eternidad, y desconcierta todo el con-

cierto europeo, y quebranta los supuestos grupos de alianza, y perturba la diplomacia universal. Contemplemos tal figura un instante.

IV

Bismarck ha tomado en la historia moderna esa estatura colosal, que únicamente se puede alcanzar adhiriendo la voluntad y la conciencia individuales á una idea como la unidad alemana. Y tiene tanto mayor mérito esta increible adhesión, cuanto que nunca, desde su niñez á su edad madura, estuvo por semejante idea. Muy al revés, nosotros, los demócratas, la defendimos en todas las ocasiones imaginables, con todas nuestras fuerzas, cuando á duras penas germinaba. Yo fuí partidario de la unidad germánica, como fuí partidario de la unidad italiana. Para mí las personalidades superiores, determinadas por el tiempo en el espacio, con su alma y su lengua y sus letras y su arte; obedientes á la ley de variedad que forja los individuos y tendiendo á la unidad que compone los géneros; animadas por el derecho moderno y respirando el humano espíritu, representan y significan órganos tales de progreso, que precisa con todas nuestras fuerzas avivarlas y mantenerlas contra todos los enemigos que las combaten ó las retardan. Como en 1856, cuando nadie creía próxima la unidad italiana, yo la presagié, anunciando su victoria en discursos nunca por Italia olvidados, en 1861, cuando nadie creía próxima la unidad alemana, yo la presagié, anunciando su triunfo en artículos, de que nadie tiene noticia en Alemania, y que no puedo llamar olvidados, pero sí llamaré desconocidos por completo. Redactaba yo entonces *La Discusión*, de Madrid, y al comentar, en cumplimiento de mis deberes, las consecuencias varias que traería la muerte de Federico Guillermo IV apare-

jadas, de Federico Guillermo IV, el romántico y el reaccionario, escribí estos presagios, confirmados luego por la sucesiva historia, los cuales presagios pueden verse hoy mismo en los números del periódico citado arriba, correspondientes á los días 25 de Febrero y 10 de Marzo de 1861. «Cuando el cañón de la Francia revolucionaria—decía yo,—rodaba últimamente sobre las cumbres de los Alpes, pronto á romper los tratados de 1815, moría el estadista, encarnación de estos tratados, alma de la reacción universal, que se iba en el humo de aquellos combates, moría Metternich. Cuando Italia, feliz y libre, forjaba la corona de su brillante unidad, moría el personificador de la servidumbre italiana, moría el rey Fernando de Nápoles. Y hoy, que agitada y convulsa la confederación germánica, vive como nunca el pensamiento de unidad en Alemania, necesitando Prusia, para cumplir sus destinos providenciales, adaptarse al ministerio mismo representado por el Piamonte allá en Italia, hoy muere, tras agonía tan larga y tenaz como la triste de los principios por él representados, Federico Guillermo IV, el gran reaccionario, el gran Juliano el apóstata de la filosofía y de la libertad germánicas.» Y como un doctor alemán, el doctor Hossaeus, de paso por Sevilla, contradijese desde tal ciudad mis asertos, yo le contestaba entonces en los términos siguientes: «Prusia representa en el mundo la libertad de pensar, y representa en Alemania la nueva idea política. Si no representa esto en la filosofía y en la historia, no representa nada. En la Edad Media, Prusia era un miserable feudo de la orden teutónica, la cual se veía precisada por los usajes y por las leyes á entregar al Papa su conciencia y al emperador su voluntad. Todos los grandes movimientos del espíritu moderno resultaron á la postre favorables para Prusia. Por la Reforma, que predicaba la libertad de pensar, pasó de feudo á monarquía. Por la paz de Westphalia, que proclamaba, como derecho internacional, la libertad de conciencia, pasó de monarquía pequeña á monarquía mayor. Por virtud y obra de la filosofía enciclopédica, cuyo espíritu subió el trono

con Federico II, pasó de monarquía germánica puramente, á gran potencia europea. Por influjo de la revolución francesa, que hundió el antiguo sacro romano imperio de Austria, tomó para sí la representación casi exclusiva del mundo alemán. Por la misma revolución del 48 estuvo en vísperas de ceñirse la corona del imperio antiguo. Ahora el movimiento de ideas, que nos impele á todos, impélela con empuje grandísimo á ser, bien ó mal de su grado, como el Piamonte en Italia, la espada de la libertad y de la unidad alemanas, indispensables para contener las ambiciones del Imperio bonapartista francés, para impulsar el Imperio ruso al Asia, y para suprimir en Alemania el Imperio austriaco, ese Nabucodonosor del absolutismo, poderoso como un Dios é informe como un monstruo.» Pues bien, mientras los demócratas decíamos esto, Bismarck decía precisamente lo contrario. Burgrave alemán, campesino pegado al terruño como las raíces de las plantas, feudal caballero, se oponía con todas sus fuerzas á la unidad alemana, ora la formulasen los partidos demócratas en Francfort, ora la formulasen los partidos cortesanos en Esfurt. La misma oposición asestaba él á la cabeza de un republicano exaltadísimo, como Arnaldo Ruge, que á la cabeza de un realista fiel, como el general Radowitz. Y lo que más le indignaba era la suposición injuriosa, lanzada por los demócratas sobre Prusia y su dinastía, de que pudieran éstas nunca representar el papel en Alemania representado por los Saboyas en Italia, y echar de la confederación al Austria como los Saboyas habían echado al Austria de Lombardía. Vamos á comprobar estos asertos de Bismarck con sus mismos discursos, lectura instructiva de suyo y muy frecuentada por mí: «Opondréme siempre — decía el gran hombre por Marzo de 1848 en la dieta de Berlín — á que impongan los radicales al monarca y al Gobierno de Prusia el papel impuesto á Carlos Alberto en Italia, colocándolos en la triste alternativa de vencer con daño de la realeza ó ser vencidos y tener que aceptar una paz vergonzosa.» Y en Agosto de 1849, decía en la tribuna de Berlín

también: «El ejército no siente ningún entusiasmo por los tres colores alemanes. Nuestro pueblo no quiere ahogar su monarquía en la licencia connatural á las gentes del Sur.» En Diciembre de 1850, dijo: «Yo no quiero que la Prusia en Alemania busque y requiera al ministerio desempeñado por los gobernantes de Turín en Italia; y puesto que los liberales pugnan por la guerra con Austria, yo aconsejo al Ministerio también una guerra de principios, pero no con Austria, con esa mayoría, pues siempre será más fácil movilizar un Parlamento que movilizar un ejército.» ¿Quién le había de decir entonces que no sólo estaba en los designios de la Providencia destinado á representar el papel de Cerdeña en Italia su Prusia, sino que aquellos monarcas prusianos y sus ejércitos, tan recelosos de los tres colores alemanes, habían de pasearlos por todo el centro de nuestra Europa, echando los Austrias de Alemania, los Papas de su temporal silla en Roma, los Bonapartes de Francia, todo en connivencia con los malditos Saboyas de Italia? El mundo moderno se ha salvado por cuatro grandes apostasías; porque apostató Peel de la reacción económica; porque apostató Gladstone de las ideas conservadoras; porque apostató Thiers de los principios monárquicos; porque apostató Bismarck de las doctrinas feudales. Dichosas inconsecuencias estas, á cuya virtud se ha establecido una Europa mucho más progresiva que la Europa de nuestra infancia y de nuestras mocedades. Pero Bismarck ha cometido estos tres imperdonables errores: valerse de los medios reaccionarios para mantener una obra progresiva; unir esta obra con un hecho tan protervo como la conquista de Alsacia y Lorena; condenarnos á la paz armada, que si pronto no se conjura con el desarme graduado y metódico, traerá la ruina universal sobre nuestro continente.

V

Las contradicciones entre su ideal y los procedimientos empleados para la consecución y cumplimiento de éste, dan la clave quizás de su complexión física y de su carácter moral, así como de la nueva fase que presentara en su tiempo la política europea. Como prototipo de psíquica, Bismarck presenta grandes resistencias á la inevitable admisión de ideas nuevas; pero, una vez admitidas, grande resolución de cumplirlas é incontrastable tenacidad de practicarlas. Como prototipo de fisiología, Bismarck domina sus nervios de pensador y de artista con sus músculos de acero. Semejase á Gladstone, aunque sean dos naturalezas opuestas, en el hábito de contrastar con la tranquilidad suma del campo las inquietudes y los desórdenes llevados al aparato digestivo y al sistema nervioso por los ardores del pensamiento creador y por los combates de la política diaria. Su paciencia en la preparación de los vastos planes suyos, únicamente puede compararse con la impaciencia en realizarlos, así que los ha puesto en marcha, distinguiéndose con una contradicción interior, característica de todo su ser. Los temperamentos se modifican mucho á virtud y por obra de las posiciones y de las circunstancias; pues como las costumbres adquiridas cambian la naturaleza interior, los impulsos externos de un hecho capital tuercen todo el río de la vida. Bismarck ha permanecido caballero campesino en medio de la corte; autoritario y gubernamental en medio de la democracia; factor de resistencia y de freno sobre la máquina guiada por él hacia espacios nuevos de la política contemporánea y horizontes racionales del espíritu superiores al horizonte sensible bajo que naciera y se criara, encontrándose, mal de su grado y contra su voluntad, entre los innovado-

res y los revolucionarios. Con aparecer tan opuesta una mitad entera de su vida con la otra mitad, no podríamos llamarle reflexivo sin acordarnos de su vivacidad, ni vivaz sin acordarnos de su reflexión. Aunque sus facultades guardan entre sí, por su número y por sus proporciones, mucha relación, generadora de un gran equilibrio, le falta la fantasía siempre y le sobra el cálculo. Se pasa de listo á veces; y por querer enlazar en serie muy rigorosa un plan, le marra y se le frustra. Calcula mucho; presiente poco. Cristiano viejo en sus creencias religiosas, es casi un joven positivista en la conducción del gobierno de los hombres. Y como no hace caso del misterio en ciencia política, tampoco hace caso de los grandes afectos del corazón en la vida. Hombre de dos almas, de dos pensamientos, de dos historias, que batallan entre sí; como ha guardado la gran autoridad del oficio, el imperio casi omnímodo sobre el sentimiento, la firme voluntad, el proceder cesarista, la coordinación entre los dichos y los hechos, á primera vista se os presenta de suyo á una sola vocación sujeto, como personificando la razón de Estado siempre y como semejante á una sola causa. El curso de su vida, como los del Ródano y del Guadiana, tiene muchos espacios en que corre bajo tierra, ocultándose allá en Olmutz, amigo del Austria, como si para siempre hubiera desaparecido, y reapareciendo en Sadowah, del Austria enemigo y vencedor. ¡Cuánto no ha señoreado sobre pueblos y sobre reyes!

VI

Sin embargo, ha sido mayor dueño de los demás que dueño de sí mismo; porque sus pasiones unas veces y sus dogmatismos otras, así como el creerse infalible y todopoderoso, le han probado con desastres múltiples, y á la postre le han traí-

do su irreparable desgracia. Como la secular encina y el fuerte roble no se hallan exentos de oruga, no está el coloso exento de histeria. Fáltanle aquellas amplias y múltiples ideas, así como las varias emociones que ostentan Goethe y Lamartine y Byron, pero, en cambio es, como éstos, caviloso, y adolece de una femenil susceptibilidad, dominada, sí, mas por grandísimos esfuerzos propios, y rara vez compensada por la imaginación creadora y fecunda. En cambio, el temperamento equilibrado y la voluntad bien puesta en todo lo relativo á la vida individual y doméstica, danle tal pureza de costumbres y tal regularidad en el cultivo de sus intereses, que le reconocen todos padre y esposo ejemplar, así como administrador sin segundo de su fortuna y de sus fincas. En tal orden no le ha pasado que los aumentos de la sensibilidad al soplo de las pasiones, le hayan disminuido la inteligencia, y menos perturbado la razón, en los instantes supremos de su obra; ni que se hayan ejercido sobre sus resoluciones aquellas sentimentales influencias, que alguna vez perturbaron al mismo Felipe II ó introdujeron bastardos en la familia de Carlos V. Así no truenan las tempestades por los cielos de su alma. En él no podía echar de menos Shopenüer lo que de menos echa en su raza germánica: la voluntad. Como la pasión jamás ha convertido en fuego la luz interior suya, el ensueño jamás ha entrado en sus planes. Nada de inspirado, nada de vidente, nada de poeta, nada de obedecer á las intuiciones y de contar con los presentimientos; la inteligencia clara, la razón fría, el cálculo matemático, la voluntad imperiosa le llevan, como de la mano, á una concreta y constante acción. Pero esta persona, de costumbres morales tan puras, menosprecia los remordimientos y desconoce, sin escrúpulos y sin empachos, la moral política, en cuya eficacia no cree, y en cuya virtud no piensa. Así, los primeros errores de su vida dimanan de esta incurable ceguera. Las fuerzas de su Estado le han valido para vencer tan invencibles resistencias mecánicas como los ejércitos de Austria y Francia, pero no le han valido para vencer la resistencia moral del

Papa; tuvo que ir á Canosa. Odia también mucho y ama poco. Estimó en sumo grado á su colaborador Moltke, pero sin llegar á una efusiva y cordial amistad con él. A Guillermo I lo quiso mucho, tratándole con todos los respetos debidos por un primer ministro á un gran monarca; pero lo consideró siempre, por la superioridad del entendimiento propio sobre las capacidades de su señor, como pueden los buenos tutores considerar á los pupilos dóciles. Julio Favre me contaba que le había dicho en las penosas entrevistas con él para los arreglos de armisticios y de paces: «¿Os quedaréis en la República? No os arriendo la ganancia. ¿Quién, si en abstracto discurre, pospondrá la República jamás á la Monarquía? ¿Sabéis en qué paso yo las noches? Pues en corregir y enderezar las simplezas que dice y los entuertos que hace mi viejo por el día. Pero Dios nos libre de tal Gobierno. Hay que apechugar con los reyes. Ni Francia ni Alemania están preparadas para la República. Creo, sin embargo, que os la impone una inevitable necesidad. En las fatalidades impuestas por el destino hallaréis vuestra justificación.» Para saber cómo aborrece, no hay sino recordar los odios suyos africanos á la emperatriz madre y al conde Armín célebre. Sin flexibilidad alguna, en arte de conciliación y de componendas como la política; padece irremediable altivez que le infligió la enemistad eterna de la santa esposa del viejo emperador Guillermo y las contiendas á muerte con grupos parlamentarios que hubiera conjurado la más mínima dulzura. Sin embargo, para sus conveniencias no empecía esta grande altivez al disimulo, y la refrenó con sigilo ante Alejandro II de Rusia cuando de él se sirvió, y ante Napoleón III de Francia cuando lo engañó como á un chino. Muy áspero, no desconozcamos que su aspereza personal hale dado una grande altitud á la vista de cuantos abajo toman las bondades nativas de los poderosos por un reconocimiento de la propia debilidad ó deficiencia. Hay gentes, las cuales creen el mal genio más digno de suyo que la dulzura; como hay Gobiernos, los cuales

creen más eficaz á granjearse obediencia la fuerza del terror que la virtud de la ley. Un hombre tan sobrio, se embriaga de cólera; un hombre tan indiferente y frío, encabrítase al dardo de la prensa enemiga, contra el cual no se ha puesto nunca la fuerte armadura de sabio menosprecio; un hombre tan seguro de su posición, pierde los estribos en cuanto lo maltraen un poco en el Parlamento, y llega, cegado por sus iras, á cadetada como retar al sabio médico Wirchow y proponerle un duelo á muerte. Bismarck se ama con exaltada pasión á sí mismo; y precisa confesar que tiene muchas razones para amarse. Pero este amor se encuentra cada vez más dentro de su ser, y va rayando en lo llamado ahora egoísmo. Quizá esto responda un poco al concepto que hace del egoísmo, condenable por cierto en los míseros mortales, una virtud verdadera del genio, necesitadísimo de conservarse, no tanto para sí como para los demás, que pierden mucho con perder un grande hombre. Después de sí, ama, y mucho, su oficio. En el mundo se relacionan los oficios con las personas, como en la vida el ostrio con los escollos, donde se nutre. Bismarck hace del oficio de gobernante una religión, como hacían un sacerdocio de su clase y un culto de sus profesiones los caballeros sacros en la Edad Media. Después de la profesión, ama la gloria. Y en esto debe hallarse, no satisfecho, harto; no harto, ahito; no ahito, indigestado. A ciertas personas, seguidas por famoso renombre, les acontece algo de lo que aconteció al rey Midas con su avaricia; como todo aquello que tocaba se le volvía oro, llegó al hambre y á la miseria en su abundancia. Esta terrible apoplegía de gloria engendra un amor excesivo á la soledad, y una convicción de que los gloriosos y glorificados no están con sus glorificadores bien, porque cuando se quedan entregados á sí mismos, están con lo mejor y más alto que hay en la tierra. El deseo de dominación también se ha enseñoreado de su ánimo, pero con desgracia, porque ha sobrevivido demasiado á su poder, y no se ha conformado nunca con haberlo tan tarde perdido, lo cual prueba cómo se nece-

sita mayor talento que para gozar de la fortuna, para sufrir el infortunio.

VII

En su juventud quiso mucho á los feudales; llegado á la cumbre de su tiempo, no quiere á ningún partido, creyéndose más fuerte y más valioso él que todos los partidos juntos. Otro amor suyo ha sido el terruño, por desdeñoso de la industria, como los nobles antiguos españoles del trabajo. Esto le ha hecho encontrarse al cabo sin iguales, paseándose por la isla de su grandeza, como esos náufragos que arriban á un arrecife desierto, hasta que, al sentirse hastiado, van en busca de ruido. Como Napoleón en Santa Elena se metió á historiador, él en su soledad se ha metido á periodista, tomando inocentes desquites del autor y autores de sus males, y satisfecho á veces con que sonaran á verdaderas sus tempestades de encargo, muy artificiosas y teatrales. En ellas le han picado los mismos reptiles á quienes alimentara, los cuales muerden cuando están repletos de oro, al impulso de la mano que los ceba y los suelta y los azuza, sin saber si está limpia ó sucia esta mano. En tales campañas militantes ha escogido, no los principios más en congruencia con sus tradiciones, los más hostiles á sus émulos. Así podrá explicarse que haya maldecido de la libertad inevitable, dejada por los rescriptos imperiales al derecho natural de los socialistas, cuando él estipendió al socialismo en la cátedra. Y así que, dados los regionalistas á hacer de las suyas, cuando el rey de Wurtenberg no se prestó de grado á las maniobras militares de hace tres otoños, so pretexto de la sequía, y los diputados de Baviera se quejaron mucho del crecido presupuesto central, y el fidelísimo Baden llevó su oposición al impuesto sobre los vinos hasta los confines de

la rebeldía, ¡él se queja de poco apoyo á los intereses locales en Alemania, él, autor de la unidad! Y así que defienda la protección, si los sucesores suyos propenden al librecambio, y el librecambio si los sucesores propenden á la protección. Y así que llamó á Caprivi ruso, cuando alguna vez mostraba despego al Austria, y de imprudente y temerario hasta traer á Germania la enemiga de Rusia lo delatase cuando perseveraba con insistencia en la política por Bismarck mismo comenzada, en la perdurable amistad con Austria. Reconozcamos que la pasión más alta y más intensa y más absorbente en su vida es el amor al suelo, amor un poco de tribu, pero amor plausible y sagrado. Ama su vivienda, luego su castillo, después su marca, después su territorio, después su región, después á Prusia; y de aquel nido de barro, en que han aleteado las águilas feudales, componentes de su familia señorial, ha hecho lo primero del reino, y de aquel reino lo primero de Alemania, y de aquella Alemania lo primero del continente, llegando en su delirio patriótico hasta querer colonizar como los ingleses, y hacer un imperio marítimo de lo que todavía no es seguro que llegue á constituir un imperio continental para siempre. Pero ahí experimentó el desengaño, que le anuncié yo experimentaría, cuando el atentado á las Carolinas, pues hase visto el imperio forzado á cambiar todos sus ensueños de grandezas africanas y asiáticas por los estriados arrecifes de la brumosa y mísera Heligoland. En esto, principalmente, se conoce lo poco latino que es Bismarck, y magüer sus ribetes de viejo eslavo, lo muy alemán: en la falta de lógica. Como el gran Federico, poseído de humanitarios ensueños y profesor de filosofía moderna, se asociaba con los déspotas que trucidaron á Polonia y se la repartieron, Bismarck, después de haber devuelto su gobierno nacional á Hungría; después de haber coronado la unidad de Italia; después de haber favorecido los pueblos nacientes á orillas del bajo Danubio; después de haber puesto sus cimientos á la nacionalidad alemana, divide Metz y Strasburgo de Francia por servir al partido militar y favorecer

ciertos orgullos imperiales. Nunca se lo perdonarán en la sucesión de los siglos la humanidad y la Historia, pues ha prolongado la edad de los conquistadores, y nos ha sometido al reinado de la venganza y de la guerra. Mas pasemos nuevamente á la Historia contemporánea.

VIII

No puede un momento dudarse: la mayor noticia, la más importante de toda esta quincena, la que trascenderá así á nuestra política como á la política universal, es esa muerte de Maceo, quizás buscada por él mismo en defensa de ideales engañosos é imposibles; muerte, por tanto, heroica de toda heroicidad. Es indudable que representaba el mulato la intransigencia, con toda su fuerza y en todo su vigor. Cuando sus camaradas de rebeldía en la última guerra, comprendiendo la imposibilidad completa del triunfo, se dieron á partido y pactaron el célebre convenio de Zanjón, Maceo se partió de Cuba muy airado, jurando que nunca rendiría la cerviz á España, y no volvió á Cuba sino para conspirar á diario y encender de nuevo la guerra separatista. El ascendiente sobre su persona de Martí, quien, jefe de todos los insurrectos, y movido por dos ideas igualmente falsas, la idea de que no tenía España el vigor de otros tiempos y la idea de que se hallaban muy en boga las soluciones más radicales entre los cubanos, le decidió á quemar su cartucho último y hacer un soberano esfuerzo para cortar los lazos seculares entre la patria y su colonia. Ninguno, entre los partidarios de Maceo, tan peleador como él; ninguno tan bravo en el combate; ninguno tan organizador en la paz; ninguno tan intransigente. Ultimo vástago de una familia mulata, creía que, peleando por la insurrección cubana, combatía por sus consanguíneos de raza vivos y para

venganza de sus consanguíneos de raza muertos. Esta insurrección ha carecido de los grandes protectores que tenía la precedente dentro de Cuba misma. Se diferenciaba el combate de Maceo ahora del combate anterior en la guerra de los diez años, como pudiera diferenciarse la porfía de los Gracos, patricios, purísimos patriotas, de una porfía empeñada por Catilina ó por Clodio, nobles también, pero demagogos, y como demagogos, de muy escasa influencia sobre la romana sociedad. Pero su misma condición, y las contrariedades que le traía esta condición, dábanle más aliento y coraje á Maceo que á sus numerosos y envidiosísimos rivales. Así, mientras en el anterior combate la insurrección estuvo reducida casi al Oriente, donde predominan los mulatos, idos allí desde Santo Domingo y Haití, cabezas de negradas numerosas y de negros motines, en este segundo combate de ahora la insurrección recorrió toda la isla, merced á Maceo, y se recluyó en Occidente, donde, si no pudo contar con más negradas que las conducidas allí por su esfuerzo, pues los indígenas de Pinar del Río no eran insurrectos, contó unos desfiladeros en donde podía embreñarse á su antojo, burlándose de sus perseguidores, y una manigua donde podía emboscarse sin que nadie le fuese á la mano, pues campaba por sus respetos y tenía en jaque siempre á nuestro ejército con hurtarle á la continua el cuerpo, sin darle jamás la cara, ni requerirle á ningún choque; contento con aplastar nuestros destacamentos ó nuestras columnillas cuando las fuerzas á sus órdenes centuplicaban en número y en intensidad á nuestras maravillosas fuerzas. Maceo había dado este avance temerario sin atender más que á su arrojo, y sin saber que lo terrible de su empresa estaba, no en el avance facilitado por la despoblación de aquel territorio, en la vuelta imposibilitada por nuestro ya entonces bien colocado y numeroso ejército. Así veíase metido en un laberinto, dentro del cual podía dar muchas vueltas, fuera del cual tenía que ser vencido por fuerza.

IX

Maceo imaginaba fatigadísima nuestra gente sin conocer su tenacidad, patente así en esta guerra como en las guerras de hace dos mil años, y dispuestos los Estados Unidos á prestarle auxilios más efectivos que la tolerancia con el contrabando de armas y con los filibusteros de ocasión, ignorante sin duda de que son una cosa las promesas de los partidos y otra cosa las resoluciones de los Gobiernos. Mas, en lo que principalmente confiaba, no sobrevenía jamás. Confiaba en que las huestes comandadas por Máximo Gómez, por Calixto García, por su mismo hermano José, irían desde sus respectivas posiciones á salvarle, cogiendo la trocha, por nuestro ejército abierta en Artemisa, entre dos fuegos, de los cuales se alzaría un provecho tan grande para él y una tan grande desgracia para nosotros, que decidiese, con ayuda del vecino yankee, la victoria en su pro y un inmediato reconocimiento por los americanos de su beligerancia, el cual, allá en su fondo, equivaliese á un reconocimiento de la nacionalidad cubana y á una consagración oficial de su recien recabada independencia. Pero los auxilios aguardados no llegaron jamás, y el ataque á la trocha por Oriente resultó un fantasma del delirio suyo, fantasma de tan imposible realización como el ataque á la trocha por Occidente. En la suspicacia propia de toda gente servil, Maceo atribuía el marro de los auxilios pedidos á envidias de los jefes, no cabiendo este sentimiento en las entrañas de su hermano José, pues le amaba como á su propia persona, y no estando habilitados los otros jefes para intentar cosa de importancia, pues sobrábanles partidas, chusma, cual decimos nosotros, y faltábanles fuerzas orgánicas, ejército importante por su número, por su organización, por su disciplina.

X

Y á Maceo le pisaba el apremio de las circunstancias los talones. Había menester que, al abrirse las Cámaras yankees y leerse la Memoria ó Mensaje de Cleveland, apareciera él en una posición ventajosa, imponiendo el reconocimiento de la beligerencia primero, después el reconocimiento de la independencia, hasta llegar á la postre cerca de la intervención, ó recabar la intervención misma, quien traía consigo aparejada la guerra entre América y Europa. Movido por este aguijón de su deseo, tan justificado en la necesidad imprescindible de salvarse, abandonó los espacios de Pinar del Río, donde se movía como un león enjaulado, chocando siempre con los barrotes de su jaula, para dar un golpe sobre las barras de la capital, entrados á saco y á hierro y á plomo por medio de una irrupción, cuyos golpes sembraran por doquiera el pánico, y de un incendio, á cuyos siniestros resplandores pudiera fingir una posesión entre victorias más ó menos duraderas de su codiciada isla. Por tanto, dejó sus negradas en Pinar y pasó la trocha casi á gatas, según dice su médico y ayudante, ó por mar, según dicen otros narradores, con poca gente de ambas maneras, y muy resueltos, reuniendo y disciplinando los negros del centro á intentar y cumplir plan temerario, golpe atrevidísimo. Pero, como decimos nosotros, no contaba con la huéspeda, ó sea, con la desorganización de su gente. Los insurrectos del centro se desemejan de los insurrectos orientales en todo. Maceo, al dejarse tras la trocha cuantos rebeldes le acompañaron desde Santiago, dejaba un cuerpo sin cabeza, y al irse con poca gente, llevábase una cabeza sin cuerpo, la cual podía pensar aún algunos instantes, pero nada podía en el terreno de una real acción hacer que fuese de provecho. Sin embargo,

intentó improvisar el cuerpo, cosa más fácil en la segmentación de los organismos rutinarios é incipientes que en la verdadera y sabia y armónica combinación de los organismos perfectos. Maceo reunió una especie de leva, en cuyas filas había más ímpetu que resistencia. Cerca de cuatro mil partidarios á su voz y á su clarín surgieron, mas todos desorganizados. Y así, en cuanto vieron la columna de los nuestros, muy débil por su escaso número, se desbandaron, yéndose la parte mayor en una desbandada de pánico y quedándose únicamente alrededor suyo los más valerosos, los más resueltos, los más entusiastas. Con esta gente aún pudo intentar una operación, la cual, bien ejecutada, hubiera dado de sí el copo de nuestra heroica y sublime columna, cuyo valor queda entre los rasgos más distintivos de nuestro carácter, entero siempre, y entre los milagros más hermosos de nuestra voluntad, siempre tenaz. La columna de Cirujeda, formada por cuatrocientos aguerridos soldados, no contó el número de sus enemigos; se arrojó, ciega por la inspiración de los combates, á pelear con el arresto de los heroes y con la conformidad á su destino de los mártires. Tales combinaciones de las fuerzas impulsoras con las fuerzas resistentes constituye una de las capitalísimas cualidades y virtudes del coraje hispano. Nadie usa de su libre albedrío con las arrogancias que nuestros soldados, y nadie se resigna con tanta conformidad al decreto de la Providencia y al yugo de las fatalidades que no pueden humanamente contrastarse. Así, la característica de toda nacional legión está en intentar lo imposible; pero si lo imposible no se consigue la primera vez y al primer intento, en redoblar los empeños, sin ensoberbecerse á la victoria, ni en la derrota desconcertarse para siempre. La gente de San Quintín y su capitaneador, Cirujeda, tuvieron el arresto de contrastar con escaso número las innumerables gentes enemigas. Y á tal arresto subsiguió el triunfo, no obstante los esfuerzos de Maceo, cuya presencia los nuestros ignoraban. Si los negros, que comandaba el general, fueran los audaces compañeros de marras, pu-

siérase á su retaguardia para dirigirlos, puesto que se prestaban á la dirección; mas como eran los allegadizos é indisciplinados de aluvión, tuvo que ponerse á la vanguardia para impelerlos y animarlos. Así, en la necesidad imprescindible de pelear cuerpo á cuerpo, no pudo tener el dominio sobre su persona, indispensable para el seguro mando. La operación militar, con tanto acierto concebida, no pudo ser ejecutada, marrando por culpa de los ejecutantes. Un valerosísimo puñado de heroes aterró á la chusma, que hubiera podido exterminarlos bajo la superioridad incalculable del número. Maceo cayó, no como ha querido la rabia de sus amigos, al inventar la calumnia del envenenamiento, cayó en buena lid como un gran heroe, roto y vencido por otros heroes mayores. Tras un año de guerra, los insurrectos habrán entendido, y con ellos todos sus partidarios, que no hay contra España fuerza en la rebelión suficiente, y se darán á partido, pues Cuba será española siempre: que así lo quieren la voluntad divina y la voluntad nacional.

XI

El Mensaje de Cleveland al Parlamento sajón y el fin de Maceo en las llanuras habaneras, hicieron que la política universal gravitara este mes de Diciembre alrededor de nuestra España. En cuanto al Mensaje, las impresiones comenzaron tomando un carácter diverso y contradictorio, según los afectos ó los ideales de cada fracción opinante, y concluyeron uniformándose hasta establecer universal sentir, sugerido por tal objeto de tamaño juicio, conviniendo todos en que, dadas las circunstancias de nuestra rebelión cubana, y los criterios de la gente politicastra en América, no podía ser el Mensaje más favorable y lisonjero á la patria. Olvidan ó desconocen cuantos lo estudian, prevenidos y preocupados por prejuicios, he-

cho dictado al apasionamiento, que Cleveland, en lo respectivo á Cuba, no expone tesis propias, refuta las contrarias; no afirma por modo categórico, debate ó discute ideas, proposiciones ó acuerdos desfavorables á sus actos. En todo debate inglés hay que mirar mucho á la ironía, casi debiéramos decir al sarcasmo, del que son maestros los ingleses, por ejercitarlo á la continua, debatiendo, y creerlo ellos una cualidad magistral de su trabajada hermosa lengua. Esta ironía clásica resalta en el Mensaje. Y además de la ironía con que zahiere y hiere Cleveland los desplantes filibusteros de senadores dementados á supersticiones ó intereses insanos, hay en el hermoso documento una serie de hipótesis, á cual más inverosímil, rebatiendo con ellas las locuras de quienes toman por gigantes los molinos, haciendo los cabecillas ó gobiernos, ó presentando cual verdaderos ejércitos partidas merodeadoras y nómadas. No pueden refutarse mejor las proposiciones, cuyo contexto pide la beligerancia de los facciosos, que por aquellos sorites, donde una serie lógica rigorosa ofrece cuantas cuestiones peligrosísimas para los Estados Unidos habrían de suscitarse al mero y simple reconocimiento de un Estado hecho y derecho en una deshecha rebeldía. No se puede discutir entre dos poderes, uno y otro soberanos en sus sendas medidas y límites, sin que se hagan mutuas concesiones y se reconozcan sus respectivos derechos. El presidente no quiso acordar la beligerancia, y, dada la perversión del sentimiento americano respecto de Cuba, como la firmeza de sus resoluciones contrarias á esos sentimientos, no pudo rendir menos parias á los exagerados, ni presentar más garantías á España. Luego, como he dicho yo siempre y Cleveland confirma, no pasa en vano el tiempo: ese ministro de quien ha necesitado servirse hasta el Verbo divino para crearlo todo, no pasa en vano, pues deja elementos de vida en el recuerdo y memoria de las sociedanes humanas, que concluyen por producir creencias y estados mentales colectivos, transmisibles de una generación á otra generación. Las hay sumamente injuats: son caquellas

instituciones ó aquellos pueblos cooperadores á la producción de su alma, como fueron injustos los tiempos teocráticos de la Edad Media con la Grecia clásica, é injustos los tiempos del Renacimiento con el arte cristiano y con las catedrales góticas. Pero estos afectos injustos pasan, y la Grecia clásica ofrece sus modelos á los escultores, sus órdenes á los arquitectos, sus ideas á los filósofos, sus nomenclaturas á los sabios, porque tuvo un siglo de inspiraciones, todas ellas indelebles en el tiempo y en el espacio, como la Ciudad Eterna constituye nuestra religión católica de hoy, porque antes constituyó la unidad humana de siempre, y aunque hayan intervenido muchas transformaciones, ese común substrato de clasicismo queda en el fondo de la europea historia. Pues los americanos de todas procedencias y razas, aparecerían como prole sin madre, de no respetar la raíz primera de que todos provienen, España, pues sin ella no tendrían la sangre que circula por sus venas y la historia que agranda su espíritu. El socorro prestado por los liberales europeos á Italia y á Grecia, se generó en los títulos históricos de ambas. España no pide cosa ninguna de América; pide tan sólo que la dejen por completo en paz, y no ayuden las expediciones piratas ó filibusteras que manchan los mares con las sombras de sus crímenes, y alimentan de infames combustibles extranjeros una insurrección parricida. Y cuando Cleveland defendió su negativa incontrastable á reconocer la beligerancia, dijo explícitamente, para quien pueda entenderlo, que no reconocerá la independencia, y que no soñará con una intervención, la cual traería en daño de todos los continentes y en mengua de todos los hombres, la guerra universal.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 29 de Diciembre de 1896.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

RECUERDOS DE UN EDITOR

LAMARTINE [1]

¿A qué describiros el dormitorio de Lamartine? Era lo más sencillo que imaginar se puede; pequeño al mismo tiempo, con un modesto tocador, ropas de vestir colgadas en la pared y (lo único que me chocó) crecido número de pares de calzado puestos en fila sobre una repisa encima de las perchas.

Pero allí estaba el hermoso anciano, con su dignidad imponente; el gran poeta, con su semipobreza noblemente soportada.

Iba yo á pedirle uno de los manuscritos convenidos: tratábase aún de las *Biografías de los grandes hombres*, creo que era el tomo *Shakespeare y su tiempo*, el cual me apremiaba mucho llevarme para publicarlo, pues simultáneamente quería dar á luz el *Shakespeare* de Víctor Hugo, cuya plena propiedad por doce años acababa de adquirir.

Parecíame curioso é interesante, aun para el público, ver á esos dos maestros de una generación, á esas dos eminencias

(1) Véase el número de esta Revista de Diciembre último.

de un siglo (del XIX), remontar el vuelo hacia quien puede afirmarse que inauguró verdaderamente la era intelectual moderna al salir de los escolásticos de la Edad Media, hacia aquel que en sus múltiples obras fué quien primero hizo resurgir la humanidad: Shakespeare, en una palabra, padre común de las letras alemanas por Lessing, Gœthe y Schiller, de las letras francesas por toda la escuela romántica ó por la escuela semiclásica de Voltaire, Ducis, Lemercier y Casimiro Delavigne.

Habíame tentado la idea de la publicación simultánea de un libro de Víctor Hugo y otro de Lamartine acerca de Shakespeare. No pude sospechar las contrariedades que iba á ocasionarme, por una de las partes á lo menos, esa rivalidad creada por mí, sin intención, entre las dos grandes obras acerca de un asunto análogo.

Víctor Hugo había manifestado siempre una gran deferencia para con Lamartine, en sus relaciones personales con él; y cuando tenía que hablar públicamente de su émulo en gloria poética, afirmaba su admiración por el genio del autor de las *Meditaciones* y de *Jocelyn*. Lejos de regatear el elogio, en esas ocasiones afectaba más bien hacerlo sonar muy alto.

Yo mismo oí de boca de Víctor Hugo, en Guernesey, esas palabras lisonjeras para Lamartine; y confieso que, en la sencillez de mi juventud, conmovióme entonces muchísimo aquella demostración de confraternidad literaria, cosa rara de encontrar, ¡ay!, entre artistas y entre escritores. Creí en la sinceridad absoluta de los sentimientos manifestados.

Otros tres escritores magistrales de este siglo XIX compartían en el ánimo de Víctor Hugo aquel favor de ardiente admiración simpática, con Lamartine. Por eso, para revelar con un hecho palpable, con un testimonio asequible á todos, ese homenaje que tributaba él á sus compañeros de gloria (y para afirmar su primacía sobre ellos), había solicitado ó recogido de Lamartine, Dumas padre, Jorge Sand y Balzac, la pluma que sirvió á cada uno para escribir alguna de sus obras maestras, agregando también sus respectivos tinteros. Víctor

Hugo enseñaba una mesa especial, con un agujero en cada ángulo y un cubilete encajado en él para encastrar dichos tinteros, como un recuerdo de su particular aprecio reservado, entre todos, para esos cuatro representantes de las letras francesas en el siglo XIX. Hasta creo recordar que en un pedacito de pergamino atado á cada pluma donada, se leía una firma autógrafa de cada uno de ellos, en confirmación de la autenticidad de aquélla.

Confesemos que era encantador como intención, lleno de gracia como recuerdo; que daba testimonio de una elevación de juicio y una amplitud de ideas que casi llegaba á la serenidad. El desprendimiento de lo personal es tan poco común en el ser humano, que nos obliga á inclinarnos ante quien sabe abstraerse hasta la imparcialidad absoluta, borrándose á sí mismo.

En cuanto á mí, que profesaba rendido culto á Jorge Sand, era entusiasta de Lamartine, admirador de Víctor Hugo, y me sentía hechizado por las narraciones de Dumas padre, pero que, aun reconociendo la hondura de observación de Balzac, tenía menos afecto á sus obras á causa de su crudeza realista por una parte, y de su forma literaria, algo abrupta, por otra, ví en la asociación de esos nombres gloriosos, en esas plumas, que en cierto modo simbolizaban toda la literatura del siglo XIX unida á Víctor Hugo, cuyo tintero podía reivindicar su puesto en el centro de la mesa, á fin de constituir así el grupo de lo que Emerson, el filósofo americano, llama los *Representative Men* (es decir, los representantes de una época, de un país, de la humanidad), ví en ese hecho material, tan sencillo en apariencia, tal elevación de alma en Víctor Hugo, que aún celebraría con emoción su recuerdo, después de más de treinta años, si no se hubiera producido un día cierta sombra para entenebrecer y destruir á la postre mi juvenil ilusión.

¡Ah! ¿Por qué se han de destrozar los dioses ellos mismos? ¿Por qué, al acercarnos al ídolo, ha de enseñarnos bajo el oro de su diadema, bajo su púrpura refulgente, sus pies de arcilla?

¿Por qué el pensamiento, que, cuando sale de nosotros desprendiéndose de toda liga impura, puede subir hacia lo ideal, ser llama y música, tener aroma y color (verdadera flor azul, en una palabra), se torna de pronto, en el mismo ser, brutal, estrecho y mezquino, si toca al suelo, si se pone en presencia de un interés personal ó de la competencia, el rozamiento ó los celos?

¡Ah, el genio no se exime de esas pequeñeces de la humanidad!

Allí donde yo veía una curiosidad literaria que despertar, publicando simultáneamente acerca del mismo maestro *Shakespeare* un tomo inédito de Lamartine y otro tomo también inédito de Víctor Hugo, ambos consagrados á la apoteosis de ese genio sin rival todavía, gracias á lo infinito, vario y profundo de sus obras; allí donde estaba yo contento y orgulloso de poder hacer celebrar doblemente aquella gran gloria inglesa del siglo XVI, llamada á ser eterna y universal, por los dos grandes poetas franceses del siglo XIX; allí donde, lejos de promover una competencia entre dos libros, entre dos autoras, buscaba yo una unidad armónica, como en un dúo musical en que las voces se mezclan, responden y confunden, allí se irritó Víctor Hugo, volviéndose airado contra mí. Me dirigió cargos por esa coincidencia; escribiómelo y me lo volvió á decir después hasta con un poco de cólera, que notaba yo sordamente, aunque reconcentrada.

Sea por escrúpulo de sus antiguas y excelentes relaciones con Lamartine, sea por guardar una compostura exterior, no queriendo emprenderla contra Lamartine y no pudiendo impedir que apareciese la obra de éste, Víctor Hugo la tomó conmigo, editor de ambos á un tiempo. En lenguaje comedido y de fina reticencia, en el fondo del cual rezongaba la amenaza (lo comprendí entonces y lo ví mejor en la continuación de

nuestras relaciones comunes), extrañábase Víctor Hugo de que habiendo tratado con él respecto á su libro *Shakespeare* me hubiese entendido con Lamartine para una obra análoga. No comprendía que así hubiera querido yo dejar que se hiciese un paralelo entre ellos (lo cual, en verdad, distaba mucho de mi pensamiento); en sentir suyo, yo mismo me hacía competencia como editor, haciéndosela al volumen cuyo derecho de publicación por doce años habíale comprado; declaraba que debí habérselo advertido de antemano, comunicándole mi intención, y renunciar más bien á adquirir su *Shakespeare*, cediendo el puesto á Lamartine, *si tanto era mi empeño en ello.*

Estimaba que teniendo la honra de ser el editor de Víctor Hugo, tenía yo el deber de consultarle previamente respecto á ciertos escritores que no debieron figurar junto á él en la serie de autores que comprendía yo en mi Catálogo.

Antojóseme algo excesiva la pretensión; sobre todo porque me usurpaba la libertad de obrar y de elegir, como editor. Jamás la tuve en cuenta en mis diversas determinaciones futuras; prueba de esto, que muy poco después me ví en un desacuerdo mucho más grave con Víctor Hugo. Esta vez estalló la tempestad, bajo formas menos disimuladas y con violencia. Ocasión tendré de narrar aquella escena imprevista y tronante, cuando evoque mis recuerdos acerca de Proudhon; pues ocurrió la disputa á propósito de éste y de sus obras completas, que había empezado yo á dar á luz; y de resultas de ello se inició cierto enfriamiento en nuestras relaciones, tan amistosas siempre hasta entonces.

Por más que se disgustase Víctor Hugo, no renuncié de ningún modo á mi proyecto acerca de Lamartine. Agradábame ver asociados en mi catálogo los grandes nombres del siglo. Me gustaba aproximar sus glorias. Una casa editorial, comprendida con amplias miras, debe ser como un campo neutral donde se fundan los espíritus, se cambien ideas y circulen diversas corrientes.

No me desplacía lanzar simultaneamente al mercado obras

opuestas, de autores diferentes y sobre motivos análogos, tomando al público entero por árbitro y juez del campo. Eso hice, sobre todo con la *Historia de la Revolución francesa*, publicando tres á un tiempo, escritas una por Michelet, otra por Edgard Quinet, y la tercera por Luis Blanc: cada uno de ellos representaba una escuela y señalaba una tendencia desemejante. Publicaba yo á la vez las importantes monografías de Ernesto Hamel acerca de la historia de *Robespierre*, de Alfredo Bougeart respecto á *Danton* y á *Marat*, de Avenel sobre *Anacarsis Clootz*, de Julio Claretie referente á *Los últimos Montañeses*. Cada uno de esos libros manifestaba á menudo un espíritu muy contrario al de los demás. ¿Qué importa? Aquello era curiosidad é interés para el público, como era libertad de elección para mí mismo.

De igual manera diré algún día una cosa muy chocante que hubo de acontecerme con tres de los más ilustres de esos autores; porque en esos rasgos de detalle es donde aparecen los pliegues más recónditos del corazón humano, y pueden juzgarse los caracteres de los más grandes hombres puestos en competencia y en paralelo. Ellos mismos dan una nota de su alma, verdad que á menudo de un modo imprevisto, y desmienten la aparente plácida serenidad que se les atribuye; el grito íntimo que brota entonces de sus labios revela el verdadero fondo de su ser, y así le es dado al editor que observa y analiza, llegar á ser á un tiempo confesor de esa debilidad y su juez filosófico..... pero también sufrir sus injustos y penosos efectos por tabla. Por eso, habiendo visto muy de cerca á tantas ilustres glorias contemporáneas, habiendo intervenido en las obras, vidas é ideas de más de doscientas notoriedades que han dejado rastro en la política, el arte, la poesía, las letras, ó la ciencia, durante la segunda mitad de este siglo, quizá tenga la suerte de poder publicar curiosos recuerdos acerca de las individualidades de esta época y el movimiento en que tomaron parte; tanto más cuanto que, sin odio ni amor, diré sencillamente la verdad acerca de las cosas vistas, oídas ú obser-

vadas por mí. Será una contribución lo mismo á la historia moral que á la historia literaria; un documento humano, como se dice en el lenguaje de hoy. Pero no levantaré ningún velo indiscreto, y más bien haré valer las buenas partes de grandeza, elevación y mérito que más me atrajeron hacia ellos.

Volviendo al incidente Lamartine-Hugo, á propósito de los dos *Shakespeare* en presencia, debo decir que tuve sumo cuidado de guardarme para mí solo las recriminaciones que Víctor Hugo me dirigió. A nadie se las comuniqué, tanto por deber de conveniencia y de discreción, como por delicadeza.

En efecto, Víctor Hugo tenía en la prensa imperialista enemigos políticos, cuya mala intención no hubiera tenido escrúpulo de echar mano de tales detalles, si los hubiesen conocido, para quitarle un poco el pellejo al grande hombre, cuya popularidad les molestaba, porque duplicaba la fuerza de su oposición al régimen imperial. Todo lo que le achicase, hubiera sido un triunfo para ellos y una buena nota en los periódicos de los poderosos del día. No se hubieran andado en chiquitas con el autor de *Los castigos* y de *Napoleón el Pequeño*. Hasta con mucho gusto hubiesen exagerado esa estrechez de miras por su parte, con respecto al competidor libro de Lamartine. ¡Qué bonito motivo de fáciles ataques les hubiera proporcionado yo con una sola palabra imprudente! De sobra profesaba yo respeto á Víctor Hugo y culto á su genio, para no encubrirle aún en esa falta de serenidad. Esta es la vez primera que revelo esos detalles, cuando treinta años han esfumado y suavizado hartas cosas; cuando dos sepulcros ilustres, los de esos dos mismos émulos en gloria y en poesía, antagonistas en el gay saber de un siglo, se abrieron y cerraron ya sobre aquella desvanecida rivalidad.

Tampoco supo nunca Lamartine por mí nada de eso. Por su parte, nunca me vituperó ni me hizo cargo ninguno, directo ni indirecto; antes por el contrario, tomó las cosas con su habitual grandeza de alma. Había publicado yo primero el tomo de Víctor Hugo, por deferencia hacia éste y como remate de sus observaciones, y no hice aparecer el tomo de Lamartine sino algún tiempo después, sin que ni siquiera se quejase con motivo de ese retraso. En el intervalo le llevé el *Shakespeare* de Víctor Hugo, obra que me había manifestado el deseo de ver y de leer. Sólo elogios tuvo para el libro del desterrado de Guernesey; y hasta creo que hubo de escribir algunas frases lisonjeras á Víctor Hugo, sin asomos de envidia manifiesta.

Yo solo fuí quien se entristeció al ver harto de cerca lo que, en el espíritu de mayor alteza, puede engendrar, ya una cuestión de interés privado, ya una sobreexcitación de amor propio ó de orgullo. Y al acordarme de las cuatro plumas hermanas de la mesa de los cuatro tinteros, en mi desilusión, comprendí quizá de sobra la inanimidad de todo aquel aparato..... para los espectadores. Víctor Hugo, aun afectando olvidarse de sí mismo ó no reivindicando más que un puesto al par de aquellos cuatro geniales maestros, no podía menos de considerarse en su fuero interno como el primado de todos ellos.

Tanto más me extrañó en lo que atañe á *Shakespeare*, cuanto que las dos obras no tenían ningún punto de semejanza. El estudio de Lamartine era más modesto, sin pretensiones; era un conjunto de notas sueltas, con numerosas citas (quizá en demasía); una rápida noticia literaria, hecha con harta premura; dijérase que eran hojas desprendidas de sus *Conversaciones familiares de literatura*, y tomadas de las páginas menos buenas. Por el contrario, el tomo de Víctor Hugo se consagraba muy poco á Shakespeare, en su conjunto. El verdadero título hubiera podido y debido ser «La cadena de los grandes genios humanos», con una secreta intención personal que, por lo menos, fué sospechada por muchos críticos,

hasta dicha y echada en cara á Víctor Hugo, imputándole no haber escrito ese libro sino para llegar hasta sí mismo (á pesar de omitirse él en la galería de esos inmortales á quienes celebraba), como confluente supremo del pensamiento genial de los siglos transcurridos y de las naciones extintas. Daba un lugar en él á un representante típico de cada raza, ó á una obra considerada como cima literaria de una época.

Sorprendió mucho que para simbolizar el genio alemán, en un libro consagrado á celebrar exclusivamente la literatura, y en especial á los poetas, guías ó pastores de la humanidad, no encontrase ninguno (y eso que el nombre de Gœthe estaba indicado y hasta se imponía en tal orden de ideas), y tuviese que recurrir á poner como representante del pensamiento alemán..... ¿á quién?..... A un músico, á un compositor de genio, sin disputa: ¡Beethoven!..... Pues bien, conviene saber que Víctor Hugo no ocultaba el hecho de no gustar de la música ni comprenderla, y la trataba como un arte inferior..... Entonces, ¿por qué escoger á Beethoven y excluir á Gœthe?..... Tuve la clave del enigma poco tiempo después, en el curso de una conversación, en la cual hice cándidamente esa pregunta, que por cierto fué muy mal recibida..... Mas, por una palabra, lo adiviné y lo comprendí todo. En mis recuerdos consagrados á Víctor Hugo tendré ocasión de volver á ocuparme de este rasgo característico de su elevada personalidad. Por muy grande que fuese, pagó tributo á sus debilidades, á sus prevenciones, ¡ay!, á su combatividad misma.

Con frecuencia existen *dos* seres en el ser que creemos *uno*.

A Jano, símbolo del año entrante, atribuíale la leyenda dos caras: vuelta una hacia ayer, al pasado; vuelta la otra hacia mañana, al porvenir. Pero ¿no tenemos también dos caras á veces todos nosotros, seamos quienes fuéremos, pobre humanidad terrestre?..... ¡No! Es la misma, es la nuestra propia; pero, en ciertas circunstancias y por ciertas causas, anteponémosla una careta, cuándo de indiferentismo, acá de imparcialidad, acullá de adulación ó de lisonja.....

¡Ah, cuánta razón tenía Shakespeare! Si se escrutase bien el ser interior, ¡qué abismo tendríamos que sondear á veces!

Y estoy por añadir: ¡qué enigma que descifrar!

Pero, esta digresión me ha llevado lejos de mi relato referente á Lamartine. Vuelvo á él, pues aún me falta narrar la continuación y la conclusión de mis relaciones personales ó de negocios con ese insigne poeta.

El disfavor del público continuaba gravitando sobre ese animoso combatiente de la pluma, el cual en vano trataba de remontar la corriente de injusta indiferencia con que se recibían sus trabajos literarios y sus nobles esfuerzos por solventar sus deudas.

Sufrí el contragolpe de esta disposición del espíritu general en la suerte que cupo á su *Shakespeare*, como á las otras *Biografías* escritas por él y que sucesivamente coleccioné en tomos, y aun sus *Obras oratorias*, tan aclamadas en todas partes y reconocidas como sin rivales, tampoco se libraron de esa corriente de indiferencia pública.

Sin embargo, conmovióme en aquellos momentos un paso dado por un joven desconocido á la sazón, viniendo á solicitar el favor de publicar antes que yo (en una Revista que iba á fundar y que tituló *Revista de París)* las primicias de tres ó cuatro de esas monografías inéditas, obras del gran poeta. Aquel joven vino á verme y trató conmigo para comprarme las primicias de *Mirabeau*, de *Danton* ó de *Vergniaud* (no tengo tiempo de buscar el documento que poseo, el contrato particular que celebré con él), mediante un determinado precio que cobraría yo tan pronto como se publicasen en dicha *Revista*, precio estipulado en letras de cambio.

Era Arturo Meyer, director hoy de un gran periódico dia-

rio, *Le Gaulois*, muy leído en los círculos aristocráticos. Desde entonces acá Meyer ha conquistado real importancia y adquirido una posición que no me extraña, pues me sedujo á primera vista (en aquellos lejanos tiempos cuya memoria evoco), con sus bríos, su ardiente entusiasmo por Lamartine, con sus sueños de hacerse una posición literaria por medio de una Revista nueva, bien presentada, de buena redacción; Revista de la cual era director efectivo, á pesar de ser tan joven, asociado, según creo, con un amigo de su edad. Era una tentativa que abogaba en pro de su iniciativa y de sus entusiasmos de literato.

El tomo editado por mi casa con el título de *Los hombres de la Revolución* por Lamartine siguió, por consiguiente, á la publicación anticipada de las mismas biografías en la *Revista de París*.

Me fué grato ayudar así con el nombre de Lamartine los comienzos de Arturo Meyer, á quien ya no había de volver á encontrar hasta veinticinco años después, en el apogeo de su triunfo, y quizá más olvidadizo de ese pasado que yo mismo.

Para acabar esta página de mis *recuerdos*, sólo me falta decir algo acerca de las *Memorias inéditas* que Lamartine me había prometido, y parte de las cuales habíale yo pagado.

Lamartine, según las cláusulas de su contrato con mi casa editorial, fecho en 14 de Abril de 1863, debía entregarme el primer tomo de sus *Memorias inéditas* en Marzo de 1864; entretanto, consentí en pagarle por adelantado 5.000 francos á fin de cada mes, desde Agosto á Noviembre de 1863, ó sea una suma de 20.000 francos á cuenta del precio convenido; el resto había de pagárselo por sextas partes, á la entrega sucesiva de cada uno de los tomos del manuscrito cuya propiedad adquiríamos así.

La entrega del dinero estipulado efectuóse en las condiciones y épocas prefijadas. Por desgracia, Lamartine no nos dió los tomos con que contábamos.

Ciertamente, si Lamartine hubiera querido escribir su vida con toda sinceridad, hubiese sido eso un gran atractivo para el público. ¡Era tan interesante el hombre mismo como personalidad! Su juventud, sus amores de poeta—*Elvira*, *Graziella*—¿no eran toda una novela que cantaba en el espíritu de cada uno?

Lamartine había esbozado algunos recuerdos de esa novela juvenil en sus *Confidencias*, en *Rafael* («páginas de los veinte años»). ¡Qué bellas evocaciones había hecho con su tierna y delicada pluma! Pero aquello no era el cuadro real y completo de toda una vida, sino rincones entrevistos, una punta del velo ligeramente alzada, algo con que hacer entrar á todo el mundo en ganas de mayores golosinas. Porque, á la inversa de muchas gentes á quienes les parecen vituperables tales indiscreciones acerca del ser íntimo, pienso que son documentos preciosos, lo mismo como revelación del estado anémico personal del escritor, que como característica de los sentimientos y del modo de comprender una época ó un medio. Si no tuviésemos todas las confesiones sorprendidas por los contemporáneos de tantos reyes, de tantas grandes señoras, ¿no ignoraríamos en gran parte la vida y las costumbres de un siglo, y la parte más interesante, la más típica, la que verdaderamente da la nota humana, la vibración del ser?

¿Qué son, en efecto, los hechos de la historia si todo se reduce á registrar una fecha, un resultado concreto? Si no inquirimos el móvil recóndito de los sucesos, si de la acción no inducimos la pasión ó el interés causantes de ella, ¿qué nos importa lo pasado, lo extinto, lo muerto, en una palabra? Esos hombres nos interesan, porque fueron vivos antes de desaparecer ellos y las cosas de su tiempo; el fondo pasional humano no varía de ningún modo; pero las diferencias de medio, de educación ó de civilización lo transforman, ó más bien lo apro-

pian de diversa manera. Registremos, pues, al hombre en su fuero interno. A la vez que es una individualidad espontánea, es un reflejo de lo que le ha formado, circuído, envuelto en algún modo: primero su madre, después la primera mujer amada, más tarde toda la corriente de su vida y el contacto con otros seres análogos á él. Siguiendo las leyes de su temperamento, sufre el contragolpe de las influencias exteriores, las cuales le impresionan y áun me atrevo á decir que ejercen presión sobre sus actos. Lamartine es clara prueba de ello; el numen que inspiraba su poesía lírica, lo que le dió ese gran idealismo, ¿no fué la primera fe sencilla grabada en él por su madre, inspiradora de las *meditaciones*, que son un himno á la divinidad; no fué la indeleble huella de sus primeros amores con Graziella, la graciosa pescadora de Ischia, y con Elvira; no fué también la lectura de Chateaubriand, cantor del *Genio del Cristianismo?*

Suprimid todas esas incidencias de la *formación cerebral* de un hombre, si se me permite expresarme de ese modo, y no tendréis ya la lira resonante é instintiva á la vez de Lamartine. Necesítase el rayo de sol para hacer vibrar la estatua de Memnón.

Cuanta más grandeza moral tiene el hombre, cuanto más ha influído en su siglo, cuanto más ha dado la nota de su genio, tanto mayor interés tiene, en sentir mío, el conocimiento exacto de las influencias que aquél repercute.

Falso pudor es el celar algo de sí mismo, ó proponerse disfrazar la verdad acerca de su vida. ¿Qué importa, para quien murió y no tiene ya que defender su amor propio, la indiscreción ó la confesión de sus debilidades humanas, de los secretos móviles determinantes de su conducta? Por el contrario, hay en esa anatomía moral una enseñanza y un provecho para todos. Por eso creo que las *Memorias* de Lamartine, tal como las soñé, y como le pedí que me las escribiese, hubieran conmovido hondamente al público. A él, más que á otro cualquiera, podía permitírsele emitir juicio acerca de sus contempo-

ráneos, pues tenía suficiente alteza de ánimo para no estar celoso ni envidioso de nadie, y sobrada gloria adquirida para no temer exaltar á aquellos mismos que pudieran ser sus rivales en celebridad.

Amarga desilusión me produjo el no ver entregarme nada de aquel tan apetecido manuscrito, ninguno de aquellos seis tomos inéditos que, en primer término y sobre todo, me habían determinado á celebrar con él un contrato. Contaba con ellos, tanto como para un triunfo editorial mío, cuanto como para cebo de un renacimiento de favor por parte del público para con el antiguo ídolo de la Francia de 1848.

Mi casa reclamó en diversas ocasiones á Lamartine ese manuscrito, que tardaba en remitírsenos. ¡Ay! el manuscrito no existía y aún lo aguardaban las páginas en blanco: ya porque, apremiado Lamartine por su familia para que no refiriese nada de su propia vida ni de la de todos aquellos á quienes había conocido, cediera á la presión de los suyos; ya porque las necesidades de sus trabajos cotidianos, para asegurar su existencia material y á la vez, por añadidura, la liquidación de sus deudas, le impidiesen acometer en verdad la empresa de aquella historia íntima de un hombre y de un siglo. Esta última razón (su tenaz trabajo) fué la que me hizo presente para aplazar primero la entrega de las cuartillas reclamadas, y después para declinarla. Pero no pude creer en la realidad del motivo alegado, pues no cabe imaginar siquiera la constancia en el trabajo ante la facilidad de pluma de Lamartine: todo manaba cual una fuente, bajo la inspiración primera; surgían las frases armoniosas, amplias, rotundas y sonoras; el prosista continuaba siendo siempre poeta.

A la postre fué un hecho probado: Lamartine renunció á

escribir y entregarme sus *Memorias*. Al cabo de un año (no á contar desde la celebración del contrato conmigo, sino un año después de la fecha en que debió haber aparecido la obra) me pidió que le dejase romper nuestro convenio.

¿Qué iba yo á hacer sino conformarme, á pesar de los pesares y de mi despecho mismo? Admirador de Lamartine, no me sentía con ánimos para obligarle á cumplir, por sentencia de juez ó tribunal competente, los pactos libremente ajustados por él conmigo. Mis consocios me lo vituperaron un poco, sobre todo teniendo en cuenta los anticipos de dinero que le habíamos hecho desde más de año y medio antes, con cargo á esa misma publicación que se nos iba de las manos. A pesar de todo, firmé la anulación del convenio en lo referente á las *Memorias*, y Lamartine, para arreglo de cuentas por lo menos, y para solventar su deuda con nosotros, firmó á favor de nuestra casa dos pagarés de á 10.000 francos cada uno, en restitución del precio anticipado.

Conservo en mis archivos esos dos documentos, muy sencillos y escritos todos ellos de puño y letra de Lamartine, quien me los entregó en 18 de Abril de 1864, siendo el vencimiento del primero en 15 de Noviembre del mismo año, y el del segundo en igual fecha de 1865 (es decir, para un año más tarde), librados por él como pagaderos en esas fechas, en cumplimiento de nuestro nuevo convenio de aquel día (18 de Abril de 1864), retirables por él previo pago al presentárselos, y que acepté con su firma en papel común. Me bastaban la palabra y la firma de Lamartine.

En consideración á Lamartine, ¿qué importaba que no estipulase el interés del capital prestado, retenido así durante dos años, é inmóvil? ¡Ah! confieso que desde entonces acá me lo echaron á menudo en cara, como impropio de un hombre práctico y positivista. Declaro humildemente que siempre tuve consideraciones y hasta debilidad si se quiere, con los hombres de inteligencia, con todas aquellas personas á quienes amo, honro, respeto ó admiro.

Pesóme de ello entonces, porque llegaron los vencimientos de las dos obligaciones y no se obtuvo su pago. Ya he dicho que Lamartine estaba muy apurado, pero á causa de sus mismas generosidades, de su grandísima caridad, de lo que otros (los malos y los calculistas) llamaron, con ironía ó desprecio, sus prodigalidades de hombre de genio. Trabajaba para salir de apuros, y ¡qué trabajo pertinaz y meritorio el suyo entonces, cuando la vejez le llamaba ya al descanso, bien ganado, de una vida ampliamente ocupada!

¿Era cosa de aumentarle los disgustos? Y, ante todo, ¿puede un discípulo tener valor para perseguir ó atormentar á un maestro á quien respeta y ama? Eso no era acto de editor, ¡conformes! No, de seguro, si por editor se entiende mercader de libros, ó sencillamente hombre de negocios.

En todo caso, para desagraviar por lo menos á mis consocios, tuve que dirigir, de mala gana, una reclamación escrita á Lamartine, por su falta de pago de su primera obligación de 10.000 francos para devolvernos nuestros anticipos.

Ya llevo dicho que vencía en 15 de Noviembre de 1864, y sin queja ninguna ni sombra de procedimiento judicial por parte nuestra, había llegado el mes de Mayo de 1865. Otro pagaré igual (de 10.000 francos) quedaba en nuestras manos para seis meses más tarde, corriendo el mismo riesgo de convertirse en un papel mojado para nosotros, que habíamos entregado los fondos. A la postre, después de mil vacilaciones y luchas, en mi calidad de gerente de la casa y cuentadante de nuestros accionistas, vime «obligado» á dirigir al gran poeta una reclamación dictada en términos un poco fuertes, aunque traté de suavizarlos con todas las consideraciones que sentía despertarse dentro de mí hacia quien meció mi infancia. ¡Ay! La altivez de Lamartine se rebeló contra los términos de la reclamación, por suavizada que estuviese. Hirióle en lo vivo una amenaza de demandarle ante el Tribunal de Comercio, amenaza que me impusieron dirigirle. Sentí la herida más que él mismo; ¡yo, tan bien recibido por él; yo, joven y recién lle-

gado, á quien otorgó el contrato que apetecí; yo, que le quería y obraba contra mi gusto, sólo por deferencia hacia los intereses á mí confiados!....

Sí, no lo disimulo; dos veces me entristeció lo que acontecía. Y aquella breve carta suya respondiéndome (Junio de 1865), la he tenido clavada siempre en el corazón; como injusta para conmigo, que no podía defraudar los intereses de mis consocios, y á quien mi situación imponía tan penoso deber; como dolorosa también para Lamartine, quien, impotente para pagar entonces lo que había reconocido deber (y, en efecto, debía), daba margen de ese modo contra él á una demanda mercantil..... ¡Pero, jamás me presté á esto! Y Lamartine murió sin saber el fondo real de las cosas, jamás perseguido por nosotros, ni aún molestado por un protesto de notario. No me pesa nuestro modo de portarnos, y casi estoy por gloriarme de él. ¡Tan conforme estoy en que el dinero es inferior al genio, en que la gloria y la ancianidad son sagradas, en que el buen recibimiento que tuve siempre en casa de Lamartine me imponía los mayores deberes de delicadeza! En definitiva, las cantidades recibidas por él á consecuencia del contrato que firmó conmigo, las considero como una cuota de la subscripción nacional que en beneficio suyo acababa de abrirse.

Por eso he conservado desde entonces en mis archivos, cual preciosos documentos, aquellos dos pagarés de 10.000 francos, firmados por Lamartine, autógrafos que confirman lo dicho antes por mí, y que de esa manera se convierten en documentos históricos, de papeles privados que fueron.

ALBERTO LACROIX.

(De la *Nouvelle Revue Internationale.*)

VICTOR HUGO Y SAINTE-BEUVE

Ya he dicho que en las *Cartas de Víctor Hugo á Sainte-Beuve*, recién publicadas, por fin se ve el rastro de una novela dolorosa y dramática. Apasiona mucho esa novela, tanto más cuanto que es preciso reconstituirla según se va leyendo, puesto que sólo hay páginas sueltas de ella. No ignoráis el placer que se siente al escuchar á una persona que está junto á un teléfono. Por sus preguntas y respuestas se suponen las de su interlocutor, á quien no oímos. Eso es muy divertido. No hay pasividad por nuestra parte, como en una conversación ordinaria de la cual somos testigos; en ésta se es agente y se está muy despierto. Se colabora, se inquiere, se tantea, se descifra. Desde los tiempos en que hacía yo versiones latinas, nunca he sentido goce más intenso.

Pues bien; leer las cartas de Hugo á Sainte-Beuve es presenciar una conversación ante el teléfono. Tenemos las cartas de Hugo, pero nos faltan las de Sainte-Beuve. A cada carta del primero, es preciso imaginarse la correspondiente del segundo.

Añádase á esto que el mismo Víctor Hugo, como trataba de asuntos delicadísimos y con esa laudable reserva púdica que acaso no empleáramos en nuestros días, habla casi siempre con alusiones y reticencias; lo cual redobla la dificultad, y, por consiguiente, el placer.

Reconstruyamos, pues, con las cartas de Víctor Hugo la novela de Víctor Hugo y Sainte-Beuve desde 1827 á 1833.

Las primeras relaciones de Víctor Hugo con Sainte-Beuve, lo mismo que las últimas, fueron de poeta á crítico. En Febrero de 1827, Hugo, poeta de veinticinco años de edad, en-

seña fragmentos de *Cromwell* á Sainte-Beuve, crítico de veintitrés años. Quince días después contrajeron íntima amistad, apasionada muy pronto, á lo menos por parte de Hugo, como sobrado se ha de ver; y anudóse frecuente y estrecho trato.

En efecto, por las cartas de 1828, se ve que Sainte-Beuve había llegado á ser asiduo concurrente á la casita de la calle de Notre Dame des Champs.

Escribe Hugo á Sainte-Beuve, que estaba de viaje:

«Había adquirido el dulce hábito de verte á menudo..... Dejábame un gran vacío tu ausencia. Casi me despoblaba la calle de Notre Dame des Champs. Han venido tus dos cartas, tan buenas y hermosas como son, á devolvernos algo de tu vida, de tu elevada conversación, de la poesía de tu alma y de tu ingenio.....»

Era encantadora en aquella época la casa de Hugo: una academia familiar, «cual no pudiera apetecerse otra». Iban allí Lamartine, Boulanger, Devéria, David, Rabbe, Sainte-Beuve, jóvenes todos y con tanto talento, que nunca habían de tener más; grandes artistas y grandes poetas todos ellos; pues no debe olvidarse, para la inteligencia de lo que sigue, que por entonces no era Sainte-Beuve un simple crítico. Era á la vez crítico, poeta y novelista, y se ocupaba mucho más de *Joseph Delorme* y de *Volupté* que de los artículos para *El Globo*.

Por aquel entonces (1828) debió de ocurrir, al parecer mío, la «seducción» (pronto veréis en qué sentido entiendo esta palabra estúpida) de la señora de Víctor Hugo por Sainte-Beuve. Pues advierto que en 1829 y primera mitad de 1830, Sainte-Beuve viaja mucho. Es probable que sienta la necesidad de desentumecerse y de aturdirse. Va á todas partes, al Rhin, á Alemania, á Rouen, á la costa del Canal de la Mancha; lo cual nunca estuvo muy en su carácter. Es lo probable que se destierra y se desarraiga. Es probable que *le hayan dicho:* «¡Viajad!» A todos se nos ha dicho que viajemos, en cierto momento de nuestra vida. Es una palabra bastante desagradable de oir.

Pongo, pues, la «seducción» de la señora Hugo por Sainte-

Beuve en el año 1828. Porque Sainte-Beuve estuvo enamorado de la mujer de Víctor Hugo; pero la señora Hugo fué «seducida» por Sainte-Beuve, eso es cierto. Las cartas de Víctor Hugo no permiten duda ninguna acerca de ese punto. En cierto momento (1833) dice: *Yo soy quien era el herido.* Y en otra ocasión (1831) había dicho: «Porque, mira, esto te lo digo á ti *solo* (subrayado en el texto): ya no soy feliz. *He adquirido la certidumbre de que era posible que quien tiene todo mi amor dejase de amarme.*» Aun descartando la parte de exageración del dolor, todavía queda en pie el hecho de que Víctor Hugo vió á su mujer desprenderse de él por un instante y sufrir el ascendiente del amigo de la casa. Esto no es dudoso, y todo lo que luego veremos lo confirma con evidencia.

¿Hasta dónde llegó esa «seducción»? Eso es lo que no sabremos *jamás*, ni siquiera cuando se publique *El libro de amor*, de Sainte-Beuve. Jamás lo sabremos; porque Víctor Hugo no lo ha dicho, su mujer tampoco; y Sainte-Beuve lo dijo un millar de veces, pero su testimonio es terriblemente sospechoso.

Aquel viejo fatuo, de una fealdad inverosímil, tomó tan á pechos el hacer creer á las generaciones jóvenes cómo ninguna mujer de su tiempo se le había resistido, que acabó por convencerse de ello á sí propio por completo. No gustaba del placer secreto (algo cazurro, pero delicado, después de todo), de los recuerdos misteriosos, incubados celosamente en la soledad. Era necesario que todos sus negocios se supiesen á la menuda. Y, como se había vuelto bastante zafiamente libertino, es muy posible y hasta muy probable que, sin darse cuenta tal vez, diese á sus amores de la edad de veintitrés años el carácter y el colorido de sus amoríos de cincuentón. ¡Ah, cómo solemos desflorar nuestros recuerdos sólo con evocarlos; y cómo ajamos á veces nuestros amores juveniles, sin más que volver á pensar en ellos cuando ya no tenemos su edad!

¡No toquen nuestras manos
tan sagradas reliquias!

Sí: él las tocaba siempre, y eran sus manos un poco torpes.

Por esas razones, *nunca* sabremos hasta dónde llegó la seducción de la señora Hugo por el harto joven Sainte-Beuve.

Pero fué seducida, y ahora diré cómo comprendo esta palabra: amó y no supo ocultarlo.

Este es un hecho cierto; por lo demás, ningún agravio causa á su memoria.

Al pronto no lo advirtió Víctor Hugo. En el momento en que probablemente era más dolorosa la herida en la señora Hugo, en el momento en que según mis suposiciones había creído ella prudente hacer viajar á Sainte-Beuve, Víctor Hugo escribía á éste cartas en las cuales se ve cuán profunda era la amistad que le profesaba (Mayo de 1830):

«¡Si supieses cuánto te hemos echado de menos en estos últimos tiempos; cuánto vacío y tristeza hay para nosotros hasta en familia; cómo vivimos aun en medio de nuestros hijos; cómo nos faltaban á cada instante tus consejos, tu concurso y tus cuidados, de noche tu conversación y siempre tu amistad!... Espero que en lo sucesivo no tendrás el mal gusto de abandonarnos, de desertar así de nuestro lado. Esta prueba será buena, por lo menos evitando que vuelvas á intentar otra, y Normandía te librará de ir á Grecia.»

Por aquella época escribió para Boulanger y Sainte-Beuve la encantadora composición *Hojas de Otoño*:

Amigos, ¿es Ruan, la de vetustas calles,
Es Ruan la que os llama....
. . . . . .
Amigos, mis amigos, mi pintor y mi poeta,
Siempre os echo de menos y os dice mi alma inquieta:
¡Volved, volved aquí!

—

. . . . . .
¡Adiós los corazones y espíritus alzados
En quienes hallé siempre, en días muy cuitados,
Tiernísima piedad!

¡Adiós las alegrías que entraban en mis lares:
En ambos, oh dulzura, de genios tan dispares,
Vi idéntica amistad!

—

.....
Id, hermanos gemelos, apóstol con artista....
Quien copia el Universo, con quien su esencia avista.
Por suerte, entre los dos,
Tenéis en este mundo con qué lograr la palma:
Para el pintor el cosmos, para el poëta el alma
Y para entrambos Dios.

¡Ay!, en Mayo de 1830 Víctor Hugo apremiaba á Sainte-Beuve para que abreviase el viaje. Un poco más tarde le apremiará para que emprenda uno, y lo más lejos posible.

Hacia el final de 1830 comprendió Víctor Hugo lo que acontecía. Sainte-Beuve estaba en París. Con toda evidencia, hallábase enamorado siempre, querido siempre con pasión y... rechazado siempre. ¡Y se tenía por muy sin ventura, y se desahogaba en el seno de Víctor Hugo mismo, y era Víctor Hugo quien le consolaba! Pues bien; esto no es risible, sino muy conmovedor y perfectamente noble, á lo menos por un lado. Lo vergonzoso por parte de un marido, en tales asuntos, es comprender harto pronto y comprender antes de que haya nada. Víctor Hugo no vió más que una cosa: que Sainte-Beuve era desgraciado, y le escribió esta carta exquisita (4 de Noviembre de 1830):

«Acabo de leer tu artículo acerca de ti mismo y me ha hecho llorar. Por favor, amigo mío, te conjuro que no te desalientes así. Piensa en los amigos que tienes; en uno, sobre todo, en quien esto te escribe. Sabes lo que para él eres, qué confianza tiene en ti respecto á lo pasado como á lo venidero. Sabes que tu dicha empañada emponzoña para siempre la suya, *porque necesita saber que eres feliz*. Por tanto, ¡no te desanimes! No hagas escarnio de lo que hay grande en ti, de tu genio, de tu vida, de tu virtud. Piensa en que *nos* perteneces, y

en que hay aquí dos corazones de los cuales tú eres siempre el más constante y querido sostén.

»Tu mejor amigo,

»VÍCTOR.

»¡Ven á vernos!»

Ese «¡ven á vernos!» indica que Sainte-Beuve no se atrevía á ir ya, ó que había recibido una orden de no presentarse allí más.

Entre el 4 de Noviembre y el 8 de Diciembre siguiente fué cuando Víctor Hugo vió claro. ¿Cómo? ¿Ilustrado por quién? No se sabe. Quizá se le escapase á Sainte-Beuve alguna palabra. Tal vez (esto es lo que yo supongo), extrañándose del retraimiento de Sainte-Beuve, interrogaría Hugo á su mujer, quien, acosada, concluyó por decir: «Pues bien, ¡yo soy quien quiere que no venga más!» Frase irreparable, dicha por muchas mujeres más ó menos molidas á preguntas; frase que nunca debieran decir, pues en ese caso es cuando es preciso saber dominarse; aunque comprendo que en ciertas circunstancias es difícil, perseguida por ambas partes y cercada, no dejarla salir de los labios. Por lo demás, ya sabéis cuántas escenas V del IV acto se han hecho con esa frase.

Evidentemente, hubo explicaciones tempestuosas, por viva voz ó por cartas, entre Sainte-Beuve y Víctor Hugo. Todo ello hay que suponerlo acontecido entre el 4 de Noviembre y el 8 de Diciembre.

El 8 de Diciembre..... ¡Ah, qué conmovedora es aquella carta y cuán diversos dolores contiene! Sin duda, entre los conocimientos de Hugo causó extrañeza que Sainte-Beuve desapareciese. Hugo, el pobre joven generoso (casi heroico, á fe mía), disimuló su herida con una sonrisa y respondió con una *ligereza* afectada: «¡Oh, Sainte-Beuve; es un poco *inconstante* Sainte-Beuve!» Esto fué dicho á Sainte-Beuve por alguien, ¡y él es quien se queja! Sí, duélese de que Víctor Hugo haya hablado *ligeramente* de él y le haya acusado de *inconstancia*, puesto que Hugo le responde:

«¿Puedes creer que hablo de ti con *ligereza*? He podido llamarte *inconstante* en materia de arte ú otras pequeñeces, pero no en asuntos del corazón. No sepultemos nuestra amistad; conservémosla casta y santa, como fué siempre. *Seamos indulgentes uno para otro, mi querido amigo. Yo tengo mi herida; tú, la tuya.*»

¡Es admirable esta frase!

«Pasará la conmoción dolorosa. El tiempo lo cicatrizará todo; esperemos que algún día sólo veremos en todo esto razones para querernos más. Mi mujer ha leído tu carta. Ven á verme á menudo. Escríbeme siempre. Piensa en que, *después de todo* (subrayado en el texto), no tienes mejor amigo que yo.»

«Ven á verme á menudo.» Tiene empeño en ello, mucho tiempo lo tuvo. Creyó que eso era posible, lo cual es propio de un buen corazón. Quince días después, parece creer menos en esa posibilidad. Pero, á lo menos, que se escriban: ¡nada de ruptura! Sainte-Beuve le escribe una carta, donde le recuerda los buenos tiempos de la amistad sin nubes. Respuesta (24 de Diciembre): «Bien haces en escribirme, querido amigo; haces bien *por todos nosotros. Leemos tus cartas juntos*, mi mujer y yo, y hablamos de ti con profunda amistad. Los tiempos que me recuerdas están llenos de dulzura. ¿Crees que nunca volverán? Vamos, siempre tendré yo gozo en escribirte, alegría en verte. Sólo hay en la vida dos ó tres realidades, y la amistad es una de ellas. Pero, [es decir, «en cuanto á vernos, es difícil»], escribámonos con frecuencia. Nuestros corazones seguirán viéndose. Nada se ha roto.»

Y en 2 de Enero de 1831, habiendo enviado Sainte-Beuve juguetes á los niños, Víctor Hugo aprovecha á escape la ocasión para rogar á Sainte-Beuve que reaparezca: «Has sido muy bondadoso con mis hijitos, mi querido Sainte-Beuve. Tenemos necesidad, mi mujer y yo, de darte las gracias. Ven, por tanto, á comer con nosotros pasado mañana. *¡El año 1830 se acabó!*»

No conozco nada más conmovedor y más exquisito que ese «¡el año 1830 se acabó!»

¿Fué á comer? Lo ignoro; pero se ve que aún se abstuvo mucho durante los primeros meses de 1831, puesto que Víctor Hugo sufre en extremo por esa ruptura. Decididamente, de los tres, él fué ciertamente quien mejor amó y acaso más. No puede acostumbrarse á no ver ya á Sainte-Beuve (13 de Marzo): «..... Tengo tantas cosas que decirte, tantas penas que contarte (*dadas por ti*), tantas súplicas que dirigirte desde lo más hondo de mi corazón, á ti, amigo mío, Sainte-Beuve, á quien quiero más que á mí mismo; *tengo tanta necesidad de que aún me digas que me quieres para creerlo*, que habré menester irme una de estas mañanas en tu busca y apoderarme de ti para que hablemos de largo, profundamente y con ternura, acerca de todas estas cosas.....»

No se equivocaba. Sainte-Beuve ya no le quería, lo cual equivale tal vez á decir que ya no amaba á la Sra. Hugo. Pues á esa carta contestó Sainte-Beuve haciendo cargos, sí, y muy duros, como vais á verlo. Víctor Hugo quedóse confundido. «Aguardó varios días» antes de reponder, y á la postre (en 18 de Marzo) escribió así;

«..... No creía que lo pasado entre nosotros, *lo que sólo nosotros dos en el mundo conocemos* (subrayado en el texto, probablemente el perdón, si hubo lugar á perdones, ó la explicación leal y tierna), pudiera jamás olvidarse; sobre todo por ti, Sainte-Beuve, el Sainte-Beuve que yo he conocido. ¡Oh, sí, estás muy cambiado! Debes acordarte de lo que pasó entre nosotros en la ocasión más dolorosa de mi vida, *en un momento en que tuve que elegir entre ella y tú*. Recuerda lo que te dije, *lo que te ofrecí, lo que te propuse* (subrayado en el texto), ya lo sabes, *con la firme resolucion* (subrayado en el texto) de cumplir mi promesa y de *hacer lo que quisieras* (subrayado en el texto). Recuérdalo y ten presente que acabas de escribirme que en ese asunto había yo carecido para contigo de «abandono», de «confianza», de FRANQUEZA. Mira lo que has podido escribir,

tres meses después. Te lo perdono desde ahora. Quizá llegue día en que tú no te lo perdones.»

Sainte-Beuve se disculpó, fué zalamero. Hugo quedó conmovido. Le invitó á comer. Siempre convidaba á comer. Por fin obtuvo lo que con un empeño tan noble, tan conmovedor y tan irrazonable, había ambicionado por tan largo tiempo. Sainte-Beuve reapareció en la casa y la frecuentó como en el pasado.

¡Ah, qué bonito quinto acto para quienes la vida es una comedia! ¿Cómo no había comprendido Hugo que eso no era posible? Porque no era hombre de teatro, porque no era psicólogo, porque tenía demasiado buen corazón para ser moralista. Que aquello era absolutamente imposible enseñóselo la experiencia; y le obligó á comprenderlo la realidad, la triste realidad. Esa vida no era conllevable. Todo el mundo estaba molesto, con espinas, sobre ascuas, en casa de Víctor Hugo. *Todo el mundo*, en la casa de Hugo, deseaba que el Sr. de Sainte-Beuve partiese para Lieja. Por supuesto, preciso es reconocer que lo mismo daba Lieja que cualquiera otra ciudad. Carta del 6 de Julio, noble, conmovedora y generosa como todas las demás, pero exquisito bocado para el moralista, según vais á ver:

«Lo que tengo que escribirte, mi querido amigo, me causa honda pena; pero, sin embargo, preciso es que yo te escriba. Tu marcha á Lieja me hubiera dispensado de hacerlo; y por eso *te he parecido algunas veces desear una cosa* que en cualquiera otro tiempo hubiese sido para mí una verdadera desgracia..... tu alejamiento.... Puesto que no te vas, es menester, amigo mío.....[«¿qué yo te despida?» sí, pero está dicho con más elegancia, porque Víctor Hugo es un estilista], que desahogue mi corazón en el tuyo, *aunque sea por última vez*. No puedo soportar por más tiempo una situación *que se prolongaría indefinidamente con tu permanencia en París* [he ahí lo que se llama feliz empleo de la perífrasis]. No sé si habrás hecho, como yo, la amarga reflexión de que este ensayo de tres meses de una se-

mi-intimidad, mal reanudada y mal zurcida, no nos ha salido bien. No es esa, amigo mío, nuestra antigua é irreparable intimidad. *Cuando no estás aquí, siento en el fondo de mi corazón que te quiero como en otro tiempo;* cuando estás, es un suplicio. Ya no estamos libres el uno con el otro. Ya no somos aquellos dos hermanos que éramos. Ya no te tengo, ni tú me tienes; hay algo entre nosotros..... Todo es ahora para mí un tormento. *La misma obligación, impuesta por una persona á quien aquí no debo nombrar, de estar presente yo siempre que vengas á casa,* me dice de continuo y muy cruelmente que ya no somos los amigos de otros tiempos. Dejemos, pues, de vernos [¡por fin!] ¿Está cicatrizada tu herida? Lo ignoro; sólo sé que la mía no lo está. Algunas veces debe parecerte que ya no soy el mismo. [Atención, que esto adquiere una belleza admirable.] *Consiste en que ahora sufro contigo.* Eso me irrita, primero contra ti, mi pobre y siempre querido amigo, y después *contra otra persona, cuyos deseos quizá también te expreso en esta carta.....* Ten compasión de todas estas ideas sin enlace. Esta carta me ha hecho sufrir mucho, amigo mío. Quémala; que nadie pueda volver á leerla nunca, ni aun tú mismo (1). ¡Adiós!

»Tu amigo y tu hermano,

VICTOR.

«He dado á leer esta carta á la única persona que debía leerla antes que tú.»

Esta vez quedaba Sainte-Beuve muy bien despedido, noble, grandiosa, patéticamente; pero echado á la calle, y por los dos. Esa historia prueba que en casos tales conviene empezar por donde acabó Víctor Hugo.

Pero prueba también que Víctor Hugo tenía un honrado y gran corazón, lleno de debilidades venerables y de elevados

(1) No la quemó: era demasiado artista para eso. Comprendió que era una obra maestra; y una obra maestra del natural, como no hay todos los días ocasión de encontrar otra. La guardó; no puedo vituperárselo.—*(Nota del articulista.)*

sentimientos muy hermosos. En otra parte he dicho lo contrario: he dicho que no era bueno, que no sabía perdonar. Acaba de darme solemne mentís. ¡Ay! es que yo no hablaba del Hugo de 1830, sino del Hugo quincuagenario. Dos cosas echaron á perder á Víctor Hugo, una sola de las cuales hubiera sobrado para agriarle: la vida literaria y la vida política. Pero esa es una razón más para referirse á la época en que aún era bueno, generoso, inocente y hechicero, á la época en que pudo decir de sí mismo con candor, pero con justicia:

Pedir todo á la vida: amor, gloria, poder,
Ser fuerte, ser altivo, ser sublime y *creer*
Que todo es puro aquí.

«¡Oh tiempos de ensueños, de fuerza y de gracia!» ¡Nunca duran mucho esos hermosos tiempos.

Emilio Faguet.

(De la *Revue Politique et Litteraire.)*

LOS ARCHIMILLONARIOS AMERICANOS

La riqueza nacional de los Estados Unidos en 1896, ha sido valorada por estadísticos y economistas, peritos en la materia, en la suma de unos 76.000 millones de pesos fuertes, *dollars*, (380.000 millones de francos). Los principales tenedores hoy de ese prodigioso tesoro, se sonreirán de lástima leyendo la descripción de las maravillas de la famosa cueva de Aladino y al decirse á sí mismos que su lámpara mágica—el trabajo y el afán de lucro—les ha servido mejor que la del cuento oriental. Los millonarios americanos, como clase, no son un peligro ni

un azote para la nación: no se han enriquecido empobreciendo á la masa del pueblo. El carácter distintivo de casi todos estos modernos Cresos, sin duda como el de todos los hombres que se elevan á una supremacía indisputada por un medio cualquiera (en otro tiempo las armas, hoy los *dollars*), es el deseo de fundar una familia que tenga sus propias costumbres, sus tradiciones mercantiles ó industriales; sus leyes, á las que todos los miembros de ella tengan la obligación de obedecer á ciegas; su genealogía, que se remonta al antepasado ilustre; es decir, al que llegó á New-York descalzo y sin un céntimo en el bolsillo, fué cargador en los muelles de San Luis ó machacador de piedras en California, y murió «valiendo» ya varios millones de *dollars*.

La más célebre de estas familias es de seguro la de los Vanderbilt, cuyo fundador, el hombre que «hizo» los primeros millones, el comodoro Vanderbilt, nació hace un siglo justo. Desde la edad de seis años le fué preciso arreglárselas por sí solo; y, á fe mía, supo amañárselas tan bien, que, diez años más tarde, aparte de su primer capital — la fe en su fortuna futura — poseía otra más palpable, es decir, *100 dollars* contantes y sonantes. Con ese dinero compró una barquita y transportó hortalizas al mercado de New-York. Se casó á la edad de veinte años y continuó su empresa de transportes, mientras su mujer estaba al frente de una fonda; y vino la suerte con tanta rapidez, que al cabo de tres años de matrimonio «valía» ya la pareja Vanderbilt 10.000 duros. A los setenta años de edad, el comodoro reunía un capital de 70 millones de pesos. Feliz como especulador y como esposo, no podía pretender el dictado de padre feliz, porque su hijo primogénito le causaba grandísimos pesares. No porque William H. Vanderbilt fuese un malgastador, un mal ente que diese aire á los millones de papá. Eso no hubiera sido más que un mal á medias, y sin duda se hubiera dicho filosóficamente el comodoro que es menester divertirse de joven. Pero, no: el muchacha era estúpido, perezoso, ignaro, sin energía, sin entendi-

miento, sin ambición; por eso se le había desterrado á una hacienda lejana y nunca se hablaba de él, ni aun en el seno de la familia. Pues bien, un día, el mozo estúpido, de cuarenta y tres años de edad á la sazón, «sopló» un magnífico negocio al viejo marrullero de su padre, y ganó de una sentada medio millón de duros. Aquel fué el día más hermoso en la vida del comodoro. William fué llamado del destierro y puesto á la cabeza de la casa. Habíale transformado la apacible existencia de la casa de campo: entonces era un trabajador infatigable, de ideas lúcidas y nervios de acero. Diez años después de la muerte de su padre, había hecho William duplicarse «el capital Vanderbilt»; y á su muerte, dejó á sus ocho hijos una fortuna de 200 millones de *dollars* (ó sean 1.000 millones de francos en cifra redonda). Su hijo primogénito, Cornelio, recibió por su parte 59 millones de pesos; Guillermo, 57, y cada uno de los otros seis hijos, 12. La viuda tuvo una renta vitalicia de 200.000 duros anuales y el usufructo de la residencia de familia. La fortuna total de los Vanderbilt se eleva hoy á más de 400 millones de *dollars* (2.000 millones de francos). Dicho sea en honor de esos bienaventurados de la tierra, preciso es reconocer que, juntamente con el respeto al antepasado, conservan sus tradiciones de orden, de trabajo y de liberalidad. Cada uno de los miembros de la familia, desposeído de sus millones, sería capaz de hacerse otra nueva fortuna. Con su energía y su espíritu de iniciativa, han contribuido ampliamente al desarrollo de la prosperidad nacional; cierto es que han amontonado millones, pero no han sepultado en sus arcas esa gigantesca fortuna, sino que la han hecho y aún la hacen fructificar para bien común. Por último, su caridad es inagotable. A vista y á sabiendas de todos, han dado unos diez millones de duros; pero sus larguezas privadas se elevan á una suma mucho más cuantiosa.

La fortuna de los Astor debe su existencia al cerebro de un hombre y al desarrollo de una gran ciudad; porque aquí, en cuatro generaciones, el antepasado John Jacob Astor, fué el

único «hacedor de dinero». Disgustado de su oficio de mozo de carnicería en Waldorf, marchóse, hace ciento diez años, en busca de fortuna al Nuevo Mundo. En el barco entabló conocimiento con un antiguo comerciante en pieles, quien le inició en los secretos del oficio y en las tretas de los indios, principales proveedores en aquella época. Estableciόse en New-York, se casó con Sarah Todd, mujer enérgica y económica, que fué para él un precioso auxiliar en su comercio. Los principios fueron difíciles; pero la pareja vivía de una manera modesta, casi miserable, y no escatimaba trabajos para sí. En un país nuevo, la actividad y la severa economía hallan casi siempre su recompensa, como la virtud en las novelas antiguas. En quince años, John y Sarah habían acumulado una fortuna de 250.000 dollars, lo cual equivale á 1.250.000 francos, no lo olvidemos. Una afortunada especulación en papel del Estado duplicó ese capital, modesto aún; y todo ello se consagró á la compra de bienes inmuebles en New-York. La ciudad iba en continuo aumento, y la fortuna de los Astor siguió la misma progresión. Los herederos de John Jacob no tuvieron más que dejar que las cosas siguieran su curso y permanecer fieles al principio transmitido por el gran *money maker:* «No vender nunca propiedades; con el exceso de los ingresos sobre los gastos comprar otras nuevas, y mantener las antiguas en buen estado de conservación.» William Waldorf Astor, el jefe actual de la familia, posee la mayor parte de los «millones Astor», próximamente los cuatro quintos; es decir, que según la típica expresión de sus compatriotas, «vale» la friolera de 400 á 500 millones de duros *(dollars)*.

Según el concepto popular, siempre fué California la tierra clásica del oro; el país donde brotan los millones, como en otras partes la grama y la avena loca. Por eso no es extraño encontrar cierto matiz novelesco en la historia de casi todos los millonarios californianos. Son numerosos; pero un grupo, el de los constructores del ferrocarril del Pacífico, podrá dar idea de la clase entera. En 1849 fueron llevados hacia el

Oeste, por lo que se llamó la corriente de la fiebre del oro *(gold fever tide)*, cuatro pobres diablos: Stanford, Crocker, Hopkins y Huntington. Como mineros, no les sopló mucho la suerte; entre tanto, Stanford habíase elevado al puesto de gobernador del Estado de California, cuando se concibió la idea de un ferrocarril del Atlántico al Pacífico. Algunos años después, el Congreso resolvió ayudar á quienes se atreviesen á poner en planta aquel gigantesco proyecto, y garantizó una subvención de 16.000 *dollars* por milla en terreno llano y 48.000 *dollars* en las partes montañosas. Agregábanse á esto concesiones de inmensos territorios, como remuneración del trabajo.

Los cuatro hombres vieron que allí podían hacerse millones; asociáronse, y cada uno se encargó de una determinada cuarta parte de la empresa total. A Stanford le tocó construir 530 millas, acabándolas en 293 días, aunque en ciertos parajes, según se asegura, sólo 100 millas de la vía férrea se tragaron más de 20 millones de *dollars*. Sin un céntimo partido por medio en 1850, esos explotadores de la industria se encontraron, una vez dado término á su empresa, con que entre los cuatro poseían una fortuna de 200 millones de *dollars*. Leland Stanford ha fundado una Universidad en memoria de su hijo único, muerto hace unos diez años, y la ha dotado á lo príncipe, con un capital de 14 millones de duros y tres haciendas, que juntas valen otros seis millones. Dos de sus antiguos consocios, Hopkins y Huntington, viven en verdaderos palacios, sitos en la Quinta Avenida de New-York; lo cual equivale á decir que uno y otro poseen un respetable número de millones. Por último, la segunda generación de los Crocker está representada por hombres inteligentes y enérgicos, que no han dejado improductivos los millones encontrados en la herencia paterna.

Recuérdese el estrépito que se armó recientemente contra el famoso sindicato de los petróleos, *Standard Oil Combination*, al cual se acusaba de querer acaparar la producción del mundo entero para poner la ley al mercado. La idea que se formaba acerca del poderío del sindicato era evidentemente

exagerada; sin embargo, preciso es decirlo, ese poder es colosal, y sería peligroso sin la competencia de los petróleos rusos. Hacia 1866, cinco jóvenes de la pequeña ciudad de Cleveland (Ohío), todos relativamente pobres (el capital que lograron reunir no llegaba á 5.000 duros) «olieron que había millones en el petróleo.» Sin juzgar del vocablo, eso era dar pruebas de buen olfato: pues hoy los cinco hombres «valen» juntos 600 millones de duros, y no parecen dispuestos á pararse en tan buen camino. En Mayo último, el *Standard* distribuyó á sus accionistas 10 millones de pesos, ó sea un dividendo del 10 por 100. La cabeza y el alma de esta gigantesca empresa es M. John D. Rockefeller, un buen hombre, de cara rubicunda y jovial, de ojos vivos, de maneras simpáticas, en quien no hay nada del «codicioso acaparador» clásico. Se ha hecho protector de la Universidad de Chicago, y han pasado ya siete millones de *dollars* desde su inagotable bolsillo á las cajas de las diversas Facultades.

A pesar de la justa reprobación que va unida al nombre de Jay Gould, no se puede menos de sentir cierta admiración por ese hombre, que, siendo mozo de labor de una granja, se instruyó sin auxilio de ningún maestro y reunió céntimo é céntimo un capitalito, hasta que llegó un día en que con inaudita audacia se echó al cuello de los gigantes de la especulación y los extranguló. Para el estudio de esa curiosa fisonomía, nada mejor puede hacerse que remitir al artículo publicado por M. de Marigny en la *Revue Bleue* de París (18 de Febrero de 1893), al siguiente día de la muerte del famoso rentista, que otros llaman famoso bandolero. Jamás criatura humana presentó en sí más contradicciones: cruel, vengativo, sin piedad para con las víctimas de sus especulaciones desenfrenadas, sin retroceder ante ningún medio (por desleal que fuese) para arruinar á un competitor molesto, el siniestro personaje de Wall Street podía en verdad ser llamado sin corazón y sin entrañas. Sin embargo, bajo aquella cubierta de bronce latía un corazón; y fuera de aquel antro, donde las lágrimas y las mal-

diciones de los miserables parecían convertirse en millones, el castellano de Irvington era el más amante de los esposos y el más tierno de los padres. Dotado de una memoria prodigiosa, de una vista de buitre y de un olfato de sabueso, era de una ignorancia risible para todo lo que no se relacionase de cerca ó de lejos con los negocios rentísticos. Su inteligencia superior, aún más que su energía indomable, le había hecho salir vencedor en la lucha por la vida, y sin embargo, jamás acertó la verdadera causa del ostracismo que pesaba sobre él: decíase que el mundo le echaba en cara su baja extracción, mancha indeleble á sus propios ojos. A pesar de todo, falleció á la edad de cincuenta y siete años, «valiendo» 75 millones de *dollars*, á despecho del refrán que dice: más vale buena fama que cintura dorada. Su fortuna se repartió con igualdad entre sus seis hijos. Sin embargo, el mayor, Jorge J. Gould, recibió sobre su parte cinco millones de duros, por servicios excepcionales prestados durante los últimos años de la vida de su padre. Aquí vemos un ejemplo de las leyes estrictas que rigen á la familia y que tienden á generalizarse en esa plutocracia americana: al hijo mayor le corresponde la administración general de la fortuna; ningún hijo puede instituir otros herederos sino sus propios hijos, ni aun casarse sin el consentimiento de la mayoría de sus hermanos y hermanas.

Los millones de J. Pierpont Morgan son fruto de una carrera mercantil y bancaria honrada á carta cabal; y conviene oponer este nombre, tan ventajosamente conocido en Londres como en Nueva York, al tristemente célebre de Jay Gould, para probar que una fortuna lo mismo puede cimentarse en dar valor á los fondos públicos que en su desvergonzada depreciación. J. S. Morgan, el fundador de la casa, fué primero mozo de granja, como Gould, después dependiente de una casa de novedades, y, por último, de una casa de banca. A la edad de treinta y ocho años, algunos ahorros conseguidos á fuerza de trabajo y de privaciones le permitieron abrir en Boston una casa de comercio, que muy pronto figuró entre las más

importantes de la República. A los cuarenta y tres años de edad, durante un viaje á Londres, conoció á Jorge Peabody. Quedó tan admirado éste de la actividad é inteligencia de Morgan, que le ofreció asociársele á su casa de banca. Al fallecimiento del gran filántropo, la firma Jorge Peabody y Compañía fué sustituída por la razón social J. S. Morgan y Compañía. Morgan permaneció algunos años en Londres; y durante esa residencia se esforzó, no sin buen éxito, en aumentar el crédito de los Estados Unidos. A su regreso en 1877, sus colegas de la alta banca, por gratitud hacia los servicios por él prestados, le ofrecieron un banquete en el cual dícese que los convidados presentes representaban en junto una riqueza ¡de *mil millones de duros!* Murió en 1890 en Monte-Carlo, dejando 10 millones de *dollars* á su hijo Pierpont, poseedor ya de una honrada fortuna personal, y que «vale» hoy de 70 á 80 millones de *dollars*.

La Compañía Parisiense de los Ómnibus, tan orgullosa con su monopolio (del cual usa y abusa), debe, no obstante, mirar con ojos de envidia al omnipotente Carlos T. Yerkes, *el rey de los tranvías*. Este Yerkes perdió hasta el último *dollar* en el pánico que siguió al gran incendio de Chicago; no se desanimó por tan poco. Con algunos miles de pesos que le prestó un amigo, dispúsose á conquistar otra nueva fortuna. Y lo consiguió: «vale» hoy 15 millones de *dollars*, y á fin de este año irá á vivir en su nueva casa de la Quinta Avenida, en New-York, que le cuesta tres millones de duros. Recientemente ha dado 500.000 *dollars* para construir el telescopio más grande que habrá en el mundo. Su galería de cuadros es una de las curiosidades de New-York. ¿Cómo se las arregló este mago para hacer brotar así de la tierra los *dollars* por millones? Puede resumirse en estas dos palabras: ocurriósele una idea, trabajó. La idea fué que había pasado la época de la tracción animal para los transportes públicos, y que muchos tranvías, explotados con pérdida, llegarían á ser un manantial de cuantiosos beneficios si la tracción antigua pudiera sustituirse por la

tracción mecánica. En este dominio, como antes en el de la luz, el hada Electricidad hizo prodigios. En cuanto al trabajo, fué espantoso: todos los días, incluso los domingos, estaba Yerkes en su oficina á las seis de la mañana. Preténdese que un hombre no puede conservarse bien de salud trabajando más de sesenta horas por semana, y algunos llegan á decir que cuarenta y ocho horas. El tenaz *yankee* trabajó durante más de diez años á razón de diez horas por día, con una tarea encarnizada, febril, que exigía una continua tensión de espíritu, y está hoy tan firme como el puente de Brooklyn. Cuando la fortuna comenzó á sonreir á Mr. Yerkes, convidó un día á comer á sus antiguos acreedores (cuando hubo la catástrofe que devoró su primera fortuna, era agente de cambio), y cada invitado encontró debajo de su plato un cheque representando el valor de la deuda primitiva, aumentado con los intereses compuestos al seis por ciento. Y, sin embargo, en derecho estricto, el rey de los tranvías ya no debía nada; el *Bankrupt Act* habíale puesto desde largo tiempo atrás á cubierto de las persecuciones.

Citaremos también, como recuerdo, á Phil Armonz, el archimillonario salchichero, carnicero, tratante en granos, director de Compañías de ferrocarriles, capitalista universal, que tiene á sus órdenes un personal más numeroso que el de un ministerio, dividido en cinco departamentos, al frente de cada uno de los cuales hay un director con 20.000 duros de sueldo; á Pullman, el «rey de los *sleepink-cars*» (vagones-camas), famoso hasta en Europa; á James J. Hill, que, de humilde cargador en el muelle de San Pablo (Minnesota), se ha elevado al valor de 70 millones de *dollars;* á los cuatro «reyes de Bonanza», Flood, O'Brian, Mackay y Fair, que diez veces estuvieron á pique de morirse de hambre en Golden Gate (California), antes de encontrar el famoso filón de Bonanza, de donde sacaron oro y plata por valor de 200 millones de duros; á Tommy Cruse, otro aventurero y minero famoso, que en pocos años pasó de ínfima miseria á una fabulosa riqueza, é invi-

tó á su boda á todo Montana (ya se comprende que nadie faltaría al llamamiento, y la población masculina del distrito se emborrachó de tal modo, que en ocho días no pudo volver á ponerse en pie y en estado de trabajar); á Daniel B. Fayerweather, zapaterillo remendón, el cual, obligado á dejar el puesto á causa del «cólico de los zapateros», que le atormentaba, recorrió á pie todo el Sur, y murió siendo el mayor comerciante en curtidos de América, y dejó por testamento millón y medio de duros para repartirlos entre veinte colegios, medio millón entre catorce hospitales, y seis millones entre sus herederos.

Pero una sencilla enumeración exigiría páginas enteras, y bien pronto llegaría á producir fastidio. ¡Son demasiados!..... Se calcula su número en unas 4.000 personas, lo cual da un promedio de diez millones de pesos para cada individuo de la clase. Detengámonos, porque eso da vértigos. A fuerza de alinear millones y millones de duros, acabaríamos por imaginarnos (¡peligrosa ilusión!) que el Pactolo brota de nuestra pluma. Algunas reflexiones que hace al final *Americanus*, de quien tomamos las anteriores noticias, son adecuadas, por fortuna, para traer de nuevo nuestras ideas al camino de la sana razón y de la filosofía. Ante todo, advertiremos que hasta el adorador por excelencia del becerro de oro, ese *yánkee* que fija el «valor» de un hombre por el número de millones que tiene en circulación ó en caja, confiesa, sin embargo, que ese hombre no es el poseedor de los millones, sino que los millones le poseen á él. Además, reflexionaremos que si es falso ver en la riqueza la inseparable compañera de la perversidad, de la molicie ó de la corrupción (ahí está, para probar lo contrario, el ejemplo de una multitud de millonarios americanos que reunen una rara energía, una honradez austera y una generosidad sin límites), la riqueza en sí misma no deja de ser un elemento destructor y corruptor, con igual título quizá que la miseria.

Por último, nos preguntaremos si aquellos Cresos son feli-

ces en medio de sus millones, y habremos de contestar que sí en un sentido y que no en otro. Son felices, sobre todo, porque pueden satisfacer los menores deseos y antojos de la mujer y de los hijos á quienes adoran; son felices por el contraste entre su situación presente y las luchas, los apuros, las angustias del pasado (nos referimos aquí á los «*self* made» millonarios, los únicos interesantes á nuestros ojos). Pero estamos convencidos de que los pesares no les perdonan más que al resto de los mortales. Cambian ellos mismos muy poco en su antigua manera de vivir; pero la nueva generación tiene otras aspiraciones. La mujer y las hijas salen á caza de relaciones nuevas, y muy pronto les parece que su marido y padre apenas pertenecen á «la clase de ellas»; los hijos corren en busca de sus placeres, y queda roto el círculo de la familia. Concluye *Americanus* diciendo: «He visto de cerca á muchos millonarios, y puedo afirmar que son poquísimos los que no echan de menos la antigua vida sencilla y tranquila en el hogar humilde, cuando ni siquiera el espejismo de los millones futuros había aparecido aún en el horizonte de su existencia.»

G. Art.

(Según *Americanus*, en *Cornhill Magazine*.)

LAS ESCUELAS EN RUSIA

Hace dos años (en Marzo de 1894) publicó la *Revue Britannique* un resumen de las fuerzas productivas de Rusia. El corresponsal á quien debe aquellas interesantes comunicaciones le remite el análisis de un documento estadístico oficial publicado por el Ministerio de Hacienda con motivo de la Exposición de Nijni-Novgorod, y se propone continuar este estudio, con el fin de dar á conocer los lados débiles y fuertes de ese inmenso país, que está llamado á representar en lo sucesivo tan importante papel en Enropa.

Desde unos diez años ha, el Ministerio de Instrucción pública en Rusia, á pesar de un presupuesto muy restringido, se esfuerza en elevar el nivel intelectual del país. Así, ha creado un número bastante grande de escuelas técnicas y profesionales, ha abierto cursos nocturnos y dominicales en esas escuelas, ha fundado escuelas parroquiales y elementales, ha dispuesto exámenes oficiales en las escuelas superiores, ha fundado la Universidad de Tomsk, un Instituto tecnológico en Kharkof y proyecta en estos momentos inaugurar cursos superiores de Medicina para las mujeres.

I

El número de Escuelas superiores en Rusia (excluída la Finlandia) es de 52; de ellas, 9 son Universidades. Las demás son establecimientos especiales que dependen del Ministerio de la Guerra, del de Estado ó del de Marina, ó establecimientos técnicos ó filológicos.

En el año escolar de 1893-1894, concurrieron á todos esos diversos establecimientos 25.166 estudiantes, entre ellos 983 mujeres. Los cursos más frecuentados eran los de Medicina (24,8 por 100), los de Derecho (23,8 por 100) y los Establecimientos técnicos (18,4 por 100). La Universidad en que se matricularon más alumnos fué la de Moscou (3.761); la última de todas fué la Universidad de Odessa (506). Las Universidades donde tiene mayor tendencia á ir en aumento el número de discípulos son las de Moscou y Kief; la de Yurief (Dorpat) está en decadencia desde que perdió su carácter alemán y se da en ella la enseñanza en ruso. Si se compara el número de estudiantes que han frecuentado las diversas Facultades durante los quince últimos años, se ve que las Facultades de Medicina están en decrecimiento (de 46 por 100 á 37 por 100), aunque siempre conservan su lugar preponderante; las Facultades de Ciencias permanecen estacionarias; las de Historia y Filología son cada vez menos frecuentadas (de 11 por 100 á 5 por 100); por el contrario, las de Derecho siguen una marcha ascendente muy marcada (de 22 por 100 á 36 por 100).

Todas las estadísticas están de acuerdo para probar que la nueva ley universitaria de 1884 ha ejercido una influencia poco favorable en el aumento de los estudiantes. En los diez últimos años, ese aumento sólo fué de 1.787 oyentes en las Universidades de Moscou, Petersburgo, Kief y Yurief; en las demás la cifra de los estudiantes ha disminuído en 782, lo cual reduce el antedicho aumento á 1.002; cifra muy débil cuando se sepa que desde el año 1880 al 1885, es decir, con anterioridad á la aplicación del nuevo reglamento, las Universidades rusas tuvieron un aumento de 3.946 estudiantes.

II

Los Establecimientos de segunda enseñanza ofrecen una variedad como no se encuentra en ninguna otra parte, y que hace muy difícil una clasificación regular. En 1894 se distribuían de la manera siguiente:

Gimnasios de hombres	177
Progimnasios de hombres	58
Escuelas reales	104
Seminarios	55
Escuelas del clero para hombres	186
Gimnasios de señoritas	163
Escuelas del clero para señoritas	61
Institutos de mujeres de la emperatriz María	30
Gimnasios de señoritas de la emperatriz María	30
Escuelas secundarias dependientes de Guerra	34

El número de sus alumnos se descompone así:

Gimnasios y progimnasios de hombres	63.420
Escuelas reales	23.991
Gimnasios de señoritas	44.157
Institutos de señoritas de la emperatriz María	7.706
Gimnasios de señoritas de la emperatriz María	9.945
Seminarios y escuelas del clero para hombres	49.512
Escuelas del clero para señoritas	13.745
Escuelas secundarias del ministerio de la Guerra	11.701

Ó sea un total de 148.624 varones y 75.553 hembras.

Si se compara la cifra de las escuelas secundarias con la de la población y con la superficie de Rusia, se encuentra como promedio una escuela de hombres para 405.000 habitantes y 53.000 *verstas* cuadradas, y una escuela de mujeres para 640.000 habitantes y 88.000 *verstas* cuadradas. Otra compara-

ción da como término medio un alumno para 1.585 habitantes y una alumna para 2.200 habitantes.

Los cambios sobrevenidos en el número de escuelas secundarias desde 1880, son desfavorables para las escuelas clásicas y muy satisfactorios, por el contrario, para las escuelas reales y los gimnasios de señoritas:

	1880	1894
Progimnasios	76	58
Escuelas reales	61	101
Gimasios de señoritas	76	163

Este cuadro y las cifras siguientes prueban que las escuelas clásicas en Rusia ven disminuir el número de sus partidarios en beneficio de las escuelas reales; también prueban que la mujer rusa tiene cada vez más afán por instruirse.

	1885	1894
Gimnasios y progimnasios	72.592	63.004
Escuelas reales	20.517	23.555
Gimnasios de señoritas	35.205	45.544

Es bastante grande el número de los alumnos que han abandonado las escuelas secundarias sin terminar sus estudios. En 1891 representaba del 13 al 17 por 100 de la cifra total de estudiantes. Las explicaciones que contieñen los documentos oficiales, con el fin de ilustrarnos acerca de esta situación anormal, no satisfacen por completo. Según las Memorias del Ministerio de Instrucción pública, son múltiples las causas que explican esta situación. Provienen del aumento de precio de los estudios, de las nuevas exigencias de los exámenes, de la extensión dada á los programas y de una circular (que se hizo célebre), según la cual el ministro dió la orden de eliminar á los alumnos pertenecientes á las clases inferiores de la sociedad, y que, por tanto, no necesitaban de una educación clásica.

Por eso se notan resultados curiosísimos, cuando se estudia en qué proporción están representadas las diversas clases de la sociedad que dan alumnos á las escuelas secundarias. Así, en los gimnasios y progimnasios, es decir en las escuelas clásicas, la clase de los nobles y de los funcionarios es la que está representada en la mayor proporción (56 por 100); en las escuelas reales ya no es más que de 38 por 100. Por el contrario, la población de las ciudades perteneciente á la clase media abandona cada vez más las escuelas clásicas, para enviar á sus hijos á las escuelas reales. Así, los alumnos de la clase media, que en 1880 representaban el 33 por 100 del efectivo de las escuelas clásicas, ya no representan en 1892 nada más que el 31 por 100. Respecto á las escuelas reales, esa proporción, que en 1880 era de 37 por 100, sube en 1892 al 43 por 100.

Cuando se analizan las Memorias del ministerio de Instrucción pública relativas á los gimnasios y progimnasios de señoritas, adviértense también resultados bastante curiosos. Así, en 1892, la proporción de niñas católicas que concurrían á esas escuelas era de 5 por 100; la de niñas protestantes 7 por 100, y la de niñas judías, 8 por 100; al paso que la de las niñas ortodoxas, que en 1884 era de 80 por 100, bajó en 1892 á 76 por 100.

Otro hecho extraño, cuya explicación no consta en los documentos oficiales, consiste en que los créditos puestos á disposición del Ministerio de Instrucción pública para los gastos de las escuelas secundarias han disminuído en los dos últimos años. Así, esos créditos, que en 1884 llegaban á la cifra de 16.148.173 rublos, ya no eran en 1894 más que de 14.573.826 rublos, aunque había aumentado el número de las escuelas.

De todo lo que antecede pueden sacarse las siguientes conclusiones:

La proporción entre el número de las escuelas clásicas y de las escuelas reales, tiende á aumentar cada vez más en provecho de estas últimas.

El número de los alumnos que frecuentan las escuelas clásicas tiende á disminuir, al paso que el de los que concurren á las escuelas reales va en aumento, aun cuando sin llegar á cubrir el déficit que se nota en las escuelas clásicas.

El número de los alumnos que abandonan los Establecimientos de segunda enseñanza sin acabar sus estudios, no es ya tan grande como hacia 1880.

La expulsión, antes de acabar los estudios, por falta de aplicación, mala conducta ó deberse el pago de la pensión, representa una cifra bastante cuantiosa.

La distribución por clases sociales de los alumnos que asisten á las escuelas clásicas y á las escuelas reales se han modificado notoriamente en los doce años últimos, en el sentido de que en las primeras de esas escuelas pertenece la mayoría á los hijos de los nobles y de los funcionarios, al paso que en las segundas está representada esta mayoría por los hijos de las clases medias.

III

Las escuelas donde se da la primera enseñanza en Rusia difieren entre sí por su tipo, su organización y su nombre. Esta variedad proviene de que esas escuelas dependen de varios Ministerios ó Administraciones. Así, el Ministerio de Instrucción pública, el Santo Sínodo, la Administración de los Establecimientos de la emperatriz María, los Ministerios de la Gobernación, de Agricultura, de la Guerra, de Hacienda, de la Corte y de las Pensiones; las municipalidades de San Petersburgo, de Moscou y de Odessa tienen bajo su dependencia escuelas donde se da la instrucción primaria. Esta variedad en la organización de la escuela elemental en Rusia explica por qué es difícil clasificar estos diversos establecimientos y fusionarlos en varios tipos.

Con el fin de simplificar nuestra tarea, sólo nos ocuparemos de las escuelas de primeras letras existentes en las 34 provincias que tienen Diputaciones provinciales, es decir, en las provincias exclusivamente rusas. Esas escuelas, que dependen unas del Ministerio de Instrucción pública y otras de las Diputaciones provinciales, pertenecen á dos tipos muy distintos. La primera enseñanza superior se da en las escuelas de las capitales de provincia y de distrito. Para ser admitido en ellas, es preciso saber leer, escribir y las cuatro reglas de la aritmética. Los estudios duran seis años. Enséñase en ellas religión, historia sagrada, lengua rusa, aritmética, geometría, geografía, historia rusa, historia universal compendiada y dibujo. Sólo se admiten niños del sexo masculino.

Las escuelas de primera enseñanza elemental, ya dependan del Ministerio de Instrucción pública, ya de las Diputaciones provinciales, admiten alumnos de ambos sexos. En esas escuelas rurales duran los estudios tres inviernos en las escuelas de una sola clase, y cinco inviernos en las de dos clases. Enséñase en ellas religión, lectura, escritura y las cuatro reglas de la aritmética. El mismo programa rige en las escuelas elementales de parroquia, dependientes del Santo Sínodo.

Ocupémonos primero de la primera enseñanza superior, que se da en las escuelas de las capitales de provincia y de distrito, según hemos indicado.

Las 34 provincias rusas dotadas de Diputaciones provinciales *(zemstwot)* cuentan 567 ciudades y villas, con 291 escuelas de ciudad y 103 escuelas de distrito, ó sea un total de 394 escuelas de primera enseñanza elemental, frecuentadas por 36.817 alumnos aquéllas, y 8.615 alumnos éstas. Por tanto, resulta que 173 ciudades no poseen establecimientos de primera enseñanza superior, y tienen que contentarse con escuelas elementales.

Las escuelas de primera enseñanza elemental dependientes del Ministerio de Instrucción pública y de las Diputaciones provinciales existen (para 34 provincias) en 231.626 pueblos,

y son en número de 14.978, ó sea una escuela para 15 pueblos. De esas 14.978 escuelas, 1.078 dependen del Ministerio de Instrucción pública; las demás están sostenidas por las Diputaciones provinciales. En 1894, esas escuelas daban enseñanza á 345.620 niños y 102.387 niñas. De ese número, 743.498 abandonaron la escuela en los dos primeros años, 18.720 después del tercero, 8.720 después del cuarto y 5.316 después del quinto. Recordemos que la palabra «*año*» se emplea aquí impropiamente, pues en las escuelas inferiores los niños no van á clase más que en invierno; durante seis meses apacientan las bestias de sus parientes. El grandísimo número de niños que dejan de ir á la escuela después del primero ó del segundo invierno, se explica por las condiciones económicas de la vida de los labriegos y nos da una idea de la instrucción que poseerán semejantes discípulos.

Llegamos ahora á las escuelas parroquiales dependientes del Santo Sínodo.

En 1894 había escuelas de esta clase en número de 17.503, en las treinta y cuatro provincias del Imperio ruso; en ellas recibían enseñanza 549.982 niños (441.615 varones y 108.367 niñas). Las estadísticas oficiales no nos dicen durante cuántos inviernos frecuentan esas escuelas los hijos de los campesinos. Añadamos, por nuestra parte, que es casi nula la instrucción que reciben, y muy pronto olvidan lo poco que aprenden.

Resumiendo: en las treinta y cuatro provincias rusas que forman el nucleo del Imperio ruso, con una superficie de 2.514.784 *verstas* cuadradas, y una población de 66.089.000 habitantes, encontramos 39.435 escuelas de todas especies, que instruyen á 2.061.404 niños. Comparando esta cifra con la de la población, obtenemos el coeficiente 3,119 por 100 para la instrucción pública. Existe una escuela por 63,77 *verstas* y por 1.675 habitantes. Pero, como ya hemos dicho, los 2.061.404 niños distan mucho de adquirir instrucción completa, puesto que el mayor número sólo van á la escuela uno ó dos inviernos.

El coeficiente de instrucción pública (3,119 por 100) aún es inferior en las otras provincias de Rusia que no tienen Diputaciones provinciales y donde la población es más heterogénea, como, por ejemplo, en las provincias del Oeste. En cambio, se eleva (5,89 por 100) en las provincias bálticas, sometidas, como se sabe, á la influencia alemana.

En resumen: en la Rusia europea, el 3 por 100 de la población recibe una instrucción elemental más ó menos completa. Si se calcula que los niños en edad de ir á la escuela forman el 11 por 100 de la población, se llega al triste resultado de que el 8 por 100 de la población (es decir, casi 9 millones y medio de niños) está por completo ayuno de letras.

El cuadro siguiente nos hace ver el lugar que ocupa Rusia, desde el punto de vista de la instrucción elemental:

	Coeficientes.
Estados Unidos	22,36
Suiza	19,00
Alemania	18,80
Inglaterra	16,60
Francia	14,70
Finlandia	12,65
Japón	7,57
Italia	7,01
Bulgaria	5,45
Portugal	3,27

Según vemos, Rusia ocupa el último lugar, pues Turquía no se cuenta.

Añadamos á esas estadísticas algunas observaciones acerca de la situación del maestro en Rusia, observaciones que resultan de nuestra experiencia personal.

En general, la situación del maestro es muy precaria y está mal retribuído. Por eso, la mayor parte proceden de los venidos á menos, que no pueden hallar otra colocación ó que

se ven excluídos de los empleos públicos por su mala conducta.

Desde ese punto de vista, las escuelas retribuídas por las Diputaciones provinciales, son las que están mejor dotadas. Sus maestros y maestras se escogen con cuidado. Muchos de ellos, sobre todo entre las mujeres, se distinguen por su aplicación y por un espíritu de abnegación muy raro. Encuéntranse entre ellos jóvenes de uno y de otro sexo pertenecientes á las clases superiores, á quienes la pobreza ha obligado á aceptar un destino tan penoso, pero que desempeñan sus funciones con una abnegación y con un ardor dignos de elogio; sin embargo, en general, son mal vistos por la policía local, que, viendo en ellos socialistas disfrazados, les promueve todo linaje de dificultades.

Los profesores de las escuelas de primera enseñanza elemental, sobre todo de las que dependen del Santo Sínodo, están por debajo de toda crítica. Su única justificación es la de que esos empleos están pobrísimamente retribuidos y les pone bajo la dependencia de los campesinos y de un alcalde *(starschina)* ignorante. Por eso, la mayoría de ellos son individuos poco instruídos, que se entregan á la bebida y dan muy malos ejemplos á sus discípulos.

C. Courriere.

(De la *Revue Britannique.)*

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

La science et l'Art en Economie politique, par René Worms. Petite encyclopédie sociale, economique et financiere, vol. XX de 131 pags.—París-V. Giard y E. Brière, 1896.

Cuando me disponía á dar cuenta á los lectores de La España de este interesante trabajo del Sr. Worms, vino á mis manos el último número (Septiembre) del *Journal des Economistes*, en el cual se inserta un juicio del Sr. Puynode sobre el libro del distinguido sociólogo francés. Su lectura me ha confirmado más y más en la opinión que ya tenía yo formada del estudio del Sr. Worms. Y eso que el Sr. Puynode expresa un parecer totalmente contrario; pero precisamente el parecer contrario del crítico del *Journal* es lo que me ha hecho ratificarme en la opinión primeramente formada. Iba yo á empezar, en efecto, ponderando la utilidad del trabajo del señor Worms, por considerar que pocos conceptos generales se hallan tan necesitados de detenido examen y de definición adecuada, como los de ciencia y arte, aplicados á las disciplinas y actividades del orden sociológico, é iba además á aplaudir la tendencia en que el autor se coloca, tanto al determinar las nociones de la ciencia y del arte en general, cuanto aplicadas á la Economía política. Ahora bien, el Sr. Puynode opina: 1.° que el trabajo del Sr. Worms no tiene utilidad—á lo menos él *no ve* su utilidad,—y 2.° que hay diferencias entre ciencia y arte admitidas por todos, diferencias que á su vez difieren de las que el Sr. Worms señala, y á las cuales él, el Sr. Puynode, se atiene.

De veras hubiera deseado que el crítico del Sr. Worms, deteniéndose algo más en el examen del trabajo de éste, nos hubiera indicado cuáles son las nociones corrientes, y admitidas por todos, de la ciencia y del arte económicos: yo por mi parte las desconczco, y en cambio, lo corriente es no distinguir adecuadamente, como á M. Federico Passy le ocurre, el aspecto científico y el artístico de la Economía política. Generalmente, en Economía y en la ciencia política y social, no suelen verse los aspectos prácticos con la debida precisión: es muy común, por el contrario, creer que hay ciencias teóricas y ciencias prácticas, y lo que suele denominarse arte no pasa, á mi modo de ver, un capítulo de la ciencia, como parte integrante de la biología especial de un objeto real dado—lo político, lo económico, etc., etc.

Pero dejando á un lado estas indicaciones, que por lo menos justifican como útil el trabajo del Sr. Worms, veamos en brevísimas líneas su contenido. El propósito del mismo lo indica claramente el autor: quiere indagar en qué consiste: 1.° la distinción de la ciencia económica y del arte económico; 2.° las relaciones entre esas ramas de la Economía política. El desarrollo de este propósito verifícase del modo siguiente: la orientación está en las definiciones que respectivamente nos da el Sr. Worms de la ciencia y del arte: la ciencia es el conjunto de principios *del conocimiento*, sacados de la realidad por la observancia y la inducción; el arte es el conjunto de principios de *la acción*, sacados por deducción del ideal que el hombre se forma. No estoy completamente conforme con los términos de estas definiciones, porque el arte *no es* nunca cosa de principios; pero si no son aceptables los términos todos de las definiciones, sí lo es la base de distinción que el señor Worms ofrece al referir la ciencia al *conocimiento* y el arte á la *acción,* siendo aún más aceptable la manera como luego, á partir del capítulo segundo, expone con todo detenimiento el alcance de la distinción indicada.

En efecto, el Sr. Worms determina en primer lugar la *base*

orgánica y sociológica de la distinción, y esa base orgánica y psicológica la encuentra en el elemento sensible y en el elemento motor de la inteligencia y de la voluntad, lo que implica una insistencia felicísima en la distinción antes señalada: la ciencia es conocimiento; el arte es acción. El capítulo III es el desarrollo del concepto del arte, fundando este concepto en la experiencia y distinguiendo, cosa que no suele hacerse, el arte y la práctica, la práctica empírica y la práctica reflexiva. En el capítulo IV estudia un punto de verdadero interés, que entraña la base general de las relaciones entre arte y ciencia. Desde el capítulo V inicia lo que viene á ser la parte especial del trabajo: el Sr. Worms indica la distinción entre el arte y la ciencia en los diversos dominios—el mundo inorgánico, el orgánico y el social,—empezando en el VI á exponer sus doctrinas acerca de la distinción y relaciones entre el arte y la ciencia en la Economía política, para terminar en el capítulo XII con una breve indicación de las consecuencias de su doctrina.

A. Posada.

Problemas pedagógicos, por Clemente Bravo.—Un vol. de 215 páginas.—Herederos de Angel González; León.—Precio, 2 pesetas.

El libro que lleva por título el que transcrito queda se publicó ya en Marzo, y no dimos antes de ahora cuenta de su contenido á los lectores, por imperdonable olvido.

Desde luego se observa, al leer los *Problemas pedagógicos*, que no se trata de un trabajo profundo, minucioso, monográfico, en suma, acerca de una especialidad pedagógica. Es un estudio curiosísimo, referente á la ciencia de la pedagogía en sus comienzos, á los problemas generales que se ofrecen á la investigación racional, al determinar los conceptos; conoci-

mientos producto de la primera operación del pensar, que considera al objeto de un modo unitario.

El autor del libro estudió con afición hace pocos años la carrera de maestro superior en la Escuela Normal de Madrid, y hace mucho menos tiempo todavía la de Derecho en la Universidad de Oviedo. Del aprovechamiento con que realizó estos estudios, dió ya muestras gallardas escribiendo sobre asuntos literarios, ejerciendo con reputación envidiable la abogacía y publicando libros como el que nos ocupa y algún otro sobre asuntos de crítica.

En el prólogo explica sus propósitos, que cree osados; sólo como estímulo publica su trabajo, que ha de tomarse como esbozo de cuestiones interesantísimas, definidas con vaguedad y ligereza en los textos castellanos de pedagogía. Después trata en varios capítulos del concepto de esa ciencia, de su definición y carácter, del concepto de la educación, de su definición, de la crítica de algunas de las definiciones admitidas, de la idea de la enseñanza, de su ideal, de la instrucción, su necesidad y carácter.

El contenido de los varios artículos que integran la obra lo forman consideraciones muy estimables sobre los asuntos indicados en sus títulos, á las que el autor llega investigando racionalmente, valido de su propia iniciativa, los conceptos que se propone, ó abordándolos por la refutación de textos y opiniones que tiene á la vista. La doctrina, expuesta con claridad y elegancia en ellos, no es, francamente, la que pregona la pedagogía modernísima, aunque con ella simpatiza la mayor parte de las veces. La prueba de esto último es que adecua en muchos puntos con la sustentada por A. Fouillée y M. Guyau.

No suscribiríamos nosotros todo lo que el autor afirma, porque ni llamamos del mismo modo muchas cosas, ni convenimos en todos los conceptos, ni juzgamos acertadas algunas de las apreciaciones históricas que hace; pero reconocemos con sinceridad el valor de la publicación á que nos referimos y los méritos de su autor, que son muchos. No es de estos el que

menos importa el de mirar con cariño y tratar en serio de la educación, el de poner todas sus energías en ilustrar á los encargados de educar á los niños; á los niños, que, según un famoso pedagogo (1), deben representar á nuestra vista las generaciones que llegan, indecisas é inciertas, como el porvenir, que nosotros mismos decidimos con la educación.

LEOPOLDO PALACIOS.

Howard Association Report, 1895. London.—Folleto de 24 páginas.

The Paris prison Congress, 1895. SUMMARY REPORT, issued by the Howard Association. London.—Folleto de 16 páginas.

Some general observations on the penalty of death, by WILLIAM TALLACK. London, 1893.—Folleto de 4 páginas.

Charles Dickens' prison fictions. London, 1894.—Folleto de 4 páginas, issued by the Howard Association.

Indian prisons. London, 1894.—Folleto de 4 páginas, issued by the Howard Association.

European and American progress in penal reform, by WILLIAM TALLACK. London, 1895.—Folleto de 4 páginas.

Prisons and criminal treatment, by WILLIAM TALLACK.—Folleto de 4 páginas, issued by the Howard Association.

La benemérita *Howard Association*, sociedad existente en Londres para arbitrar los medios mejores de prevenir y de combatir el delito, la embriaguez, la vagancia, el pauperismo, etc., sociedad compuesta de personalidades eminentes y de hombres magnánimos, y á la que se deben ya mejoras sociales y penales de gran eficacia en Inglaterra, publica á menudo hojas ó folletos de propaganda, debidos casi siempre á su ilustre y activo secretario Mr. William Tallack, y en los cuales se trata, de una manera breve y ceñida al asunto, alguno de los múltiples problemas de índole social que hoy preocupan á los estudiosos, singularmente problemas penales y penitenciarios, en cuanto la acción de la sociedad se dirige muy

---

(1) Guyau, en *La Educación y la Herencia*. Trad. de A. Posada, página 27. (Publicado por LA ESPAÑA MODERNA.)

principalmente á estos últimos órdenes, ó sea á continuar la obra del filántropo cuyo nombre ha adoptado, de Juan Howard.

De ese género son todos los folletos ú hojas cuyos títulos quedan copiados al comienzo de esta nota. En el primero de ellos se hace una reseña de los trabajos, gestiones, informes y demás, realizados y emitidos por la Sociedad durante el año de 1894-95. En el segundo se da cuenta sumaria del Congreso penitenciario de París de 1895, personas que á él asistieron, cuestiones principales que en él se trataron, resumen de las ponencias y discusiones relativas á ellas, etc. En el tercero se exponen algunas dificultades prácticas que encuentra la aplicación de la pena capital. El cuarto es una reivindicación del buen nombre de las prisiones de Filadelfia, contra las invenciones contenidas, respecto á ellas, en las *American Notes* de Carlos Dickens, quien habló de la prisión de Estado de Filadelfia sólo por la impresión que le produjera una visita de dos horas que hizo á la misma en 1843, y en la cual visita le dieron informes engañosos los penados. El quinto folleto habla de las prisiones inglesas en la India, mejoras que ya se han hecho en ellas y defectos que aún tienen y deben ser urgentemente corregidos. En el sexto demuestra el autor que todos los progresos que se han hecho en Europa y en América en punto á la reforma penal han representado la dirección de la línea media, resultante de la lucha de extremas tendencias. Y el séptimo es una compendiosa abreviación de una Memoria leída ante la *Howard Association* por su secretario Mr. Tallack, acerca de los siguientes puntos: *Los intereses de las víctimas de los delitos; La responsabilidad de los padres en los casos de delitos cometidos por jóvenes; El buen tiempo viejo* (crítica de las prisiones en el sistema antiguo); *El sistema del aislamiento (solitary); Sistema de separación, pero no de aislamiento; El trabajo en las prisiones; La necesidad moral para las prisiones en el sistema de separación; Reformas necesarias; Prevención.* A cada uno de estos asuntos se consagran sólo algunas líneas.

P. Dorado.

Le socialisme et la science sociale, por Gaston Richard, Agregé de Philosophie, Docteur es lettres. 1 vol. 200 págs. París, 1897: 2 fr. 50.—Felix Alcan, editor.

Hay varias maneras de considerar el socialismo. O como una panacea con que habremos de curar los males sociales, propios del régimen moderno, ó como un partido político que debe ser combatido ó apoyado, ó como una esperanza remota de reforma integral del sistema de Gobierno burgués, ó como un gran peligro y una gran superstición, ó, en fin, como un estado del espíritu colectivo explicable por mil concausas y motivos, dignos de su estudio imparcial y severo. La infinidad de libros y folletos que en estos últimos tiempos se publican acerca del socialismo, pocas veces se detienen á contemplarle de esta última manera. Predomina en ellos ó la pasión del sectario socialista ó el odio del burgués, ó el criterio cerrado del individualista, ó la burla despiadada del anarquista. El Sr. Richard, en el libro cuyo título va al frente de estas líneas, quiere considerar el socialismo, no de un modo político, ni como partido al que es preciso combatir ó servir, sino como «un estado de espíritu confuso que importa dilucidar.» Distínguese, pues, el trabajo de puro examen del Sr. Richard, de la mayoría de los trabajos que sobre el socialismo se publican. Y no se crea que el Sr. Richard no hace crítica, limitándose á una pura exposición objetiva de las doctrinas socialistas, nada de eso: nuestro amigo critica el socialismo; pero sin el ardor polémico de los adversarios, que no ven en el socialismo más que el partido temible. Para Richard, el socialismo, más que un partido, es una situación del ánimo, una precipitación científica, una manera de ver las cosas que entraña presupuestos limitados y desprovistos de verdadera base doctrinal.

Por lo demás, el mismo título del libro que examino señala muy bien la orientación de la crítica de su autor: *Le socialisme y le science sociale,* esto es: el *socialismo ante las conclu-*

siones, procedimientos é ideas de la ciencia social. El socialismo, conjunto de opiniones sobre la sociedad, debe comparecer ante la ciencia de la sociedad para responder de la lógica, de la verdad y de la oportunidad de sus creencias; sólo de ese modo puede aspirar al respecto de la filosofía y legitimar su intervención en la política y su aspiración de reforma fundamental del Estado.

La obra del Sr. Richard comprende tres partes. En la primera (págs. 1-11), expone el autor un resumen histórico del socialismo, hace un análisis de sus doctrinas y procura reducir á fórmulas sintéticas las varias direcciones de la tendencia. Es un trabajo muy claro en general, aunque no enteramente completo. Para definir el socialismo—tarea difícil, si las hay—el Sr. Richard comienza por procurar distinguirlo de la economía cristiana y de la nacionalización del suelo. Para el sabio publicista francés, el socialismo es cosa distinta de toda la economía cristiana; por lo visto no cabe un socialismo cristiano, ó lo que sería igual, no es posible ser cristiano y socialista: cosa que no se compagina muy bien con el hecho notorio de las medidas de socialismo de Estado, que los católicos patrocinan por doquier. Además, Henry George, para el Sr. Richard, no debe ser socialista. Pero, ¿entonces qué es el socialismo?

Tiene esto muchos variantes: «el mutualismo, el socialismo de Estado, el colectivismo materialista de Marx, el colectivismo altruista de Blanque y de Malon, el comunismo *libertario* de los anarquistas, y por fin, la teoría de la asociación mixta de A. Loria, he ahí las principales formas del socialismo científico; esto es, «apoyado, en apariencia, sobre el estudio histórico de los hechos económicos». Mas ¿qué hay de común entre todas estas formas para que se las considere á todas como socialismo? «El socialismo, se pregunta el Sr. Richard, ¿es una expresión abreviada para designar una multitud incoherente de sectas económicas ó políticas, ó bien las divergencias de escuelas y de grupos ocultan una unidad profunda?» Aun cuando al pronto parece que lo primero es lo cierto, sin embargo, el au-

tor opina que «después de un examen profundo se ve que detrás de ese telar móvil de escuelas y de sectas, existe un fondo de ideas, un conjunto de argumentos y de prejuicios, en que convienen los adversarios más apasionados. Y ahí está la unidad del socialismo, que luego el autor define diciendo que «es la noción del advenimiento de una sociedad *sin concurrencia*, gracias á una organización de la producción sin empresa capitalista y á un sistema de distribución, en el cual, la duración del trabajo sería la única medida del valor» (pág. 79).

Ahora bien, sobre la base de esta preparación histórica, y tomando como punto central de su examen la definición del socialismo que queda copiada, el Sr. Richard, haciendo caso omiso de la argumentación contraria de los economistas, desarrolla su crítica del socialismo. El Sr. Richard quiere estudiarlo con el método mismo que la doctrina emplea, á saber: con el método histórico y comparativo, procurando poner en parangón la afirmación capital socialista, con las conclusiones más importantes que la ciencia social ha formulado, merced precisamente al empleo del referido método. La crítica ocupa las otras dos partes del libro del Sr. Richard. En la una somete á un examen sociológico la teoría del capital; en la otra, cómo el socialismo trabaja para el porvenir y se pone como aspiración y como ideal; el autor estudia el socialismo desde el punto de vista de la previsión sociológica. Estas dos partes del libro del Sr. Richard, son, sin duda, las más importantes, las que contienen más ideas, más apreciaciones aprovechables y más puntos por donde una contracrítica podría oponer no pocos reparos. De todas suertes, con todos los reparos que se quiera, á nombre del socialismo y desde fuera del socialismo, la crítica no deja de ser interesante.

Aunque el libro del distinguido escritor francés es principalmente de examen y de crítica, hay en él parte positiva, constructiva. A través de la crítica, vese claro cómo piensa el autor del problema de reorganización social que ha determinado el socialismo. El autor no es individualista, ni menos

anarquista; combate al socialismo desde el terreno imparcial, aunque no indiferente, de la ciencia; el autor es un sociólogo, y á nombre de la sociología, es decir, á nombre del estudio desinteresado de los hechos sociales, y del conocimiento de sus leyes históricas, conceptúa al socialismo como «una de esas ilusiones colectivas apasionadas, de que tantos ejemplos nos ofrece la Historia.....» Es la ilusión producida por la ciencia, ó mejor, por la forma científica aplicada á los problemas sociales; por otra parte, el socialismo «es un error sinceramente profesado, salido fatalmente del estado imperfecto de los conocimientos sociológicos.» En el fondo, el Sr. Richard combate al socialismo á nombre de las grandes ideas del liberalismo, pero de un liberalismo de ancha base, no del liberalismo económico, que odia al Estado y quiere que todo se resuelva por la ley de la concurrencia. «Estado, libertad, atenuación de la concurrencia, son, dice, como tres compañeros de viaje que marchan cogidos de la mano.» «El socialismo, escribe luego, plantea la cuestión social; únicamente el liberalismo puede resolverla..... porque el liberalismo, campeón de la personalidad humana y al propio tiempo de la cultura racional, es partidario de una lenta modificación de la división del trabajo social, afirmando que el Estado debe á la persona del proletario, no solo la libertad, sino la ayuda, el concurso que se resume en *la idea de la educación.*»

Aún pudiera copiar otros párrafos en que se manifiestan más claramente todavía por el autor sus ideas positivas, pero esta nota se ha alargado más de lo de costumbre, y preciso es terminar. El libro del Sr. Richard merece ser leído y estudiado; en él encontrará el lector preparado motivo para hacer no pocas salvedades y algunas lagunas; pero, sin duda, esto no obsta para que el autor haya logrado exponer, en términos de una gran concisión, mucho de lo substancial del socialismo, así como también que haya conseguido someterle á una crítica severa é imparcial, desde puntos de vista á veces originales.

Adolfo Posada.

Las prisiones, por Pedro Kropotkine.—Traducción y notas de J. Martínez Ruiz.—Valencia, 1897.—Folleto de 34 páginas.

La sustancia del libro, con cuyo espíritu y hasta con la mayoría de cuyas principales afirmaciones no puedo menos de estar conforme, es la siguiente: Las prisiones actuales, en todas partes, no pueden ser más detestables, y los efectos que necesariamente tienen que producir y producen sobre los que ingresan en ellas son nocivos en el más alto grado. Hay, pues, que suprimirlas de raiz, y en lugar de convertirlas, como algunos quieren, en casas de salud ó de mejora para los reos, con lo que nada se lograría, ya que de este modo habría necesidad siempre de poner trabas á la libertad individual, cosa mala y perniciosa de por sí, lo que debe hacerse es curar el delito en sus fuentes, atajando las causas de donde proviene, singularme las sociales. ¿Cómo? Aquí es donde me parece que el autor debería haber sido un poco más explícito. Los actuales lugares de pena, en vez de ser útiles á la sociedad, la están causando muchos daños: conformes. Por consecuencia, deben ser suprimidos, no transformados: conformes también... hasta cierto punto. El delito debe ser considerado como una enfermedad social que todos hemos contribuido á producir, y no puede ser racionalmente combatido sino por medio de la persecución de sus causas: enteramente de acuerdo. Pero ¿cuáles son los procedimientos de que se debe hacer uso para que tal persecución sea eficaz y no se empleen en ella más fuerzas que las estrictamente necesarias? Aquí está para mí el nudo de la cuestión; y de esto el ilustre sociólogo anarquista apenas dice palabra, pues á tanto equivale lo de echar mano de la consabida «libertad», voz sumamente vaga, á la que por lo mismo cada cual atribuye diferente contenido.

P. Dorado.

Prehistoria de los indoeuropeos.—Obra póstuma de Rodolfo Ihering.—Versión española, con un estudio preliminar de Adolfo Posada.—Madrid, librería de Victoriano Suárez, 1896.—Un vol. de xxxi-523 páginas, 8 pesetas.

Si la enseñanza fuera una verdad, es á saber, una preparación seria del espíritu para acostumbrarlo á acometer los problemas de la ciencia y de la vida, y no, como entre nosotros ocurre, una maquinaria dispuesta unánimemente para vomitar en el menor tiempo posible el mayor número posible de examinados y graduados, los «libros de texto» de que en ella se hiciera uso deberían ser todos de la índole de éste, del insigne romanista. Es decir, en lugar de manuales hechos con el exclusivo propósito de facilitar el examen (y tras esto, con el de vendérselos á precio subido á quienes los necesitan), serían libros que enseñarían á adquirir aquel espíritu de que se debe hallar penetrado todo hombre de ciencia digno de este nombre, y del que tan escasos suelen andar nuestros estudiantes cuando salen de las Universidades poseyendo ya su título de licenciado ó de doctor. La *Prehistoria de los indoeuropeos* tiene á mis ojos, desde este punto de vista (para no hablar de otros), un mérito excepcional. Leyéndola, no sólo aprende uno multitud de cosas concretas, que ordinariamente ignoran hasta las personas de gran cultura, sino, lo que importa más todavía, adquiere un cierto sentido, á la vez histórico y filosófico, es decir, un verdadero sentido orgánico, que por lo general sólo es patrimonio de hombres superiores. Cuando uno ha recorrido este libro, ha visto cuál es el procedimiento que el autor emplea para la resolución de las cuestiones de que trata, y se halla, por consecuencia, en disposición de hacer él otro tanto cuando se le ofrezcan cuestiones análogas: ha aprendido, pues, á estudiar por sí sólo, á gobernarse por sí mismo en una particular esfera científica. Y como este debe ser cabalmente el fin de toda enseñanza y de los libros de que en

ella se hace uso, de los «libros de texto», he aquí por qué el de Ihering se podría muy bien considerar como modelo en su clase. Por mi parte, creo que, aun no teniendo nada de historia del Derecho español, y poquísimo de Derecho romano, lo preferiría de texto para estas cátedras mil veces mejor que muchos tratados que se refieren directamente á las respectivas materias.

Y Ihering pensaba también así, según lo demuestra su propia conducta. Él era un romanista, y, sin embargo, se creyó obligado, para explicarse el Derecho romano, á estudiar algo más que Derecho romano, cosa diferente de lo que por éste se suele entender; ó, mejor dicho, se creyó obligado á mirar el Derecho romano por otros prismas de aquellos estrechos por los que suelen verlo los espíritus miopes, al intento de descubrir enlaces que ese Derecho mantiene con otros y con otros órdenes, y los cuales enlaces han pasado y pasan inadvertidos para todos ó casi todos los cultivadores del referido Derecho histórico.

Cuando yo oigo decir, ó leo en un tratado de Derecho romano, por ejemplo, que el orden de suceder *abintestato*, según la ley de las doce Tablas, era este: herederos suyos, agnados y gentiles, y el expositor no pasa de ahí, puedo perfectamente decir: «Eso no es enseñar ni penetrarse del Derecho romano, ni la razón del estudio de este Derecho histórico puede ser el que uno aprenda tres ó cuatro docenas de cosas un tanto raras, ó de instituciones ya desaparecidas, cuya sustancia no se comprende, y que por lo mismo no ofrecen el menor interés.» El saberse la instituta justiniánea, que es á lo que suele reducirse entre nosotros la enseñanza y el aprendizaje del Derecho romano, sirve de bien poco, si sirve de algo; lo que sirve es el conocimiento de la génesis de las instituciones, de los motivos que les dieron vida, de los vínculos que mantenían entre sí y con otras al parecer extrañas: es decir, el conocimiento del espíritu del Derecho romano, y mejor aún de la vida entera del Derecho romano. Esto es lo que Ihering ha venido ha-

ciendo en sus diversas obras, y tal es también el fin á que se encamina la presente, aun cuando por su título, y hasta por la mayor parte de su contenido, parezca una obra extraña al Derecho romano, como en efecto lo será para aquellos que entienden el Derecho romano al modo ordinario, para aquellos que no hallan otro fundamento que justifique su estudio, sino el de que buena parte de las instituciones jurídicas privadas de la Roma imperial pasaron á nuestros antiguos Cuerpos legales y se hallan vivas todavía en el vigente Derecho civil.

Muy notable es la *Prehistoria*, según se ha publicado después de la muerte de Ihering y conforme al original incompleto que el autor dejó; pero ¡qué obra tan magistral y tan interesante sería si el mismo Ihering la hubiese terminado y retocado, y hubiese dirigido su publicación!

Del contenido de ella no puedo yo decir nada, pero su título indica por sí bastante.

P. Dorado.

La sociologia, i suoi metodi e le sue scoperte, per A. Asturaro, professore dell' Università di Genova.—Opera premiata dalla R. Accademia delle Scienze Sociali e Politiche di Napoli.—Genova, 1897.—Parte prima; sezione prima: I metodi generali.—Un vol. de 257 páginas, 4 liras.

El autor de la presente obra es uno de los que en el día de hoy estudian con verdadera competencia y con gran espíritu científico los problemas tocantes á la sociología, sobre todo los problemas más generales, como son los relativos á la delimitación del campo propio de esta disciplina, á distinción del de las ciencias sociales particulares, la determinación de la índole de esta ciencia nueva, etc. Sus libros *Gl' Ideali del positivismo* y *La sociologia e le scienze sociali*, de que ya hace tiempo di cuenta en notas bibliográficas, están consagrados,

especialmente el último, según lo indica su mismo título, á dilucidar puntos de carácter sociológico.

El que ahora acaba de ver la luz es no más que una sección de la primera parte de una obra, donde el profesor genovés se propone, en primer término, examinar los métodos propios de la sociología general y de las ciencias sociales particulares, y después exponer sistemáticamente los descubrimientos ó resultados obtenidos por la sociología general, ó al menos los que ya á estas horas presenten un cierto grado de evidencia científica. En esta sección primera de la primera parte estudia el Sr. Asturaro, con mucho rigor científico, la cuestión del método en la sociología, para lo cual comienza por abordar el problema de la clasificación de las ciencias y de los métodos propios á cada clase de ellas, examinando luego cuáles son los métodos generales de la biología y de la psicología, para venir, por último, á tratar de los métodos de la sociología y de la clasificación de la sociología humana, que son las materias á cuyo examen está dedicada la mayor parte del trabajo. Resulta, por lo tanto, éste un tratado de metodología general, y sobre todo de metodología sociológica, que merece ser conocido y muy estudiado por todos los que á semejantes materias tengan afición.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Almanaque-Album de *La Ilustración* para el año 1897. *Año XXIV.* En 4.° mayor: 95 págs. á dos columnas: 2 pesetas.

Arenal (C.).—Obras completas *Tomo XIV.* En 8.°, 267 páginas: 2 pesetas.

Armstrong (W.).—Velázquez, a study of life and art by Walter Armstrong. En 4.°, 104 y 104 páginas. 2 partes en un vol. con fotograbados. En tela: 18 pesetas.

Arniches (C.) y Lucio (C.).—El cabo primero; zarzuela En 8.°, 42 págs.: 1 peseta.

Galería dramática de Hidalgo.

Asuar y Moreno (J.)—Geometría práctica. En 8.°, 144 págs., encartonado: 2,50 pesetas.

Auto lírico religioso en dos actos, representado todos los años en la parroquia de Santa María (de Elche). En 4.° mayor; 8 páginas de Introducción de D. Adolfo Herrera y 20 del texto y la música del Auto.

Tirada aparte no puesta en venta.

Bernal de O'Reilly (A.)—En tierra santa: la Judea, la Samaria y la Galilea. En 4.°, 306 págs.: 4 pesetas.

Biblioteca Vascongada. *Tomo IV.* Euskariana, *parte primera:* Historia á través de la leyenda, por Arturo Campión. En 4.°, 229 páginas: 2 pesetas.

Blanco García (P. F.)—Segundo proceso instruído contra Fr. Luís de León, con prólogo y notas. En 4.°, 55 págs.: 1 peseta.

Borrero (F.)—Cuestiones filipinas. En 4.°, 57 págs.: 2 pesetas.

Bretón de los Herreros (M.)—Lustspiele (Comedias) von D. Manuel Bretón de los Herreros. Deutsch von Johannes Fastenrath. Leipzig. Ramm et Seemann. 1897. En 8.°, XXXII-253 págs.

Calderón de la Barca (P.)—Semiramis, arreglado y refundido por José Echegaray. En 8.°, 70 páginas: 2 pesetas.

Castañón (F.)—A caza de pretendiente, pasillo cómico. En 8.°, 28 páginas: 1 peseta.

Cervantes Saavedra (M. de)—Teatro completo. *Tomo I.* En 8.° XV-372 págs.: 3 pesetas.

Biblioteca clásica. *Tomo 197.*

Cinto y Martínez (B.) — Páginas prácticas para la aplicación de las leyes de enjuiciamiento civil, criminal y otras de uso vigente. En 8.°, 424-XIV págs.: 3,50 pesetas.

Clemente y Guerra (L.) — Elementos de fisiología general. En 4.°, 214 págs.: 5 pesetas.

Compaired (C.)—Algunos consejos á los aficionados al canto. En 4.°, 15 págs.: 2 pesetas.

Cotarelo y Mori (E.) — Estudios sobre la historia del arte escénico en España. María Ladvenant y Quirante, primera dama de los teatros de la corte. En 8.°, 205 páginas: 2 pesetas.

D'Ayot (M. L.)—La Iberiada, poema en prosa, original. *Canto V. Sevilla.* En 4.° (Págs. 117 á 159): 0,50 pesetas.

Díaz de Escovar (N.)— El teatro en Málaga; apuntes históricos de los siglos XVI, XVII y XVIII. En 4.°, 116 págs.: 2,50 pesetas.

Die y Mas (J.) y Lapoulide (J. L.)— Ley reformada de reclutamiento y reemplazo del ejército. En 4.°, 189 págs.: 4 pesetas.

Doria y Bonaplata (E.)—Música bella. En 8.°, 200 págs.: 3 pesetas.

Elices Montes (R.) — Sanlúcar de Barrameda. En 8.°, 142 págs.: 2 pesetas.

España (G. R.) — Tratado práctico del testamento ológrafo. En 8.°, 170 págs.: 1,50 pesetas.

García de Galdeano (Z.) — Las modernas generalizaciones expresadas por el álgebra simbólica. En 8.°, 142 págs.: 2 pesetas.

González Llana (F.) y Francos Rodríguez (J.)—De México á Villacorneja; juguete cómico en dos actos. En 8.°, 55 págs.: 1,50 pesetas.

González Fernández (A.) y Gómez Candela (P.) — Mancha que..... mancha; parodia de Mancha que limpia, en un acto y en verso. En 8.°, 31 págs.: 1 peseta.

González Serrano (V:)— España en Filipinas. En 4.°, 99 págs.: 1 peseta.

Gullón (E.) y Curros (R.) — Cambio de almas; fantasía cómico-lírica. En 8.°, 40 págs.: 1 peseta.

Jaques (F.) — El señor barón; zarzuela. En 8.°, 38 págs.: 2 pesetas.

Jiménez de la Espada (M.)—La jornada del capitán Alonso Mercadillo á los indios chupachos é iscaicingas. En 4.°, 40 págs.

Legis Romanæ Wisigothorum-Fragmenta ex codice palimpsesto Sanctæ legionensis ecclesiæ protulit illustravit ac sumptu publico edidit Regia Historiæ Academia Hispana. En folio mayor, 4 hojas sin numeración, XXVII-439 páginas: 25 pesetas.

Reproducción en facsímile con la impresión moderna al frente.

León (N.)—Catálogo bibliográfico y crítico de autores y escritores referentes á vegetales de Méjico y sus aplicaciones, desde la conquista hasta el presente. En 4.°, 372 págs.: 20 pesetas.

López Ferreiro (A.) — Galicia en el último tercio del siglo XV; *Segunda edición corregida y aumentada. Tomo I.* En 8.°, 371 págs.: 3 pesetas.

Biblioteca gallega. *Tomo 45.*

Mari (L. de).—Narraciones rápidas. En 8.°, 12 págs.: 2 pesetas.

Medina (J. T.)—Francisco de Aguirre en Tucumán. En 4.° mayor, 3 hojas, 53 págs.: 7 pesetas,

Montes de Oca y Obregón (I.)—Elogio fúnebre de los obispos de la provincia mejicana. En 4.°, 33 páginas.

Nieto Serrano (M.)—Historia crítica de los sistemas filosóficos. En 4.°, VI-366 págs.: 4 pesetas.

Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Adademia Española. *Tomo VI.* En folio, CXL-643 páginas: 20 pesetas

Peláez (P. L.) — Anatomía normal de la médula espinal humana. En 8.°, XV-544 págs.: 10 pesetas.

Riva Palacio (V.)—Cuentos del General. En 8.°, 291 págs.

Roca (L.)—Provincia de Guipúzcoa. Memoria de valoraciones para el año de 1893. En 4.°, 282 páginas.

Rodríguez Landeira (F.) — Estudio sobre la geografía de la Isla de Cuba. En 4.°, 226 págs.: 5 pesetas.

Romañá (I.)— El patriotismo y el billete de Banco. En 8.° mayor, 116 págs.

Roques (J. M.)— Novísimo curso completo de francés. En 4.°, VII-210 págs.: 5 pesetas.

Sánchez (R. E.)—Biografía del Excelentísimo Sr. D. Marcelo de Azcárraga y Palmero. En 8.°, 192 páginas: 2 pesetas.

Taboada (N.) — Estudio biográfico-político del Excmo. Sr. D. José Elduayen, marqués del Pazo de la Merced. En 4.°, 103 págs.: 3 pesetas.

Torrents y Monner (A). — Tratado de Economía política. En 4.°, 172 páginas: 6 pesetas.

Val (L. de).—La lucha por la existencia. En 4.°, 477 págs.: 4 pesetas.

Vidal y Careta (F.) — Curso de paleontología estratigráfica. *Tomo I. Era primaria.* En folio, 164 páginas: 26 pesetas.

Willmann (C.)—La magia moderna de salón. En 4.°, 436 págs. 7 pesetas.

INDICE

Págs.

El saludo de las brujas, por Emilia Pardo Bazán..... 5

Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 47

Recuerdos, por José Echegaray..... 63

El teatro de D. Manuel Bretón de los Herreros, por José María Asensio..... 79

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 101

Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 115

La prensa internacional.—Recuerdos de un editor: Lamartine, por Alberto Lacroix.—*Victor Hugo y Sainte-Beuve*, por Emilio Faguet.—*Los archimillonarios americanos*, por G. Art.—*Las escuelas en Rusia*, por C. Courriere..... 142

Notas bibliográficas, por Adolfo Posada, Leopoldo Palacios y P. Dorado..... 190

Obras nuevas..... 205

España moderna

AÑO 9.º NÚM. 98.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

FEBRERO 1897

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL SALUDO DE LAS BRUJAS

VI

Naturalmente, la cita de Felipe hizo olvidar á Rosario la del bohemio. ¿Quién se para en citas de Yalomitsa? ¿Qué podrá él tener que decir que valga un pito? Seguramente alguna chismografía contra Lapamelle, á quien no tragaba; alguna murmuración recogida en los talleres, y referente al nuevo cuadro de Viodal..... Esto debiera ocurrírsele á Rosario, pero convengamos en que ni esto se le ocurrió. Su felicidad absorbente disipó las demás preocupaciones. Sólo cuando ya se vió cerca del momento decisivo sondeó la profundidad del sentimiento que consagraba á Felipe. No podía sospechar que fuese tan inmensa. Se asustó casi. Como el que recuenta su caudal y se admira de encontrarse más rico de lo que suponía, Rosario se admiraba de la cantidad de ilusión que cabía en su alma, virgen y ardorosa á la vez. La única espina era el recuerdo de Viodal. No había más remedio que enterarle, y Rosario sabía muy bien que le daba una puñalada en el corazón. El mismo exceso de su amor, los recuerdos vibrantes y deliciosos del coloquio bajo el cedro, contribuían á despertar, por comparación involuntaria, su piedad y su estéril afecto hacia el pintor. Juzgaba del daño ajeno por el propio, y la embargaba una lástima dolorosa. ¿Por qué un horizonte para ella tan hermoso había de ser para otro tan triste y nublado?

No era posible ocultar á Viodal la verdad. Felipe exigía que, en lo sucesivo, se viesen libremente, hasta el momento de la boda, y deseaba que cuanto antes Rosario le participase la conformidad de su tío. El día que siguió á la entrevista en el Jardin, de mañana, Rosario andaba dando vueltas por el taller, recogida la copiosa mata de pelo con una flecha de oro, vestida una bata japonesa, azul pálido, bordada de flores de cerezo, que sujetaba flojamente al talle una banda roja de crespón. Su pie inverosímil, se escapaba de la babucha turca, y taconeaba impaciente, nervioso. Maldito si sabía Rosario cómo empezar. Las primeras palabras que pronunciase se atravesarían en la laringe. ¡Cómo resonaría, en la atmósfera serena del estudio, ahora que estaban tan completamente solos ella y Viodal, la frase..... "Tío, no sabes..... Tío, tengo que decirte....." Mientras rumiaba el exordio, no podía menos de charlar, murmurando cosas insignificantes, yendo y viniendo de un elemento á otro: "¡Ay, se nos ha muerto una dorada!..... ¡Calle, ya tiene botón la *esterlicia regia!*.... ¡Pobre golondrina de Java! ¡Ha puesto un huevo, tío!..... ¡Mira qué monería!.... ¡En el nido está!....."

Jorge, soltando gustoso los pinceles, corrió á admirar el diminuto huevecillo. Era la sal de su vida, el premio de su labor, la hora bendita del día, aquella en que con Rosario curioseaba y comentaba las novedades de los tres elementos, mientras el cuarto, recién encendido, arrojando llamaradas alegres, empezaba á calentar los ámbitos del dilatado *hall*, tibios ya por el aire que enviaban ocultas tuberías, pues la chimenea sola no era bastante. En tal momento Rosario volvía á ser la bulliciosa y vivaz criatura que había sido á los trece ó catorce años, la que de todo reía, la que en todo se gozaba, la que hacía travesuras, la que no dejaba en paz al tío—un tío relativamente joven, porque solo contaba entonces treinta y pico de años, y ya empezaba á estremecerse si inadvertidamente, en su candor, la niña le echaba los brazos al cuello....—No tardó en prohibir esta familiaridad á Rosario, que le miraba atónita y tardaba en acostumbrarse á obedecer. Después de la prohibición, su instinto de mujercita interpretó pronto la causa. Hoy Viodal había cumplido los cuarenta, y creía haber dominado valerosamente aquel extravío. No era, sin embargo, tan fuerte, que no esperase con ansia los momentos de intimidad de las mañanas en el estudio. Una satisfacción así, pura, sencilla, no la reprobaba su conciencia, y saborea-

ba el goce de tener á su lado á la chilena, de verla seguir ansiosa e revoloteo de un colibrí, ó una lucha de monstruos en el seno del acuario..... "Sarito, mi pincel gordo..... allí, á la derecha de la caja..... El secante, Sarito..... Sarito, ayúdame á graduar el caballete....." ¡La dicha se funda á veces en tan poca cosa! ¡Las pequeñeces hacen un bien tan grande! El deseo de tener á Rosario encantada y divertida, era lo que había inspirado á Viodal la idea de los *cuatro elementos*. Flores, pájaros y plantas, no hacían sino servir de poético fondo á la juvenil figura.

Entre vueltas y más vueltas, charlando de lo que no le importaba, Rosario no se decidía á empezar. Algo bueno daría por salir del compromiso. Sin embargo, volaba el tiempo. Se le ocurrió entonces un modo indirecto de entablar la conversación peligrosa.

—Oye, tío—preguntó mientras reunía flores en una jarra de Delft,—ese conde de Nordis que presume de guapo, aunque ya le ha pasado el sol por la puerta, ¿trae pretensiones acerca de mí?

—¿Por qué dices eso?—preguntó Viodal volviéndose de súbito.—¿Se ha puesto pesado contigo?

—Un poco—declaró con gentil desvío la muchacha.—Es un pelma, y si vuelve le he de enseñar que no me gusta la gente patosa.

—Rosario—contestó gravemente Viodal,—ó ese hombre no te quiere, y en tal caso poco debe importársete de él, ó te quiere de veras, y entonces merece consideración. ¿Por qué me hablas de Nordis?—añadió sonriendo, con la paleta fija en el pulgar y el mango del pincel rodando entre los dedos.—Bien sé yo que Nordis no te quita el sueño, morena. Otros pensamientos tienes tú.....

—Es cierto, tío—respondió Rosario, asiendo por los cabellos la ocasión.—Perdóname si hasta hoy nada te dije; no me gusta tener secretos contigo; pero como no era todavía cosa formal, ni medio formal.....

Los labios del pintor blanquearon, y tembló el pincel que cogía.

—Según eso..... ¿es formal ahora?

—Formalísimo.....

—¿Bodas?

—Sí.....

—¿Con Felipe María?

Rosario no tuvo fuerzas para contestar sino inclinando la cabeza. Sentía en lo dolorido de la voz, en lo seco de las interrogaciones,

el sufrimiento apenas reprimido, el odio involuntario, queja y maldición juntamente. Y aquel hombre había sido para ella padre y madre; tal vez había sacrificado al deber de protegerla, á la ilusión de ver en ella una hija, los definitivos lazos que se contraen en la edad viril y son el consuelo de la vejez..... Desde quince ó diez y seis años atrás, desde que una mujer, vestida de luto y con una niña de la mano, había llamado á la puerta del pintor buscando asilo, Jorge Viodal no conocía más ternuras, más esperanzas, que su sobrina Rosario. Recoger el último suspiro de la madre; educar á la criatura, respetándola más que á una hija, porque á la hija se la respeta sin esfuerzo; librar la batalla cuyas huellas y estragos se escriben con prematuras arrugas en sienes y en frente; tal había sido el papel desempeñado por el pintor, y Rosario no lo ignoraba: por eso las palabras se detenían en sus labios, y un círculo de plomo comprimía su corazón. Pero Viodal, con varonil arranque, se levantó, depositando metódicamente los pinceles en la ranura de la caja abierta, colgando la paleta del gancho de níquel; y metiendo las manos en los bolsillos de su batín de terciopelo negro, sacó un cigarrillo, y con ligera ironía, adoptando festivo tono, murmuró:

—¿Esas teníamos, Sarito? ¿Y desde cuándo has arreglado tu boda?

—Tío—respondió ella, acercándose y cruzando las manos.—¡Por Dios, no te enfades conmigo! Ya sabes que si tú me lo prohibes..... no me caso, aunque me muera. ¿Exiges que se acabe todo? Se acaba..... Pero no me quieras mal.

—¿De dónde sacas que te quiero mal?—protestó el pintor, luchando para conservar su sangre fría, y ocupado, al parecer, en encender reposadamente el largo cigarrillo.—Es bien natural que te cases..... y también que yo lo sienta..... es decir, que sienta, no tu casamiento, sino separarme de tí..... Al fin te he tenido en mi compañía más de diez y seis años.

—Pero, tío Jorge—murmuró Rosario, afanosamente,—si no nos separaremos. Me pasaré el día aquí, en el taller, como siempre, limpiándote los pinceles..... cuidando de los pájaros y de las plantas..... ¿Había de dejarte? ¡Me sería imposible!

—Rosario—repuso el pintor, ya dueño de sí mismo;—no te apures, ni des importancia á lo que no la tiene. Te casarás y te irás con tu marido, y me verás ó no me verás; es lo que menos importa.

Has elegido, y ni yo ni nadie en el mundo puede oponerse á tu elección. Así como te digo esto, Rosario, hija mía..... yo, que no estoy prendado..... de tu futuro..... que no me ciega la pasion..... lealmente añado que tu elección no te hará dichosa; y esta creencia es lo que me pone así..... triste..... cuando tú rebosas felicidad.

Rosario bajó los ojos de nuevo. Su vanidad mujeril le sugería la maliciosa presunción de que siempre un enamorado es severo crítico del rival dichoso. El pintor debió de adivinar la sospecha de Rosario, y sonrió melancólicamente.

—No hablo de memoria, ni por ningún móvil interesado—continuó,—y es mi deber alegar razones. No has conocido otro padre, y me arrepentiría si por una falsa delicadeza no te previniese cuando corres un peligro. Te amargará la advertencia; peor sería que mañana te amargase la boda.

—Pero, tío..... No entiendo; explícate.

—Ya entenderás..... ¿Conoces los antecedentes de Flaviani?

—¿Los antecedentes?....

—Sabes que el hombre en quien te has fijado, tú, Rosario Quiñones, sobrina de un artista, criada en un taller de pintor, tú, sin bienes y casi sin nacimiento, aunque tengas en las venas algunas gotas de sangre española muy noble, ¿sabes que ese hombre es un hijo de rey?

—Vaya si lo sé.....—contestó Rosario rehaciéndose, resuelta á combatir.—Hijo del rey de Dacia. ¿Eso qué importa? Pero por su madre es de mi misma clase, y aún más abajo; al fin..... la Flaviani..... ¿qué? Una bailarina como la Taglioni ó la Cerito..... ¡Miren qué alcurnia! Todos los días se están viendo bodas desiguales, y felices. Ni he pensado en tal cosa, ni tengo para qué pensar.

—Pues yo no quiero el remordimiento de no haberte llamado la atención, cuando todavía es tiempo de evitar el daño. Se ven enlaces desiguales, es cierto; también lo es que la prudencia los condena; pero la desigualdad entre las clases sociales, cuando consiste en el nacimiento, puede borrarla el genio, la riqueza, el poder, la gloria militar, la artística..... La desigualdad entre la sangre real y otra sangre, jamás se borra. Un hijo de rey no puede casarse sino con hijas ó nietas de reyes. Si toma por esposa á una particular, tarde ó temprano, y generalmente temprano, llega el castigo. Una constante herida del amor propio acaba por ulcerarse y causar la

muerte..... la muerte de todo amor, de toda ventura. Si te casas con un hijo de rey, Rosario mía..... tú, que eres tan hermosa, tan digna de un trono..... tú le pesarás bien pronto á tu marido, como pesa una piedra al cuello; tú le humillarás, él se desdeñará de tí. Los reyes no se miden por el mismo rasero que los demás humanos..... Yo te conozco, y sé que este suplicio, para tí, es todavía más intolerable que para otra mujer.

Mientras Viodal revolvía en la herida el cuchillo, el rostro de su sobrina se descomponía por instantes, revelando cruel tortura. Las observaciones del pintor iban derechas á lo más íntimo de su ser moral, á su dignidad, á su generosidad, á la delicadeza de su cariño, á su altivez de española. Mortificada, sintió una cólera injusta contra el que la causaba dolor, y queriendo demostrar que no carecía de armas defensivas, afectó reirse, y alegó estas razones, contrarias á sus opiniones de la víspera:

—Tío, no parece sino que Felipe María Flaviani es, en efecto, un rey, y que al casarme con él me gano una corona. ¡Pobrecillo! Tan lejos está de esas grandezas, que no sólo le niegan el derecho á reinar, sino hasta la legitimidad del nacimiento. ¿Rey Felipe? Él mismo me ha dicho que no se considera más que el hijo *natural*, ¿oye usted?, *natural*, de la Flaviani. Es un bastardo, de quien su padre renegó.

—Pues míralo bien, Rosario; ahí tienes el cuadro de tu porvenir. Eso es lo que te espera á tí, lo que espera á tus hijos. Mañana, á su vez, por razones de Estado ó por razones de soberbia y miseria humana, Felipe María se divorciará, te repudiará, anulará el matrimonio. ¿Pretexto? Siempre hay pretextos. Sobra quien complazca á los grandes y á los poderosos. ¡Pobre chiquilla ilusionada! ¿A que ni te has enterado de la situación del país donde reina el padre de tu futuro? Yo sí..... yo tengo los ojos abiertos, y miro hacia donde tú no miras. Dacia es un país muy viejo y muy nuevo: viejo en tradiciones y leyendas, pero nuevo como nación. En otro tiempo no tenía reyes, sino príncipes soberanos, una cosa semejante á los margraves. Siempre andaba á la greña con los turcos y con los rusos; pero las altas montañas y el valor heroico de los montañeses preservaron su independencia. Hará poco más de un siglo, aliándose con Rusia, derrotó á los turcos, y se constituyó en nación europea. El abuelo del rey actual era todo un hombre; hizo progresar á su

patria. Hoy son los dacios un país casi civilizado, hija mía. Si antes sostenían su libertad como bandidos, ahora la sostienen como diplomáticos. No pierden de vista á Rusia, que no les quita ojo á ellos. Rusia se ha gastado bastantes rublos en crear allí un partido ruso, anexionista, y lo capitanea nada menos que el hermano menor del rey, el presunto heredero de la corona. Porque el rey de Dacia, el padre de tu elegido, no tiene hijos de su esposa legítima..... ¿Vas enterándote?

Rosario, inmóvil, aterrada, hizo seña de que sí.

—Entonces, ya adivinas lo que se prepara. Al morir el padre de Felipe, le sucederá el príncipe Aurelio. Rusia le exigirá el cumplimiento de sus compromisos, y la impopularidad de la anexión y del protectorado ruso hará que la mitad del país se levante contra el rey. ¿Qué bandera han de oponerle? La del príncipe Felipe María. Ahí tienes á tu esposo pretendiente á la corona. ¿Y qué alegarán contra él sus adversarios, los amigos de su tío? Siento decírtelo..... Primero recordarán á su madre..... á la Flaviani..... pero esa, desde el otro mundo, poco estorba..... Entonces saldrá su mujer..... "Se ha casado con la sobrina de un pintor....." "Una modelo....." añadirán los malos. "La amiga de Viodal" dirán los peores, los infames. Y publicarán grabados del cuadro de la Samaritana, con este letrero: "Retrato de la futura reina de Dacia, hecho por su tío....."

Rosario, pálida y yerta, abría desmesuradamente los ojos, como el que ve un fantasma..... Cada argumento se hincaba, á guisa de clavo agudo, en su cabeza. No podía desconocer la verdad de las observaciones de Viodal, aunque su engreimiento amoroso no las hubiese previsto, ni quisiese aceptarlas, aun tocándolas con las manos. En vez de revolverse ella contra los hechos, los hechos sordos y fatales se volvían—cosa bien natural, aunque ilógica—contra el que se los denunciaba implacablemente.

Se sublevaba, maldecía; deseaba lastimar á su vez. "Es inícuo,—pensaba,—que me diga estas cosas para desahogar el berrinche de que yo no le haya querido..... como él me quiere. Inícuo..... Se empeña en matarme..... Muerte por muerte, que me la dé Felipe....." Así los dos actores de esta triste escena se engañaban: Viodal, desgarrando el corazón de su sobrina, pensaba obedecer al deseo de salvarla de un desastroso porvenir; Rosario, al recibir sanas advertencias fundadas en la realidad, creía que la destrozaban el alma por envidia y por celos.....

—¡Cuánto me pesa afligirte, Rosario!....—murmuró el pintor con súbita y tierna explosión de pena. — Preferiría sufrir yo..... que al fin, tengo costumbre.....

—No me aflijo—exclamó Rosario con esfuerzo heroico.—Me sobra valor. Solo que necesito reflexionar, echar mis cuentas..... Pensaré, tío, pensaré.....

Pasóse la mano por la frente. Sus ojos, como dos negros pájaros, vagaron por el *hall*. Acordóse de que hacía una hora, al entrar allí, la idea de abandonar aquel caprichoso retiro, donde Viodal había reunido lo que más puede agradar y entretener á una mujer joven, la mayor poesía de que se rodea la poesía viviente de la hermosura y los pocos años, había sentido como nunca la gracia, la originalidad y el encanto de los *cuatro elementos,* notando en su espíritu, embriagado de ventura, la lozanía de las flores, el gozoso gorjeo de los pájaros, la misteriosa paz del agua y el amante é íntimo calor del fuego..... Ahora le parecía, por el contrario, que las plantas languidecían, que las aves sufrían de verse cautivas, que las ondas del acuario eran amargo llanto donde se morían los peces desterrados del Océano, y que la llama de la chimenea gótica, al iluminar las figuras grotescas y los místicos personajes de los tapices, descubría siniestras cataduras, ángeles doloridos, consumidos de melancolía eterna é incurable..... La creación, simbolizada por los cuatro lados del taller, se le figuró á Rosario algo fúnebre y espantoso, si le faltaba la luz del amor. Encaróse con Viodal, y exclamó impetuosamente:

—Tío Jorge, estimo tus advertencias..... pero ¡qué quieres! no es fácil precaverlo todo..... ¡Algo ha de quedar de cuenta del destino! Si Felipe me escoge es que tal vez me prefiere á la ambición. Yo le prefiero á cuanto hay en el mundo. Ya sabes que me paso de franca.....

Y recogiendo su bordada sotana oriental, escapóse del taller por la secreta puertecilla que bajaba á la casa del pintor, y que sólo usaban éste y Rosario..... No vió que Viodal acababa de romper entre los dedos el mango de un pincel fino..... ni pudo verle destapar el cuadro de la Samaritana y, asiendo la espátula, raspar con furor la cabeza.....

Media hora después subió la caja forrada de raso, y soltó en el *hall* á Dauff y al guapo conde de Nordis, que traía al artista un magnífico bronce griego, encontrado en ciertas excavaciones de

Dacia. Al "¿qué hay de nuevo?„ del cronista, siempre á caza de noticias, Viodal, impulsado por extraña necesidad de proclamar el motivo de su desesperación callada, dijo en voz que trataba de afirmar:

—¿De nuevo? Mucho. En primer lugar, que he borrado la *Samaritana*..... No quiero tratar ese asunto; es muy conocido. Otra novedad: mi sobrina va á casarse con Felipe María Flaviani..... Acaba de participármelo.

Dauff lanzó una exclamación de sorpresa; por el rostro de Nordis se extendió una satisfacción que apenas acertó á reprimir.

—¡Qué galán tan singular este Nordis!—pensó para sus adentros Viodal.—No quería á Rosario, no..... ¡Cómo le brillan los ojos de contento!

VII

Al llegar Rosario á su gabinetito, amueblado con virginal sencillez, la esperaba una visita: repantigado cómodamente en el sofá, leía un periódico Gregorio Yalomitsa en persona.

—No me darás hoy el chasco como ayer, paloma querida—exclamó el bohemio al ver á Rosario.—Pero, ¿qué es eso? Vienes muy desemblantada..... ¿Estás enferma?

—No—respondió ella con forzada sonrisa.—Un poco de jaqueca..... Ya se pasará.

—¡Jaqueca! ¡pch! Las mujeres dan una cada mañana é inventan otra cada noche..... Y las jaquecas de las muchachas, ya sabemos cómo se curan..... Sarito, perla oriental, ¡me parece que te traigo yo el remedio de la jaqueca!

Diciendo así, Yalomitsa reía de buena fe, con risa inocente y semisalvaje. Si el bohemio pudiese sospechar que, en efecto, tenía en sus manos en aquel instante el destino de tan noble y linda criatura, en vez de hablar capaz sería de arrancarse la pecadora lengua. Nadie que registre su propia historia dejará de encontrar en ella alguna página irónica parecida á la que Yalomitsa estaba viviendo; un día en que con intención cariñosa hirió en el corazón á la persona que

más amaba; otro en que, pensando dañar á un enemigo, le allanó el camino de la suerte. Por otra parte, el error que iba á cometer Yalomitsa se explicaba sin dificultad. ¿Cómo podía sospechar que la víspera Felipe había ofrecido su mano á Rosario, ni adivinar que sus palabras iban á ser comentario vivo de los funestos vaticinios del pintor? Creía Yalomitsa dar un paso altamente diplomático, y se frotaba las manos y sacudía la enmarañada melena, como un niño—¡y qué otra cosa era el bohemio!—á quien le sale de oro una diablura.....

—Sarito—empezó—déjate de remilgos; entendámonos, que sólo aspiro á hacerte bien..... Canta claro, tórtola..... ó no vuelves á oirme en el violín los *Gnomos*. No te pongas colorada....., no te eches á adivinar. Aquí sale el argumento. ¡Atención! Felipe María está muerto por tí..... y tú creo que no le matarás á desdenes!

—Yo.....—protestó Rosario.

—Te digo que te quiere Felipe, y que tú le quieres á él..... y si no le quisieses, de rodillas á tus pies caería Yalomitsa para pedirte que sí le quieras mucho. Siempre el cariño de una mujer como tú es regalo y bendición del cielo para un hombre; pero hay ocasiones de ocasiones, y no puedes imaginarte, lucero, el favor que harás á Felipe ahora atrayéndole y sujetándole á tu lado! Tú no sabes lo que pasa..... Yo te enteraré, hermosa, yo te enteraré..... y conspiraremos para esta buena obra. ¡Una obra de caridad!

—Venga la explicación—ordenó Rosario casi imperativamente.

—Verás..... curiosilla! ¿Te acuerdas del origen de Felipe?

—Ah! ¿De eso se trata?—dijo estremeciéndose la chilena.

—De eso. Felipe, nuestro Felipe, ha tenido la desgracia de nacer en las gradas del trono..... de eso que llaman el trono, y que es un potro de tormento y una picota ignominiosa. Por suerte de Felipe, anularon el matrimonio de sus padres, y le quitaron así la tentación de andar pretendiendo. Mas la ambición, que deshizo la tela, ha vuelto á urdirla. Hay en Dacia un pillo que se llama Stereadi y un bobo que se llama el duque de Moldau.....

—Adelante, adelante, Yalomitsa.....

—Ten paciencia, gitana..... Á ese pillo y á ese tonto, que son jefes de dos partidos importantes, se les ha puesto aquí hacer rey á Felipe. ¿Comprendes? ¡Nada menos que rey! ¡Como si no estuviese al quite, para defenderle, Gregorio, que le tuvo en brazos de chiquillo,

y que no quiere verle tan desgraciado y tan ridículo como su padre! Porque á su padre también le conocí: fuí su amigo íntimo, cuando no era más que príncipe de Dacia, y muchos, muchos escalones le separaban del trono maldito..... Pero verás tú lo que hace el diablo: se mueren los dos hijos del rey; el rey también espicha, ¡y le sucede Felipe Rodulfo! Una catástrofe. Imagínate tú que Felipe Rodulfo era el pícaro más feliz de la tierra. Esposo de la Flaviani, á quien adoraba, padre de Felipe, que era monísimo, loco por el arte, con una inteligencia para la música!..... ¡Qué conciertos recuerdo yo en aquella casa! Todos los jueves iba Listz..... La vida más encantadora que puede soñar un hombre. Y me lo arrebatan de su hogar, y me lo llevan á Dacia, á ese país de montañas peladas y de gente feroz..... muy poético, todo lo que gustes..... pero inhabitable..... y reine usted, y olvídese de que tiene familia, amigos..... Y anulan el matrimonio, y á la madre de Felipe la cubren de vergüenza, y á Felipe María me lo declaran bastardo..... y á Felipe Rodulfo me lo casan con una princesa de la rama de Edelburgo, una mujer como un palo seco, de la cual no tuvo hijos..... y le remachan el grillete de rey..... ¡Y ahora salimos conque les hace falta Felipe para sus chanchullos políticos, y sin más ceremonias nos le quieren robar! ¡Bueno fuera! ¡Tú y yo lo impediremos!.....—añadió estrechando las manos de la chilena.—Tú y yo..... Es preciso que os caséis, ¿lo oyes, chiquilla? Y os casaréis ¡voto á bríos! Y casado contigo no le hacen rey de Dacia, ni de bastos..... La historia de la Flaviani fué buena para una vez..... ¡No se anula tan fácilmente un matrimonio contraido en toda regla, bajo las leyes de Francia! ¡No se repite á cada veinte años la farsa del repudio de una mujer intachable!

—Pero, por Dios, Yalomitsa—preguntó Rosario, con una tranquilidad que asustaría al que leyese en su pensamiento;—¿no se encontrará usted sugestionado con la aprensión de un imaginario peligro? Felipe María ha vivido muchos años ajeno á la idea de que nadie se acuerde de él para la sucesión al trono. Jamás le he oído mentar cosa semejante. Me parece que ve usted visiones.

—Sarito, tú no entiendes palotada de política—respondió majestuosamente el bohemio, guiñando con malicia el ojo derecho, mientras el otro sonreía y brillaba.—Hija mía, la política da muchas vueltas..... mientras nosotros dormimos y roncamos y ni nos acordamos de esa harpía. Ya te dije que hay en Dacia un pillo y un

memo; que ambos quieren servirse de Felipe, bajo pretexto de que representa la causa de la independencia, la causa nacional..... Lo sé de cierto. Uno de ellos vino en persona á París.....

—¿Le ha visto usted?—dijo ansiosamente Rosario.

—¡Ya lo creo! Parece una lechuza..... Es el vejestorio..... El otro no vino; comisionó á un buen peje, Sebasti Miraya..... Como que se dirigieron á mí para que Felipe María los recibiese *en audiencia* (así dijeron los muy serviles)....

—¿Y les recibió?—insistió la chilena.

—En su casa.

—Y..... ¿qué resultó de la entrevista?

—Que les ha regalado unas calabazas monumentales. ¡No; si Felipe conoce lo que le conviene!

—¿Ha rehusado, dice usted?

—Solemnemente.

—¿Cuándo?

—Hace cuatro días.

Rosario calló. Concordaba fechas, y la verdad se le aparecía, más que clara, refulgente. Felipe María no pensaba casarse con ella, hasta que el mensaje de Dacia le presentó la tentación de la corona. Para atarse las manos y no retroceder, para quemar las naves, en una palabra, buscaba á Rosario. No era el amor ciego y victorioso, sino la reflexiva cautela, lo que inspiraba á Flaviani su declaración bajo el cedro, en el Jardín. Sus mismas palabras, que la muchacha descifraba ahora, lo probaban sobradamente. Bien decía Viodal: á Rosario le tocaba desempeñar el papel de la rémora, del obstáculo. Por ella y á causa de ella no alcanzaría Felipe el puesto á que tenía derecho hereditario. ¡Y qué puesto! Rosario entendía que ninguna aspiración podía compararse á la que renunciaba Felipe. ¡Reinar! ¡Un rey! ¡Sonora y misteriosa palabra, envuelta en púrpura y en oro!

La vieja sangre española hablaba en Rasario; el rey era sacrosanto, era la majestad y el derecho, la persona á quien todos deben amor y abnegación, el dueño de vidas y haciendas..... Después de Dios, el rey, y abajo del rey, ninguno..... Al par que la española de raza, entusiasmábase la hija de Chile al saber que Felipe representaba, en su patria, la independencia..... ¡La independencia! ¡Cuánta sangre vertida por ella; la del mismo padre de Rosario, que había

muerto exhalando ese mágico grito! ¡Un rey! Felipe podía ser un rey, si no se echaba al cuello la cadena de un absurdo enlace..... ¡Ah, Felipe María! Rosario te salvará, y tú no sabrás nunca cuánto te ha querido la mujer que va á rehusar tu mano, que á su vez va á colocarse en la absoluta imposibilidad de hacerte daño, de atravesarse en la senda de tu grandeza y tu gloria!

Con uno de esos arrebatos humorísticos que á veces provoca el exceso del dolor, Rosario se rió. La risa era crispada, agria, discordante, pero Yalomitsa la tradujo á su manera.

—Ríete de los mochuelos..... ¡Las despachaderas que les dió Felipe!

—De ellos me río, Gregorio—declaró, levantándose y paseando por el gabinete.—¿Habían de poder más que nosotros? ¿Cuándo prevaleció nadie contra el arte, el arte sublime y divino? Yo he nacido artista, Gregorio, y artista moriré: sólo con un artista puedo unirme, sólo la vida del arte me lisonjea. Te prometo hacer á Felipe mucho bien, Gregorio..... Ahora abre ese piano y toca ahí la música de la *danza del chal*..... Estoy tan alegre, soñando en mi boda, que tengo ganas de bailarla.

Con un movimiento súbito, Rosario arrancó la flecha de oro que sujetaba su moño, y se desciñó la faja roja de crespón, para que hiciese de chal. Acordábase de la escena del final de *Gioconda,* y sentía no poder clavarse un cuchillo, muy agudo, que partiese de golpe el corazón, para que cesase de latir y de doler..... Arqueando los brazos y cogiendo la faja por ambos extremos, comenzó aquella danza lenta y provocadora, de lánguidas inflexiones, que á veces tiene un giro rápido, como vuelo repentino de ave que se lanza al azul del cielo, y recae fatigada, columpiándose en una rama. Los negros cabellos sueltos exhalaban, al flotar en el aire, embriagador perfume de violeta, y la cabeza, echada atrás, oscilaba al ritmo suave del baile oriental..... Yalomitsa reía candorosamente, hiriendo las teclas, mientras la banda roja describía espirales y venía á enroscarse al talle cimbrador de Rosario.....

Al siguiente día, en la edición de la mañana del periódico *La Actualidad,* sección de los *Ecos*, que Dauff firmaba con el pseudónimo *Topaze*, se leían dos noticias: la salida para Vlasta del ilustre duque de Moldau, consultado con un célebre facultativo, y la boda concertada de un joven de misterioso y alto origen, con una beldad

á quien servían de marco "los cuatro elementos,„ y de pedestal el arte..... Y aquella noche, en la bandejita del correo, encontró Rosario una carta de letra desconocida; sólo contenía estos renglones:

"Si no es usted ambiciosa y quiere de veras á Felipe Leonato, no se case usted con él. Y si es usted ambiciosa, lo mismo, pues casado con usted, no le queda esperanza de *llegar á ninguna parte.*"

Rosario sonrió amargamente al arrugar la carta y arrojarla con su sobre á la encendida chimenea. No era necesario el aviso, Sebasti Miraya; no hacía falta ninguna. Antes de recibir tu anónimo estaba bien decidida Rosario. Inútil añadir grados á la calentura de abnegación que la abrasaba. Tu aviso, Miraya, era un rasgo de habilidad; era contar atrevidamente con la generosidad de una mujer, cuya alma habías leído en su rostro; pero tu aviso llegaba tarde. Hecho una bola, cayó en el fuego, y en cada fragmento del papel se encendió una chispa de llama; tostados ya, veíanse aún las negras letras.

En el espíritu de Rosario no quedaba, desde antes de leer el anónimo, ni sombra de incertidumbre, ni rastro de egoista vacilación. Era preciso despejar la senda por donde marchaba Felipe, y pronto, y alegremente, ó al menos con tal ficción de alegría que engañase á los más perspicaces. Y Rosario, llamando á su criada, dió varias órdenes terminantes y repetidas, pidió un ponche de rom y se acostó temprano. Al otro día se levantó febril, pero disimuló las huellas de la lucha moral con esos artificios de tocador que en la juventud son infalibles y después de pasada la juventud contraproducentes. Bañada, fresca, divinamente peinada, se vistió un traje flojo de lana blanca, que sujetó al talle con un cinturón de cuero bordado de turquesas. Preparada así, subió al estudio y encontró á Viodal esforzándose por rehacer la borrada cabeza de la Samaritana, inspirándose en la de una modelo, una jovencilla hermosa, pero de líneas poco nobles.

Se interpuso la sobrina de Viodal, y dijo afablemente á la pobre muchacha:

—Por hoy se ha terminado la sesión. Puede usted retirarse.

Apenas hubo descendido la caja de vidrio, volvióse hacia el sorprendido pintor y exclamó con alarde de queja mimosa:

—¿De cuándo acá, tío Jorge, tienes tú para ese cuadro más mo-

delo que tu Sarito? ¿Qué traiciones son estas? ¿Crees que me dejaré suplantar resignada?

—Hija mía,—contestó el artista manifestando extrañeza,—no me parecía decoroso que la futura nuera de una testa coronada anduviese rodando por las Exposiciones....., en traje de hija de Samaria y de pecadora..... El arte tiene sus fueros, pero no llegan á tanto. Yo respeto tu decoro.

—Mi decoro, y sobre todo, mi gusto, es que aproveches esta pobre cabeza, que no sirve para otra cosa, en tus cuadros.

—Para el tiempo que había de aprovecharla, Sari.....

—Si tú quisieras..... la aprovecharías toda la vida.

Viodal se incorporó, cogió de las manos á su sobrina, la llegó á sí, y mirándola de cerca y con inquietud, exclamó vivamente:

—Tú tienes algún disgusto grave, Rosario..... En el eco de tu voz conozco las ganas de llorar, y que las reprimes..... ¿Qué sucede? Vamos, explícate, sin cortedad.....

—Tío, lo que sucede..... Mira, sucede que estoy arrepentida de haber pensado en bodas. Te sobraba razón: era un desatino. Ni yo le convengo á Felipe María de Leonato..... ó de Flaviani..... ni él me conviene á mí.

—Vamos,—dijo Viodal chanceándose,—monos tenemos; riñitas de novios.

—No, tío, yo no gasto monos, ni riñas; hablo en serio..... hasta cuando me río, hasta cuando canto y bailo. He reflexionado..... también reflexiono..... y antes se hundirá la bóveda celeste que casarme con Felipe María.

—Querida, siéntate,—suplicó tiernamente Viodal.—Serénate; tus manitas arden. Me parece que tienes fiebre..... ¿A ver? Vaya.....—murmuró, aplicando la palma de la mano á las sienes de su sobrina.—Calentura, pulso alterado, de fijo..... ¿Qué te ha hecho tu novio?—añadió frunciendo las cejas.

—Nada, tío, nada. No he visto más á Felipe desde que hablé aquí contigo. Dí orden de que si venía á preguntar por mí, le dijesen que estoy indispuesta y que no recibo á nadie. Créeme; lo que me pasa es que he reflexionado. ¿Soy incapaz yo de hacerme cargo de las cosas? Tus advertencias eran el Evangelio: lo he reconocido, y se acabó. Para mí, como si Flaviani no hubiese existido nunca.

—¿Pero..... sigues..... queriéndole?—preguntó Viodal resistiendo heroicamente á sus impresiones de insensato júbilo.

—No sé,—declaró Rosario.—A veces creo que te quiero más á tí. El dejarte era una ingratitud que, al fin y al cabo, me hubiese hecho desgraciada; á bien que no llegué á cometerla. Si me estimas, olvidemos este episodio..... y tómame por modelo..... y..... y por lo que quieras..... ¡Por lo que quieras!

—Piensa bien lo que dices, Rosario,—balbuceó Viodal, sintiendo que no acertaba á dominarse.—No eres una niña que desconozca el sentido de las palabras que pronuncia. Tienes ya veintidós años cumplidos, y te has educado..... un poco á la norteamericana. Yo paso de cuarenta. Soy un viejo. Si me haces soñar y después me despiertas..... ¡Ah, Rosario!, me das la muerte.....

No parecía en aquel momento Viodal un viejo, ni siquiera un hombre maduro. Las arrugas y las tintas amarillentas que un padecimiento hepático había extendido sobre su cara larga y huesosa, inteligente y entristecida, desaparecían como por encanto al conjuro de la pasión. Sin duda era, más que un viejo, un envejecido, y la fuente del sentimiento corría viva y fresca debajo del marchito follaje de otoño. Ardorosas ilusiones transformaban su cara, chispeando en sus ojos castaños, llenos de luz, y dilatando sus labios todavía sinuosos y turgentes. La austeridad del método que Viodal había practicado, se revelaba en aquella fuerte y sana emoción, delatando un organismo rico aún de savia vital.

—También te daría la muerte al apartarme de tí,—declaró Rosario, que necesitaba exaltarse en la abnegación.—No tengas miedo, no te despertaré. Yo sí que soñaba..... disparates. Tú me abriste los ojos. No será Rosario Quiñones quien sirva de estorbo á su marido. Yo estaba ciega. Ahora veo..... ¡te veo á tí!

Una dulce mirada, límpida, inconmensurable como el sacrificio, completó la frase y envolvió al pintor, que con timidez suma se había aproximado á su sobrina, ocupando el ángulo del amplio diván, en esa posición que ni es estar sentado ni acabar de arrodillarse. Los que nunca esperaron una dicha grande, la reciben, cuando llega, sin esa embriaguez y esa arrogancia provocativa y graciosa de los acostumbrados á ser felices. Viodal notaba en sí impulsos de pedir perdón á Rosario; de cuanto podía inspirar la seductora Samaritana, lo único que en aquel momento advertía el pintor era una

compasión, una dolorosa piedad, como la que sienten las madres á la cabecera del hijo enfermo. El momentáneo arrebato amoroso declinaba á efusión espiritual, purificada, melancólica. Fué preciso que la misma Rosario alargase la mano, tomase la de Jorge, la acercase á su rostro, y la besase santamente.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Continuará.

CARTAS DE TIERRAS LEJANAS

ADEN

I

Entre nueve y diez de la noche el vapor se puso á media marcha. El capitán había subido al puente, donde hacía la guardia el primer oficial; el segundo estaba con la gente á proa. Teníamos enfrente la costa de Asia, pero solamente la vista ejercitada de los marinos podía distinguirla. A bordo no se oía más que la respiración potente y pausada de la máquina y el timbre del telégrafo, por el que el capitán enviaba allá las órdenes. El primer oficial registraba con los anteojos las masas de sombras que la proa del vapor iba cortando. Sonó otra vez el timbre, acortóse más aún la marcha, un hombre salió del puente á una tablilla que de él proyectaba sobre el mar por la parte de estribor y largó la sonda.

—Doce,—dijo al recogerla.

Otra vez balanceó el plomo, lo dejó ir cuando la oscilación lo llevaba hacia proa, cobró al sentir fondo y á la luz de un farolillo leyó las señales.

—Diez y media.

Y así siguió sin cesar, pero con calma.—Diez, diez, nueve y media;—iba cantando aquella voz, sin eco ni resonancia, única que del barco se alzaba, rompiendo el silencio de la noche.—Ocho, siete y media.

El capitán se asomó sobre la barandilla del puente hacia proa.

—¿Listas las dos?—dijo.

—Listas—contestaron de allá.

El hombre de la sonda seguía:

—Siete y media, siete, siete, seis y media.

—Fondo—gritó el capitán.

Las dos anclas cayeron al agua casi á un tiempo, levantando grandes salpicones; oyóse el ruído de las cadenas resbalando por los escobenes. El vapor había dado fondo en medio de la bahía de Aden.

Nada se veía de la costa. Algunas luces que brillaban acá y allá debían ser los faroles de otros buques. Fuera de eso, la obscuridad era perfecta, lo mismo abajo que arriba.

La tierra, que debía estar á un par de millas, ni aun se adivinaba en el conjunto de sombras que nos rodeaban; el cielo, casi todo cubierto de nubes, no despedía ni esa claridad estelar que en las noches sin luna lo llena todo de un resplandor tenue.

Cuando el ruido del fondeo hubo cesado y el vapor con toda su gente parecia dedicarse al descanso, empezaron á percibirse lejos, lejos, cantos monótonos de modulaciones nunca oídas. Las voces, plañideras y chillonas, acompañaban al batir acompasado de los remos, y todo ello, cada vez más distinto, iba llegando por sobre las aguas tranquilas y despertaba la idea de aquel país extraño, casi salvaje, que nos rodeaba. Presentábanse á la imaginación procesiones de ídolos horribles, llevados en embarcaciones por negros pintarrajeados, ó ceremonias acuáticas, presididas por sacerdotes adornados con trofeos humanos.

Luego, dominando las voces y el ruído de los remos, dejóse

oir un batir más agitado y violento, que con más rapidez también se aproximaba, y á los pocos minutos una lanchita de vapor llegó al costado nuestro. El capitán asomóse á la baranda del puente por la banda de estribor, y desde allá arriba habló en inglés con uno que en la lancha estaba. La conversación duró muy poco; el vaporcillo, azotando otra vez con su hélice las tranquilas aguas de la bahía, se alejó hacia la costa, y momentos después de haber llegado desaparecía nuevamente en las sombras.

Para entonces, habíanse ya acercado los remeros y nos rodeaban. La claridad que irradiaban las luces de á bordo permitía verlos. Eran negritos de pelo rizoso, bajitos, desmedrados, que venían en barquichuelas largas y muy estrechas, construídas, á juzgar por su forma, con el tronco de un árbol. Habían dejado los remos, puéstose en pie, y se agitaban desesperadamente, sacudiendo brazos y piernas, como si, disgustados de tener tales extremidades, quisieran lanzarlas al fondo del mar. Gritaban con sus voces roncas ó chillonas, pero destempladas todas, con aquellas voces, únicas en el mundo para modular los cantos que antes habíamos oído, y su grito, tan repetido y constante como sus movimientos, era siempre el mismo.

—Peseto, musiu, peseto, á la mer, á la mer.

Pedían que les tirásemos monedas al agua para sacarlas buceando, y á fin de dárnoslo á entender con más claridad, se zambullían, y nadando como peces volvían á sus barquichuelas. Pronto se convencieron de que, ó por lo tardío de la hora ó por falta de voluntad nuestra, el trabajo no había de ser lucrativo; sentáronse en el fondo de las canoas, pusieron proa á tierra y el mismo canto monótono y quejumbroso se fué alejando sobre la tranquila superficie del mar, acompañado por el chapoteo acompasado de los remos.

II

A la mañana siguiente, como no hubo baldeo por estar dedicada la tripulación á las faenas de carga, no me desperté hasta que tocaron la campana para el desayuno. Estábamos en medio de la bahía, pero más próximos al extremo Este, que es donde se asienta la población europea. Por una y otra banda veíamos las montañas que, avanzando hacia el Sur, hacen la ensenada, y allá á proa la playa que forma el fondo, corriendo de falda á falda de los montes. Estos eran escuetos, angulosos, sin árbol ni mata que los cubriera, y la playa baja, tan baja que, á no fijarse bien, creeríase que allí no había tierra. Por encima de la montaña en que se apoya Aden, iba á salir el sol; daban sus rayos rosados en los picachos de la otra parte, y parecían ellos rosados también, rojizos, no verdes ni azulados como los montes que uno ha visto. Estaban lejos de nosotros y, sin embargo, diríase que los íbamos á tocar. Apareció el disco inflamado del sol; la atmósfera seca, sin el más ligero vapor que empañara el azul del cielo, tenía una diafanidad tal, como no podría encontrarse en otro lugar de la tierra ni aun en el día más claro, y bajo aquella luz implacable, que destacaba todos los contornos y daba relieve á las masas más pequeñas, las montañas peladas aparecían en toda su desnudez.

Arrancaban de la orilla misma del mar, con pendientes inverosímiles, ganaban en seguida alturas grandísimas y caían otra vez con taludes que se aproximaban á la vertical. No tenían las curvas suaves de nuestras montañas, ni sus laderas

tendidas; eran á modo de montañas de teatro, hechas de cartón, con salientes y proyecciones imposibles, bajo la idea de que no habría de pretender pisarlas persona alguna.

La misma novedad del paisaje, la idea de que aquel pedazo de tierra era algo esencialmente original, no europeo, producía mayores deseos de verlo más de cerca.

Al costado del vapor, junto á la escala que acababan de echar para que bajase el sobrecargo, había un botecillo algo mayor que los que vinieran la víspera, y en él cuatro negritos que me invitaban á ir á tierra. Contra la costumbre, no habían puesto el cartel que anuncia la hora en que se continúa el viaje; pero ya que el sobrecargo iba á tierra, y sin él no habían de marchar, bien podía permitirme yo el gustazo de poner el pie en la playa. Dos compañeros de viaje que en aquel momento subían á cubierta, se decidieron á seguirme.

Entramos en la lanchita; los negritos reíanse enseñándonos los dientes; se sentaron en sus banquillos y, á una, rompieron á remar y á cantar los mismos cantos de la víspera. Dos de ellos tenían el pelo enrojecido, á fuerza de cal, y todos áspero y rizoso. Remaban bien, para lo que podía esperarse de sus figurillas raquíticas, y los remos llevaban el compás del canto con matemática precisión.

Volví un momento la cabeza para ver el vapor. Allí sí que parecía grande, asomando su mole por cima de los remolcadores que iban y venian, y sobre las inmensas barcazas negras arrimadas á él, de las que, otros negritos semejantes á los que nos llevaban, iban subiendo sacos y sacos de carbón, no más negro que ellos. Comenzaban á llegar lanchas y botes, que llevaban vendedores, y su movimiento incesante alrededor del gran casco de hierro en reposo, dábanle mayor apariencia de grandeza y fuerza.

Los rayos del sol, muy oblícuos aún, hacían saltar en la superficie tersa del agua hacecillos de chispas; los negritos remaban y cantaban, enseñando los dientes y haciendo gestos de mono. Desde el vapor á la playa nos cruzamos con los bu-

ceadores de la víspera, que volvían en sus troncos ahuecados, remando con paletas anchas y cortas. Iban cantando, como siempre, y al vernos parábanse para darnos las mismas voces que la noche antes:

—Peseto, musiu, peseto, á la mer, á la mer.

Algunos dejaban canoa y remo, tirábanse de cabeza al mar, en dos brazadas alcanzaban otra vez el remo, que dejaran flotando, subían á su pedazo de madera, y seguían su camino. Unos cuantos llevaban pantalón; otros, una blusa destrozada, la mayor parte, un pedazo de tela rodeado á la cintura y atravesado después de atrás á adelante, pero á ninguno le faltaba en la muñeca derecha un aro de bronce, de piedra, de cristal ó, por lo menos, un trozo de trapo rojo liado á modo de pulsera.

Más cerca ya de tierra, pudimos distinguir los zig-zags de un camino que subía al monte, pero tan endiabladamente empinado, que sólo las cabras debían ser capaces de treparlo. En el monte mismo en que se apoya Aden, pero en la falda opuesta, en la que mira á alta mar, veíanse los fuertes de los ingleses, sus cuarteles, formando gigantescos escalones, desde la playa hasta la mitad de la pendiente. Blancos todos, con el techo plano, miraban al mar con mil ojillos por sus ventanitas cuadradas; diríase que buscaban en él alguna otra isla que ocupar.

III

Atracamos á un espigoncillo de piedra que de la playa avanza unos cuantos metros agua adentro. En lo alto, un indio inmenso, tieso é inmóvil, con el uniforme de los *policemen* ingleses, parecía un hito colocado por *John Bull* para acreditar que también aquella tierra era suya. Preguntónos cuánto ha-

bíamos pagado, y como, al parecer, fuera lo justo, mandó á los del bote que se marcharan.

Frente al muelle en que desembarcamos, á cincuenta pasos de él, corría, paralelo á la playa, el monte, escueto, erguido, inaccesible. A nuestra derecha veíase un fortín abandonado, que elevaba sobre el mar cosa de cuatro ó cinco varas sus viejos muros coronados de almenas, por entre las que asomaban las bocas llenas de herrumbre unos cuantos cañones. A la izquierda, un camino bastante ancho y algo más alto que la playa seguía á manera de cornisa entre ella y el monte. Por este camino venían á todo correr dos ó tres cochecillos, guiados por indios, que de pie en los pescantes nos hacían señas con el látigo. Tomamos el que primero llegó, y por el mismo sitio que viniera se volvió llevándonos.

Después de unos cuantos cientos de pasos el monte se retira, ensánchase el camino, y en un seno que hace la sierra queda una esplanada bastantemente ancha, donde, en forma de media luna, se extiende la población europea de Aden. En la primer fila de casas están las tiendas, las oficinas de los comerciantes, los consulados, los hoteles; detrás siguen otras y otras hileras, hasta subir trepando por la falda del monte. Ese primer frente de edificios es largo, muy largo, entre el arco qae hace y la playa queda una plaza grandísima, que tiene por panorama la bahía, y al fondo los picachos que por el Oeste la cierran. Las casas son bajas, de un piso, con terrado encima, como las de Andalucía; la mayor parte de ellas tenían la planta baja ocupada por tiendas, en cuyas puertas colgaban grandes cortinas blancas ó azules, destinadas á defender un poco el interior, del calor y la luz, que la reverberacion en la arena de la plaza hacía aún más fuertes.

Pasaban ingleses vestidos de blanco, con cascos blancos también; soldados, con la gorrita inclinada á un lado, sujeta por el barbuquejo, y el andar suelto, airoso y decidido; negritos semidesnudos, muchachillos de Ceylan ó de la India, con saquitos en la mano, proponiendo á voces el cambio de mone-

da; judíos, con grandes batas de colores obscuros; árabes, envueltos en sus ropajes blancos, la cabeza ceñida por el turbante, más blanco aún; cipayos del ejército de la India, con el uniforme á la europea y en la cabeza el casco rodeado por las vueltas de un *pagri* de seda de su tierra.

A bordo habíannos dicho que lo más interesante era la población indígena, que está á más de una legua de la otra, y las cisternas abiertas allá arriba, en el monte, cisternas donde se conserva agua para surtir á la colonia hasta siete años, hechas en previsión de las largas sequías de aquella tierra y llenas en unas cuantas horas de lluvia torrencial; pero para ver todo eso hacía falta tiempo, y nosotros no disponíamos de él: preciso era conformarse con ver lo que teníamos delante.

Entramos por una de las bocacalles que salen á la plaza, y dimos en el mercado de camellos. Había muchos, quizás ciento, sentados sobre sus patas dobladas, hasta que las excitaciones de sus amos los hacían levantarse. Arabes, indios, somalis, negros, los unos con actitudes y muecas de mono, los otros serios y graves, compraban y vendían, reconocían á los animalones aquellos, los hacían andar, los montaban.

Luego volvimos á la plaza, recorrimos unas cuantas tiendas, bebimos una botella de soda, tan mala y calentuza como la de cualquier otra parte, vimos bronces, sedas, plumas, pieles de tigre, cuernos de antílope, cajas de sándalo, bastones de ébano, todo lo que se ve en cualquiera de las escalas del extremo Oriente, desde Port-Said al Japón.

A última hora, por llevarnos algún recuerdo, entramos en una fotografía á comprar unas cuantas vistas.

Era una habitación cuadrada, con dos puertas; por una de ellas entramos nosotros, la otra, cerrada por una hoja, con cristales de colores, daba paso á la galería. En la pared, sujetas con clavillos, había vistas de la población, retratos de árabes, paisajes; por todo mueblaje, en medio de la habitación, un velador redondo cubierto con un tapetillo verde, sobre el cual se alzaba un montón de fotografías. A uno y otro lado

de él, un viejo y un joven las recogían en grandes cartapacios de cartón negro. Al vernos, hicieron una reverencia, y á falta de sitio mejor en que ponerlas, dejaron las carpetas en el suelo.

El objeto de nuestra visita debía suponerse, por lo que, sin dar lugar á que habláramos, el viejo empezó á enseñarnos las fotografías del velador. Separamos unas cuantas, no muchas, preguntámosle en inglés cuánto valían, y él nos lo contestó en inglés también, pero con tan mal acento, por lo menos, como nosotros. Una de las vistas que habíamos escogido tenía el margen algo roto. Observólo el viejo, y volvió la vista buscando sin duda al joven, pero éste ya no estaba.

—Simón,—dijo.

El muchachín volvió á entrar.

—Busca la otra como ésta, y trae las tijeras.

Lo dijo así, tal como lo escribo, en español perfectamente claro, sin acento de extranjería.

Quedámonos mirando unos á otros. Si viérais qué efecto tan extraño hacía nuestra lengua hablada por aquel viejo como suya propia, en la tienduca aquella, allá en un rincón del mar de las Indias.

—¿Es usted español?—le pregunté.

Pareció casi tan sorprendido como nosotros; sin duda no eran muy frecuentes las visitas de compatriotas.

—Yo, no señor,—contestó,—mis abuelos lo fueron.

—¿Y usted no ha estado nunca allá, en la tierra?

—No, señor; costaría mucho, y además, ¿para qué? Toda nuestra gente marchó también.

El viejo se animaba hablando. Bajó la vista hacia la mesilla, luego la levantó á nosotros, y con sonrisa triste, dijo:

—Ya ve usted, en cuatrocientos años que han pasado desde que salimos de España, ¿qué recuerdo nuestro puede quedar?

Entonces comprendí que aquel que teníamos delante era un descendiente de los judíos que en el siglo XV salieron de

España. ¡Pobre gente! Echados de su país como perros, no por eso le guardaban rencor y conservaban fielmente su lengua de generación en generación, como testimonio viviente de su origen y su triste historia. Con ella habían peregrinado de pueblo en pueblo los abuelos de aquel viejo, hasta que años, muchos años antes de hoy, llegaron á la playa de Aden, triste y árida, cien veces más que ahora, y en ella descansaron de la jornada que debía ser bien fatigosa en verdad, cuando les hizo apetecible el descanso en lugar de tanta desolación.

Nos contó, que en Aden eran muchas las familias de judíos que había, pero que no todos eran judíos españoles; que estos formaban algo así como una aristocracia, que se desdeñaba de tratar con intimidad á los otros, con quienes rara vez se contraían enlaces. Habíalos entre ellos ricos y pobres, pero todos conservaban con igual cariño la lengua patria, todos la enseñaban á sus hijos, procurando que la hablasen antes y mejor que otra alguna; en ella decían los rezos en la Sinagoga, y en ella estudiaban el Talmud y la Biblia. Y no era solamente en Aden donde los había: él conocía judíos españoles en el interior, tenía noticias de otros que residían en Suez, en El Cairo, en todo Egipto, en Europa, y sabía que todos formaban una raza dentro de su raza, y hablablan español como propio idioma donde quiera que estuviesen.

Un sobrino tenía el, llamado Ruben Baena, que había recorrido el Oriente de Europa y encontrado buena acogida y protección en todas partes entre sus hermanos los judíos españoles. De él había recibido carta últimamente, diciéndole que se iba á casar en Damieta con una judía, española por supuesto, y allí estaba la carta precisamente, escrita en castellano, pero con caracteres hebreos, lo cual hacía que no pudiéramos entenderla; lástima, porque su sobrino escribía como el que mejor.

Hablaba el viejo con animación, con soltura, sin prisa, veíase que tenía gusto en contar todo aquello, y el muchachín lo escuchaba sonriente, mirándonos á nosotros, gozoso al ver la atención con que los extranjeros oían á su padre; él también

hablaba aquel idioma de la familia, extraño en el país en que había nacido.

Muchas veces he tratado de recordar si en el castellano que habló el judío de Aden había palabras ó modos de decir antiguos y nunca he podido traer á la memoria frase ni palabra de las que él empleó. En aquel momento sólo pensaba en oirle, que me parecía como oir á uno de los que salieron de España, algo así como tener delante vivo y hablando á un contemporáneo de D. Fernando y Doña Isabel, á uno de los que *supieron la noticia* de la toma de Granada, de los que vieron salir á Torquemada de la cámara real y oyeron leer por boca del pregonero el decreto de expulsión.

Hablando de aquellas cosas, de su lengua, de su raza, de lo que era la patria para el que no la tenía, eran sus palabras tan sentidas, su actitud tan noble, que en toda mi vida se me borrará el recuerdo de aquel viejo de barba blanca, de perfil recto, hebreo, de ojos vivos, envuelto en la gran bata obscura, apoyada una mano sobre el velador, en tanto que la otra, con ademanes pausados, acompañaba á la palabra.

Mucho tiempo hubiéramos estado escuchándole si de pronto no oyésemos, venido de muy lejos, un silbido que á intervalos cortos se repitió tres ó cuatro veces.

—El vapor.

—Si le diera la idea al capitán de marcharse sin nosotros.

Recogimos las fotografías, dimos la mano al viejo y salimos. Los dos judios salieron á la puerta á decirnos adiós.

Montamos en el coche y el caballo arrancó al trote. Volví la vista: el viejo y el niño tenían levantada la cortina de la puerta y con la mano puesta sobre los ojos, que el sol de fuego ofuscaba, nos miraban alejarnos.

IV

No fuimos á dar al muelle donde desembarcáramos. A pocos pasos del extremo de la plaza el coche se paró bajo el cobertizo de un pequeño embarcadero, donde había amarrados otros botecillos como el que nos había traido. Un policía nos indicó cuál debíamos tomar, enbarcamos en él y cuatro negritos iguales á los de la ida, desatracaron de un empujón y con el mismo canto comenzaron á remar vivos y ágiles bajo el calor de horno que caía.

Allá lejos el vapor lanzaba por la chimenea borbotones de humo; las barcazas, arrastradas por los remolcadores, iban separándose de él; algunas lanchas de vendedores volvían ya. ¡Con tal que llegáramos á tiempo!

A mitad de camino encontramos un bote en el que venía de pie un árabe, con el traje vistoso de los que entre ellos ejercen autoridad, traje que podéis ver en cualquier cuadro en que aparezcan árabes. Aproximóse á nuestra lancha, dijo á los negritos algo que nosotros no entendimos, y luego en inglés dirigiéndose á nosotros:

—Quick, quick.

Los remos se movían más á prisa; para animarlos más aún, prometimos dos chelines de propina y el bote dobló materialmente su velocidad.

Junto al vapor sólo se veían las canoas de los buceadores; que seguían gritando y echándose al agua. Hacia tierra, lejos ya, iban los remolcadores, los lanchones con sus racimos de hombres negrísimos, horribles, subidos en los dos castilletes.

Oíamos el ruido de la maquinilla del vapor, el de la cadena

subiendo otra vez por los escobenes, las sacudidas que daba al soltarse un nudo de eslabones. Indudablemente nos habían visto ya, no era posible que se marcharan sin nosotros, mas á pesar de todo, parecíanos que no íbamos á llegar nunca, y á cada momento decíamos á los negritos.

—Quick, quick.

—Quick, quick, repetían ellos riéndose y enseñando los dientes.

El ancla de estribor, la que nosotros podíamos ver, salió del agua; la maquinilla dió unos cuantos golpes más, y calló: el vapor iba á echar á andar. Pero ya estábamos cerca, veíamos los pasajeros asomados á la baranda, por debajo de la gran cenefa de lona. En el puente, el capitán daba órdenes. Miró hacia nuestro lado y nos reconoció. Desde donde estábamos, comprendimos por su gesto que sólo por nosotros esperaba. La hélice aun no daba vueltas. Pasamos rascando la proa del barco. A la parte de allá, á babor, que es donde pendía la escala, treinta ó cuarenta botes, lanchucas y canoas se agrupaban, apretándose contra el vapor, y en ellas vendedores de mil cosas trataban de hacer una venta más, vociferando precios y Dios sabe qué otras palabras en todas las lenguas conocidas.

Por entre aquel apiñamiento abrieron paso los negritos como pudieron, y llegamos á la escala.

Apenas pusimos el pie en ella, los marineros empezaron á izarla; sonó el timbre del telégrafo, la hélice sacudió el agua con sus paletas, y el vapor comenzó á moverse.

Ya estaba la escala recogida, y aun quedaban arriba, en el descansillo, dos muchachinos ofreciendo caracoles y pedazos de marfil. Un marinero se dirigió á ellos, pero antes de que se acercara tiraron su mercancía á uno de los botes, y, de cabeza, se echaron al agua.

El vapor dió la vuelta en redondo, poniendo proa al Sur; en ese movimiento pasó muy cerca de la canoa en que iba un negrito, y el remolino de la hélice lo atrajo. Él tuvo tiempo para echarse fuera; en unas cuantas braceadas salió del radio

de atracción y subióse al bote que vió más cerca: el pedazo de madera que había sido su barquilla tropezó con una de las ramas de la hélice y, abierto en dos, apareció por lado y lado del vapor.

V

Iba quedando lejos la costa. Primero dejamos de ver distintas las casas, luego el pueblo todo formó como una gran mancha blanca: los fuertes, los cuarteles que miran hacia el mar, blancos en el fondo rojizo de la montaña, fueron apareciendo más confusos.

Fuera ya de la bahía, las dos puntas que la forman pareciéronnos irse juntando; al fin todo desapareció en la distancia.

Aden, su bahía, sus negritos, sus camellos, sus indios y árabes, aquella tierra tan extraña, quedábanme como fondo de un recuerdo, y en él, como principal figura, veía al tío de Ruben Baena hablando de lo que para él era la patria.

Rafael Farias.
Viceconsul de España en Shang-Hai.

NUEVA BIOGRAFIA DEL ABATE MARCHENA.

III Y ÚLTIMO.

La verdad es que Marchena no tuvo reparo en admitir el cargo de secretario de Joaquín Murat cuando éste en 1808 fué enviado por Napoleón á España (1). Acción es esta que pesa terriblemente sobre su memoria, y más todavía cuando recordamos que ni siquiera la sangre de Mayo bastó á separarle del infame verdugo del Prado y de la Moncloa. ¡Cuán

(1) Don Adolfo de Castro, en el artículo que con el título de *Un girondino español* publicó en el primer número de LA ESPAÑA MODERNA (1889), apunta los siguientes rumores, que no he visto consignados en ninguna otra parte:

«En aquel tiempo se decía que la protesta de Carlos IV, con motivo de »la renuncia que el tumulto de Aranjuez le obligó á hacer en su hijo, se »publicó anónima, por Marchena, en una imprenta habilitada dentro del »palacio donde vivía Murat, para que no pudiesen ser sorprendidos ni se»cuestrados los ejemplares de orden del Consejo de Castilla. Más aún: los »patriotas de aquel tiempo atribuían un escrito firmado por un coronel en »defensa de Carlos IV y de María Luisa, contra Fernando VII, á la artifi»ciosa y desenvuelta pluma del abate Marchena.»

Ignoro la procedencia y el valor que puedan tener estas noticias, que en sí mismas no son inverosímiles.

verdad es que, perdida la fe religiosa, apenas tiene el patriotismo en España raíz ni consistencia, ni apenas cabe en lo humano que quien reniega del agua del bautismo y escarnece todo lo que sus padres adoraron y lo que por tantos siglos fué el genio tutelar de su raza, y educó su espíritu, y formó su grandeza, y se mezcló como grano de sal en todos los portentos de su historia, pueda sentir por su gente amor que no sea retórica hueca y baladí, como es siempre el culto que se dirige al ente de razón que dicen Estado! Después de un siglo de enciclopedia y de filosofía sensualista y utilitaria, sin más norte moral que la conveniencia de cada ciudadano, es lógica la conducta de Marchena, como lógico fué más adelante el *Examen de los delitos de infidelidad*, de Reinoso, que otros han llamado *defensa de la traición á la patria*. Uno de los más abominables efectos del materialismo filosófico y de la ideología política, fué entonces amortiguar ó apagar del todo en las almas de muchos hombres cultos, el desinteresado amor á la patria. Viniera de donde viniera el destructor de la Inquisición y de los frailes, de buen grado le aceptaban los afrancesados, y de buen grado le servía Marchena.

Por aquellos días que antecedieron á la jornada de Bailén y á la primera retirada del ejército invasor, solía concurrir á la tertulia de Quintana, en quien por rara y feliz contradicción, digna de tan gran poeta como él era, pudieron vivir juntos el entusiasmo por las ideas del siglo XVIII y el patriotismo ferviente que le hizo abrazar desde los primeros momentos la causa nacional. No todos sus tertulianos le imitaron en esto. En los terribles folletos de Capmany, publicados en Cádiz en 1811 (1), pueden leerse las semblanzas de algunos afrance-

(1) *Cartas primera y segunda de un buen patriota que reside disimulado en Sevilla, escritas á un antiguo amigo suyo, domiciliado hoy en Cádiz* (Cádiz, en la imp. Real, 1811). *Manifiesto en respuesta al folleto titulado «Contestación de D. Manuel José Quintana á varios rumores y críticas»*.

sados y franceses con quienes tropezó en casa del cantor de *España libre*: tales como el reformador de la Gimnástica, Amorós, el abate Alea, Esménard, y Mr. Quillet (famoso *incautador* de los cuadros del Escorial). Entre estos personajes figura Marchena.

«Allí ví (dice Capmany) sabios y sabihondos, locos y cuer»dos, eruditos y legos, hombres sanos de corazón y otros de »alma corrompida..... Allí ví al renegado de Dios y de su pa»tria, al prófugo, al apóstata y ateo Marchena, fautor, factor »y espía de los enemigos que entraron en Madrid con Murat.»

Ya antes de este tiempo andaba Marchena en relaciones con Quintana y sus amigos de Madrid. Algunas alusiones de los versos del abate, nos inducen á creer que en sus mocedades cursó algún tiempo las aulas salmantinas, donde pudo conocer á la mayor parte de ellos. Lo cierto es que desde 1804 fué colaborador de las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, firmando con sus iniciales *J. M.* (1), y presentándole al público los editores (de los cuales el principal era Quintana) como «un

(1) Un año antes que esta Revista había comenzado á publicarse otra no menos importante y famosa en la historia literaria de aquel tiempo: el *Correo literario y económico de Sevilla* (1803-1808), órgano de la escuela poética sevillana, dirigido por el erudito D. Justino Matute. También en él colaboró Marchena, remitiendo algunas de sus poesías, cuyos originales se hallan en el ms. de París. En el tomo 1.° del *Correo* (pág. 21), está la oda que principia:

Belisa duerme: el céfiro süave.....

(con las iniciales *D. J. M.)*

En el tomo 7.°, pág. 117, la elegía que comienza

Del airado Manorte la crueza.....

(con las caprichosas iniciales *R. V.*)

En el tomo 12, pág. 5, la epístola *A Emilia*, con estas iniciales: *P. D. J. M.*

En el tomo 13, pág. 199, la traducción de la elegía de Tibulo *Quisquis adest, faveat*, firmada *D. J. M.*

»español ausente de su patria, más de doce años había, y que, »en medio de las vicisitudes de su fortuna, no había dejado de »cultivar las musas castellanas.» Allí se anunció que proyectaba una nueva traducción de los poemas ossiánicos, más perfecta é íntegra que las de Ortiz y Montengón, y se pusieron para muestra varios trozos. Se conoce que á Marchena, falsario por vocación, le agradaban todas las supercherías, aún las ajenas; y por ésto, traduciendo las rapsodias del supuesto bardo caledonio, anduvo más poeta que en la mayor parte de sus versos originales, de tal suerte que es de lamentar la pérdida de la versión entera, de la cual sólo quedan estos fragmentos, y los dos poemas *La guerra de Caros* y *La guerra de Inistona*, incluídos en el manuscrito de París. Como la poesía ossiánica de Macpherson, no obstante su notoria falsedad, conserva cierta importancia histórica, como primer albor que fué del romanticismo nebuloso y melancólico y como una de las primeras tentativas de poesía artificialmente nacional y autónoma, quizás no desagrade á los lectores ver estampado aquí, tal como le interpretó Marchena, el famoso *Himno al sol*, con que termina el poema de *Cárton*, trozo lírico curioso, por haber servido de modelo al *Himno al sol* de Espronceda.

¡Oh tú, que luminoso vás rodando
Por la celeste esfera,
Como de mis abuelos el bruñido
Redondo escudo. ¡Oh Sol! ¿De dó manando
En tu inmortal carrera
Va, dí, tu eterno resplandor lucido?
Radiante en tu belleza
Majestuoso te muestras, y corridas
Las estrellas esconden su cabeza
En las nubes: las ondas de Occidente,
Las luces de la luna oscurecidas
Sepultan en su seno; reluciente
Tú en tanto vas midiendo el amplio cielo.
¿Y quién podrá seguir tu inmenso vuelo?
Los robles empinados
Del monte caen; el alto monte mismo

Los siglos precipitan al abismo;
Los mares irritados
Ya menguan y ya crecen,
Ora se calman y ora se embravecen;
La blanca luna en la celeste esfera
Se pierde, más tú ¡oh Sol! en tu carrera
De eterna luz brillante
Ostentas tu alma faz siempre radiante.
Cuando el mundo oscurece
La tormenta horrorosa, y cruje el trueno,
Tú, riendo sereno,
Muestras tu frente hermosa
En las nubes, y el cielo se esclarece.
¡Ay! que tus puros fuegos
En balde lucen, que los ojos ciegos
De Ossián no los ven más: ya tus cabellos
Dorados vaguen bellos
En las bermejas nubes de Occidente,
Ya en las puertas se muevan del Oriente.
Pero también un día su carrera
Acaso tendrá fin, como la mía;
Y sepultado en sueño, en tu sombría
Noche, no escucharás la lisonjera
Voz de la roja aurora:
Sol, en tu juventud gózate ahora.
Escasa es la edad yerta,
Como la claridad de luna incierta
Que brilla entre vapores nebulosos
Y entre rotos nublados.....

Estos versos, jugosos y entonados, aunque pobres de rima, son muestra clarísima de que sus largas ausencias y destierros no habían sido parte á que Marchena olvidara la dicción poética española, sin que todavía en aquella fecha necesitara recurrir para abrillantarla ó remozarla á los extraños giros, inversiones y latinismos con que en sus últimos años afeó cuanto compuso en prosa y en verso.

A los pocos días de haber llegado Marchena á Madrid, donde todavía imperaba, aunque solamente *pro fórmula*, el anti-

guo régimen, se creyó obligado el inquisidor general D. Ramón José de Arce (varón, por otra parte, de carácter tolerantísimo y latitudinario, y aun tildado de complicidad con las nuevas ideas), á mandar prender al famoso girondino, cuya estrepitosa notoriedad de ateo había llegado hasta España, escandalizando todos los oídos piadosos. Se le prendió, pues, y se mandó recojer sus papeles (algunos de los cuales tengo yo á la vista); pero Murat envió una compañía de granaderos, que le sacó á viva fuerza de las cárceles del Santo Tribunal. Con esta ocasión compuso Marchena ocho versos insulsos, que llamó *epígrama*, y que han tenido ménos suerte que aquella su famosa chanza contra el ministro Urquijo, desdichado traductor de *La Muerte de César*, de Voltaire:

Ayer en una fonda disputaban
De la chusma que dramas escribía
Cuál entre todos el peor sería:
Unos «*Morcin*», «*Comella*» otros gritaban
«El más malo de todos, uno dijo,
Es Voltaire traducido por Urquijo.

Otro recuerdo literario tenemos de Marchena, en este año de 1808. Es una tragedia clásica, *Polixena*, impresa entonces (1) pero no representada nunca, por los motivos que el autor, muy pagado siempre de cualquiera obra suya, indica en el prólogo de sus *Lecciones de filosofía moral*:

«Su autor nunca quiso consentir en que se representara; »no atreviéndose á fiar la obra á actores que, exceptuando »Maiquez, ni la más leve tintura tienen de declamación trágica. Del mérito de esta tragedia no soy yo juez competente; »mis elogios parecerían hijos de mi afecto, y si quisiera tratarla con rigor, me sucedería lo que á Dédalo: *bis patriae cecidere manus.*»

(1) *Polixena*, tragedia en tres actos por D. J. M. Madrid: en la Imprenta de Sancha. Año de 1808. 8.° 50 páginas.

En el penúltimo número del *Memorial Literario ó Biblioteca Periódica de Ciencias, Literatura y Artes*, en el mismo que contiene los sanguinarios bandos de Murat después del 2 de Mayo, publicóse un largo artículo encomiástico de esta tragedia, firmado con las iniciales *M. de C.*, que eran las de D. Mariano Carnerero, el cual entonces comenzaba su varia y azarosa carrera de periodista y diplomático, protegido antes del Príncipe de la Paz, afrancesado después de su caída, y finalmente camaleón político de todos colores, desde el liberal más exaltado hasta el realista más intransigente. Carnerero, pues, correligionario político de Marchena á la sazón, y quizá deseoso de entrar en el favor del gran Duque de Berg por mediación de su secretario, escribió en 10 de Mayo de 1808 (fecha nada oportuna para hablar de otras tragedias que las que se representaban en la calle) un pomposo elogio de la *Polixena*, que termina con estas curiosas palabras:

«El señor Marchena manifiesta bien los conocimientos in»mensos que posee en el arte difícil de la poesía dramática, y »al mismo tiempo prueba cuán estudiados tiene los grandes »modelos, cuyas huellas sigue con paso valiente. Desearíamos »que esta tragedia se representase, tanto por ver el efecto tea»tral que puede producir, como porque es una de las poquí»simas tragedias originales que poseemos dignas de citarse »con aplauso. Acaso (nos atrevemos á decirlo sin rebozo) es »la que más se acerca á las sublimes producciones de los Grie»gos y de Racine. ¿Pero dónde están los actores? Los pocos »que algo valían, están separados y consumidos con rencilla: »pero muy pronto, *un gobierno activo y amante de las artes va »á decidir las necias querellas y á ponernos en el sendero de la »prosperidad*, por el cual, al paso que las naciones se ilus»tran y fomentan, las artes imitadoras son protegidas, recom»pensadas é impelidas al punto de perfección que nunca to»can cuando *almas frías y destituidas de amor á las luces »manejan á su albedrío la suerte de sus semejantes.* Entonces los »literatos y los artistas ninguna disculpa tendrán, si no pro-

»gresan y corren á rivalizar con los más célebres modelos; en»tonces es interés nacional demostrar que si los españoles no »habían adelantado como era justo, no era por falta de ingenio, »y sólo sí *por la fatalidad del indolente y viciado gobierno, bajo »el cual han vivido por espacio de dos siglos.*»

No haremos alto en la frescura que suponen estos vaticinios estampados en la misma página (1) en que comienza aquella famosa *orden del día*:

«Soldados, el populacho de Madrid se ha sublevado, y ha »llegado hasta el asesinato..... La sangre francesa ha sido de»rramada; clama por la venganza.»

Pero apartando tan importunos recuerdos, que no dejan en muy buen lugar el patriotismo del crítico ni el del poeta, dudamos mucho que la *Polixena*, aun representada por Máiquez, que á tantas tragedias débiles dió por algún tiempo apariencias de vida, hubiera podido triunfar en el teatro. El abate Marchena era humanista muy docto, pero no tenía ninguna condición de poeta dramático. Su tragedia es un ensayo de gabinete que puede leerse con cierto aprecio, el que merecen las cosas sensatas y los productos laboriosos de la erudición y del estudio: hay en ella felices imitaciones de Eurípides (2), de Virgilio (3), de Séneca el trágico (4), de Raci-

(1) 330 del *Memorial*.

(2) En su *Hécuba*.

(3) En el episodio de la muerte de Polytes (lib. II. de la *Eneida*):

> Ecce autem elapsus Pyrrhi de caede Polytes
> Unus natorum Priami, per tela, per hostes,
> Porticibus longis fugit, et vacua atria lustrat.
> . ...

La imitación de Marchena está en la escena II del acto 2.° en boca de Polixena, dirigiéndose á Terpandra.

(4) En *Las Troyanas*.

ne (1) y de otros clásicos antiguos y modernos: no falta nervio y majestad en la locución; pero todo es allí acompasado y glacial: ni Pirro, enamorado de Polixena, ni Polixena, fiel á la sombra de Aquiles, llegan á interesarnos: la fábula, simplicísima de suyo, se desenvuelve, no en acción, sino en largos y fatigosos discursos; y para colmo de desgracia, la versificación es, con raras excepciones, intolerablemente dura, premiosa y, por decirlo así, desarticulada. No hablemos de la plaga de asonantes indebidos, porque éste es vicio general de todas las composiciones de Marchena, y en él más disculpable que en otros, por el poco tiempo que había pasado en tierras extrañas, perdiendo el hábito de la peculiar armonía de nuestra prosodia. De todos modos, estos versos, faltos de fluidez y llenos de tropezones, robustos á veces por el vigor de la sentencia, pero ingratos casi siempre al oído, y por añadidura mal cortados para el diálogo dramático, hubieran hecho penoso efecto en un público acostumbrado á la sonora magnificencia de los versos del *Orestes*, del *Pelayo*, del *Oscar*, del *Polinice* y de *La Muerte de Abel*. La *Polixena*, además, hasta por lo inoportuno del tiempo en que salió á luz, no fué leída ni por los literatos siquiera, cayendo en el olvido más profundo, que quizá no merece del todo, aunque sea manifiesta-

(1) Principalmente en la *Andrómaca*, de donde está tomado el carácter de Pirro, que Marchena procuró depurar de algunos rasgos de falsa galantería. Por ejemplo, había dicho Racine:

Animé d'un regard, je puis tout entreprendre,
Votre Ilion encore peut sortir de son cendre:
....

Marchena suprimió lo de la *tierna mirada*, y prosigue así:

Mi mano, que rompió las fuertes puertas
De durísimo bronce, que guardaban
De Príamo el palacio, sabrá un día
Alzar del Ilión el sacro alcázar.....

El sueño de Polixena está visiblemente imitado del de Atalía.

mente muy inferior á la tragedia italiana de Niccolini sobre el mismo argumento, premiada en 1811 por la Academia de la Crusca (1).

El intruso rey José Bonaparte nombró á Marchena director (ó como entonces se decía *redactor*) de la *Gaceta* y archivero mayor del Ministerio del Interior (hoy de la Gobernación); incluyó su nombre en la lista de individuos que habían de formar parte de una grande Academia ó Instituto Nacional que pensaba fundar (2); le dió la condecoración de *caballero*

---

(1) En francés hay, por lo menos, seis *Polixenas*, todas poco estimadas: la de Billord (1607), la de Lafosse (1696), la de Legouvé (1784), la de Aignan (1804), la de Vauzelles (1832), además de varias óperas. Creemos que Marchena sólo conoció ó tuvo presente la de Legouvé, pero su principal modelo fué la *Andrómaca*, como ya hemos dicho.

(2) El Sr. Danvila, que posee la lista original de los individuos que habían de formar parte de esta institución *nonnata*, la ha dado á conocer en el último de los apéndices de su voluminosa y útil compilación sobre *El Poder Civil en España* (Madrid, 1887, t. 6.°, pág. 688). En esta nómina, que es muy curiosa, figuran una porción de nombres verdaderamente ilustres en diversos ramos del saber humano, debiendo advertirse que se incluyen entre ellos algunos, como Martínez Marina, que no fueron afrancesados jamás, pero que por una ú otra razón continuaron viviendo en Madrid durante la ocupación francesa, sin aceptar cargo alguno de los invasores. De todos modos la lista fué formada con mucha inteligencia, como lo prueban las calificaciones que acompañan á cada nombre. Aparecen en ella (aparte de otros menos conocidos) los matemáticos Pedrayes, Varas, Monasterio y Lanz (no *Sanz*, como está impreso); el físico Gutiérrez; el mecánico Sureda; los astrónomos Gutiérrez y Jiménez; los mineralogistas Hergen y Donato García; los botánicos Boutelou, Ruiz y Pavón, Zea, Rojas Clemente, Mociño; el agrónomo y veterinario D. Agustín Pascual; los médicos Luzuriaga, García Suelto, Rives y D. Eugenio de la Peña; el ideólogo Narganes de Posada; los jurisconsultos Cambronero, Arnao y Sotelo; los economistas Sixto Espinosa y D. Fernando de la Serna; los eruditos é historiadores Marina, Llorente, Vargas Ponce y Navarrete; los arabistas Conde y Bacas Merino; los helenistas Canseco, Hermosilla, Tomás y García y D. Benito Pardo de Figueroa (advirtiéndose acerca de este último que se hallaba en Rusia, donde en efecto publicó en 1810 su traducción de once odas de Horacio en verso griego); el hebraizante

de la Orden Española creada por él (que Moratín llamaba burlescamente *la cruz del pentágono*, y los patriotas *la orden de la Berengena*); y le ayudó con una subvención para que tradujera el teatro de Molière, secundando en esta tarea á Moratín, que acababa de adaptar á la escena española, con habilidad nunca igualada, *La Escuela de los Maridos*. Marchena puso en castellano todas las comedias restantes, según afirma en sus *Lecciones de filosofía moral*, pero desgraciadamente se ignora el paradero de esta versión completa, que á juzgar por las muestras que tenemos de ella, hubiera sido la mejor obra de Marchena y la que sin escándalo de nadie hubiese recomendado su nombre á la posteridad. Sólo llegaron á representarse é imprimirse dos comedias, *El hipócrita (Tartuffe)* en 1811, y *La Escuela de las Mujeres*, en 1812, ambas recibidas con grande aplauso, especialmente la primera, en los teatros de la Cruz y del Príncipe (1). Estas traducciones, ya bastante raras, dis-

---

Orchell; los humanistas Tineo, Melón, Cabrera, Estala y un D. Carlos Pignatelli, á quien se califica de «literato muy instruído, que trabajaba en »una traducción de Lucrecio celebrada por los conocedores»; los poetas Moratín y Meléndez; los arquitectos Villanueva y Pérez; el escultor Agreda; los pintores Goya y Maella; los grabadores Carmona y Sepúlveda. El nombre de Marchena, á quien se califica secamente de *escritor*, aparece colocado entre la sección de Economía Política y la de Historia, aunque ciertamente la índole de sus estudios no parecía llamarle á ninguna de las dos. Este proyecto es curioso, porque demuestra la copia y variedad de elementos científicos con que, á pesar de todas sus desgracias, contaba España en los primeros años de este siglo.

(1) —*El hipócrita. Comedia de Molière, en cinco actos, en verso. Traducida al castellano por D. J. Marchena. Madrid, 1811. En la imprenta de Alban y Delcasse, impresores del ejército francés en España; calle de Carretas, núm. 31.* 8.°; 142 págs.—Con una advertencia y una dedicatoria al ministro de lo Interior, marqués de Almenara, en elogio del cual consigna la curiosa especie de que «á su munífica liberalidad debió el »abate Casti algún desahogo en los postreros años de su vida».

—*La escuela de las mujeres. Comedia en cinco actos, en verso, de Molière, traducida por D. Josef Marchena. De orden superior. Madrid, en la Imprenta Real. Año de 1812.* 8.°; 141 págs.—Con dedicatoria al rey

frutan de fama tradicional, sancionada por el juicio de Lista y de Larra, y en gran parte merecida. Marchena puso en ellas todo lo que podía poner un hombre que no había nacido poeta cómico: su mucha y buena literatura, su profundo conocimiento de las lenguas francesa y castellana. En la pureza de la dicción mostró especial esmero, y quizá por huir del galicismo, cayó alguna vez en giros arcáicos y violentos.

«Sé á lo menos (pudo decir con orgullo al frente del *Tartu-»ffe*) que esta versión no está escrita en lengua franca, idioma »que hablan tantos en el día, y en que allá ellos se entien-»den..... Declamen cuanto quieran en buen hora contra los que »saben el castellano los que no le han estudiado.... Nuestros

---

Josef, en que se advierte que la traducción se daba á luz *á expensas de la Imprenta Real, por orden de V. M.*

El *Tartuffe*, sin advertencia ni dedicatoria, fué reimpreso hace años en la colección del *Teatro Selecto Nacional y Extranjero*, publicada en Barcelona por el editor Manero, y dirigida en parte por D. Cayetano Vidal y Valenciano.

No es exacto que Marchena tradujese *El avaro*, de Molière. Ninguna de las versiones castellanas que andan impresas es suya. Hay dos del siglo pasado, á cual peores, una de D. Manuel de Iparraguirre y otra de D. Dámaso de Isusquiza, que también estropeó *La escuela de las mujeres* con el título de *El celoso y la tonta*. Por el contrario, la traducción de *El avaro*, publicada en Segovia en 1820 por el capitán de artillería D. Juan de Dios Gil de Lara, está hecha con esmero y es apreciable, aunque todavía dista mucho de la de Marchena y de los dos arreglos de Moratín.

Al éxito del *Tartuffe* en 1811 hubo de contribuir, aun más que el soberano mérito de esta comedia, el espíritu anticlerical que reinaba entre los afrancesados, y que acaso quería ver en la pieza mucho más de lo que Molière había puesto. Prohibióse la representación en 1814; pero fué aplaudida de nuevo en la época constitucional de 1820 á 1823, sufriendo segunda prohibición en 1824. En el siglo pasado también fué puesto en el Indice el arreglo ó imitación que hizo D. Cándido María Trigueros, con el título de *El gazmoño ó Juan de Buen-alma*, aunque había procurado suavizar algunas frases y situaciones del original. Por el contrario, en Portugal, el marqués de Pombal, en odio á los jesuítas, había hecho representar en 1768 esta comedia, traducida por el capitán Manuel de Sousa.

»traductores y muchos de nuestros autores no han venido á »caer en la cuenta de que, como el latín se aprende en los auto»res latinos, así, ni más ni menos, el castellano se aprende en »los castellanos.»

El punto flaco de estas traducciones ya le indicó Lista, con su tino y buen gusto habituales, al dar cuenta de una representación del *Tartuffe,* en las revistas dramáticas que en 1821 escribía en *El Censor:*

«El Sr. Marchena, en quien la literatura española acaba »de perder uno de sus ornamentos, y la libertad uno de sus »más antiguos y constantes defensores, ha traducido con toda »verdad el pensamiento de Molière, le ha hecho hablar espa»ñol, y ha sabido conservar la gracia y el enlace de las ideas; »pero sus versos en el género cómico carecen de la fluidez y »armonía que hemos notado en las composiciones líricas de »aquel sabio literato. Tiene la versificación cómica un giro par»ticular, y con el cual es muy posible que no acierte un poeta »muy estimable en otros géneros. La armonía cómica está ya »irrevocablemente fijada en nuestra lengua por los versos de »*El viejo y la niña*, *La mogigata* y algunas escenas de *El ba»rón;* y todo lo que se separe de las formas que presentan es»tos modelos, no será más que prosa asonantada (1).»

Con menos fundamento se ha tildado á Marchena (y lo mismo hubiera podido tildarse á Moratín) de haber trasladado el escenario de estas comedias á España, cambiando los nombres de los interlocutores. Devotos habrá de Molière, sobre todo en Francia, á quienes esto parezca profanación intolerable; pero hay que tener en cuenta que estos arreglos se hicieron para la representación, y que si á unos, por saber el original de memoria, puede disonar el oir los conceptos de Molière en boca de Don Fidel, Don Simplicio, Don Liborio Carrasco ó Doña Isabelita, todavía más ridículo é intolerable sería para

(1) *El Censor, periódico político y literario.*—Madrid, 1821; en la imprenta de *El Censor,* por D. León Amarita; pág. 113.

un auditorio español el que desfilaran por la escena Mad. Pernelle, Orgon, Damis, Flipote, Sganarelle, y otros personajes de nombres todavía más revesados y menos eufónicos. Si las comedias de Molière tienen, como nadie niega, un fondo humano, poco importará que se exprese por boca de *Chrysale* ó por boca de Don Antonio.

Lo que principalmente falta á Marchena es gracejo y fuerza cómica. Pero el talento del hombre donde quiera se muestra, aun en las cosas que parecen más ajenas de su índole; y por eso las traducciones de Marchena se levantan entre el vulgo de los arreglos dramáticos del siglo XVIII *quantum lenta solent inter viburna cupressi.* Creo, sin embargo, que hubiera acertado haciéndolas todas en prosa, en aquella prosa festiva, tan culta y tan familiar á un tiempo, en que tradujo, años andando, los cuentos de Voltaire. Pero, fuesen en prosa ó en verso, siempre habrá que deplorar la pérdida de estas comedias, y también de las ilustraciones que Marchena pensó añadirlas, y cuyo plan expresa en el prólogo de *La escuela de las mujeres:*

«Se irán publicando las comedias de Molière, cada una de »por sí, y á medida que se fueren representando. Como apén- »dice de esta versión, saldrán adjuntas á algunas de ellas di- »sertaciones acerca de nuestro teatro, en que, sin disimular »los gravísimos yerros en que incurrieron nuestros antiguos »poetas, haremos notar las hermosuras que á vueltas de ellos »en sus producciones se encuentran. Trataremos en otras de la »comedia francesa, del teatro cómico en general, etc., de modo »que la colección de estos discursos pueda ser reputada por »una Poética de la comedia.»

No sabemos si algo de esto llegó á realizarse. Los papeles de Marchena sufrieron extravío después de su muerte, pero no hemos de perder la esperanza de que algún día parezcan.

Además de las comedias de Molière, tradujo y dió á los actores Marchena dos piezas cómicas francesas de menos cuenta, aunque muy celebradas entonces: *El amigo de los hombres*

y *El Egoista* (que es el *Philinte* del convencional Fabre de l'Eglantine, que quiso presentar en ella una tesis contradictoria de la de *El Misántropo)*, y *Los dos yernos*, del académico Etienne, que había tenido gran éxito en 1810.

A pesar de sus méritos literarios, cada día mayores, Marchena no hizo gran fortuna, ni siquiera con los afrancesados (1), lo cual ha de atribuirse á su malísima lengua, afilada y cortante como un hacha, y á lo áspero, violento y desigual de su carácter, cuyas rarezas, agriadas por su vida aventurera y miserable, ni aun á sus mejores amigos perdonaban. Acompañó al rey José en su viaje á Andalucía en 1810; y hospedado en Córdoba en casa del penitenciario Arjona, escribió, de concierto con él, una oda laudatoria del intruso monarca, refundiendo en parte otra que el mismo Arjona había compuesto en 1796, dando la bienvenida á Cárlos IV. La oda no es tan mala como pudiera esperarse de un parto lírico de dos ingenios, y tiene algunos versos felices; por ejemplo, aquellos en que convida á José á gozar las delicias de las márgenes del Betis, en que el cantor de la venganza argiva fingió la mansión de los bienaventurados y donde los fabulosos reyes Argantonio y Gerión tuvieron su pacífico imperio. Pero son intolerables las tristes adulaciones á la dominación extranjera, hasta llamar al usurpador «delicias de España»:

> Así el Bétis te admira cuando goza
> A tu influjo el descanso lisonjero,
> Al tiempo que de Marte el ímpio acero
> Aún al rebelde catalán destroza.

Los versos son malos, pero aún es peor y más vergonzosa la idea. ¡Y no temían estos hombres que se levantasen á turbar su sueño las sombras de los inultas víctimas de Tarragona! No hay gloria literaria que alcance á cohonestar tan indignas

(1) Así lo afirma uno de ellos, D. José de Lira, en carta al señor de Cueto, escrita desde París en 1859 *(Poetas líricos del siglo XVIII*, página 621).

flaquezas, ni toda el agua del olvido bastará á borrar aquella oda en que Moratín llamó al mariscal Suchet *digno trasunto del héroe de Vivar*, porque había conquistado á Valencia como él.

Un curioso folleto, publicado en 1813 con el título de *Descripción físico-moral de los tres satélites del tirano que acompañaban al intruso José la primera vez que entró en Córdoba* (1), los cuales tres satélites eran el superintendente de policía, Amorós, el comisario regio, Angulo, y nuestro Marchena, nos ofrece del último esta curiosa semblanza:

«Marchena, presencia y aspecto de mono, canoso, flaco y »enamorado como él mismo, jorobado, cuerpo torcido, nariz »aguileña, patituerto, vivaracho de ojos aunque corto de vista, »de mal color y peor semblante; secretario del general Deso»lles, el segundo en la rapiña de Córdoba después de la entra»da de Dupont, y con quien vino de Francia, donde se hallaba »huído por su mala filosofía y peor condición (2).»

---

(1) La portada prosigue de esta manera: *Con la descripción asimismo de la conducta rapiñadora de los generales franceses y su gran Napoleón, nuestro pérfido regenerador; con el solo fin de que todo español marche veloz á la guerra contra ese vil inhumano francés* (Al final). *Córdoba, año de 1813.—Imprenta real, 1813.* 4.° Papel do cuatro páginas, del cual debo comunicación á mi querido amigo D. Manuel Gómez Imáz, docto é incansable colector de documentos relativos á la guerra de la Independencia.

(2) Después de esta descripción en prosa, comienzan unos que quieren ser versos, del tenor siguiente:

Son Amorós, Angulo y Marchena,
Tres personas distintas, y ninguna buena.
Fiarás de Amorós, Marchena y Angulo?
De ninguno.
.....
¿Y qué diremos del buen Marchena?
Que ni tiene la cruz de la berengena. (*a*)
¿No es sabio de bella opinión?
Sí, preguntádselo á su amigo francmasón.
Además, siendo como es, un bicho

(*a*) Se la dieron después, en 1812.

Ha de advertirse, en honor de la verdad y como nuevo testimonio de que Marchena valía, aún moralmente, más que casi todas las gentes con quienes tuvo la desgracia de unirse, que el anónimo autor del folleto se limita á burlarse de su menuda persona y estravagante facha y ridículas pretensiones amorosas, pero no le achaca ninguno de los asesinatos, rapiñas y sacrilegios de que acusa á Amorós y á Angulo.

Siguió Marchena en 1813 la retirada del ejército francés á Valencia. Allí solía concurrir de tertulia á la librería de don Salvador Fauli, la cual gustaba de convertir en cátedra de sus opiniones antirreligiosas. Los mismos afrancesados solían escandalizarse, á fuer de varones graves y moderados, y le impugnaban, aunque con tibieza, distinguiéndose en esto Moratín y Meléndez. El librero temió por la inocencia de sus hijos, que oían con la boca abierta aquel atajo de doctas blasfemias, y fué á pedir cuentas á Marchena, á quien encontró leyendo la *Guía de pecadores*. El asombro que tal lectura le produjo, acrecentóse con las palabras del abate, que ya en otro lugar quedan referidas.

Ganada por los ejércitos aliados la batalla de Vitoria, Marchena volvió á emigrar á Francia, estableciéndose primero en Nimes y luego en Montpellier y Burdeos, cada vez más pobre y hambriento, y cada vez más arrogante y descomedido. En 28 de Septiembre de 1817 escribía Moratín al abate Melón:

«Marchena, preso en Nimes por una de aquellas prontitu»des de que adolece; dícese que le juzgará un consejo de gue»rra, á causa de que insultó y desafió á todo un cuerpo de »guardia. Yo no desafío á nadie y nadie se mete conmigo.» Y en postdata añade: «Parece que ya no arcabucean á Marche-

---

Pequeño, bizco, feo y contrahecho,
Pretende con alta arrogancia
Ser de la revolución de Francia
Autor, y dice con satisfacción
Ser jefe de nuestra revolución.

»na, y todo se ha compuesto con una áspera reprimenda, es-»polvoreada de adjetivos.»

Como recurso de su miseria, á la vez que como medio de propaganda, emprendió Marchena, para editores franceses, la traducción de varios libros, de los que por antonomasia se llamaban prohibidos, piedras angulares de la escuela enciclopédica. Vulgarizó, pues, las *Cartas Persianas*, de Montesquieu; el *Emilio* y la *Nueva Eloisa*, de Rousseau; los *Cuentos y novelas* de Voltaire *(Cándido, Micromegas, Zadig, El ingenuo*, etc.); el *Manual de los Inquisidores*, del abate Morellet (extracto infiel del *Directorium Inquisitorum* de Eymerich); el *Compendio del Origen de todos los cultos*, de Dupuis (libro tan ruidoso entonces como olvidado hoy, en que se explican todas las religiones por la astronomía y el símbolo zodiacal); cierto *Tratado de la libertad religiosa*, de un Mr. Bénoist, y alguna obra histórica, como la titulada *Europa después del Congreso de Aquisgram*, por el abate De Pradt (1). En un prospecto que

(1) Como todas estas traducciones fueron impresas y reimpresas muchas veces clandestinamente, no siempre es fácil apurar las fechas. De las *Cartas Persianas* conozco dos ediciones: Nimes, 1818, y Tolosa, 1821, aunque hay ejemplares con la falsa data de Cádiz *en la librería de Ortal* (dos tomos).

Emilio ó de la Educación. Burdeos, 1817, tres tomos 12.°, Madrid, imprenta de Albán y C.ª, 1821. Reimpreso hacia 1850 en el folletín de *Las Novedades*, pero suprimidos los nombres de Rousseau y Marchena para evitar el escándalo.

Julia ó la Nueva Eloysa, cartas de dos amantes, habitantes de una ciudad chica á la falda de los Alpes, traducidas por J. Marchena. Con láminas finas. Tolosa, *Bellegarrigue*, 1821, cuatro volúmenes dozavo francés. Reimpresos en Versalles, *Imprenta Francesa y Española*, 1823; Barcelona, 1836, imp. de M. Sauri (otros ejemplares dicen imp. de J. Taúló), siempre en 8.° Hay otra edición en 4.°, también de Barcelona, 1837, imprenta de Oliveres. No debe confundirse la versión de Marchena con otra que hizo Mr. de Fuentes, llena de extravagancias de lenguaje. (Barcelona, imp. de A. Bergnes, 1836-1837).

Novelas de Voltaire. Burdeos, 1819. Sevilla, 1836 (una y otra en tres

repartió en 1819, anunciaba, además, que muy en breve publicaría el *Essai sur les moeurs* y el *Siglo de Luis XIV*, y quizá hiciera alguna otra versión que no ha llegado á mis manos; porque Marchena inundó literalmente á España de engendros volterianos, y á pesar de todas las trabas puestas á su circulación por el Gobierno absoluto de Fernando VII, estos libros, introducidos de contrabando por la frontera francesa, llevaron por todas partes su maléfica influencia, contagiando á gran parte de la juventud, especialmente á los estudiantes, entre quienes corrían con profusión, como sabemos por testimonios dignos de fe, respecto de Alcalá, Salamanca y Sevilla. Por desgracia, algunas de estas versiones estaban hechas con tal primor y arte, y en tan pura lengua castellana, que hacían

---

tomos 12.°). Hay otras ediciones, entre ellas una reciente de la *Biblioteca Perojo* (dos tomos 4.° con un breve prólogo de D. Juan Valera).

Compendio del origen de todos los cultos. Barcelona 1820 (parece impresión extranjera), Burdeos, 1821.

Manual de inquisidores, para uso de las inquisiciones de España y Portugal, ó compendio de la obra titulada Directorio de Inquisidores, de Nicolás Eymerico. Traducida del francés en idioma castellano por J. Marchena; con adiciones del traductor acerca de la Inquisición de España. Montpeller, F. Aviñón, 1819, XII-159 págs. (Hay ejemplares con portada de Burdeos). Esta y la que sigue son las más raras entre las traducciones de Marchena, porque no creo que se reimprimieran nunca.

De la libertad religiosa. Traducido del francés del Sr. A. V. Benoit; por D. Josef Marchena. *Impreso en Barcelona.* (Puede que lo fuese, pero los tipos parecen extranjeros.) Al fin se lee esta curiosa *Nota del traductor*, la cual prueba que el libro no había sido publicado antes de 1820.

«En la obra del Sr. Benoit que presentamos al público español se con»tienen los verdaderos principios de una sana legislación en materia de »religión. *Pero habiendo la constitución española privilegiado un culto »religioso, nos proponemos dar á luz otra producción original nuestra »con el título de «La tolerancia religiosa.»* En ella expondremos los me»dios que creemos más acertados para allanar el camino que ha de condu»cir á la libertad de cultos, sin excitar disturbios en la plebe, y especial»mente para templar, en cuanto fuere dable, los males que acarrea neces»sariamente al Estado un culto que se ha declarado nacional. Este libro

mucho más temible y peligroso el veneno. Otras eran atropelladas y *de pane lucrando,* hechas por el abate para salir del día, con rapidez de menesteroso y sin intención literaria. De aquí enormes desigualdades de estilo, según el humor del intérprete y la mayor ó menor largueza de los libreros que hacían trabajar á Marchena á destajo. Apenas puede creerse que salieran de la misma pluma la deplorable versión de las *Cartas Persianas*, que parece de un principiante; la extravagantísima del *Emilio*, atestada de arcaismos, transposiciones desabridas y giros inarmónicos, y la fácil, y castiza y donosa de *Cándido*, de *Micromegas* y de *El ingenuo*, que casi compiten en gracia y limpieza de estilo con los cuentos originales. Esta traducción, muy justamente ponderada por D. Juan Valera, en cuyo primoroso estilo parece haber ejercido alguna remota influencia,

---

»será utilísimo á nuestra nación, porque no sólo determinaremos en él las »relaciones que contrae un Estado con un culto cualquiera que ha declarado privilegiado la ley, mas también concretaremos nuestras ideas á la »religión católica, que es la que la nación española declara nacional, y cuyas relaciones actuales con el Estado tanto importa por consiguiente »fijar con exactitud.»

En todas estas traducciones puso Marchena su nombre, y creemos que fueron las únicas que hizo de libros de este género, aunque con ningún fundamento le han atribuído otras, por ejemplo la rarísima de *El Contrato Social* (Londres, 1799), una de la *Pucelle,* de Voltaire (en prosa), que suena impresa en Cádiz, 1820, y otra (en verso suelto) de la *Guerra de los Dioses*, sacrílego, monstruoso y brutal poema de Parny, que se ha impreso en castellano dos veces por lo menos, y cuyo traductor, que, á juzgar por el estilo, no era lerdo, se ocultó con el seudónimo de *Ludovico Garamanta.* Algunos la atribuyen al periodista Ramajo, uno de los redactores de *El Conciso*, de Cádiz, en la primera época constitucional.

Una de las traducciones castellanas de *Las Ruinas*, de Volney, y de su *Catecismo de la ley natural*, va atribuída á Marchena en algunas ediciones (por ejemplo, en la de París, 1842, librería Panckouke), pero dudamos que sea suya: quizá se puso su nombre para darla más crédito. *Las Ruinas* habían sido ya traducidas al castellano, é impresas clandestinamente en 1797, dando ocasión á un ruidoso proceso, de que habla demasiado rápidamente Quintana en la *Vida de Meléndez.*

prueba lo que Marchena era capaz de hacer en prosa castellana cuando se ponía á ello con algún cuidado, y no caía en la tentación de latinizar á todo trapo, como en el famoso *discurso* de que hablaré después. El mérito de la traducción de las *Novelas* puede apreciarse con una sencilla comparación. Moratín, uno de los perfectos modelos, quizá el más perfecto de su tiempo en la prosa festiva y familiar, tradujo también el *Cándido* de Voltaire (1). La traducción es muy digna de él, aunque por justos reparos no figure en la colección de sus obras; y, sin embargo, con todos los respetos debidos á tal maestro de lenguaje, no nos atrevemos á decir que venza en gracejo y blanda ironía á la de Marchena. Y aunque parezca cosa baladí, que está al alcance de cualquier jornalero literario, la traducción de un libro francés en prosa, no debe de ser tan fácil la empresa cuando se trata de castellanizar lo que se traduce, respetando el giro y propiedad de nuestra lengua. Los versos franceses suelen ganar puestos en castellano; pero las buenas traducciones en prosa son tan raras, que en todo el fárrago de la literatura del siglo XVIII sólo recordamos, como dignas de especial y entera alabanza, el *Gil Blas*, del P. Isla (á quien bien pueden perdonarse algunas infidelidades al texto y algunos galicismos leves, en gracia del vigor, animación y naturalidad del conjunto), el delicioso *Robinsón*, de D. Tomás de Iriarte, y las ya citadas de Moratín y Marchena.

Pero el trabajo más meritorio y más celebrado de nuestro abate por aquellos días, fué la colección de trozos selectos de nuestros clásicos, intitulada *Lecciones de filosofía moral y elocuencia* (2). La colección en sí parece pobre y mal ordenada,

(1) *Cándido ó el Optimismo, traducido por Moratín. Cádiz, imprenta de Santiponce*, 1838, 12.° (Creemos falsa la portada: los tipos son los de la imprenta de Cabrerizo en Valencia, y el tamaño el mismo de la colección de novelas que él publicaba.)

(2) *Lecciones de filosofía moral y elocuencia, ó colección de los trozos más selectos de poesía, elocuencia, historia, religión y filosofía moral y política de los mejores autores castellanos, puestas en orden por don*

comparándola con otras antologías del mismo tiempo, ó poco anteriores, como el *Teatro crítico de la elocuencia española*, de Capmany, ó la de *Poesías selectas* que formó Quintana. Pero lo notable es un *discurso preliminar* y un *exordio*, en que Marchena teje á su modo la historia literaria de España, y nos da, en breve y sustancioso resumen, sus opiniones críticas é históricas y hasta morales y religiosas. Lejos están ya de nosotros los tiempos en que este discurso fué puesto en las nubes, aun por literatos que no participaban de las aberraciones políticas y religiosas de Marchena. Don Juan María Mauri, por ejemplo, en su *Espagne poétique*, aun deplorando «el lenguaje afectado, extraño y trivialmente indígena» de Marchena, estima que este trozo crítico es, por otra parte, «el mejor hecho, «el más nutrido de ideas, el más vigoroso que se haya publicado nunca.»

Usando de una expresión vulgarísima, pero muy enérgica, tengo que decir que se cae el alma á los piés cuando, engolosinado uno con tales ponderaciones, acomete la lectura del célebre *discurso* y quiere apurar los quilates de la ciencia críti-

---

Josef Marchena.... Burdeos, imp. de, D. Pedro Beaume, 1820. Tomo I (147-460 págs. , tomo II (656 pág.) 4.°

El título, y hasta cierto punto el plan de esta compilación, parecen tomados de las *Leçons de Littérature et de Morale*, de Noel y Laplace, que corrían entonces con mucho aprecio para la enseñanza de la lengua francesa en sus clásicos.

La compilación de Marchena salió como en competencia de otra más vasta y mejor ordenada que un año antes habían comenzado á publicar, también en Burdeos, otros dos emigrados españoles: *Biblioteca selecta de Literatura Española, ó modelos de elocuencia y poesía, tomados de los escritores más célebres desde el siglo XIV hasta nuestros días, y que pueden servir de lecciones prácticas á los que se dedican al conocimiento y estudio de esta lengua, por P. Mendibil y M. Silvela. Burdeos, en la imprenta de Lawalle, 1819,* 4 tomos, 4.° El *discurso preliminar* es sensato y erudito para aquel tiempo; pero si carece de las extravagancias del abate Marchena, tampoco tiene sus genialidades felices, ni sus atrevimientos ingeniosos.

ca de Marchena. Hoy que el libro ha perdido aquella misteriosa aureola que le prestaban de consuno la prohibición y el correr á sombra de tejado, pasma tanto estruendo por cosa tan mediana. La decantada perfección lingüística de Marchena en este fragmento, que quiso presentar como *pieza de examen*, estriba en usar, monótona y afectadamente, del hipérbaton latino con el verbo al fin de la cláusula, venga ó no á cuento, y aunque desgarre los oídos; en embutir donde quiera las locuciones *muy más*, *cabe*, *so capa* y *eso más que*, sobre todo esta última, que se le antojaba muy castiza, no sé por qué; en encrespar toda la oración con vocablos altisonantes, revueltos con otros de bajísima y plebeya ralea; en llenar la prosa de fastidiosísimos versos endecasílabos, y en torcer y descoyuntar de mil modos la frase, dándose casi siempre tal maña, que escoge, para rematar el período, la combinación más áspera y chillona. Muy loable era el purismo teórico de Marchena; excelente la doctrina que sobre este particular profesaba (1), y en algunas de sus traducciones no hay duda que predicó con el ejemplo. Pero si sólo le juzgásemos por esta muestra de su prosa original, muy menguado tendríamos que suponer el estudio que había hecho de los clásicos, puesto que no le habían enseñado lo primero que debe aprenderse de ellos: la naturalidad. Estilo más enfático y pedantesco que el del tal discurso, apenas le conozco en castellano, digo, entre las cosas castellanas que merecen ser leídas.

Porque lo merece sin duda, aunque esté lleno de gravísi-

(1) «De todos los modernos idiomas (dice en este mismo *discurso*), es el nuestro el que menos con el francés se aviene..... Dejo aparte que es risible empeño el de enriquecer tan abundante idioma como el nuestro con otro que lo es mucho menos, como el francés, y me ciño á apuntar el precepto tan sabido, desde Horacio á acá, que los idiomas, para remediar sus necesidades, han de acudir á su primitiva fuente; y siendo la del nuestro el latín, mezclado con el árabe; de la lengua latina, de la griega..... y de la arábiga, hemos de derivar los idiotismos y locuciones que necesitáremos, adaptándolos á la índole del castellano.»

mos errores de hecho y de derecho, y escrito con rencorosa saña de sectario, que transpira desde las primeras líneas. La erudición de Marchena en cosas españolas era cortísima. Hombre de vasta lectura latina y francesa, había saludado muy pocos libros castellanos, aunque estos los sabía de memoria. Garcilaso, el bachiller La Torre, Cervantes, ambos Luises, Mariana, Hurtado de Mendoza, Herrera y Rioja, Quevedo y Solís, Meléndez y Moratín, constituían para él nuestro tesoro literario. De ellos y pocos más formó su colección: de ellos casi solos trata en el *Discurso Preliminar*. La poesía de la Edad Media es para él letra muerta, aun después de las publicaciones de Sánchez; de los romances tampoco sabe nada, ó lo confunde todo: ni uno sólo de los históricos, cuanto más de los viejos, admite en su colección. Los juicios sobre autores del siglo XVI suelen ser de una petulancia y ligereza intolerables: llama á las obras de Santa Teresa *adefesios que excitan la indignación y el desprecio*, y no copia una sola línea de ellas. Tampoco del venerable Juan de Ávila, ni de otro alguno de los predicadores españoles, porque son *títeres espirituales*. Los ascéticos, con excepción de Fr. Luis de Granada, le parecen *mezquinos y risibles*: las obras místicas y de devoción, *cáfila de desatinos y extravagancias, disparatadas paparruchas*. Los *Nombres de Cristo*, del Maestro León, le agradan por el estilo; ¡lástima que *el argumento sea de tan poca importaucia*, como que *nada vale!* De obras filosóficas no se hable, porque tales ciencias (basta que lo diga Marchena bajo su palabra) *nunca se han cultivado ni podídose cultivar en España*, donde el abominable tribunal de la Inquisición aherrojó los entendimientos, privándolos de la libertad de pensar. ¿Ni qué luz ha de esperarse de los historiadores, *esclavos del estúpido fanatismo*, y llenos de milagros y patrañas? Borrémoslos, pues, sin detenernos en más averiguaciones y deslindes.

Por este sistema de exclusión prosigue Marchena hasta quedarse con Cervantes y con media docena de poetas. Tan extremado en la alabanza como antes lo fué en el vituperio, no sólo

afirma que nuestros líricos vencen con gran exceso á los demás de Europa, porque resulta, según su cálculo y teoría, que el fanatismo, calentando la imaginación, despierta y aviva el estro poético, sino que se arroja á decir que la canción *Á las Ruinas de Itálica* vale más que todas las odas de Píndaro y Horacio juntas: tremenda andaluzada que ni siquiera en un hijo de Utrera, paisano del verdadero autor de la oda, puede tolerarse. Bella es la canción de las *Ruinas*, y tuvo en su tiempo la novedad de la inspiración arqueológica; pero ¡cuántas composiciones líricas la vencen, aún dentro de nuestro Parnaso! Marchena, amontonando yerro sobre yerro, continúa atribuyendo (como D. Luis José Velázquez) los versos del bachiller La Torre á Quevedo: cita, como ejemplo de la fuerza y originalidad de la dicción poética de éste, una traducción de Horacio, que es del Brocense; y, finalmente, decreta, sin ningún género de salvedades, el principado de la lírica á los andaluces, poniéndose él mismo en el coro (y nada menos que al lado del Divino Herrera), no sin anunciar que ya vendrá día en que la posteridad le alce un monumento, vengándole de sus inicuos opresores.

Y sin embargo, la crítica de Marchena no es vulgar, ni mucho menos, aunque diste bastante de ser la mejor de su tiempo, como han pretendido algunos. Faltan en ella cualidades preciosas que otros tuvieron: el delicado análisis que Capmany, antes y mejor que nadie, aplicó á nuestra prosa; el hondo sentido de la forma poética, la insinuante moderación, el toque sobrio y firme de Quintana; la lucidez y simpática elegancia de Martinez de la Rosa; el buen instinto generoso y amplio de Lista; el vigor dialéctico que muestra Reinoso, aun sujeto por las trabas de la árida ideología de su tiempo. En cambio Marchena, hombre de cultura más extensa que profunda, pero grande al cabo, y en algunos puntos superior á la de casi todos sus coetáneos, tiene, á falta del juicio, que es la cualidad que menos le acompañó en sus obras ni en su vida, una libertad de espíritu aventurera é indisciplinada, que muchas veces le des-

carría, pero que también le sugiere casuales aciertos, expresados por él con su ingénita bizarría y con el original desenfado propio de su temperamento de polemista curtido en las más recias tormentas revolucionarias. De vez en cuando centellean en aquellas extrañas páginas algunas intuiciones felices, algunos rasgos críticos de primer orden: tal es el juicio del *Quijote;* tal alguna consideración sobre el teatro español, perdida entre mucho desvarío, que quiere ser pintura de nuestro estado social en el siglo XVII, tan desconocido para Marchena como podía serlo el XIV; tal la distinción entre la verdad poética y la filosófica; tal lo que dice del platonismo erótico; tal el hermoso paralelo entre fray Luis de Granada y fray Luis de León, considerado como prosista, que es quizá el mejor trozo que escribió Marchena, por más que algo le perjudique la forma retórica de la simetría y de la antítesis; tal el buen gusto con que en pocos y chistosos rasgos tilda el castellano de Cienfuegos, en quien le agradaban las ideas y le repugnaba el neologismo. Pero repito que todos estos brillantes destellos lucen en medio de una noche caliginosa, donde á cada paso va el lector tropezando, ya con afirmaciones gratuitas, ya con juicios radicalmente falsos, ya con ignorancias de detalle, ya con alardes intempestivos de ateismo y despreocupación, ya con brutales y sañudas injurias contra España, ya con vilísimos rasgos de mala fe. En literatura, su criterio es el de Boileau; y aunque esto parezca inverosímil en hombre como Marchena, que en materias religiosas, políticas y sociales llevaba hasta la temeridad su ansia de novedades, y sólo vivía del escándalo y por el escándalo, en literatura es, como su maestro Voltaire, acólito sumiso de la iglesia neo-clásica, observador fiel de los cánones y prácticas de los preceptistas del siglo de Luis XIV, y furibundo enemigo de los modernos estudios y teorías sobre la belleza y el arte, de «esa nueva oscurísima escolástica, con »nombre de *estética*, que califica de *romántico* ó novelesco »cuanto desatino la cabeza de un orate imaginarse pueda.» Para Marchena, como para todos los volterianos rezagados,

para José María Chénier, para Daunou, para La Harpe antes y después de su conversión, Racine y Molière continuaban siendo las columnas de Hércules del arte. En su crítica y en su estética (si es lícito usar aquí este nombre por él tan aborrecido), no le cuadraba mal á Marchena ese apodo de *abate*, que, quizá con intención sarcástica, añadían siempre á su apellido sus contemporáneos; porque en esto continuaba siendo un abate del siglo XVIII. A Shakespeare le llama *lodazal de la más repugnante barbarie;* á Byron, ni aún le nombra; de Goethe no conoce ó no quiere conocer más que el *Werther*.

Juzgadas con este criterio nuestras letras, todo en ellas había de parecerle excepcional y monstruoso. Restringido arbitrariamente el principio de imitación que el realismo español había interpretado con tan amplio sentido; entendida con espíritu mezquino la antigüedad misma (¿ni qué otra cosa había de esperar de quien dice que *Esquilo violó las reglas del drama*, es decir, las reglas del abate D'Aubignac?); convertidos en pauta y ejemplar único los artificiales productos de una cultura cortesana y refinadísima, flores la mayor parte de invernadero, sólo el buen gusto y el instinto de lo bello podían salvar al crítico en los pormenores y en la aplicación de sus reglas, y de hecho salvan más de una vez á Marchena. Pero aun en estos casos es tan inseguro y contradictorio su juicio, parecen tan caprichosos sus amores y sus odios, y tan podrida está la raíz de su criterio histórico, que los mismos esfuerzos que hace para dar á su crítica carácter trascendental y entretejer la historia literaria con los hilos de la historia externa, sólo sirven para despeñarle. Bien puede decirse que todo autor español comienza por desagradarle en el mero hecho de ser español y católico; y necesita un gran esfuerzo para sobreponerse á esta prevención. No concibe literatura grande y floreciente sin espíritu irreligioso; y cegado por tal manía, ora se empeña en demostrar que los españoles de la Edad Media eran muy tolerantes y hasta indiferentes en religión, como si no protestaran de lo contrario las hogueras que encendió San Fernando, las

matanzas de judíos, los actos de la Inquisición catalana, y todos nuestros cuerpos legales; ora se atreve á poner lengua (caso raro en un español) en la veneranda figura de la Reina Católica, á quien llama «implacable en sus venganzas, y sin fe »en la conducta pública»; ora coloca al libelista Fr. Paolo Sarpi en puesto más eminente que á todos nuestros historiadores, por el solo hecho de haber sido tenido por protestante aunque solapado; ora desprecia como *bárbara cáfila de expresiones escolásticas* la ciencia de Santo Tomás y de Suárez; ora niega, porque sí, y por quitar una gloria más á su patria, la realidad del mapa geodésico del maestro Esquivel, de que dan fe por vista de ojos Ambrosio de Morales y otros testigos irrecusables; ora explica la sabiduría de Luis Vives por haberse educado fuera de la Península (olvidando sin duda sus vehementes diatribas contra la Universidad de París); ora califica de patraña un hecho tan judicialmente comprobado como el asesinato del Niño de la Guardia; ora imagina, desbarrando, que los *monopantos* de Quevedo son los jesuitas; ora calumnia feamente á la Inquisición, atribuyéndola el desarrollo del molinosismo, que ella castigó sin paz y sin tregua; ora nos enseña como profundo descubrimiento filosófico que los *inmundos trágicos de la Epístola Moral* son «nuestros frailes, los más »torpes y disolutos de los mortales, encenagados en los más »hediondos vicios, escoria del linaje humano». Pero lo más curioso y extravagante es la razón que da para no incluir en su colección mayor número de trozos de Fr. Luis de Granada, á pesar de lo muy persuadido que estaba del soberano mérito de este escritor, que parece haber sido el predilecto suyo entre los nuestros. ¡La razón es que le tenía por *inmoral!* Y ciertamente que su moral era todo lo más contrario á la extraña moral de Marchena, el cual en otra parte de este abigarrado discurso, donde todo es intemperante, el pensamiento y la expresión, truena con frases tan estrambóticas como grande es la aberración de las ideas, contra «*la moral ascética, enemiga de los de-*»*leites sensuales en que la reproducción del humano linaje se*

»*vincula, tras de los cuales corren ambos sexos á porfía.*» Él »profesa la *moral de la naturaleza*, «la de Trasíbulo y Timo»león;» y en cuanto á dogma, no nos dice claro si por aquella fecha era ateo ó panteista, puesto caso que del deismo de Voltaire había ya pasado, y no aceptaba ningún género de Teodicea, dejando en la categoría de los asertos más ó menos verosímiles, y sujetos al cálculo de probabilidades, «la existen»cia de *una ó muchas naturalezas increadas*, distintas de la »materia y señoras de ella; la multiplicidad de substancias en »el ser humano; la incorruptibilidad de unas cuando se co»rrompen las otras.»

Qui habitat in cœlis irridebit eos; y en verdad que parece ironía de la Providencia que la nombradía literaria de aquel desalmado jacobino, que en París abrió cátedra de ateismo, ande vinculada principalmente (¿quién había de creerlo?) á una oda de asunto religioso: la oda *A Cristo Crucificado*. De esta feliz inspiración quedó el autor tan satisfecho, que con su habitual é inverosímil franqueza, no sólo la pone por modelo en su colección de clásicos, sino que la elogia cándidamente en el preámbulo, y, comparándose con Chateaubriand, cuya fama de poeta cristiano le sacaba de quicio, y de cuyos *Mártires* decía que «son una ensalada compuesta de mil yerbas, acedas »aquellas, saladas estotras, y que juntas forman el más repug»nante y asqueroso almodiote que gustar pudo el paladar hu»mano,» exclama con estudiantil desgarro: «Entre el poema »de *Los Mártires* y la oda *A Cristo Crucificado* media esta di»ferencia: que Chateaubriand no sabe lo que cree y cree lo »que no sabe, y el autor de la oda sabe lo que no cree y no »cree lo que sabe.»

La inmodestia del autor, por una parte, y por otra los excesivos elogios que en todo tiempo han tributado á esta oda los críticos de la escuela literaria á que el autor pertenecía, contribuyen á que la composición de Marchena no haga en todos los lectores el efecto que por su robusta entonación debiera. El autor la admiró por todos y antes que todos, se decretó

por ella una estatua y nada nos dejó que admirar. Así y todo, es pieza notable, algo artificial y pomposa, demasiado *herreriana* con imitaciones muy directas, desigual en la versificación, desproporcionada en sus miembros, pequeña para tan grandioso plan, que quiere ser nada menos que la exposición de toda la economía del Cristianismo, y, por último, fría y poco fervorosa, como era de temer del autor, aunque muchos, con exceso de buena fe, hayan creído descubrir en ella verdadero espíritu religioso. Si lo que Marchena se propuso, según parece, fué demostrar que sin fe pueden tratarse magistralmente los temas sagrados, la erró de medio á medio, y su oda es la mejor prueba contra su tesis. Fácil es á un hombre de talento y de muchas humanidades calcar frases de los libros santos y frases de León y de Herrera, y zurcirlas en una oda, que no será ni mejor ni peor que todas las odas de escuela; pero de esto, al brotar espontáneo de la inspiración religiosa, ¡cuánto camino! Júzguese por las primeras estancias de la oda de Marchena, que si bien compuestas de taracea, tienen, ciertamente, rotundidad y número, y vienen á ser las mejores de esta composición, en que *todo es cabeza*, como si el autor, fatigado de tan valiente arranque, se hubiese dormido al medio de la jornada:

Canto al Verbo divino,
No cuando inmenso, en piélagos de gloria,
Más allá de mil mundos resplandece,
Y los celestes coros de contino
Dios le aclaman, y *el Padre se embebece*
En la perfecta forma no creada (1),
Ni cuando de victoria
La sién ceñida, el rayo fulminaba
Y de Luzbel la altiva frente hollaba,
Lanzando al hondo Averno,

(1) ¡Admirablemente dicho! Si toda la canción estuviese escrita como este sublime rasgo, sería de un gran poeta.

Entre humo pestilente y fuego eterno,
La hueste contra el Padre conjurada.
No le canto tremendo,
En nube envuelto horrísono-tonante,
Del Faraón el pecho endureciendo,
Sus fuertes en las olas sepultando,
Que en los abismos de la mar se hundieron,
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
Cual humo que disipa el raudo viento,
No fueron: la mar vino
Y los tragó en inmenso remolino,
Y Amón y Canaán se estremecieron.

Muy inferiores á ésta son las demás poesías de Marchena, que él, con la misma falta de modestia, va poniendo por dechados en sus géneros respectivos. Todas ellas figuran en la colección manuscrita de París, siendo la más notable una *Epístola sobre la libertad política*, dirigida al insigne geómetra español D. José María Lanz, creador, juntamente con don Agustín Betancourt, de la nueva ciencia de la *Cinemática* (1).

En general, esta epístola está pésimamente versificada, llena de asonancias ilícitas, de sinéresis violentas y de cuñas prosáicas; muestra patente de que el autor sudaba tinta en cada verso, obstinado en ser poeta contra la voluntad de las hijas de la Memoria. Hay, no obstante, algunos tercetos dignos de notarse por lo feliz de la idea ó de la imagen, ya que no de la ex-

(1) La obra de estos dos ingenieros españoles, titulada *Essai sur la composition des machines*, cuya segunda edición es de 1819 (ignoro la fecha de la primera), obtuvo los elogios de Monge, y sirvió de texto por muchos años en la Escuela Politécnica de París.

La amistad de Marchena con Lanz hubo de fundarse, no solamente en la comunidad de ideas políticas, sino también en la afición de Marchena á los estudios matemáticos. Aludiendo á esto en su *Discurso*, dice de sí mismo «que había hecho como el enano de Saturno en el *Micromegas*, de »Voltaire, muchos cálculos largos y muchos versos cortos.»

presión, y porque, además, nos dan el pensamiento político de su autor acerca de la revolución después de pasados los primeros terrores de ella:

Tal la revolución francesa ha sido
Cual tormenta que inunda las campañas,
Los frutos arrancando del ejido;
Empero el despotismo las entrañas
Deseca de la tierra donde habita,
Cnal el volcán que hierve en las montañas.

Queriendo mostrar el autor que todos los excesos revolucionarios son consecuencia del despotismo, y que él nutre y educa la revolución á sus pechos, usa de esta notable comparación:

Así en Milton los monstruos del abismo
Devoran con rabioso ávido diente
De quien les diera el ser el seno mismo.

Tampoco carece de cierta originalidad Marchena como primer cantor español de *la duda,* y precursor en esto de Núñez de Arce y otros modernos:

¡Dulce esperanza, ven á consolarme!
¿Quién sabe si es la muerte mejor vida?
Quien me dió el ser ¿no puede conservarme
más allá de la tumba? ¿Está ceñida
á este bajo planeta su potencia?
¿El inmenso poder hay quien lo mida?
¿Qué es el alma? ¿Conozco yo su esencia?
Yo existo. ¿Dónde iré? ¿De dó he venido?
¿Por qué el crimen repugna á mi conciencia?

Bien dijo Marchena que tal poesía era nueva en castellano, pero también ha de confesarse que la nueva cuerda añadida por él á nuestra lira no produce en sus manos más que sonidos discordes, ingratos y confusos.

También pagó tributo Marchena á uno de los más afectados, monótonos y fastidiosos géneros que por aquellos días estuvieron en boga: al de las epístolas *heroidas*, calcadas sobre la famosa de Pope, á la cual no llega ni se acerca ninguna de sus imitaciones. ¿Quién no conoce la famosa *Epístola de Eloisa á Abelardo*, que Colordeau imitó en francés, y que Santibáñez, Maury y algunos otros pusieron en castellano, tomándola ya del original ya de la versión, para nocivo solaz de mancebos y doncellas, que veían allí canonizados los ímpetus eróticos, reprobadas las austeridades monacales, y enaltecido sobre el matrimonio el *amor desinteresado y libre?*

Ciertamente que esta Eloisa nada tiene que ver con la escolástica y apasionadísima amante de Abelardo, ni menos con la ejemplar abadesa del Paracleto, sino que está trocada, por obra y gracia de la elegante musa de Pope, en una *miss* inglesa, sentimental, bien educada, vaporosa é inaguantable. ¿Dónde encontrar aquellas tan deliciosas pedanterías de la Eloisa antigua, aquellas citas de Macrobio y de las epístolas de Séneca, del *Pastoral* de San Gregorio y de la regla de San Benito; aquellos juegos de palabras *¡oh inclementem clementiam! ¡oh infortunatam fortunam!* mezcladas con palabras de fuego sentidas y no pensadas: *non matrimonii foedera, non dote aliquas expectavi, non denique meas voluptates aut voluntates, sed tuas, sicut ipse nosti, adimplere studui. ... Quae regina vel praepotens femina gaudiis meis non invidebit vel thalamis?..... Et si uxoris nomen sanctius ac validius videtur, dulcius mihi semper extitit amicae vocabulum, aut (si non indigneris) concubinae vel scorti, ut quo me videlicet pro te amplius humiliarem, ampliorem apud te consequerer gratiam, et sic excellentiae tuae gloriam minus laederem..... Quae cum ingemiscere debeam de commissis, suspiro potius de amissis.*

Después de leídas tales cartas, parece amanerada, aunque agradable siempre, la *Heroida* de Pope, donde ha desaparecido todo este encanto de franqueza y barbarie, de ardor vehementísimo y sincero. Con todo eso, esta ingeniosa falsificación

de los sentimientos del siglo XVIII tuvo portentoso éxito, y engendró una porción de imitaciones con el nombre de *heroidas*, dado ya en la antigüedad latina por Ovidio á otras epístolas galantes suyas, no menos infieles al carácter de los tiempos heroicos que lo eran las de sus imitadores al espíritu de la Edad Media.

¿Pero cuál de las imitaciones de la *Heroida* de Pope que hay en castellano es la de Marchena? El señor marqués de Valmar, doctísimo colector de nuestros poetas del siglo XVIII, se inclina á atribuirle la más popular de todas: la que se imprimió en Salamanca por Francisco de Toxár, en 1796, con título de *Cartas de Abelardo y Eloisa, en verso castellano,* y fué prohibida por un edicto de la Inquisición de 6 de Abril de 1799. El Sr. Bergnes de las Casas, que imprimió en Barcelona en 1839, juntamente con el texto latino de las *Cartas de Abelardo* y el inglés de la epístola de Pope, todas las imitaciones castellanas que pudo hallar de unas y otras, atribuye á D. Vicente María Santibáñez, catedrático de humanidades en Vergara, la susodicha famosa traducción que comienza:

> En este silencioso y triste albergue,
> De la inocencia venerable asilo.....

y da como anónima la respuesta, que parece obra original del traductor de la primera epístola, si bien muy inferior á ella en condiciones literarias, porque ya el original de Pope ó de Colardeau no sostenía la flaca vena de su autor:

> ¿Quién pudiera pensar que en tantos años
> De penitente y retirada vida... .

El hallazgo del manuscrito de París ha venido á resolver la cuestión, puesto que en él aparecen dos epístolas de Eloisa y Abelardo, enteramente originales del abate Marchena y mucho más libres é impías que las que se imprimieron en Sala-

manca, de las cuales una, por lo menos, es de Santibáñez, según el testimonio irrecusable de Quintana, que le había conocido mucho, como también á Marchena (1). No es maravilla que tratándose de autores tan análogos en su vida y en sus ideas, y de composiciones sobre el mismo asunto, se hayan confundido las especies. Conste, pues, que las *heroidas* de Marchena son las que empiezan:

Sepulturas horribles, tumbas frías.....
¡Oh vida, oh vanidad, oh error, oh nada..... (2)

Así éstas como la mayor parte de las poesías líricas de Marchena, que yo he impreso en colección por vez primera, han sido fielmente copiadas por el docto profesor y querido amigo nuestro Mr. Alfred Morel-Fatio de un códice autógrafo de Marchena, que se conserva hoy en la Biblioteca de la Sor-

(1) «D. Vicente María Santibáñez, traductor de la *Heroida* de Pope, »con cuyo estilo y carácter tenía el suyo tan poca analogía y semejanza.» *(Introducción á la poesía castellana del siglo XVIII,* art. IV.)

(2) Faltan en la curiosa edición de las *Cartas de Abelardo y Eloisa* (dos tomos 4.°), Barcelona, 1839, imp. de A. Bergnes, que además de las cartas latinas y los estudios de Guizot, Cousin, etc., sobre Abelardo, contiene los textos originales de la heroida de Pope y de la de Colardeau, las dos de Santibáñez; la de Maury, en octavas (muy fría, pero audazmente versificada, como suya: ensayo de su juventud, impreso en Málaga en 1792, prohibido por la Inquisición en 1796), y tres heroidas más, de Beauchamps, Dorat y Mercier, puestas en versos castellanos nada vulgares por un poeta, cuyas iniciales son J. V.

Como prueba de la aceptación que tenía este falso género á principios del siglo, puede citarse la *Colección de varias heroidas, traducidas libremente de los mejores autores franceses por D. M. A. de C.....* (¿Don Mariano de Carnerero?) Madrid, en la imprenta de Repullés, 1810; dos tomos 12.°. A imitación de estas heroidas francesas, compuso algunas el P. Arolas, las cuales pueden leerse en la colección de sus versos juveniles (Valencia, 1842).

El final de la oda de Quintana *A la hermosura*, es una reminiscencia de la *heroida* de Pope.

bona, y procede de la librería de Mr. Lefebure de Fourcy, antiguo catedrático de la Facultad de Ciencias (1). De muchas de estas composiciones ya se ha ido haciendo mérito en el curso de esta biografía. Todas ellas parecen compuestas antes de 1808, y sin duda por eso no figura en el manuscrito de París la canción *A Cristo crucificado*, que debe de ser posterior.

V

Cuando la revolución de 1820 abrió á los afrancesados las puertas de España, Marchena fué de los que regresaron, muy esperanzado sin duda de ver premiados bajo el nuevo régimen sus servicios á las ideas liberales, que ciertamente eran más antiguos que los de ningún otro español. Pero nada logró; porque la tacha de traidor á la patria le cerraba todo camino, en un tiempo en que las heridas del año 1808 manaban sangre todavía; y los mismos afrancesados, que apenas habían comenzado su laboriosa tarea para irse rehabilitando en la opi-

(1) Este códice tiene la signatura I—IV—48, y una nota en el reverso de la cubierta indica la procedencia: «*Ex libris Lefebure de Fourcy in Parisiensi Scientiarum facultate olim professoris à filiis datum MDCCCXIX.*» El Sr. Morel-Fatio describe el códice en estos términos: «Tiene el códice 69 hojas escritas, y además muchas blancas; el texto acaba en la hoja 69, con el título de los *Diálogos filosóficos* en verso, que no se insertaron. Es indudablemente autógrafo, porque la letra de las correcciones es la misma que la del texto, y estas correcciones se ve luego que son del autor mismo y no de un copista. Al principio del códice se cortaron unas veinte hojas; pero como en la primera de las guardas hay el título de *Oeuvres de Marchena*, y en la segunda *Poesías* (de mano de Marchena), es probable que dichas hojas se cortaron antes de que escribiese nada nuestro autor en el libro. En todo caso, por el título *Poesías* de la segunda hoja hay motivo de suponer que, si falta algo, lo que falta será prosa y no versos.»

nión (como al fin lo consiguieron en los últimos años de Fernando VII, llegando á ejercer grande influencia en sus consejos como autores ó fautores de la teoría del despotismo ilustrado), huían de Marchena, clérigo apóstata, cuyo radicalismo político y religioso, todavía raro en España, bastaba para comprometer cualquier partido á que se afiliase. Bien á su costa lo experimentó en Sevilla, á donde le llevaron, sin duda, los recuerdos de su juventud y el apego al suelo natal. Sevilla era entonces un pueblo eminentemente realista, donde las ideas constitucionales sólo eran profesadas por una minoría exigua, al revés de lo que acontecía en Cádiz, Barcelona y otras ciudades marítimas. Uno de los biógrafos de Marchena (1), cuyos recuerdos personales se remontan bastante lejos, da sobre este punto curiosas y autorizadas noticias.

«La gente liberal en Sevilla era entonces baladí. La mayoría de lo que se llama pueblo, casi toda la nobleza y los propietarios y labradores pertenecían en ideas al absolutismo, fomentado por el numeroso y alto clero y por los más de los frailes.

»El bando liberal se componía de muy pocas personas importantes de la ciudad, comerciantes, tenderos, oficiales retirados, ociosos y vagabundos, alguna tropa de la guarnición y de los aficionados á alborotos.

»Se decía entonces, por fina ironía, que *todo el pueblo junto en el café del Turco* había promovido tal ó cual asonada, en cuya frase se pintaba gráficamente cuán reducido número de personas contaba el partido liberal en Sevilla.....»

Al principio Marchena fué bien recibido por los liberales sevillanos, é ingresó, á título honorífico, en una sociedad patriótica que allí había, no menos tumultuosa que sus análogas de Madrid, aunque menos perniciosa en sus efectos, que tenían más de bufo que de trágico, reduciéndose á sandias peroratas

(1) D. Adolfo de Castro, en el artículo ya citado de LA ESPAÑA MODERNA.

sobre los artículos del código constitucional, y á otras efusiones declamatorias propias de la candidez política de aquellos tiempos. A Marchena, que no solo había visto revoluciones de verdad, sino que había sido actor en ellas, le parecía todo aquello una absurda mojiganga, y como no se recataba de decirlo á los propios adeptos, con toda la malignidad sarcástica propia de su carácter violento y atrabiliario, se atrajo en poco tiempo muchos enemigos, que no le perdonaban aquella continua é implacable burla. Además, entre los patriotas del año 20, aunque la irreligión hubiese comenzado á hacer estragos y estuviese de moda cierto descreimiento, había no pocos hombres sinceramente cristianos, y aún devotos, que no pasaban más allá de la libertad política, y para quienes era un escándalo la impiedad que cínicamente afectaba Marchena. A los pocos meses de su llegada, había tenido la habilidad de ponerse mal, casi á un mismo tiempo, con los frailes de Sevilla y con el capitán general, que era al mismo tiempo jefe político de la provincia. Las cosas acontecieron de este modo.

Las Cortes de 1820 acababan de dar una ley (que Fernando VII sancionó á la fuerza, y bajo el amago de un motín) extinguiendo las órdenes monacales y reformando las regulares. Para celebrar este decreto, la Sociedad patriótica de Sevilla encargó un discurso á Marchena. Este discurso, que gustó en el primer momento (quizá porque la mayor parte del auditorio no lo entendió del todo), fué impreso por aclamación general, y entonces es cuando se vió la gravedad de las conclusiones racionalistas que la inexperta Sociedad había prohijado. Se trataba, en efecto, de un ardiente alegato en pro de la libertad de cultos, ó más bien del naturalismo y del indiferentismo religioso, pero envuelto en cierta fraseología mística que podía deslumbrar á los incautos. Marchena preguntaba, entre otras cosas:

«¿No pertenecen al Criador, al conservador del Universo, »el hombre y sus obras todas, y la tierra que habita y el cielo »que le cobija y cuantos seres animados é inanimados en su

»inmenso seno la Naturaleza encierra? ¿Es la morada de Je»hová el monte de Garizim? ¿Es peculio privativo suyo el tem»plo de Júpiter Capitolino, la mezquita de la Meca ó las pare»des del Vaticano? ¿No es su dominio el capullo que alberga »al insecto imperceptible, como la vasta órbita que describe »el más remoto planeta? *La tierra y cuantos en ella moran, el »orbe entero y cuanto en él se contiene, son del Señor*, dicen los »salmos de los hebreos. Un don sólo puede tributar el hombre »al Altísimo, y ese es el único grato á sus ojos: un pecho »amante de la virtud, una razón despojada de los desvaríos de »la superstición, *una vida conforme á los preceptos del Verbo*, »esto es, de la razón divina, que estableció el invariable orden »de los seres, y por la razón de las necesidades físicas, enseñó »á los humanos las relaciones que con Dios y con sus semejan»tes los estrechan..... Los tiranos son los verdaderos rebeldes »á la divinidad, los enemigos de la eterna razón increada, los »que han formado parcialidades y coligádose contra el Señor »y su Cristo, mas que el Cristo ha de quebrantar con cetro de »hierro, cual vasos de frágil arcilla» (1).

Un fraile impugnó desde el púlpito el folleto del *ciudadano* Marchena, y el *ciudadano* Marchena, dando una muestra de intolerancia, no rara entre los que teóricamente blasonan más de librepensadores, denunció el fraile á las iras de la Sociedad patriótica, y aun procuró, aunque inútilmente, que se hiciese pesquisa judicial contra él. Todo ello consta por la carta al general O'Donojú, que citaremos luego:

«Puesto que todas las expresiones de dicho discurso se hu»bieron pronunciado delante de un inmenso concurso de suje»tos de toda clase, no desaprobando ninguno una sola de ellas,

(1) *Discurso sobre la ley relativa á extinción de monacales y reforma de regulares, pronunciado en el día 6 de Noviembre del presente año, en la Sociedad Patriótica Constitucional de esta ciudad, por el ciudadano D. Josef Marchena, socio íntimo de la misma, é impreso por aclamación general* (Sevilla, 1820, folleto de 16 páginas).

»y aplaudiéndolas todos; puesto que estuviera ya impreso y »patente á la censura de todos, todavía un fraile, llamado *Sa»lado*, tuvo la increible avilantéz de predicar un domingo en »*Omnium Sanctorum* (una de las iglesias á donde acude más »plebe, y, por consiguiente, más gente pronta á enardecerse »por las irritaciones del fanatismo), que el abate Marchena »era un hereje que quería trastornar la religión católica.

»Tan escandalosa tentativa de asonada, no solamente per»manece impune, mas ni siquiera ha tenido por conveniente V. E. hacer en la materia la más ligera pesquisa, si bien »la excitación desde el púlpito contra un ciudadano que se »nombra formalmente, sea un delito nuevo desde el principio »de las conmociones de España, y este primer ejemplo se ha »dado impunemente en el pueblo cuya seguridad ha sido enco»mendada á V. E. No es esto articular una queja contra V. E. »Bien me hago cargo de lo arduo del empeño de encontrar »testigos que declarasen sobre un sermón predicado un domin»go en una iglesia llena de gente. La delación que de él se »hizo en la Sociedad, y que también está consignada en *La »Espada Sevillana*, pareció, sin duda, á V. E. una denuncia »vaga; por eso no ha querido hacer diligencias que probable»mente ningún efecto producirían.»

Pronto surgió otra disidencia en el seno de la Sociedad. El *ciudadano* Mac-Crhon, correligionario y amigo íntimo de Marchena, leyó una noche cierto manifiesto de los oficiales del batallón de Asturias (el que había mandado Riego), en que se hacían graves cargos al general O'Donojú. A muchos de los concurrentes pareció tal manifiesto una insensatez y una violación de los principios más elementales de la disciplina militar; pero Marchena se encaramó en la tribuna para sostener que los oficiales manifestantes estaban dentro de «la verdadera doctrina de los pueblos libres acerca de las quejas de los ciudadanos contra los magistrados y gobernantes,» y que no hacían más que cumplir con la «obligación sagrada del ciudadano».

Publicábase á la sazón un periódico titulado *La Espada Sevillana*, órgano oficioso de la Sociedad, pero todavía más del Capitán general, que había confiado su redacción á un médico llamado Codorniu. En *La Espada*, pues, salió un comunicado, que firmaba *El Ocioso*, de tono asaz agrio, contra el manifiesto de los oficiales de Asturias, y contra los oradores que le habían apoyado en la Sociedad Patriótica. Y aquí prosigue la narración del abate Marchena, dirigiéndose al mismo general O'Donojú.

«El socio Mac-Crhon, ultrajado en una postdata del ar»tículo comunicado, salió á vindicar su honor: seguíle yo, y »los aplausos del público nos acompañaron á uno y á otro. »Acuérdome que en mi razonamiento dije que ni conocía ni »quería conocer á V. E. Lo primero, V. E. sabe ser muy cierto: »lo segundo sé yo que no lo es menos. Probé que no debían »los miembros de la Sociedad seguir subscribiéndose á un pe»riódico que, costeado por ellos, insertaba violentas censuras »de papeles leídos con aprobación del Cuerpo, y de socios que, »en vez de haber sido llamados al orden, se les había escu»chado con satisfacción general.....

»Al siguiente día se formó, por los que llevaban la voz, un »conciliábulo con nombre de sesión secreta; y sin citarme, sin »mi noticia, sin hacerme cargo ninguno, sin saber siquiera si »pensaba yo en disculparme, fallan mi expulsión de la Socie»dad. Tan ajeno estaba yo de esta decisión, que habiendo por »acaso sabido que se celebraba sesión secreta en el teatro de »San Pablo, fuí á ella, y pedí la palabra para hablar sobre no »sé qué asunto que á la sazón se estaba ventilando, cuando un »fraile dominico, llamado Fr. Becerro, digno presidente de la »Sociedad Patriótica de Sevilla, encarándose á mí con tan fu»ribundo ademán como si me notificara que por auto del Santo »Oficio iba á ser relajado al brazo seglar, con estentórea voz »me preguntó si ignoraba yo la decisión que se acababa de to»mar por la Sociedad. Respondíle (como era verdad) que nada »sabía de ella. Y alargándome, con toda la insolencia y des-

»cortesía frailesca, el registro de las actas, me dió á leer la re-»solución de mi expulsión. Quise hablar y me cerró la boca »diciendo que la Sociedad no se volvía nunca atrás en sus de-»cisiones.—«Si es así (dije yo entonces), la infamia de ésta re-»caerá sobre mí ó sobre ella. Sobre mí estoy seguro de que no »ha de caer. Concluyan ustedes el dilema.»—«Sobre nosotros »(respondieron unos quince que formaban el conventículo).» »—No retratan ustedes mal (repuse saliéndome) á los judíos »verdugos de Cristo. *Sanguis ejus super nos et super filios »nostros*» (¡!).

Marchena, después de compararse nada menos que con el Redentor del mundo, echa al Capitán general la culpa de *tan escandalosas escenas*, por haber dirigido á varios socios una circular ó exhorto secreto, preguntándoles si, en efecto, el abate había hablado contra la religión católica en alguna de las sesiones públicas ó secretas. El niega terminantemente haberse ocupado en tales asuntos, y como el general O'Donojú no estaba en olor de santidad, sino que era antiguo afiliado de las sociedades secretas, triunfa de él con punzante y maligna ironía, diciendo que no es el celo de la casa del Señor lo que le devora.

Todo el resto de la vindicación está escrito en el mismo tono acre é insolente. Marchena contrapone su crédito literario y su vieja historia revolucionaria á la triste reputación militar de O'Donojú, que todavía no era el hombre del convenio con Itúrbide, pero que ya había dado suficientes pruebas de torpeza é incapacidad. Le echa en cara su doblez y falso juego en 1819, el haber conspirado á medias, y haber faltado á su compromiso con los liberales en el momento crítico. Y hablando de sí mismo, añade:

«La persecución se había de cohonestar con las más dispa-»ratadas calumnias. Una carta he visto yo, escrita por un »amigo de V. E., en que afirmaba que Mac-Crhon, Marchena »y otros perversos habían pedido la cabeza de Codorniu (per-»dóneme V. E. si miento á éste Juan Rana de la literatura).

»¿Qué diablos habíamos de hacer con la cabeza de un Codor»niu? Todavía si hubiera yo proyectado un poema de La Fon»taine, pudiera aquella cabeza servir de modelo para el prin»cipal héroe; mas para esto era forzoso que se mantuviera en»cima de sus hombros. Viva el erudito secretario de la Socie»dad Patriótica Sevillana quieto y sosegado; esgrima furi»bundos tajos con su espada de palo: todo el mundo se reirá, »con contorsiones, de sus acometimientos, de sus necias mali»cias, y en nadie excitará afectos de amor ni de odio: yo se lo »aseguro sin temor de que nadie me desmienta.....

»De Codorniu, volvamos á V. E. ¿Y es verdad, señor, que »lo que más en mi discurso le ha irritado ha sido el haber ha»blado yo con el alto aprecio que para mí se merecen Riego y »sus compañeros? Ello es cierto que es triste cosa no haber te»nido parte en la restauración de la libertad de la patria quien »en aquella época hubiese podido decidir oportunamente la »contienda con sólo declararse. Mas también hemos de aten»der á que el papel de expectante, si no es el más glorioso, »por lo menos es el más seguro, ya que la prudencia persuade »á abstenerse de coger laureles que pueden ir envueltos en ci»preses.....

»Permítame V. E. que en pago de los daños que se ha es»forzado en causarme, le dé un consejo, que aun cuando de »nada le sirviese, nunca podrá serle nocivo: éste es, que cuan»do quisiere asestar un tiro contra alguno, se funde en pretex»tos que lleven algún color de verosimilitud.

»En consecuencia, Sr. Excmo., ¿quién se ha de persuadir »de que soy yo un enemigo de la libertad, cuando tantas per»secuciones he sufrido por su causa; un hombre que anda pi»diendo cabezas de majaderos, cuando por espacio de dieci»seis meses, en mi primera juventud, me ví encerrado en los »calabozos del jacobinismo?

»Cuando en España pocos esforzados varones escondían en »lo más recóndito de sus pechos el sacrosanto fuego de la li»bertad; cuando ascendían los viles á condecoraciones y em-

»pleos, postrándose ante el valido ó sirviendo para infames »tercerías con sus comblezas ó las de sus hermanos ó parien»tes, entonces, en las mazmorras del execrable Robespierre, »al pie del cadalso, alzaba yo un grito en defensa de la huma»nidad, ultrajada por los desenfrenos de la más loca democra»cia. Mas nunca los excesos del populacho me harán olvidar »los imprescriptibles derechos del pueblo: siempre sabré arros»trar la prepotencia de los magnates lidiando por la libertad »de mi patria» (1).

Esta carta, cuyo final es elocuente, y que en todo su contexto es una curiosa muestra de la acerada prosa política del abate Marchena, fué escrita en Osuna el 6 de Diciembre de 1820 y publicada inmediatamente en el *Diario de Cádiz*. Su éxito fué grande, no sólo entre los liberales exaltados, sino entre los muchos enemigos de toda especie que tenía O'Donojú, y entre los realistas burlones, que tanto partido sacaban de estas discordias de sus adversarios. Para contrarrestar el efecto de las diatribas de Marchena (á quien todos temían, aunque casi nadie le estimase), se publicó una impugnación de su carta *por un socio de la Reunión Patriótica* de Sevilla (2). Es papel bastante candoroso y pobremente escrito, pero del cual pueden sacarse algunas especies útiles para la biografía de Marchena, y sobre todo para juzgar del mal pre-

(1) *Copia de la carta dirigida al Excmo. Sr. D. Juan O'Donojú, capitán general de la provincia de Sevilla, jefe político de la misma, teniente general de los reales ejércitos, edecán de S. M., gran cruz de las órdenes de Carlos III y de San Hermenegildo,* etc., etc., *por el abate Marchena.*

Este curioso documento, no citado por los biógrafos anteriores, ha sido reproducido íntegramente por D. Adolfo de Castro (núm. 1.° de La España Moderna).

(2) *Impugnación de la Carta del abate Marchena al Excmo. Sr. Capitán general y jefe político de esta provincia, D. Juan O'Donojú (inserta en el* Diario de Cádiz), *por un socio de la Reunión Patriótica de esta ciudad. Sevilla, impreso por la viuda de Vázquez y compañía, año de 1821.*—Folleto de 11 páginas.

dicamento en que entonces le tenían sus paisanos. A ello contribuía mucho su calidad de afrancesado, y este punto flaco es el primero en que el impugnador le hiere:

«Esos son los que clavaron el puñal en el seno de la madre »patria en la aciaga época de la dominación francesa..... Aun»que hoy, con una falsa hipocresía, se ostentan patriotas, su »pasada conducta los desmiente..... No han adoptado estos »monstruos las ideas liberales sino para desacreditarlas y en»vilecerlas..... El ídolo de la independencia nacional no les de»vuelve los falsos ósculos con que reconocen, al parecer, su »soberanía, ni tienen por bien expiados sus errores por una »débil analogía con el actual sistema..... Bien á su costa lo ha »experimentado el abate Marchena, cuando, después de algu»nos aplausos, hijos del momento y arrancados por sorpresa, »se vió confundido y avergonzado por los mismos que antes le »celebraban con entusiasmo..... No era ya posible á una so»ciedad que anhelaba por la instrucción y seguridad del pue»blo sevillano poder abrigar por más tiempo un ciudadano »de ideas tan heterogéneas y alarmantes, sin arriesgar su »existencia misma y autorizar esta dañosa franqueza de ha»blar en sentidos opuestos á los de la muchedumbre, cuando »ésta camina de acuerdo con las disposiciones del Gobierno.»

. . . . . .

Entrando el anónimo en el examen del que llama *envenenado papel,* empieza por rechazar el inmodesto paralelo que Marchena hacía entre su persona y la de Juan Jacobo Rousseau, y entre su carta á O'Donojú y la carta del ciudadano de Ginebra al Arzobispo de París, con motivo de la prohibición del *Emilio.*

«¿Qué obras pueden igualar á este nuevo autor con aquel »célebre filósofo, si ya no es el desenfreno de sus pensamien»tos é ideas en materia de religión? Sepa el señor Marchena »que la comparación hubiera sido más propia si se hubiese »acordado de Esopo y de sus fábulas, ya que (aun olvidada la »semejanza de su persona) á este género pertenecen todos los »hechos y particularidades que refiere..... ¿Quién ha escrito

»entre nosotros contra las obras de este autor, cuando no se »conocen ni pueden conocerse?..... Él es un extranjero en su »propio país, por los muchos años de ausencia y sus relacio»nes y enlaces íntimos con algunos de los personajes de la re»volución francesa, que nada tiene de común con la nuestra, »á excepción de los principios generales del derecho de la na»turaleza y de las gentes.....»

Sobre la entrada de Marchena en la Sociedad Patriótica y su expulsión de ella, da estos pormenores:

«Precipitóse aquella reunión hasta el punto de creer al ciu»dadano Marchena muy proporcionado para desvanecer en la »muchedumbre las ideas góticas de una educación mal dirigi»da, y hacerla entrar en los senderos luminosos de nuestra fe»licidad pública y particular. Pero ¡oh! ¡Cuánto se engañó en »esta elección, nacida de sus buenos deseos! A los primeros pa»sos descubrió este nuevo socio unas idas, que chocaban direc»tamente con las de la Constitución y del Gobierno. Pudieran »citarse muchos que le oyeron pronunciar con escándalo algu»nas máximas contrarias diametralmente á la piedad de los »pueblos, y alarmó con esta novedad á muchos espíritus in»cautos que, ó no supieron, ó no pudieron discernir entre los »sentimientos extraviados del abate Marchena y los puros y »razonables de los verdaderos liberales, amantes de su reli»gión y de su patria. El mismo discurso que leyó en la tribu»na, relativo á la extinción monacal, en medio de los estériles »aplausos que arrancó su veloz y rápida lectura, dió muestras »inequívocas del poco aprecio que merecía á su autor la Re»presentación Nacional, cuyas decisiones censuraba imprudentemente, para desacreditarla en el ánimo pacífico y sencillo »de estos andaluces..... La Sociedad misma lo creyó así, y no »pudo menos que atalayar la conducta posterior de este indi»viduo, á quien desgraciadamente había honrado con la con»fianza de introducirlo en su seno.

»Se observó con mucho sentimiento que el ciudadano Mar»chena se había convertido en un triste objeto de murmura-

»ción pública, transcendental entonces al mismo cuerpo que le »prestó tan fácil acogida. Los predicadores de la moral evan»gélica, entre ellos fray Bartolomé Salado, del orden de San »Francisco, tuvieron la imprudencia de citarle nominalmente »en el púlpito, por un enemigo tan encarnizado de la Reli»gión como del sistema Constitucional. Si bien fué muy repa»rable esta franqueza, la Sociedad no podía ni debía impedir»la..... Un ciudadano que haya merecido siempre alguna opi»nión de regularidad y acierto en su conducta, puede acaso »aventurar alguna proposición que esté en oposición verdade»ra ó aparente con las ideas comunes, y encontrará acaso do»cilidad en los ánimos para oir y examinar sus pruebas con »detención y escrupulosidad. Pero cuando esta libertad se nota »en un hombre nuevo (por decirlo así), entre nosotros, y ali»mentado en Reynos extraños con una licencia nada compati»ble con nuestras costumbres actuales, toda tentativa es un »insulto, y todo extravío de pensamiento arrastra en pos de sí »la indignación del pueblo.....

»Este raro suceso acabó de fijar la atención de la Sociedad »sobre este individuo, y se vió obligada dolorosamente á expul»sarle de su gremio y exigirle el diploma.....

»¿Por qué aspiraba el ciudadano Marchena á que el Gobier»no político de Sevilla desvaneciese en el pueblo la opinión »que le habían acarreado sus imprudencias en los cafés y ter»tulias, en los teatros y corrillos de todas clases y condiciones? »¿Por qué no usó, como podía, de la libertad de la imprenta, »para apologizar sus sentimientos ó más bien para presentar»los en un sentido católico y constitucional, único medio de »obtener hoy los sufragios de los liberales prudentes y aun de »la muchedumbre? ¿Por qué no hizo una denuncia formal con»tra el predicador que le injuriaba, y en los juzgados señala»dos por la ley? ¿Quién le ha sugerido que la Gobernación po»lítica estaba autorizada para proceder de Oficio sobre agra»vios particulares?

. . . . . .

»Con estos preliminares no debió parecer importuna la »exclusión de este socio, que no observaba las leyes del Esta»do, ni las del reglamento interior de la Sociedad, y aspiraba á »ser nada menos que un dictador absoluto, contra todo el sis»tema establecido para la unión y conformidad de los socios..... »Fué tal su frenesí de hacer vagar al pueblo por espacios ima»ginarios y quiméricos, que la reunión patriótica tuvo que »optar entre ó perder para siempre su crédito, ó ahuyentar de »su seno á un individuo que hacía peligrar su existencia.»

El folleto termina vindicando de los ataques y vituperios de Marchena al general O'Donojú y al ciudadano Codorniu *Protomédico del ejército constitucional*, y echando en cara al abate sus cuarenta años de expatriación voluntaria ó forzada, «bañándose en las delicias voluptuosas de París.»

Esta pequeña escaramuza fué quizá el último acto de la agitada vida política de Marchena, que, impopular ya entre los liberales andaluces, pues á los anatemas de la Sociedad patriótica de Sevilla, se habían unido los de Lebrija, Écija y otros puntos (1), y denunciado en públicos documentos como sedicioso anarquista por haber dicho en una especie de *meeting* celebrado en el teatro, que la patria estaba en peligro y que se requerían enérgicas medidas de salvación, incluso la convocatoria de Cortes extraordinarias, es decir, de una Convención análoga á la de Francia, determinó alejarse de un medio tan inhospitalario para sus ideas, y trasladar su residencia á la corte, como lo verificó á fines de 1820, después de haber pasado una corta temporada en Osuna, al lado de su amigo el médico y diputado á Cortes D. Antonio García, padre de nuestro docto maestro de hebreo D. Antonio María García Blanco, á quien en sus conversaciones familiares oímos más de una vez hacer mérito de la impresión que en su fantasía de niño había hecho la singular persona del abate Marchena. En las Memo-

(1) *Diario gaditano de la libertad é independencia nacional*, del viernes 5 de Enero de 1821. (Citado por D. A. de Castro.)

rias que dejó impresas pero no publicadas ni aun terminadas, dice del abate:

«Era tan pequeño, que sentado en una silla de la sala »de mi casa, no le alcanzaban los pies al suelo: fué á casa »á despedirse para Madrid, porque siempre fué amigo y de »la tertulia de mi padre, con D. Manuel de Arjona, Peni»tenciario de Córdoba, y su hermano D. José, Asistente de »Sevilla después, y privado del rey Fernando VII.» Luego cuenta que en su casa tuvieron disputa el año 8 Marchena y el Padre Manuel Gil, de los clérigos menores, y que el segundo no acertó á contestar al primero, á pesar de toda su facundia. Pero no puede menos de haber error en la fecha, puesto que Marchena no volvió á Andalucía hasta 1810, y entonces por primera vez pudo conocerle García Blanco, que tenía á la sazón nueve años, lo cual explica la vaguedad y confusión de este primer recuerdo suyo consignado por él en 1887 (1).

Pocos meses de vida restaban á Marchena. No sabemos que publicase ya ningún escrito, á no ser que sea suya, como lo parece por las iniciales y por el estilo, una traducción de la *Vida de Teseo*, según el texto griego de Plutarco, cuyas *Vidas paralelas* se había propuesto traducir (según conjeturamos) en competencia con la versión, que entonces empezaba á salir, de D. Antonio Ranz Romanillos. La de Marchena (si realmente es suya como creemos), no pasó de esta primera biografía.

Sus días estaban contados, y apenas llegó á Madrid hubo de adolecer gravemente. Sólo así se explica que nunca subiese á la tribuna de la Fontana de Oro, donde se discutían entonces con tanto ó más calor que en Sevilla, los actos del general O'Donojú, á quien atacaron reciamente varios oradores, entre ellos Alcalá Galiano, D. Manuel Núñez, D. José Pessino

(1) *Resumen de un Siglo..... Personas, cosas y sucesos que han pasado y yo he visto en el siglo XIX.* Por A. M. G. B..... Osuna, 1887, imprenta de M. Ledesma Vidal, pág. 58.

y D. Juan Mac-Crhon Henestrosa, grande amigo de Marchena, á quien acogió en su casa, y que en ella murió.

Mac-Crhon es, precisamente, quien nos ha transmtido los únicos pormenores que tenemos acerca de la enfermedad y muerte del abate Marchena. El pasaje es tan curioso, y tan raro, por no decir desconocido, el folleto en que se halla (1), que no se llevará á mal que le traslademos íntegro. Contestando Mac-Crhon á los ataques de un anónimo de Sevilla (G. A. F.), que quizá sea el mismo que escribió la impugnación antes citada, dice refiriéndose á su amigo:

«Esta persona, á quien con menos criminalidad que ignorancia trata de disfamar el folletista, es el digno D. José Marchena, el cual, aunque yace en el sepulcro, vive en la memoria de todos los sabios de Europa, entre los cuales hay quien trabaja con los objetos de dar á conocer á su patria lo que en su muerte ha perdido, y de que la posteridad le conserve el lugar que no le conservó la Sociedad patriótica de Sevilla.

»Su singular talento, sus extraordinarios y profundos conocimientos, su mérito literario, su carácter noble y sostenido, lo sólido de sus principios, la rigidez de su conducta y su sublime amor á la libertad, formaban un conjunto admirable, que le conciliaba el respeto y veneración de cuantos llegaban á conocerle. Su muerte ha sido generalmente sentida en la corte; y en el discurso de su enfermedad recibió repetidas pruebas del aprecio que no podía menos de tributarse á una persona tan digna. Mi casa no cesó de ser concurrida de personas del mayor carácter y representación, que venían de continuo á saber el estado de su salud, de los cua-

(1) Le debemos, como tantos otros papeles curiosos, á nuestro amigo Gómez Imaz. El folleto se titula:

Refutación de don Juan Mac-Crhon Henestrosa á la impugnación de varios discursos pronunciados en la tertulia de la Fontana de Oro, de la corte, escrita en Sevilla por G. A. F. Madrid, en la imprenta de Alvarez, 1821. 4.° 39 bis.

»les la mayor parte no tenían con él otro conocimiento que la »noticia de su crédito.

»He querido desahogar mi corazón, haciendo este tan bre»ve cuanto justo elogio de un amigo que ha exhalado sus últi»mos suspiros entre mis brazos, y voy á dar á su disfamador la »contestación que él me dejó encargada pusiese de su parte en »este discurso, que ya estaba empezado antes que falleciese.

»Pocos instantes antes del que fué su postrero, me llamó, y á »presencia del general Quiroga, del marqués de Almenara, de »D. Manuel Cambronero y D. Ramón de Ceruti, me dijo: »«diga usted al folletista que ha pretendido infamarme, que »si quiere vivir feliz, aun en medio de las mayores desgracias, »y descender á la tumba con la serenidad que yo desciendo, »que aprenda á ser hombre de bien.» Esta lección moral pro»ducida en el crítico período de la muerte, que tan aplaudida »fué de los que la escucharon, como admirada de todos aque»llos en quienes se ha divulgado la noticia, da la idea más »exacta de la rectitud de principios de Marchena y del tem»ple superior de su alma. Su nombre ocupará un lugar distin»guido, tanto en la historia política como en la literaria; y »los tiros que contra él dirigió la malicia, sorprendiendo la »sencillez, si bien surtieron el efecto de herir su amor propio »en el hecho que se cita, nunca podrán eclipsar la gloria de »su mérito, fundada en bases sólidas é indestructibles.»

Este folleto está fechado en 26 de Febrero de 1821. Muy poco anterior debió de ser la muerte de Marchena, que, como acabamos de ver, no falleció en el abandono y en la indigencia, según generalmente se creía, sino bajo el techo hospitalario de un fraternal amigo, y rodeado de personas muy distinguidas en aquel tiempo. Lo que no hemos podido comprobar á ciencia cierta es si murió dentro ó fuera del gremio de la Iglesia. No faltan biógrafos que den por averiguada su conversión: yo ni la afirmo ni la niego; pero la encuentro verosímil. Consta por una nota autógrafa del diligentísimo D. Bartolomé J. Gallardo, que los funerales del abate Marchena se

celebraron en la parroquia de Santa Cruz, costeados por Mac-Chron, y asistiendo á ellos el referido Gallardo, que apuntó la noticia, como lo apuntaba todo. El hecho de haberse dado sepultura eclesiástica á un heterodoxo público y escandaloso como Marchena, parece prueba indirecta de que se reconcilió con la Iglesia en sus últimos momentos. Por otra parte, la impenitencia final es rarísima entre españoles, y en tiempo de Marchena lo era mucho más.

Nada sé tampoco de los discursos que se dice que algunos afrancesados pronunciaron en su entierro. Quizá en los periódicos de aquel tiempo, que no me es fácil repasar ahora, podrá encontrarse algún vestigio de ellos. Ya por entonces comenzaba á introducirse en España esta pagana y escandalosa costumbre de los discursos funerales, que por entonces arraigó poco, pero que más adelante sirvió para profanar los entierros de Larra, de Espronceda, de Quintana, sin contar otros más recientes y en su línea no menos famosos. Por fortuna, ahora está otra vez olvidada, y nadie piensa en restablecerla, lo cual prueba la formalidad intrínseca de nuestro carácter nacional, que no admite bromas con la muerte. Oraciones y sufragios, que no pedantescas exhibiciones de la vanidad de los vivos, es lo que reclaman los difuntos, á quienes poco puede aprovechar semejante garrulería, si se cumple en ellos la terrible sentencia: *Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt.*

Marchena legó, al morir, sus papeles y libros á su amigo Mac-Crhon. Si, como creemos, existen descendientes de este caballero, no debemos perder la esperanza de que algún día parezca, en todo ó en parte, esta herencia literaria, que pudo ser muy valiosa, si en ella se incluían, por ejemplo, la traducción completa de Molière, y la historia del teatro español que Marchena tenía proyectada en 1819, según indica en el prólogo de sus *Lecciones* (1). Por las vicisitudes de su errante vida,

(1) «No es nuestro ánimo escribir aquí la historia de nuestro teatro; »acaso, si gozamos más larga vida, desempeñaremos esta tarea en una

otros escritos suyos hubieron de quedar dispersos por varias partes de España y Francia. Aún no hace muchos años que el manuscrito de su biografía de Meléndez Valdés se conservaba en poder de M. Pierquin, médico de Montpellier y rector de la Academia de Grenoble. Hoy se ignora el paradero de este escrito, que probablemente sería curioso, porque Marchena trató muy íntimamente á Meléndez antes y después de su emigración, y con su genial franqueza hubiera consignado acaso pormenores que Quintana omitió en la biografía de su maestro.

Tal fué Marchena, á quien acaso nadie ha definido mejor que Chateaubriand, llamándole «sabio inmundo, y aborto lleno de talento». Propagandista de impiedad, con celo de misionero y de apóstol; corruptor de una gran parte de la juventud española por medio siglo largo; sectario intransigente y fanático; estético tímido y crítico arrojado; medianísimo poeta, aunque alguna vez llegase á simular la inspiración á fuerza de terquedad y de arte; acerado polemista político; prosador desigual, aunque jugoso y de bríos; hombre de negaciones absolutas, en las cuales adoraba tanto como otros en las afirmaciones; enamoradísimo de sí propio; henchido de vanagloria y de soberbia, que le daban sus muchas letras, las varias lenguas muertas y vivas que manejaba como maestro, la prodigiosa variedad de conocimientos con que había nutrido su espíritu, y la facilidad con que alternativamente remedaba á los autores más diversos: á Benito Espinosa, al divino Herrera, á Catúlo ó

»obra que tenemos meditada; el plan de este discurso no nos permite más »que algunas reflexiones hijas del estudio de nuestros poetas dramáticos, »y que son los últimos resultados de nuestras meditaciones en esta mate- »ria. Consideren nuestros lectores lo que vamos á decir, como aquellas »proposiciones de óptica, de mecánica ó astronomía, donde da un autor »las resultas de sus arduos y prolijos cálculos, sin corroborarlas con las »demostraciones en que las funda, y que suponen la resolución de difi- »cultosas ecuaciones diferenciales, y el uso más expedito del cálculo in- »tegral.

á Petronio (1). El viento de la incredulidad, lo descabellado de su vida, la intemperancia de su carácter, en quien todo fué violento y extremoso, inutilizaron en él admirables cualidades nativas; y hoy sólo nos queda de tanta brillantez, que pasó como fuego fátuo (semejante ¡ay! á tantas otras brillanteces meridionales), algunas traducciones, algunos versos, unas cuantas páginas de prosa más original que bella, el recuerdo de la novela de su vida, y el recuerdo mucho más triste de su influencia diabólica y de su talento estragado por la impiedad y el desenfreno.

Para completar el retrato de tal personaje, que en lo bueno y en lo malo rebasó tanto el nivel ordinario, añadiremos que, según relación de sus contemporáneos, era pequeñísimo de estatura, muy moreno y aun casi bronceado de tez, y horriblemente feo, en términos que más que persona humana parecía un sátiro de las selvas (2). Cínico hasta un punto increible en palabras y en acciones, vivía como Diógenes y hablaba como Antístenes. Durante una temporada llevó en su compañía un jabalí que había domesticado y que hacía dormir á los pies de su cama; y cuando, por descuido de una criada, el animal se rompió las patas, Marchena, muy condolido,

---

(1) *Il fut versé dans toutes les connaissances de notre époque, cultiva la littérature et la poésie, mania en maître plusieurs langues vivantes et anciennes; et tour à tour, continuait Spinosa, Sainte Thérèse de Jésus ou ce Pétrone qu'il cite* (Maury, *Espagne Poetique,* París, 1826, tomo I, página 363).

(2) *Haut de trois pieds huit pouce, basané et affreux de figure* (dice el autor de la noticia de Marchena en la *Biographie Moderne, ou galérie historique* de Michaud, París, 1816).

Ce petit homme, haut de quatre pieds et demi, laid, difforme et grotesque, à la figure de satyre, aux cheveux crépus, au teint de bistre, au sourire libidineux..... (dice el bibliófilo Jacob, Paul Lacroix, en la noticia adjunta á la reimpresión del *Fragmentum Petronii*).

Fisicamente era chico, casi contrahecho, y feo (carta de D. José de Lira al Sr. de Cueto).

le compuso una elegía en dísticos latinos, convidó á sus amigos á un banquete, les dió á comer la carne del jabalí, y á los postres les leyó el epicedio (1). A pesar de su fealdad y de su ateismo, de su mala lengua y de su pobreza, se creía amado de todas las mujeres, lo cual le expuso á lances ridículos y á veces sangrientos (2).

Todas estas y otras extravagancias que aquí se omiten prueban que Marchena fué toda su vida un estudiantón perdulario y medio loco, con mucha ciencia y mucha gracia, pero sin seriedad ni reposo en nada. Y, con todo, había en su alma cualidades nobles y generosas. Su valor rayaba en temeridad, y le tuvo de todos géneros, no sólo audaz y pendenciero, sino lo que vale más, estoico y sereno. En sus amistades fué constante y fervoroso hasta el sacrificio, como lo mostró compartiendo la suerte de los girondinos, con quienes sólo le ligaba su agradecimiento á Brissot. En materias de dinero era incorruptible, y cumplía al pie de la letra con la austeridad republicana, que tantos otros traían solamente en los labios. Cuando, en tiempo del Directorio, se enriquecían á río revuelto todos los que iban con algún oficio ó comisión á las provincias conquistadas, Marchena, recaudador de contribuciones en el territorio ocupado por el ejército del Rhin, volvió á París tan pobre como había salido, lo cual, sin ser gran hazaña, pareció

---

(1) Carta de D. José de Lira, y noticias de D. Serafin Estébanez Calderón, comunicadas al Sr. de Cueto.

(2) *Marchena était bien capable d'en rémontrer à Petrone et de lui apprendre des mystères d'impureté, inconnus même aux anciens* (¡qué atrocidad!)... *Aimait prodigieusement les femmes et se vantait de savoir s'en faire aimer..... Il affichait, d'ailleurs, avec un abandon qu'il voulait rendre gracieux la plus ebouriffante inmoralité: on ne devait donc pas s'attendre à lui voir publier des «Leçons de philosophie morale». Il avait composé des ouvrages d'un tout autre style, mais il ne les publia pas, et il se contentait de les lire, «inter pocula», à ses amis qui admiraient son génie sotadique.* (Noticia unida al *Fragmentum Petronii.* Algo más dice el autor, pero no nos parece bien transcribirlo, ni aún en francés).

increible á mucha gente: tal andaba entonces la moralidad administrativa.

Cuantos trataron á Marchena fueron favorables ó adversos á sus ideas, desde Brissot hasta el conde de Beugnot, desde Chateaubriand y Mad. de Stael hasta Moratín, Maury, Miñano y Lista, vieron en aquel buscarruídos intelectual algo que no era vulgar, y que le hacía parecer de la raza de los grandes emprendedores y de los grandes polígrafos. En el siglo XVII quizá hubiera emulado las glorias de Quevedo, con quien le comparó Maury, y con quien no deja de ofrecer remotas analogías por la variedad de sus estudios, en que predomina la cultura clásica; por su vena sarcástica, por los caprichos de su humor excéntrico, por lo vagabundo de su espíritu, por la fiereza y altanería de su condición, y hasta por los revueltos casos de su vida. Pero no conviene llevar más lejos el paralelo, porque sería favorecer demasiado á Marchena. Quevedo pudo desarrollar completamente su genialidad en un medio adecuado á ella, y hasta las trabas que encontró le sirvieron para saltar con más fuerza. Por el contrario, Marchena, nacido y educado en el siglo XVIII, sin fe, sin patria y hasta sin lengua, no pudo dejar más nombre que el siempre turbio y contestable que se adquiere con falsificaciones literarias ó en el estruendo de las saturnales políticas.

M. Menéndez y Pelayo.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA.

Amadeo I.—Mal tiempo.—Jura que jura.—Aristocracia aitiana.—Por todas partes se va á Roma.—Seguimos barbarizando.—Cuestión artillera.—Se larga S. M.—La República.—No gustó á los señores de tropa.—Cuando el español canta.....—Ascender á escape.—El 23 de Abril.—La Hegira.

Al joven duque de Génova, sobrino de Víctor Manuel, le ofrecieron la corona de España. Su madre, discretamente, se opuso á que la aceptara.

Prim impuso por rey de España á Don Amadeo de Saboya, duque de Aosta. El 30 de Diciembre llegó á Cartagena; el mismo día que expiró el referido general. Enviaron á Topete, D. Manuel de la Concha y Zabala, á esperar al nuevo rey, que entró en Madrid el 2 de Enero de 1871, dando pruebas de valor. Su recibimiento fué tan glacial como el que reinaba en la temperatura. Casi todos los balcones de la calle de Alcalá estaban cerrados, viéndose en uno varias criadas con sombrillas negras. En la calle Mayor, los comerciantes, creyendo que cesaría el estado de agitación, con la esperanza del lucro, hubo algo de entusiasmo. El duque de Aosta tenía 26 años, era flaco, desgarbado y buen jinete. A caballo ganaba el 100 por 100. Do-

liéndome viniese un rey extranjero, como lo habría sentido si viviera en tiempo del primer Borbón, permanecí en mi casa para no aumentar el número de los que esperaban su llegada, convirtiendo la curiosidad en ovación.

Los 191 diputados que votaron á Don Amadeo eran los únicos españoles que entonces le querían. Muchos se arrepintieron pronto. Yo oí á uno de los que le acompañaron desde Italia, que en cuanto le vió se convenció de que era un calabaza.

El día que formaron las tropas y los voluntarios de la libertad para jurar al monarca elegido por Prim, no por la voluntad nacional, le vi pasar entre remolinos de nieve. Siempre que se presentaba en público hacía mal tiempo. Un grupo de señoras que se hallaba á mi lado, se rieron á carcajadas de la facha de D. Amadeo, que á caballo no era tan mala como á ellas les parecía. A las mujeres, por amor á la religión, les son secundarios los sistemas políticos; encendieron las guerras civiles que hubo en España en el siglo XIX. También á las mujeres se debió en la guerra de la Independencia la constancia que mostró nuestro pueblo contra el invasor. En cuanto observé que la mayoría del sexo femenino se burlaba del nuevo rey, calculé que no se eternizaría.

Una nueva humillación exigieron á los jefes y oficiales que estábamos de reemplazo. Nos obligaron á entregar una papeleta firmada prometiendo fidelidad al monarca italiano. Resabios liberalescos. Nos pasaron lista y mi nombre seguía al de un famoso coronel. Contaban de él que, hallándose destacado con una sección, licenció los soldados, se guardó los socorros, alquiló los jacos y se comió hasta los pesebres. De capitán se sublevó con Prim el 3 de Enero del 66, el 68 vendió caballos del regimiento que mandaba; lo trasladaron á otro cuerpo, en él daba al ganado habas, que eran más baratas que la cebada, y lo dejaron de reemplazo porque se chupó los fondos de dos regimientos.

Consideré una desventura que mi apellido se hallase junto al suyo.

También se hizo célebre, por lo bárbaro, otro capitán de caballería pronunciado el 3 de Enero. Decían que había escrito el *Arte de comer alfalfa*. Pronto fué brigadier. Para la parte bruta de la revolución, cuantos más bestias, mejor.

Hablando del juramento mencionado, decía un periódico:

«Cualquiera jura y perjura
en el transcurso de una hora,
quedándose tan honrado
como Ros, Serrano y Concha.»

Con la venida de D. Amadeo perdió Serrano el tratamiento de Alteza y los millones que cobraba por ser Regente.

La aristocracia que se decidió por Don Alfonso, aunque algunos contribuyeron á desacreditar á su madre y pocos la defendieron, se burlaban de Don Amadeo de Saboya y martirizaban con sus desprecios á Doña Victoria, su mujer, que era buenísima. Para rodearse de nuevos magnates, el rey (sus ministros de entonces, que después han seguido siendo varias veces, no lo han incluído en la cronología de los Monarcas que publica la *Guía oficial*) concedió títulos á los que en sus viajes le hospedaban; con ellos y con varios industriales trató de crear lo que llamaban aristocracia aitiana. A un fabricante de loza lo nombraron marqués. «*Servicio* colosal le habrá hecho para tan gran merced» decían.

Contaban que un ministro de Don Amadeo propuso que los títulos nobiliarios se vendiesen en los estancos como el papel sellado. La democracia es la envidia, repito.

Para evitar presentarse á Don Amadeo se disolvió la comisión de la grandeza de España; nadie puede alternar sino con los de su clase. Quedó la monarquía democrática aislada arrimándose á ella algún noble arruinado para poder comer, como un marqués muy conocido, chupóptero perenne. Las señoras de antigua estirpe hacían gala de españolismo; usaban

mantilla y peineta de teja. Aunque Don Amadeo era un caballero, y su esposa virtuosa, bella y amable, no adquirió simpatías. Al volver á palacio la noche del 18 de Julio de 1872, en carruaje, trataron de asesinarle á trabucazos, yendo con Doña Victoria, lo que aumentaba la infamia. Mató la policía á uno de los malvados, hirió á otro y cogió á dos; quedarían sin castigo.

Romero Ortiz dijo en el Congreso á los del 68: «¡Pero si vosotros no tenéis nada de demócratas! ¡Si no hay bastantes títulos para dároslos y estais creando una especie de aristocracia aitiana!»

En 1871 se dieron más grandes cruces que en todo el reinado de Fernando VII, y desde Octubre del 68 á Mayo del 71, seis mil setecientas treinta y una condecoraciones. Un excomandante de presidio se quejó á las Cortes porque le negaron volver al ejército, cuando se lo habían concedido á varios que arrastraron cadena por los más feos delitos en el establecimiento penal que él dirigió. Llegaron á gobernadores civiles repartidores de periódicos y mayorales de diligencia.

A un empleadillo de tres al cuarto le nombraron ministro togado del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Mientras tanto, se debían catorce mensualidades á los retirados del ejército y á las viudas de los que murieron por la libertad. Llegaron á mendigar el rancho que sobraba en los cuarteles. Los oficiales que dieron muestras de indignación al considerar cómo trataban á los veteranos que habían pertenecido al ejército, merecieron el honor de que los calificasen de reaccionarios. Separaron á muchos dignísimos, y los reemplazaron con improvisados, ó que habían sido expulsados por delitos comunes. Hubo ministro de la Guerra que aconsejaba á los militares se hicieran masones. Exagerado celo de neófito por ideas que había aborrecido.

Se lee en las memorias íntimas del general Córdova: «Para saludar, nos acercábamos al rey (Fernando VII) y á los infantes, y yo conseguía mostrar por mis exageradas reverencias

cuán agradecido vivía á la protección que el rey me había dispensado.» Y que cantaban los liberales del 20 al 23:

Ese narizotas
cara de pastel
á blancos y negros
los quiere .....»

Refiere que salió vencedor en cuatro desafíos en un día; que al terrible conde de España lo tenía cogido por las narices, y que á su hermano Luis le regaló Fernando VII 2.000 duros y varias cajas de habanos por haber abofeteado á don Tadeo Calomarde. Un ministro aragonés se dejó maltratar, y un rey déspota premió la afrenta hecha á su favorito. Añade no fué carlista porque el monarca, ya valetudinario, dijo á la reina Cristina: «Cuenta con ese. Que se ganó la acción de Artaza el 35, gracias á su valor.» Que sin saber por qué razón, no estando entonces en sus opiniones, y sin conocer ni esperar sus efectos, se le ocurrió dar á la tropa el grito de: «¡Viva la libertad!» Que por él no entró D. Carlos en Madrid, que á los veinticinco años de edad era coronel, que apaleó periodistas y se sublevó el 41 y 43. Fué moderado, unionista, revolucionario, ministro de Isabel II, de Don Amadeo y de la República. Dicen no llegó á capitán general porque se opuso Izquierdo á que lo hiciera Prim antes que á D. Felipe Rivero.

Asegura Córdova que conspiró contra Isabel II porque no le devolvió el saludo. No lo vería: era demasiado amable con sus enemigos.

Ministros de Isabel II se hicieron amadeistas y alguno carlista.

En política no hay vergüenza.

Caín II perdió la esperanza de reinar y conspiró con los alfonsistas. Se habló á varios generales de los que no sostuvieron el trono de la madre para que trabajasen por el hijo. Uno pidió que antes de comprometerse le asegurasen la paga si tenía que emigrar. Otros pusieron precio á su lealtad; la reina

Isabel repartió el dinero, que no le sobraba, entre los que ofrecieron, sin esperanzas ni deseos de cumplir, el exponer su vida por la dinastía borbónica. Hubo infames diputados que insultaron cobardemente á los pobres soldados que morían en Cuba defendiendo la integridad de la Nación. Peores que los de la partida de la porra: ésta disolvió á patadas la reunión internacionalista que el 2 de Mayo daban mueras á los héroes de 1808. Para mayor dicha, se sublevaron los carlistas. Entró su rey. Ya eran tres en puerta y la república á la vuelta. Después de su derrota en Oroquieta, volvió D. Carlos al extranjero. Los facciosos vizcaínos, á consecuencia del convenio de Amoravieta, se retiraron á sus casas. El pretendiente, desde la frontera, el 16 de Junio de 1872, restableció los fueros de Aragón, Cataluña y Valencia, diciendo: «Hace siglo y medio que mi ilustre abuelo Felipe V, creyó deber borrar vuestros fueros; lo que él como rey os quitó, yo como rey os devuelvo.» El primer Borbón fué rey de hecho; el duque de Madrid, por incapaz, no llegó á serlo; trató de romper la unidad de la Patria. Si cuando los federales pensaron disolver el ejército y no publicaron el decreto porque estaban en armas los partidarios de D. Carlos, éste les manda guardarlas hasta que aquellos hubieran llevado á efecto su loco proyecto, se habría sentado en el glorioso trono de los Reyes Católicos.

Ya el nieto del infante D. Carlos María Isidro había pasado otra vez la frontera el 11 de Julio de 1869. Pisó Cataluña vestido de payés, tiró al aire la barretina ó gorro, gritó: «¡Viva España!», al querer destruirla encendiendo la guerra civil, y..... regresó á Francia. Sainete que acabó en tragedia por culpa de los políticos de todas castas.

A los carlistas les faltaba dinero y sobraba gente. Algunos querían la fusión con los isabelinos. Imposible. Se habrían roto la cabeza por mandar. Eran todos una calamidad. Los veteranos de la primera guerra civil ya no servían. Cabrera, acostumbrado á la buena vida, liberalizado por su mujer, inglesa y protestante, rehusó el mando, aunque D. Carlos

le amenazó con fusilarle en premio de sus hazañas. No venía de raza de caballeros, olvidó que sacrificaron á su madre y se hizo alfonsino.

Un periódico revolucionario publicó el 3 de Mayo del 72: «Los audaces son los curiales que comen de la trampa, los comerciantes quebrados, los militares que se alzan con las cajas de los regimientos, los vividores, los estafadores, los médicos sin clientela, abogadotes sin pleitos, empleados de policía cesantes y presidiarios cumplidos ó no.»

Injusticias cometieron en el ejército moderados, progresistas y unionistas. Les superaron los radicales. Por los acontecimientos de la noche del 11 de Diciembre del 72, que no me enteré, se concedieron mayor número de gracias á jefes y oficiales que el de combatientes. Desde el 23 de Junio del año referido al 20 de Enero del 73, se hicieron seis tenientes generales, veinte mariscales de campo y cuarenta y seis brigadieres.

Los revolucionarios suprimieron la contribución de consumos y la restablecieron. No es lo mismo predicar que dar trigo.

No exajero en lo que refiero. Lo copio. El 20 de Diciembre de 1872 dijo Ruiz Zorrilla en las Cortes: «¿Sabéis quiénes son los perturbadores en este país? ¿Sabéis quiénes son los elementos que en este país traen la discordia, que unas veces se llama guerra civil y otras veces revolución? Nosotros, los hombres políticos de todos los partidos.» Siempre ha sucedido lo mismo.

Los generales, jefes y oficiales de Artillería triunfaron del general Córdova hacía nueve años cuando éste propuso que los sargentos del mencionado cuerpo pudiesen ascender hasta el empleo de comandante; se volvieron á confabular para no servir á las órdenes de un capitán de su cuerpo que tomó parte el 22 de Junio del 66 en la sublevación del cuartel de San Gil, olvidando que los que se hallaron en la batalla de Alcolea con Serrano contribuyeron á que su antiguo compañero ascendiese á general. Ruiz Zorrilla encargó al ministro de la Guerra obra-

se con energía. Este, rencoroso, llevó la cuestión á las Cortes, que aprobaron su proceder. «Vayan con Dios los oficiales de Artillería», dijo en tono despreciativo Córdova. Todos pidieron su separación, algunos ofrecieron sus servicios á D. Carlos, y hasta los que se hallaban en Cuba haciendo la guerra en favor de la integridad de la patria abandonaron los cañones. San Francisco no hizo falta á los frailes, pensaría el Gobierno. De las fábricas se pueden encargar ingenieros industriales, y de la tropa, como sucedió, jefes y oficiales de las armas generales, las cuales, como siempre, salieron perjudicadas á la postre, yendo á parar á ellas los sargentos de Artillería nombrados alféreces y tenientes. Bajo el aspecto militar el acto fué un complot. Si la Infantería y Caballería lo verificaran también porque destinaron á las mismas varios criminales, adiós España.

Don Amadeo de Saboya, que se oponía á la disolución del cuerpo de Artillería, firmó el decreto el 7 de Febrero, y harto de los que le habían traído se empeñó en abdicar. Al ministro Ruiz Zorrilla dijo: «Pasado mañana me voy á una fonda. ¡Lo mismo me querrán los españoles allí que en palacio, si es que me quieren!» Zorrilla le propuso acompañarle á Italia, contestándole desdeñosamente: «Me es igual».

El Gobierno resignó sus poderes en las Cortes; su presidente, Rivero, quiso asumir el mando supremo, y Martos le increpó, exclamando: «¡Aún no ha caído la monarquía y ya nace la dictadura!» Pugilato demócrata político. Zorrilla, desde la restauración emigró y conspiró contra ella: hizo derramar sangre sin conseguir su ideal, que sería como el de todos los políticos. Gobernar arbitrariamente. Murió y se acabó su partido.

Amadeo I debió marcharse sin sancionar la disolución del cuerpo de Artillería, ley que obtuvo 191 votos. Otros tantos le eligieron rey. Coincidencia singular.

En España los monarcas extranjeros fueron odiados ó poco simpáticos. Cuando José Bonaparte entró en Madrid, por no ver al que llamaban Pepe Botella, aunque no probaba el vino,

los vecinos cerraron balcones y ventanas ó colgaron en ellas pingos. El Ayuntamiento, para celebrar el día del intruso mandó poner luminarias, y ni se encendieron aquella noche los faroles públicos, según la copla siguiente:

El día de su santo
á José primero,
le dejaron á oscuras
los faroleros.

Un exaltado republicano aragonés, después de pegar el sello á una carta reparó que éste tenía el retrato de Don Amadeo y exclamó furioso:—Odio á ese extranjero y lo he lamido por detrás.....

Como en su corto reinado comenzaron á circular las piezas de cobre de 5 y 10 céntimos, que, por el león que llevan, el pueblo las llama perros grandes ó chicos, cantaban en mi lugar:

¡Qué endemoniadas monedas
nos trajo Don Amadeo!
pues no llegan á dos cuartos,
y pasan de tres dineros.

Antes la peseta se dividía en treinta y cuatro cuartos y cada uno de estos en dos ochavos, que en Aragón llamaban *dineros*.

D. Amadeo el único, abdicó diciendo á las Cortes: «Grande fué la honra que merecí á la nación española eligiéndome para ocupar un trono, etc.» A excepción de los votos impuestos por Prim y los *presuspuestívoros* de siempre, pocos más españoles lo querían para rey, aunque muchos lo teníamos por caballero. El 12 salió para Lisboa con su buenísima esposa enferma y sus hijos, abandonado de unionistas, demócratas y parásitos cortesanos, sólo acompañado de su Cuarto militar. En las estaciones no le hicieron los honores correspondientes.

Corría más prisa pasarse á la República, y calarse hasta las orejas el antiestético gorro frigio.

A Don Amadeo lo trajeron á España engañado, se marchó aburrido y fué el único personaje simpático de la revolución. A los pocos días de haber abandonado el trono, vi vender en el rastro las libreas de sus lacayos, adornadas con los escudos de Castilla, León y Saboya. Tampoco Isabel II tuvo muchos agradecidos, á pesar de sus dádivas. Parece que años después decía Don Amadeo de Saboya á sus hijos: «Más vale ser príncipe en su casa que rey en la ajena.» No era tonto. Los necios no se corrigen.

Las Cortes se convirtieron en Asamblea soberana, admitieron la renuncia de D. Amadeo y se proclamó la República por 258 votos, hasta entonces casi todos monárquicos, contra 32, confiriendo la presidencia del Poder Ejecutivo á Don Estanislao Figueras. En Barcelona, los soldados, inducidos por los diputados provinciales, echaron á sus oficiales y se dió el grito: ¡Que bailen! La disciplina militar y social desaparecieron. Tan infame frase la oí sólo una vez en Madrid, alegrándome que los revolucionarios me hubieran dejado de reemplazo. Con la república federal la nación cayó en la más espantosa anarquía.

La monarquía saboyana no podía continuar.

El discurso que más ha gustado á los españoles, porque les halagaba su orgullo, fué el que pronunció D. Emilio Castelar en el Congreso el 20 de Abril de 1871: «Esta Nación, de la cual eran..... alabarderos y nada más que alabarderos, maceros y nada más que maceros, los pobres, los oscuros, los hambrientos duques de Saboya, los fundadores de la dinastía..... Yo decía, que los duques de Saboya seguían hambrientos y pobres al carro triunfal de nuestros reyes..... Digo y sostengo que los duques de Saboya seguían hambrientos el carro de Carlos V, de Felipe II y de Felipe V.» Apagaban las interrupciones del presidente los aplausos de los diputados y de las tribunas.

Escasísimos saludaban á D. Amadeo; la canalla lo insul-

taba. Ya dije que en el patio de las exreales caballerizas opiné, que al destronamiento de Isabel II debió establecerse la República. El mal pasarlo pronto. Vendría, se iría, nos evitábamos la anarquía más ó ménos mansa y varias guerras civiles. La República llegó de la manera más ilegal. ¡Para legalidades estábamos desde 1868! Se reunieron los senadores y diputados en el Congreso, y preguntó *El Presidente:* «Las Cortes soberanas, ¿aceptan la renuncia que D. Amadeo de Saboya hace de la corona de España?

Un Secretario: «Queda aceptada.»

Varios individuos que al marcharse el duque de Aosta con la música á otra parte nada representaban, impusieron á diecisiete millones de españoles una albarda que debía llenarles de mataduras.

Á la República le añadieron el adjetivo de federal, convirtiéndose la nación en un manicomio. La unitaria es un gobierno malo ó bueno, según los que lo componen.

Yo era muy amigo del pintor Casado. Este, nervioso, exaltadísimo por la revolución, partidario de Don Amadeo, como sabía que yo coleccionaba retratos, siempre que me encontraba me decía: — Reaccionario, ¿cuándo quiere usted que le pinte un retratito del monarca? — El día que se vaya ó lo echen, que no tardarán, le contestaba.

Leí que el capitán general de las Provincias Vascongadas, al despedir á unos batallones que salían á campaña, les gritó: «¡Viva el rey!» Enmudecieron los soldados; alarmado, añadió: «¡Viva España!» Unánimes respondieron á la aclamación. Di la noticia al pintor, prueba de que Don Amadeo no podía continuar, advirtiéndole preparase la tablita. El artista se sonreía, comenzaba á dudar. Al amanecer del 11 de Febrero de 1873 le desperté, previniéndole me hiciera en seguida el retrato del que volvía á ser duque de Aosta.

Visitó un anticuario extranjero mis curiosidades durante la revolución, se admiró al encontrar juntos los retratos de Espartero, Narváez, O'Donnell, Prim, etc., y exclamó:—¡Es

raro, siendo los españoles intolerantes y exagerados! —Yo nada le repliqué.

Salí del estudio del pintor Casado, y fuí á visitar á unas muchachas, paisanas mías. —¿Sabéis, las dije, que no tenemos rey ni Roque, que estamos en república y que podemos gritar: ¡Viva la libertad! —Sí; contestaron á coro. —Dadme un beso. A una sirvienta muy chica equivoqué, distraído, con la niña menor, la cogí la cara para hacer lo mismo que á sus señoritas y la solté asustado al oir que gritó:—¡Soy la criada!

Algo saqué del nuevo régimen, que aborrecía, no por la forma de gobierno, sino por la gente que iba á ponerlo á prueba.

La idea general que se tenía en España de la República era que con tal sistema se podía hacer todo lo que á uno le diera la gana, sin respeto á Dios ni al diablo. Recordé lo que decía el carpintero Chupón en Zaragoza, cuando la primera guerra civil, para mortificar á su mujer: Que en tiempo de República imitaríamos en la calle á los perros. No llegó á tanto; pero ví que un peón de albañil quiso abrazar á una señora, y que ésta le rompió la sombrilla en la cabeza, con gran risa de los que presenciamos la escena. Se aumentaron las niñas dedicadas á la prostitución, y los garitos; disminuyó enormemente la recaudación de derechos de puertas, y los sablacistas atacaban en gran número. Se presentó en varias casas una petardista como viuda de Daoíz y Velarde: creía que los famosos héroes del 2 de Mayo de 1808 eran un solo individuo.

En el club de la calle de la Yedra repetía un orador:—Aquí se permite creer en todo, menos en Dios.

El Jueves Santo, después de las diez de la mañana, recorrían las calles de Madrid los coches de alquiler. Suponían los aurigas que la República había abolido la costumbre democrática y piadosa de caminar todos á pie por cuarenta y ocho horas. El público apedreó á los cocheros. Uno de éstos preguntó al que iba á alquilar su vehículo, creyendo que la libertad le daba el derecho de ser mal educado: —Dí, ¿á donde vamos?— Tú, á la m.....; yo, á otro coche; le contestó.

Con la República desaparecieron los progresistas antiguos y esparteristas. Por su clerofobia fueron causa de tres guerras civiles, de 1820 al 72.

En 1841 estuve alojado en Talavera de la Reina, en casa de un mercader liberal que la echaba de gracioso, y cantaba:

«Los mosquitos se beben el vino,
los gorriones se comen el trigo,
y los frailes á las buenas mozas.....
¡Dios nos libre de estas tres cosas!»

No reí la patochada; me preguntó el tendero:—¿Le gusta? —Ni pizca, contesté.

Con la federal se aumentó la persecución al catolicismo; se profanaban los templos, se blasfemaba en público, y la guerra civil se convirtió en religiosa. El 68, las Juntas soberanas suprimieron los tributos; el 73, los pedagogos se clareaban de hambre, y fué lástima que no suprimieran los médicos. Cuentan que en un país, por no haberlos, era tanta la población, que para poder vivir fué preciso llamarlos. Durante la revolución, los pueblos no admitían á los Galenos cuyos títulos tenían fecha posterior á 1868. La veterinaria era indispensable.

Aunque en España las mujeres son siempre mejores que los hombres, las hubo durante la República que predicaban el amor libre. Serían del gremio de aquella sacerdotisa de Venus que pidió dinero á otra, recibió una onza de oro, y exclamó agradecida: — ¡A quién habrá desplumado esa sinvergüenza!

La nación volvía á toda prisa al estado salvaje, á los tiempos prehistóricos.

Los celtíberos acuñaban monedas bastante artísticas; los federales las hacían desaparecer.

En mi lugar se despacharon á su gusto los llamados republicanos. Un calderero miope se nombró á sí mismo administrador de correos. Como se establecieron las tarjetas postales, me burlaba en ellas hasta del sainete *Caldereros y vecindad*, suponiendo que mi paisano se pondría los anteojos para leer-

las. En Borja era médico del hospital un caballero buenísimo y caritativo. Los federales le reemplazaron con otro joven de su partido. El Hipócrates antiguo manifestó que si la medida tomada con él era por hacer economías, seguiría visitando gratis. No accedieron; nada les importaban los pobres: querían el sueldo.

El Poder ejecutivo de la república temió que se opusieran al nuevo régimen los generales que mandaban los ejércitos de Cataluña y Norte, Gaminde y Moriones. A éste lo relevó Pavía y Alburquerque el 15 de Febrero. El 18 manifestó al Gobierno reservadamente se reconcentraban tropas sin ningún plan estratégico, que ellas no hacían misterios de sentimientos hostiles á la República y que estaba en inteligencia con varios jefes, compañeros de emigración, para contrarrestar si algo se intentaba en contra. Pensaba como al sublevarse de comandante de artillería con Prim en 1866. A poco supo que D. Ramón Nouvilas tenía orden de encargarse del mando—así paga el diablo á quien bien le sirve—y el 3 de Febrero de 1874 echó la República á puntapiés, haciéndose monárquico.

Nouvilas caminó en sentido contrario. En 1841 se pronunció contra Espartero, emigró de teniente coronel, volvió el 43 de brigadier, tomó á Vigo, declarado por la Junta central, y de general absolutista, porque le propusieron cediera la plaza que ocupaba en el Consejo de Guerra y Marina á un político veleta, tipo repugnante, ascendido á igual grado por casarse con la hijastra de un personaje, y se olvidaron de darle la capitanía general ofrecida, se volvió republicano rojo. Prohibió tocar las campanas en Navarra y mandó cortar los puentes de ríos vadeables. Porque el sanguinario cura de Santa Cruz, político de sotana, asesinó á un oficial y 24 carabineros, publicó la orden siguiente: «El desastroso fin de nuestros compañeros es el que os espera si cometéis la torpeza de dejaros sorprender con la cobardía de rendir las armas que la república os ha confiado para la defensa de la libertad. Han inaugurado la guerra á muerte; así lo quieren, así sea: «ojo

por ojo, diente por diente,» ¡viva la República!» Lo derrotaron los carlistas en Monreal y los republicanos nombraron otro general en jefe.

Según la narración militar, tomo III, página 54, había gran descontento en el ejército, y contribuía á ello la profusión de inmerecidas gracias á los jefes y oficiales, pues se dieron á algunos tres empleos sin más méritos que el de significarse como muy afectos á la República.

El general en jefe Sánchez Bregua dijo al Gobierno republicano:—En este ejército, el jefe, el oficial y el soldado carecen de aquel entusiasmo que ha dado fama á nuestras armas. Es un hecho que los mejores oficiales siguen en sus puestos por el mero cumplimiento del deber, desempeñando sus servicios tibios y desilusionados.—Los patrioteros se entretenían en nimiedades. Cambiaron los nombres á los regimientos que recordaban la Monarquía. Al Rey lo llamaron Inmemorial; al Príncipe, Ontoria; á la Princesa, Tetuán; al del Infante, Ramales; al de caballería del Rey, Sesma. Preguntaron á un soldado:—¿De qué regimiento eres?—De la Reina, por mal nombre Castrejana,—contestó.

Antiguamente, á los reprobados en la Universidad les decía el bedel para consolarles:—Lo ha hecho usted muy bien, pero no ha dado gusto á los señores.—A los militares, incluso los procedentes de la revolución, causó pésimo efecto que los diputados presupuestívoros cambiasen de casaca, haciéndose republicanos, para seguir chupando. Los oficiales calcularon no había ya *Ordenanzas de S. M. para el régimen y disciplina de sus ejércitos*; que prohiben las murmuraciones contra los superiores y á falta de blanca, rabiaban ó cantaban públicamente en los cafés:

«La República se hunde,
jamás se levantará
si el ejército del Norte
se porta con lealtad.
A Estanislao Figueras

y á Francisco Pí y Margall,
los soldados por las calles
pronto los arrastrarán.
Basta de mentir,
basta de engañar
á gente inocente
con la federal.
.....
.....
Si .... al Norte viene,
y el ejército español
lo recibe entre sus filas,
no tiene perdón de Dios;
porque este señor de industria,
de paisano a general
ha tardado cinco abriles
por ser todo un *radical*.
La revolución
le hizo á usted subir,
y otra que esperamos
le hará á usted morir.
Vaya usted con Dios,
patriotero vil,
porque no queremos
con usted servir;
que es usté un cochino,
que es usté un bacín.
Tiqui..... tiqui..... tiqui..... etc., etc.»

A los militares que faltaron á su deber el 68 los recompensaron espléndidamente.—Durante la federal el escándalo llegó al colmo.—Los moderados, no pudiendo apoyarse en la antigüedad ni en hechos distinguidos para favorecer á sus paniaguados; inventaron la fórmula: «En atención á sus méritos y circunstancias»; los republicanos, para aumentar el número de sus escasos partidarios en el ejército, abrieron oficina de enganche. *La Gaceta* publicaba que premiaban á los neófitos por servicios prestados á la República. Mucho me reí de un antiguo compañero que se puso furioso porque lo hicieron teniente co-

ronel, no por los servicios prestados, sino por los que ofreció prestar, según se leía en el periódico oficial.—¡Me han puesto en ridículo, exclamaba!—Adulador eterno, huía siempre el bulto, le olía mal la pólvora, era un solemne pillo, sin que esto sea alabarle.—En Francia, después de la guerra de 1870, clasificaron á todos los oficiales según sus méritos.—En España, en lugar de revisar las hojas de servicios, ni se mandó pasar revista de inspección en 1876.—Capitanes y subalternos por sublevarse ascendieron, no á galope, sino á escape, á los primeros puestos de la milicia.—A un general, ya reinaba Alfonso XII, le dijeron:—No ha hecho usted mala carrera.....—Nos falta acabar con los Borbones, replicó.

En el período álgido de la federal, pregunté á un diputado aragonés muy majadero:—¿Quieren ustedes que dure la república?— Sí, contestó.—Echen del ejército á los revolucionarios; de lo contrario, ellos traerán pronto otra cosa, si les prometen ascensos ó dinero.

Si se respeta lo mal adquirido en la milicia, con la teoría inmoral de los hechos consumados, no será extraño llegue á vencer la anarquía.

El politiquero es una alimaña que aspira á medrar y á enriquecerse ocupando destinos lucrativos sin ciencia, méritos ni antigüedad. Lo mismo se subleva por blancos que por negros, con tal de llegar á general, ministro ó millonario. Los hay listos, asnos, bajos y altos. Los que no pueden llegar á la cima, sin resignarse nunca, se van quedando atrás.

En el Rastro, que yo frecuentaba en busca de antigüedades, vivía y bullía Pepe el aguardentero. Todo un personaje. Lo mismo despachaba en la taberna que levantaba una barricada ó vendía chismes viejos. Concejal el 73, le preguntaron:—¿Qué vas á hacer tú, si no sabes firmar?—Sé robar, contestó.—Tan digno edil era ingenuo. Murió empleado.

Los unionistas y radicales pronto se cansaron de no mandar.—El 23 de Abril se reunieron en la Plaza de Toros los voluntarios de la libertad, monárquicos sin rey desde que se

largó D. Amadeo. Querían la contrarrevolución. Los espantaron los federales, se encondieron los jefes, la pillería robó las preciosas armas antiguas y modernas que tenía en su hotel el duque de la Torre, y de lo que por burla llamaron batalla del arrastradero, sólo quedaron en el campo varios pellejos de vino. En 1891 manifestó Pí que la citada insurrección se dominó por la lealtad del general Córdova.—¡Si lo hubiera sabido el rey Narizotas!

La famosa noche del 23 de Abril, atravesando barricadas, fuí á comer con los príncipes P..... La alarma era grande, oculté el frac con una capa vieja y me calé un sombrero gacho. Desde lo alto de la escalera de la casa me dijo la princesa, matrona italiana, de hermosa figura y acérrima alfonsina:—Le esperaba. Me daba el corazón que sólo usted vendría.—Nos íbamos acostumbrando á la intranquilidad. Observé que la algazara disminuía á proporción que me alejaba de los barrios bajos. En el centro de la excorte pocos balcones se engalanaban al celebrarse funciones patrioteras.

No me enteré hasta el día siguiente á qué género pertenecían los que habían tratado de sublevarse. Eran los de siempre. Pronto la inmensa mayoría conspiró por los Borbones que echaron en 1868.

A Serrano, durante su regia privanza le adulaban los progresistas; no les hizo caso y le llamaban «El Judas de Arjonilla.»

La noche del 23 de Abril, por casualidad conocí á Luis Blanc. Se llamaba Blanco, y suprimió la o para confundir su nombre con el de un revolucionario francés. Se halló en mi lugar al estallar la revolución del 68, y vestido de presidiario, que ostentaba como honroso, peroró desde el balcón de la casa municipal, encareciendo las ventajas que nos traería la República. Los baturros se quedaron con la boca abierta, el orador no llegó á gobernador civil, y concluyó su historia de director de una compañía de muchachos, cómicos trashumantes ó de la legua.

Sólo vi una vez en Madrid á otro que se hizo célebre por unos días. El *Carbonerín*. Se paseaba gravemente por la calle del Príncipe, iba con el uniforme de comandante de voluntarios de la república, el vulgo necio admiraba tan menguada personilla, y hubo quien creyó dependía de tan grotesco personaje la suerte de la capital de las Españas. A mí sus galones me hicieron el mismo efecto que los del Perot de la Casota, excarlista, los del humano Caletrus y los del leal Escoda. Un labrador aragonés vió juntos al alcalde, secretario del Ayuntamiento y escribano del pueblo, exclamando: «¡Qué par de tres!»

Los perdidos se afilían en los partidos extremos. Por eso decían desde 1869: «No son pillos todos los republicanos; pero todos los pillos son republicanos.» En 1873 estábamos á pedir de boca. Hasta había liberales que deseaban la venida de un rey cualquiera, aunque fuera D. Carlos de Borbón y Este. Su hermano D. Alfonso y su mujer doña María de las Nieves, que le acompañó á caballo,—si lo hubiera verificado en guerra contra el extranjero, merecería la erigieran una estatua, —trataron inútilmente de disciplinar á los carlistas catalanes. ¡Facilillo era! Antes los hubieran arrojado por un puente abajo, como al conde de España.

Los citados personajes aumentaron con su presencia el entusiasmo de los carlistas catalanes. A los aragoneses sucedió lo contrario. Al decirles Doña Nieves de Borbón y Braganza, porque no tomaron Alcañiz, que desmentían su fama de valientes, exclamó uno: «¡Rediós, si también son aragoneses los de dentro de la ciudad!» D. Alfonso repitió el insulto y le replicó bruscamente el general Gamundi: «Nuestras vidas son del rey; pero no aguantamos nos deshonren». Me lo contó tan valeroso, terco y consecuente aragonés, que peleó en las guerras del 34, 48 y 73, muriendo emigrado y pobre. Las promesas que D. Carlos hacía á sus tontos partidarios se habrían cumplido como las del capitán aquél que, según Lope de Vega, repetía á su criado, yendo á los Países Bajos:

«Cuando lleguemos á Flandes
y lo hayamos conquistado,
recuérdame que te dije
que te he de prometer algo.»

Gamundi pidió á un ministro de Alfonso XII permiso para ver Madrid antes de morirse, sin reconocer al Gobierno, y volver en seguida á Francia, que odiaba: «¿De qué sirvieron á ustedes los hijos del infante D. Enrique?» le pregunté.—De estorbo, contestó.

Concurría yo á un café, reunión de algunos aficionados á las antigüedades, cité á mi amigo Aloïss Heis como numismático, y un profesor de francés, en tono de burla, exclamó: «*¡Alois, Ruseau!*», pronunciando las palabras como si fueran españolas.—¿Sabe usted el chino?—le pregunté.—No, señor; ¿por qué? No lo necesito.—Ni yo el francés, aunque entiendo. —Aloïss, tiene diéresis.—No es *Aluá* según usted. D. Vicente de la Fuente dice:

«No me vengas, gábachito,
Con argumentos al aire:
O tú me escribes Volter,
O yo te leo Voltaire.»

Eduardo Rosales, el inimitable pintor, nació en 1837 y murió el 73. Acompañamos al cadáver de tan gran artista sus amigos y admiradores. Como adornaron el féretro con galón de oro falso, un federal de los que usaban gorro colorado, exclamó:—¡Así debían estar todos los ricos!—¡Rico!,—vendía por casi nada sus obras para poder comer en su última enfermedad, repliqué sin mirar.

Los políticos de todas castas trataron de dominar á Isabel II y mandar despóticamente. Cuentan que los progresistas trajeron á Madrid á D. Estanislao Figueras, buen mozo y de talento, para que fuera favorito de la reina. Jamás la habló.

Desde 1847, cuando la guerra carlista de Cataluña, que acompañé á D. Estanislao Figueras hasta Tivisa, donde iba á

casarse, éramos amigos. Le nombraron presidente del Poder ejecutivo de la república y ministro de la Guerra en 1873; me llamó para hacerme brigadier; se lo agradecí mucho; le contesté, por medio de un paisano suyo, que yo era reaccionario, y replicó:—No importa; es militar á la antigua; si le doy mando, no faltará á su deber.—Si hubiera aceptado, como otro de mi misma clase lo verificó, habría llegado á más de lo que he sido. Los de genio independiente hacen poca carrera. Son unos Quijotes. D. Estanislao era honrado, de poco carácter; pronto se cansó, abandonó el mando y desapareció de la noche á la mañana. A este acto, los periódicos, por burla, lo llamaron la Hegira de Figueras.—¿Qué es Hegira?—me preguntó un general de los vanidosos que creen que los inferiores deben saber menos que los superiores.— La huida de Mahoma á Medina desde la Meca, donde quisieron matarlo el 16 de Julio del año 622 de Jesucristo, día que comienza la era de los sectarios del falso profeta, dije yo.—¡Qué me cuenta usted! Ya lo sé, ya lo sé, replicó el general. ¡Maldita sea la Hegira! —En la milicia se debe imitar á Sixto V, pensé yo, más fastidiado que el del cuento siguiente: El gobernador de un castillo, para evitar que las caballerías del pueblo pastasen en el glasis sin su permiso, mandó á los centinelas que las echasen á tiros. Le dijeron que habían muerto una mula, y exclamó:—¡Me alegro!—Es la de V. S.....—Como si me jorobasen— añadió furioso.

Un soldado Viejo.

LOS IMPUESTOS Y LA HACIENDA EN ESPAÑA

DESDE FELIPE III Á CARLOS II

I

Habían transcurrido los diez últimos años de Felipe II luchando sin razón contra Francia; diez años de esfuerzos diplomáticos ó de combates á mano armada habían hecho ver lo vano de los intentos concebidos. Su constancia no pudo rendir la fortuna de su rival Enrique IV; y el genio de este rey, como el de Guillermo *El Taciturno* en Holanda, llamaron á sus pueblos á la independencia, á la libertad. Pero al derramar sus emisarios y su oro con profusión por esos dos países rebeldes á su tiránica política, el rey de España había agotado los medios de la fiel Castilla. Habíase utilizado la fortuna pública del reino en conservar á los Países Bajos en su precario dominio y á Italia en el deber. Para el mantenimiento de la unidad de la fe católica, objetivo irrealizable, se amenguaron los recursos pecuniarios; los intereses gravaban lo mismo sobre los gastos acumulados de años anteriores que sobre los de los ejercicios venideros; las pensiones pagadas en países extraños consumían el Tesoro, y los gastos personales del soberano habían dado pie en el interior á una prodigalidad sin lí-

mites. Por tanto, igual para España que para Francia, la paz de Vervins fué un acto necesario y venturoso. Sobre todo lo fué para la corona española; pero, con la pérdida de las Provincias Unidas, pagó las culpas de toda especie por su rey cometidas. La espada de Mauricio de Nassau había vencido definitivamente á la del duque de Alba.

Con Felipe II perdió España su preponderancia. Su hijo le sucedió á la edad de veinte años (1598). Desde el comienzo de su reinado mostró gran debilidad de carácter, confiando la autoridad soberana á su escudero el marqués de Denia, hecho duque de Lerma; el favorito fué nombrado primer ministro á pesar del consejo que al morir le dió su padre de tenerlo alejado de los negocios. Su elevación excitó el descontento de la grandeza, celosa á la vez de su poderío y de su influencia, é intranquilizó á causa de lo obscuro de su linaje. Para señalar su ministerio, el Duque resolvió ejecutar un acto de vigor: equipó otra nueva *Armada* con destino á devastar las costas de Inglaterra y arruinar su comercio marítimo; una tempestad la destrozó en las costas españolas; hubo que recurrir entonces á las negociaciones, y firmóse la paz con Inglaterra en 1604. Prosiguió la guerra contra las Provincias Unidas; pero las prodigalidades del ministro en el interior dejaron sin socorro á Alberto é Isabel, que gobernaban los Países Bajos. Las tropas no estaban pagadas: amotináronse y tres mil hombres se pasaron á las filas de Mauricio de Nassau, preludio del desastre final.

Expulsados de España los judíos en 1492, habíanse refugiado en Portugal, donde tuvieron buena acogida. Pero un levantamiento popular asesinó á muchos de ellos en 1506. Sostenidos y vengados por el rey Manuel, habían prosperado. En 1602 eran dueños de la riqueza pública en la cuarta parte del reino, lo cual les permitía sustentar sus ideas etnogénicas: como sus correligionarios de Toledo, diputábanse hijos de una tribu establecida en la península y extraña por completo á los innobles acontecimientos de Jerusalén. Aunque este sis-

tema se tuvo por harto sospechoso, ofrecieron al duque de Lerma 144 millones de francos si un edicto hacía iguales los cristianos nuevos á los cristianos viejos y declaraba á los primeros aptos para las funciones públicas. En vano Portugal hizo oir sus protestas: su emancipación se anticipó en dos siglos á la *Revolución francesa*. La católica España declaró, tras la bancarrota sobrevenida por haber intentado á toda costa la *Unidad católica*, que los judíos tendrían en Portugal derecho de ciudadanía. Aún hay más: apelóse á Roma, y Clemente VIII (hecho mucho menos sabido) aprobó el tenor de los despachos de Felipe III. Su legislación quedó en suspenso en todo Portugal, y la Inquisición, en vista de los donativos que recibía, suavizó sus penas, sus fallos, su doctrina.

Durante la guerra de Holanda, quiso Felipe III convertir en moneda la plata de las iglesias y la vajilla común; habiendo protestado el clero, quedó sin cumplirse el edicto. Hubo que empeñar las rentas de América para conquistar la Irlanda y el baylicato de Argel. Sabido es lo que aconteció con ambos proyectos; los dos fracasaron. A pesar de la toma de Ostende por Spínola, fué extremada la penuria; doblóse el valor de la moneda de vellón, lo cual agravó la crisis, y las victorias de los holandeses, al apoderarse de las principales islas Molucas, acabaron el descrédito del primer ministro. Tuvo que tratar con Holanda y aceptar una larga tregua, lo que disgustó á su país: acusósele de no respetar la gloria tradicional. Para sostenerse, tuvo que ocultar al rey la verdad; acrecentó con ello los apuros económicos; dió con profusión fiestas, con una facilidad igual á la que le hacía multiplicar las cargas venales, y creó tantos empleos, para crearse apoyos administrativos, que el Tesoro apenas podía pagarlos. Fué mal estimulada la agricultura; exceptuóse sin razón del servicio militar á los obreros, y España hubiera tenido una bancarrota sin ejemplo si no le hubiesen dado sumas enormes las colonias y Sicilia. Tan débil como su señor, lúcido, pero vacilante siempre, el duque de Lerma era un cortesano consumado, pródigo en fiestas,

hombre de mundo, un particular en el poder. La pacificación del reino de Aragón, debida á la dulzura de su carácter, constituye su obra principal; su fanatismo religioso le inspiró la expulsión de los moriscos.

Omnipotente, hizo participar de su fortuna á su hijo el duque de Uceda. Habiéndose aprovechado del fallecimiento de su mujer para conseguir la púrpura romana, fué causa de su caída esa elevación, á la cual sólo la ambición le llevara. Viéndole el rey objeto de enemistades y acusaciones generales, le envió al destierro y tomó por sucesor suyo á su hijo el duque de Uceda.

Antes de caer, el duque de Lerma realizó actos que manchan su memoria: pudo conseguir de Felipe III la expulsión de los moriscos, últimos supervivientes de los sarracenos, los cuales, cuando la conquista de Granada, bajo Fernando el Católico, habían prometido abrazar la religión católica apostólica romana. Lleno de prejuicios, convenció á los inquisidores de que esos conversos profesaban en secreto la religión mahometana; téngase en cuenta que sólo á condición de renunciar á ella les fué permitido permanecer en España. Les acusó de haber buscado apoyo para su traición de conciencia en una traición política: habían llamado en su auxilio á Francia y aun al gran turco. En 10 de Enero de 1610 se publicó contra ellos un edicto de expulsión, que fué ejecutado. En vano ofrecieron por él «dos millones de ducados de oro:» Felipe siguió inflexible, á pesar de los apuros de su tesoro; salieron de España como un millón de habitantes.

Al fin de un reinado que duró veintitrés años, hubo de arrepentirse de ello el rey. La emigración convidaba con los pretensos tesoros de América á los ganosos de fortuna; la agricultura no pudo reponerse de esa pérdida. El edicto que otorgaba la nobleza y exención de la guerra á los agricultores, fué ciertamente una medida reparadora, pero no bastó para llenar los vacíos. La liga con Francia dió inesperado esplendor á su reinado, y pareció llamarle á nuevos destinos. Luego veremos lo que resultó de ahí.

Verdaderamente, *ocho siglos de cruzadas* habían inferido á España profunda herida; su dignidad nacional y su honra habían guardado recuerdo de las vergüenzas pretéritas, y la pérdida de la preponderancia, por efecto del genio de Enrique IV, habíale obligado á replegarse sobre sí misma. No pudiendo ser ya grande fuera, el duque de Lerma había creído serlo dentro, pisoteando á quienes de opresores se trocaron en conversos, en *cristianos nuevos*, como con ira y con desdén se les llamaba. El dueño del rey tuvo miedo á los moriscos: supuso que en el fondo de su corazón se tenían como legítimos poseedores del reino. En vano habían perdido sus leyes, usanzas, religión, costumbres y hasta vestimentas: todo se convirtió para ellos en un título para la proscripción. El primer ministro no quiso admitir que sus abjuraciones fuesen sinceras. Víctimas de toda especie de servidumbre, los moriscos habían aprendido los oficios más humildes, aquellos que desdeñaban sus señores; con trabajo y con tiempo habíanse enriquecido, principalmente por medio de la agricultura. El estado de la provincia de Valencia, hoy tan rica, hace la apología y propaganda de su sistema de riegos, y su prosperidad es la prueba fehaciente de lo pingüe de sus cosechas en otros tiempos. Con la morera y el arroz, la caña de azúcar y el algodón (cultivos tradicionales que habían importado), reunían la fabricación de seda, cueros y papel. Luchando por el agua con el sol, sabían crear países fértiles, cubrirlos de árboles y darles el aspecto de vastos jardines, como Granada y Valencia. Contábanse en Andalucía hasta doce mil aldeas.

Pero desde Carlos V, la superstición religiosa había agobiado á los vencidos con exacciones sin cuento, haciendo creer á este emperador que guiaban á los corsarios berberiscos en sus rebatos contra las costas españolas. Habiéndose sublevado en 1530 los perseguidos, fué ahogada en sangre su insurrección, y 70.000 de ellos buscaron refugio en Africa. Reinando Felipe II, la guerra de las Alpujarras hizo pasar de esta cifra la de los expatriados. Y en 1578, un fraile que predicaba á los

moriscos de Aragón, pudo exclamar: «¡Puesto que no queréis venir á Jesucristo, sabed que hoy mismo ha nacido quien os arrojará del reino!» En ese día nació Felipe III. Al llegar á ser omnipotente, el duque de Lerma hizo cierta la predicción, apoyado en su error y por los estímulos de su hermano Bernardo de Sandoval, primado de Toledo y gran inquisidor. Ambos renovaron lo que, en el reinado anterior, Idiaquez había podido impedir. Ribera, arzobispo de Valencia, les prestó el concurso de sus acusaciones. Dos memoriales, dirigidos al rey y á las Cortes, formularon la expulsión como consecuencia de odiosas acusaciones. Leíase en ellos lo siguiente:

«Los *Reyes Católicos* no vacilaron en expulsar del reino á los judíos, con no ser herejes ni apóstatas, ni haber estado jamás en correspondencia con los enemigos del Estado. Su Majestad el emperador mandó á los moros que recibiesen el bautismo ó saliesen de España. Así, esperaba hacer de ellos fieles cristianos y vasallos sumisos; pero fué vana su esperanza. Los reyes de Francia han dado á todos los reyes una lección provechosa, enseñando al mundo, en sus vasallos herejes, los funestos efectos de la tolerancia. Si hubieran sido obedientes á la Iglesia y hubiesen muerto ó desterrado á los hugonotes, ¡cuántos males habrían evitado á sí mismos y á su país! Por tanto, el interés espiritual y temporal del reino exige la expulsión de los moriscos. Trabajan por menos precio que los naturales; las aldeas españolas están pobres y despobladas; las aldeas moras rebosan habitantes. Los renteros españoles, en los terrenos más fértiles, no consiguen pagar sus arrendamientos. Los moros, roturando un suelo ingrato, enriquecen á sus amos y á sí mismos, y pagan además pesados impuestos; son la esponja que absorbe toda la fortuna de España. *Conclusión:* Sin embargo, no sería cuerdo expulsarlos á todos á un tiempo. En los reinos de Valencia y de Aragón, donde son los más numerosos, no se mezclan con los cristianos. Además, hacen prosperar á este país con su ciencia en agricultura y en riegos; si fuesen expulsados todos, perderíase esta ciencia. Pero en las otras provin-

cias hablan en castellano, habitan en aldeas cristianas y difunden en ellas la ponzoña del Islam ó de una sumisión hipócrita á las verdades de nuestra santa religión. Por tanto, es menester echarlos de todas partes, menos de Aragón y Valencia, y guardar sus hijos menores de siete años para educarlos en la religión cristiana. El rey puede, con toda tranquilidad de conciencia, emplear á los adultos en sus galeras ó en los trabajos de las minas en América, ó venderlos como esclavos á sus súbditos; y como todos ellos han merecido por sus maldades la muerte ó la esclavitud, si Su Majestad los deportase al Africa, en medio de sus correligionarios, eso sería un acto de clemencia y de compasión.

El gran inquisidor votó en el Consejo del rey por la expulsión total y sin excepciones; el duque de Lerma fué del mismo parecer; toda opinión contraria (porque las hubo declaradas), fracasó en sus representaciones.

Preciso es decirlo muy alto, en honor de la corte de Roma: el Papa protestó contra ese acto, calificándolo de *fanatismo*. Paulo V, de la ilustre familia de los Borghese, electo cuatro años antes á causa de su instrucción superior y de sus virtudes, de una perfecta sagacidad en los negocios, firme en sus voluntades, conocía á España. Había desempeñado en ella las funciones de Legado, bajo Clemente VIII; por eso protestó, para eterno honor suyo, contra esa irreparable desgracia. A su mérito debió sorprendentes embajadas venidas del centro del Africa ecuatorial y del extremo Oriente como de la Persia. Es glorioso para el Papado haber previsto las consecuencias de aquella proscripción y haber hecho todo lo posible por prevenirla.

Sully ha consignado que, viéndose los moriscos perseguidos en la sombra, ofrecieron 100.000 hombres á Enrique IV en 1602, para ayudarle en una guerra que solicitaron emprendiesen en la península; para decidirle, parece que prometieron abrazar el protestantismo. Dicho sea en honor suyo, el rey de Francia se negó á llevar la guerra al país de Felipe II. No

contentos con expulsarlos, imputábaseles la miseria. No pudieron llevarse sino lo puesto. A la violencia de sus abuelos conquistadores, replicaban con iguales violencias los dueños de la península, después de un siglo de la victoria de éstos (1492).

Pues bien: ¡el vicario de Jesucristo había pedido gracia! Los señores del reino de Valencia representaron al rey que, gracias á los moriscos, las rentas de sus tierras producían 12 millones de ducados, es decir, 108 millones de francos. Ni la religión ni el interés del Tesoro contuvieron al soberano, impelido por Lerma. Los virreyes de Italia y de los Países Bajos habían enviado sus tropas y sus escuadras, pues una paz general garantizaba su no intervención fulminante. *Tres días de plazo* se concedieron á los interesados para salir de España; después del cual, todo el que encontrara á un morisco fuera del lugar de su nacimiento tendría el derecho de detenerlo, de quitarle sus bienes y de matarle, si se resistiese. También se daría muerte á quienes hubieran ocultado ó destruído sus riquezas. En las aldeas, por cada cien habitantes conservároнse media docena de ancianos para enseñar á los amos la agricultura; se conservaron también los niños menores de cuatro años, con el consentimiento de las familias interesadas; los nacidos de «cristiana vieja» casada con «cristiano nuevo» consiguieron no marchar, ni tampoco la madre; pero el padre fué expulsado.

En el día prefijado (12 de Septiembre de 1609) efectuóse el éxodo, con durezas acerca de las cuales es inútil insistir. El 2 de Diciembre, un segundo edicto expulsó á los de Andalucía y Murcia. En 27 de Abril de 1610, llególe el turno á Aragón y luego á Cataluña; vino después el de ambas Castillas, la Mancha y Extremadura.

Las provincias no tuvieron el entusiasmo que la corte y los exaltados; protestaron en todas partes, y sus procuradores anunciaron los males que de ahí nacerían. La consecuencia de ello fué la despoblación. En diez años, los moriscos converti-

dos duplicaban su censo, según Fonseca dice en su *Justa expulsión*. Escolano protestó en sus *Antigüedades*, contando que el reino de Valencia, el más rico, había llegado á ser «un desierto árido y yermo». En Francia, olvidó el cardenal Richelieu la política, para no acordarse sino de su carácter de sacerdote; vituperó esa medida, llamándola *el más osado y bárbaro consejo que la Historia menciona*. La expulsión dió origen á robos y concusiones, á sentencias de muerte contra los vencidos, para obtener más oro. Más tarde, á fines de 1610, fué cuando se autorizó á los moriscos á llevarse consigo la mitad de su fortuna, á condición de dar la otra mitad á los comisarios regios. Se calcula en 800.000 ducados (ó sea millón y medio de francos) la cifra de las sumas que el duque de Lerma tomó de sus cómplices, por su parte. ¡Pese este recuerdo sobre su memoria! Pasemos adelante.

Felipe III sólo veía por los ojos de su ministro. En 1600, las Cortes no le habían disimulado sus apuros económicos. «Los labradores, desalentados, decía un orador, renuncian á cultivar sus campos, y se hacen mendigos ó bandoleros. Las casas se hunden, y nadie las reconstruye. Desiertas están las aldeas, incultas las tierras, vacías las iglesias. Bien pronto faltarán brazos para cultivar el suelo y se dejará de contraer matrimonio. *¡Es imposible*, en tal estado, *que el reino dure aún un siglo!*» Todo esto es aplicable á la península. Y, sin embargo, al advenimiento de este soberano gastáronse para su boda 8.550.000 francos; el marqués de Denia dos y medio millones largos, y los señores de la corte 27 millones. En Cataluña le votaron un millón de ducados (nueve millones), á la reina 100.000, al favorito 10.000. En Zaragoza se dieron por advenimiento: al príncipe, 200.000 ducados; á la reina, 10.000; á Lerma, 6.000. Este último había sacado dinero de todo, hasta de las noticias que transmitía al rey, como el arribo de los galeones de América. De ahí una fortuna tanto más desproporcionada cuanto que el país estaba en absoluto pobre, arruinado; ese ministro hizo todo lo imaginable para perderlo, pues

toleraba á su lado la venta de su propio crédito por un secretario ó paje, Don Rodrigo Calderón. La codicia llamaba á la concusión abajo, desde el momento en que se desplegaba arriba y al lado.

¿Quieren conocerse las consecuencias de esas maniobras? Un testigo conocido, Cabrera, nos las comunica en estos términos: «Su Majestad no tiene con qué pagar los salarios de sus servidores ni alimentarlos. El rey mismo, sólo á crédito puede conseguir lo necesario para los gastos de su mesa, lo cual no se ha visto nunca todavía en el palacio de nuestros reyes.» Los gastos de la casa real habíanse más que duplicado, y la realeza se aturdía en el presente con inauditos esplendores, gracias á los favoritos, dispuestos á abusar de la bondad personal del rey. El sistema de las pensiones en el interior, y principalmente en el exterior, había gravado el Tesoro en extrañas proporciones; su creador era Felipe II. Pues bien, sin contar á su hijo, España tenía, desde París á Amsterdam, desde Londres á Augsburgo, hartos enemigos para que se pudiese flaquear en este punto. Francia no hubiera dejado de vengarse de las intrigas del Gabinete de Madrid, sin la Liga al Norte, al Oeste, al Sur; hubiérase sustituído á ella y se los hubiera enajenado, concediéndoles los socorros que el rey del Escorial tenia la costumbre de enviarles. Según las *Cartas* del cardenal Du Bellay, veíase entre ellos pensionado hasta un pequeño duque de Urbino: recibía 12.000 escudos para su mesa, sueldo para cuatro coroneles, 20 capitanes, 100 hombres de caballería pesada, 200 de caballería ligera y dos compañías de infantería. Por los de éste, júzguense los subsidios de los demás.

En Roma había que ejercer una influencia mucho más seria. Los cambios de Papas traían consigo variaciones en la política: era preciso vigilar su marcha, sorprender sus secretos. Pues bien, la abnegación de la corona y la capacidad de los embajadores, no bastaban para conocerlo todo. Desde 1556 (época en que España quedó separada del Imperio) hasta 1598,

la Iglesia había contado nueve soberanos Pontífices bajo el reinado de Felipe II. Entonces comenzaron las pensiones á los varones romanos; los Gaetani, los Cesarini, los Orsini no las desdeñaban, y tampoco los cardenales, por facción. Cónclaves y Concilio habían costado caros á un país cuyo carácter, tan religioso, prometía colmar la medida. Los acontecimientos produjeron un efecto contrario. Declara Sarpi, en sus *Cartas á Leschassier,* que no había en Italia una sola ciudad donde España no pagase partidarios. Por medios análogos advierte la *Relación de Delfino* que había facciones en Suiza entre los consejos cantonales; en Alemania, junto á los príncipes y electores; en Inglaterra, en la aristocracia de la corte y el Parlamento.

Para atender á todos estos gastos, dió el rey, en 29 de Octubre de 1600, el siguiente edicto: «La causa principal de la miseria pública está en el empleo de la plata para fabricar objetos de uso diario. Valdría mucho más que la plata estuviese en circulación. Para remediar un mal tan grande, deseamos conocer la masa de plata existente. Por eso mandamos que se haga un inventario de todos los utensilios de plata. Yo el Rey.» Tan pronto como se publicó, apoderóse de todas las clases una ira general. Frailes, curas, obispos, hasta el confesor de Felipe, todo el mundo protestó, y el primer ministro tuvo que contentarse con lo que tuvieron á bien dar (en concepto de contribución voluntaria) algunos prelados, algunos cabildos ó metrópolis, y aun las Ordenes militares. Las fortunas particulares se pusieron al abrigo de las necesidades del culto. Con esa medida se enrareció el dinero; la elevación de la moneda de cobre en la proporción de 2 á 4, dió por resultado elevar al 10 por 100 el cambio de la plata. Dávila escribió que la flota de América traía anualmente 10 á 12 millones de plata y no se hallaba en todo el país un real. Cuenta Céspedes que en el reinado de Felipe IV, habiendo muerto en Castilla un obispo de Chile, el fisco se apoderó del oro y de la plata de la sucesión; habiendo protestado la curia pontificia y hasta pedido

la sucesión del obispo, el Gobierno prometió pagarle «en moneda de cobre» á dicha curia. Se ve que la reforma acerca del cobre duraba en tiempo de los sucesores de Lerma.

En materia de importación, los impuestos sobre el comercio eran de 30 por 100, lo cual no pudo sino arruinarlo. Favorecióse el contrabando en las fronteras, donde, por lo extendido, llegó á convertirse en una profesión. En un país de costas, eso era exponer seguramente los recursos del Tesoro. Las ciudades se resistieron á dar los millones pedidos como anticipo. Felipe III, lo mismo que su padre, había declarado la guerra á las antiguas *libertades provinciales*. Quiso en 1607 someter los países vascos á los impuestos, que no habían sido consentidos por ellos. Los diputados de esas provincias se congregaron en la villa de Guernica y no temieron escribir al rey:

«Habiendo sabido que, en recompensa de los leales servicios prestados á la Corona por este Señorío de Vizcaya, quiere Vuestra Majestad usurparnos nuestros derechos gravándonos con ciertos impuestos de que está exenta Castilla, hemos resuelto, á tenor de nuestros *Fueros,* otorgados á nosotros por los reyes predecesores vuestros y que Vuestra Majestad quiere revocar hoy, dirigirnos á Vos humildemente para suplicaros que retiréis vuestro decreto. Lo que pedimos está conforme con la equidad, y, *si no quiere hacerse justicia á nuestro ruego, tomaremos las armas para defender á nuestra muy querida patria,* aunque tuviéramos que ver quemar nuestras casas, y destruir nuestros campos, y fenecer nuestras mujeres y nuestros hijos; aunque nosotros mismos hubiéramos de buscar otro Señor que nos ampare y defienda.»

Retrocedió el rey ante esta resolución y este tan poco disfrazado llamamiento, y confirmó en sus *Fueros* á los impetrantes.

Por otro lado, para elevar la sisa de millón y medio á tres millones, para impedir el fraude, creáronse tribunales de justicia que comprendían tres grados de jurisdicción. Cada ciudad tuvo un tribunal de primer grado; cada cabeza de partido

uno de segundo orden, y cada villa con derecho á votar uno de tercero. Cada uno de los tribunales superiores vigilaba á los tribunales inferiores. Kheveuhiller advierte en sus *Anales* que las Cortes eran siempre generosas. A fines de 1608 otorgaron diecisiete millones y medio á pagar en siete años, y doce millones de ingresos sobre los ingresos municipales, para solventar las deudas del soberano. Añade que en 1619 votaron otros dieciocho millones; cuanto menos rico era el pueblo, tanto más se otorgaba. Sin embargo, llegó un día en que el *Consejo de Castilla* enumeró con tristeza la cifra de los impuestos creados desde los tres reinados últimos: era de cincuenta y tres millones y medio de ducados, y el rey había cobrado otros cien á su reino. Pues bien, todas las rentas de la corona estaban empeñadas, y ya no tenía el Tesoro otros recursos más que las prestaciones inmediatas.

No es posible terminar la exposición de este reinado sin hablar de D. Pedro Girón, duque de Osuna. El futuro virrey de Nápoles comenzó en la corte de Felipe II por frases de rara causticidad, por las cuales recibió una orden de destierro. Conoció en Zaragoza á Antonio Pérez y le facilitó los medios de escaparse á Francia; bien pronto fué también allí él, pero pasó á Portugal en cuanto tuvo conocimiento de los proyectos concernientes á la Liga. Permaneció fiel á esa protesta, y no regresó á su patria hasta la muerte del rey. En la corte siguió la fortuna de Lerma; y, descontento de las necedades de los cortesanos, dirigióse á Flandes, donde combatió á sus expensas contra los holandeses. En 1607 nombróle su soberano gentil hombre de cámara, y más le hubiera adelantado si no hubiese tomado partido contra la expulsión de los moriscos. En 1609 pudo hacer admitir la independencia de las Provincias Unidas y aceptó el virreinato de Sicilia. Fué implacable con los grandes, hizo próspera á la isla, batió á los turcos, tomóles 50.000 hombres, libertó á 17.000 cristianos é hízose bendecir por los pequeños. El 1615 desempeñó iguales funciones en Nápoles con el mismo espíritu, y organizó la pretensa *Con-*

juración contra Venecia, cuyo propósito era el de ocultar el desmembramiento en provecho suyo de aquella parte de los Estados. Un capuchino le denunció á la corte en 1619. Llamado en seguida, creyóse seguro del buen éxito y del secreto de su empresa, por los avisos de su mujer. Detenido en Madrid con su casa, no pudo convencérsele de traición, por haber el Consejo de los Diez quemado los papeles comprometedores. Quedó preso y murió en el castillo de Almeida, en 1621. ¿No hay derecho para decir que él fué el grande hombre del reinado aquel?

Yañez, en sus *Memorias*, juzga así á Felipe III: «Hubo en su reinado paz sin provecho y tregua sin gloria. Adquirió en Alemania por medio de la guerra, perdió en las Indias por medio de la paz. Suspendió las hostilidades en Flandes, donde era menester proseguirlas, y las reanudó en Italia, donde ninguna necesidad tenía de ello. Como rey, se abstuvo de cometer faltas; pero no de permitirlas en otros. Dejó á su sucesor pocas rentas y muchos enemigos. Justo y liberal, puso compasión sobrada en la justicia y harto escasa prudencia en su liberalidad. Príncipe débil fué y que se contaría entre los hombres más excelentes, á no haber sido rey, y entre los mejores reyes, si hubiera logrado tener mejor favorito.» Todo aquello era un continuo rebajamiento sin prestigio; por donde, después de rechazar la política paterna, íbase á la decadencia en el año de 1621.

II

Cuando sucedió á su padre, Felipe IV no tenía más que dieciséis años; diéronle por consejero al conde de Olivares. Con premura de distinguirse, ese ministro hizo tomar á su pupilo el nombre de *Grande*. Pero tenía enfrente de sí al cardenal de

Richelieu, opuesto á la casa de Austria, y cedió en el negocio de la Valtelina, reclamada desde luego como una dependencia del Milanesado. Menos prudente contra las Provincias Unidas, que tan caras costaban á la corona de su señor, reanudó el plan de guerra al romperse la tregua; pero en 1628, habiendo sido derrotadas sus tropas, hubo que aceptar la paz. A la absorción del Nuevo Mundo replicaron los holandeses creando su Compañía de las Indias Occidentales, que muy luego se hizo una rival temible. Mucho peor fué en 1640: España perdió el condado de Artois; desposeída Cataluña de sus privilegios, asesinó á su virrey; sublevóse Portugal. Habiendo llamado este último país al trono al duque de Braganza, más tarde Juan IV, anunciόselo Olivares á su soberano, diciéndole: «Señor, vengo á dar á Vuestra Majestad una buena noticia. El duque de Braganza ha perdido el juicio: se ha dejado proclamar rey de Portugal. Su imprudencia valdrá á Vuestra Majestad una confiscación de 12 millones». El rey se limitó á responder, satisfecho del donativo anunciado: «Hay que poner orden en ello». Con frases hábiles es como ciertos ministros pierden á su patria: la de Olivares es una de esas.

La rebelión de Cataluña, indignada de su conducta y abriendo Barcelona á las armas de Francia (una falta cometida por una exasperación justa); el Rosellón volviendo á un país vecino que buscaba su frontera natural; el auxilio dado á la rebeldía de Gastón de Orleans contra un genio como Richelieu; todos estos hechos debían dar á los enemigos de Olivares un manojo de pruebas para demostrar su incapacidad. Unióse á ellos la corte de Viena. Felipe no se atrevió á resistir contra ese concierto de esfuerzos; la muerte de Richelieu dió pretexto para ello. La grandeza española le acusaba de erigir en sistema la autoridad real absoluta, á imitación de Francia, de menospreciar las teorías de las Cortes, de destruir los privilegios propios de los diversos órdenes, de romper los adquiridos por las provincias cuando constituían estados independientes, ¡recuerdos imperecederos de sus luchas por la patria!

Voiture escribió acerca de él (1): «Es asombrosamente presto, activo y penetrante, sutil, lleno de fuego y de luz..... La adversa fortuna derribó á veces sus designios, nunca su constancia. Le he visto recibir con la misma cara la noticia de la pérdida de Maëstricht y la de la muerte del rey de Suecia.....» El escritor es aquí devoto admirador del amigo de su eñsor y eso es todo. La carrera del ministro habla más alto que las tan interesadas apreciaciones de Voiture. En sus *Memorias acerca de España*, pudo escribir Sir Dunlop que fué para él extraña la sed de oro que manchó la administración de Lerma. Amigo resuelto, ánimo vengativo, «irascible, envidioso del mérito de los demás», vano, á la vez terco y mudable: tal era el adversario de Richelieu y de Gustavo Adolfo. Según el mismo historiador, su genio era superior á su juicio, extraviado por quimeras. ¡El juicio! De todas las cualidades, ¿no es la más necesaria para un hombre de Estado, sobre todo para un primer ministro? Instruido por las culpas del reinado anterior, Olivares buscó otro camino. A la paz sistemática hizo que la sustituyese la guerra sistemática: el resultado fué que con ello perdió su país. Portugal, que se vengó en su señor de las codicias del abuelo; el Rosellón y la Cerdaña, provincias que estaban fuera de sus fronteras naturales; con la amenaza de ver á Cataluña separarse de la monarquía. El duque de Lerma había tenido al futuro Felipe IV lejos de los negocios, y hasta le había inspirado repugnancia hacia ellos. Olivares continuó el sistema: le halagó en el poder, como con su propia bolsa había favorecido los placeres del joven. Conocido es el resultado.

El nuevo ministro empezó por convocar en Madrid las Cortes de Castilla; era esto en 1621. Sabemos sus quejas desde un siglo atrás y el caso que de ellas hacían los Gobiernos; sin embargo, formulaban los agravios positivos de los súbditos. Si sus resoluciones no se lograban, si las regias promesas se-

(1) Voiture era agente del duque Gaston de Orleans, en la corte de Madrid.

guían siendo ineficaces, si los impuestos se votan y pagan en seguida, ¿de quién es la culpa del menosprecio de las aspiraciones públicas? Siempre de los ministros y favoritos. Las Cortes trazaban el siguiente cuadro de la situación de España: «Muchos pueblos están despoblados y perdidos para siempre, en ruinas las iglesias, hundidas las casas, sin cultivo las tierras; los habitantes vagando por los caminos, con mujeres é hijos, ramoneando, como los rebaños, las hierbas de los campos y las raíces para sosegar el hambre, y huyendo de una provincia á otra para librarse de los impuestos que les aplastan..... El relato de todos estos males, Católico Señor, llega rara vez á oídos de Vuestra Majestad; porque hay pocas gentes capaces de hablaros de ellos, pues quienes hacerlo debieran no piensan sino en su interés y en su medro.» Conjuraban al rey, mostrándole el remedio, á que obligase á la grandeza y á los prelados á residir, la primera en sus dominios y los segundos en sus diócesis; á que se diese allí trabajo á los pobres y se sembrasen los terrenos yermos; á contener la adquisición de propiedades por el clero, reconstitución que eran de los *latifundia* que perdieron á Italia bajo el imperio de los Antoninos; por último, á que crease Bancos agrícolas para acudir en auxilio de la industria.

Olivares respondió con proyectos grandiosos y de estrépito, pero vacíos; instituyó una *Junta de reforma de las costumbres*, que tuvo la misión de inventariar los bienes de todos los que habían sido ministros desde 1592, para compararlos con su fortuna personal el día en que entraron en funciones. Por ese procedimiento fué obligado el duque de Lerma, por orden de su sucesor, á reintegrar el importe de la pensión de que disfrutó durante veinte años, ó sea 1.440.000 ducados. La sentencia ponía estos humillantes comentarios: «Como indemnización de todas las malversaciones de que se había hecho culpable.» Su hijo, el duque de Lemos, fué condenado á pagar una multa de 20.000 ducados, y acabó sus días en una fortaleza, aunque indultado por el rey: el padre murió de desesperación.

Obligóse, pues, á los primeros dignatarios de la corona á presentar, bajo juramento, el inventario de sus bienes al ser promovidos á sus cargos, y á renovarlo cuando salían del poder. Estas medidas violentas no bastaron para imponer la moralidad en los negocios públicos. En efecto, en un decreto de la época relativo á los oficios, se lee lo siguiente: «Los honorarios de los oficios de regidor, notario, procurador, escribano, que han adquirido un aumento escandaloso, deben reducirse á la tercera parte. Ningún solicitante, sea cual fuere su alcurnia, podrá permanecer en la corte más de treinta días por año; se anotará con cuidado el día de su llegada y el de su salida. Los jueces no enviarán á los pueblos comisionados para apremiar sin misericordia á los contribuyentes morosos.» Unióse á esto un conjunto de leyes especiales, que pudieran llamarse *leyes suntuarias;* se vigiló, limitándolo, el número de criados, disponiéndose que no pasaran de 18 por persona, inclusos los Infantes hermanos del rey. No se echó en olvido el problema de la población, y se estimularon los matrimonios desde la primera juventud; á partir de la edad de 18 años concedióse al marido la administración de los bienes de su mujer, retroceso á la legislación romana de la Iberia y hasta al mismo Código Teodosiano en el famoso Breviario de Alarico de la conquista visigoda. Prohibida la emigración voluntaria, exentos de impuestos los labradores y artesanos extranjeros que se establecieron en España, alejados de las ciudades los vagos, todo esto formó un programa.

Por desgracia, la mayor parte de esas medidas eran irrealizables, y su propósito, digno de alabanza, no pudo tener aplicación. Con la muerte del primado de Toledo, tío suyo, hízose Olivares omnipotente y señor absoluto. En vano se felicitó al rey por los progresos obtenidos; las Cortes no creyeron nada de ellos, y mucho menos el país. En 1623 votáronse 108 millones de francos, pagaderos en seis años. El ducado de Milán y la Sicilia se esquilmaban para pagar la soldada de una ocupación permanente que los tuviera sujetos. Nápoles y Por-

tugal abandonaban sus ingresos á los mercaderes de Génova, para pagar los empréstitos atrasados. Los dominios de la corona, unos habían sido vendidos, otros estaban gravados con hipotecas, y eran, por ende, improductivos. Los corsarios ingleses y holandeses entraban á saco los galeones españoles. Pues bien, el preponderante ministro quería guerrear, excitado por sí mismo y por el estado general de Europa. Recurrió entonces á las Cortes de Aragón, de Cataluña y de Valencia.

A causa de sus *Fueros*, estas provincias no contribuían á los *gastos* del Estado sino con *donativos voluntarios*. Olivares las convocó, pero separadamente: las de Aragón, en Barbastro; las de Cataluña, en Lérida; las de Valencia, en Monzón, fuera de su provincia (injuria gratuita). Dirigióse la corte en 1626 á Zaragoza, donde por ceremonia juró el rey el mantenimiento de los *Fueros*. Las cosas no marcharon como una seda; si el clero y el pueblo aceptaron las peticiones de subsidios, la nobleza se resistió. Felipe se olvidó de sí mismo hasta el punto de decir que á la primera palabra de resistencia hubieran debido «apuñalar al rebelde;» declaró que la nobleza pagaría, «so pena de pasar por traidora,» y anunció su marcha. Valencia y Cataluña habían dejado perecer los *Fueros* de Aragón, como los de Castilla: á su vez quedaron castigadas por este abandono. Nadie se atrevió á organizar una resistencia análoga á la del Taciturno y que, por otra parte, hubiera sido criminal. Aragón imitó la resistencia de Valencia, y acabó como ella.

El rey exigió una leva de 3.333 hombres, armados y pagados por el reino respectivo contra toda invasión inglesa, más una reserva de 10.000 combatientes; resistiéronse las Cortes, y después de quitarles su presidente, el ministro las prorrogó. A su vuelta de Cataluña, envió un cuerpo de reclutas castellanos, que trataron á Aragón como país conquistado; sólo les recordó el día en que las Cortes votaron el subsidio pedido, entre amargos debates. Habiendo reducido en 1.000 hombres Felipe la primera cifra, excitó el entusiasmo de esas provincias, alti-

vas pero fieles y siempre caballerescas. En Barcelona había prestado el príncipe nuevo juramento á los *Fueros;* encontró allí los ánimos dispuestos á recriminaciones acerca del pasado, mucho más todavía que á sacrificarse otra vez. Solicitó allí 2.000 hombres equipados y pagados; consintiéronlo las Cortes, á condición de que el soberano reembolsara los empréstitos de sus predecesores. Hubo arrebato por ambas partes y sacaron la espada; Olivares recurrió á la dulzura por medio de una carta en la cual su señor conjuraba á los diputados para que no le dejasen partir sin haber logrado nada de sus súbditos. Aquello fué un fracaso: llevóse el ministro consigo al soberano, y las Cortes supieron el ultraje cuando ya no era tiempo de impedirlo. Este fué el germen de las disensiones de Cataluña; fermentó durante catorce años, y (el día en que estalló su rebelión) puede decirse que Olivares puso al trono al borde del abismo.

Desertando de sus banderas la victoria, levantándose las provincias, Flandes perdiendo su comercio en provecho de Holanda, victoriosa la Reforma por la espada y el influjo de Francia, constantemente alterado el valor de la moneda y agravándose con ello la miseria pública, la vida animal pagada á peso de oro, en guerra España por todas partes y hambrienta, estalló la indignación pública. Cierto es que las causas se remontaban muy atrás; empero, las clases populares personifican siempre sus rencores, y atribuyeron el mal á Olivares, y sólo á él. Citábase este dicho de un labriego al mismo rey: «¡Señor, si no echáis al conde-duque, España está perdida!» En las paredes de su palacio pusieron un cartel que decía: «Tú serás Felipe *el Grande*, cuando Olivares ya no haga de ti un Felipe *el Pequeño*.» La Inquisición nada podía contra esos clamores: por el año 1639, había llegado á penetrar en el gabinete del soberano un memorial anónimo donde se le advertía acerca de las ruinas del país, formulándolas en una sola proposición: el poder sin límites del primer ministro. Indignada la reina, habiéndose puesto de parte de los enemigos de Olivares, cayó éste después de tres años de luchas intestinas.

Ese incorruptible favorito cobraba anualmente por sus títulos y dignidades cuatro millones de francos de la época, que hoy equivalen á 20 millones de esta moneda. Se estima en 300 el número de buques de guerra españoles apresados ó echados á pique durante su administración, y en 116 millones de francos las sumas gastadas en fiestas ó en guerras, para ir á parar en el resultado antedicho (1). Déspota dentro, quimérico fuera, arruinó á su patria envileciendo la dignidad personal de Felipe IV. Sólo el genio honró á España, con el inmortal Velázquez y con Lope de Vega.

No he de narrar aquí la batalla de Rocroy, abatiendo el prestigio de España, ni la insurrección de Nápoles con Masaniello y el duque de Guisa (indigno de las tradiciones de su raza), ni el tratado de Westphalia seguido de una contienda con Cromwell, ni la batalla de las Dunas; la paz de los Pirineos iba á abrir una nueva era á D. Luis de Haro.

Desde 1646 había escrito Mazarino á Lionne, acerca de la unión entre ambas familias reales: «Una vez casada la infanta con Su Majestad, podríamos *aspirar á la sucesión de España*, aunque se le obligase á hacer cualquiera *renuncia*.» En 1659 era esto una verdad, y el hijo del emperador Fernando III vió romper de ese modo la unidad de la casa de Carlos V. Lionne había hecho insertar en el contrato esponsalicio de María Teresa una cláusula, donde el porvenir quedaba reservado por la restitución de su dote en metálico: «La renuncia de la infanta se efectuará mediante el pago de los 500,000 escudos (3 millones de francos), en los plazos convenidos.» Con un país pobre y deudor, el astuto Mazarino sorteaba las dificultades. Hay que hacer justicia al cardenal: tenía poco empeño por el dinero

(1) El mismo año de la muerte de Mazarino, en 1661, hubo una cuestión de etiqueta en Londres entre los embajadores franceses y españoles. Felipe cedió y tuvo que escribir á su hija, reina de Francia, que siendo él el más viejo, tocábale ser también el más prudente. A este precio evitó la guerra.

español y prefería al mismo las ciudades conquistadas en 1656. Si se han leído los 124 artículos del Tratado, no se ignora el afán que puso en probarlo, ¡sobre todo respecto del Artois, cuya capital está tan cerca de la frontera Norte! En 1665 bajó al sepulcro Felipe IV, ilustrado protector de las letras y de las artes. De San Quintín á las Dunas, ¡qué caída por mar y por tierra! Sucedióle un niño de cuatro años.

Bonnal de Ganges,
Redactor de la *Revue Britannique*.

CRÓNICA LITERARIA

Escritores americanos: *Pandereta*, por Luis Orrego Luco.—*Suprema ley*, por Federico Gamboa.—*Primitivo*, por Carlos Reyler.

El escritor chileno Sr. Orrego Luco expone, en el prólogo de su libro *Pandereta*, cuál es, á su entender, el ideal literario de los hispano-americanos. Si esto de ideal literario le parece al lector demasiado pomposo, ó lo juzga prematuro, por entender que en pueblos jóvenes como aquellos no deben de haber madurado todavía los ideales de ciertas manifestaciones de cultura, que no suelen definirse ni concretarse bien en sociedades nuevas, cuyo carácter está formándose; si algo de esto piensa, ponga en vez de ideal literario de los americanos, cómo entienden éstos que deben cultivar la literatura, y cuáles son las tendencias del gusto más generales entre los escritores de aquellos países, y tal vez con la sustitución no padecerá la exactitud.

Según el Sr. Orrego Luco, tienden los literatos hispano-americanos, por una parte al *modernismo*, á imitar las novedades de la literatura europea, á expresar por su parte los matices y delicadezas de la psicología nueva (de la psicología li-

teraria, por supuesto). Y por otra parte quieren conservar la forma castiza del lenguaje castellano, pensando sin duda que no es incompatible, ó al menos no lo es del todo, lo clásico de la forma con lo moderno del fondo.

Muy plausibles son ambas aspiraciones. Mas en la segunda ponen menos empeño ó tienen menos fortuna que en la primera los literatos americanos de lengua española. Entre ellos hay muchos que son, por las ideas y por la *composición* literaria, escritores á la moderna, y aun de algunos podría decirse, sin que fuera este juicio muy temerario, que son escritores franceses, que escriben por casualidad en castellano ó en idioma algo parecido. En cambio son poquísimos (si bien algunos de ellos muy notables, como Juan Montalvo) los que manejan con pureza la lengua española, realizando la segunda de las aspiraciones de que habla el Sr. Orrego. Lo demuestra el mismo libro de este distinguido escritor americano, obra nada vulgar en su género, de muy agradable lectura y en la que hay algunas hermosas páginas, pero que en punto al lenguaje deja muchísimo que desear.

Puede perdonarse sin duda al Sr. Orrego que en el mismo párrafo del prólogo en que aboga por la conservación del castellano castizo en las tierras americanas, escriba: «pasaban *desapercibidos*...» Al cabo es este pecado venial. Incurriendo con tanta frecuencia en descuidos de este género los escritores españoles de acá, sería exigencia descomedida pretender que los de allá, al cabo menos españoles que nosotros, no cometiesen estas faltas.

Otros datos de más importancia hay en el libro del señor Orrego para colegir que esa aspiración á lo castizo en el lenguaje suele hallarse bastante distanciada de la realidad en los escritores americanos ó en algunos de ellos.

Habla, por ejemplo (en la página 17), de *telas* de Murillo. En castellano esas *telas (toiles* en francés) se llaman lienzos. Algunas páginas más adelante pone en boca de un portero esta filosófica sentencia: «Así es la vida, *mi* señor.» No hablan

aquí los porteros como académicos (aunque no falta quien crea que algunos académicos hablan como porteros); pero si el Sr. Orrego hubiese pasado más tiempo entre nosotros, se hubiera convencido de que ni en las porterías suele hablarse así.

No tiene nada de castizo la palabra *calefaccionada* (página 23), neologismo para el cual sería difícil hallar circunstancias atenuantes. Aunque el sentimiento nacional esté algo atenuado entre nuestros federales, no sé yo si llevarían á bien que se llamase á sus círculos, *federalistas*, como llama á uno de ellos el autor de *Pandereta* (pág. 25).

Pasar de los *bajo-fondos* bohemios del Café *hasta* el Congreso, como dice el mismo escritor en otro pasaje (pág. 26), es salto difícil, no sólo porque la bohemia anda ya muy de capa caída, sino porque hay que saltar por encima de la Gramática. Que el toreo eduque y perfeccione á la raza española *sin lugar* á discusión, es proposición temeraria, contra la cual protestará de seguro el maestro Ferreras, y que hubiera hecho torcer el gesto á Nebrija y hoy se lo haría torcer hasta á Commelerán.

De Menéndez Pelayo dice el Sr. Orrego que tiene aire modesto y *buen muchacho*. Los franceses dicen *bon garçon*, y no está mal en su lengua; pero en la nuestra hace falta, por lo menos, un *de*. Hablando de Castelar, le pinta como un señor *de ojo alerta*, y que tiene un temor secreto á lo que *siente* á pueblo y democracia. Estas son ya palabras mayores, ó galicismos mayores. Ese ojo *alerta* es, sin duda, ojo vivo, y ese *siente* quiere decir *huele*. Pero hay que estar en el secreto..... del Diccionario francés, para entender este castellano.

Peor ó tan malo es decir *lama* de Toledo por hoja (página 142). Este es un galicismo directo, sin rodeos. Su evolución completa hubiera podido dar apariencia castellana al vocablo transformando en *lámina* esa *lama*. ¡Cualquiera conoce á una hoja toledana metida en semejante vaina francesa!

Otro de los más graciosos galicismos que contiene esta obra

es tímpanos (de *tempe)* por sienes (pág. 247). *Mirage* (por espejismo, pág. 180), es voz que está proclamando á voces su nacionalidad francesa. Del mismo origen son: *equipajes* elegantes (por coches, pág. 106), y *plena* luna (por luna llena, página 165).

Sería pesado é innecesario prolongar esta enumeración, aunque no faltaría materia para extenderla. Justo es ahora hablar de lo bueno que tiene el libro, pues la crítica no debe ser, como dice muy bien el Sr. Orrego, un guardia civil de la Gramática. Pero crea el apreciable escritor chileno que, aunque la Gramática y el Diccionario no sean toda la literatura, ni mucho menos, son parte indispensable de ella; bases modestas, pero insustituibles, del edificio literario.

Parecerá acaso á los que sólo se fijan en el elemento más externo y formal de la literatura, que nada bueno puede decirse de un libro que tiene estos defectos. Pues á pesar de estar escrito con tanto descuido, tengo el libro del Sr. Orrego por muy superior á no pocos que aquí se escriben, en prosa castellana, sí, pero también en *prosa* artística: más claro, con un prosaísmo desesperante, sin ideas ni sentimiento literario. Obras como la del Sr. Orrego pueden ser comparadas á un jardín abandonado—lleno, en verdad, de maleza y altibajos gramaticales y léxicos,—pero en el cual es posible coger algunas flores, aunque sean silvestres. Las otras obras á que aludo son tierra llana, pero estéril; un verdadero erial, donde no halla la mirada ni la flor de la poesía ni la espiga del pensamiento.

* * *

Pandereta es una colección de impresiones de viaje. No puede calificarse de relato de cosas vistas, ni aspira á ser estudio de la España contemporánea el libro del Sr. Orrego. El

autor *cuenta* lo menos posible. Lo que hace es pintar, trasladar al exterior la reacción subjetiva que produjeron en su espíritu, y principalmente en su fantasía, paisajes, hombres y cosas de España.

El libro está escrito con gran simpatía hacia nosotros, sin que sea indicio de lo contrario su título *Pandereta*, no muy diverso en cuanto al sentido simbólico que puede atribuírsele de aquel otro: *El país de las castañuelas*, que puso á una obra suya cierto escritor norteamericano, y que ha dado ocasión para protestas á la señora Pardo Bazán y al Sr. Valera en los artículos que dedicaron á esta última obra.

Haya querido ó no el Sr. Orrego indicar que los paisajes y tipos de España, que él refleja en su libro, son asunto de pintura de pandereta, ó haya querido buscar algo típico de nuestras costumbres populares para dar título á su obra, es seguro que en ningún caso lo ha hecho con intención de deprimirnos, ni siquiera de tomarnos á broma. Leyéndole se advierte á cada paso no sólo simpatía marcada hacia nosotros, sino deseo de comprendernos y de aplaudirnos. Hasta en las corridas de toros encuentra mucho que alabar; y no sólo en la parte artística del espectáculo, sino en la discutible influencia moral sobre el carácter de nuestro pueblo, que atribuye á esta diversión.

Mas es visible que, con toda su simpatía, el escritor chileno se siente ajeno á nosotros, y nos mira como á parientes muy lejanos, á quienes desea, en verdad, tratar con agrado. Y la verdad es, hablando con sinceridad y dejándonos de huera palabrería, que las relaciones entre España y las repúblicas de la América española no han sido tan íntimas, desde que las últimas se emanciparon, que autoricen la sorpresa por este alejamiento espiritual, efecto de la ausencia y de la falta de trato.

Aunque la benevolencia hacia nosotros que manifiesta el Sr. Orrego inclina naturalmente al lector á los mismos sentimientos, no es ese sino uno de los menores títulos que tiene su obra para ser leída y estimada por el público español. Posee

el escritor chileno ese don — que verdadero don es por lo que tiene de excepcional—de la visión artística, por el cual se descubre la hermosura y aun algo de la íntima naturaleza de las cosas, y sin cuyo auxilio no es posible sentir ni expresar bien la belleza de lo sensible.

Esto le permite dar á su libro notas de color acertadas y brillantes, cuando no se deja llevar de la influencia de la literatura francesa, que no sólo le perjudica en punto al lenguaje, sino también interponiendo entre su vista y la realidad ciertas imágenes de cosas de España que ha forjado la fantasía de nuestros vecinos de allende el Pirineo. Así, por ejemplo, cuando al describir una corrida de toros, habla de banderillas «clavadas de frente, metiendo el cuerpo entre ambas astas, entre sonidos *melancólicos* de clarín», cree uno estar leyendo á algún *chroniqueur* francés convertido á la tauromaquia por las corridas ó simulacros de corridas que se dieron en París en la rue de Pergolesse. Pero hay que reconocer en justicia que estos desvaríos son la excepción en la obra del señor Orrego.

Además de esta intuición artística de las cosas exteriores, tiene el autor de *Pandereta* otras cualidades no vulgares de literato. Sin pedantería alguna demuestra su cultura; discurre con originalidad y discreción sobre muy varias materias, y sabe dar á las que son abstrusas y elevadas un matiz estético que las esclarece y las torna agradables. En el capítulo consagrado al Sr. Núñez de Arce, dice cosas muy oportunas y bien pensadas acerca de la poesía. También en otro pasaje expone ideas atinadas acerca de la crítica, y el cuadro que traza del interior morisco en el capítulo titulado *Acuarela de Granada*, tiene páginas verdaderamente poéticas, de una poesía sentida y honda.

Lástima es que este libro esté escrito en tan defectuoso castellano. Y como el dominio del lenguaje es cualidad que puede adquirirse más fácilmente que otras, si yo tuviese autoridad para dar consejos al Sr. Orrego le aconsejaría que, abandonando un poco á los autores franceses, ó sin abandonarlos, pues in-

dudablemente es provechosa su lectura, se dedicase á la de nuestros clásicos. Así como se *pega* el francés, también se pega el castellano neto y castizo, y es de suponer que con mayor facilidad, tratándose del idioma nativo y no de una lengua extranjera. Sólo con intimar un tanto con Cervantes, con los Luises, con Quevedo ó Hurtado de Mendoza, puede llegar á ser el señor Orrego un escritor completo.

***

Gran parte de lo dicho acerca de su libro podría aplicarse igualmente á la obra del escritor mejicano Sr. Gamboa, titulada *Suprema ley*. Son libros de distinto género, pues *Pandereta*, como queda expresado, es una colección de impresiones de viaje, y *Suprema ley,* una novela. Pero en ambos, los defectos están en el lenguaje, que resulta muy inferior al pensamiento y á la composición artística de estas obras. Una y otra, donde flaquean, es en la parte más exterior de la forma, en aquella que corresponde á la jurisdicción del Diccionario y la Gramática; por manera que un exámen *superficial* las condena, y, por el contrario, ganan para el lector cuando *penetra* en ellas y las juzga, como si dijéramos, de fuera á dentro.

El Sr. Gamboa no es un novelista vulgar. En la portada de su obra aparece como lema la frase de E. de Goncourt—tomada, si no recuerdo mal, del prólogo de *La Faustin* — «*Un romancier n'est, au fond, qu'un historien des gens qui n'ont pas de histoire*». El lema es una declaración de principios, y el autor de *Suprema ley* se muestra consecuente con él en su obra. Es un novelista á la moderna, que conoce el secreto de esa evocación plástica de la realidad, de esa pintura dramática y animada de la vida, que hacen á la novela contemporánea tan superior á los antiguos relatos novelescos, en lo tocante á la reconstrucción de la realidad, á la apariencia de verdad y vida

que dan á sus ficciones los novelistas de ahora, en grado mayor que supieran darsela á las suyas los de épocas anteriores.

Es indudable que así como en el curso de la historia literaria han decaído y hasta se han extinguido otros géneros, v. gr., *la epopeya,* siendo inútiles las tentativas que para restaurarlos ó resucitarlos se han hecho, la novela ha progresado notablemente y es hoy cuando se encuentra en el estado de mayor madurez y perfección que hasta ahora ha podido conseguir. Y aunque en la decadencia de las escuelas literarias, mucho más rápida que la de los géneros, le haya tocado ya su hora al naturalismo, justo es reconocer que ha contribuído mucho á ese perfeccionamiento de la novela, y que, aunque desaparezca como escuela militante, deja tras sí, no sólo grandes obras literarias, sino ideas y procedimientos que son una adquisición definitiva para el arte.

El Sr. Gamboa podría resistir la comparación con nuestros buenos novelistas si escribiera en un castellano más cuidado..... más castellano. En su obra, el conjunto, el efecto dramático de las escenas y el de toda la acción aventaja en mucho á los pormenores de expresión, y en particular á los detalles de lenguaje. Se echa de menos en esta novela el trabajo de lima, que hubiera podido limpiarla de muchos defectos, sin quitarle espontaneidad ni frescura.

El Sr. Gamboa no incurre, sin embargo, en tantos galicismos como el Sr. Orrego. Por algo es correspondiente de la Academia Española. Algunos contiene su novela, y tan señalados como flama, *(flamme)* por llama, mixtificar por ensañar, el uso de la voz canalla *(canaille)* como adjetivo, en vez de canallesco, y de *siempre*, en el sentido que dicen los franceses *incessamment*, y nosotros *ahora mismo* ó cosa equivalente.

Pero donde en verdad está desdichado el autor de *Suprema ley* es en la introducción, de neologismos. Y no porque deba censurarse la prudente introducción de voces nuevas, que es signo de vida en los idiomas, en los cuales, mientras no pasan á la categoría de lenguas muertas, se observa ese trabajo de

eliminación de elementos viejos é incorporación de otros nuevos, que es la labor continua de la vida, en todo lo que de ella participa.

Mas los neologismos á que me refiero no están justificados por falta de voces equivalentes, ni superan en elegancia y expresión á los vocablos, á los cuales sustituyen. No hay razón alguna para decir que un sujeto *externó* su opinión (p. 159), pudiendo decir que la expresó ó la manifestó. Tampoco *adueñarse* (p. 196) indica nada que no exprese muy bien el castizo *apoderarse;* ni *desmañanarse* es más expresivo que *desayunarse* (p. 331), ni *ajustar* años (p. 13) es preferible á *cumplirlos;* ni *consignar* (aquí se ve el origen francés) está mejor que *prender*. *Prescindencia* es palabra que está juzgada con sólo pronunciarla. El verbo *serenarse,* en el sentido de exponerse al sereno, al fresco de la noche, no me parece tampoco de absoluta necesidad. *Opacar* los dorados (p. 23) es indudablemente más impropio que *empañar,* y así pudieran citarse otros ejemplos.

Hay también en este libro algunas palabras de rara formación, como *gritonsísimo*, superposición desgraciada de dos superlativos. El uso de la preposición deja que desear en algunos casos. No se necesita ser correspondiente de la Academia Española, para darse cuenta de que el Sr. Gamboa, que lo es, hace mal en decir, v. gr. «embromaba *con* el sol,» pudiendo decir bromeaba *con* ó embromaba *al*, si esto era lo que pretendía hacer con el rubicundo Febo el personaje de la novela á quien la frase se refiere.

Es posible que algunos de los que á nosotros nos parecen neologismos, debidos á capricho ó descuido del escritor, sean verdaderos provincialismos usados en Méjico. Esta sería una circunstancia atenuante; mas con todo, la lengua literaria debe reaccionar contra tales extravíos del *sermo vulgaris*.

*
* *

Sin embargo, entiendo que del examen imparcial de *Suprema ley*, debe deducirse que, si al Sr. Gamboa le faltan algunas cualidades literarias, posee otras plenamente. Y, comparadas estas con aquellas, el resultado es favorable para el escritor mejicano, pues significan y valen más las condiciones que posee, que aquellas que le faltan. No es lo principal en la obra literaria el uso de un lenguaje castizo é irreprochable desde el punto de vista gramatical. No está el secreto de la expresión en la absoluta propiedad de tal ó cual vocablo, ó en la construcción acertada de esta ó de la otra frase. El alma de la obra literaria está en otra parte: en el arquetipo de la misma, formado en la fantasía del escritor y que toma cuerpo en el lenguaje, y de tal manera se sobrepone á éste y le subyuga y se le amolda, que comunica á las palabras una cierta elocuencia salida de las entrañas de los conceptos expresado, y que hace olvidar ó disculpar las incorrecciones y defectos materiales de la locución. Grandes escritores ha habido que fueron relativamente incorrectos. Ninguno ha merecido aquel título por el solo mérito de dominar el idioma en que escribió. Escribir bien, en sentido gramatical, no es lo mismo que ser escritor. Esta cualidad está con las facultades literarias principales y de orden más íntimo, más *espiritual*, en relación análoga á la del *accidente* con la *substancia*.

Pero crea, sin embargo de esto, el Sr. Gamboa, que por escribir bien no se pierde nada. Con los defectos de lenguaje padece la expresión, y con ésta pierde algo de su poesía y de su belleza lo expresado. Y el remedio no es difícil: se reduce á tener un poco de comercio con los clásicos, de los cuales siempre se aprende algo.....

***

Como las dos obras anteriores, pertenece también, por sus ideas y sus procedimientos, á la literatura moderna, la noveli-

ta *Primitivo*, primera de una serie titulada *Academias*, cuya publicación anuncia el escritor uruguayo Sr. Reyles.

Aunque tres libros no son datos suficientes para formular inducciones acerca de la literatura hispano-americana, merece notarse el hecho de que, escritores de diferente estilo, que cultivan géneros diversos y son de distinta nacionalidad—chileno el uno, mejicano otro y uruguayo el tercero—coincidan en las tendencias del gusto, en los méritos y en los defectos. Parece deducirse de ahí que en los pueblos de la América española subsiste cierta comunidad intelectual y artística que se traduce en sus concepciones literarias.

Pero, evidentemente, aunque sea poco grato para nosotros, españoles, el reconocerlo, esta comunidad que á ellos les mantiene unidos en espíritu—al menos en el terreno de las letras—no les impulsa hacia su antigua Metrópoli, sino hacia otros centros de cultura y de inspiración literaria hoy más florecientes. La América española va volviéndose América latina, como la llaman en París. Su Metrópoli intelectual no parece ser España, sino Francia.

El examen de este hecho, que no es indiferente para nosotros, no entra en el plan de la presente crónica. Me limitaré á decir ahora que el Sr. Reyler lo declara explícitamente en el prólogo de su libro, cuando al manifestar la aspiración de que su obra exprese lo que él llama sensibilidad *fin de siglo*, advierte que en España no hay que buscar modelos para esta empresa. Nuestra novela sigue siendo, según él, lo mismo que fué en el siglo XVI, novela de costumbres, picaresca, demasiado local y *exterior*, para que puedan tener cabida en ella las intimidades psicológicas del crepúsculo del siglo.

El Sr. Reyler no debe de haber estudiado bien nuestra literatura contemporánea. De otro modo no se explica su juicio. La novela española de hoy es muy distinta de la de los siglos XVI y XVII, no superada entonces por la de ningún otro país. Puede afirmarse que nuestros novelistas de hoy se parecen más á los cultivadores contemporáneos de este género

en otros pueblos, que á sus predecesores de la época citada. En la historia de la novela moderna puede aspirar nuestra literatura á un lugar distinguido, y, fuera de la francesa, á la que corresponde indiscutiblemente el primer puesto, acaso no haya otra que la supere en este género, atendidos el número y la calidad de las obras. Que nuestros novelistas no son ajenos á las tendencias modernas y novísimas, lo demuestran varias de las obras de Pérez Galdós *(Nazarín, Realidad, Halma,* verbi gracia); de la Sra. Pardo Bazán, del P. Coloma, de Palacio Valdés y de otros. Verdad es que estos escritores han tenido el buen gusto de no plagiar á los extranjeros, y han sabido mantenerse españoles, aunque no españoles del siglo XVI, sin sustraerse por eso al influjo universal de las ideas estéticas reinantes.

Este error del Sr. Reyler, citado aquí tan sólo, porque confirma lo que antes he dicho, no debe influir para nada en el juicio acerca de su novelita.

Pero hay en el prólogo algo que ya influye, y es, que mostrándose el autor partidario de un arte refinado que produzca lo que llaman los franceses *le frisson nouveau;* de un arte del que emanen nuevas emociones estéticas, presentándose, en suma, como aspirante á la copa del rey de Thulé; declarando, como declara, que no escribe para los que buscan un mero pasatiempo en las obras de imaginación, sino que aspira á medir los latidos del corazón moderno y á reflejar la sensibilidad fin de siglo, después de todo esto su libro no resulta á la altura de lo que parece prometer la introducción.

No es que carezca de mérito su novelita, ó *Academia,* como él la llama. El asunto está bien concebido y bien desarrollado. El contraste entre el trabajador y el aventurero, es un episodio interesante y sugestivo en el cuadro que traza el Sr. Reyler, en el cual hay algunas notas de color muy estimables, como la pintura del campo, en la pág. 22. El estudio interno de Primitivo revela sagacidad psicológica. Mas, con todo, no es este un libro del carácter é importancia que parece prometer el prólogo.

En primer lugar, los personajes de la obra no son, ni con mucho, personajes *fin de siglo*. No importa para el caso que vivan en mil ochocientos noventa y tantos. No se trata aquí de la noción material del tiempo. Lo que llaman algunos escritores *mal del siglo*, dado que exista y no sea una ilusión subjetiva, es una enfermedad *espiritual* de las clases superiores de la sociedad, una dolencia de los espíritus cultos, debida en gran parte, ó totalmente, según dictamen de los doctores que han descubierto y estudiado esta manifestación patológica, á determinadas condiciones del medio intelectual, á la falta de ciertos ideales colectivos, á los estímulos que mantienen la sensibilidad en excitación constante, al predominio de la inteligencia sobre la voluntad, por un conjunto de circunstancias estimulantes de la primera y deprimentes de la segunda, etc., etc.

Claro es que enfermedad semejante no es una enfermedad plebeya, sino aristocrática, y que á las clases inferiores, y señaladamente á la masa popular campesina, alejada de los grandes centros de población, ha de afectarles muy poco esa doencia, si es que á ellas llega, por la solidaridad social, algún lejano reflejo de ese mal de los espíritus. Debiéndose éste á un exceso de cultura, habrá que considerar inmunes, ó poco menos, á las gentes incultas y sencillas, que ni siquiera tienen barruntos de las cuitas que afligen á las almas refinadas y que, por su parte, viven hoy, lo mismo que hace siglos, en tranquila inconsciencia de lo que no sea la diaria lucha por la vida. A esta categoría social pertenecen los personajes que pinta el Sr. Reyler, y en verdad que hay que forzar un poco la imaginación para concebirlos como degenerados al estilo de los que estudia ó imagina Nordau.

Se dirá acaso que esas ideas y esos sentimientos novísimos, concediendo que lo sean, no necesitan estar en el asunto de la obra, sino en el espíritu del autor. Que éste, mirando la realidad al través de esa disposición psíquica del final del siglo, verá en ella nuevos aspectos y sabrá descubrir ignoradas fuen-

tes de nuevas emociones. Mas aparte del peligro de caer así en un exagerado subjetivismo que falsee y altere las imágenes de las cosas, en el caso presente resulta que, ni aun considerada desde este punto de vista subjetivo, corresponde la obra del Sr. Reyles á su introducción. Las pasiones que mueven á los personajes son vulgares (no digo que estén presentados con vulgaridad), pertenecen á la psicología común y corriente de todos los tiempos, no á la psicología refinada de última hora. El adulterio, los celos, el suicidio, no son descubrimientos contemporáneos, ni las circunstancias de la acción desarrollada en *Primitivo*, dan á estos hechos antiquísimos, tradicionales, un matiz nuevo, una expresión especial que responda á la visión más clara de la vida, al arte exquisito, producto de una sensibilidad más afinada, de que se habla en el prólogo.

Respecto al lenguaje, se observan algunos descuidos en el libro del Sr. Reyles. No cuento entre ellos ciertas locuciones defectuosas que parecen ser modismos populares, cuyo empleo, atribuído á personajes del pueblo, puede ser natural, ó al menos disculpable. Pero no lo es un galicismo como el contenido en la frase *acarreos de tropas* (pág. 16). Estas *tropas* son *troupeaux*, y los españoles, así del siglo XVI como del siglo XIX, suelen llamarles rebaños.

Siento no conocer la anterior obra del Sr. Reyler—*Beba*—pues reconozco que no puede juzgarse á un escritor por un folleto de cincuenta ó sesenta páginas, como *Primitivo*. Juicio basado en tales datos tiene que ser provisional. Sin embargo, creo suficiente esta obrita para reconocer en su autor dotes literarias muy estimables.

E. Gómez de Baquero.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

LA VENUS DE ILLE.

Bajaba yo por la última loma del Canigó, y aun cuando habíase puesto ya el sol, distinguía en la llanura las casas de la pequeña ciudad de Ille, á la cual me encaminaba.

—Sabrá usted, sin duda, donde vive el Sr. de Peyrehorade—dije al catalán que me servía de guía desde la víspera.

—¡Que si lo sé!—exclamó.—Conozco su casa como la mía; y si no fuese ya tan oscuro, se la enseñaría á usted desde aquí. Es la más hermosa de Ille. ¡Vaya si tiene dinero el señor de Peyrehorade! Y casa á su hijo con una muchacha aún más rica que él.

—¿Y se celebrará muy pronto esa boda?—le pregunté.

—¡Muy pronto! Puede que ya estén encargados los violines para la fiesta de bodas. Quizá esta noche, mañana, pasado mañana, ¡qué sé yo! La cosa será en Puygarrig, porque con la señorita de Puygarrig es con quien se casa. ¡Será de ver, sí!

Iba recomendado al Sr. de Peyrehorade por mi amigo el Sr. de P., quien habíame dicho que aquél era un anticuario

muy instruído, y complaciente hasta el extremo; que tendría el mayor gusto en enseñarme todas las ruinas á diez leguas en contorno. Así, pues, contaba yo con él para visitar los alrededores de Ille, ricos en monumentos antiguos y de la Edad Media, según mis noticias. Esa boda, de que me hablaban entonces por vez primera, desbarataba todos mis planes.

—Voy á ser un aguafiestas—dije para mí. Pero esperábanme; anunciado por el Sr. de P., no tenía más remedio que presentarme.

—Apostemos, señor, un cigarro—me dijo mi guía cuando estábamos ya en el llano,—á que adivino lo que va usted á hacer en casa del Sr. de Peyrehorade.

—Pues eso no es muy difícil de adivinar—contesté, dándole un cigarro.—A estas horas, cuando se han caminado seis leguas por el Canigó, el asunto de mayor interés consiste en cenar.

—Sí; pero ¿y mañana?.... Vamos, apostaría á que viene usted á Ille para ver el ídolo; eso lo he adivinado al verle á usted sacar los retratos de los santos de Serrabona.

—¡El ídolo!.... ¿Qué ídolo?

Esta palabra había excitado mi curiosidad.

—¡Cómo! ¿No le han contado á usted en Perpignan que el Sr. de Peyrehorade había encontrado un ídolo en tierra?

—Querrá decir usted una estatua de barro cocido, de arcilla.

—No, señor. Es de cobre; ¡ya hay para hacer con ella cuartos á puñados! Pesa tanto como una campana de iglesia. De muy adentro de la tierra, al pie de un olivo, la sacamos.

—¿De modo que estaba usted presente cuando el descubrimiento de ella?

—Sí, señor. Hace quince días que el Sr. de Peyrehorade nos dijo á Juan Coll y á mí que descuajásemos un olivo viejo que se heló el año último, el cual ha sido muy malo, como usted sabe. Cátate que al trabajar Juan Coll, que lo hacía de ganas, va y da un azadonazo, y oigo *¡bim!*.... como si hubiese

pegado en una campana. «¿Qué es eso?» voy y me digo. Cavamos sin parar con el azadón, cavamos, y aparece una mano negra, como la mano de un muerto que saliese de la tierra. ¡Me entró un miedo! Voy de allí á ver al señor, y le digo:—¡Mi amo, hay muertos debajo del olivo! Es preciso llamar al señor cura.—¿Qué muertos? me dice; se acerca, y no hace sino ver la mano, cuando exclama:—¡Una antigüedad, una antigüedad!—Hubiera usted creído que había encontrado un tesoro. Y va, y con la azada y con las manos emprende tal faena, que mismamente hacía casi tanta labor como nosotros dos.

—¿Y qué hallaron ustedes por fin?

—Una mujer alta, negra, más que medio desnuda (con perdón de usted, señor), toda de cobre; y el Sr. de Peyrehorade nos ha dicho que era un ídolo del tiempo de los paganos..... del tiempo de Carlo-Magno, ¡qué sé yo!

—Ya veo de qué se trata..... Alguna Virgen Santísima de bronce, de un convento destruído.

—¡Una Santísima Virgen! ¡Que si quieres.....! De ser la Virgen Santísima ya la hubiera yo conocido. Le digo á usted que es un ídolo; bien se ve en su aire. Le clava á uno los blancos ojazos que tiene..... como si mirase de hito en hito. Sí, al mirarla no se puede menos de bajar la vista.

—¿Ojos blancos? Sin duda estará nincrustados en el bronce. Quizá sea alguna estatua romana.

—Romana, eso es. El señor de Peyrehorade dice que es una romana. ¡Ah! ya veo que es usted un sabio como él.

—¿Está entera, bien conservada?

—¡Oh! señor, no le falta cosa ninguna. Es más hermosa y mejor concluída que el busto de Luis Felipe, de yeso pintado, que está en la alcaldía. Pero, con todo y con eso, no me hace gracia la cara de ese ídolo. Tiene un aire perverso..... y también lo es ella.

—¡Perversa! ¿Qué perversidad ha tenido con ustedes?

—No es conmigo precisamente; pero, verá usted. Nos habíamos puesto cuatro á colocarla en pie, y también tiraba de

la cuerda el señor de Peyrehorade, aun cuando el buen señor no tiene más fuerzas que una gallina. Con mucho trabajo la ponemos derecha. Cogía yo un cacho de teja para calzarla, cuando ¡patatán! va y se cae para atrás de un tirón. Dije: «¡Cuidado, no coja debajo á alguno!» Sin embargo, no lo suficiente pronto, puesto que Juan Coll no tuvo tiempo de retirar una pierna.....

—¿Y resultó herido?

—¡Rota la pobre pierna, con tanta limpieza como un rodrigón! Cuando vi eso ¡carape! me puse furioso y quise destrozar el ídolo á azadonazos, pero el señor de Peyrehorade me contuvo. Ha dado dinero á Juan Coll, quien aún está en cama desde hace quince días que ocurrió eso, y dice el médico que con esa pierna no andará nunca como con la otra. Es lástima, porque era nuestro mejor andarín y el jugador de pelota de más empuje, después del señor hijo. Eso ha puesto triste al Sr. Alfonso de Peyrehorade, porque Coll era quien jugaba con él. Daba gozo ver cómo se restaban las pelotas; ¡pim! ¡pam! nunca tocaban en el suelo.

Charlando de este modo entramos en Ille, y muy pronto me hallé en presencia del señor de Peyrehorade. Era un viejecillo, verde aún y vivaracho, con peluca empolvada, naríz encendida, aire jovial y bromista. Antes de haber abierto la carta del señor de P., ya me había hecho sentar ante una mesa bien servida y presentado á su mujer é hijo como un arqueólogo ilustre, que sacaría al Rosellón del olvido en que lo dejaba la indiferencia de los sabios.

Comiendo con buen apetito (porque nada dispone mejor para hacerlo que el aire puro de las montañas), examiné á mis huéspedes. Ya he dicho algo acerca del señor de Peyrehorade; debo añadir que era la vivacidad misma. Hablaba, comía, levantábase, iba á su biblioteca, me traía libros, me enseñaba estampas, llenábame el vaso, no podía estarse quieto dos minutos seguidos. Su mujer, un poco gorda de más, como la mayoría de las catalanas mayores de cuarenta años

de edad, me pareció una provinciana á machamartillo, ocupada tan sólo de sus quehaceres domésticos. Aunque había cena de sobra lo menos para seis personas, fué corriendo á la cocina, hizo matar pichones, hacer fritos, abrir no sé cuantos tarros de almíbares. En un instante quedó la mesa llena de platos y botellas, y de seguro me hubiese muerto de una indigestión si hubiera nada más que probado todo lo que me ofrecían. Sin embargo, á cada plato que rehusaba yo, dábanme nuevas excusas. Temían que me hallase muy mal en Ille. ¡Hay tan pocos recursos en los pueblos y son tan difíciles en materia de gusto los parisienses!

En medio de las idas y venidas de sus padres, Alfonso de Peyrehorade estaba tan inmóvil como un dios Término. Era un mocetón de veintiséis años, de rostro agraciado y correctas facciones, aunque inexpresivas. Su estatura y las formas atléticas justificaban la fama de infatigable jugador de pelota que tenía en el país. Aquella noche iba vestido con elegancia, exactamente lo mismo que el grabado del último número del periódico de modas. Pero me parecía modesto con la ropa nueva; estaba tieso como un huso, con su cuello de terciopelo, y volvíase á uno y otro lado cual si fuese todo él de una sola pieza. Sus manos gordas, curtidas y de cortas uñas, contrastaban de un modo extraño con su vestimenta: eran unas manos de gañán, saliendo por unas mangas de *dandy*. Aunque me miró de pies á cabeza con mucha curiosidad, por ser yo parisiense, no me dirigió más que una sola vez la palabra en toda la noche, y fué para preguntarme dónde había comprado la cadena del reloj.

—Vamos, mi querido huésped, — me dijo el señor de Peyrehorade, al concluir la cena; — me pertenece usted, está en poder mío y ya no le suelto sino cuando haya visto usted todas las curiosidades que tenemos en nuestras montañas. Es preciso que aprenda usted á conocer nuestro Rosellón y que le haga justicia. Ni por pienso se sospecha usted todo lo que vamos á enseñarle. Monumentos fenicios, celtas, romanos, árabes,

bizantinos; de todo va usted á ver, desde el cedro hasta el hisopo. Le llevaré á todas partes y no le perdono ni un ladrillo.

Un acceso de tos le obligó á detenerse. Me aproveché de ello para decirle que sentiría infinito molestarle en una circunstancia tan interesante para su familia. Si tuviese á bien darme sus excelentes consejos acerca de las excursiones que tendría yo que hacer, sin que él se tomase el trabajo de acompañarme, podría.....

—¡Ah! ¿Se refiere usted al casamiento de este chico? ¡Fruslería! Eso quedará hecho pasado mañana. Pasará usted la boda con nosotros, en familia, porque la novia está de luto por una tía suya á quien hereda. Por eso no hay fiestas, ni bailes..... ¡Es lástima!.... Hubiera usted visto bailar á nuestras catalanas..... Son guapas, y tal vez le hubiesen dado á usted ganas de imitar á mi Alfonso. Dícese que una boda trae otras. El sábado, casados ya los muchachos, me quedo libre y emprendemos nuestras caminatas. Pido á usted mil perdones por proporcionarle el aburrimiento de asistir á una boda provinciana. Para un parisiense harto de fiestas..... ¡y una boda hasta sin baile! Sin embargo, verá usted una casada..... ¡una casadita..... que ya, ya!.... Pero es usted un hombre grave y ya no mirará usted á las mujeres. Tengo otra cosa mejor que enseñarle. Le haré ver una cosilla..... Le reservo para mañana una buena sorpresa.

—¡Dios mío! — le dije. — Es difícil tener en casa un tesoro sin que el público se entere. Creo adivinar la sorpresa que me prepara usted. Pero si se trata de su estatua, la descripción que de ella me ha hecho mi guía sólo ha servido para despertar en mí la curiosidad y predisponerme á la admiración.

—¡Ah! le ha hablado á usted del *ídolo*, porque así llaman á mi hermosa Venus Turbul..... pero no quiero decirle á usted nada. Mañana la verá usted á la luz del día y me dirá si tengo razón para creerla una obra maestra. ¡Caramba!, no podía usted llegar más á tiempo. Hay en ella unas inscripciones que

yo, pobre ignorante, explico á mi manera..... ¡pero un sabio de París!.... Quizá se burle usted de mi interpretación..... Porque he escrito una *Memoria*, yo, viejo anticuario de provincia, me he lanzado..... Quiero hacer gemir las prensas..... Si se digna usted leer mi trabajo y corregirlo, pudiera esperar..... Por ejemplo: tengo suma curiosidad por saber cómo traduciría usted esta inscripción en el zócalo: CAVE..... Pero, no quiero preguntar nada á usted aún. ¡Mañana, mañana! Hoy, ¡ni una palabra acerca de la Venus!

—Tienes razón, Peyrehorade, para dejar en paz á tu ídolo, —dijo su mujer.—Debieras considerar que impides comer á este caballero. ¡Bah!, el señor ha visto en París estatuas mucho más hermosas que la tuya. En las Tullerías las hay á docenas, y también de bronce.

—¡Véase lo que es la ignorancia, la santa ignorancia de provincias!—interrumpió el señor de Peyrehorade.— ¡Comparar una antigüedad admirable con las ramplonas figuras de Coustou!

¡Con qué irreverencias habla
de los dioses mi mujer!

Sepa usted que la mía se empeñaba en que se fundiese mi estatua para hacer con ella una campana y regalársela á nuestra iglesia: ella hubiese sido su madrina. ¡Una obra maestra de Myron, caballero!

—¡Obra maestra! ¡Valiente obra maestra ha hecho: romperle una pierna á un hombre!

—¿Ves tú, mujercita mía? — dijo el señor de Peyrehorade con tono resuelto, y alargando hacia ella la pierna derecha metida en una media de seda achinada.—Si mi Venus me hubiese roto esta pierna no lo sentiría.

—¡Santo Dios! ¿Cómo puedes decir eso, Peyrehorade? Gracias que el hombre va mejor..... Y aun así, no puedo ver á esa estatua que produce desgracias como esta. ¡Pobre Juan Coll!

—¡Herido por Venus, caballero! — dijo el señor de Peyre-

horade, dando una carcajada. — ¡Herido por Venus, y aun se queja el muy mastuerzo!

Veneris nec prœmia nôris.

¿Quién no ha sido herido por Venus?

El Sr. Alfonso Peyrehorade, que comprendía el francés mejor que el latín, guiñó un ojo con aire de inteligencia y me miró como para preguntarme: «¿Y usted, parisiense, comprende esto?»

Acabóse la cena: hacía una hora que ya no comía yo. Estaba fatigado, y no podía conseguir disimular los frecuentes bostezos que se me escapaban. La primera en advertirlos fué la señora de Peyrehorade, é hizo notar que ya era tiempo de irse á dormir. Comenzaron entonces nuevas excusas acerca de la mala cama que iba á tener. No estaría como en París. ¡Se está tan mal en provincias! Era preciso ser indulgente con los roselloneses. Por más protestas que yo hacía de que, después de una buena caminata por las montañas, una gavilla de paja sería para mí un lecho delicioso, no cesaban de rogarme que perdonase á unos pobres campesinos si no me trataban tan bien como lo hubieran deseado. Subí por fin al dormitorio que se me destinaba, acompañándome el señor de Peyrehorade. La escalera, cuyos peldaños superiores eran de madera, iba á parar en medio de un corredor, al cual daban varios aposentos.

—A la derecha—me dijo el dueño de la casa—están las habitaciones que destino á la futura mujer de Alfonso. El cuarto de usted se halla al extremo opuesto del corredor. Ya comprende usted bien (añadió con aire que quiso ser picaresco) que es necesario aislar á los recién casados. Usted en un extremo de la casa y ellos en el otro.

Entramos en un aposento bien amueblado, donde el primer objeto en que se fijaba la vista era una cama de siete pies de longitud, seis de anchura, y tan alta, que se necesitaba un es-

cabel para trepar á ella. Habiéndome indicado mi huésped la posición de la campanilla y asegurádose por sí mismo de que el azucarero estaba lleno, los frascos de agua de Colonia puestos como es debido en el tocador, y después de haberme preguntado muchas veces si no me faltaba nada, me dió las buenas noches y me dejó solo.

Las ventanas estaban cerradas. Antes de desnudarme abrí una de ellas para respirar el aire fresco de la noche, delicioso después de una opípara cena. Enfrente estaba el Canigó, de un aspecto admirable en todo tiempo, pero que aquella noche me pareció la montaña más hermosa del mundo, alumbrada como estaba por una luna resplandeciente. Me quedé algunos minutos contemplando su maravilloso perfil; é iba á cerrar ya la ventana, cuando al bajar los ojos vi la estatua en un pedestal, á unas veinte varas de la casa. Estaba puesta en el ángulo de un seto vivo, que separaba un jardinito de un vasto cuadrado muy liso que, según supe más tarde, era la cancha del frontón del pueblo.

Por apremiantes instancias de su hijo, el señor de Peyrehorade, propietario de ese terreno, se lo había cedido al Ayuntamiento.

A la distancia que estaba érame difícil distinguir la actitud de la estatua; sólo podía juzgar acerca de su altura, que me pareció de unos seis pies. En ese momento, dos calaverillas del pueblo pasaban por el juego de pelota, bastante cerca del seto, silbando el lindo aire del Rosellón *Montañas regaladas*. Detuviéronse para mirar la estatua; uno de ellos hasta la apostrofó en voz alta. Hablaba en catalán; pero llevaba yo en el Rosellón el tiempo suficiente para poder comprender, poco más ó menos, lo que decía:

—¡Conque estás aquí, pijotera! (El vocablo catalán era aún más enérgico.) ¡Aquí estás! Conque, ¿eres tú quien has roto la pierna á Juan Coll? Como hubieras sido mía, te corto el gañote.

—¡Bah! ¿Y con qué?—dijo el otro.—Es de cobre, y tan

duro, que Esteban ha roto la lima al tratar de descantillarla. Es bronce del tiempo de los paganos; más duro que no sé qué.

—Como tuviese yo aqui el cortafríos (parece ser que era un aprendiz de cerrajero), bien pronto la saltaba los ojos blancos, como quien saca una almendra del cuesco. Lo menos tienen un duro de plata.

Dieron algunos pasos, alejándose.

—Voy á darle las buenas noches al ídolo—dijo el mayor de los aprendices, parándose de pronto.

Se bajó, y por lo visto debió de coger una piedra: le vi alargar el brazo, tirar una cosa, y en seguida resonó en el bronce un golpe sonoro. En el mismo instante el aprendiz llevóse las manos á la cabeza, prorrumpiendo en un grito de dolor.

—¡Me la ha vuelto á tirar!—exclamó.

Y mis dos picaruelos echaron á correr á todo escape. Era evidente que la piedra había rebotado en el metal y castigado á aquel calaverilla por el ultraje que infería á la diosa.

Cerré la ventana, riéndome de aquello con toda mi alma.

—¡Otro vándalo castigado por Venus! ¡Ojalá puedan salir así, descalabrados, todos los destructores de nuestros monumentos antiguos!

Con ese caritativo deseo, me quedé dormido.

Era muy de día cuando me desperté. Junto á mi cama hallábanse, á un lado el señor de Peyrehorade, con bata, y al otro un sirviente, enviado por su mujer, con una jícara de chocolate en la mano.

—¡Vamos, á levantarse, parisiense! ¡Vaya, con mis perezosos de la capital!—decía mi huésped, en tanto que me vestía yo á toda prisa.—¡Son las ocho, y aún en la cama! Yo estoy en pie desde las seis. Tres veces he subido y me he acercado de puntillas á la puerta: nada, ni asomo de vida. A la edad de usted es malo tanto dormir. ¡Y aún no ha visto usted mi Venus! Vamos, tómese usted de prisita esta jícara de chocolate de Barcelona..... verdadero contrabando..... chocolate

como no lo hay en París..... A tomar fuerzas, porque cuando se halle usted ante mi Venus, no habrá fuerza humana que le arranque de allí.

En cinco minutos estuve listo, es decir, medio afeitado, mal abrochado y con la garganta abrasada por el chocolate, que tragué casi hirviendo. Bajé al jardín y me encontré delante de una estatua admirable.

Era una Venus, en efecto, y de maravillosa hermosura. Estaba desnuda de medio cuerpo arriba, como los antiguos solían representar á los dioses mayores; la mano derecha, levantada á la altura del seno, estaba vuelta con la palma hacia adentro, el pulgar y los dos dedos siguientes extendidos, los otros dos ligeramente doblados. La otra mano, próxima á la cadera, sostenía los paños que cubrían la parte inferior del cuerpo. La actitud de aquella estatua recordaba la del «Jugador de morra,» que no sé por qué se copia en las academias de dibujo con el nombre de *Germánico*. Quizá se había querido representar á la diosa jugando á las tabas.

Sea como fuere, es imposible ver nada más perfecto que el cuerpo de aquella Venus, nada más suave y voluptuoso que sus formas, nada más elegante y noble que su ropaje. Esperábame yo alguna obra del Bajo Imperio, y veía una obra maestra de los mejores tiempos de la estatuaria. Lo que me chocaba, sobre todo, era la exquisita verdad de sus formas; de suerte que hubieran podido creerse vaciadas del natural, si la naturaleza produjese tan perfectos modelos.

La cabellera, levantada sobre la frente, parecía haber estado dorada en otro tiempo. La cabeza, pequeña como la de casi todas las estatuas griegas, estaba un poquito inclinada hacia adelante. En cuanto al rostro, nunca lograré expresar su extraño carácter, cuyo tipo no se acercaba á ninguna de las estatuas antiguas que recuerdo. No era esa belleza tranquila y severa de los escultores griegos, que por sistema daban á todas las facciones una majestuosa inmovilidad. Aquí, por el contrario, observaba yo con sorpresa la marcada intención del ar-

tista de representar la malicia hasta un grado de perversidad. Todas las facciones estaban ligeramente contraídas: los ojos algo oblicuos, la boca levantada por los ángulos, las alas de la nariz un poco prominentes. Desdén, ironía, crueldad, leíanse en aquella cara, de increible hermosura sin embargo. En verdad que cuanto más se miraba aquella estatua admirable, más se advertía el penoso sentimiento de que tan pasmosa belleza pudiese aliarse con la carencia absoluta de sensibilidad.

—Si el modelo ha existido alguna vez—dije al señor de Peyrehorade (y dudo que el cielo haya producido nunca tal mujer) ¡cuánto me apenan sus amantes! Debió de complacerse en hacerlos morir de desesperación. Hay en su expresión una cosa feroz, y, no obstante, nunca he visto nada tan hermoso.

—«¡Si es Venus, Venus misma,
que no suelta su presa!»

exclamó el señor de Peyrehorade, satisfecho de mi entusiasmo.

Aumentábase, acaso, aquella expresión de infernal ironía por el contraste de sus ojos, incrustados en plata y brillantísimos, con la patina de un verde negruzco que el tiempo había dado á toda la estatua. Esos brillantes ojos producían cierta ilusión, que recordaba la realidad, la vida. Recordé lo que me dijo mi guía: que hacía bajar los ojos á quienes la miraban. Casi era verdad eso, y no pude reprimir un impulso de ira contra mí mismo al sentirme un poco azorado delante de aquella figura de bronce.

—Ahora que todo lo ha admirado usted al detalle, mi querido colega en antiguallas — dijo mi huésped — iniciemos, si usted gusta, una conferencia científica. ¿Qué me dice usted acerca de esta inscripción, en la cual no se ha fijado usted aún?

Y me indicaba el zócalo de la estatua, donde leí estas palabras:

CAVE AMANTEM

—*Quid dicis, doctissime?*—me preguntó frotándose las manos. — Vamos á ver si damos con el sentido de ese *Cave amantem.*

—Pues, tiene dos sentidos—respondí.—Puede traducirse: «¡Cuidado con quien te ame», ó «desconfía de los amantes!» Pero, en este sentido, no sé si sería de buena latinidad *Cave amantem.* Al ver la expresión diabólica de la diosa, más bien estoy tentado de creer que el artista quiso prevenir al espectador contra esta terrible hermosura, y por tanto traduciría yo: «¡Cuidado contigo si *ella* te ama!»

—Sí — dijo el señor de Peyrehorade — ese es un sentido admirable; pero, si no lo toma usted á mal, prefiero la primera traducción, y por consiguiente la desenvolveré. ¿Conoce usted al amante de Venus?

—Tiene varios.

—Sí; pero, el primero es Vulcano. ¿No querrá decirse: A pesar de toda tu belleza, de tu aire esquivo, tendrás por amante un herrero, un ruín cojo? ¡Profunda lección, caballero, para las coquetas!

No pude por menos de sonreirme: ¡tan traída por los cabellos me pareció la explicación!

—Es una terrible lengua el latín, con su concisión—observé para evitar el contradecir formalmente á mi anticuario, y retrocedí algunos pasos para contemplar mejor la estatua.

—Un instante, colega — dijo el señor de Peyrehorade, cogiéndome por el brazo — no lo ha visto usted todo. Hay otra inscripción. Súbase usted en el zócalo y mire el brazo derecho.

Al hablar así, ayudábame á subir. Me agarré sin muchos melindres al cuello de Venus, con la cual comenzaba á familiarizarme. Hasta la miré un instante cara á cara, y de cerca la encontré aún más perversa y aun más hermosa. Luego advertí que en el brazo había algunos caracteres grabados en letra cursiva antigua, según me pareció. A fuerza de calarme las gafas deletreé lo que sigue: y sin embargo, el señor de

Peyrehorade repetía cada palabra conforme iba pronunciándolas yo, aprobándome con el ademán y con la voz. Así, pues, leí esto:

VENERI TVRBVL.....
EVTYCHES MYRO
IMPERIO FEÇIT.

Después de la palabra *tvrbvl* de la primera línea, me pareció que había algunas letras borradas; pero *tvrbvl* era perfectamente legible.

—¿Qué quiere decir esto? — me preguntó mi anfitrión radiante de júbilo y sonriéndose con malicia, porque pensaba que yo no me explicaría con facilidad ese *tvrbvl*.

—Hay aquí una palabra que no me explico aún—le dije—todo lo demás es fácil: «Eutiquio Mirón ha hecho esta ofrenda á Venus por su mandato.»

—¡A las mil maravillas! Pero, ¿qué hace usted de ese *tvrbvl?* ¿Qué es ese *tvrbvl?*

—Ese *tvrbvl* me pone en grande aprieto. En vano busco algún epiteto conocido aplicable á Venus y que pueda ayudarme. Vamos, ¿qué diría usted de *tvrbvlenta?* ¿Venus que turba, que agita?..... Ya ve usted que sigo preocupado siempre por su expresión perversa. *Tvrbvlenta* no es muy mal epiteto para Venus,—añadí con tono modesto, pues yo mismo no quedaba muy satisfecho de mi explicación.

—¡Venus turbulenta, Venus bullanguera! ¡Ah! pero ¿cree usted que mi Venus es una Venus tabernaria? Ni por pienso, caballero: es una Venus de buena sociedad. Pero, voy á explicar á usted ese *tvrbvl*..... A lo menos, prométame usted no divulgar mi descubrimiento antes de imprimirse mi *Memoria*. Porque, ¡vea usted!, tengo por una gloria este hallazgo. Preciso es que nos dejen ustedes algo que espigar á nosotros, pobres diablos de provincianos. ¡Son ustedes tan ricos, los señores sabios parisienses!

Desde lo alto del pedestal, donde seguía yo encaramado, le prometí solemnemente que nunca cometería la indignidad de robarle su descubrimiento.

—Caballero, TVRBVL.....—dijo acercándose y bajando la voz, por miedo á que le pudiera oir alguien que no fuese yo—léalo usted así: TVRBVLNERÆ.

—Pues no comprendo más que antes.

—Atienda usted bien. A una legua de aquí, al pie de la montaña, hay una aldea que se llama Boulternère: corrupción del latín TVRBVLNERA: Nada hay más común que estas inversiones. Boulternère, caballero, fué una ciudad romana; siempre lo sospeché, pero nunca había tenido pruebas de ello. Ahí tiene usted la prueba. Esta Venus era la divinidad tópica de la ciudad de Boulternère. Y este nombre de Boulternère, cuyo origen antiguo acabo de demostrar, prueba una cosa mucho más curiosa, y es: que, antes de ser una ciudad romana, Boulternère ¡fué una ciudad fenicia!

Detúvose un instante para tomar aliento y gozarse en mi sorpresa. Logré contener mis fuertes ganas de reir.

—En efecto—prosiguió,—TVRBVLNERA es puro fenicio. TVR y SVR son una misma palabra, ¿no es así? SVR es el nombre fenicio de Tiro; no necesito recordar á usted su significado. BVL es Baal: Bal, Bel, Bul, son ligeras diferencias de pronunciación. En cuanto á NERA, eso me da un poquillo en qué pensar. Tentaciones me dan de creer, no encontrando una palabra fenicia, que ésta proviene del griego νηρός, húmedo, pantanoso. Así, pues, trataríase de un vocablo híbrido. Para justificar lo de νηρός, le enseñaré á usted en Boulternère cómo forman allí fétidos charcos los arroyuelos de las montañas. Por otra parte, la terminación NERA acaso se añadiese mucho más tarde, en obsequio á Nera Pivesuvia, mujer de Tétricus, la cual habría hecho algún beneficio á la ciudad de Turbul. Pero, á causa de los charcos, prefiero la etimología de νηρός.

Con aire satisfecho tomó un polvo de rapé, prosiguiendo así:

—Pero dejemos á los fenicios, y volvamos á la inscripción: Yo la traduzco: «A Venus de Boulternère, Mirón dedica por su mandato esta estatua, obra suya.»

Me guardé muy mucho de criticar su etimología; pero, á mi vez, quise dar pruebas de agudeza, y le dije:

—¡Alto ahí, caballero! Mirón ha consagrado alguna cosa; pero no veo de ningún modo que haya sido esta estatua.

—¡Cómo!—exclamó.—¿No era Mirón un famoso escultor griego? Se habrá perpetuado el talento en su familia, y uno de sus descendientes habrá hecho esta estatua. No hay nada más cierto.

—Pero en el brazo veo un agujero, y me figuro que ha servido para fijar alguna cosa, por ejemplo, un brazalete, que ese Mirón dió á Venus como ofrenda expiatoria. Mirón era un amante sin ventura. Venus estaba irritada contra él, y la apaciguó consagrándola un brazalete de oro. Note usted que FECIT se toma muy á menudo por *consecravit:* son términos sinónimos. Si tuviese á mano á Gruter ú Orelli, le presentaría á usted más de un ejemplo de eso. Es natural que un enamorado vea en sueños á Venus, y se imagine que ésta le mande que dé un brazalete de oro á su estatua. Mirón le consagra una pulsera..... Después, los bárbaros ó algún ladrón sacrílego.....

—¡Ah, cómo se conoce que ha escrito usted novelas!—exclamó mi anfitrión, dándome la mano para bajarme.—No, señor; esta es una obra de la escuela de Mirón. Nada más que con mirar el trabajo convendrá usted en ello.

Teniendo yo por norma no contradecir nunca resueltamente á los anticuarios tercos, bajé la cabeza con aire convencido, diciendo:

—¡Es una obra admirable!

—¡Ah, Dios mío!—exclamó el señor de Peyrehorade.—¡Otro acto de vandalismo! ¡Si habrán tirado una piedra á mi estatua!

Acababa de advertir una señal blanca, un poco por encima del seno de la Venus. Yo noté una huella semejante en los

dedos de la mano derecha, que supuse entonces si habrían sido tocados en el trayecto de la piedra, ó si algún fragmento de ésta se habría desprendido por el choque y rebotado sobre la mano. Conté á mi huesped el insulto presenciado por mí y el pronto castigo que tuvo. Rióse mucho, y comparando al aprendiz con Diómedes, le deseó ver, como el héroe griego, á todos sus compañeros convertidos en pájaros blancos.

El toque de campana para el almuerzo interrumpió esta conversación clásica; y, lo mismo que la víspera, me ví obligado á comer como cuatro. Después vinieron unos colonos del señor de Peyrehorade; y mientras les daba audiencia, su hijo me llevó á ver una carretela que había comprado en Tolón para su novia, carruaje que admiré (no hay ni que decirlo). En seguida entré con él en la cuadra, donde me tuvo media hora ponderándome sus caballos, haciendo su genealogía, refiriéndome los premios que habían ganado en las carreras del departamento. A la postre llegó á hablarme de su futura, por la transición de una yegua gris que la destinaba.

—Hoy la veremos—dijo.—No sé si á usted le parecerá guapa: en París son ustedes difíciles de gustos. Pero, aquí y en Perpiñán, á todo el mundo le parece hechicera. Lo bueno es que es muy rica. Su tía de Prades le ha dejado sus bienes. ¡Oh, voy á ser muy dichoso!

Me escandalizó profundamente ver á un joven aparecer más entusiasmado por la dote que por los buenos ojos de su novia.

—Usted entiende de alhajas—prosiguió Alfonso:—¿qué le parece á usted esto? Aquí está el anillo que le daré mañana.

Al hablar así, sacaba de la primera falange del dedo meñique una sortija grande, con diamantes, formada por dos manos unidas: alusión que me pareció sumamente poética. Era labor antigua, pero comprendí que la habían retocado para engarzar los diamantes. En lo interior del anillo leíanse estas palabra, en letras góticas: *Sempr'ab ti*, es decir, siempre contigo.

—Es una linda sortija—le dije;—pero esos diamantes añadidos le han hecho perder un poco de su carácter.

—¡Oh! está mucho más hermoso así—respondió, sonriéndose.—Tiene por valor de 1.200 francos de diamantes. Mi madre es quien me la ha regalado. Era un anillo de familia, muy antiguo..... de los tiempos de la caballería andante. Fué de mi abuela, quien la heredó de la suya. Sabe Dios cuándo se hizo esto.

—En París hay la costumbre—le dije—de dar una sortija muy sencilla, por lo común, compuesta de dos metales diferentes, como el oro y el platino. Mire usted, ese otro anillo que lleva usted en este dedo sería muy adecuado. Este es tan grueso, con sus diamantes y sus manos de relieve, que no se podría meter el guante encima de él.

—¡Ah, que se las amañe como pueda mi mujer! Creo que de todos modos le gustará siempre tenerlo: es grato llevar 1.200 francos en el dedo.

—Esta sortija pequeña—añadió, mirando con aire satisfecho el anillo liso que tenía en la mano—me la regaló una mujer en París un martes de Carnaval. ¡Ah, qué bien lo pasé cuando estuve en París hace dos años! ¡Allí sí que se divierte uno!.....

Y suspiró, echándolo de menos.

—Teníamos que ir en aquel día á comer á Puygarrig, en casa de los padres de la futura; fuimos en carretela hasta la posesión, distante de Ille cosa de legua y media. Fuí presentado y recibido como amigo de la familia. No hablaré de la comida ni de la conversación de sobremesa que hubo después, y en la cual apenas tomé parte. Alfonso, colocado junto á su novia, decíala una palabra al oído cada cuarto de hora. En cuanto á ella, no alzaba del suelo los ojos; y cada vez que su novio la hablaba, ruborizábase con modestia, pero le respondía sin cortedad.

La señorita de Puygarrig tenía dieciocho años; su talle, flexible y delicado, contrastaba con las formas huesudas de su

robusto novio. No sólo era bella, sino seductora. Admirábame la perfecta naturalidad de todas sus respuestas; y su aire bondadoso, aunque con sus puntas y ribetes de malicia, me recordó, á pesar mío, la Venus de mi anfitrión. En ese paralelo que hice para mis adentros, preguntábame á mí mismo si la superioridad de hermosura, que no había más remedio que conceder á favor de la estatua, no dependería en gran parte de su expresión de tigre hembra; porque, aun en las malas pasiones, la energía excita siempre en nosotros un asombro y una especie de admiración involuntarios.

—¡Qué lástima—dije para mí al irme de Puygarrig—que sea rica una joven tan simpática, y que su dote sea lo que la haga apetecer á un hombre indigno de ella!

De regreso en Ille, no sabiendo de qué hablar con la señora de Peyrehorade, á quien creía conveniente dirigir algunas veces la palabra, exclamé:

—Son ustedes muy despreocupados en el Rosellón. ¡Cómo, señora, una boda en viernes! En París tendríamos más superstición: en tal día, nadie se atreve á casarse.

—¡Dios mío! no me hable usted de eso,—me contestó.—Si sólo de mí dependiese, de seguro que se hubiera elegido otro día. Pero se empeñó Peyrehorade, y hubo que ceder. Sin embargo, eso me disgusta. ¡Si ocurriese alguna desgracia! Preciso es que haya alguna razón para ello, y si no, ¿por qué tiene miedo todo el mundo al viernes?

—¡Viernes!—exclamó su marido.—¡Es el día de Venus! ¡Buen día para el casorio! Ya lo ve usted, mi caro colega: no pienso más que en mi Venus. Palabra de honor, por causa de ella he escogido el viernes. Si quiere usted, mañana, antes de la boda, le haremos un pequeño sacrificio: sacrificaremos dos palomas, y si supiese yo dónde encontrar incienso.....

—¡Quita allá, Peyrehorade!—interrumpió su mujer, escandalizada en alto grado.—¡Incensar á un ídolo! ¡Eso sería un sacrilegio! ¿Qué dirían de nosotros en la comarca?

—Por lo menos,—dijo el señor de Peyrehorade,—me per-

mitirás que le ponga en la cabeza una corona de rosas y lirios: «*Manibus date lilia plenis.*» Ya lo ve usted, caballero, la Constitución es una filfa. ¡No tenemos libertad de cultos!

Los quehaceres del día siguiente arregláronse de esta manera. Todo el mundo estaría listo y vestido á las diez en punto. Después de tomar chocolate, irían en coche á Puygarrig. El matrimonio civil se efectuaría en la Casa consistorial del pueblo, y la ceremonia religiosa en la capilla de la quinta. Luego, el almuerzo. Después de almorzar, se pasaría el tiempo como se pudiese hasta las siete. A las siete, regreso á Ille, á casa de los señores de Peyrehorade, donde cenarían ambas familias juntas. Lo demás, compréndese de suyo. No pudiendo haber baile, se quiso que se comiese lo más posible.

Desde las ocho estaba yo sentado delante de la Venus, lápiz en mano, volviendo á empezar por vigésima vez la cabeza de la estatua, sin poder conseguir apoderarme de su expresión. El señor de Peyrehorade iba y venía en torno mío, dándome consejos, repitiendo sus etimologías fenicias luego; colocaba rosas de Bengala en el pedestal de la estatua, y con tono tragicómico enderezábale votos por la pareja amorosa que iba á vivir bajo su techo. Hacia las nueve entró para tratar de vestirse; y al mismo tiempo apareció Alfonso, con levita ceñida nueva, guante blanco, zapato de charol, botonadura cincelada, y una rosa en la solapa.

—¿Hará usted el retrato de mi mujer?—me dijo inclinándose hacia mi dibujo.—También es guapa.

En ese momento empezaba en el juego de pelota, de que ya he hablado, un partido que en el acto llamó la atención á Alfonso. Fatigado yo y desesperando de reproducir aquella diabólica figura, abandoné bien pronto mi dibujo para mirar á los jugadores. Había entre ellos algunos arrieros españoles llegados la víspera: eran aragoneses y navarros, casi todos de pasmosa destreza. Por eso los naturales de Ille, aunque animados por la presencia y los consejos de Alfonso, quedaron derrotados muy luego por esos nuevos campeones. Los espec-

tadores nacionales estaban abatidos. Alfonso miró el reloj. No eran más que las nueve y media; su madre no estaba aún peinada. No vaciló más: quitóse la levita, pidió una chaqueta y retó á los españoles. Yo le miraba sonriéndome y un poco sorprendido.

—Hay que sostener la honrilla del país,—dijo.

Entonces le encontré verdaderamente hermoso: estaba apasionado. Su vestido, que tanto le preocupaba momentos antes, ya no era nada para él. Pocos minutos ha, hubiera temido volver la cabeza, por miedo á desarreglarse la corbata. Ahora ya no pensaba en sus cabellos rizados, ni en la pechera de su camisa tan bien plegada.

¿Y su novia?..... A fe mía, creo que, si hubiera sido preciso, hubiese hecho aplazar la boda. Le ví calzarse á escape un par de alpargatas, alzarse las mangas, y con aire resuelto ponerse á la cabeza de los vencidos, como César reuniendo sus soldados en Dyrrachium. Salté el seto, y me puse cómodamente á la sombra de un árbol, de modo que viese bien los dos campos.

Contra lo esperado por la generalidad, Alfonso marró la primera pelota; verdad es que vino rasando el suelo y lanzada con una fuerza sorprendente por un aragonés que parecía ser el jefe de los españoles.

Era un hombre de unos 40 años, seco y nervudo, de seis pies de altura, y su tez, aceitunada, tenía un tinte casi tan oscuro como el bronce de la Venus.

Alfonso tiró con furia su pala al suelo.

—¡Esta maldita sortija, que me aprieta el dedo—exclamó,—me ha hecho marrar un tanto seguro!

No sin trabajo, quitóse el anillo de diamantes. Me acerqué para recibirlo, pero se me anticipó, corrió á la Venus, le pasó la sortija por el dedo anular, y recobró su puesto á la cabeza de los de Ille.

Estaba pálido, pero tranquilo y resuelto. Desde entonces ya no cometió ni una sola falta, y los españoles quedaron de-

rrotados por completo. Fué un hermoso espectáculo el entusiasmo de los espectadores: unos daban mil gritos de júbilo, tirando al aire las gorras; otros le daban apretones de manos, llamándole la honra del país. Si hubiera rechazado una invasión, dudo que hubiese recibido felicitaciones más vivas y más cordiales. El pesar de los vencidos aumentaba aún más el brillo de su victoria.

—Jugaremos otras partidas, valiente—dijo al aragonés con tono de superioridad;—pero os daré tantos de ventaja.

Hubiera deseado yo que Alfonso fuese más modesto, y casi me apenó la humillación de su rival.

El gigante español sintió hondamente este insulto. Le ví palidecer bajo su piel curtida. Miraba su pala con aire hosco, apretando los dientes; luego, con voz ahogada, dijo quedo:

—*Me lo pagarás* (1).

La voz del Sr. de Peyrehorade aguó la fiesta del triunfo de su hijo; mi anfitrión, muy asombrado de no encontrarle ocupándose del enganche de la carretela nueva, aún lo quedó mucho más al verle lleno de sudor y con la pala en la mano. Alfonso corrió á casa, lavóse la cara y las manos, se puso otra vez la levita nueva y los zapatos de charol, y cinco minutos después íbamos al trote largo, camino de Puygarrig. Todos los jugadores de pelota del pueblo y gran número de espectadores nos siguieron con gritos de gozo. Los vigorosos caballos que nos llevaban apenas podían sostener su delantera sobre aquellos intrépidos catalanes.

Estábamos en Puygarrig y la comitiva nupcial iba á ponerse en marcha para el Ayuntamiento, cuando Alfonso me dijo en voz baja, golpeándose la frente:

—¡Qué carape! ¡Se me ha olvidado el anillo! Está en el dedo de la Venus, que ¡ojalá se la pueda llevar el demonio! Por lo menos, no se lo diga usted á mi madre. Acaso no advierta nada.

(1) En castellano, en el original.—N. DEL T.

—Puede usted enviar á alguien por él—le dije.

—¡Bah! mi criado se quedó en Ille, y de éstos no me fío ni pizca. ¡Mil doscientos francos de diamantes pueden dar una mala tentación á más de uno! Además, ¿qué pensarían aquí de mi distracción? Burlaríanse de lo lindo de mí. De seguro que me llamaban el marido de la estatua..... ¡Con tal de que no me lo roben! Por fortuna, el ídolo da miedo á mis tunos. No se atreven á acercarse á una vara de él. ¡Bah! eso no es nada; tengo otra sortija.

Las dos ceremonias, civil y religiosa, celebráronse con la ostentación correspondiente; y la señorita de Puygarrig recibió el anillo de una modista de París, sin sospechar que su novio hacía en aras de ella el sacrificio de una prenda amorosa. Luego nos pusimos á la mesa, donde se bebió, comió y hasta cantó, todo ello en grande escala. Pasé mal rato por la recién casada, viendo el zafio regocijo que estallaba en torno de ella; sin embargo, guardó mejor actitud de lo que yo me esperaba, y su apurillo no era cortedad ni afectación.

Tal vez el ánimo viene con las situaciones difíciles.

Terminado el almuerzo cuando Dios quiso (eran las cuatro), los hombres fueron á pasear por el parque, que era magnífico, donde miraron cómo bailaban en la pradera de la quinta las campesinas de Puygarrig, engalanadas con sus vestidos de fiesta. De ese modo empleamos algunas horas. Mientras tanto, las mujeres estaban apiñadas en derredor de la recién casada, quien hacía que admirasen su ajuar de novia. Luego se mudó de traje, y advertí que cubrió sus hermosos cabellos con una redecilla y un sombrero con plumas; porque á las mujeres no hay nada que les corra tanta prisa como ponerse, en cuanto pueden, las galas que la costumbre les prohibe llevar cuando aún son solteras.

Eran cerca de las ocho cuando se dispuso el regreso á Ille; pero antes ocurrió una escena patética. La tía de la señorita de Puygarrig, que le servía de madre, mujer muy anciana y muy devota, no iba á ir con nosotros al pueblo. Al partir echó

á su sobrina un sermón acerca de sus deberes de esposa, del cual sermón resultaron un torrente de lágrimas y un sin fin de abrazos. El señor de Peyrehorade comparaba aquella separación con el rapto de las Sabinas. Sin embargo, partimos; y durante el camino, cada cual esforzóse en distraer á la recién casada y hacerla reir; pero fué en vano.

Esperábanos la cena en Ille, ¡y qué cena! Si la grosera alegría de la mañana me había repugnado, aún más me repugnaron los equívocos y las bromas de que fueron blanco el novio, y sobre todo la novia. Aquél, que había desaparecido un momento antes de ponerse á la mesa, estaba pálido y con una seriedad de hielo. Bebía á cada instante vino rancio de Colliure, casi tan fuerte como el aguardiente. Estaba yo junto á él, y me creí obligado á advertirle:

—¡Cuidadito! Dícese que el vino.....

No sé qué sandez le dije, para ponerme al unísono con los convidados.

Me dió un rodillazo, y me dijo en voz muy baja:

—Cuando nos levantemos de la mesa..... haga usted por que pueda decirle dos palabras.

Sorprendióme su tono solemne, le miré más atento, y advertí la extraña alteración de sus facciones.

—¿Se siente usted indispuesto?—le pregunté.

—No.

Y se puso á beber otra vez.

Entre tanto, en medio de gritos y palmadas, un niño de once años, que se había metido debajo de la mesa, enseñaba á los presentes una linda cinta blanca y de color de rosa que acababa de soltar de los tobillos de la recién casada. Llámase esto la liga de la novia. En seguida se cortó en pedazos y se distribuyó entre los jóvenes solteros, quienes adornaron sus solapas con esos trozos, según antigua usanza que aún se conserva en algunas familias patriarcales. Fué para la recién casada un motivo para ruborizarse hasta lo blanco de los ojos..... Pero su turbación llegó al último límite cuando el se-

ñor de Peyrehorade, después de pedir silencio, cantó algunos versos catalanes, repentizados según él. He aquí su sentido, si no lo comprendí mal.

—«¿Qué es eso, amigos míos? El vino que bebí ¿me hace ver doble? Hay dos Venus aquí.....»

La novia volvió bruscamente la cabeza con aire asustadizo, lo cual hizo reir á todo el mundo.

—«Sí—prosiguió el señor de Peyrehorade,—hay dos Venus bajo mi techo. Una la he hallado entre la tierra, como una trufa; la otra, bajada del cielo, acaba de repartirnos su cinturón.»

Quería decir «su liga».

—«Hijo mío, entre la Venus romana y la catalana elige la que prefieras. El picaruelo toma la catalana, y su lote es el mejor. La romana es negra, la catalana es blanca. La romana es fría, la catalana inflama todo lo que se le acerca.»

Esta conclusión produjo tal tremolina, aplausos tan estrepitosos y risas tan sonoras, que creí que se venía abajo el techo sobre nuestras cabezas. Alrededor de la mesa no había más que tres rostros serios, los de los recién casados y el mío. Tenía un gran dolor de cabeza; y además, no sé por qué, una boda me entristece siempre. Aparte de eso, aquélla me repugnaba un poco.

Cantadas las últimas coplas por el teniente alcalde (y debo decir que eran muy alegrillas), se pasó á la sala principal para disfrutar de la retirada de la novia, quien debía ser conducida muy pronto al dormitorio nupcial, porque era ya cerca de media noche.

Alfonso me llevó hacia el alféizar de una ventana y me dijo, volviendo á un lado los ojos:

—Va usted á burlarse de mí..... Pero no sé lo que tengo..... ¡estoy embrujado, el demonio me lleve!

El primer pensamiento que se me ocurrió fué el de que se creía amenazado por alguna desventura del género de aquellas de las cuales hablan Montaigne y la señora de Sévigné.

«Todo el imperio amoroso está lleno de historias trágicas», etc.

«Creí (dije para mí mismo) que esa clase de accidentes no acontecían sino á las personas de talento.»

—Ha bebido usted demasiado vino de Colliure, querido Alfonso. Ya se lo previne á usted—le dije.

—Sí, tal vez. Pero sucede una cosa mucho más terrible.

Tenía entrecortada la voz. Le creí borracho del todo.

—¿Se acuerda usted de mi anillo?—prosiguió después de un breve silencio.

—¡Qué! ¿Se lo han cogido?

—No.

—En ese caso, ¿lo tiene usted?

—No..... no puedo quitárselo del dedo á ese diablo de Venus.

—¡Vaya! No habrá tirado usted con bastante fuerza.

—Sí que lo he hecho..... Pero la Venus..... ha cerrado el dedo.

Me miraba fijamente, con aire huraño, apoyándose en la falleba para no caerse.

—¡Qué patraña!—le dije.—Eso es que metió usted demasiado el anillo. Mañana lo sacará usted con alicates. Pero cuide usted de no echar á perder la estatua.

—Le digo á usted que no. El dedo de Venus se ha retirado, doblado; tiene cerrada la mano, ¿entiende usted?..... Según parece es mi mujer, puesto que la he dado mi anillo..... No quiere devolvérmelo.

Sentí repentino escalofrío, y por un instante se me puso carne de gallina. Después, un gran suspiro suyo envióme una bocanada de vaho de vino, y desapareció toda mi emoción.

«El miserable está completamente ebrio», pensé.

—Es usted anticuario, caballero—añadió el novio con lastimero tono—y conoce usted esas estatuas..... Tal vez tenga algún resorte, alguna brujería, que yo no conozco..... Si tuviese usted la bondad de ir á ver.....

—Con mucho gusto—dije.—Venga usted conmigo.

—No, prefiero que vaya usted solo.

Salí del salón. El tiempo había cambiado durante la cena, y comenzaba á llover con fuerza. Iba á pedir un paraguas, cuando una reflexión me detuvo. «¡Sería un necio de marca mayor, si fuese yo á comprobar lo que me ha dicho un borracho! Además, acaso haya querido darme algún bromazo para hacer reir á estos honrados provincianos; y lo menos que puede acontecer es calarme hasta los huesos y pescar un romadizo de primera.»

Desde la puerta eché un vistazo á la estatua, que estaba chorreando agua, y subí á mi alcoba sin volver á entrar en la sala. Me acosté, pero tardé mucho en conciliar el sueño. Todas las escenas del día representábanse en mi mente. Pensaba en aquella virgen tan bella y tan pura, abandonada á un borracho brutal. «¡Qué odioso es un matrimonio de conveniencia!» (decía para mí). Un alcalde se pone su faja tricolor, un cura su estola, y ¡cátate á la más honesta doncella del mundo entregada al Minotauro! Dos seres que no se aman, ¿qué pueden decirse en tal momento, que dos amantes comprarían á costa de su existencia? ¿Puede una mujer amar nunca á un hombre á quien una vez haya visto ser grosero? Las primeras impresiones no se borran jamás, y estoy seguro de que Alfonso merecerá ser odiado.....»

Durante mi monólogo, que abrevio mucho, había oído muchas idas y venidas dentro de la casa, abrirse y cerrarse puertas, marcharse coches; luego me pareció haber oído en la escalera los pasos ligeros de varias mujeres dirigiéndose hacia el extremo del corredor opuesto á mi dormitorio. Probablemente era la comitiva de la novia, á quien llevaban á la cama. Después habían vuelto á bajar la escalera. Habíase cerrado la puerta del cuarto de la señora de Peyrehorade. «¡Qué turbada y confusa debe de estar ahora esa pobre chica!» dije para mí. Empecé á dar vueltas en la cama, con mal humor. Un soltero hace un papel muy tonto en la casa donde se consuma un matrimonio.

Reinaba silencio desde hacía ya algún tiempo, cuando lo turbaron unos pasos pesados que subían la escalera. Los peldaños de madera crujieron con fuerza.

—¡Qué gaznápiro!—exclamé.—Apuesto á que va á caerse en la escalera.

Todo volvió á quedarse tranquilo. Cogí un libro para cambiar el curso de mis ideas. Era una *Estadística del Departamento,* adicionada con una Memoria del Sr. de Peyrehorade acerca de los monumentos druídicos del distrito de Prades. Me aletargué á la tercera página.

Dormí mal y me desperté varias veces. Las cinco de la mañana serían, y estaba despierto desde veinte minutos antes, cuando cantó el gallo. Iba á salir el sol. Entonces oí con claridad los mismos pasos pesados, el mismo crugir de la escalera que había oído antes de dormirme. Aquello me pareció chocante. Bostezando, traté de adivinar por qué se levantaba Alfonso tan temprano. No imaginaba nada que fuese verosímil. Iba á volver á cerrar los ojos, cuando me llamaron de nuevo la atención extraños pateos, con los cuales se mezclaron bien pronto campanillazos y ruído de puertas que se abren con estrépito, y después distinguí gritos confusos.

—¡Mi beodo habrá puesto fuego á alguna cosa!—pensé, saltando de la cama al suelo.

Me vestí á escape y salí al pasillo. Del extremo opuesto partían gritos y lamentos, y una voz desgarradora dominaba á todas las demás, diciendo: «¡Hijo mío, hijo mío!» Era evidente que le había sucedido á Alfonso alguna desgracia. Acudí á la alcoba nupcial: estaba llena de gente. El primer espectáculo que se presentó á mi vista fué el del joven, á medio vestir, tendido al través de la cama, cuya madera estaba rota. Hallábase lívido, sin movimiento. Su madre lloraba y gritaba junto á él. Agitábase el Sr. de Peyrehorade, y le frotaba las sienes con agua de Colonia ó le ponía sales inglesas debajo de la nariz. ¡Ay! mucho tiempo hacía que estaba muerto su hijo. En un sofá, al otro extremo del cuarto, estaba la recién casa-

da, presa de horribles convulsiones. Exhalaba gritos inarticulados, y dos robustas sirvientes á duras penas podían contenerla.

—¡Dios mío!—exclamé.—¿Qué ha sucedido?

Me aproximé á la cama y levanté el cuerpo del desventurado joven: estaba ya rígido y frío. Sus dientes apretados y su rostro ennegrecido expresaban las más espantosas angustias. Harto se echaba de ver que su muerte fué violenta y terrible su agonía. Sin embargo, ninguna huella de sangre en sus ropas. Entreabrí su camisa y le ví en el pecho una impresión lívida que se prolongaba por las costillas y el dorso. Hubiérase dicho que le habían opreso dentro de un círculo de hierro. Puse el pie encima de una cosa dura que estaba sobre la alfombra; me bajé y ví la sortija de diamantes.

Me llevé por fuerza al Sr. de Peyrehorade y su mujer á su cuarto, y luego hice llevar allí á la recién casada.

—Aún les queda á ustedes una hija y deben cuidarla—les dije; y entonces los dejé solos.

No me parecía dudoso que Alfonso había sido víctima de un asesinato, cuyos autores hallaron medio de introducirse durante la noche en la alcoba de la recién casada. Esos verdugones en el pecho y su dirección circular dejábanme muy confuso, sin embargo, porque un palo ó una barra de hierro no hubieran podido producirlos. De pronto me acordé de haber oído decir que en Valencia los matones se valían de largos sacos de cuero rellenos de arena fina para asesinar á golpes á las personas cuya muerte se les pagaba. En seguida me acordé también del arriero aragonés y de su amenaza; sin embargo, apenas me atrevía á pensar que hubiese tomado tan terrible venganza de una burla ligera.

Recorrí la casa, buscando por todas partes vestigios de escalamiento y fractura, sin hallarlos en ninguna. Bajé al jardín para ver si los asesinos habrían podido introducirse por ese lado, pero no encontré ningún indicio seguro. La lluvia de la víspera había empapado, además, el suelo de tal modo, que

no hubiera podido conservar muy clara ninguna huella. No obstante, observé algunos pasos profundamente impresos en la tierra; los había en dos direcciones contrarias, pero en una misma línea que partía del ángulo del seto contiguo al juego de pelota y terminaba en la puerta de la casa. Podían ser los pasos de Alfonso cuando fué á buscar su anillo en el dedo de la estatua. Por otra parte, siendo menos espeso el seto en ese lado que en los demás, por aquel punto debieron de saltarlo los asesinos. Pasando y volviendo á pasar por delante de la estatua, me detuve un instante á contemplarla. Esa vez, lo confieso, no pude mirar sin espanto su expresión de maldad irónica; y, con el ánimo preocupado por las escenas horribles de que acababa de ser testigo, me pareció ver una divinidad infernal aplaudiendo la desventura que hería á aquella casa.

Volvíme á mi cuarto y en él permanecí hasta medio día. Salí entonces y pregunté por mis huéspedes. Estaban un poco más tranquilos. La señorita de Puygarrig (debiera decir la señora viuda de Alfonso Peyrehorade), había recobrado el conocimiento. Hasta habló con el fiscal de la Audiencia de Perpiñán, á la sazón de visita en Ille, y este magistrado recibió su declaración. También me pidió la mía: le dije aquello de que era yo sabedor, y no le oculté mis sospechas contra el arriero aragonés. Dispuso que en el acto fuese detenido éste.

—¿Sabe usted algo por la viuda de Alfonso?—pregunté al fiscal, cuando quedó escrita y firmada mi declaración.

—Esa desdichada joven se ha vuelto loca, — me dijo sonriéndose con tristeza.—¡Loca, loca de remate! He aquí lo que cuenta:

—Estaba acostada hacía algunos minutos (dice ella), con las cortinas del pabellón de la cama corridas, cuando abrióse la puerta del dormitorio y entró alguien. La señora de Alfonso estaba entonces junto al pasadizo del lecho, de cara á la pared. No hizo ningún movimiento, persuadida de que era su marido. Al cabo de un instante, crujió la cama cual si carga-

se sobre ella un peso enorme. Dióle gran miedo, pero no se atrevió á volver la cabeza. De ese modo pasaron cinco, diez minutos quizá..... pues no puede darse cuenta del tiempo transcurrido. Luego hizo un movimiento involuntario, ó tal vez lo hiciese la persona que estaba en la cama con ella, y sintió el contacto de una cosa fría como el hielo: son sus mismas expresiones. Arrimóse más al pasadizo, temblando con todos sus miembros. Al poco rato se abrió otra vez la puerta y entró alguien diciendo: «Buenas noches, mujercita mía.» Muy poco después, abrieron las cortinas del pabellón, y oyó ella un grito ahogado. La persona que estaba en la cama, junto á ella, incorporóse y pareció alargar los brazos hacia adelante. Volvió entonces ella la cabeza..... y vió (según dice), á su marido de rodillas, junto á la cama, con la cabeza al nivel de la almohada, entre los brazos de una especie de gigante verdoso que le oprimía con fuerza entre ellos. Dice, y me ha repetido veinte veces, ¡pobre mujer!.... dice que ha reconocido..... ¿á que no adivina usted el qué? La Venus de bronce, la estatua del señor de Peyrehorade..... Desde que se halla en el país, todo el mundo sueña con ella. Pero vuelvo á reanudar el relato de la infeliz loca. Al ver ese espectáculo perdió el conocimiento, y lo probable es que desde algunos instantes había perdido ya la razón. De ninguna manera puede decir cuánto tiempo permaneció desmayada. Vuelta en sí, tornó á ver el fantasma (ó la estatua, como ella dice siempre) inmóvil, con las piernas y de cintura para abajo dentro de la cama, con el busto y los brazos extendidos hacia adelante, y entre los brazos su marido, sin movimiento. Cantó un gallo. Entonces la estatua salió de la cama, dejó caer el cadáver, y salió. La señora de Alfonso colgóse de la campanilla, y ya sabe usted todo lo demás.»

Trajeron al español; estaba sereno y defendióse con mucha sangre fría y presencia de espíritu. Por supuesto, no negó el dicho que yo le había oído; pero lo explicaba pretendiendo que no había querido decir otra cosa sino que al día siguiente, ha-

llándose descansado, hubiera ganado una partida de pelota á su vencedor. Recuerdo que añadió:

—Cuando se ultraja á un aragonés, no espera á mañana para vengarse. Si hubiera creído que D. Alfonso quiso insultarme, en el acto le hubiese dado un navajazo en la tripa.

Compararon sus zapatos con las huellas de pisadas en el jardín; su calzado era mucho mayor.

Por último, el posadero en cuyo mesón estaba aposentado ese hombre aseguró que pasó toda la noche dando friegas y potingues á uno de sus mulos, que estaba enfermo.

Por otra parte, ese aragonés era un hombre bien conceptuado y muy conocido en el país, donde iba todos los años por asuntos de su tráfico. Por tanto, pusiéronle en libertad, dándole mil excusas.

Se me olvidaba la declaración de un criado, última persona que vió á Alfonso en vida. Era en el momento en que iba á subir al cuarto de su mujer; y, llamando á ese hombre, preguntóle con aire de inquietud si sabía donde estaba yo. Le contestó el criado que no me había visto. Entonces D. Alfonso exhaló un suspiro y permaneció más de un minuto sin hablar; después dijo:—*¡Vamos, también se lo habrá llevado consigo el demonio!*

Pregunté á ese hombre si Alfonso tenía puesta la sortija de diamantes cuando le habló. Vaciló el criado antes de responder y, por fin, dijo que no lo creia, aun cuando por lo demás no había puesto en ello ninguna atención.—«Si hubiese tenido en el dedo ese anillo (añadió rectificando) sin duda lo hubiera notado yo, pues creí que se lo había puesto á su señora.»

Al preguntar á ese hombre, experimenté algo del terror supersticioso que la declaración de la viuda de Alfonso había infundido en toda la casa. El fiscal de la Audiencia me miró sonriéndose, y me guardé mucho de insistir.

Pocas horas después de los funerales de Alfonso, me dispuse á marchar de Ille. El coche del Sr. de Peyrehorade me

iba á conducir á Perpiñán. A pesar de su estado de debilidad, el pobre anciano quiso acompañarme hasta la puerta de su jardín. Lo atravesamos en silencio, casi arrastrándose él, apoyado en mi brazo. En el momento de separarnos, eché la última ojeada á la Venus. Preveía que mi anfitrión, por más de que no participase de los terrores y los odios que inspiraba á una parte de su familia, querría deshacerse de un objeto que sin cesar le recordaría una tremenda desgracia. Mi intención era comprometerle á regalársela á un Museo. Vacilaba yo para entrar en materia, cuando el Sr. de Peyrehorade volvió maquinalmente la cabeza hacia el lado donde me veía mirar fijo. Notó que allí estaba la estatua y al punto se deshizo en llanto. Le abracé, y sin atreverme á decir una sola palabra, subí al coche.

Desde mi partida no he sabido que ninguna nueva luz haya llegado á aclarar aquella misteriosa catástrofe.

El Sr. de Peyrehorade murió algunos meses después que su hijo. En su testamento me legaba sus manuscritos, que tal vez publique algún día. No he hallado entre ellos la *Memoria* relativa á las inscripciones de la Venus.

P. S.—Mi amigo el Sr. de P. acaba de escribirme desde Perpiñán que ya no existe la estatua. Después del fallecimiento de su marido, el primer cuidado de la Sra. de Peyrehorade fué mandarla fundir para hacer una campana, y bajo esta nueva forma sirve en la iglesia de Ille. «Pero (añade el señor de P.) parece que persigue la mala sombra á los poseedores de ese bronce. Desde que esta campana suena en Ille, dos veces se han helado las viñas.

PRÓSPERO MÉRIMÉE.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

El movimiento democrático cristiano. — Desgracias y calamidades públicas.—La cuestión del Transvaal.—El problema egipcio.—La paz entre Italia y Abisinia.—Enfermedad del czar.—El nuevo canciller moscovita.—La vieja Rusia y sus ideas.—El partido constitucional en Constantinopla.—La decadencia de Alemania.—Los pueblos danubianos.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Un movimiento religioso de alianza entre la democracia y el Cristianismo se manifiesta por todas partes, y pocos lo siguen y estudian, no obstante ceder en pro de la libertad humana y de la civilización universal. Es indudable que tuvo tres movimientos democráticos el Cristianismo en la Edad Media, representado el primero por San Francisco en Asís, representado el segundo por Gerson en Basilea, representado el último por Savonarola en Florencia; y es indudable también que todos estos movimientos evolutivos nos hubieran evitado Lutero y su revolución, si no los ahogan reacciones terribles representadas, unas por Alejandro IV, el Papa Borgia; otras por el advenimiento de San Ignacio á la Iglesia, y vencedoras todas con sus fórmulas siniestras en el Concilio de Trento. Pues ahora sucede al revés de antaño por completo. Ahora sucede á una terrible reacción religiosa representada por el *Sy-*

labus de Pío IX, una grande y eficaz acción democrática, representada por las Encíclicas del divino León XIII. La eficacia de un poder tan extraordinario como el poseído por este sublime Papa, se observa en resultados innumerables, á cual más instructivo y satisfactorio. No hay sino volver los ojos al Nuevo Mundo, y en seguida se descubren dos colosos de la república cristiana: el cardenal Gibonns y el obispo Iereland, figuras que parecen esculpidas por Miguel Angel, según su grandiosidad, é inspiradas por Isaías, según su lenguaje. Y no sólo en América, tierra idónea por la libertad, sucede ahora esto: también sucede por el contrario polo de la política, por escenarios clásicos de la lealtad monárquica, por tierras del Norte de Francia, donde un fraile se presenta candidato al distrito que requería de votos un pretendiente, y lleva en sus labios el nombre de la República correspondiente con el amor á la libertad y á la democracia que lleva en su pecho. Y no sólo se nota este movimiento avasallador en los hechos, también se nota en los libros. El Padre Maunus escribe uno que tengo sobre la mesa, titulado: *La Iglesia católica y la Francia moderna*. El ilustre publicista pone su libro al amparo de una frase de Lacordaire, que dice así: «durante medido siglo todos los sacerdotes fueron monárquicos; yo he dejado de serlo». Y con la llave áurea de tan excelso predicador, explica Maunus y aplaude la política pontificia empleada por el Vaticano en reconciliarse con la República y la revolución francesas. Siendo tan republicano este libro, es también muy ortodoxo, cuando el cardenal Perraud, conocido por su ortodoxia, le dice al autor: «Habéis justificado con los argumentos de nuestros teólogos y los hechos de nuestra historia, el consejo dado por nuestro Pontífice al clero francés de adherirse al Gobierno que Francia se ha decretado á sí misma.» Imposible comprender toda la trascendencia de tal paso. Así nunca nos cansaremos de aplaudirlo y mostrar á cuantos lo siguen, cuán funesto sería un retroceso para la sociedad civil y la sociedad eclesiástica, cual para la sociedad y para la Iglesia del siglo décimo-

sexto fué la reacción jesuítica subsiguiendo al gran movimiento democrático cristiano.

II

La pobre tierra nuestra, de paz ávida y de paz necesitada, para que pueda el espíritu humano continuar por el trabajo la creación divina hecha por el Verbo, pasa los mayores trances y sufre las más extraordinarias plagas, al azote de la guerra, difundida por todas partes, con triste mengua de la humanidad y como un mentís escupido á nuestras creencias y confianzas optimistas en el progreso universal. Por la cuestión de Venezuela temimos una guerra intercontinental, y temimos otra guerra intercontinental por la cuestión de Cuba. La prudencia de lord Salisbury, negándose á exacerbar las heridas de amor propio nacional con alardes ó arrogancias inútiles, y sometiendo sus diferencias con los Estados Unidos en las bocas del Orinoco á un tribunal de arbitraje y á una sentencia de árbitros, así como la extraordinaria capacidad y sabia experiencia de Cleveland, oponiendo su veto á intervenciones temerarias en tierras antillanas, y recabando para sí la dirección de los asuntos exteriores en el Estado aquel, han felizmente concluído con todos los recelos y puesto un áncora incontrastable al seguro y defensa de la humana paz. Pero hay excepciones desventuradas á estas venturas, obtenidas con tanto provecho, en las innumerables guerras coloniales, pestes, hambres que azotan Asia y Africa y América. El bubón, descrito mil veces en Tucydides, en Fravian, en Bocaccio, en el mismo contemporáneo Manzoni, ha caído sobre los humanos, como la voraz langosta sobre las plantas, en Bombay, amontonando tal número de cadáveres, que faltan fuerzas para envolverlos en el regazo de la tierra y cortar la comunicación de sus miasmas con el aire. Por los centros de las Indias no es menor la desgracia. Sequías pertinaces, allí donde

tanto se necesita de humedad y los excesos de vida traen aparejadas voracidades múltiples de la muerte, han desatado una miseria y un hambre, que las descripciones hechas por los periódicos europeos parecen aquellos versículos del Apocalipsis donde se contiene la pintura de los días anteriores al Juicio final. Y con todo esto se une la guerra filipina, en que una raza medio salvaje, sobreescitada por ejemplos como los que presenta el Japón, y por supersticiones fáciles de concebir en estados mentales como el suyo, urde terrible conjuración, análoga con aquellas asiáticas de universal exterminio, donde se degollaba todo un pueblo á una señal terrible convenida, ó á un signo sangriento puesto en las puertas de los hogares, atrayéndose así, con rebeliones insensatas, represalias de un horror que no pueden sino apenar los corazones piadosos estremecidos, y sugerir gritos de piedad clamando al cielo por la conclusión y término de calamidades tamañas. Y si á esto se unen las plagas extendidas por los insurrectos en Cuba, saqueos, y estragos, y violencias, y matanzas, y el incendio perpetuo que logra convertir sus selvas en carbones gigantescos y en océanos de ceniza los palmares, cargados de coco, y las maniguas cubiertas de lianas y enredaderas, bien puede asegurarse que nuestra España parece un infierno, y los españoles huérfanos de Dios, abandonados de la Providencia. Yo confieso mi culpa, si culpa hubiera en ello de mi parte: yo deseo la paz á toda costa, la paz á toda prisa, con la reserva de que la precipitación en intentarla y cumplirla no traiga mengua de ningún género al honor nacional: que siempre los españoles preferimos la muerte al deshonor. Mas el estado de nuestro Tesoro, el horror al odio y á la matanza, una imprescindible necesidad que tenemos en Europa, y en España especialmente, tras innumerables guerras, de sustituir el trabajo al combate, nos inspira y sugiere, sin excepción, á todos, el deseo vivísimo de la paz.

III

Hanla obtenido los republicanos del Transvaal; más ¡á cuánta costa! Un día, en principios del último Enero, cayó como centella fulminante, sobre nuestra Europa, la noticia de que un aventurero inglés, llamado Jameson, había por el austral Africa roto en guerra, obedeciendo sólo á su voluntad soberana y libre albedrío para conquistar, sin respeto alguno de los tratados, y sin miramientos á una independencia reconocida por su patria, desde la colonia del Cabo á la República de los boeros, compuesta por una raza provenida de los holandeses, y tan tenaz en el trabajo, como en el combate arrestada, fuerte, atrevida. El invasor era como un brazo de Rhodes, persona célebre, á quien se debía la fundación de un imperio inglés en el Cabo, conocido por estos otros sobrenombres que recuerdan las conquistas de César ó Alejandro, y dispuesto, según sus aduladores, á ir desde las aguas del Cabo á las bocas del Nilo, no para ceñirse tal estela y estola de dominios á su cuello, como la que llevan los Faraones y los Sardanápalos con los nombres en oro de sus conquistas, para ceñir con ella el cuello de la reina Victoria, y exaltarla sobre las Semíramis, Isabeles, Catalinas y demás amazonas armadas, cuyas heroicidades han celebrado la Historia ó la Leyenda. Pero, por mucho que se quisiera cohonestar con todos estos épicos velos el intento, resultaba que unos ciudadanos ingleses, ó unos protegidos de Inglaterra, cuando menos, se habían apoderado del influjo que les daba esta nación poderosísima sin escrúpulos y sin reservas, para cometer un acto piratesco de corrupción, y asaltar, como bandidos á viajeros, un pueblo soberano, cuyos poderes y Gobierno descansaban en la fe jurada, en relaciones corrientes entre buenos vecinos, en los principios de la moral divina y humana, en las bases inconmovibles del derecho in-

ternacional. Pero los ingleses del Cabo pretestaban que sus vecinos del Transvaal, por ellos asaltados, consintiéndoles la libertad entera del trabajo y del pensamiento y del culto, como extranjeros no les permitían revestir el carácter de ciudadanos y menos votar, no ya en las Cámaras, pero ni siquiera en los comicios. Mas tal pretexto no podía excusar su crimen. Cuando Inglaterra tuvo noticia del entuerto quiso enderezarlo, impidiendo á Jameson el atentado. Mas ya era tarde. Había tomado éste las órdenes del superior, urdido maquiavélica conjura, puesto sus gentes en armas, roto por las fronteras del Estado vecino, atropellando todas las leyes vigentes y cometiendo un crimen, del cual no podía en lo humano absolverle, ni la conciencia ni la Historia. Pero tenía que habérselas con fornidas gentes, cazadores acostumbrados á poner la bala donde ponen el ojo, nautas en lucha perenne con las ráfagas del huracán y curtidos en los oleajes de las tormentas; todos resueltos, después de haber combatido con las cóleras del cielo y los furores del universo, á luchar con las cóleras y con los furores del enemigo circunstante, tan fiero como sus leones y tan cruel como sus tigres. Así, en cuanto Jameson pasara la frontera, cayó en poder de los boeros, quienes le disolvieron la partida invasora y le condenaron, por ser su jefe, á muerte. Imaginad la imposible situación del Gobierno inglés. Si aprobaba el paso de sus protegidos, tenía que declararse reo de conquistas injustas ante la conciencia universal, y si lo rechazaba tenía que indisponerse con la opinión inglesa. Prefirió esto último. El hábil presidente de los boeros, con destreza política nunca bastante alabada, después de haber cogido y condenado al rebelde según las leyes del Estado, entrególo á Inglaterra para que lo juzgara según sus propias leyes, é Inglaterra no ha tenido más remedio que condenarlo. Indudablemente los interlanderes, como se llaman entre los boeros tales advenedizos, llegados allí de las colonias circunvecinas para explotar el oro, consiguieran la participación deseada en la gobernación de sus vecinos, si apelaran al método

evolutivo; pero apelando al suicida método de la revolución, han perdido todo derecho y han retrogradado en su empresa.

IV

Enmarañado el problema egipcio á primera vista, mas de una explicación por todo extremo fácil. Creían los franceses allanada por su inteligencia con Rusia esta cuestión, y facilitado el regreso de las tropas británicas á su patria, mientras los ingleses continúan trabajando por extender el Imperio egipcio, y darle aquellos contrafuertes necesarios á la seguridad suya, especie de diques opuestos á una invasión de los nubios, prontos, de antiguo, siempre, á descolgarse desde las altas corrientes del Nilo y los desiertos donde se adoraba el Júpiter Amón, á las bajas corrientes del Nilo, al espacio de los colosos, de los obeliscos, de las momias y de las pirámides. Por las fiestas, por los regocijos consiguientes á hechos como la exaltación de nuevo Czar al trono, como su boda con hermosa princesa germánica, como su coronación á grandiosos espectáculos ocasionada, parecía tan sólo en divertirse ocupado, en diversiones y fiestas llevadas á sus últimos extremos con el paseo triunfal por París; mas, en lo que realmente se ocupaba era en atender á su propio engrandecimiento, sin curarse para cosa ninguna del respectivo engrandecimiento de Inglaterra. Muy envalentonados los dervises y los mahedies nubios entre las tribus de negro ébano, que trabajan el blanco marfil, á causa del combate trabado por Italia con Abisinia, se removían en términos de levantar temores por su propia seguridad entre las tribus del bajo Egipto; y para disiparlos emprendió Inglaterra su feliz expedición á Dongola, con ánimo de ponerles bajo el yugo de los soldanes mediante un esfuerzo tenaz, el cual ha sido coronado por una victoria completa. Esta expedición cedía en bien del continente africano, porque importa y conviene á su prosperidad el predominio de razas, como las

egipcias, aunque infieles, ó cophtas á lo sumo, superiores por su cultura y por su color á las razas esclavistas y supersticiosas, las cuales se levantan batidas por el fanatismo y la intolerancia, como los oleajes de arena por el simoun, y caen sobre cualquier centro de cultura, destruyéndolo bajo sus asoladores pies, de igual modo que las lavas del Vesubio destruyeron á Herculano y Pompeya. Pero si la expedición favorecía mucho al bien común, castigando razas, conservadoras aún de la mutilación y del comercio de carne humana, tenía la contra de que perpetuaba la ocupación británica y hacía perdurable á los humanos ojos el dominio de los ingleses sobre tierras, claves de la navegación y senderos del comercio, desde que se convirtió en canal el istmo de Suez. Para ponerse Rusia un tanto en favor de Francia y sus pretensiones respecto de la evacuación inglesa, como los ingleses echaron mano de los fondos adscritos al pago de la deuda para pago de la guerra, le interpusieron una demanda en tribunales de carácter intercontinental, que ganaron, viéndose obligados á restituir las cantidades puestas en circulación, por creerlas un adelanto debido por el Imperio egipcio á sus esfuerzos y á sus trabajos. Mas, al ver perdida la demanda y encontrarse con la obligación de reintegrar en el Tesoro los adelantos recibidos á título de pronta devolución, dicen que, siendo por ellos la expedición satisfecha, el resultado debe ser por ellos aprovechadísimo también, y tendrán en la Nubia un jalón más, conducente á prosperar el plan, que habrá de realizarse y concluir dilatando el poder británico por todas las tierras del continente africano, hasta subir sus banderas desde los mares australes azotados por las tormentas, al primer origen ó manantial del Nilo, y bajar por su cauce hasta las plácidas riberas del Mediterráneo, iluminadas por el faro de Alejandría. Bueno será que recapacite Inglaterra sobre las extraordinarias consecuencias traídas por todos los extraordinarios excesos, y cumpla una promesa dada en el momento de ocupar Egipto, y que mantienen á una en todas partes y todos los días sus más escucha-

dos oradores. Una reconciliación entre Francia é Inglaterra se impone, al ver los aires de matón y baratero que toma el imperio ruso en todas partes, y esta reconciliación es imposible mientras esté Inglaterra en Egipto. Deseemos y pidamos la posible independencia del Nilo.

V

Y ésta puede cumplirse, como se ha cumplido también la paz entre Italia y Abisinia, tan deseada por la opinión europea, magüer oponerse á ella el patriotismo ciego de algunas fracciones italianas exaltadísimas, quienes todavía no han entendido los milagros que ha hecho y las ventajas que ha Italia en la segunda mitad de este nuestro siglo conseguido. Poseedora de una colonia, Eritrea, en los desiertos cercanos al Mar Rojo por Africa, no quería el Nego, su vecino abisinio, tras las fronteras propias, otra cosa que un recíproco cambio de buenos oficios entre los dos pueblos y una perdurable amistad. Cristianos los abisinios, según ellos pretenden y dicen, quizás mucho antes que Italia lo fuese, por tradiciones bíblicas generadoras del Cristianismo; por comercio y relación inolvidables con el rey Salomón, que han pasado en sus recuerdos religiosos á épicas leyendas; por el envío de uno entre los reyes magos, cuya estrella en sus cielos encendidos aún brilla hoy, al Portal de Belén; por apostolados de los primeros evangelistas, no veían de mal ojo establecerse una potencia cristiana en su vecindad, cuando por todas partes envuelve al viejo y misterioso Imperio aquél la superstición y la combatividad musulmanas. Pero el pacto de alianza, firmado entre Menelick y Humberto, se convirtió en carta de protectorado, por la interpretación italiana, que rechazó el Nego, al punto de pisotear con sus pies los papeles donde se contenía, y retar á guerra sin cuartel ó sin descanso á los audaces intérpretes. Bajo impresión tal mandó sus señores feudales contra las tro-

pas italianas, y todos mordieron el polvo al valor de tan heroicos soldados, que mostraran en aquella tórrida campaña su noble descendencia de la eterna soberana Roma. Debió bastar este bello triunfo para seguridad completa de la colonia, tanto más cuanto que se había ido cada ras, como se llaman los reyecillos abisinios, á su respectiva madriguera, y no sentían gana ninguna de volver al combate, recibido el escarmiento. Siguiéronlos, pisándoles los talones, allende la línea del Mareb los afortunados, y el rigor de aquel clima, el cielo como un horno de fundición, el desierto donde parecen chispas las arenas, comenzaron á ponerse, con sus fatalidades abrumadoras, de parte del vencido. Así, conociendo lo angustioso de la situación del ejército italiano el Nego, y seguro, tras sus intangibles líneas del Mediodía, organizó á su guisa y grado cien mil hombres, curtidos en la guerra, no tan valerosos, á pesar de su audacia guerrera, como los italianos, pero favorecidos por un clima en el cual viven ellos á su sabor, y contra el cual pueden poco la inteligencia y la pujanza europeas. Así, después de haber contestado con grande jactancia el general Baratieri á una proposición de paz y hecho un fuerte que por completo carecía de agua, la primer avanzada en Alaghi, así como el primer avance, fueron contrastados y rotos por los malheridos de un menosprecio cándido é infantil. Contaban los italianos con que pasase allá, en Abisinia, lo que pasa en todos los tiempos y en todos los pueblos feudales: así que se presenta una tropa enemiga del emperador feudal, supremo imperante, se desgranan los feudos y se sublevan los vasallos con corona, que difícilmente sufren al ser supremo, quien parece, por lo soberbio, sobre la tierrra un Dios, acechado y combatido por ellos á la continua con odio y furor inextinguibles. Pero saliéronle á los italianos tales cuentas mal. Todos los régulos abisinios se quedaron á una con el emperador, y los inscritos bajo las banderas italianas concluyeron por abandonarlas, y se marcharon al campo donde les llamaba con la voz de su sangre, la voz de su tierra, incontrastables reclamos.

Y al poco tiempo de tales sucesos, el ejército abisinio cayó sobre las tropas italianas con furores de ciclón y produjo efectos de naufragio. Habían tomado la ofensiva los italianos, y para vencer dividieron en tres columnas sus fuerzas por los siniestros campos de Garima, las cuales tres columnas no pudieron entenderse y ayudarse mutuamente, cercadas y vencidas por un ejército triple, compuesto de soldados furiosos, los cuales peleaban á una en línea inmensa, con el furor de las alimañas esparcidas en sus territorios, sembrando el suelo de cadáveres, que luego mutilaban, haciendo de las matanzas algo cual los despojos de una carnicería, ó cual los cuerpos de las víctimas despedazados por uñas de águila, ó cual la pasta que con las carnes y las fibras y los huesos de sus presas hacen las garras de los tigres, el hocico de las hienas ó el diente y las quijadas de los leones. Después de haber matado muchas gentes, aquellos hijos de la guerra, por el odio enloquecedor, exterminaron todos cuantos italianos pudieron; y detenido el exterminio por una piedad superior, se llevaron los soldados restantes al cautiverio, repitiéndose los combates anteriores al comienzo de la civilización. El sentimiento público italiano se volvió contra el general que dirigiera la campaña y contra el Ministerio que la ordenó, siendo entregado Baratieri á un Consejo de guerra como reo, por lo menos, de incapacidad sin ejemplo, y puesto en trance Crispi de dimitir el Ministerio por haber ordenado la marcha del ejército patrio al Sur, donde halló su derrota, y haber con grandes instancias pedido una victoria para sus personales fines políticos. Así, un Ministerio nuevo, presidido por el marqués de Rudini, se formó para tratar la paz; y en este Ministerio entraron el caballeroso duque de Sermoneth, como ministro de Negocios Extranjeros, y el consumado economista Sr. Colombo en Hacienda, dirigida con tal acierto, que se halla en vías el Tesoro italiano de restañar las heridas causadas por la guerra y ofrecer un superabit, regaladísimo fruto de la libertad y de la paz. Deseémoslas para todos los pueblos y para todas las tierras.

VI

Las enfermedades cesáreas no influyen hoy sobre los valores públicos, cual antaño influían. Yo recuerdo los tiempos en que no podía dolerle al emperador Napoleón una muela, sin que las cotizaciones bursátiles cayesen á cero. Cierta baja en estos días hubo; mas, insignificante, pasajera, y en seguida repuesta. Provino la baja del rumor divulgado entre bajistas sistemáticos respecto de la salud imperial del buen Nicolás II. Como los czares dejaron de ser aquellos antiguos colosos, cuyas gigantes formas parecían proporcionadas á sus colosales poderes, y dejaron de serlo tras la intersección en su dinastía del elemento danés, á ella por la emperatriz madre aportado, todo el mundo teme ver corona, parecida en grandeza y esplendor á un astro, sobre las sienes de muy débil joven, quien sólo dejaría por heredero moribundo hermano y quizás póstumo príncipe, abriéndose así una era de regencia muy ocasionada en todas partes, con especialidad en Rusia, por la debilitación del jefe de aquellas gentes, á perturbaciones extremas. Pero no fué nada. El czar está bueno. Se le resintió la herida, en su cráneo abierta otro tiempo, al golpe asestado por un fanático é intolerante japonés, á su cabeza; y no obstante anunciar el telégrafo alguna operación quirúrgica de necesidad, todo ha corrido sin recurrir á tan extremo remedio. El Gobierno ruso ha hecho lo posible para disuadir á los mercados de persuasiones pesimistas, y poner en los más empecatados agoreros de males otras impresiones y otros juicios aromados por un dulce optimismo. Las fiestas litúrgicas de los griegos vienen todas retrasadas respecto de las nuestras, por no haber admitido tales buenos cristianos la corrección gregoriana. Y como el día de Reyes, que cae á comienzos del corriente

mes entre nosotros, mientras allá en Petersburgo á mediados, el czar acaba de acudir á la fiesta del Newa, tan semejante á la fiesta del Dux en las lagunas, después de haber pasado revistas militares ó terrestres, sin que se haya su buena salud resentido un minuto, ya nadie tiene recelo alguno, ni menciona tal especie.

VII

En cambio se habla muchísimo del ascenso de Mourawieff al cancillerato ruso, vacante por muerte de Lobanoff, desaparecido al rompimiento de una mortal aneurisma por los comienzos del último cesáreo viaje. En todas las cortes del mundo hay partidos, y en todos los partidos de las cortes hay cabezas. Más temibles que los motines callejeros las intrigas cortesanas. Parecía una balsa de aceite al vulgo el palacio de Berlín; sin embargo, viviendo el gran Guillermo, hubo tres centros de oposición á Bismark, sostenido contra todo y contra todos por el emperador en persona. Uno de los centros constituído, el cuarto de la emperatriz Augusta; otro, el cuarto de la princesa imperial Victoria; otro, el cuarto del príncipe imperial Federico. Pues lo mismo sucede ahora en Rusia. Danesa la emperatriz viuda y alemana la emperatriz consorte, no se llevan bastante bien, así por el parentesco entre las dos existentes, suegra y nuera, como por el origen opuesto de ambas princesas, perteneciente á un pueblo desmembrador la una, mientras la otra pertenece al pueblo desmembrado. No debemos extrañarnos de qué designación para una dignidad tan alta como la subjefatura del Imperio, inmediatamente bajo la persona del emperador mismo, promueva muchas cavilosidades y al compás de las cavilosidades muchos comentarios. Para todo el mundo aparece como artículo de fe que la designación de Mourawieff, embajador en Dinamarca mucho tiempo y amigo de la dinastía danesa muy antiguo, significa un

triunfo de la emperatriz madre sobre la emperatriz consorte. Yo nada quiero decir. Será todo eso lo que tase un sastre, ó sea el emperador, que hará siempre su santísima voluntad.

VIII

Existen los jóvenes y los viejos rusos en Rusia. Pero no se distinguen unos de otros por su edad; se distinguen por sus ideas. Puede un verdadero niño ser viejo ruso, y joven ruso un verdadero anciano. El viejo ruso, chapado al modo antiguo, profesa ideas ortodoxas; el joven ruso, pensando siempre á la moderna, profesa ideas colectivistas. Mourawieff pertenece á los viejos rusos, muy pagados de aquella iglesia, de aquella monarquía, de aquella constitución social en que arriba campea un emperador, casi Dios, y yace abajo un pueblo casi esclavo. Y perteneciendo á los viejos rusos, no hay para qué añadir cómo aborrecerá á los inquietos occidentales, empeñados en llevar allá nuestras instituciones parlamentarias con nuestras fecundas libertades, y cómo mantendrá el fiel de la balanza entre alemanes y franceses, por igual repulsivos á un buen ortodoxo reaccionario, pues son héroes y profetas de la revolución moderna los franceses por su parte; mientras por su parte son filósofos ó Bautistas de la revolución los alemanes. Así, en tanto que se dan de calabazadas todos los periodistas del mundo para inquirir y explicar qué proceder político seguirá Mourawieff, el gran estadista recluído en su Ponto, cual Ovidio, y consagrado á escribir también sus tristezas, aunque sus poderosos favorecidos le han agraviado en su vejez y le han abierto mortal herida en su pecho, se cree tutor nato de los intereses germánicos, y asegura, por medio de su órgano, tan escuchado en el mundo, que Alemania no recibirá nunca daño, ni mengua, del canciller Mourawieff. Al ver esto, sólo se me ocurre: los franceses tienen la palabra.

IX

Exceso de ortodoxia en Rusia y exceso de heterodoxia en Francia, sobre todo entre los republicanos de la izquierda. Se necesita vivir con éstos para comprender cómo les desatina y de quicio les saca el recuerdo, no ya de las religiones, el recuerdo de que habita en el espíritu la idea de Dios y en el espacio la presencia de Dios. En vano los adelantos contemporáneos científicos han por siempre concluído con la generación espontánea dentro de la experimental retorta de Pasteur; en vano el profundo sabio que ha perdido estos días Alemania, Reymond, ha muerto invocando el motor divino después de haber hecho revelaciones acerca de la relación del movimiento muscular nuestro con el movimiento cósmico universal, que confirman el gobierno por una Providencia de todos los seres: la facilidad en sus negaciones de los enciclopedistas se ha pegado á sus herederos, y el nombre de Dios es callado en Francia y suprimido por muchos, como puede suprimir el devoto una blasfemia. Y, sin embargo, se les ha entrado á los franceses por las puertas del Cuerpo legislativo, nada menos que un deista de tomo y lomo, quien cree con sinceridad en el Dios más despótico de todos los proclamados por las diversas creencias, en el Dios de Mahoma, siendo digno de respeto á causa del sincero fervor que muestra en sus oraciones diarias, y de la escrupulosidad con que cumple todos los deberes impuestos por su liturgia. Vestido á la manera de Abraham; envuelto en togas y hopalandas litúrgicas más antiguas que las usadas por los hijos de Santo Domingo y San Francisco; el turbante á la cabeza y el tafilete al pie y el rosario al cinto; vibrándole á la continua los labios oraciones y despidiéndole místicos relámpagos de sus órbitas los ojos ab-

sorbidos en un éxtasis completo; con sus abluciones koránicas en el Sena y sus besos fervorosos á las escaleras, por lavar aquellas el cuerpo de toda mancha y conducir éstas al Paraíso, el diputado de Pontalier, médico y sabio, demuestra que pueden los materialistas, al huir del Dios de Jesucristo, caer en el dios de Mahoma.

X

Y á propósito de Mahoma: gravísimo hecho ha pasado estos días por Constantinopla, nada conocido, y que merece mucho estudio. Uno de los ministros, el joven Fuad-Bajá, ha mostrado en sus conversaciones y en sus acuerdos pertenecer á la joven Turquía, es decir, al partido liberal y reformador, cuya cabecera ocupó un tiempo Midhat-Bajá, cabecera que le costó la vida. Pues parece que ha estado á punto de costarle tan precioso don del cielo al nuevo reformador, expedido por el sultan á un desierto, donde los leones dan cuenta de los vivos y los cuervos de los muertos, en la soledad inmensa de arenales parecidos á hornos caldeados. Una influencia diplomática se ha opuesto al propósito del sultán, y el jefe de los reformistas otomanos permanecerá en las amenísimas riberas del Bósforo tracio, tan diversas del desierto árabe pétreo. Mas parece que habrá su intento de marrar, estrellado contra creencias que han encallecido el espíritu de los turcos y contra costumbres que les han dado una indeleble naturaleza. Nadie con la ciencia y con la experiencia de Midhat-Bajá. Dueño del poder; teniendo á sus espaldas Inglaterra; con un partido numeroso á sus órdenes; cuando escribía la Constitución, mi grande amistad con él, á quien conocí en uno de mis viajes, y las consultas con que tantas veces me honrara, obligáronme á decirle que no había el Turgot musulmán brotado aun, y que sus esfuerzos habrían de costar la vida, narrados so el despo-

tismo de un sultán endiosadísimo y la ignorancia de un pueblo esclavizado.

XI

El Centro germánico de nuestro continente ha menguado mucho por consecuencia y obra de lo que adelantara y creciera el Norte ruso en su alianza con los franceses. Habíanse visto algunos asomos de disidencia entre los factores componentes de la multiplicación alemana, protestas más ó menos tácitas de algún soberano, malhumores más ó menos patentes da alguna Cámara. Mas nunca se vió síntoma tan grave de separación como el patentizado en Moscou á causa de haber un inocente cónsul alemán recibido en sus oficinas al príncipe de Prusia y llamado comitiva imperial á un acompañamiento en que iban personajes de tan grande altura como el heredero de la corona bávara. Y al mismo tiempo que se nota esto, nótase también una grande fatiga en el ejército, y otra mayor fatiga todavía en el pueblo, necesitado de sufrir y aguantar tan enorme carga. Lo cierto es que han menudeado los escándalos militares y se han visto procesos delatores de un quebranto enormísimo en tan fuerte y complicada máquiaa. El mismo Estado Mayor general no se halla concorde y unánime al tratar las mejoras pedidas por este capital sostén del Imperio. Mientras los generales parlamentarios pugnan por concordar el código militar como el código penal, pugnan por guardar su vieja disciplina los generales cortesanos. Un día, en cierto café de una corte germánica, tropieza modesto ciudadano con soberbio capitán. Este salta como si le hubiese picado una víbora, y exige le den por un pisotón satisfacciociones rendidas. El ciudadano dice que no ha querido molestar y menos ofender con golpe dado de manera indeliberada é inconsciente, y no tiene para qué ofrecer ó dar satisfacciones inútiles. Pierde la cabeza el soberbio, y sacando su espada, la

hunde con fuerza en las entrañas del ciudadano y lo deja muerto á sus pies. Con este motivo se arma un proceso escandaloso, y en el proceso escandaloso se observa que ha entrado un poco el ejército alemán en Capua, necesitando saludables ejercicios físicos y morales para sanarse. Algo de lo mostrado por el ejército muestra el Cuerpo de comunicaciones y el Cuerpo de diplomáticos. Aquél trastrueca ó falsea un discurso del emperador Nicolás, pronunciado en Hesse, y éste comete, por boca de su gran maestre Bismark, la imperdonable falta de divulgar secretos del Estado, que piden y necesitan una grande reserva. El joven Guillermo debe decirse á sí mismo lo que Hamlet se decía en sus continuas cavilaciones: algo hay podrido en Dinamarca. Y, sin embargo, todavía sueña con desmedidos gastos en Marina y con desmedidos engrandecimientos en colonias. Parece imposible. De las gentes boreales en la Historia, sólo aparecen marineras las que tienen muchas costas: los daneses ó los escandinavos, cuando más la familia sajona, ida en movimientos é irrupciones de antiguo á Inglaterra. Pero el alemán, propiamente dicho, es continental; hace muchas acaparaciones cismarinas, como lo muestran tantos territorios conquistados por ellos; pocas acaparaciones trasmarinas. Y sin embargo, por el sueño colonial tropezaron un día con nosotros en las Carolinas; por el engrandecimiento colonial entraron en Zanzíbar sin motivo, y salieron de Zanzíbar sin provecho; por las tenaces aspiraciones coloniales, riñeron este año con sus abuelos ilustres, los lusitanos, y le dieron dolores de cabeza injustificados á Portugal. No llama Dios á los alemanes por ese camino.

XII

Réstanos tan sólo tratar la cuestión de Oriente, un poco diluida en los párrafos anteriores. Ninguno de los problemas europeos adolece de tan tenebrosos misterios cual este pro-

blema pavoroso. De un lado Imperio musulmán que agoniza; de otro lado pueblos desprendidos de tal Imperio que no acaban de constituirse y de formarse. Háse agravado mucho en este año último, á consecuencia de semejante situación, el estado de Oriente. Un espectáculo industrial han ofrecido estos pueblos, que restaña muchas heridas de la guerra y abre muchas esperanzas en los horizontes de la paz universal. Se han reunido, para celebrar en las Puertas de Hierro los trabajos que destruyen aquellos rápidos, semejantes á cataratas, y encauzar el Danubio, semejante al mar, los jefes de las naciones ribereñas, presididos por su presidente natural el emperador de Austria. Y sin embargo de tal solemne reunión, en que parecía no debiera faltar nadie, faltó nada menos que todo un príncipe de Bulgaria. Y esta falta decía bien la tranformación sufrida por estos pueblos en los últimos tiempos, en el año último casi. Mientras el rey de Rumania se ha visto precisado á entrar en la triple alianza, como se lo reclama su origen alemán y el despojo que le hicieran de su Besarabia los rusos victoriosos; el príncipe Fernando de Bulgaria, hechura y protegido de Stambuloff, descuartizó á su protector como una fiera dañina; puesto en Sofía para deservir á Rusia y servir al Austria, se ha vuelto hacia Rusia; preservado por una Constitución tolerante de un cambio religioso, ha bautizado á su primogénito en los ritos de una religión repulsiva por completo á su conciencia.

Y ahora, en el proceso abierto para castigar á los asesinos de Stambuloff, la viuda del muerto, llevando las manos de la víctima separadas de su tronco y pronunciando el nombre de cada terrible descuartizador ha dicho: «Los reos no son esos; el reo es único y está más arriba.» Tales dramas únicamente prueban que la cuestión oriental se halla en un estado de indefinición semejante al del protoplasma, quien produce muchos organismos con el tiempo y el movimiento, mas no pasa de materia gelatinosa en sus comienzos y no tiene carácter orgánico alguno. Las matanzas de Armenia, los incendios de

Anatolia, el movimiento mal apaciguado de Creta, los combates económicos entre tantos patriarcas como se disputan las orientales Iglesias, un emperador asediado por las rebeliones como Sardanápalo por las llamas, la muerte de una religión y la caída de un califato que dominaran grande parte del mundo; Bosnia, inquieta; Servia, no bien regulada y constituída; Bulgaria, perpleja; Macedonia, casi en armas, dicen al abrirse las puertas del nuevo año, que relampaguea la guerra en todos los horizontes. ¡Dios nos asegure la santa paz y nos prospere la indispensable libertad.

EMILIO CASTELAR.

Madrid, 30 de Enero de 1897.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

La evolución social, obra escrita en inglés por Benjamín Kidd. Publícala en castellano La España Moderna. Madrid: un vol. de 344 págs.—Su precio, siete pesetas.

El libro del Sr. Kidd, que con excelente acierto acaba de publicarse en castellano, ha sido uno de los grandes éxitos editoriales de estos últimos años en Inglaterra. La primera edición de tan interesante obra vió la luz pública en Febrero de 1894, y según indicación que va al respaldo de la portada de una de las ediciones inglesas—que tengo á la vista—el libro fué reimpreso en Abril, Mayo, Junio, dos veces en Julio, en Agosto, Septiembre y Noviembre del mismo año, y luego creo que varias veces en 1895. La obra, que yo sepa, se tradujo en francés y en español; antes de que se publicase la traducción de que ahora quiero hablar, la dió á conocer en amplio y delicado análisis el Sr. Azcárate en nuestra *Revista de Derecho y sociología.*

Se trata, pues, de un libro que no es preciso recomendar de un modo especial desde estas notas: créese recomendado de antemano por su brillante historia. Un libro de sociología, cuyas ediciones se repiten en tan breve término en un país tan culto como Inglaterra, que luego se traduce á las lenguas continentales, y que además ha dado margen á grandes estudios en las revistas inglesas y no inglesas, se recomienda, desde luego, y pide ser leído y meditado por cuantos se interesen, más ó menos platónicamente, por las cuestiones sociales.

Pero, ¿de qué trata el libro de Kidd? Su título no es demasiado expresivo, *Social evolution*: *le evolucion sociel* puede

servir de rótulo ó epígrafe á los estudios más heterogéneos de la sociología. Toda la obra sociológica de Spencer pudiera titularse de ese modo. Nada más distinto, sin embargo, por el contrario, que el libro del Sr. Kidd, comparado con los libros de Spencer. No se trata de una obra sistemática, ni de una construcción total de la ciencia social, sino de una obra oportunista, circunstancial, de alta crítica sociológica, de la situación moral, religiosa, científica y en cierto respecto económica del mundo civilizado.

El primer capítulo está consagrado, pudiéramos decir, á tomar posiciones ante el problema de la vida humana moderna: el autor describe la situación de la sociedad al finalizar el siglo XIX; es como un balance del activo y del pasivo de una etapa que termina, y que es preciso conocer bien, para ver qué conviene hacer en la nueva etapa que comienza. Kidd atiende, sobre todo, á las condiciones particularísimas en que la nueva etapa encuentra el problema religioso: es de los que perciben y notan y aplauden el renacimiento de las ideas simpáticas al sentimiento religioso de la humanidad, no como adhesión á los dogmas, sino como tendencia ó disposición favorable á la religiosidad en su más amplio sentido, y como consecuencia de la alta función utilitaria que están llamadas á desempeñar las creencias. En el capítulo segundo estudia el autor las condiciones del progreso humano, fijándose, principalmente, en el elemento de la lucha, que conceptúa fatalmente como ley de vida, á través de las formas más violentas ó más disimuladas; en el capítulo siguiente procura poner de relieve la antítesis que existe entre los dictados de la razón y las condiciones impuestas por el progreso: la doctrina evolucionista, en opinión del autor, ha logrado sentar como verdad este antítesis: el principio fundamental del desarrollo social es que, en dicho desarrollo, los intereses del individuo y los del organismo social á que pertenece no son idénticos. La razón dirá siempre al individuo que para él sólo son de importancia el tiempo presente y sus propios intereses, y entre

tanto, las fuerzas que trabajan para nuestro progreso tienen, ante todo, en cuenta, no los intereses del industrial, sino los harto diferentes del organismo social, sujeto á sus condiciones y poseedor de una vida muchísimo más larga.

En el capítulo siguiente (cuarto), considerándose el autor en posesión de los datos del problema social, pasa á estudiarlo y á indicar la terminación de su solución circunstancial. La cuestión más grave está, sin duda, en explicar cómo, á pesar de la antítesis de intereses, antes indicada, se producen las grandes síntesis de la sumisión del interés individual, egoista, á las corrientes de la general y de la colectiva. Aquí es donde el autor encuentra el gran influjo de las religiones, y por eso, en el capítulo quinto, pasa á estudiar el papel de la creencia religiosa en la evolución de las sociedades, refiriéndose después, en los capítulos sexto y séptimo, á las condiciones del problema en la civilización occidental, al carácter y valor del socialismo moderno, etc., etc.

Leyendo el libro de Kidd con cuidado, se comprende su gran éxito en Inglaterra. Es un libro oportunísimo: trata las cuestiones más altas de la filosofía social, desde puntos de vista que excitan el interés inmediato de las gentes que en los países cultos se ocupan en el estudio y solución de los grandes problemas del mundo moral, bajo su aspecto práctico. Además, aun cuando el lector no comulgue con las opiniones del autor, están estas expuestas de un modo atractivo y simpático y sugestivo en extremo. Por último, no habrá contribuído poco al éxito de la obra, lo original de muchas de sus ideas, como dice el Sr. Azcárate: «el consorcio, que tan extraño ha parecido á muchos, del cristianismo con la doctrina evolucionista; el sentido individualista, revelado en la proclamación de la competencia como expresión de la ley de la lucha por la existencia, compaginado con el criterio socialista con que examina el estado actual de la sociedad, la fe en las doctrinas de la democracia, etc., etc.»

ADOLFO POSADA.

OBRAS NUEVAS

Acevedo y Huelves (B.)—Legislación del impuesto de derechos reales y transmisión de bienes. En 4.°, LVI-183 págs.: 3 pesetas.

Aguilar Martinez (F. de B.)—Apuntes de hidrología médica general. *Tomo II y último.* En 4.°, 2 hojas 471 págs.: 12 pesetas.

Algara y Cervantes (J.)—Los descendientes de Miguel de Cervantes Saavedra. Apuntes genealógicos. En 8.°, 61 págs.

Anguelú (P.)—Guía para aprender con facilidad y perfección los verbos franceses más usuales. En 4.°, 284 págs.: 3 pesetas.

Anuario Barreiro. *Año I.* 1896. Enciclopedia agrícola, ganadería, industrial, comercial y estadística de la República del Uruguay. En 8.°, VIII-480 págs.: 4 pesetas.

Aza (V.)—Bagatelas; poesías. En 8.° prolongado, 181 págs.: 2 pesetas.

Balart (F.)—Horizontes; poesías. En 8.°, 207 págs.: 3 pesetas.

Barrantes (P.)—Tierra y cielo; poesías. En 8.°, 223 págs.: 3 pesetas.

Bhagavad-gita ó poema sagrado. Episodio del mahabharata, ó sea el venerable poema sagrado, la ciencia del ser supremo, el libro de la devoción, coloquio entre el venerable Krixna y Arjuna, traducido del sánskrito, por José Alemany Bolufer. En 8.°, XXXIII-186 págs.: 3 pesetas.

Blanco Constans (F.)—Estudios elementales de derecho mercantil. *2 tomos.* En 4.°: 14 pesetas.

Blasco Ibáñez (V.)—Cuentos valencianos. En 8.° 248 págs.: 1,50 pesetas.

Boletín de la Real Academia de la Historia. *Diciembre de 1896.* Cada cuaderno 1,25 pesetas.

Cabezón (E.)—Coplas alegres. En 8.°, 237 págs.: 2 pesetas.

Cases (C. de las).—Memorial de Santa Elena. *4 tomos.* En 8.°: 18 pesetas.

Castel del Valle (O.)—Circular amorosa; juguete cómico. En 8.°, 32 páginas: 1 peseta.

Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo (1518-1818), colectados y publicados por J. T. Medina. *Tomo X. Valdivia y sus*

compañeros. III. Santiago de Chile. Impr. Elzeviriana. 1896. En 4.° mayor, 494 págs.: 15 pesetas.

Corrales (V.)—Conversaciones familiares en castellano y latín. En 4.°, 336 págs. á dos columas: 6 pesetas.

Corzo (A.)—Hojas de Otoño, colección de artículos. En 8.°, XIX-421 páginas: 10 pesetas.

Dalmau Carles (J.)—Aritmética razonada y nociones de álgebra. *Libro del alumno.* En 4.°, 510 páginas: 6 pesetas.

Dessault (M.)—Tratado práctico de corte y hechura de trajes para hombres y niños. En 8.°, XI-589 páginas: 6 pesetas.

Diablo Cojuelo (El).—Pompas y honores. En 8.°, 51 págs.: 1 peseta.

Díaz Carmona (F.)—Elementos de historia de España. En 4.°: 17 pesetas.

Dicenta (J.)—El señor feudal; drama en tres actos. En 8.°, 79 páginas: 2 pesetas.

Reglamento para la provisión de escuelas públicas. En 4.°, 24 páginas: 0,50 peseta.

Foz (B.)—Vida de Pedro Saputo, natural de ¡Almudévar, hijo de mujer, ojos de vista clara y padre de la agudeza, por D. Braulio Foz. *Segunda edición.* En 8.°, 368 págs.: 2,50 pesetas.

García Bruna (A.)—Guía del pasajero en vía marítima. En folio, 20 páginas: 1,50 pesetas.

García Montalbán (A.)—Historia de una sortija, contada por ella misma. En 16.°, 66 págs.: 0,50 pta.

Granda (L. G. de).—Cartilla militar, para uso de cabos, sargentos y oficiales en campaña. En 8.°, 90 páginas: 1 peseta.

Guichot y Sierra (A.)—La montaña de los ángeles; monografía histórico-crítica. En 4.°, 250 páginas: 2 pesetas.

Gutiérrez (F. de A.)—Anuario postal y telegráfico para 1897. En 4.°, 192 págs.: 2 pesetas.

Heras (D. de las) y Bel (F.)—Vis á vis; juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. En 8.°, 95 páginas: 1 peseta.

López Silva (J.) y Fernández Shaw (C.)—Las bravías; sainete lírico. En 8.°, 56 págs.: 1 peseta.

López-Valdemoro (J.)—La niña Araceli (historia que parece cuento). En 12.°, 190 págs.: 0,50 peseta.

Mestres Gómez (J.)—Unidades eléctricas; su fundamento y empleo. En 8.°, 80 págs.: 1,50 pesetas.

Moraleda y Esteban (J.)—Mis viajes. *Segunda parte.* España, Francia, Italia y Suiza. En 12.°, 203 páginas: 1,50 pesetas.

Muñiz y Más (A.)—Maruja Carmela; parodia de «María del Carmen». En 8.°, 32 págs.: 1 peseta.

Nieto Serrano (M.)—Historia crítica de los sistemas filosóficos. *Tomo I.* En 8.° mayor, VI-366 páginas: 3,50 pesetas.

Nogués (E. J. M.) y Martorell y Rovira de Casellas (L.)—Quiebras y suspensiones de pagos. Comentarios al libro IV del Código de Comercio. En 4.°, VI-297, 605 páginas: 20 pesetas.

Olivart (M. de).—Colección de los tratados, convenios y documentos internacionales celebrados por nuestros Gobiernos con los Estados extranjeros desde el reinado de Doña Isabel II hasta nuestros días. (1875-79.) (Volumen séptimo de la colección completa.) En 4.° mayor, 482 páginas: 15 ptas.

Padrón Ruíz (J. M.)—Málaga en nuestros días. En 8.°, XV-420 páginas: 3 pesetas.

Parellada (P.)—Las olivas; cuento en un acto y dos cuadros. En 8.°, 28 págs.: 1 peseta.

Pérez Pujol (E.)—Historia de las instituciones sociales de la España goda. 4 tomos. En 4.°: 35 ptas.

Puente y Ubeda (C.)—Meteorología pupular ó refranero meteorológico de la Península ibérica. *I. Climatología*. En 8.° mayor, 4 hojas, 279 páginas: 3 pesetas.

Reyles (C.)—Academias. Primitivo. Montevideo. Imprenta de Dornelache y Reyes. S. a. (1896.) En 8.°, 54 páginas: 1 peseta.

Ribera (J.)—Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana. *Segunda edición*. En 12.°, 67 páginas: 1 peseta.

Rigualt y Soler (T. de A.)—Compendio de Religión y moral. En 8.°, 136 págs.: 1 peseta.

Rioja (A.)—En la Manigua. El Guao. Ceja del Negro y Guayabito en Vuelta Abajo. Sitio de Cascorro en el Camagüey. Habana. Imprenta «La Universal». En 8.°, 32 páginas: 0,50 pesetas.

Rodríguez Arias y Boada (E.)—El sueño de un colegial; monólogo en verso. En 8.°, 18 págs.: 1 peseta.

Rodríguez García (J. A.)—Enseñanza gradual de la lengua castellana. Principios de Gramática. Habana. Imprenta de Bernabeu y Compañía. En 8.°, 224 páginas: 2 pesetas.

Romea (J.)—El padrino de «El Nene»; sainete lírico. En 8.°, 49 páginas: 1 peseta.

Ruiz de Alarcón (J.)—La verdad sospechosa; comedia refundida y arreglada por Rafael María Liern. En 8.°, 87 páginas: 2 pesetas.

Silvela (F.) y Liniers (S. de).—Discursos leídos ante la Real Academia Española, en la sesión pública celebrada el día 20 de Diciembre de 1896, para la repartición de premios y socorros de la Fundación de San Gaspar. En 4.° mayor, 29 páginas.

Stricker (S.)—Fisiología del derecho. En 8.°, 222 páginas: 2 ptas.

Tolosa Latour (M.)—La noche buena de un médico. Niñerías. *Nueva edición* aumentada. En 8.°, XII-320 páginas: 3,50 pesetas.

Tomasich (E.)—Media docena de cuentos. En 12.°, 145 págs: 1 peseta.

Torre-Isunza (R.)—Filosofía cristiana. *Tomo I. Prolegómenos*. En 8.°, XV-383 págs.: 4 pesetas.

Torres Zamorano (F.)—Manual de legislación de montes. En 4.°, 279 págs.: 3 pesetas.

Tribunal de lo Contencioso.—Repertorio alfabético por materias de todas las sentencias y autos dictados por el Tribunal de lo Contencioso-administrativo, desde su creación hasta el 15 de Julio de 1896. En 4.°, 659-LXXIII páginas: 12 pesetas.

Vidal y Blanca (J.) y Lorente y Valcárcel (C.)—Justicia de Marina. Leyes de organización y atribuciones de los tribunales y de enjuiciamiento militar de Marina y Código penal de la Marina de guerra. En 4.°, 1012 págs.: 11 pesetas.

Zorrilla de San Martín (J.)—Resonancias del camino. En 8.°, 364 páginas: 4 pesetas.

INDICE

Págs.

El saludo de las brujas, por Emilia Pardo Bazán..... 5
Cartas de tierras lejanas: Aden, por Rafael Farias..... .. 22
Nueva biografía del Abate Marchena, por M. Menéndez y Pelayo.. 36
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 92
Los impuestos y la Hacienda en España desde Felipe III á Carlos II, por Bonnal de Ganges..... 113
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 135
La prensa internacional.—La Venus de Ille, por Próspero Merimée..... 149
Crónica internacional, por Emilio Castelar.. 182
Notas bibliográficas, por A. Posada..... 202
Obras nuevas..... 205

España moderna

AÑO 9.º NUM. 99.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

MARZO 1897

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.
Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EL SALUDO DE LAS BRUJAS

VIII

Mientras Rosario se arrojaba á la sima cerrando los ojos, Felipe María pasaba de la sorpresa á la extrañeza, de la extrañeza á la ansiedad y de la ansiedad á una exasperación furiosa. Las etapas de estos diferentes y sucesivos estados de ánimo, fueron como sigue.

Empezó sorprendiéndose al leer, en los *Ecos* de Dauff, que solía recorrer al vuelo antes de saltar de la cama y vestirse, la noticia de su boda con Rosario. A la impresión de sorpresa siguió la de extrañeza, en la cual entraba, sin que él se diese cuenta exacta de que era así, una especie de enojo: algo de apreciación malévola del hecho. Sólo por la chilena había podido saberse la noticia, pues sólo la conocían Rosario y él. ¿Era discreto en Rosario publicarla tan pronto, antes de comunicar á su futuro la opinión y el consentimiento de Viodal, antes de que la proposición la confirmase el pretendiente yendo á solicitar en toda regla la mano de la que amaba? Y Felipe, no acertando con otra razón de la ligereza de Rosario, la atribuía á un impulso de vanidad, al deseo de divulgar cuanto antes lo que la alhagaba. Esta idea de Felipe era, en el fondo, una idea hostil, una idea antiamorosa; y lo que él no adivinaba era que el

movimiento de desagrado al leer la noticia, nacía del mismo móvil que le había impulsado á refugiarse en el amor.

Desde la entrevista con los enviados de Dacia, el sedimento depositado en el alma de Felipe María subía fácilmente á la superficie. El trabajo que se verificaba en su espíritu nacía de que para Felipe había cambiado un sentimiento del cual se derivan necesariamente las acciones, á saber: el *concepto de sí propio*. Sin saberlo, quizás contra sus más firmes propósitos, Felipe María *se creía otro*..... otro de lo que era antes, otro que el resto de la especie humana. Habiendo rehusado el alto puesto que se le ofrecía, no por eso dejaba de estimarse ya como legítimo dueño de él. Sus derechos existían y estaban allí presentes, encarnados en su persona, unidos á un cuerpo mortal, pero consagrado, ungido por la sangre que llevaba en las venas. A la verdad, Felipe María no *pensaba* así; y, sin embargo, así *sentía*. Los sentimientos no los elegimos; se nos vienen, se crían como la maleza que nadie planta, y que inunda la tierra. Y los sentimientos delátanse á veces en puerilidades sin valor aparente, en realidad elocuentísimas, reveladoras de la verdad psicológica, como ciertos síntomas leves denuncian enfermedades mortales.

Si Felipe María pudiese ahondar en su corazón, traduciría de corrido impresiones al parecer indescifrables: vería por qué le había hecho tilín la pregunta de un servidor acerca del tratamiento; por qué le había molestado, como nos molesta el codo de un vecino de ómnibus, el familiar tuteo de Yalomitsa; por qué hombres que sólo le habían hablado durante una hora estaban siempre presentes á su recuerdo; por qué los aires dacios y el himno de Ulrico el Rojo, en especial, le habían causado involuntario escalofrío de placer; y finalmente, por qué en la noticia de su boda, que publicaba *La Actualidad* como si se tratase de un eco semi-mundano, sin fórmulas de respeto, cordialmente, percibía algo que le sonaba á impertinencia y le infundía tentaciones de decir cuatro frescas al periodista.....

No porque Felipe María hubiese sido excluído de su rango social dejaba de sufrir la influencia de su origen. Si hay algo que imprima un carácter indeleble, es el sacerdocio y la realeza; y más aún esta última, porque está en la masa de la sangre. Las dinastías reales suele fundarlas un hombre de acción, capaz de conquistar, y de vincular en su estirpe lo conquistado. Tiene esta clase de hombres, necesariamente sanguíneos, más vehementes las impresiones,

más devorador el deseo, la voluntad más incontrastable que los demás humanos. Aunque la raza degenere, la costumbre de ser obedecido conserva en ella íntegra la fuerza de querer y el convencimiento de que sus indicaciones son leyes. Los de estirpe regia no son vanidosos: la vanidad es una torre sin cimiento; no son tampoco capaces de soberbia ni de grosería; por lo mismo que se reconocen á gran distancia de los demás hombres, no exhiben neciamente su personalidad, y saben tratar á todos con exquisita cortesía y gran dulzura. Pero este mismo cuidado que ponen en mitigar su esplendor, dice á voces que no lo olvidan ni un segundo. Y la continuada preocupación de no herir la vista de los que la elevan para mirarles, les recuerda su propia elevación y cuanto les separa del resto de los mortales, como el cuidado de esconder la garra recordaría al león que la posee.

No había necesitado Felipe María adoptar tales precauciones, puesto que jamás le habían tratado como á persona real. No obstante, algunos amigos y conocidos suyos indicaban á veces que no le tenían por un ciudadano como otro cualquiera. La misma humillación infligida á su madre; los pasos, manejos y trámites que precedieron á la ruptura del matrimonio; los rencores de la mujer desdeñada y ofendida; las alusiones á sucesos que siempre vivían en la memoria, eran otras tantas causas determinantes del carácter y la complexión moral de Felipe. De estos antecedentes dimanaba su afición á la vida refinada y retirada, que satisface la altivez y los instintos de independencia, y es un medio de situarse más arriba que la multitud. La injusticia, que á veces infunde resignación, otras veces afinca en el alma, como agudo y férreo clavo, la noción del derecho. Y la levadura vieja de la ambición maternal tenía que fermentar al contacto del aire que agitaban las palabras de los dos enviados.....

Por eso Felipe deseaba embriagarse con el vino de la pasión. Quería defenderse de sí mismo, y no encontraba á qué asirse más que al atractivo de Rosario, contra el cual había luchado hasta entonces. Sabía que Rosario era mujer capaz de fascinarle hasta olvidarlo todo, al menos por algún tiempo, mientras durase la fuerte y dorada tela del amor completo é insaciable; y comprendía que, casado con ella, lo imposible, poderoso como la muerte, se alzaría á guisa de muro de bronce ante su secreta codicia de grandezas.

Atarse las manos, bebiendo antes un filtro, era el propósito de Felipe al entregarse á Rosario.

Y, así y todo, le molestó la noticia en el periódico. Estaba á cien leguas de suponer que procedía del pintor la indiscreción. Al separarse en el Jardín, Rosario y él habían convenido en no verse hasta que el tío conociese y sancionase, de buena ó mala gana, los proyectos y deseos de su sobrina. Acordaron que, una vez enterado y notificado Viodal, Rosario pondría dos letras señalando hora para la visita de Felipe, y que esta visita sería oficial: petición en regla. Nada tenía de sorprendente que se retrasase tres ó cuatro días el aviso de Rosario; lo que no podía compaginarse con el retraso era la noticia á boca de jarro de *La Actualidad*.

Había anunciado Felipe su resolución de no volver á los "cuatro elementos"; pero no pudo contener la impaciencia y el afán de descifrar el enigma, y decidió presentarse en casa de Rosario: tal vez ésta le hubiese escrito, y bien pudo acontecer que, por cualquier motivo, se extraviase la carta. La primera vez que llamó á la puerta de la chilena, contestáronle que la señorita estaba acostada, con una jaqueca insignificante. La segunda, dijéronle que, si bien experimentaba mejoría, Rosario no salía aún de sus habitaciones. La tercera fué la respuesta más alarmante y ambigua: la señorita no recibía á nadie. Felipe interpeló ya directamente á la doncella, mujer madura, seria, una dueña de teatro.

—¿Le ha dicho usted á la señorita que yo advertí ayer que volvería hoy?—exclamó, clavado en la antesala y con vehementes impulsos de forzar la consigna.

—La señorita sabe que el señor ha venido dos veces—respondió la doncella, con el aire de reserva que adoptan los buenos criados al despachar á personas que sus amos no quieren recibir, sin querer tampoco agraviarlas.

Entonces Felipe la miró con expresión altanera y glacial; retiróse un paso atrás, extrajo del tarjetero una tarjeta, y doblando un pico al entregarla, pronunció secamente:

—Tenga la bondad de informar á la señorita de que vine la tercera, y que estoy, como siempre, á sus órdenes.

Bajó la escalera aprisa, pues temía que, á hacerlo despacio, creyesen que esperaba ser llamado; y ya en la calle, se detuvo á coordinar sus ideas. Lo que más le escocía en aquel instante era la

rozadura en el amor propio; pero apenas empezó á recapacitar, creyó evidente que tal conducta, en la mujer que casi se había desmayado de felicidad al escuchar su proposición de matrimonio, no podía atribuirse ni á vulgar desaire, ni á infundado capricho, sino que tenía que encerrar un misterio, una razón oculta, pero poderosa, decisiva. Rosario se excusaba con jaquecas y males. ¿Por qué no admitir la excusa? ¿Quién era capaz de afirmar que la misma emoción no había alterado la salud de Rosario?

También podía suceder que Viodal hubiese prohibido á su sobrina recibir á Felipe. Esta hipótesis era inadmisible para quien conociese el carácter y los principios de Viodal; pero nadie hace justicia á sus rivales, y Felipe, revolviéndose contra lo que le pasaba, se fijó obstinadamente en la explicación más lógica en apariencia, y en realidad más absurda. Sin tardanza volvió á subir las escaleras y llamó al ascensor, decidido á explicarse con Viodal, pero era día de puertas cerradas; el ducho y provecto criado del pintor que servía la caja forrada de raso, respondió á la pregunta de Felipe y á la orden de subirle, que el Sr. Viodal había salido.

Nada nos empuja á andar y movernos como el resquemor de la incertidumbre. Felipe sentía hormigueo en las piernas y picor rabioso en el alma. Empezaba á suponer que el tío y la sobrina se concertaban para jugarle aquella partida incomprensible. La idea era enloquecedora..... ¿Qué hacer para salir de dudas? No cabía ni pensar en forzar puertas: un *galantuomo* no entra sino por las que de par en par le abren, y Felipe guardaba estrictamente, por altivez, por costumbre, el código de las conveniencias sociales, la ley del buen gusto. Sin embargo, le sobraba derecho á una explicación, ¡y era preciso que se la diesen, y clara y categórica!

Hora y media hacía que caminaba exasperado, cuando las piernas le trajeron al centro de París, al hirviente y espléndido bulevar de Italianos. Delante de una puerta donde se leía en colosales letras doradas *L'Actualité,* dióle un empujón un hombre que salía precipitadamente, y que no era otro sino el cronista Dauff, petulante, distraído, con su ancha barba roja y sus eternos quevedos de acero, que le habían abierto dos surcos amoratados, casi dos llagas, á derecha é izquierda de la nariz. Dauff, aunque era el culpable del encontrón, se volvió colérico y dispuesto, sin duda, á soltar un bufido; pero al conocer á Felipe María, la expresión de su rostro varió de

un modo extraño; reveló preocupación ó más bien inquietud indefinible. "Parece que se ha mosqueado al verme", observó Felipe, é instantáneamente, fijo en lo que le interesaba, relacionó tres hechos, que al parecer no guardaban conexión, pero que debían de estar enlazados por hilos misteriosos: la noticia intempestiva publicada por Dauff, la encerrona de Rosario y Viodal, y la alarma del cronista, en otras ocasiones tan expansivo y hasta tan pegajoso

Fué, pues, derecho á Dauff, y le tendió la mano, demostración á la cual correspondió el otro no sin torpeza y recelo; y después del saludo, le interpeló como en broma:

—Me alegro de encontrar al pontífice casamentero..... ¿Quería usted escabullirse? No vale.

—Celebro que lo tome usted tan campechanamente—respondió Dauff tranquilizándose.—La verdad, esperaba una filípica.....

—¿Por la noticia?—interrogó Felipe aventurándose, resuelto á tirar del hilo y que saliese el ovillo.

—Justo. Para usted habrá sido desagradable, lo conozco; pero crea que tampoco á mí me ha sentado bien, y el director está que brama, porque es hombre que tiene la manía de realizar el imposible periodístico de la información impecable, ¡como si un diario fuese un documento! Cada noticia-buñuelo le cuesta un ataque de bilis; figúrese usted como me habrá puesto..... Ni por alegar que habiéndomelo dicho Viodal, Viodal en persona.....

—¡Ah!—exclamó á su pesar Felipe María.

—¿Ve usted cómo usted mismo se admira? Vamos, si es de las cosas más extraordinarias..... ¡Mucho ojo necesitamos los periodistas! Sí, señor; es mi justificación; habérselo oído á Viodal, que hablaba bien seriamente..... Por fortuna no me lo dijo á solas; si no, hasta dudaría de mis oídos..... Nordis estaba presente; como que del taller nos fuímos á almorzar juntos á ese figón con pretensiones que llaman el café Riche..... Y reconocerá usted que Viodal de todo tiene trazas, menos de bromista. ¡No le rebosa á Viodal la alegría por los poros!

—Entéreme usted, Dauff,—suplicó Felipe.—A ver si desciframos un caso tan singular, y que me interesa, como usted comprende.

—¡Naturalmente! — dijo echándola de sagaz el cronista, satisfecho de que Felipe no le increpase.—Si usted quiere, entraremos en

el café del Gran Hotel, y tomaré mi ajenjo; á eso iba disparado cuando tuve el gusto de encontrar á usted.

Ya con la copita de verde licor delante, el afrancesado alemán dijo sobándose su roja barba:

—Crea usted que yo estaba á mil leguas..... Fué Nordis el que me recogió en su coche, y pensamos..... no, si hasta la ocurrencia fué de Nordis....., pasar un instante por los *elementos,* para ver cómo adelantaba el cuadro del Salón, que es de punta, aunque ese veleta de Loriesse ha dado ahora en la flor de rebajarlo sin piedad..... Pues nada, subimos..... y en vez de encontrar á Viodal trabajando en la *Crucifixión,* ¿qué dirá usted que hacía? Raspaba con un cuchillo la cabeza de la Samaritana.....

Felipe María se estremeció segunda vez.

—Le reprendimos..... ¡la cabeza era preciosa! ¡y un parecido con Rosario! Una mirada de voluptuosidad y de aspiración ideal, todo reunido..... no me pregunte usted cómo, ese es el secreto del arte! Yo, por costumbre ya, por el maldito oficio, le hice la pregunta sacramental: "¿Qué hay de nuevo?" Y al instante me soltó el escopetazo: "Mi sobrina se casa con Felipe María Flaviani." Mire usted, yo tenía mis barruntos..... no precisamente de boda, pero de *flirtación*..... y como Rosario es una mujer de esas por quienes no es de extrañar que arda Troya..... lo creí..... ¡Lo creería cualquiera! Lo único en que me he fijado..... pero después, ¿eh?, no la echo de adivino..... es en que Viodal hablaba como exaltado, como mortificado, con un tono raro y violento..... ¡Pero Nordis..... encontró una explicación..... plausible! Por mi parte me guardé bien de preguntarle á Viodal si la noticia era reservada. Temí que dijese que sí, y perder un bonito *eco* sensacional. ¡Siempre el pícaro oficio!.... Cuando salimos consulté á Nordis, que me trató de inocente, jurándome que Viodal sólo deseaba publicidad y reclamo. "Como todos los artistas", añadió.

—¿Y no hubo más?

—Aquel día no. Hago mi eco, sale, estalla como una bomba..... y al otro día, estando yo al remo, ¡pataplum!, Viodal que entra como un bólido! "Que me maten,—pensé,—si no tenemos rectificación. Aguantemos el chubasco." ¡Pero, sí, buena rectificación te dé Dios! Retractación es lo que se pedía. "¡Ha propalado usted una falsedad!" "Pero, querido artista,—dije encomendándome mentalmente

al santo Job;—¿no ha sido usted mismo quien?...." "¡Por Dios, una chanza! No le hacía á usted tan poco perspicaz....." "Yo sí que no le hacía á usted tan bromista....." "En resumen, Dauff, es preciso, ¿lo entiende usted?, que *La Actualidad* desmienta rotundamente esa paparrucha....." "Usted cree que *La Actualidad* es algún molino de viento? ¡Bonito se pondrá el director!" "Sin cuidado me tiene; ó se desdicen ustedes ó les desmiento yo....." "Diremos que se ha deshecho la boda."—"No señor; que jamás se pensó en ella... "Francamente..... estuve por mandarle á escardar cebollino..... que es lo que se merecía; pero el oficio le tiene á uno ya tan curtido y tan flexibilizado, que opté por calmarle, asegurándole que rectificaríamos, y rogándole sólo que me dejase buscar una fórmula conciliadora para mi amor propio y para la infalibilidad del diario.....

—¡Vaya un lance!—exclamó Felipe, fiándose en la locuacidad del cronista para saber lo demás.

—¡Un lance! Dos lances dirá usted..... porque apenas acababa de volver las espaldas el pintor, cuando ¡paf!, me cae encima el otro..... mi colega de Oriente..... ¡y qué apremiante venía! Solo que éste, al menos, alegaba razones..... no era como el otro, que después de que tuvo la culpa..... ¡Ah! ¡Miraya es un mozo de chispa!

—Miraya vale mucho, — asintió Felipe, que tenía el alma pendiente de los labios de Dauff.

—¡Oh! ¡Ese sí! Pues traía la misma pretensión..... Que desmintiésemos..... Pero fundada.....

Y Dauff sonrió con una especie de guiño de inteligencia.

—Sí, fundada.....—prosiguió viendo que Felipe no respondía sino con otra sonrisa.—He visto claro y he comprendido cómo la noticia tenía que molestarle á usted. Usted está en un caso distinto de todo el mundo. Debo añadir que *La Actualidud* se encuentra dispuesta á hacerle á usted la campaña, no de frente, porque al fin es preciso guardar miramientos á Rusia, donde se nos lee mucho, pero con habilidad y bajo cuerda.....Yo me encargaré de amansar al director..... *La Actualidad,* en tres meses, populariza una causa en Europa.....

Felipe no respiraba casi. Ya distinguía la luz que iluminaba aquel negro caos.

—¿Y sabe usted que es un chico muy simpático ese Miraya?—insistió Dauff.—Tiene talento. Conoce nuestra literatura..... ¡pero á fondo! Se sabe mis *Ecos* de memoria. Me aseguró que trataba de

adaptarse á ese estilo en *El Porvenir daciano*, un periódico del cual es lástima no entender ni la letra..... Así y todo, traduciremos algo de su amigo de usted Miraya.

—Después de la entrevista con Miraya, ha comprendido usted bien que.....—murmuró Felipe fingiendo paladear á su vez un sorbo de *bitter*.

—He interpretado—declaró con suficiencia Dauff.—Bastaron pocas palabras..... Al buen entendedor..... Miraya me suplicó que fuese siempre muy cauto en las noticias referentes al "ilustre señor" Felipe María de Leonato, porque su condición de hijo de un monarca reinante le exponía á calumnias y complots de todo género.—"La boda"—añadió—"es, sin duda, un *canard*....."—"¡Y tanto!"—respondí,—"pero el autor del *canard* es el tío de la novia..... y acaba de estar aquí, para rogar que la desmintamos."—"¿Lo está usted viendo?"—gritó Miraya contentísimo.—"Sí; pero una cosa es que lo vea y otra que me lo explique. El proceder de Viodal es raro, cuando menos. Felipe debe de tener la clave....."

—Le aseguro que no—afirmó Felipe en tono natural.—No he visto á Viodal hace lo menos..... ocho días; y cuando estuve en el taller por última vez, no hablamos nada que importase. Habrá sido una genialidad de artista.

—De artista..... ó de hombre.....—indicó Dauff—porque le tenía trastornado el cerebro su sobrina..... Cuando uno es psicólogo..... y perro viejo..... esas cosas.....

Reprimióse con esfuerzo Felipe. Dauff prosiguió:

—En fin, ¡me está costando una famosa jaqueca la tal noticia! Por eso me sobresalté al encontrarle. Creí que también usted venía á hostigarme para que desmienta..... y como hace días que batallo con el director..... y no adelanto una pulgada..... Tres acometidas le he dado..... por cierto que en una de ellas estaba allí en su despacho el conde de Nordis, que me defendió, que salió garante de mi veracidad..... y nada, que *La Actualidad* no es ningún zarandillo, que no vale la pena, que ya se desmentirá por sí misma la noticia si es falsa, que peor para Viodal si gasta bromas necias, y que así se mirarán antes de contar á un periodista una grilla y comprometer á un periódico serio..... Este es el conflicto, y gracias que no lo agrave usted..... No olvide que *La Actualidad* es la lanza de Aquiles..... Podemos hacer subir el papel Leonato!....

Un cuarto de hora después, parado Felipe ante el escaparate de Goupil, como si admirase las curiosas estampas, sólo pensaba en lo que ya creía evidente: la complicación traída por los celos de Viodal, y mezcladas con ella las maniobras de Miraya y del conde de Nordis..... ¡Pero Rosario! ¿Qué papel jugaba en esta intriga Rosario? ¿Era cómplice de su tío? ¿Le había dado ella la noticia de su boda? ¿Era ella también la que le encargaba de desmentirla? Y si era inocente, ¿cómo guardaba silencio, cómo no enviaba dos renglones, cómo se parapetaba tras de su encerrona, cómo despedía á Felipe en la puerta?

—Será preciso acabar de desenredar la madeja, cueste lo que cueste—pensó, mientras la duda y la sospecha cruel le hacían zumbar el cráneo

IX

Felipe tomó un coche para llegar á su casa sin dilación. Encerróse en el despachito-biblioteca, y apoyando los codos en la mesa escritorio, pensó, discurrió, redactó mentalmente una carta, la trasladó después al papel, y, descontento, pareciéndole que allí no se concentraba bien la médula de su intención, desgarró dos ó tres borradores. Al fin sacó uno en limpio, y, cerrado el sobre, lo selló, hincando en el blanco lacre un precioso camafeo griego, engarzado en un mango de oro. Después llenó un *petit bleu*. Llamó y encargó á Adolfo el pronto despacho de ambas misivas, una que debía entregarse en propia mano, otra telegráfica.

Como medio de entretener su impaciencia y rastrear algo del misterio en que se envolvían los sucesos más recientes, se le había ocurrido llamar á Sebastián Miraya. El hecho era innegable; á pesar de su repulsa, Miraya seguía considerándole candidato al trono. ¿Y qué podía hacer Miraya en París sino continuar sus trabajos iniciados, llevar adelante la conspiración felipista?

—Después de todo—se decía Felipe,—en su lugar, acaso hiciese yo otro tanto. No es obtinación, es patriotismo, en ellos, el no desalentarse y el buscar medio de comprometerme. Miraya recibe, sin

duda, instrucciones y recursos *de allá*..... Lo que me extraña es que no hayan intentado volver á verme..... ¡Con qué dureza les recibí!— Y la idea de conversar con Miraya causó á Felipe una de esas impresiones de exaltación pasajera y grata que siente la mujer cuando encuentra en alguna parte, impensadamente, al enamorado que desairó y que la quiere todavía.....

A Miraya iba dirigida la esquela-telegrama. Recordaba las señas del hotel del periodista, y con reservada fórmula le señalaba hora para aquella misma noche, y si no para la mañana siguiente. Al dar este paso, Felipe creía, con cierta buena fe, que obedecía únicamente al deseo de interrogar á Miraya sobre la famosa rectificación. Capaz sería de decir que le calumniaba quien asegurase que, al intentar aproximarse á Miraya después de una despedida que parecía definitiva, le arrastraba el imán de un sueño de grandeza, el *fiat* apagado de la voz que se recata en lo más hondo de nuestra ciega voluntad.....

No se equivocó Miraya en este punto al recibir la tarjeta. Una sonrisa de triunfo brilló en su inteligente y plebeya boca.

—Muerde el cebo.....—pronunció en alto, con jubilosa entonación. Y cinco minutos antes de la hora señalada, con la puntualidad excesiva que es de rigor en las audiencias, Miraya llamaba á la puerta de Flaviani y decía desenfadadamente:—"Anúncieme usted á Su Alteza."—Y Adolfo, cogiendo la ocasión por los cabellos, se apresuró á anunciar, sin la menor protesta por parte de su amo:— "El señor Miraya desea saber si Su Alteza puede recibirle."

Introducido en el fumadero, Miraya aceptó una taza de café exquisito, una regalía y una copa del famoso cognac de naufragio. Pocos momentos después de la llegada del periodista, tocó Felipe el timbre de plata y dió á Adolfo esta orden inverosímil: "Si viene, por casualidad, Yalomitsa..... decir que he salido y no dejarle pasar de la puerta." Y Adolfo, criado modelo, no pestañeó al contestar impasible: "Sí, señor."

Vacías las diminutas tazas, encendidos los tabacos, en el recogimiento de aquel mismo fumadero oriental, en cuyas telas de colorines parecían jugar aún las bravías y estridentes notas arrancadas por el bohemio al violín y el cántico feroz de Ulrico el Rojo, Felipe dijo á Miraya:

—¿Adivina usted la causa de que le haya suplicado que viniese?

—Señor.....—contestó Miraya, pesando sus frases.—Mis deseos pueden engañarme, y temo que vuestra Alteza me despierte de un sueño halagador. ¡Ah! Si vuesíra Alteza me llamase para decirme que, en un momento de abnegación, nos otorga lo que le hemos suplicado, el día de hoy sería una gran efeméride en la historia de Dacia. ¿Y por qué no? Una inteligencia como la de vuestra Alteza debe de ser el mejor consejero.

—Maldito si he pensado en política, Sebastí—respondió Felipe, sin notar que aquellas palabras evasivas dejaban abierta la puerta á todas las suposiciones que Miraya consideraba halagüeñas.—Crea usted que la política andaba por las nubes cuando se me ha ocurrido molestar á usted.

—Entonces, *también* adivino — respondió Miraya, apoyando como al descuido en el significativo adverbio.—Apostaría la cabeza á que se trata de cierto *eco* de *La Actualidad*. Dauff, cumpliendo un deber, habrá venido á excusarse con vuestra Alteza.....

—Me pinta usted un Dauff visto al través del entusiasmo dacio..... No, Miraya..... Le tropecé casualmente en el bulevar..... y platicamos un poco.....

—Plática desagradable—declaró Miraya sencillamente.—La noticia era una impertinencia del género nocivo. ¡Y tan nocivo! Si yo lo dudase, me bastaría la actitud de Nordis.....

—Sí, Nordis parece que intervino..... Por cierto que no me explico bien su papel.....

Sacudiendo la ceniza, Miraya respondió, como si hablase consigo mismo:

—Bien montada tiene la policía el gran duque. Ocho horas después de nuestra salida, tomaba el tren para París ese conde de Nordis, que es el brazo derecho y el *factotum* de nuestro enemigo. La cartera de Nordis venía atestada de letras y billetes, de seguro; porque el gran duque sabe que hay momentos en que un franco vale un luis.....

—Hágame usted el favor de aclarar todo eso—exclamó Felipe. —¿Para qué ha traído dinero Nordis? Me parece que el combatir la candidatura de una persona que empieza por renunciar, no exige grandes dispendios.....

—Señor, el hermano del Rey no comprende que vuestra Alteza haya podido renunciar..... Le inquieta el movimiento que se ha ini-

ciado en Dacia. Es pasmoso..... digo, no, es natural; porque la idea estaba madura, y sólo faltaba la chispa que inflamase la pólvora..... Un ejemplo: el gran duque había prohibido la entrada en Dacia de un solo retrato de vuestra Alteza. Pero yo revolví todos los talleres de fotografía de París, á caza de un buen cliché. En casa de Nadar descubrí uno soberbio, de busto..... lo que se deseaba. Encargo copias..... ¡Este París! En pocos días, centenares..... Y allá van las copias, y á estas horas las damas de Dacia tendrán en su gabinete la fotografía, adornada con lacitos de los colores nacionales, rojo y blanco..... Los lacitos se me ocurrió que fuesen de aquí también. Servirán de divisa á los felipistas.....No estoy descontento de la idea. El sorprendente parecido de vuestra Alteza con el Rey nos da andado la mitad del camino.

—Yo suponía—observó Felipe, dejándose llevar insensiblemente á donde quería Miraya—que en el país no conocían mi existencia....

—Mucho se ha trabajado para que así fuese, pero hemos roto la telaraña. Hoy el pueblo, la nación, la opinión verdadera, y sobre todo los que desean tener una patria independiente, cifran sus esperanzas en Felipe María. El hecho de la coalición es bien significativo. Ni el duque de Moldau puede sufrirnos, ni nosotros resistimos á ese partido fanático y de estrechísimo criterio, que desea volvernos á los tiempos de Ulrico; y, sin embargo, nos hemos aunado sinceramente. El clero católico, temeroso de que Rusia imponga á Dacia su confesión cismática, es en masa de vuestra Alteza. Y el mismo ejército—el gran baluarte del príncipe Aurelio,—el mismo ejército..... no puede adivinar que lo tenemos minado. Por hoy, los felipistas no se dan cuenta de su fuerza; temen y se recatan en la sombra; es nuestro período de las Catacumbas. Ya saldremos al sol, y bien pronto. Con la aquiescencia de vuestra Alteza.....

—No he dicho eso, Miraya—objetó Felipe.

—No hace falta *decir:* basta no oponerse abiertamente—se apresuró á declarar Miraya.—El no oponerse es en vuestra Alteza un deber de conciencia..... Perdón si me expreso con tanta libertad. No le pedimos que alce la bandera; ¡pero no nos la arranque de las manos! Nosotros la tremolaremos; nosotros se la entregaremos triunfante.

—Otro pero, Miraya..... y no se exalte usted; ahora, á sangre fría, debe usted comprender que yo tengo razones poderosas.....

—Señor, razones no..... ¿Se me permite hablar atrevidamente? Pues lo que tiene vuestra Alteza son sentimientos, son heridas del alma, son quemaduras de agravios, son tristes recuerdos de la niñez y de la primera juventud..... Cosas individuales..... En cambio, los intereses que representa vuestra Alteza, son colectivos, generales: el porvenir de un pueblo noble y ansioso de progreso. ¡Ah! ¡Y vuestra Alteza lo comprende!..... ¡Si una..... persona..... muy desgraciada..... pudiese volver á la vida..... aconsejaría á vuestra Alteza el olvido y el perdón!

—Le ruego á usted—exclamó Felipe rehuyendo por segunda vez una contestación explícita, que era cuanto anhelaba el insinuante orador,—que dejemos eso. No me siento en vena de pensar en nada *colectivo*..... como usted dice..... Tiempo hay de hablar largo y tendido de política.....

—Lo habría, señor—insistió Miraya,—si vuestra Alteza no cerrase la puerta á su más adicto partidario..... Mal podemos hablar, si no me es permitido ver á vuestra Alteza. ¡Y qué interesante va á ser ahora la política de Dacia! Aquello está en punto de caramelo fino. Permítame que venga alguna vez..... ó mejor dicho, que nos encontremos por ahí, lo cual sería preferible, á causa de la bien montada policía de Nordis. ¡Convendría tanto que creyese ese hombre que vuestra Alteza ignora lo que se trabaja allá!

—Usted decía—preguntó Felipe volviendo al punto de partida de sus preocupaciones,—que Nordis, en la cuestión de *La Actualidad*.....

—El papel de Nordis en todo esto es más claro que la luz. Las circunstancias no le han permitido emplear su sistema cauteloso de otras veces. Dauff, que es un parlanchín, me ha puesto á mí sobre la pista. Parece que estaban los dos en el taller del pintor Viodal, ó, como aquí dicen, en los *Cuatro elementos,* cuando el pintor, no se sabe por qué, anunció que su sobrina.....

—Se casaba conmigo—añadió Felipe.

—Justo..... ¡Figúrese vuestra Alteza el regocijo de Nordis! Como que la noticia le hacía á él la jugada..... Ya veía nuestro partido en Dacia hundido, disuelto, y la candidatura *felipista* desechada como tantas soluciones efímeras..... Al salir de allí, no tuvo Nordis más que soplar sobre la natural ligereza de ese Dauff, que es un botarate de raza sajona, un botarate pesado, es decir, botarate dos ve-

ces..... ¡A trompetear la nueva, á lanzarla á los cuatro vientos! Y Nordis se retiró frotándose las manos y dando gracias á la suerte caprichosa: como que había encontrado en vuestra Alteza el mejor auxiliar; y ya consideraba la batalla ganada definitivamente, y podía pedir la cuenta en el hotel, cerrar la balija y decirle al gran duque: "A dormir á pierna suelta, esperando que el rey cierre el ojo".

Felipe mordió ligeramente su bigote rubio. Empezaba á trabajar en él ese sentimiento singular, pero tan humano, que nos impulsa á dirigir nuestra conducta, no por el móvil del propio gusto, sino por el del disgusto de nuestros enemigos.

—Sale la noticia, y cae en Dacia como una bomba el telegrama de la Agencia..... Empiezo á recibir telegramas yo también, con preguntas veladas; Stereadi me escribe, en cifra convenida, una carta que parte el corazón..... Aquí la tengo, se la leeré á vuestra Alteza después..... Yo, á la verdad, no sabía qué hacer ni qué decir..... A la ventura, me voy á ver á Dauff, y ¡cuál sería mi gozo al oir de sus labios que el mismo Viodal desmentía, y con obstinación y empeño, el *canard*..... que ya le podemos llamar así! Entonces..... como sobre ruedas, señor; no había más que rectificar, y nos traía ventajas el mismo error, porque en Dacia lo atribuían á manejos de nuestros enemigos..... Pero habíamos contado sin la huéspeda..... La huéspeda es Nordis..... Se ha metido en el despacho del director de *La Actualidad*..... y al salir de allí el agente del príncipe, el director se negaba terminantemente á la rectificación..... Esto es un mal: por mucho que yo desmienta escribiendo allá, nada equivale á la palinodia del mismo periódico.

—¿Y como ha conseguido Nordis?....

Miraya se rió alto, de un modo bien poco cortesano, y hasta poco cortés, y haciendo un ademán expresivo, frotó el índice contra el pulgar.

—Ya les he dicho á Stereadi y á *los otros,* á los *antiguos,* á la gente adinerada y sólida, que no sean tacaños..... pero hasta hoy lo han sido..... Y el que quiere conseguir algo, tiene que aflojar..... Que reciba yo mañana el trigo que me anuncian, y verá Nordis si puede sostener el embuste. ¡Ah, señor!—continuó con efusión casi lírica y variando de tono.—¡No temo yo á Nordis, y hasta creo que le venzo sin recursos, con tal que vuestra Alteza no me lo impida! Fuerte contra todos, débil contra uno solo.....

Felipe no respondió más que ofreciendo al periodista otra copa y un puñado de cigarros. No quería enterarle de nada que á Rosario se refiriese; no sospechaba que Miraya había seguido á la chilena el día de la entrevista en el Jardín, ni menos que la hubiese escrito aquel anónimo, en el cual creía el periodista adivinar la razón secreta de que Viodal desmintiese la noticia divulgada por él mismo..... Mientras Felipe, á pesar suyo, sufre la influencia de esas simpatías y de esos odios que desde un lejano país vienen á buscarle, Miraya ve en su camino un obstáculo: una mujer morena, de inmensos y ardientes ojos, de silueta airosa y perturbadora..... ¡Ya lo había adivinado él! Barco que no sigue la corriente.....

—No crea vuestra Alteza—indicó, mientras echaba sueltos en el bolsillo los exquisitos cigarros,—que en Dacia se han forjado la ilusión de que sea un santo el príncipe heredero. Puede que los del partido *antiguo*—aunque por cuenta propia no dan el ejemplo más edificante—se asustasen de cualquier futesa..... Lo que es los nuestros, casi creo que se alegrarían de saber que vuestra Alteza..... en fin..... es como los demás débiles mortales..... ¡No faltaría otra cosa! Las cuestiones de mujeres..... pch!.... no tienen.....

Detúvose Miraya, porque había visto á Felipe fruncir el ceño, y comprendió que estaba en terreno resbaladizo y peligroso.

—¡Un matrimonio, en cambio, es tan grave!—añadió suspirando, como si le apenase la severidad del deber.—¿Y qué se le figura á vuestra Alteza? ¿Que los dacios no habían soñado ya con algo que sería un golpe decisivo? En Vlasta se venderán pronto retratos de la princesa de Albania, al par que los de vuestra Alteza, con sus correspondientes lacitos blancos y rojos..... Albania, sostenida por Austria é Italia, desde hace años, contra Rusia, es para nosotros el símbolo de la independencia. Unir el principado de Albania á la corona de Dacia constituye parte de nuestro sueño nacional. Con ese enlace albanés, ni dos meses resiste el partido de Aurelio: habríamos consolidado el triunfo..... En fin, ya sé, señor, que, por desgracia, somos unos locos, unos ilusos, á quienes extravía el amor de la patria..... ¿Me permitirá vuestra Alteza el consuelo de hablarle algunas veces..... ó me expulsa ya para siempre?

—¿Tiene usted teléfono en el hotel, Miraya?

—Sí, señor;—respondió el periodista, estremeciéndose de gozo. —Y esperaré todas las mañanas..... hasta la una..... las órdenes de

mi príncipe. En cuanto á la rectifición de *La Actualidad*..... ó mucho me engaño..... ó ya veremos si de esta vez me río de Nordis.

X

El criado de Felipe tenía orden de no volver de casa de Rosario sin respuesta á la carta que llevaba. A fin de evitar que le dijesen que la sobrina de Viodal había salido, escogió la hora de la mañana para enviar la misiva. Volvió poco antes de las doce, y entró, asaz mohino, en el despacho donde Felipe tenía abierto un libro, pero no leía. Y á la afanosa pregunta de su amo, respondió con visible temor de ser reprendido:

—La señorita Rosario dice..... que ya contestará.

—¿No te ha dado nada? ¿Es que no has aguardado?

—He aguardado más de una hora..... Y el viejo del ascensor es el que vino dos veces á decirme que era inútil esperar, que ya mandarían aquí la respuesta.....

—Bien, vete.....

Una exasperación violenta se apoderó de Felipe; una ola de ira le inundó el cerebro, quitándole la razón. Quedábale el discernimiento suficiente para comprender que estaba loco, pero no la fuerza de voluntad para dominar el acceso de esa locura. No podía explicarse la conducta de la chilena, y el misterio y el silencio le sacaban de quicio. En aquel momento no pensaba en Dacia, ni en los manejos de Nordis, ni en los centenares de retratos con lazo blanco y rojo, retratos suyos emparejados con los de una princesa, á quien sólo había visto, hacía dos ó tres años, en un grabado de *Ilustración*.....Borróse este espejismo, y en cambio se alzó la pasión irritada por las contrariedades y los recelos, como león á quien le falta la pitanza. La imagen seductora de Rosario le visitó, en forma de obsesión de los sentidos y la voluntad, y por un momento, creyéndose solo, Felipe María, presa de una gran excitación nerviosa, se tiró de los cabellos y se mordió con rabia las manos. La sangre italiana, demostrativa, aparecía en aquella crisis súbita..... De repente sintió que le abrazaban, que le decían palabras cariño-

sas, cual las que se dicen á un niño; y rehaciéndose, abochornado de haber sido visto en tal desorden, se encontró con Yalomitsa..... El bohemio, á pesar de su color cobrizo, parecía pálido, y los mechones serpentinos se deshilachaban lacios y revueltos sobre sus hombros; su mirada expresaba compasión y desaliento.

—Cálmate — decía — Lipe, querido, cálmate, ríete de las mujeres..... no te des al diablo por ellas! Vamos, vente conmigo, voy á tocar todos los aires dacios que quieras..... Puede que así llores..... y te sosiegues..... Ya sabes la virtud sedante de la música..... y del llanto.....

—Gregorio—exclamó Felipe María, serenándose de repente—tú me traes noticias de Rosario. Habla, te lo suplico..... Suéltalo todo. ¡Venga la verdad!

—¿Y me prometes..... no romperte la cabeza.....?

—¿No ves que lo que necesito es la verdad, la realidad, los hechos? Hace días que me encuentro delante una pared, dura, ciega y sorda. ¡La verdad! Solo la verdad puede apaciguarme..... Habla,— añadió mientras una ligera espuma asomaba al canto de su boca.— ¿Vienes del estudio?

Yalomitsa dijo que sí, con la melenuda cabeza.

—¿Has hablado con Rosario?

—Y con Viodal.

—¿De mí?

—Y de ellos.

—¿Qué sucede.....? ¡Ea, que aguardo!

—Sucede..... ¡vamos, parece una pesadilla! ¡que Viodal y Rosario están preparándolo todo para casarse!

Felipe guardó silencio. No pestañeó. Sus azules pupilas se dilataron y las alas de su nariz palpitaron un instante, como las del tigre que olfatea la presa. Abrió y volvió á cerrar maquinalmente el puño de la mano izquierda. Fué un segundo nada más; al punto se aplomó y consiguió sonreir, con unos labios blancos, espumantes aún, pero ya sujetos á la voluntad.

—Gracias, Gregorio, ahora me siento tranquilo. Cuéntame eso; siéntate, has de almorzar aquí, de modo que no tienes prisa. ¿Se casan, dices? No extrañes si me asombro algo, porque.....

—Porque es una indignidad, una traición de Judas—interrumpió Yalomitsa desatándose, como el agua cuando se abre la esclusa.—

Yo creí á Viodal un hombre honrado, y ahora le tengo por un redomado pillo. Y Rosario, que me parecía una criatura celestial..... es ni más ni menos que una mujer luciferina..... ¡Si supieses, Lipe, si supieses que hace pocos días, casi puedo decir pocas horas, me prometió á mí, á mí mismo, Gregorio Yalomitsa en persona, quererte, casarse contigo! ¡Y estaba tan alegre, tan alegre..... que hasta bailó la danza del chal, la que bailaba Fatma en la Exposición!

Felipe cerró los ojos; una visión deleitosa acababa de recordarle las posturas, los lánguidos movimientos de Rosario en esa danza que á su vista había ejecutado una vez en el taller, y el recuerdo le quemaba de tal modo el alma, que sentía un deseo incontrastable de destrozar alguna cosa, de herir, de matar. Sin embargo, el orgullo le sostenía; no quería aparecer ridículo ni débil; y por lo mismo que su estado interior era realmente espantoso, tenía el valor de encerrar lo que sentía y de conservar una calma engañadora en la superficie. Había adoptado, en un instante, una resolución, y para las personas en quienes el amor propio es firme, y ardiente la sensibilidad, la resolución, una vez tomada, responde de la sangre fría absoluta: ya no se lucha con el pensamiento, ya no hay indecisiones; sólo se necesita energía para realizar lo pensado..... Y energía le sobraba en este caso á Flaviani: la tenía por herencia, como se tiene un rasgo de belleza ó una singularidad física; era el atavismo de la raza real, que no podía faltarle en el momento crítico, y que ha sido causa de que los reyes, aunque en la vida diaria se manifiesten irresolutos, blandos de carácter, en las horas supremas recobren un vigor, una fortaleza y una dignidad, que son admiración de la Historia cuando narra la muerte de un Carlos I ó de un Luis XVI. Si lo que pensaba ejecutar Felipe es lo que suele ocurrírseles á los celosos, la manera de realizarlo fué una prueba de dominio sobre sí mismo, de fuerza soberana. La frialdad de que se revistió repentinamente, hubiese engañado, no á Yalomitsa, que no era difícil de engañar, sino al más sagaz de los observadores.

—Gregorio—dijo consiguiendo *igualar* absolutamente el metal de voz—no te exaltes, y entérame bien y despacio de todo eso que has averiguado. Mira, ya se me pasó el berrinche. No tengo nada que oponer á la voluntad de Rosario, si quiere casarse con su tío; pero como la noticia es inesperada, hasta dudaré de ella y creeré que has entendido mal, si no me informas de lo que has averiguado y visto.

Quizás se trata de una alucinación ó de una aprensión..... ó de una broma de taller.

—¡Ay, Lipe! cuando te pones así..... me crispas los nervios; te prefiero cuando pateas y te tiras del pelo y echas espuma..... Entonces me gustas más. No parece sino que Yalomitsa es algún babieca. ¿Quieres oirlo? Pues ahí va.—Entro en los *Cuatro elementos*..... y lo primero que me echo á la cara es Rosario, con la túnica color de azafrán de la *Samaritana,* y á Viodal rehaciendo la cabeza que había borrado con el cuchillo. Ella volvió la cara, supongo que por no verme,—¡remordimientos!—y él, muy contento, me consultó acerca de la expresión del rostro, que en su opinión había ganado. Entonces yo, inocentemente, fundándome en el suelto que había leído en *La Actualidad,* voy y digo como la cosa más sencilla:—"Ese cuadro será regalo de boda..... eh, Rosario?"—"Ese y todos los que ella quiera"—salta el tío, como si le tocasen á un resorte.—"Pero *mi futura,*—añadió con una especie de retintín—tiene demasiado gusto para no preferir, á los cuadros de su novio, los de Millais; y ayer me han propuesto comprar uno, que es una cosa espléndida".—Yo debía de estar grotesco, con la boca y los ojos abiertos así, de una cuarta; pero Rosario, en vez de reirse, seguía escondiendo la cara, contemplando los mamarrachos de la chimenea gótica. Entonces no pude reprimirme, y estallé.—"¿Qué gerigonza es esta? Con quién te casas, Rosario? Si sabré yo leer? *La Actualidad* anuncia tu boda con Felipe María Flaviani."—"*La Actualidad* se equivoca,"—respondió ella, encarándose conmigo y echándome unos ojos..... ¡qué ojazos! dos volcanes!—"No entiendo; á ver, repite....."—"Repito que me casaré con Jorge..... y que no veo motivo de asombro en ello, Gregorio, porque se me figura que le quiero lo bastante....."—"¿Es de veras?"—pregunté á Viodal.—"Rosario lo ha resuelto"—contestó hipócritamente, ¡como si yo no supiese que él es quien la está asediando toda la vida!

—Eso es tan exacto, Gregorio—declaró con yerta indiferencia Felipe—que la gente ha llegado á suponer otras cosas peores..... No las has oído tú?

—Francamente.....—tartamudeó el bohemio—oirlas..... sí..... pero las he creído siempre maldades.....

—Y ahora, Yalomitsa..... ¿qué piensas? Dímelo en tu conciencia y en tu alma.

—Ahora..... ¡No, no es posible, Felipe! ¡Aquellos ojos, aquella cara..... ¡mentir hasta tal punto! Felipe, me sangra el alma de pensar que esa criatura tan hermosa.....

—¿Pues no decías hace tres minutos que era una mujer luciferina? ¡Veleta! Oye, Gregorio, en todo esto no hay más que una cosa mala é intolerable: que ese pintor, en tan buena inteligencia con su sobrina, se haya permitido anunciar en los periódicos que yo me casaba con ella.

—¿Pero es Viodal quien?....—exclamó atónito el bohemio.

—En persona. Lo sé de cierto, con datos irrecusables. Ya ves que eso no puede pasar. Muy dueña es Rosario de querer á quien le plazca, y su tío de casarse con ella..... pero no de ponerme á mí en berlina, ignoro con qué fines..... ni me importa! El hecho me basta, y el hecho me obliga á tomar mis medidas.....

—Es una burla indigna, una farsa indecente..... ¡Ese Viodal debe de estar loco!—gritó Yalomitsa enfurecido.

—Loco ó no..... En fin, ya despejaremos la incógnita. Hazme el favor, Gregorio, de pasar al fumadero y espérame allí. Que te den pipas, que te sirvan *cognac*..... Dentro de un cuarto de hora, almorzaremos.

—No hagas un disparate, Lipe. Ríete de los bribones..... y de las serpientes bonitas también.....

—No tengas miedo..... Anda, fuma y espérame.....

Solo ya, Felipe escribió tres cartas. La primera, dirigida á Jorge Viodal, era seca, sonora y brutal, como un bofetón. Ningún hombre que tuviese sangre en las venas la recibiría sin encenderse en furor y aceptar el reto. La acción de lanzar á la publicidad la noticia de una boda, estando concertada otra para la misma mujer, y siendo el propalador de la noticia de su enlace con otro hombre el mismo que tenía dispuesto casarse con ella, recibía los calificativos más insultantes y duros; y en el párrafo final, Felipe María anunciaba al pintor la visita de dos caballeros que irían, no á debatir la ofensa, sino á ponerse de acuerdo para la reparación. "Si no quiere usted que redoble mi desprecio hacia el proveedor de *canards* de la prensa parisiense, admitirá usted sin objeción mis condiciones para este lance." El tono de la carta era el mismo desde las primeras líneas: agresivo y feroz, á fin de que Viodal no pudiese desconocer el propósito de Felipe, ó aparentar que lo desconocía. "Que entienda bien

que la burla no quedará impune." Cerrada la misiva para Viodal, Felipe María escribió otras dos, una al marqués de Sillery, antiguo amigo suyo, muy melómano, otra á un joven oficial de húsares, Carlos Daubée, á quien había conocido en Arcachón, mozo valiente, ligero de cascos y puntilloso en casos de honra. Encargábales á los dos que solicitasen de Viodal una reparación, pero seria, hasta que uno de los adversarios quedase inutilizado de verdad. Al dejar la pluma, respiró mejor: y, aprisa, buscó en el cajón más secreto del pupitre una fotografía de Rosario, magnífica prueba en que la chilena lucía el disfraz romántico de española que llevaba en el baile de trajes: la chaquetilla torera, la faja, el calañés torcido, la redecilla que recoje el crespo cabello. Al mirar aquella imagen, sintió vértigo Felipe; las líneas tentadoras del hermoso cuerpo, la luminosa sonrisa, los ojos grandes como abismos de placer, le causaron un paroxismo de rabia y le hicieron rechinar los dientes como un precito que ve la gloria. Desgarró el retrato y lo pateó. Recobrando después su máscara de tranquilidad, pasó al fumadero, y diez minutos después almorzaban él y el bohemio mano á mano, mientras las cartas iban á su dirección, calladas y rectas, como van las balas en el combate.

XI

Rosario estaba sola en el vasto *hall*. Por instinto había ido á acurrucarse junto al *fuego*. Sentía aquella mañana, en lugar de la amarga embriaguez de sacrificio de los días anteriores, un cansancio, como una náusea invencible de su abnegación. La causa era sencilla: no era preciso quebrarse mucho la cabeza para adivinarla. Hasta la víspera, ningún detalle había recordado á Rosario que el hombre á quien miraba como á su padre iba á adquirir sobre ella otra clase de derechos. Casarse con Jorge, le parecía buenamente continuar viviendo á su lado; porque el pintor, en virtud del mismo exceso de su pasión, por la delicadeza inseparable del verdadero cariño, por el sentimiento de dignidad que trae consigo la madurez en las almas escogidas, paternalmente seguía tratándola: ni aludía

á la empeñada palabra de matrimonio. En la conversación con Yalomitsa, fué la misma Rosario quien, por un alarde de estoicismo y para quemar sus naves y dar parte á Felipe de que estaba libre, había puesto en conocimiento del bohemio sus planes de boda.

Mas la víspera, recibió Viodal una carta que le agitó extrañamente. Rosario, que la vió llegar, sospechó que era de Felipe; conocía la forma y el color del papel, el sello, todo; por primera vez pensó que había hecho mal en irritar á su enamorado con el silencio y el abandono mudo, que parecía desden; comprendió que no basta cerrar los ojos y echarse al precipicio, sino que hay que mirar cómo se cae, para no arrastrar consigo á los demás. Caviló en que debía de ser terrible la cólera de Felipe, y que podía recaer en Viodal fulminante é implacable; adivinó, en suma, lo que no era difícil adivinar, conocidos los antecedentes.—El pintor guardó la carta, llamó al criado, y le dió algunas órdenes reservadas. Rosario no interrogó á su tío: estaba segura de no conseguir respuesta, ó por lo menos de que no le dirían la verdad. Decidió observar, y observó con ardorosa inquietud.

Notó que Viodal almorzaba poco y á medio diente; reparó también en que, después de haber almorzado, en vez de volverse al *hall* para trabajar en una figura que tenía bien planteada en el cuadro, se retiraba á sus habitaciones y salía de ellas vestido de calle, con sobretodo claro de cuello de castor, sombrero de copa, guantes y paraguas. A las tres de la tarde le veía regresar, acompañado de Loriesse y del conde de Nordis. Como Rosario pretendiese subir con ellos al estudio, se opuso el pintor, alegando que esperaban á una señora norteamericana, una aficionada traída por Loriesse, y que la presencia de una señorita, sobrina del artista, sería embarazosa para la probable compradora de los dos ó tres cuadros de caballete que todavía conservaba Viodal en su estudio.

—Un buen negocio, nena..... No me espantes á la cliente. Ya te avisaré cuando puedas volver.

El aviso no llegó en toda la tarde; pero Rosario, con la decisión de la mujer que, deseosa de saber lo que le llega al alma, no se para en medios, salió á la antesala é interrogó al machucho servidor que hacía funcionar el ascensor forrado de raso. Supo que habían subido dos caballeros, á quienes el señor Viodal había dado de antemano orden de recibir á cualquier hora, averiguando primero si venían

de parte del señor Flaviani. Y poco después de que subieron los dos caballeros, el señor Viodal había vuelto á bajar hasta el portal, y de allí á la calle.

—Me parece—añadió el parlanchín—que no ha debido de ir muy lejos: juraría que al volver la esquina entró en la *brasserie*.

—Y los otros cuatro señores, ¿se habrán quedado arriba juntos?

—Sí, señorita Rosario.....

La chilena no preguntó más, ni era preciso; comprendía perfectamente: se trataba de los preliminares de una cuestión personal. Sorda angustia se apoderó de su espíritu y redobló la atención y el cuidado en observar lo que sucedía.

Viodal, á la hora de comer, parecía menos preocupado que por la mañana; su sobrina le encontró tranquilo, aplomado, y concibió esperanzas de que se hubiese arreglado el asunto, de que mediasen explicaciones..... Mas al punto de retirarse, á eso de las diez y media, cuando Rosario, obedeciendo á una costumbre inveterada, establecida por Viodal mismo y agradecida por su sobrina—que entendía esta cuestión á la rígida y honesta manera española y no dejaba que la rozasen labios—tendía, en vez de la frente, la mano á su tío, el pintor, con repentino arranque, se acercó á la muchacha, cogió su cabeza, y á bulto, sobre los ojos, la besó con ardor, con una especie de frenesí. Rosario, trémula, hizo ademán de desviarse..... pero ya Viodal se había encerrado en su cuarto con llave y cerrojo.

—Es que se bate mañana, no hay duda;—pensó la chilena. Sin embargo, no bastó tal pensamiento para impedir que, al llegar á su tocador, se limpiase el rostro, los párpados, las mejillas, deseando borrar las huellas de la caricia.—¡Borrar! Si Viodal no sucumbía en el duelo, Rosario tendría que ser su esposa..... ¡Su esposa! ¿Por qué no contaba con esto? ¿Acaso era una niña inocente, criada entre monjas? ¿Se había figurado que Viodal no la quería de aquel modo, que la adoraba á estilo de santo ó de viejo caduco?

Rosario no se acostó aquella terrible noche. No hubiese dormido; valía más acurrucarse en el sillón. A cosa de la una, cruzó el pasillo andando en puntillas, y vió una línea de luz bajo la puerta de su tío. Pegó el oído á las tablas: Viodal trasteaba, abría y cerraba cajones; sin duda esos preparativos que se hacen en vísperas de un grave empeño, en que se juega la vida. Rosario se volvió á su

cuarto, temblando de frío y de terror. Rendida, se adormeció un poco. A la madrugada despertó despavorida; creyó oir que andaban muy despacio por el saloncito que dividía sus habitaciones de las de Viodal: el pavimento crujió un instante, después el ruido cesó, y á los tres segundos oyó que se cerraba la puerta de salida.....

Entonces Rosario estuvo á punto de gritar, de salir á la escalera..... ¿Por qué no lo había hecho antes? En aquel instante comprendía la causa: no lo había hecho por no provocar en Viodal otra explosión de temible cariño, por no verse en el caso de que, rebelándose su alma, saliese á la superficie lo que se había propuesto ocultar, dominar, hasta suprimir: el amor invencible, el amor loco por Felipe María, el impulso de todo su ser, que la llevaba hacia el abandonado y la apartaba del elegido..... ¡Qué horrible motivo el de su silencio! Y no era otro: no cabía que Rosario se engañase: ya leía, descifraba, entendía su propio corazón: quería á Felipe, lo quería por encima de todo, del honor, de la dignidad, de la generosidad, de la razón y de las consideraciones del porvenir; lo quería á toda costa, y la repulsión que sentía hacia cualquiera que no fuese él, era la señal más clara del cautiverio de su voluntad.....

¿Qué iba á suceder en el duelo? ¿Qué suerte correría Viodal, á quien Rosario deseaba todos los bienes, todas las dichas, excepto una? Envuelta en amplia bata de franela, abrigada con largo boa de zorro azul, y tiritando así y todo, Rosario subió al *hall*. La luz del día, entrando descolorida y mustia por los altos vidrios, parecía que en vez de calentar aumentaba las glaciales sensaciones del que no ha dormido á gusto ni se ha desayunado, y tiene llena de ansiedad el alma. Arrimada á la lumbre, que no conseguía entibiar el granizo de sus yertos piés y sus amoratadas manos; abismada, encogida, revolviendo en la cabeza, no planes—¿qué planes cabían allí?—sino ideas incoherentes, Rosario esperaba..... Bajo la campana esculpida, alzaba suaves llamaradas la seca leña; los pájaros, despertados por la luz, chillaban y gorjeaban gozosos; sobre el acuario transparente, la ninfa de mármol sonreía; las plantas trepaban en gracioso desorden, contentas de no haber sufrido relente ni escarcha..... y aquella reducción del mundo físico asistía á la explosión de un dolor humano, con la misma indiferencia con que asiste el planeta al espectáculo de los innumerables dolores de toda la humanidad.....

De pronto Rosario saltó del sitial donde yacía. En la escalerilla interior sonaban pasos. Se adelantó, muda, con las pupilas dilatadas..... Tenía á Viodal delante; á Viodal desencajado, pálido, tembloroso de piernas, próximo á desplomarse al suelo.

—¡Tú!—exclamó Rosario al fin recobrando el habla.—¡Tú!

—Yo..... Rosario, escucha.....

No escuchaba. Estaba como lela. ¿Cómo no se le había ocurrido hasta aquel mismo instante que podía volver Viodal sano y salvo y quedar Felipe allá, tendido sobre la ensangrentada hierba? ¿Era concebible que no hubiese pensado en tal contingencia; que sólo imaginase desdichas y peligros para Viodal?

—¡Tú!—repetía, sin acertar á desenvolverse de aquella única palabra.

—Rosario..... nena..... perdón.....—rogó Viodal, cruzando las manos.—Me vas á aborrecer..... No supe lo que hice..... ¡Ese hombre me había insultado tanto! Estuve fuera de mí..... Así y todo, te aseguro que no quería hacerle daño grave..... Defender mi vida, y un rasguño para lección..... Pero ayer, ese Nordis me enseñó una estocada maestra..... y en el calor del lance, al ver que él buscaba mi pecho, busqué yo el suyo..... Rosario, ¡perdón! No me mires así..... Ha sido una desgracia, una fatalidad.....

—¿Le has matado?—preguntó concisamente la chilena.

—¡Tal vez.....! Quedó muy mal herido..... No sé si llegará á su casa con vida. ¡Rosario! ¡Rosario! Me provocó, te lo juro..... ¿Quieres leer la carta indigna que recibí ayer? Y sé por el conde de Nordis que á tí te difamaba..... Eso fué lo que más me sacó de quicio..... ¡Rosario, mi niña! No me huyas.,... ¡Ay, Dios mío! ¿A dónde vas?

Sin contestar, Rosario corrió hacia la escalera de caracol y se precipitó por ella. Viodal la siguió aterrado; á la triste luz de la reciente tragedia, veía bien toda la verdad; la ciega pasión de su sobrina, la imposibilidad de ser ya para ella más que un enemigo, un ser odioso, aborrecible..... el matador de Flaviani..... Vió á Rosario entrar disparada en sus habitaciones, y no se atrevió—como jamás se atrevía, pues el exceso de la pasión le hacía exajerar estas pudibundeces en el trato familiar—á pisar aquel recinto sagrado. Quedóse en el umbral, anheloso, clamando aún, de tiempo en tiempo:

—¡Rosario! ¡Rosario! Por Dios..... Mira, no ha muerto, querida..... Enviaremos á saber qué dicen los médicos.....

Rosario apareció, trágica, con paso automático..... Venía vestida de calle, si se puede llamar vestirse á haberse colgado una falda y metido los brazos de la chaqueta de nutria, cuyos últimos botones abrochaba por instinto, maquinalmente. Su rostro, mortalmente pálido, asomaba entre el marco de un rebocillo de encaje negro, tocado que solía preferir por coquetería la chilena, y que en aquel instante el aturdimiento y la prisa habían arrojado sin aliño sobre su cabeza despeinada y ardorosa. No llevaba guantes, pero sí un saquillo de cuero de Rusia en las manos, y su calzado, á pesar del piso cubierto de nieve en que iban á apoyarse sus pies, era el mismo zapatito de charol que traía por casa, sobre las mismas medias de seda negra con bordados azules.....

—¿Estás loca? ¿Qué es eso? ¿A dónde vas?—preguntó Viodal, queriendo alardear de autoridad paterna.

Rosario le miró sin cólera, con muda elocuencia en los grandes ojos; y desviándole con un movimiento de la mano, dijo tranquilamente:

—¡A su casa!....

Emilia Pardo Bazán.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA.

Miel sobre hojuelas.—Inconsecuencias.—Suprimen á Dios.- Cuerpos francos.—Desastres y humillaciones.—El principio del fin.—Un puerto de mar para Aragón.—Muchas caballerías.—Las tres listas.—Tragicomedia en Capellanes.—Vuelvo á servir.

A la tiranía brutal de los revolucionarios, á su impiedad, á su intolerancia salvaje, á sus ataques al catolicismo, se debió aumentarse los carlistas en 1873. Estos, que en su inmensa mayoría ignoraban la existencia del pretendiente á la corona de España, corrieron á las armas en defensa de la religión hollada por los falsos demócratas. Proclamaban los liberales la libertad de asociación y expulsaban á las comunidades religiosas.

En las elecciones para el Congreso, Diputaciones provinciales y Municipios, intervenían la partida de la porra, Tertulia progresista y los voluntarios de la República. Los unionistas se quejaban de los obstáculos que les ponían; ellos, que formularon, contribuyeron y aseguraron el triunfo de la gloriosa. Castigo merecido. Repetían que los derechos individuales ó inaguantables, pesaban como una losa de plomo, que los españoles huían á Marruecos, y que África comenzaba en el Pirineo y concluía en el Estrecho de Gibraltar.

D. Juan Topete, el 17 de Septiembre de 1868, decía en su

proclama: «Si modestos marinos nos lanzamos hoy colocándonos en puesto que á otro más autorizado correspondía, lo hacemos obedeciendo á apremiantes motivos.»

Prim, el 19, desde la *Zaragoza* añadió: «Los generales Serrano y Dulce, debían hallarse, como yo, entre los ilustres marinos que, impulsados por el bien de la patria, han iniciado el movimiento al frente de la Escuadra nacional.»

El mismo día, en Cádiz, los sublevados proclamaron á coro: «Nuestra heroica Marina al lanzar la primera el grito de protesta.....»

En 1868, la fragata *Zaragoza* se hallaba fondeada frente á Lequeitio. Isabel II convidó á comer á sus oficiales, los encontró reservados, y dijo á un cortesano: — «Creo que la Armada arma algo contra mí.» —Le aconsejaron no visitase la referida nave; le sobraba valor, y lo verificó. Se agarró del brazo de Malcampo, comandante del buque, y no le soltó mientras permaneció á bordo. Dijeron que los marinos trataron de secuestrar á su reina, á una señora.

En la bahía de Cádiz, Topete, desde la fragata *Zaragoza*, mandada por Malcampo (más tarde á este hicieron marqués), contribuyó el primero á destronar á Isabel II. Topete nació en el Continente americano.

La sublevación de la Marina originó tres guerras. La de Cuba, la carlista y la cantonal. En Cartagena, los presidarios reemplazaron en los barcos á los oficiales de la Armada.

Pí cuenta: «Llega Contreras á Cartagena, y á poco, ciudad, arsenal, castillos, fragatas, todo se entrega á los rebeldes. Se proclama el cantón murciano...» Echaron á las familias de los marinos, y recuerdo la pena que me causó entonces leer los sufrimientos de una pobre madre que trajo á Madrid á su hija agonizando.

Castelar decía el 30 de Julio: «Ellos (los cantonales) se hubieron levantado, porque, bullangueros por naturaleza, lo que buscan es pescar un grado en el agua turbia de los motines vergonzosos.» Como todos, desde Riego.

Según manifestó el general cantonalista Ferrer, en la Junta de Cartagena hubo quien propuso enarbolar en la plaza y en los fuertes el pabellón de los Estados Unidos. La bandera yankee. Las fragatas *Almansa* y *Vitoria* fueron apresadas por los alemanes.

El mamarracho cantonal, Roque Barcia, confesaba: «Las naciones nos miran como si fuéramos los apestados de la humanidad.» La España con honra.

La revolución seguía su marcha triunfal de inconsecuencias y engaños. «Una era de reparación y de justicia, en la que al espíritu de pandillaje sustituye la estimación del mérito, á la intriga los servicios, á los apellidos las escalas,» ofrecieron el 68 al ejército. Reemplazaron los oficiales pundonorosos con expulsados por delitos comunes, y destinaron á las Armas generales, hasta con el empleo de coronel, á paisanos que no tenían hoja de servicios. Si en la milicia, que siempre hay más respeto á la ley, se faltaba á ella tan descaradamente, en el orden civil se nombraban empleados á niños que iban á la escuela, supliendo sus ausencias viejos de menor categoría y sueldo.

En todas las carreras del Estado se debía entrar por oposición, ascender por antigüedad sin defectos y no separar á nadie sin motivo justificado.

Pí, el 3 de Julio del 73, envió á los gobernadores una circular para que ningún periódico ni publicación defendiera la causa de Don Carlos ni diese noticias falsas sobre la guerra, entregando á los contraventores á los tribunales de justicia. Castelar, el 7 de Septiembre, prohibió publicar excitaciones á la rebelión, defender la conducta de los sublevados, dar noticias de la insurrección y de los movimientos de las tropas del Gobierno.

Imitaban á Gonzalez Bravo y al mismísimo D. Tadeo Calomarde.

En once meses de 1873 hubo seis Ministerios. Al del 23 de Julio, compuesto de Pi, Chao, Tutau, Sorní y Castelar, llamaban Ministerio pajarero.

Porque un curandero gritaba *Guerra á Dios, á los reyes y á la tisis*, fué Ministro.

Prim prometió abolir las quintas, y Baldrich, en su nombre, licenciar el ejército. Sólo trató de cumplirlo la Junta de Argentona, pueblecillo de Cataluña, que casi no está en el mapa. Los referidos D. *Joan* y D. *Graviel* se ascendieron á capitán general y teniente general. Lo demás era música.

El general Nouvilas repetía el 72 en el Congreso que la ley de Quintas era execrable, inicua, inmoral, injusta; que debía anularse. Sin quintas no había ejército. El 73 mandaba el del Norte.

El general Córdova decía en las Cortes el 22 de Enero del 72: «Inconsecuencia en el señor presidente del Consejo (Ruiz Zorrilla) no existe. Como candidato pudo manifestar la opinión de que no hubiera quintas, y como Ministro resolver otra cosa.»—¡No me *jaga* usted reir, que tengo el labio *partío!* exclamó un gitano al saber que había reventado su suegra.

Los liberales vendieron los bienes de frailes, monjas, curas, hospitales y los de Propios. Los revolucionarios hipotecaron al judío Rostchild las minas de Almadén, la mejor finca de España. El Gobierno de la República tomaba dinero prestado al 273 por 100. Hubo alfonsinos usureros que se lo daban á tan módico precio. Perjudicaban á la federal y se enriquecían. Para desacreditar los títulos nobiliarios se autorizó por un decreto á que cada uno usara el que más le gustase.

Cuando la República estableció el servicio militar obligatorio, se presentó un señorito muy recomendado al jefe de Estado Mayor de un distrito; lo destinó de escribiente, diciéndole que le tendría toda clase de consideraciones, siendo imposible evitarle vestir de uniforme ni perdonarle las horas de oficina. El joven exclamó:—Yo creía no trabajar; haré uso del documento que poseo hasta que pasen estos tiempos. Presentó una orden del Gobierno de la República mandando que al soldado mencionado no se le exigiera servicio alguno.

Durante la guerra se ocultaba un soldado en un pueblo de Aragón. Prendieron al desertor, reclamó el cacique, no le hicieron caso, y corrió éste la voz de que los carlistas prisioneros en Zaragoza y los soldados conspiraban. Un oficial apaleó al diputado que dió parte. Un general sordo preguntó al cacique: —¿Qué es usted?—Político, contestó.—¿Qué? añadió el veterano aproximando la oreja.—Político.—¡Ah, sí! ¡canalla, canalla!

En la milicia son más déspotas los que la echan de más liberales. Para probarlo, copiaré el siguiente documento, que poseo original, modelo de literatura:

«Gobierno militar de la plaza y provincia de Madrid.

»El capitán D..... se presentará á las doce del día de mañana en mi despacho, que de no *verificarlo pasará Vd.* á prisiones militares.

»Madrid 31 Agosto de 1873.»

Los cantonales variaron la fórmula de los oficios para suprimir el *Dios guarde.*

«*Unión Revolucionaria de Cartagena.*—Por orden del ciudadano presidente os serviréis concurrir hoy al local que ocupa la Junta.—Salud y federación.»

Acuñaron monedas obsidionales con la leyenda: *Cartagena sitiada por los centralistas. Septiembre 1873.—Revolución cantonal.—Cinco pesetas.*

Durante la federal se desquició todo. Nadie se entendía. Los soldados no obedecían, los carlistas se multiplicaban, cundía el socialismo y la patria se desmoronaba. Se declaraban en cantón las ciudades, se ultrajaba en público la moral, se fusilaban las imágenes, en Barcelona se convirtió la iglesia de Santa Mónica en lupanar, se asesinaba impunemente y se robaba, sobre todo los equipajes de los que viajaban por ferrocarril. A uno le abrieron la maleta; al cerrarla dejaron dentro un martillo. Mandé á Paris varias monedas de oro romanas; las sacaron de un baul. Las ví en poder de un coleccionista. Le probé eran mías, no accedió á devolverlas dándole las 1.500 pesetas que le habían costado en el Rastro, hasta que le

amenacé con romperle la cabeza. No quise acudir á la Justicia, que no existe en España, y menos en tiempos bullangueros. Conocí las monedas por una rarísima de Crispina, mujer del emperador Comodo.

Pí, á quien un periódico republicano le llamó el primer franco, cuando los francos deshonraban la nación, si le decían que una ciudad se había declarado en cantón, replicaba: «Allá se las avenga.» Es hombre de bien como particular y el único exministro que no cobra cesantía.

D. Nicolás Estévanez, gobernador de Madrid, puso en la puerta de su despacho un cartel que decía: «El gobernador no tiene destinos, ni dinero, ni paciencia, ni nada.» Sus compañeros políticos le asediaban pidiéndole. Fué ministro de la Guerra; creimos reuniría 500 guardias civiles, fusilaría á los asesinos del valiente aragonés Martínez Llagostera, jefe del batallón cazadores de Madrid, restablecería la disciplina en el ejército y disolvería las Constituyentes. Nada. Un cualquiera.

Como los galos estaban á las puertas de Roma, ó sea los francos, compuestos de gente perdida, se hallaban inmediatos á Madrid, los vecinos honrados trataron de armarse por barrios y auxiliarse para rechazar la invasión de los bárbaros de fuera y la canalla de dentro. Precaución que evitó el saqueo de la capital. Un marqués reunió en su casa gran número de fusiles y escopetas. Le prometí disparar el primer tiro, que es lo expuesto, recordando el 5 de Marzo de 1838 en Zaragoza, y lo que hicieron los plateros de Barcelona el 56, no permitiendo que en su calle levantasen barricadas los insurrectos.

El poeta Nuñez de Arce, que expuso la vida por la patria en la guerra de Africa en 1860, comprendió el 73 que la nación caminaba al abismo, y escribió:

«..... mas, ¡qué digo!
«No eres la libertad; disfraces fuera·
Licencia desgreñada, vil ramera
del motín, te conozco y te maldigo.»

A la virgen democracia habían convertido los políticos en asquerosa prostituta. De ellos decía un baturro que, como los gigantes de Zaragoza, entienden por la panza. Los que conducen tales figurones, ven y oyen por un agujero abierto debajo de la cintura.

Otra de las calamidades de la revolución fueron los Cuerpos francos. Al dar un arma al hombre sin educación se centuplica su brutalidad. Sólo sirve para el bien convirtiéndolo en máquina por medio de la disciplina. En 1869, los republicanos se sublevaron contra las quintas. El capitán general de Cataluña, al cañonear á Gracia, donde los insurrectos habían levantado barricadas, preguntó á un carnicero, hecho coronel por Prim, jefe de dos batallones de francos, señalando la población:—¿Hay mucha gente? — No, señor; casi todos los pillos vienen conmigo; contestó el que mandaba la patulea.

—¡Para conflicto el mío!—exclamó un zaragozano, y añadió: —Mandaba yo una compañía de fusileros voluntarios de Aragón, en 1837, y recibí orden terminante de arcabucear al soldado que robase lo más mínimo. En Lecera se quejó una labradora de que la tropa le había quitado una gallina; todos mis subordinados se declararon culpables. Si cumplia lo dispuesto por el general de pasarlos por las armas era preciso que se mataran unos á otros. La terca baturra no quiso retirar la denuncia. Para salvar el honor militar, reflexioné, y..... fusilé á la mujer.—¿Y la gallina?, preguntaron horrorizados los oyentes.—Me la comí con arroz, contestó impasible el exoficial de la primera guerra civil.

La anterior barbaridad, caracteriza á la fuerza armada sin disciplina, aunque sea cuento aragonés.

La idea de crear Cuerpos francos con gente perdida sólo cabía en la mente de un visionario.

Se nombraron jefes y oficiales de batallones fantásticos, que cobraron sus sueldos y los haberes de plazas supuestas que aparecían en las listas de revista. En Cataluña el escándalo

llegó á lo inconcebible. Sustituir las tropas regulares por hordas hubiera dado el triunfo á Don Carlos.

El Gobierno federal buscó voluntarios que reemplazasen á los soldados procedentes de las quintas, los reunió en Vicálvaro, se mataron entre ellos y tuvieron que licenciarlos. A los jefes separados desde 1868 nos preguntaron si queríamos mandarlos; ninguno aceptó. Llegaron á Madrid los francos de Málaga, con mujeres, hijos y colchones. Un oficial llevaba sable, puñal, carabina, bayoneta y dos revólvers. En los barrios bajos, para contener sus desmanes, los apalearon. A pesar de que ofrecían comerse crudos á los carlistas, no consiguieron hacerlos pasar de Burgos. Los francos de Nouvilas, los galaicos y otros sin nombre, no sirvieron para cosa mejor. Vi desfilar un batallón de francos por la Puerta del Sol, observé que el abanderado era negro, y volví la espalda indignado al considerar no podía descender á menos la gloriosa enseña de Bailén y Zaragoza.

Llegó á tal punto el descrédito de la patria, que en Francia se publicó un mapa dividiendo España entre varias naciones, adjudicando una parte á Portugal. Mejor fuera se la hubieran dado toda; así llegáramos á la suspirada unión ibérica.

La pulverización de España se iba llevando á cabo por medio del cantonalismo. En Andalucía sobre todo. En Alcoy se asesinó á los guardias civiles, se quemó, robó, se atropelló á las mujeres y se cometieron actos de ferocidad salvaje. Hasta se espantaron los mismos federales del Congreso. En Granada se asesinó á los carabineros, siendo cómplice la autoridad. Barcelona no se declaró en cantón porque, reunidos miles de federales en la Plaza de Cataluña, al oir que desde un balcón los directores ofrecían el repartimiento de bienes, como muchos obreros los tenían, gracias al espíritu de trabajo y economía que existe en el Principado, gritaron: —*¡Lladres, pillus! ¡Abaixu!* á los predicadores,—que escaparon más que deprisa.

Los aragoneses son demócratas prácticos, con gran sentido político; posponen todo á la integridad de la patria. En Zara-

goza mataron al que fué á convertirla en cantón; los paisanos apalearon á los soldados que faltaban á la disciplina. Cuando, en el ejército de Cataluña, algún Cuerpo daba muestras de insubordinación, lo enviaban á tierra aragonesa. Valencia se declaró en cantón. Cartagena se sublevó, y la escuadra, mandada por presidiarios, bombardeó á Alicante y Almería. Se perdieron la *Tetuán* y el *Fernando el Católico,* y los alemanes, ¡qué vergüenza!, ocuparon algunos buques. Los ingleses tomaron á los cantonales la fragata *Almansa;* para que la devolviesen, sufrimos la humillación de entregarles un barco de su nación, capturado al echar en tierra fusiles para los carlistas.

Pasamos por la ignominia de que los Estados Unidos nos exigieran la devolución del *Virginius*, los piratas que vivían, y pagar una indemnización por los 57 que justamente fueron fusilados. ¡Y habrá quien llame gloriosa á la revolución del 68, que tanto lodo echó sobre la bandera española!

Los carlistas, en el Norte, se iban convirtiendo en un respetable ejército, perfectamente organizado. Si hubieran tenido en 1873 otro Zumalacárregui, van á Madrid derechos, sin encontrar resistencia. Don Carlos VII valía tanto como el VI, y menos que el V, que no servía para rey.

La nación había llegado al último límite de miseria. No teníamos Ejército, ni Marina, ni Gobierno. Se aproximaba el *Finis Hispaniæ*. Hasta á los portugueses les pasó por la imaginación conquistar á Galicia. El vilipendio nos aplastaba.

A pesar de tanto desastre, la revolución española no llegó en ferocidad á la francesa del 93. Nuestros vecinos traspirenaicos, creen que están más civilizados. En las infinitas guerras y pronunciamientos que ha habido en la Península, no se han fusilado tantos como en Francia después de la Commune.

Don Juan Mañé y Flaquer, en su interesante libro *La revolución de 1868, juzgada por sus autores*, dice: «Por de pronto, recordamos que el ejército preparado para la insurrección por las predicaciones republicanas, por los clubs y por la ma-

sonería, que había establecido sus reales en el Ministerio de la Guerra en tiempo del general Córdova.....»

El 23 de Febrero, la Diputación de Barcelona expulsó del ejército á muchos jefes y oficiales. Se propagó la indisciplina en todas las tropas del Principado.

En Igualada, la columna *modelo* del capitán general Velarde, el que se sublevó en Santoña el 68, se insurreccionó contra los que la mandaban. La soldadesca buscaba á los oficiales para asesinarlos, les hizo fuego, robaba, incendiaba, saqueaba y violaba doncellas. A un coronel muy patriotero le patearon las tripas los soldados de su regimiento. Porque prendieron algunos los oficiales, un general los llamó cobardes y soltó á los presos. Un músico (siempre han sido los peores) quiso atropellar á un general: lo arrestaron, una compañía lo puso en libertad, lo llevaron preso á Gerona y los republicanos promovieron una manifestación en su favor. Los federales de Barcelona se opusieron á que se castigase á los soldados asesinos y el general Patiño apoyó esta petición.

Para arreglar el ejército, el 11 de Junio nombraron ministro de la Guerra á Estévanez: según el general Socías dijo el 18 en las Cortes, era capitán desertor, de desventajosos antecedentes personales. Hizo coroneles á varios capitanes y pasaron de 200 los ascensos que dió á sus compinches. Los austeros republicanos se despacharon á su gusto.

Don Antonio Orense, republicano de buena fe, manifestó en el Congreso el 30 de Junio: «que en Cataluña los oficiales tenían que luchar con sus propios soldados; que la República no era la justicia ni nada; que existía el favoritismo en mayor escala que en tiempo de los reyes; que en Barcelona se había paseado, sin castigo, un pendón, en el que se leía *que un solo cabello del soldado valía por diez cabezas de oficiales*. El soldado podía matar á su jefe, y no se le trataba como asesino.»

La oficialidad del ejército de Cataluña trató de pedir la licencia absoluta ó el retiro.

Nadie rebajó más el uniforme del ejército que un briga-

dier. Conspiró de coronel con los sargentos del Fijo de Ceuta el 68; de gobernador de Málaga durante la Cantonal: para probar su demagogia, limpiaba con el fagín de general las mesas de los cafés, diciendo que tales chirimbolos no servían para otra cosa. Era sobrino de un capitán general de Galicia en tiempo de Fernando VII, al que los liberales le mandaron un pliego, estalló al abrirlo y le llevó la mano derecha. El tío, manco, valió más que el sobrino loco.

La Independencia, periódico republicano de Barcelona, decía el 30 de Agosto de 1873: «Gran desdicha para nosotros que sólo hayan ingresado en nuestras filas generales estúpidos, traidores é incapaces.» Chupaos esa, militares patrioteros.

Corría desbocada la revolución en el verano de 1873, cuando al ministro de la Guerra, hombre grande por su tamaño, se le ocurrió la luminosa idea de reunir en Madrid á todos los jefes y oficiales que nos hallábamos de reemplazo, la mayor parte separados de las filas por su gusto y todos enemigos ostensibles y declarados de la República federal. Calculé que la medida era el principio del fin. S. E., de comandante, se sublevó en Avila el 66, se metió con su batallón en Portugal, y le hicieron teniente general por una escaramuza con el sanguinario cura de Santa Cruz. Pi y Margall le nombró ministro de la Guerra creyendo se prestaría á disolver el ejército, único obstáculo que le impedía destruir la unidad española. El general se encerró en el palacio de Buena Vista, aturdido de tan elevada posición, enmudeció, no consiguieron se presentase en el Congreso, le supusieron proyectos que era incapaz de concebir y le temieron los federales. Se convirtió en esperanza de los hombres de orden; algunos le vitorearon en la calle de Alcalá.

Dicen que en su testamento ministerial, que redactaron en un café, dejó grandemente satisfechos á sus paniaguados. Lo mismo hicieron muchos de sus antecesores, desde la muerte de Fernando VII.

La sabia determinación de juntar en Madrid á todos los

jefes y oficiales de reemplazo que el Gobierno federal creyó le sería muy útil, fué, indudablemente, la principal causa de su caída. Desde entonces comenzó la revolución á resbalar vertiginosamente por las pendientes reaccionarias, hasta dar con la monarquía de Alfonso XII. Si se hubiera prolongado algunos años más la fiebre liberalesca, la nación se habría echado en los brazos de un dictador. El pueblo, por instinto, se habría salvado. España no perdió su nacionalidad, gracias á su topografía y situación geográfica.

Se trató, aunque no recibieron las armas, de formar batallones de jefes y oficiales. Era impolítico, absurdo y sin provecho; algunos suponían daría el proyecto grandes resultados. No podían hacer nada útil tales Cuerpos. Sólo hubieran servido de estorbo y para inutilizar igual número de los indisciplinados que quedaban en el ejército. Los 600 oficiales de cada batallón necesitaban otros tantos soldados para asistentes. Creerían indecoroso ir á comprar el aceite y el vino, guisándose la comida en sus respectivos alojamientos. Pertenecían á la clase de generales los tres jefes de cada batallón, á la de jefes el ayudante y los oficiales de las compañías, y todos caminarían en jaco. Tenían derecho á bagaje los capitanes de más de cincuenta años y los subalternos que hubieran recibido heridas; se necesitaba una acémila para cada diez maletas; serían indispensables lo menos 150 cuadrúpedos más por batallón, recua inmensa que imposibilitaría todo movimiento. Tal idea era digna de la época y de la cabeza que la había concebido. Me propusieron ser teniente; no acepté por no ir, si emprendíamos una marcha, acompañado de tanta caballería.

Como el 73 no nos permitían salir de Madrid, busqué á un diputado republicano para que me concediesen la licencia; dándose importancia, me dijo que la pidiese por enfermo. No quise mentir y le repliqué que para ese viaje no necesitaba alforjas. De él y de otros padrastros de la patria, diputados aragoneses, tuve que huir al oirles discutir en serio la manera más conveniente de establecer la federal en España. Se lamenta-

ban formalmente de que el Estado aragonés carecía de puertos de mar. Pensaban al referido Estado agregarle San Carlos de la Rápita, suprimiendo, por supuesto, el San y el Carlos, para no recordar que en España hubo religión y que Carlos III trató de convertir dicho punto en establecimiento marítimo. ¿Y el puerto de Canfranc?, les pregunté. Por entonces trataron los republicanos de quitar la inscripción que hay en la Puerta de Alcalá, porque en ella se halla el nombre del referido monarca. Mi paisano, el ministro Gil Berges, prohibió se ejecutasen tales salvajadas.

Entre otras majaderías, pensaban, expresándose en la jerga de moda, crear el Municipio libre en la Provincia libre, la Provincia libre en el Estado libre y el Estado libre en la Nación libre. Los barrios, como se leía en la bandera de uno de Calatayud, en la primera manifestación republicana de Zaragoza, se harían independientes. Adelantando retrocedíamos á los tiempos en que España, dividida en pedazos, la mandaban varios reyezuelos moros. Estos, al menos, tenían fe en Mahoma.

Previnieron á la oficialidad de reemplazo que se hallaba en Madrid, se presentasen en el palacio de Buena Vista los capitanes y subalternos al Mayor de plaza, y los jefes al capitán general. Este, capitán el 68, fué recibiendo uno á uno, sentado junto á un velador, de paisano, cruzadas las piernas, con lazos en los zapatos. Les preguntaba si tenían defecto físico, y si defenderían la República hasta en clase de soldado. Según la respuesta, decía á un oficial de E. M. en cuál de las listas de inútiles, afectos ó desafectos debía ponerle. Replicó agriamente á un coronel que me precedía, de abultado abdómen, chupóptero antes y después de la feliz época que atravesábamos. Presencié la escena desde la puerta, pensando: «Cuando las barbas de tu vecino veas pelar.....» Me paré delante de S. E., no se dignó mirarme, y salí por la otra puerta sin decir oste ni moste. Ignoro si me calificaron. Difícil era, con exactitud. Medio inútil, aborrecía á pasados, presentes y

futuros. Al preguntarle el Mayor de plaza á un capitán si serviría á la República, contestó: «No, señor.» «Pues ponerlo, dijo aquel jefe al escribiente, en la tercera lista.»—«No hay cuarta?» añadió el oficial entre la algazara de los demás. Tales hechos cargaban la atmósfera. La tempestad estallaría pronto.

Los más impacientes y enérgicos, ofendidos en su amor propio, perdieron la esperanza de ver restablecido el orden en el ejército; se marcharon por vengarse, la mayor parte, contra sus ideas, á los carlistas, únicos que estaban en armas. Más de 200 oficiales salieron de Madrid en pocos días; con ellos D. Carlos organizó sus huestes, convirtiendo los famosos cuatro sacristanes en numerosos y aguerridos batallones.

Cuando en Madrid se supo que en Cataluña los soldados de la columna del general Velarde habían echado á sus jefes y oficiales, nombraron un doble cuadro de otros para el batallón cazadores de Béjar; al presentarse al capitán general, éste y el ministro de la Guerra, les llamaron cobardes, porque pidieron que se restableciese la ordenanza en todo su vigor. Trataron de enviar presos á Cádiz á los dos oficiales que más se habían hecho notar por su exaltación; corrió la noticia entre los numerosos grupos que se hallaban siempre en los cafés de Fornos, Suizo y sus aceras.

Bajaron muchos militares á la estación, con revólver; un batallón de voluntarios de la república colocado junto al hospital general, se retiró temiéndoles, y el Gobierno no se atrevió á llevar adelante su propósito.

Los jefes y oficiales de reemplazo (algunos habían ayudado á Prim en la revolución y á Serrano en Alcolea) determinaron reunirse en el Salón de Capellanes, y nombrar una comisión para exigir al Gobierno la separación del capitán general. Aunque me repugna cuanto tiene relación con complots, manifestaciones y demás actos antimilitares, como el Gobierno concedió el permiso, en cuanto me dijeron que los voluntarios, por mi aversión á los paisanos que juegan á sol-

dados, ó la partida de la porra nos atacaría, concurrí al indicado teatrillo. No sé quién promovió la reunión, ni quién nombró la junta, que apareció cómicamente sentada en el proscenio de Capellanes. Su presidente, un coronel, antiguo compañero mío, de más corazón que cabeza, se levantó, y dirigiéndose á los convocados, les dijo que la manifestación no tenía razón de ser ni objeto, que debía disolverse en seguida. El Gobierno, convencido de las justas quejas de la oficialidad del ejército, había separado del mando al capitán general. Los oficiales no se contentaron, como sucede siempre en tales casos, con haber conseguido lo que principalmente deseaban. Protestaron á gritos armando bulla horrible contra la disolución que la presidencia les encargaba. Poco acostumbrados á las fórmulas parlamentarias, todos pedían la palabra á un tiempo, y nadie se entendía. El comandante Peirona (le mataron los carlistas el 76 en Abadiano), porque no le dejaban hablar, subió á un banco, y exclamó furioso en tono de desafío, con acento aragonés: «Yo no tengo miedo de nada; se lo pruebo al que quiera saberlo.»

Con americana negra, de alpaca, pantalón gris, sombrero hongo y grueso bastón, me coloqué en el pequeño teatro de Capellanes, sentado en el tablado, fuera del telón de boca, con las piernas colgando, sitio á propósito para contemplar la tragicomedia que se representaba. Enemigo de todo lo que es inarmónico, permanecí callado, como hago siempre cuando los demás gritan ó chillan: hubiera sentido toda la vida no presenciar escenas tan dramáticas, ridículas y originales.

Viendo el presidente que no conseguía hacer uso de la palabra, restablecer el orden, ni disolver la reunión que el general D. Manuel de la Concha, con la monomanía de meterse en todo, le había exigido palabra de honor de verificar, se cubrió, bajó corrido y corriendo del proscenio, siguiéndole los demás individuos de la junta, que se confundieron entre la multitud. Los reemplazaron los más osados. Uno de magníficos pulmones, dominando su voz la de los otros, preguntó·

—¿Hay algún señor general que nos presida?—No; si fuera para pronunciarse, haciéndonos faltar á nuestro deber, ya lo habría; si tratáramos de conspirar, sobrarían, contestaron á coro los más exaltados reaccionarios, guardando silencio los procedentes de la revolución.

Después de un barullo infernal, espantoso, pudo, por fin, nombrarse la nueva junta. En seguida se presentaron oficiales comisionados por los regimientos de infantería, caballería y del tercio de la guardia civil que existían en la excorte, menos de ingenieros y la nueva artillería, adhiriéndose todos á lo que resolviese la oficialidad de reemplazo, que consideraban representante del ejército español. Un capitán de cazadores leyó con gran entonación un acta firmada por todos los jefes y oficiales de su batallón, poniéndolo á disposición de lo que se decidiese, añadiendo:—Acabo de obrar como delegado del Cuerpo en que sirvo; se hará lo que ustedes determinen. Íbamos al orden por el desorden, como el enfermo que toma veneno para recobrar la salud. A tal punto nos habían conducido los que, engañando en 1868, prometieron á los badulaques convertir á España en nueva Jauja, siendo su objeto la venganza personal, el satisfacer el amor propio contrariado y el deseo del mando perpetuo. Cuando más descuidado estaba yo, cambió la escena. De pronto fueron saliendo de entre bastidores varios oficiales de uniforme. Un capitán, que después, el 3 de Enero del 74 se hizo famoso porque entró á la cabeza de su compañía en el Congreso, elegido por Pavía como el más á propósito para echar del salón de sesiones á los diputados, gritándoles: «Es preciso disolverse», nos dijo, adelantándose á sus compañeros:—Señores; somos los oficiales destinados á mandar el batallón cazadores de Béjar, á los que el capitán general, valiéndose de la posición que ocupa, nos ha insultado. Hemos sorteado para matarlo; me ha tocado el número 7.—Al oir atrocidad tan enorme, la mayoría inmensa, como movida por un resorte, se levantó de sus asientos aplaudiendo frenéticamente, y pidiendo se presentara el favorecido

por la suerte con el número 1. Era un capitán de figura distinguida; emocionado, se desmayó y lo retiraron de las tablas.

En el período álgido de las revoluciones, la perversión moral llega al extremo. El que menos, tiene trastornada la cabeza.

Escenas más ó menos interesantes se sucedían rápidamente, cuando D. Antonio Orense, un caballero que yo conocía, hijo del célebre y excéntrico marqués de Albaida, me preguntó quien era el que presidía, para suplicarle le concediese dirigir la palabra á la oficialidad. Venía del Congreso; los diputados recelaban los lanzásemos á la calle. Le aconsejé que si le permitían arengarnos, y conseguía lo escucharan, no pronunciase nada que se relacionase con la libertad, y menos con la República, cuyos solos nombres serían causa de un alboroto en aquel momento. Orense habló de las glorias militares españolas, de los sufrimientos que se experimentan en la guerra, de las recompensas merecidas, de enorgullecerse en vestir el uniforme del ejército; que las Cortes atenderían, como era justo y conveniente, las reclamaciones de la oficialidad, que el Gobierno había exhonerado al capitán general.

En cuanto se enteró el anciano general Bassols que estaban reunidos los jefes y oficiales, y la idea que en ellos dominaba, á pesar de sus muchos años y hallarse enfermo, se presentó en Capellanes, unió su suerte á la del ejército en la borrasca que corría, siendo saludado con aplausos y vivas atronadores.

Por aclamación se eligió al general Bassols presidente de la comisión que se envió al Gobierno y al Congreso para que se restableciese la ordenanza, si querían contar con el ejército; éste no puede existir sin jefes y oficiales de carrera, los cuales, hasta los que se hallaban en las filas, estaban decididos á abandonarlas. Los revolucionarios comprendían que sin ejército los aplastarían los carlistas, y con uno disciplinado, representante de la unidad de la patria, el federalismo se suicidaba. Por eso trataron de sustituirlo con los famosos Cuerpos francos, nuevos bárbaros, que hallándose á las puertas de la capital de España, se encontró ésta en inminente riesgo de

ser saqueada. En los pocos días que permanecieron reunidos dichos salvajes á medio civilizar, esperando una imposible organización, se mataron entre ellos mayor número que entodo el reinado de Isabel II se han fusilado en las diferentes armas é institutos por faltas de disciplina. Las víctimas causadas por la política, superan en mucho, desde 1820, á las de la odiada Inquisición durante los tres siglos que ejerció su poder en España.

Los militares que no se pronuncian, que son los más, los fieles á la dinastía destronada, los opuestos á innovaciones inútiles, los despechados, los que separaran por sospechosos, los que con ideas liberales se arrepintieron al comprender habían servido de escalón, los que se consideraban deshonrados alternando con los vueltos al servicio del cual fueron arrojados por crímenes, todos eran enemigos de la federal. Comprendían que esta desaparecería como el humo en el momento que la ley se cumpliese; no estarían expuestos al furor de la soldadesca sin defensa, la dominarían aplicando la ordenanza, y los ciudadanos egoistas que cegaba el temor de perder sus bienes no los tendrían por cobardes al abandonar los regimientos cuando nadie los amparaba exponiéndose á perecer inútilmente sin la esperanza de que su sangre sería después vengada, y en lugar de castigar á los asesinos, los premiarían como á los sargentos de Artillería de 1866.

Salió el general Bassols del salón de Capellanes y se dispersaron pacíficamente los oficiales. El referido acto tuvo grandes consecuencias, aunque no le hayan dado la importancia que merece. Aquel día, de un solo golpe quedaron heridas de muerte la revolución y la causa carlista.

Cediendo el Gobierno se desacreditaba para sus partidarios, y de lo contrario desaparecía el ejército; los oficiales estaban decididos á mandar comisionados á los regimientos para disolverlos licenciando á los soldados, afiliándose unos á la bandera carlista, y otros, como yo, se habrían cruzado de brazos viendo pasar impasibles á las tropas de D. Carlos, con las

cuales sólo pueden batirse otras que, á la fe de aquellas, opongan el arte y la disciplina.

Cayó el filósofo Salmerón, que, consecuente con sus principios, se oponía á la pena de muerte aunque pereciesen mil víctimas inocentes: subió el poeta, el elocuente, el sabio Castelar, que con sus utopias irrealizables y fantásticas ha hecho, sin desearlo, inmenso é incurable daño á su idolatrada España, predicando á las masas, siempre necias y amigas de novedades, la destructora y estúpida república federal, que, en lugar de reunir, como expresa el nombre, pueblos y Estados, los dispersaba matando la obra de los siglos, y oponiéndose, con el pretexto de progresar, á la marcha de la humanidad, que camina á las grandes nacionalidades.

Don Emilio Castelar en el poder, vió de cerca la situación de la cosa pública, se hizo unitario, y, como hombre de talento, cambió de rumbo. Llamó al disuelto Cuerpo facultativo de Artillería, y puso en vigor la ordenanza.

Después que los federales se desgañitaron en las Cortes del 69, 70 y 71 contra las quintas de 25.000, 40.000 y 35.000 hombres, el 73 establecieron con el mayor rigor el servicio militar obligatorio. Por eso cantaban en mi lugar:

«República federal
es república embustera:
ofreció no habría quintas
y ha establecido la leva.»

Quedaron sin curso las infinitas instancias de licencia absoluta y retiro que los oficiales habían presentado á consecuencia de los sucesos anteriores; comenzaron á mandarlos, por rigurosa antigüedad, al servicio activo. A largos pasos se iba la República, pudiendo aplicar á los que creían no necesitar del ejército, los versos de Calderón:

«Ni contigo ni sin ti
tienen mis penas remedio;
contigo por que me matas,
y sin ti porque me muero.»

Para restablecer la disciplina destinaron á los regimientos á los jefes y oficiales que aborrecían la revolución. En Octubre del 73 me colocaron en el Depósito de instrucción de Castilla la Nueva, donde no se aprendía, enseñaba ni depositaba nada. Los mozos que el Gobierno republicano sacaba á la fuerza de sus casas para hacerlos soldados después de ofrecer la abolición de las quintas, llegaban á Madrid por remesas, en desorden, como rebaños de corderos que llevan al matadero. Establecido el servicio militar obligatorio del modo más tiránico y abusivo, si antes derramaban lágrimas de cada cinco madres una, los republicanos las hacían llorar á todas, mas conforme con la igualdad que predicaban sin creer en ella.

Los ferrocarriles vomitaban á miles los jóvenes sanos ó enfermos en los docks de Madrid, convertidos en cuarteles. A montones llegaban los reemplazos y en manadas los destinaban á las diferentes Armas del ejército. Poco menos que en desorden los enviaban á los Cuerpos que se hallaban en operaciones, ó creaban batallones de reserva en barullo hasta el extremo de que, según decían, al comandante de la Caja de quintos de Madrid se le habían perdido más de 7.000 hombres, en poco tiempo. Difícil habrá sido devanar tan enredada madeja.

Recibimos una mañana multitud de reemplazos andaluces, ya no se llamaban quintos, como si el nombre hiciera á la cosa, y un oficial de Artillería se dirigió á un grupo para elegir.

—No tome usted de esos que son malagueños; no sirven para nada, le dijo un jefe de Infantería, que por aparecer antiliberal ostentaba la cruz de Santiago.

—Mi comandante, á mí nadie me pasa delante y soy de Málaga—replicó furioso el teniente.

—Pues yo también, y los conozco mejor que usted—añadió el jefe con la mayor calma.

Siempre han tenido mala fama de soldados los malagueños. Antiguamente, que los batallones provinciales daban una compañía para los regimientos de la Guardia real provincial,

se mandó que la correspondiente á Málaga se distribuyera entre las demás del Cuerpo.

Era jefe del depósito el coronel Fernández Torrero, buen hombre, acribillado á balazos, sucio de cuerpo y traje, muy enamorado, le llamábamos Don Juan Tenorio, mentecato que hacía gala de descreído sin serlo. Para probar su exagerado liberalismo aseguraba que descendía de Muñoz Torrero. —Advierto á usted que infiere una ofensa á un señor canónigo, le manifesté.—Soy sobrino, dijo.—No se desciende de tíos, añadí.—Lo sé, replicó.

Un soldado Viejo.

UN LIBRO SOBRE EL PROBLEMA SOCIAL

En el año de 1890 vió la luz uno titulado: *La Cuestión económica*, en el que su autor, el Sr. Sanz Escartín exponía con gran lucidez y copiosa erudición, las nuevas doctrinas económicas que pugnan por hallar una solución de armonía entre las extremas antes reinantes, á la par que con distinto criterio ventilaba puntos más prácticos, como la crisis agrícola y la reforma arancelaria. A los tres años publicaba otro, cuyo título, *El Estado y la reforma social*, revela bien claramente su objeto, y en el cual se expone el que debe ser contenido de las llamadas *Leyes obreras, sociales ó del trabajo*. Y ahora ha dado á la estampa éste, de que vamos á ocuparnos, *El individuo y la reforma social*, con el que, al decir de un crítico, el autor «acaba de dar digno remate á su empresa», afirmación con la que no podemos estar en modo alguno conformes.

Y la razón es obvia. En el primer libro se plantea la cuestión, que consiste, en suma, en saber en qué medida toca la solución del problema social al individuo, á la sociedad y al Estado, y es de notar que apenas si hay hoy quien deje de reconocer la necesidad de que coadyuven á tal fin esos tres factores, dado que el mismo anarquismo, que parece negar la

existencia del Estado, lo reconstituye en las asociaciones originarias de obreros y la federación de las mismas; nadie sostiene ya el comunismo radical, y casi todos, quien más, quien menos, distinguen entre individuo y sociedad, entre sociedad y Estado. Ahora bien: salta á la vista que el Sr. Sanz Escartín, para completar su interesante y meritoria labor, necesita escribir otro libro, cuyo título habrá de ser, como seguramente habrá ocurrido al lector, éste: *La sociedad y la reforma social*, y es que si, como dice el autor en su última obra, «la cultura puramente individual no posee la eficacia de conmover y dirigir, inherente á los grandes ideales colectivos; el sentimiento religioso se engrandece, la impresión moral y estética penetran más hondamente en nuestras almas cuando nos sentimos en comunión y simpatía con nuestros semejantes;» lo propio que en esa esfera ocurre en todas las demás, y por eso la sociedad puede y debe cooperar á la solución del problema social de un modo y en una forma en que no es dado hacerlo al individuo. Después de todo, esto mismo debe pensar el Sr. Sanz Escartín, puesto que el objeto de este su último libro «es, ante todo, *preparar* en las ideas y en los sentimientos la *acción social*.»

Que en algunos respectos trascendentales se nota cierta evolución en las ideas del autor, lo muestra el contenido de la *Introducción*. «En lo que afecta, dice, á la parte moral de la crisis moderna, en lo que se refiere á los fines que individualmente debemos proponernos, á los medios por los cuales podemos alcanzarlos, á la influencia de esta acción individual para la resolución de los grandes problemas sociales—objeto propiamente de este libro—mi criterio se aparta un tanto de las huellas trazadas en algunos pasajes de mi libro anterior. Aprecio en términos semejantes á los que fijaron entonces mi pensamiento, la misión del sentimiento religioso en su forma definitiva: el sentimiento cristiano; estimo en el propio altísimo valor que le reconocía en aquella ocasión, el organismo que exterioriza y concreta con superior autoridad todo un

ideal admirable, y en su conjunto insuperado de gobierno moral de nuestra vida; pero afirmo además el valor ético que, aparte de toda relación trascendente, encierra en sí la sociedad humana, valor propio que expresó admirablemente la filosofía de Santo Tomás, al enseñar que la moralidad no depende ni procede de la libre voluntad de Dios.» Y para que se entienda el alcance de esta declaración, preciso es tener en cuenta que más adelante dice: «Ideas y sentimientos que llenaban no há mucho con su prestigio y con su eficacia el corazón y la mente, desaparecen por todas partes en la sociedad de nuestros días. El móvil humano tiende á imperar en la conducta humana. Amamos la justicia, amamos la piedad, amamos el bien, en una palabra, por su propio valor en la humanidad y en la conciencia. En ellas aspiramos á encontrar sus verdaderos y sólidos fundamentos.» Y después escribe estas palabras: «Si fuera cierto que el obrar en armonía con los intereses verdaderos de la sociedad y del hombre, ó sea la moralidad, dependía de tales ó cuales afirmaciones acerca del orden sobrenatural, de ésta ó de la otra interpretación de lo incognoscible, y sólo en aquel orden y en esta esfera de lo arcano habían de hallarse el móvil y el impulso de nuestra recta conducta, si esto fuera cierto, todo pesimismo estaría justificado.» Y luego estas otras: «Urge sostener que el orden moral se realiza no sólo merced al impulso reflexivo y voluntario del hombre, sino también y principalmente por la acción del progreso en la humanidad, y que lejos de ser la moralidad de nuestras acciones de orden sobrenatural, es algo que tiene sus raíces en las leyes mismas de la vida individual y social, en la naturaleza misma de la sociedad y del hombre, como condición necesaria que es de su armonía y de su actividad verdaderamente humana.»

Y no es difícil hallar el sentido en que se inspira el autor, si se toma en cuenta que, según él, el principio de la lucha por la existencia y de la selección natural ha inmortalizado el nombre de Darwin; que la psicogenia nos enseña cómo desde

el movimiento reflejo é indestructiblemente unido á un concurso orgánico de fuerzas naturales, asciende el atributo animado, la misteriosa Psique hasta la cima de la razón y la conciencia humanas. Pero preciso es también recordar como atenuaciones de ese sentido las expresadas en estos términos: «el principio de la lucha por la existencia y de la selección natural, que ha inmortalizado el nombre de Darwin, erigido en ley única de la evolución y del progreso en la humanidad, fué la base doctrinal del individualismo moderno»; y en estos otros: «el principio de la lucha por la existencia necesitaba completarse con el de cooperación, ineludible condición de la vida en todos sus grados y fundamento de sus formas superiores; con la ley de solidaridad, que nos revela el carácter social de todos nuestros actos; con el amor, en fin, que es la expresión más alta de la cooperación y de la solidaridad reflexivas y voluntarias.»

Contiene la obra veintiún capítulos, en que se tratan los siguientes temas: el individuo y la sociedad, el trabajo, la riqueza y el ahorro, la propiedad, el capital, deberes sociales de las clases ricas, acción de las clases obreras en relación al mejoramiento de sus condiciones de vida social, la ciencia, la enseñanza, la moral, la religión, el arte, el derecho, la mujer y su influencia en la reforma social.

En el primero, partiendo de la base de que el individuo humano es la célula social, pero difiriendo radicalmente de la célula fisiológica por virtud del fenómeno de la conciencia, afirma el Sr. Sanz Escartín que «el fundamento verdadero de toda reforma social es, por tanto, el individuo» ya que constituyendo hoy «la libertad, la única norma en el pacto de prestación del trabajo, es realmente quien impulsa y dirige la vida social.»

»En todas las esferas fundamentales de la vida, dice, puede y debe la acción individual contribuir al bienestar y al progreso. En la esfera económica, mediante el trabajo considerado como un deber y una ley de nuestro organismo, mediante la

supresión de ciertos consumos inútiles ó perjudiciales, por medio de las asociaciones que previenen la pobreza ó la remedian, por la fecundidad del ahorro, por el respeto á la propiedad, y finalmente, por la subordinación del interés egoista al bien individual y social.»

En este punto está conforme con Ziegler, el cual en su libro *La cuestión social es una cuestión moral*, hablando de la utopia de Dellamy, dice: «Pone en primera línea el proceso lógico del desenvolvimiento social; en segundo, las transformaciones sociales externas; y en tercero y último lugar la tranformación de los móviles humanos. Ahora bien: lo contrario es lo que pasa en la realidad y en la vida: lo primero que hay que cambiar son los móviles del alma humana.»

Por eso comienza por estimar que el *trabajo* es un deber sagrado para todos, y por tanto, el rico que no lo cumple es un verdadero parásito, y mereciendo honor y respeto todo trabajo útil para la vida de la humanidad, no hay obras serviles. Por todo ello hace suyas el autor estas palabras de Ingram: «Lo que realmente tiene importancia para los trabajadores, no es que unos pocos puedan elevarse á un rango superior, puesto que esto muchas veces les perjudica, privando á su clase de los individuos más aptos y enérgicos; lo que realmente reviste para ellos vital interés, es que toda la clase se eleve y progrese en bienestar y seguridad, y más aún en cualidades intelectuales y morales.»

De otro lado, como no podía menos, volviendo la vista á los patronos, dice que «el que beneficia del trabajo de sus semejantes no afirmará que ha cumplido los deberes que la humanidad le impone, porque ha retribuído, según convenio y con la mayor economía posible, el trabajo de sus semejantes. Sabe que éste no es una mercancía sin otro valor que el que nuestro albedrío le confiere, sino algo que representa la existencia física y moral de un ser humano, y quizá de toda una familia.....

«Tanto en lo que al salario se refiere, como en lo que se relaciona con el tiempo de trabajo, condiciones del mismo, pre-

visión para los casos de enfermedad, inopia ó ineptitud ocasionada por accidentes ó por la edad, y cultura y moralidad de los obreros, el patrono de la moderna industria tiene verdaderos deberes que, en escala mayor y menor y en formas variadísimas, debe cumplir, y afortunadamente, como tendremos ocasión de demostrar, tiende á cumplir cada vez con mayor eficacia.»

De igual modo, basta atender al epígrafe del capítulo tercero, *De la riqueza y del ahorro*, para comprender que la influencia social y el valor moral de éste, el delicado problema del lujo, la eficacia del ejemplo que deben dar las clases directoras y la posibilidad de que el obrero ahorre, son temas que en él se discuten. El último es el más interesante, sobre todo por los datos estadísticos referentes á la situación del trabajador, y por la enérgica condenación del alcoholismo. En cuanto á lo primero, el hecho de haber aumentado el número de imponentes en las Cajas de ahorro, en Francia, de 400.000 que eran en 1835, á cuatro millones en 1884, y á ocho hoy, y el de ascender á 4.000 millones de pesetas las economías que la clase inferior y las clases obreras tienen en Inglaterra en sus Bancos de ahorros, Sociedades de construcción, de socorros mutuos y cooperativas, demuestran un progreso evidente.

Y no debe pasarse en silencio esta observación que hace el autor respecto de los impuestos con relación al obrero inglés y al español: «El impuesto—dice—sobre los consumos indispensables para la vida, que con tanta razón llamó Federico Passy «impuesto progresivo al revés», apenas existe en Inglaterra; los pequeños ingresos, los alquileres reducidos, las rentas exiguas, se eximen total ó parcialmente del impuesto. Así ha podido afirmarse que el obrero inglés que no fuma y no consume bebidas alcohólicas, se halla casi por completo libre de tributo». «En España é Italia, á pesar de los principios democráticos de sus constituciones, los impuestos que gravan sobre las clases populares son verdaderamente insoportables. Mientras que en Londres la familia de obreros que, por la reu-

nión de varios salarios, obtiene un ingreso de 2.000 pesetas, apenas satisface por razón de impuestos 90, una familia que en Madrid obtuviera la misma ganancia, satisfaría, aproximadamente, y por virtud ante todo de los derechos de consumo, 400 pesetas. En tales condiciones, el ahorro se hace muy difícil, y sólo merced á cualidades morales de primer orden, y á circunstancias muy favorables, puede realizarse.»

En cuanto al consumo del alcohol, que absorbe gran parte del salario del obrero, y que, según el autor, casi por completo podría suprimirse con ventaja para su salud moral y material, baste citar este dato: «Sólo Alemania, consume anualmente siete millones de hectólitros de aguardientes, que importan un valor de 500 millones de marcos. Si se agrega á esta suma la que representan el vino y la cerveza, el consumo total de bebidas alcohólicas representa en Alemania 1.711 millones de marcos por año. Austria, Bélgica y Francia, siguen las huellas del Imperio alemán. El consumo de alcohol va en aumento en todos estos países, así como, si bien en menores proporciones, en Italia, España y Portugal.»

En los capítulos consagrados á la *propiedad*, combate enérgicamente el colectivismo y el anarquismo, pero haciendo las concesiones importantes que contienen estos dos párrafos: «Es indudable que la evolución progresiva de las sociedades conduce á separar por completo al Estado de toda acción directa en la producción y distribución de la riqueza. Pero este resultado final sólo podrá producirse cuando la nueva organización por la libertad, que tiende á sustituir á la antigua organización autoritaria, haya logrado, merced á la multiplicación de la riqueza y á la expansión de los sentimientos morales, satisfacer las exigencias de la justicia. Mientras el régimen de libertad sea un régimen de individualismo egoista; mientras una libre cooperación de todos á los fines humanos no reemplace á la antigua cooperación estrecha y obligatoria, puede ser conveniente, puede ser necesario, que la representación de la colectividad entera ejerza determinadas funciones

de índole económica. Así vemos en los pueblos más cultos iniciarse una reconstitución del patrimonio colectivo en armonía con las necesidades modernas, mediante el monopolio de ciertos servicios (vías y medios de comunicación y transportes, aguas, luz, calefacción, alojamientos para obreros, aguas minerales, artículos de primera necesidad, etc., etc.), con el fin de atenuar en lo posible los sufrimientos de las clases pobres en esta verdadera crisis producida por la desaparición de un estado social y la creación de un nuevo régimen de vida y de riqueza.»

«Colectivismo y anarquismo, dice, son, en la integridad de sus doctrinas y aspiraciones, dos grandes y peligrosas utopias. Pero ambas responden á necesidades reales de la vida individual y social que es necesario satisfacer. El colectivismo tiene de legítimo su anhelo de coordinación, de armonía, de reparación de las injusticias legales, de alivio de las grandes miserias, de una solidaridad, en fin, más íntima y más completa entre todos los miembros de la sociedad. El anarquismo contiene un alma de verdad, en su deseo de libre expansión, en su aborrecimiento de trabas inútiles, en su amor á los débiles, á los desheredados, á los que la sociedad repele.»

Hablando de los restos de la antiquísima comunidad primitiva que subsisten aún en España, y cuya importancia, dicho sea de paso, pondrá muy pronto de manifiesto el Sr. Don Joaquín Costa en la obra que trae entre manos, son interesantes los datos referentes á Burguete y Roncal, pueblos de la provincia de Navarra.

El Sr. Sanz Escartín considera que los grandes patrimonios territoriales son *legítimo capital* productivo, aunque más fácil es demostrar la legitimidad del representado por las grandes empresas industriales, el comercio y la navegación, y de ahí que respecto de lo primero diga que «sobre ninguna otra forma de propiedad recaen superiores deberes, y que ninguna debe estar sujeta á superiores restricciones en bien de la colectividad. Si un hombre de la significación de Gladstone no ha

temido negar parcialmente el derecho del propietario en Irlanda, es lógico prever que en un porvenir no remoto otros Estados se verán precisados á intervenir, por causas semejantes y en parecidos términos, en conflictos análogos.»

Trata en este capítulo la cuestión batallona de la participación del trabajo y del capital en los beneficios de la industria, citando en apoyo de su creencia de que va ganando más cada día el obrero, algunos datos, interesantes ciertamente, pero que no demuestran lo que con ellos se pretende demostrar. Es corriente tratar este asunto como si capital y trabajo fueran dos abstracciones, y así se sacan de la estadística consecuencias improcedentes. Así, por ejemplo, que en 1888 la explotación de las minas de carbón de piedra produjera en Francia para el capital á razón de 1,47 francos por tonelada, y para el trabajo 5,04 poco significa: lo que importa saber es á cuánto ascienden uno y otro beneficio y entre *cuántos* se reparte cada uno de ellos, porque puede suceder, como está sucediendo, que con el *pequeño* interés de un *gran* capital, dos ó tres individuos se hagan archimillonarios, mientras que aquellos entre quienes se reparta la participación *grande* en los beneficios no tengan, por ser millares y millares, bastante para comer. Cita el Sr. Sanz Escartín otro dato. En 1881, los 20.701 obreros de las cuencas carboníferas del departamento del Norte en Francia, recibieron en salarios 20.529.406 francos, y los accionistas 2.751.914. Aquí ya sabemos que salen los obreros á razón de 2,85 francos diarios, pero ignoramos entre cuántos accionistas se han distribuido los 2.751.914 francos. No hace mucho, M. Neymark aducía, entre otros datos, para demostrar la difusión de los 80.000 millones de francos á que asciende la riqueza mueble en Francia, el hecho de pertenecer las acciones del Banco á 28.358 accionistas, y los títulos del *Credit foncier* á 40.339 personas, correspondiendo á cada uno de los primeros un capital de 17.500 francos, y á los segundos uno de 6.345; pero un escritor hubo de observar que eso era cierto, pero también que 200 accionistas del Banco poseían el resto

del capital y el otro resto del importe de los títulos del *Credit foncier* otras 200 personas. En distinto caso se encuentra el dato aducido por el Sr. Sanz Escartín referente al Estado de Massachussets, pues de él resulta que los 257.656 obreros que trabajan por cuenta de empresarios individuales *(private firms)* ganan á razón de 362,23 pesos cada uno al año, mientras que sus 12.558 patronos reciben por intereses, provechos y emolumentos de dirección 517 pesos cada cual. Con lo dicho no pretendemos negar la exactitud con que Schmoller, citado por el autor, afirma que la riqueza se reparte más cada dia entre las clases laboriosas, merced en gran parte al mecanismo de los valores mobiliarios.

Es el contenido del capítulo décimo, *Deberes sociales de las clases ricas*, la médula del problema que es asunto del libro, porque no cabe duda de que el aspecto *moral* de la cuestión social alcanza á obreros y capitalistas, pero á éstos mucho más que á aquéllos. Quien lo dude, se convencerá de ello sin más que recordar la prolongada polémica que en Inglaterra y en los Estados Unidos originó, no há mucho, el célebre opúsculo del fabricante norteamericano Mr. Carnegie y las excelentes *Cartas á un señor*, de nuestra doña Concepción Arenal, cuyo mérito principal consiste, en nuestro humilde juicio, en mostrar todas las consecuencias que puede producir el ejercicio de nuestra libertad y de nuestros derechos, según que sea bueno, ó malo, debido ó indebido, torpe ó discreto, y según que al obrar nos inspiremos en un interés egoista, ciego y estrecho, ó en los mandatos de la conciencia y de la razón; pues como dice la eximia escritora, el interés se ha de subordinar á la justicia, porque aquel es bueno como subordinado, malo como amo. En efecto, este es el punto principal en que interesa rectificar el sentido corriente conforme al cual esa subordinación reza con todas las esferas en la vida, menos con la económica. El Sr. Sanz Escartín, partiendo de la base de que la riqueza es una *función social*, señala, entre otros deberes que tienen sus poseedores, el de orde-

nar rectamente su consumo, el de fomentar las empresas de utilidad general, el de tomar ciertas iniciativas y el de propagar la institución del patronato, de la cual se ocupa con la extensión que el asunto merece.

Complemento de ese capítulo es el siguiente, en que se ocupa en la *beneficencia*, esto es, en las obras de caridad ejercidas con personas que no pueden alegar determinadas obligaciones morales de nuestra parte, como las que se dan entre obreros y patronos, y á cuyo auxilio contribuímos con donaciones definitivas, sin otro interés que el fin realizado. Hablando de los abusos de la mendicidad, cita una notabilísima descripción que de la de su tiempo hacía nuestro Luis Vives, y da cuenta de la experiencia hecha en París por Mr. Monod para probar las deplorables consecuencias de socorrer en la calle á personas desconocidas. «En ocho meses se encontró con 727 pobres válidos, que se quejaban, naturalmente, de falta de trabajo. A los 727 les advirtió que tenía trabajo bien pagado para ellos, y que podían acudir á su casa, donde les entregaría una nota con las señas del punto en que habían de trabajar. El resultado fué el siguiente: Cuatrocientos quince, ni siquiera acudieron á recoger la nota. Ciento treinta y ocho la tomaron, pero no la presentaron siquiera á su destinatario. Unos cuantos fueron, trabajaron medio día, cobraron 2 francos y se fueron para no volver, y otros desaparecieron después del primer día. En resumen: de los 727, tan sólo 18 continuaron trabajando durante los tres días.»

Estudia á seguida la *acción de las clases obreras en orden al mejoramiento de sus condiciones de vida social.* Después de aducir algunos datos muy interesantes, toma otros de un trabajo de Mr. Julin, sobre el número de jornadas de trabajo que necesita hoy el obrero para procurarse el pan para su manutención (433 kilos), y que es mucho menos del que había menester en 1846; observa cómo en Inglaterra, donde se llevó tan allá la explotación inhumana de las clases inferiores, es el país en que éstas alcanzan el más alto grado de bienestar y de

cultura, todo ello debido á la asociación y á la práctica del *self-control*.

Además, representados los obreros en el Parlamento por doce de sus *leaders*, hijos del trabajo como ellos, procuran mejorar su condición día por día, sin que se les ocurra destruir de golpe la actual organización industrial. Las *Trades Unions* son organismos de paz social, y el número de miembros de las sociedades cooperativas ha subido, en treinta años, de 90.000 á 1.250.000, y el importe de sus negocios se ha elevado en la proporción de 40 á 1.000. De igual modo, en Alemania, en 1890 había 3.910 Bancos populares; 1.070 de ellos con 518.000 asociados y un capital de 1.641 marcos.

Ocupándose el autor en el grave problema del seguro, puesto á la orden del día desde que Alemania lo hizo obligatorio, se declara partidario de la teoría llamada del *riesgo profesional*, ya que, coincidiendo con las estadísticas formadas en Alemania é Inglaterra en afirmar que la gran mayoría de los accidentes que ocurren con ocasión del trabajo industrial no son imputables á obreros ni á patronos, sino inherentes al trabajo mismo, es justo que la industria compute estos accidentes entre los riesgos anejos á la empresa.

Lo extractado hasta aquí constituye la parte principal del libro, y se refiere casi todo ello al aspecto *económico* del problema, que es el más saliente y el que con más urgencia exige remedio. Pero, como «la necesidad de reforma se extiende á las ideas, á las costumbres, á los sentimientos, á las relaciones jurídicas, á la totalidad de la vida, en una palabra, ¿cuáles han de ser los principios fundamentales en que ha de inspirarse dicha reforma, si ha de responder á necesidades reales y positivas del progreso social? ¿En qué sentido debemos, desde la esfera privada, y fuera de toda acción del Estado, dirigir nuestros esfuerzos?» A estas preguntas contesta el autor en los restantes capítulos de su libro, en los que se ocupa de la *ciencia*, la *moral*, la *religión*, el *arte*, el *derecho*, y la *mujer* y *su influencia* en la *reforma social*, y de los que vamos á dar

noticia á nuestros lectores en breves términos, ya porque este artículo va resultando demasiado extenso, ya porque, en nuestro humilde juicio, el Sr. Sanz Escartín examina los graves problemas referentes á todas estas esferas de la vida, más bien en toda su generalidad, que con relación concreta á la cuestión social.

En apoyo de la eficacia de la *ciencia* y de las ideas, y combatiendo la afirmación de Mr. Le Bon, según la cual el gran factor de la evolución de los pueblos no ha sido nunca la verdad, sino el error, dice: «El error del que sacrificaba en el ara las vacas y las ovejas, era menos funesto que el del que inmolaba vírgenes y mancebos; el error del que depositaba ofrendas incruentas de frutos y de flores, era menor que el del que imponía sacrificios de sangre; el error del que elevaba sus preces á Júpiter ó Apolo, preparaba ya la verdad del que debía considerar las buenas obras como la expresión propia del acatamiento debido á las leyes superiores de la humanidad. Del mismo modo en la ciencia, en la moral y en la política, pudiérase señalar cómo la eliminación progresiva del error, la afirmación siempre creciente de la verdad, han sido los verdaderos jalones que marcan la ruta del progreso humano.»

Y en cuanto al influjo que la cultura del obrero ejerza en su condición, transcribe algunos datos interesantes reunidos por el ingeniero belga Waxweiler, y resumidos en un estado expresivo de la proporción de los diversos gastos del obrero norteamericano, comparada con los del europeo en general, y del belga en particular, resultando favorable al primero, cuyos subidos salarios se deben, según Mr. Gould, no al fabricante, ni al arancel protector, ni á ninguna otra causa que no sea el obrero mismo.

Complemento de esta materia es el estudio que hace el señor Sanz Escartín de la *enseñanza*, censurando enérgicamente el carácter que reviste, por lo general, en España, y abogando por que sea educativa y práctica. A este propósito cita estas palabras de sir John Lubbock, quien, hablando de la famosa

reforma llevada á cabo en su país en 1870, dice: «La cifra media de presos en nuestras cárceles ha descendido de 12.000 á 5.000. La de condenados anualmente por graves delitos, de 3.000 á 800. En lo que se refiere á crímenes cometidos por la juventud, el resultado es sorprendente: el número anual de jóvenes condenados ha caído de 14.000 á 5.000. No quiero fatigaros con estadísticas, pero permitidme añadir que el número de pobres ha bajado de 47 á 22 por 1.000, esto es, más de la mitad. Debemos formar la mano, el ojo y el espíritu, y confiar menos en la palabra y en la memoria.»

Son de notar, por lo que hace á la *moral,* estos dos párrafos: «La Inglaterra del *Novum Organum*, del *Ensayo sobre el entendimiento humano* y del *Origen de las especies*, es, al propio tiempo, el país de la austeridad puritana, el pueblo en que la religión desenvuelve con fuerza mayor sus elementos morales.»

«No sin razón Carlos Secretan soñaba con ver unidos en superior etapa de armonía y de progreso sobre la montaña de Santa Genoveva á católicos, á protestantes y á hombres de opinión independiente, en un mismo sentimiento de humanidad y de amor.»

Para dar á conocer el sentido del autor por lo que hace á la religión, nada mejor que trascribir los siguientes párrafos: El primero es del célebre Monseñor Ireland, Arzobispo de San Pablo: «La religión que hoy nos hace falta no consiste en cantar bellas antífonas desde el coro de las catedrales, revestidos de ornamentos bordados con oro, mientras están desiertas las naves y en el exterior el mundo muere de inanición espiritual y moral. Buscad á los hombres; habladles, no en frases engarzadas en las nubes ó en sermones á estilo del siglo XVII, sino por medio de palabras ardientes que muevan su corazón é iluminen su mente.»

Del mismo son estas palabras: «Ha llegado el tiempo de que la religión acepte toda la ciencia y toda la democracia, so pena de ver apartarse de ella demasiadas almas.»

«El espectáculo, dice el Dr. Sanz Escartín, que ofrece la América del Norte, es verdaderamente instructivo acerca de este punto. Allí la Iglesia bendice la libertad constitucional á que debe su vida potente y autonómica; lejos de menospreciar la obra de educación moral de las demás Iglesias, la estima en su debido valor; inspirada en el verdadero espíritu cristiano, funda sus esperanzas, no en los poderosos, sino en los que sufren y trabajan, en las clases obreras; erige escuelas, hospicios, instituciones de todo género para el adelanto moral y material; toma parte activa en la vida social luchando por la pureza, por la templanza, por el bienestar de las clases populares, y ejerce, por último, una influencia tanto mayor cuanto menos impuesta por medios coactivos, y más fundada en los propios esfuerzos y merecimientos. En Alemania, Inglaterra y Bélgica, la acción religiosa se convierte rápidamente en acción social y moral, tanto más fecunda cuanto más antepone la caridad al rigor de la adhesión especulativa, cuanto más atiende á mejorar la situación moral y material de las muchedumbres.»

«La acción que, en el orden religioso, corresponde, por tanto, en nuestro tiempo al hombre de recta voluntad, es favorecer por una parte la transformación precisa, en armonía con las necesidades modernas, de las actuales instituciones religiosas, de suerte que su carácter y su influencia sean lo que deben ser, de índole moral principalmente, de armonía de las varias tendencias en ese fondo supremo, que es el amor al bien y de progresiva libertad en lo que se refiere á materias especulativas.»

El Sr. Sanz Escartin dedica un solo capítulo al *Derecho,* y no es extraño, ya que lo que toca hacer al Estado en la reforma social es el asunto de otro de los libros publicados con anterioridad y á él se remite. Baste consignar aquí que á seguida de considerar ocioso demostrar que el estado jurídico de un pueblo influye en su bienestar, combate la falsa idea de que basta cambiar el organismo legal de una sociedad para modi-

ficar en el mismo grado sus hábitos, sus ideas y sus sentimientos; así como para señalar el alcance de la rectificación que procede hacer en lo hecho, escribe lo siguiente:

«El período revolucionario en la política y en la legislación, con sus caracteres de libertad abstracta, de predominio de la especulación sobre los hechos sociales, de optimismo candoroso, toca á su fin después de un siglo de entusiasmos, de luchas y de esperanzas, fecundo en decepciones, pero rico también en enseñanzas provechosas. Volver atrás en el camino de las libertades alcanzadas, es empresa difícil y de dudosos resultados. El derecho de disponer libremente de su inteligencia y de sus brazos, el derecho de participar en una ú otra forma en el gobierno de la nación, son atributos que no se deben ni se pueden, sin grave riesgo, arrebatar á los pueblos que ya los poseen.»

Finalmente, en el capítulo consagrado á la *mujer y su influencia en la reforma social,* fuera de lo relativo á la vergonzosa organización de la prostitución «para que el libertino disponga cómodamente de medios de ejercitar sus pasiones», y de lo referente al concepto de la unión conyugal de Bebel, lo que estudia el Sr. Sanz Escartín con gran detenimiento es el problema general envuelto en el movimiento *feminista,* hoy tan acentuado, y con relación al cual toma una posición intermedia entre tradicionalistas y reformistas.

Y concluye su libro resumiendo lo en él contenido, mostrando cómo la voluntad constituye el principal factor de la reforma, y la inteligencia el elemento primero de toda civilización, y cómo la solidaridad de ideas, sentimientos é intereses es á la vez condición y resultado del progreso social.

Hemos transcrito muchos párrafos del libro, porque nos parece ese medio de darlo á conocer á los lectores más eficaz que el propio juicio. Quienes conozcan las obras anteriores del Sr. Sanz Escartín hallarán que ésta, igual á ellas en cuanto á la forma y al mérito literario, difiere un tanto por su sentido, ay en cuanto al modo de estimar en conjunto el problema so-

cial, ya en cuanto á los principios en que se inspira el autor al estudiar el aspecto ético y el religioso del mismo. Por lo que hace al primer extremo, la crítica de la actual organización económica resulta menos severa, y las excelencias de la misma contempladas con un mayor optimismo; y claro es que esta diferencia, perfectamente explicable si se tiene en cuenta el estado del problema al presente, y el punto de vista, intermedio entre las soluciones extremas, que siempre ha tenido el Sr. Sanz Escartín, parecerá un progreso ó un retroceso según la tendencia doctrinal de quien las juzgue.

Más grave y trascendental es la evolución referente al otro extremo, por la naturaleza en la esfera de la vida de que se trata y por su relación con el problema social; porque ateniéndonos á este último extremo, que es el que por el momento nos interesa, cuando se trata de investigar los principios morales en que han de inspirarse el individuo y la sociedad para cooperar á la solución de esa pavorosa cuestión, hay una gran diferencia entre proclamar los que son comunes á todos, y bajo los cuales pueden obrar todos los hombres de buena voluntad, y sentar como premisa la serie de los preconizados por una secta religiosa para llegar á hacer imposible otra acción social y solidaria que no sea la encerrada en una comunión determinada. De este error, en que han caído los católicos de algunos países, no los suizos ni los norteamericanos, se ve libre el señor Sanz Escartín. «Cuando se trate, dice, de realizar una buena obra, no preguntéis á los que desean participar en ella cómo piensan acerca de esta ó la otra teoría, cómo interpretan el dogma ó el símbolo, sino sencillamente si con sinceridad aman y desean el bien. La unidad absoluta no es posible en el orden relativo y humano; pero en nada resplandece tanto como en la esfera de la moralidad. El hombre de recto corazón, en todos los partidos y en todas las escuelas tiene caracteres comunes; caracteres comunes que constituyen la más firme base de unión, el instrumento más poderoso de mejoramiento social que ofrece la sociedad moderna.»

Y concluiremos repitiendo lo que decíamos al comienzo de este artículo. Ya que el Sr. Sanz Escartín es de los pocos que en España se ocupan en el estudio del problema social, y ya que lo ha hecho, no en artículos ó trabajos sueltos ó parciales, sino en libros en que se plantea en su totalidad, complete su buena obra con la publicación de otro que se titule: *La sociedad y la reforma social.*

G. DE AZCÁRATE.

HISTORIA DEL PAN

I

¿Por qué esforzarnos en probar la importancia de un asunto que, sólo con su título, se revela por sí sola, con esa rara unanimidad que le corresponde por derecho propio á cuanto tiene carácter generalizador y universal, y el privilegio de ser una de las grandes palancas, lo mismo de la vida material y orgánica, que se desarrolla en el silencio y en la sombra de las leyes fisiológicas, que en el campo sublime y espléndido de la existencia social, en que el sol deslumbrante de la publicidad colora las ideas de carmíneos matices, da calor, energía y movimiento á los frutos del ingenio, y lleva en pos de sí toda la corriente que los mágicos resultados de la civilización presentan constantemente á nuestra vista? No por ser asunto de apariencia vulgar y baladí, ofrece menos motivos de interés y curiosidad, cual pudiera decirse de aquellos que llenan páginas enteras de libros que se leen con incesante avidez y con sin igual deleite.

La *Historia del pan*, no hay que dudarlo, es la historia del hombre. Sus alegrías y tristezas, sus triunfos y derrotas, sus

cantos de amor y sus lágrimas de amargura, pueden verse retratadas al referir lo que ha consignado la erudición histórica, en lo relativo á tan sencillo é indispensable alimento, emblema de la vida, símbolo de las necesidades de la existencia y síntesis con que se expresa la resolución del problema que á la humanidad preocupa desde la cuna hasta el sepulcro.

Prosaico asunto á primera vista, pero que lleva envuelto un mundo de poesía y de interés dramático, puesto que representa el emblema de la lucha tenaz é incesante por la existencia, que no se da punto de reposo, llevando á las veces á la realización de actos heroicos, y siendo en ocasiones causa de delitos que todos los Códigos castigan, y que lo mismo se ven los arreboles de luz que iluminan y encantan la fantasía, como las negras sombras que obscurecen y matan cuanto alcanzan.

La misma vulgaridad que parece alejarle de toda investigación filosófica, es un motivo poderoso que obliga á detenerse algún tanto en el conocimiento de ese cuerpo, indispensable sostén y acompañante de la humanidad por espacio de muchos siglos, parecido á lo inmortal é imperecedero, por lo mismo que es constante y necesario su concurso.

Su historia viene envuelta, cual aureola de nítidos resplandores ó vaporosa nube de cárdenos matices, entre las sagradas creencias religiosas, como la mejor página en que los preceptos divinos estuviesen escritos, y cual símbolo más digno de consignarse, para que la humanidad en todas las ocasiones lo recordara, lo mismo en las épocas de bienandanza y felicidad que en los momentos de angustia y amargura, y cuando amenazan las complicaciones y conflictos.

Cierta es la frase vulgar de que *no sólo de pan vive el hombre*, pues necesita su espíritu expansiones, como el ave cernerse por la inmensidad del espacio y gozar de las delicias y encantos que la naturaleza atesora; pero es lo cierto que constituye lo esencial de la humana aspiración, y en cuanto se ve cumplida, puede asegurarse que el resto es accidental y merece ocupar, seguramente, sitio secundario y baladí.

Pero ¡ay! es más exacta y no ha dejado de cumplirse de una manera implacable, como la fatalidad, la sentencia impuesta al hombre de que antes que saborease el pan que le sirviera para dar pábulo á su vida, habían de surcar su rostro las gotas del sudor producido por el trabajo, ó las lágrimas arrancadas por las penas, que tiránicas le subyugan como á infeliz esclavo.

¡Cuántas lágrimas y sinsabores, amarguras y contrariedades cuesta el poseer los medios de adquirir ese alimento, justamente considerado como el emblema de la vida y la síntesis de la existencia! Puede decirse que todas las peregrinaciones humanas se han escrito en las páginas del libro que trata de tan necesaria substancia, y constituye el motivo de casi todos los asuntos de interés.

Por eso el cristiano pide encarecidamente en sus oraciones el *pan nuestro de cada día,* simbolizando en tan sencilla, breve y elocuente frase, todo un sublime poema de amor, de modestia, de sinceridad, de resignación, de constancia y de fe, pero al propio tiempo fundando tan limitadas y escasas aspiraciones en el trabajo, como clarísima fuente fecunda de ventura y riquezas, en cuanto son compatibles con las punzantes espinas de que la vida está rodeada.

II

Multitud de frases vulgares hay en nuestro rico idioma castellano, que designan de una manera gráfica y expresiva, en acabada síntesis, grandes y profundas ideas que han venido asimismo á figurar en la Historia con indelebles caracteres. Así se dice el *pan de la emigración*, para significar las inacabables amarguras que produce la nostalgia del destierro; el *pan del pobre*, como uno de los más sagrados tributos del

trabajo; el *partir el pan* con otro, como emblema de fraternal amistad, etc., etc.

Puede considerarse como verdadero lazo de unión de las generaciones, que á través de los siglos se va estableciendo ante un alimento tan sencillo como indispensable.

Investigar, pues, su historia, vale tanto como recorrer la historia de la humana existencia, pudiendo apreciar lo mismo la nota alegre y placentera, que los melancólicos recuerdos y escenas de desesperación, donde van envueltos una serie de episodios que ofrecen motivo de largas y profundísimas consideraciones al hombre pensador que siquiera se detiene un momento á contemplar lo que hay de interesante en el mundo social en que habita.

La sencillez de la composición de este alimento, juntamente con su importancia fisiológica, que lleva toda la representación de los cuerpos que sirven para mantener incesantemente encendida la hoguera de la vida, han sido causa de que su empleo comience en las primeras sociedades humanas, donde se pierde la historia entre nebulosas sombras, y haya, por tanto, que señalarle como uno de esos objetos cuyo origen es de tal antigüedad, que hace imposible la fijación de una fecha determinada.

En el pan se hallan, pues, representados químicamente todos los órdenes diversos de alimentos que necesita el organismo para su complicada vida, y de aquí que forzosamente se haya por todas las generaciones aceptado, sin que haya sido fácil substituirle con otro cuerpo, pues en él hay cuanto exigirse puede para tener satisfechas en gran parte las necesidades incesantes de todo ese conjunto de órganos que constituyen la máquina vital, cuyas exigencias concluyen con el último suspiro.

Seguramente la formación del pan es la representación fidelísima y exacta de un acto instintivo que se perfecciona y afiligrana por la inteligencia que acude solícita en auxilio de aquel acto, para producir y formar una substancia que tiene

la envidiable y apetecida condición de ser un alimento perfecto y completo en todas sus partes, respondiendo á las más rigorosas exigencias fisiológicas y químicas.

Por eso lo han acogido y adoptado los pueblos y las sociedades, con esa rara conformidad con que se recibe lo que tiene sello indiscutible de conveniencia, ante cuyos influjos no hay opiniones ni bandos, sino que la humanidad entona un himno de alabanza que se representa en el orbe entero y se transmite á través de los siglos, de generación en generación.

Cual acontece con todos los asuntos de tan universal interés, atravesó su conocimiento algunos períodos de imperfección, diversas fases de tentativas y deficiencias, y la práctica fué borrando poco á poco estos defectos, salvando los obstáculos y allanando los tropiezos, hasta llegar á la preparación de la substancia en las condiciones indispensables de aptitud, para ser utilizable como alimento típico y de verdadera importancia práctica en la constante conservación de la vida.

La antigüedad remotísima é imposible de fijar, referente á la fabricación del pan, puede apreciarse, tan sólo consignando el hecho de que en las tumbas egipcias de tres mil setecientos años anteriores á la Era cristiana, hállanse granos de trigo y pedazos de masa, así como en algunos monumentos que alcanzan á más de cuatro mil años se ven alegóricas figuras que representan hombres mezclando y amasando harina, dispuestos en actitud de conducir al horno en bandejas esta masa.

Excavaciones practicadas en Suiza, pusieron en evidencia el precioso hallazgo histórico de utensilios destinados á las diversas operaciones de la preparación del pan, cuales son la molienda y tostación, así como también fragmentos de masa carbonizada, donde pudieron apreciarse pedazos de granos de cebada en perfecto estado de conservación, á pesar del transcurso de los siglos.

III

De todas suertes, es muy probable que la fabricación del pan naciese en el sitio mismo de la humana civilización, ó sea en el extremo Oriente. Los hebreos, que llevaron á Egipto su cultura, conocieron ya el uso del pan fermentado, del cual se hace mención con bastante frecuencia en los libros sagrados, para que se considere como uno de los hechos históricos remotos que la humanidad puede consignar en sus anales.

No hay facilidad de determinar la manera como se ha ido salvando la distancia, y establecer fechas entre el conocimiento del trigo y del pan. Sábese que hubo pueblos que usaban los frutos del trigo como alimento, sin hacerlos experimentar preparación alguna, y refiere Polidonio que la masticación y digestión fueron los hechos primeros que la naturaleza presentó para servir de norma en las operaciones que, aunque de un modo rudimentario, se practicaron en un principio con la referida substancia.

Las ruinas de Pompeya, que recuerdan una hecatombe, donde la historia y la poesía han marcado sus gloriosas huellas, presentan asimismo testimonios y datos que tienen importancia en el concepto á que nos referimos, pues se han descubierto en ellas tahonas, molinos y hornos, algunos de ellos en un estado tal de conservación, que pudieran haber funcionado de igual suerte, á cuando la irrupción volcánica aniquiló en aciago momento aquella ciudad con todas sus artísticas maravillas y suntuosas obras de arte.

Muchos pueblos de la antigüedad empleaban diversas raí-

ces, en lugar del fruto de las gramíneas, como alimentos (1). Valíanse otros del trigo, pero verde, el cual exponían al fuego y batían después con las manos, para separar los granos que comían sin otra preparación. En tiempo de Herodoto estaba en uso esta costumbre en muchos pueblos de la India, que fué sucesivamente aboliéndose, á medida que iba penetrando en esas poblaciones el espíritu de civilización con su benéfica influencia. Lo primero que ocurrió fué la necesidad de separar las cubiertas, ó sea el pericarpio, de la semilla, sirviéndose para esto de la tostación y empleando frecuentemente la cebada. Otras veces se valían de la cocción en agua, cuyo medio utilizaron los griegos y romanos en la preparación de los granos, cuyas prácticas todavía se hallan en uso entre los kalmukos, en cuyos pueblos puede apreciarse la infancia de estos conocimientos, donde no han penetrado los resplandores vivísimos y fecundantes de la antorcha del progreso.

No se tardó, sin embargo, mucho tiempo en conocer que encerraba el trigo una substancia esencialmente alimenticia, á la cual se debía su principal valor é importancia, al paso que contenía otras accesorias y de ningún aprecio. Empezaron por triturarle entre dos piedras y después pulverizarle con más ó menos esmero, valiéndose de morteros, molinos, tamices y de todos los procedimientos que el ingenio y la necesidad implacable ponían al alcance de los pueblos.

Refiere Diodoro que los antiguos pueblos de la Gran Bretaña golpeaban las espigas para extraer los granos, que machacaban y comían sin otra preparación, y dice Plinio que los egipcios hacían los tamices con filamentos del *papyrus* y juncos muy delgados. Los primitivos habitantes de España construían los tamices de hilo, y los galos fueron los que primero

(1) Como dato histórico debe consignarse, que Colón, en América, observó que los indios hacían pan de las raíces de dos plantas del género *Manihot (Utilisima* y *Aipi.)*

emplearon con tal objeto la crin de caballo, todo lo cual indica la antigüedad de ciertas preparaciones.

El hombre ha de haber forzosamente, en todas épocas, preferido en sus cuidados agrícolas y propagación al trigo, antes que á las vistosas y perfumadas flores que encantaron la vista con sus variados y múltiples matices ó perfumado el ambiente con sus aromas gratísimos, porque en medio de la monotonía de los extensos campos poblados de aquel vegetal, se encierra todo un raudal de vida, que, en no lejanos días, ha de llevar al organismo humano lo mismo la centella que ilumine su cecerebro, que la palanca que mueva su corazón y agite sus nervios.

Antes prácticos que idealistas, debieron tener presente que la hermosura y fragancia de las flores no ha de hacer olvidar jamás los aspectos verdaderamente utilitarios de los vegetales más aprovechables que bellos, aunque también, como sucede al trigo, tenga su poesía y encantos, mil veces referidos por los poetas y ensalzados por el arte con variedad de motivos.

IV

Consigna la Sagrada Escritura el hecho digno de recordación histórica, de que Abraham ofreció pan á tres ángeles que se le aparecieron, si bien estaba preparado de un modo en extremo sencillo, pues en su composición entraba solamente harina y agua, y se fabricaba momentos antes de comerse, exponiéndolo á la ceniza caliente del hogar, habiendo transcurrido larguísimo período de tiempo antes de que se discurriese la fermentación de la masa y hacerla experimentar la temperatura conveniente en hornos adecuados. En Noruega hay sitios donde todavía se cuece el pan entre dos piedras huecas.

El empleo de la levadura fué ya conocido por Moisés, 1500

años antes de Jesucristo, puesto que prohibió á los israelitas comer el pan fermentado, lo cual revela un mundo de ideas relativas á los conocimientos de aquella época remota, que más tarde ha interpretado la ciencia en diversos sentidos, habiéndose originado multitud de estudios, de igual manera que el microscópico germen da origen al corpulento árbol.

Moisés, en efecto, prescribía á los hebreos el modo cómo habían de comer el cordero pascual, absteniéndose en absoluto de hacer uso del pan fermentado, y en el Éxodo se refiere que los israelitas, á su salida de Egipto, comieron pan sin levadura y cocido bajo la ceniza, y los judíos todavía hoy comen, en determinadas ocasiones, el pan ácimo ó sin levadura, como recuerdo fidelísimo á las tradiciones que desean conservar.

Los panes sin levadura constituían entre los judíos una parte esencial del festín pascual, debiendo comerse todo el tiempo que durase la referida pascua, imponiendo la ley severas penas á los que infringieran el precepto en los críticos días de los Azimos, habiendo llegado la observancia hasta los que en la época actual profesan dicha religión, y se daban minuciosos detalles respecto al modo de preparar el pan en estas condiciones.

La antigüedad del uso de los molinos piérdese también en la penumbra de lo desconocido y remoto. En la época de los egipcios se dice que Moisés prohibía á los israelitas tomar en prenda la muela superior ó inferior del molino, el cual manejaban los sirvientes ó esclavos. Por lo cual, con referencia á la última plaga de Egipto, se conservan las siguientes legendarias frases: «Yo correré el Egipto, dice el Señor, y todos los hijos primogénitos de los egipcios morirán, desde el de Faraón hasta el de la esclava, que mueva la rueda del molino.»

La civilización ha ido en pos del cultivo del trigo y siguiendo sus fases, pues las sociedades todas no tardaron en apreciar las ventajas del fruto de esta planta, por lo cual, desde remotos tiempos, se dedicaron á su propagación, des-

arrollo y aumento, y hasta en las divinidades gentílicas consígnase á Ceres el honroso dominio de los vegetales que proporcionan tan útil alimento, y la fantasía poética ha dado multitud de bellas formas á la idea mitológica que podemos admirar en gran número de creaciones artísticas. Así es que el trigo ha sido siempre considerado como la más preciosa de las plantas para la humanidad, y su origen, así como también su cultivo, piérdese en los comienzos del mundo, pues todas las sociedades han procurado conservar y mejorar este vegetal, á fin de que en limitado espacio se produjese la mayor cantidad posible, aumentando su fecundidad, que raya en los linderos del prodigio, por lo cual en todos tiempos se ha conceptuado su mayor ó menor producción como uno de los signos de la riqueza y manifestación de bienestar.

La fábula, en su fantástica idea, adjudica el honor de la primacía en el conocimiento del trigo lo mismo á Osiris, divinidad india, que á Ceres, quien lo cultivó en las llanuras de Sicilia. También los atenienses y los habitantes de la isla de Creta hanse disputado enérgicamente la envidiable gloria de cultivarle por vez primera en sus fértiles campiñas, doradas por un sol espléndido, á cuyo benéfico influjo aumentaban en lozanía las bien granadas espigas. Y el culto de Ceres, en la mitología, sabido es que simbolizaba la familia agrícola, como fecunda fuente de donde derivaba la sociedad, considerando la tierra como madre universal, de donde todo nace, y que, por tanto, debía ser festejada y adorada con sin igual fervor. Considerábase juntamente á Ceres y Proserpina como guardadoras de la paz. A esta última se la tenía como representante de los gérmenes de los cereales, mientras se hallan en las profundidades del suelo, personificando la interesante germinación, cuyo atributo tenía su origen en la fantasía poética que representa la fábula mitológica á Proserpina, joven, que jugando con las hijas del Océano una tarde, iban cogiendo flores en el campo, recreándose con el aroma y matiz de la rosa, el perfume de la violeta, la majestad de los lirios y la belleza de

los jacintos, de que estaba esmaltada la preciosa pradera; poseían ya en sus manos un ramillete de todas estas flores, cuando observaron el narciso, que sobrepujaba en belleza y hermosura á todas las demás, y le cogieron con gran entusiasmo. Pero entonces la tierra se abrió, y el rey de los infiernos, saliendo de su mansión tenebrosa con un carro tirado por briosos corceles, robó á la joven, á pesar de sus quejidos lastimeros, llevándola al averno, no siendo socorrida por ninguna de las otras divinidades, y Hécate y el Sol autorizaron el rapto; de esa manera explicaban fantásticamente aquellas generaciones, en cuya fastuosa imaginación se albergaban tales hipótesis absurdas, el papel protector que en la germinación de las semillas había de ejercer una diosa forzosamente subterránea, después de haber tenido la dicha de admirar las exuberantes bellezas que la tierra produce, pero cuyo origen se halla indudablemente en los silenciosos trabajos germinativos. Tal es el conjunto de monstruosidades acogidas por la fantasía.

Cuando la huída á Egipto, comieron los hebreos pan sin levadura y cocido entre cenizas, porque los egipcios les obligaron á marchar con tal precipitación, que les faltó tiempo para colocar la levadura en la masa. El nombre hebreo *Klometz*, que significa pan y se halla en todas las lenguas semíticas, tiene por raiz *khamets* ó fermento. De todos modos, desde fecha remotísima se conocía el procedimiento para levantar la masa del pan, introduciendo la levadura.

V

El arte de fabricar el pan con la harina del trigo se transmitió á los pueblos de la Europa oriental.

Los romanos le usaban antes de que los galos tomasen á

Roma, el año 365 de su fundación, porque es fama que lo arrojaban desde el Capitolio sobre los sitiadores, á fin de hacerles creer que tenían superabundancia de víveres, y no abrigasen en modo alguno la opinión de rendirles ante los horrores del hambre. Sin embargo, no existieron tahonas en Roma hasta mucho más tarde, pues los ciudadanos cocían en sus respectivas casas el pan necesario para las familias, hallándose encomendada esta faena principalmente á las mujeres. En el reinado de Trajano formaron ya los panaderos una especie de corporación ó gremio, muy agasajada por este emperador, que velaba por el público bienestar y temia en gran manera los graves efectos de una carestía ó escasez en el primero de los alimentos.

Otros historiadores aseguran que los primeros romanos comieron el trigo triturado, ó en forma de papilla, y que no se supo en Roma fabricar el pan de un modo que mereciese el nombre de verdadera y acabada elaboración, hasta la toma de aquella ciudad por los galos, que llevaron, en medio de los horrores de la guerra y la conquista, un adelanto que reportaba tan útiles ventajas y tan beneficiosos resultados. De todos modos es un dato histórico, que aunque aparece algo contradictorio en las obras que del asunto se ocupan, ofrece por lo menos de verídico que, á partir de la referida fecha, se perfeccionó en Roma la fabricación del pan.

Transcurrió largo espacio de tiempo para que la humanidad aprendiese que la panificación comprendía tres principales operaciones, conocidas con los nombres de molienda del trigo y su tranformación en harina, preparación de la pasta ó masa panaria, y coción del pan; todo lo cual contribuye, como es sabido, á que dicho cuerpo tenga las verdaderas condiciones alimenticias y de asimilación. Por eso ya, desde remota época, se conocen y emplean esas manipulaciones.

Estas mismas operaciones, toscas y de escasa significación en apariencia, ofrecen motivos suficientes para formar un completo curso de Química orgánica, donde se desarrollasen teo-

rías bizarras é ingeniosas, y asimismo notables ejemplos en que el práctico pudiera demostrar sus conocimientos analíticos de laboratorio, tan trascendentales é interesantes como difíciles, y no al alcance de todas las aptitudes ni de todas las inteligencias. Por de pronto, la fermentación de la masa panaria fué una de las cuatro primeras que se conocieron, formando época con la del mosto para tornarse en vino, la de éste para volverse vinagre y la de las materias animales, ó sea la putrefacción.

Un conjunto interesante de fenómenos químicos tiene lugar, en efecto, en la fabricación del pan: comienza en una hidratación al primer contacto del agua con la harina, para seguir las reacciones que tienen lugar más tarde, cuando interviene el fermento ó la levadura, la adición de la sal, y por último, la coción, que con su temperatura elevada pone término á la fermentación, auxilia el desprendimiento de los gases formados, tuesta la superficie y produce en la corteza sustancias diversas, aromáticas y de constitución especial. Así es que fueron químicos, sin saberlo ni darse de ello cuenta, los que primero idearon la formación de este cuerpo, y hay que consignar en la historia de las fermentaciones el nombre de Moisés, como conocedor de los fermentos. Y si luego se siguen las complicadas evoluciones que experimenta en el organismo, podrían escribirse extensos libros en que se presentaran las maravillas de la química fisiológica, sujeta á leyes invariables; la explicación de muchos de estos fenómenos todavía se halla en el período de discusión, no habiéndose puesto de acuerdo los que se han ocupado de estos estudios, respecto á una solución definitiva.

La serie de portentosas metamorfosis que los elementos del pan realizan dentro del organismo, no pasó desapercibida en absoluto á la consideración de las anteriores generaciones, que apreciaron, no sólo los efectos, sino también algunas de las causas productoras, siquiera estuviesen reservados á la química biológica la resolución de algunos de los grandes proble-

mas planteados en el inmenso piélago de los hechos que tienen lugar en las complicadas manifestaciones vitales.

La ceniza caliente era, como se ha dicho, lo que servía en un principio para la coción del pan, hasta que llegó la invención de los hornos. Muchos pueblos de la antigüedad tostaban las espigas de trigo, que batían entre las manos para separar los granos, y comían sin más preparación. Pero el alimento de tal suerte obtenido, ni era digestivo, ni tampoco presentaba condiciones que le hicieran apetitoso; por lo cual, no se tardó en conocer la necesidad de otros procedimientos y preparaciones que habían de darse al trigo para convertirle en alimento útil. Separar la harina del salvado ha debido ser lo primero que se ocurriese, como indispensable para la obtención de una masa de buenas condiciones digestibles.

Muy en los orígenes de esta alimentación, se sabe que algunos pueblos usaban la harina cocida con agua en vasos de barro, constituyendo lo que recibe los vulgarísimos nombres de gachas y puches, de la voz latina *pulmentum* ó *pulmentarium*.

Desde Italia se extendió el uso del pan á las demás partes de Europa, y Plinio tributa grandes elogios al pan que se hacía en las Galias y en España.

Pero la coción del pan en Occidente se verificó durante mucho tiempo por procedimientos en extremo rutinarios y defectuosos, y los romanos, hasta la época de Tarquino el Soberbio, no empezaron á construir hornos en buenas y practicables condiciones para verificar esta operación.

Los habitantes primitivos de las islas Canarias ignoraban la manera de hacer pan, y comían la harina cocida con carne y manteca.

Es decir, que la conversión del trigo en harina se concibe que se conociera mucho más pronto que la de esta substancia en pan, lo cual, indudablemente, debió costar tentativas diversas hasta llegar á la perfección; pero, de todas suertes, hay que remontar el total conocimiento á muy lejanas épocas,

porque ya en los datos históricos más fehacientes y remotos, figura este cuerpo como uno de los indispensables del uso humano, y del que era imposible prescindir como elemento de sostén y vida.

Sabido es que Jesucristo en la Sagrada Cena bendijo el pan; y aunque existen opiniones diversas respecto á si aquél era pan sin levadura ó ázimo, la Iglesia católica consigna que era *sin levadura*, como propio de la fiesta pascual en que aquel solemne acto se celebraba, y cuya reunión ha sido para la cristiandad de tanta trascendencia, que no es de extrañar que lo haya inmortalizado el arte bajo diversas formas, cual si quisiera recordar á toda hora un hecho que constituye el símbolo grandioso de la humana redención.

El conocido milagro de la multiplicación de los panes, reproducido por los monumentos del arte cristiano, ha servido también para consignar simbólicamente la omnipotencia divina en todas las esferas y manifestaciones de la vida. Para recordar el hecho memorable de una manera delicada y artística, represéntase al Salvador con una pequeña vara en la mano, de la cual parten vívidos rayos de luz, que iluminan tres canastillos donde están los panes colocados, y que al influjo de aquella celeste iluminación, hánse de reproducir éstos de una manera pasmosa. El cuadro del inspiradísimo Luis Caraccio, existente en el Museo de Berlín, representa el instante en que el pueblo, admirado de tan portentoso hecho, no puede menos de postrarse en tierra, viéndose á Jesús en uno de los lados, vestido con túnica roja y manto azul, que tiene á su derecha á San Pedro, el cual lleva los cinco panes, que bendice el Señor, así como los pescados que un joven le presenta. A la izquierda, y en primer término, hay dos mujeres cogidas de un brazo, y una de ellas tiene un niño, y un poco más lejos se ven dos hombres, uno de los cuales se apoya en un baston y la mirada fija en Jesucristo, hallándose el fondo del paisaje ocupado por la multitud. Este cuadro es una verdadera obra maestra, donde la inspiración se derrama á raudales, y que

bastara para inmortalizar un artista. Las figuras principales son diez, y están admirablemente distribuidas; el colorido es dulcísimo y oportuno para celebrar tan memorable suceso, en términos que este cuadro, pintado por Caraccio cuando acababa de recibir las lecciones del Tintoretto, constituye uno de sus memorables trabajos.

Nuestro gran Murillo llevó también su mágico pincel á la realización de este asunto, y en la capilla del hospital de la Caridad, de Sevilla, pueden todavía contemplarse los rasgos de genio de aquel incomparable artista, que esmaltó con los primores de su paleta cuanto concibiera su mente, y por tanto, este trabajo figura como uno de sus buenos lienzos.

VI

La necesidad constante de este alimento ha ocasionado no pocos conflictos y crisis sociales en todas épocas, siendo algunas de gran resonancia histórica, y de aquí que se haya ideado la sustitución del trigo con otros cuerpos más ó menos adecuados y fáciles de proporcionar, como acontece con la harina del centeno, de cebada, fécula de patata, etc., pero siempre los resultados obtenidos han distado mucho de llenar cumplidamente el apetecido fin de conseguir un sustituto que llenase la misión importantísima de tan indispensable alimento.

El pan figura forzosamente en la historia de todos pueblos, asociándose á los días de regocijo y bienestar, así como también á las épocas de desventura y á los momentos de conflicto. Es como la sombra que acompaña al cuerpo y le sigue doquiera se dirija. Por eso en las crisis económicas, en los instantes de ansiedad, en las escaseces públicas, señálase su aumento de precio, cual motivo de general disgusto y de universal calamidad.

Los azares de una guerra sin cuartel, la imposibilidad de las comunicaciones, las desgracias que llevan en pos de sí

tan tristes hecatombes, trajeron, como es sabido, á España, en los finales del año 1811 y gran parte de 1812, la terrible y angustiosa crisis conocida vulgarmente con la denominación de *época del hambre*, que recordaban con lágrimas los ancianos que hemos visto no hace mucho desaparecer de entre nosotros, cuando en sus remotas reminiscencias referían tan aciagos instantes, en que las contrariedades del infortunio se sucedían incesantemente en nuestro país. No se alegraban los ánimos ante los clarísimos rayos de un sol deslumbrador y ese cielo purísimo, propio sólo de la capital de España, ni los vergeles producidos por aquella primavera, pues el corazón, entristecido y apenado por una calamidad tan vigorosa que puede citarse como rara en la historia de los pueblos, puso á la vez de relieve toda la virtud, heroismo, abnegación y sacrificio de poblaciones que, como la de Madrid, añadió otra página de oro al libro de sus hazañas, y nuevos laureles á su espléndida corona de gloria, con el sufrimiento y entereza, serenidad, valor, fe y constancia que mostraron ante conflicto tan grave y desdicha tan inmensa. Para formarse idea de lo crítico de la situación y de lo terrible de tan aciagos días, bastará consignar lo que cita Mesonero Romanos, que en los primeros meses del año 1812, llegó á venderse en la plaza de la Cebada la fanega de trigo candeal á veintisiete duros, lo que hacía subir el pan de dos libras á veinte reales, y aun así solamente se vendía en dos tahonas. Así es que sólo las familias más favorecidas por la fortuna, apenas si podían hacer otra cosa que probar un pan agrio y amarillento que costaba *diez reales*, ó sustituirle con una patata cocida, y el pueblo, constituído por la generalidad de las personas más ó menos pobres y poco acomodadas, sin hallar ocupación productiva y exhaustas de todo ahorro, no alcanzaba á procurarse el pan inverosímil que el tahonero le ofrecía á veinte cuartos. El autor antes referido consigna que, por una curiosidad digna de respeto, guardó por espacio de sesenta y seis años un trozo de ese pan de repugnante y repulsivo aspecto, cuya composición quiso co-

nocer, entregándolo para su análisis al químico de mayor reputación que había entonces en España, al Sr. Masarnau, pero que no se decidió á que se practicara el análisis, por no deshacerse de esta especie de recuerdo, pues la operación analítica llevaba, como era consiguiente, la necesidad imprescindible de destruir el objeto analizado.

El espectáculo que Madrid presentaba era horrible, y no hay labio que pronuncie ni pluma que describa con exactitud las negras sombras de tan triste cuadro, en que hasta la atmósfera parecia envolver con fúnebre manto un pueblo que sucumbe de inanición y de angustia y sólo ve en su derredor un horizonte de amargura inmensa y de pena inacabable, que no bastaba á remediar ni la caridad, de que tantos ejemplos se dieron, ni la previsión de las autoridades, ni aun los mismos socorros de aquel extranjero que ocupara el solio español sólo por la violencia, pero que en esos instantes no fué insensible á las lágrimas y desgracias del pueblo en que solamente de hecho reinaba. Todo ello se estrellaba ante la magnitud de la desgracia, en donde tales remedios eran sólo débiles sorbos de agua en medio del Océano. El cuadro de Aparicio que figura en el Museo del Prado, el cual no puede, á la verdad, citarse como obra maestra pictórica ni mucho menos, representa, sin embargo, con gráfica exactitud aquellos instantes aciagos y aquella calamidad inmensa, para cuya noche horrible llegó por fin la aurora del 12 de Agosto de 1812 en que, evacuando la capital los franceses y entrando el ejército aliado, cambió algún tanto aquella situación tirante é insostenible, cuya aurora saludó el regocijado pueblo madrileño con vivas, aplausos y coronas, en medio de los cuales se escapaban de algunas apenadas bocas la frase que conservan las crónicas de la época y que no deben olvidarse jamás, de *¡Viva el pan á peseta!*

Siendo el pan un alimento de primera necesidad, surgió la idea de fijar su precio de un modo invariable, cuando el progreso de las ideas económicas no habían rechazado de sus códigos *la tasa*, y los primeros reglamentos que acerca del par-

ticular se dieron en Francia datan del reinado de San Luis, habiéndose después fijado de una manera más ó menos terminante y rigorosa en épocas posteriores.

La importancia social de este cuerpo es de una índole que no reconoce superior en interés jerárquico, pues significa esa sola palabra un conjunto de cuestiones enlazadas profundamente entre sí, como pudieran estarlo las apretadas piedras de colosal edificio, que desde el momento en que alguna desapareciese ó se alterase, sufriría daños de consideración y hasta podría padecer su resistencia. El hombre de ciencia analiza la composición del pan y la formula con exactitud matemática, pero el estadista en todos tiempos necesita estudiar su fácil producción para evitar los conflictos sociales que pueden surgir en críticos momentos.

También se ha empleado el pan como medicamento desde antigua fecha, lo cual indica que la humanidad ha encontrado en esta sustancia, no sólo el principal de sus alimentos, sino un remedio á sus enfermedades y un lenitivo á sus dolores físicos, por lo cual ha figurado en el catálogo de las sustancias usadas por el médico con este fin; y aun cuando sea en este sentido de muy secundario interés, no por eso debe dejar de mencionarse por lo que atañe á la parte histórica.

Meditando acerca de la historia del pan, se observa que constituye un verdadero acontecimiento digno de ser cantado por los poetas y enaltecido por el arte tanto como el asunto más grande, puesto que constituye la resolución del más importante problema que lleva envueltas, enmedio de una aparente sencillez, gran número de cuestiones en las que intervienen lo mismo las ciencias físico-químicas y naturales que las sociales y políticas, pues en todas las esferas presenta contingente á las diversas competencias.

Porque, en efecto, la ciencia química tiene en esta historia la honrosa representación de ser un patentísimo ejemplo del complicado y transcendental estudio de las fermentaciones; la Botánica, de una de las plantas más interesantes y vulgariza-

das; la Sociología, de las grandes crisis económicas, promovedoras de conflictos, á que los hombres de gobierno deben dar solución, y el Arte y la poesía, porque ofrece caudal copioso de motivos de inspiración en que pueda girar quien se sienta llamado por tan gloriosa senda.

Así es que la Química, esta ciencia sublime, cuyos portentosos adelantos han hecho cambiar la faz del mundo y penetrado hasta lo inconcebible en los más profundos arcanos de la vida y realizado prodigios en la industria, tiene una representación importantísima en la historia del pan, pudiendo estudiarse en este asunto los primeros destellos, las ráfagas nacientes de tan importantes conocimientos, que al andar de las edades se habían de multiplicar inmensamente y producir grandes maravillas, dignas de ser inmortalizadas por las mágicas creaciones del arte.

Sintetizando lo expuesto en brevísimas y condensadas frases, diremos:

1.° Que el pan es conocido desde remota época, y que su historia interesantísima es la historia del hombre, cuyas fases sigue y se revelan en todos sus detalles.

2.° Que ha constituído este asunto el motivo de multitud de frases vulgares, en que se reflejan, como en clarísimo espejo, las más avasalladoras aspiraciones de la humanidad en todas las épocas del mundo.

3.° Que las bellas artes han encontrado motivo abundante de inspiración, significándolo en portentosas obras, y la imaginación en los vuelos inacabables de su ardiente fantasía.

4.° Que la Química es la ciencia á quien principalmente corresponde el dominio de este asunto, por lo cual figura en las páginas de su historia como una de las cuestiones que revelan, no sólo la gran importancia de esta ciencia, sino que tiene sus orígenes en los más lejanos horizontes de los conocimientos humanos.

Dr. Joaquín Olmedilla y Puig,
De la Real Academia de Medicina y Correspondiente de la de la Historia.

PROGRESOS DEL FEMINISMO [1]

I

CARÁCTER EXPANSIVO DEL FEMINISMO

Las doctrinas que pretenden ya influir en la marcha de la humanidad, ya reflejar sus más reales é íntimas aspiraciones, pueden hallarse ante la opinión y en los hechos en dos situaciones extremas perfectamente distintas: ó son doctrinas que, como condensaciones impropias ó inoportunas, se disipan sin haber arraigado en la conciencia colectiva, ó que, por añejas é inadecuadas enfrente de nuevas necesidades, decaen, después de haber dado todo el jugo y sustancia de que eran susceptibles, ó bien son doctrinas que se ofrecen como una aspiración nueva y entrañan una reforma social más ó menos importante y honda. Cuando éstas reflejan un ideal posible y responden á condiciones del medio, que en cierto modo ha podido suscitar dicho ideal, podrá la sociedad, con su *misoneismo,* con sus intereses creados, oponerse á su triunfo definitivo, podrá limitar

(1) Véase en LA ESPAÑA MODERNA de Noviembre de 1896 mi artículo *Los problemas del feminismo.*

su alcance, *aguar el vino* todo cuanto quiera, que las doctrinas acabarán por parecer el porvenir deseable para algunos, el posible para no pocos, y para otros, los más recalcitrantes, la imposición de las circunstancias, con la cual es necesario transigir de alguna manera. Doctrinas así son doctrinas que caminan á su triunfo, que llevan dentro gérmenes de progreso, y que poco á poco se convierten en ideas fecundas, y de ideas en fuerzas que al fin se traducen en conducta y en hechos.

El liberalismo abstracto y formalista, que tan rápidamente se extendió por todas partes, como instrumento de destrucción del antiguo régimen y de reconstrucción de la parte *extructural* de los Gobiernos modernos, puede servir, en su actual condición, de general descrédito, como ejemplo de doctrinas que se baten en constante derrota, no por el triunfo, claro está, de reacciones absolutistas, sino bajo la acción de su mismo agotamiento, porque ha dado cuanto podía dar de sí, en los países cultos, preparando de paso la necesidad de nuevas soluciones políticas más de fondo y para mayores exigencias sociales. El feminismo, por el contrario, es una doctrina que se halla en la situación últimamente indicada; condensación teórica de aspiraciones muy diversas, impuestas no tanto por el espíritu innovador de los filósofos ó el afán impaciente de los propagandistas, cuanto por la creciente difusión de las ideas humanitarias, y por las nuevas condiciones morales, jurídicas, económicas, y hasta religiosas, de la sociedad moderna, aunque no en todos tiene la forma de una solución radical conveniente, de un ideal de *humanismo integral* (1), que, una vez realizado, nos lleve á las regiones de una nueva *ciudad futura*, se ha revelado y se afirma doquier con una fuerza expansiva tan poderosa, filtrándose por todos los medios sociales, por todos los espíritus reflexivos, que bien puede decirse que la tendencia feminista es, en cuanto al principio capital de la doc-

(1) Expresión de Leopoldo Lacour. Véase su *Humanisme integral;* París, 1897.

trina, una tendencia universal, con imperio cada vez más absoluto en la opinión de las gentes.

No sé si de los feministas podrá afirmarse que lo dominen ya todo; pero sí puede asegurarse que el movimiento feminista, en poco más de treinta años, ha hecho tales conquistas, ha logrado tanto en todos los terrenos, se ha apoderado de tantas opiniones tan contrarias, que su acción expansiva y dominadora debe ser comparada á la de esas grandes ideas de justicia humana, en que tiende á asentarse la sociedad moderna. No es una doctrina que *cede*, sino una doctrina que invade, y ante la cual sus contrarios *ceden*, y á la cual los adversarios tradicionales más exagerados empiezan á *conceder* poco á poco, con mil salvedades á veces respetables, todo lo que sus partidarios atinan á condensar en fórmulas concretas, de inmediata aplicación práctica.

¡Cuánto no dice esto en pro de la oportunidad del movimiento feminista, y del fondo simpático, de justicia, que á través de las descarnadas exageraciones de los más empedernidos sectarios se descubre!

Y no se crea que hay la más leve exageración en el juicio expuesto acerca de la tendencia progresiva y triunfadora del feminismo; me propongo demostrarlo terminantemente, sin grandes esfuerzos: con datos, con hechos, que no pueden ponerse en duda.

Al efecto, con la brevedad que se impone en un artículo, voy á indicar primero, los progresos realizados en estos últimos tiempos por el feminismo en la opinión, considerándolos de tres maneras: los progresos de proselitismo, es decir, conquistas completas de gentes que franca y resueltamente contribuyen al movimiento feminista; los progresos que indican la adhesión benévola de gentes neutrales, y los progresos que señalan transigencias más ó menos importantes en los que, por punto general, pueden estimarse como adversarios del feminismo, en principio, en cuanto éste persigue la igualdad social de los sexos y la independencia personal de la mujer. Es-

tos últimos son los que más interés tienen para argumentar en pro de la actual tendencia triunfadora del movimiento feminista; á una doctrina sin arraigo, sin razón fundada, ó que decae, no se le hacen concesiones: ó se la desprecia, ó se la combate con entera, con absoluta resolución. Después de todo esto, indicaré las conquistas realizadas por el feminismo en los principales países cultos en el terreno de la reforma social, de carácter legislativo, con relación á los tres problemas propuestos por el feminismo *integral*, á saber: 1.°, con relación á la condición *doméstica* de la mujer; 2.°, á su condición *social*: la mujer y las profesiones; y 3.°, á su condición política, especialmente la mujer y el sufragio. Como el campo que señalo es muy extenso, demasiado extenso, para contenido de este trabajo, no se espere un cuadro completo de los *progresos del feminismo:* será un bosquejo tan sólo, en el cual recogeré los datos más característicos, entre los que conozca, y los más modernos de que tenga noticia. Además, no me referiré á España casi para nada, pues he de dedicar ulteriormente un artículo especial á la *Condición jurídica de la mujer española*, y allí se registrarán, con el detenimiento debido, los datos que acerca del feminismo pueden indicarse entre nosotros.

II

DE ALGUNOS ANTECEDENTES DEL FEMINISMO

No puede señalarse al movimiento feminista un momento culminante inicial. Las reclamaciones que en justicia hace, no son sólo de estos tiempos: reflejan un estado social característico de todo un período de la civilización humana; fúndanse en hechos generales de gran antigüedad; así, pues, nada de par-

ticular tiene que de antiguo se hayan manifestado ideas y conclusiones que sin gran esfuerzo deben estimarse como precedentes históricos del actual movimiento en favor del cambio de condición de la mujer, y de la afirmación de un régimen jurídico, menos despótico por parte del varón, en la familia, en la sociedad y en el Estado. «Desde la más remota antigüedad, dice Frank, los filósofos y los moralistas se han preocupado con el problema de los derechos de la mujer, enunciando á este propósito ideas y teorías que difieren muy poco de aquellas que han logrado la adhesión de nuestra época (1).» Platón, el gran filósofo de la antigüedad, ha sido el primero en sustentar la igualdad de los sexos (2).

La distinguida escritora Mad. María Chéliga, en un interesante artículo publicado en una revista francesa, de que luego hablaremos especialmente (3), advierte que, «sin remontarnos á los tiempos antiguos—aun cuando el programa de Proxágoras, repetido por Aristófanes, no difiere en nada del de los militantes de nuestros días—se debe indicar que el movimiento feminista se manifiesta á través de todas las épocas, siendo fácil señalar sus huellas, tanto en la Edad Media como antes y después de la gran revolución.» «Sin embargo, añade, sólo se trata de tentativas aisladas: mujeres nobles que usaron de su privilegio para instruirse ó para guerrear.....; teorías personales de algunos autores, hombres ó mujeres, que tanto en el siglo XV como en los siglos XVI y XVII reivindicaron la igualdad para los dos sexos, protestaron contra el abuso de autoridad masculina en la familia y en la sociedad, afirmando la necesidad de las reformas.» De todas suertes los feministas fueron raros. La escritora indicada cita entre ellos á María Lejars de Gerunay (1566-1645), autora de un libro sobre *La igualdad de los hombres y de las mujeres;* á un Sr. Doyen,

(1) *Essai sur le condition politique de la femme.* Un vol. 1892, p. 1.ª
(2) Platon, *La República.* Lib. V.
(3) *Revue Encyclopedique Larousse,* Noviembre 1896.

(1766), autor del *Triunfo de la mujer;* á Thomas, que escribió el *Ensayo sobre la mujer* (1750); á un anónimo, autor de *La educación de las mujeres* (1719); las opiniones favorables de Sieyés y de Condorcet; á Madame d'Orbe, gran oradora de la época de la revolución; á Olimpia de Gouges, redactora de un verdadero y completísimo programa feminista — época revolucionaria—con más otros nombres de propagandistas, ya dentro del siglo actual. Para Mad. Chéliga la iniciación vigorosa del movimiento feminista, particularmente con relación á Francia, está en 1848; entonces es cuando dicho movimiento tomó formas políticas de acción, de propaganda; entonces se fundaron periódicos, revistas, asociaciones, se hicieron reclamaciones á los poderes públicos, etc., etc.

Refiriéndose más especialmente á Inglaterra, la ilustre Miss M. G. Fawcet (1), advierte que el movimiento favorable á los derechos de la mujer puede estimarse allí como cosa tradicional. Inglaterra no ha aceptado nunca el principio de la ley sálica. «Aun cuando nuestra historia, escribe, no nos haya dado ninguna figura de la pureza y belleza incomparable que Francia posee en su Juana de Arco, sin embargo, nuestra institución hereditaria y aristocrática ha permitido, desde los más antiguos tiempos, á las mujeres de carácter y capacidades ordinarios, ocupar ciertas posiciones de las que implican una responsabilidad política. En varios condados las mujeres desempeñaban antiguamente las funciones de sheriff.» Copiando á Ruskin, indica cómo Shakespeare estimaba á la mujer: «La catástrofe, dice Ruskin, en los dramas de Shakespeare, la causa invariablemente la locura, ó la falta de un hombre; la redención, cuando la hay, es obra de la prudencia y de la virtud femeninas, fuera de las que no hay *salud* posible»(2). «Mucho antes del movimiento consciente, añade más adelante

(1) *Le mouvement féministe en Angleterre (Revue politique et parlamentaire* de Agosto, 1896).

(2) Ruskin, *Sesame aud Lelies*, cit. por Miss Fawcet.

Miss Fawcet, en favor de la emancipación de la mujer, Thomas Moro se mostraba partidario de una mayor libertad industrial para la mujer, y Defoe, en 1697 (1), conceptuaba bárbara la costumbre del sexo masculino, consistente en negar á las mujeres el beneficio de una instrucción adecuada. Como precursores del movimiento feminista, cita Miss Fawcet, para Inglaterra, á Mary Astell (1731), autora de un libro titulado: *Proposición formal dedicada á las damas para el mejoramiento de sus verdaderos y más grandes intereses;* á la muy célebre Mary Wollstonecraft, con su obra (1791) importantísima, *Reivindicación de los derechos de la mujer,* señalando de paso el carácter inicial, ya religioso, moral, profundamente jurídico, que toma el feminismo inglés, lo que resulta del citado libro de Mary Wollstonecraft, del apoyo de los cuákeros, de la obra de renovación moral de Mrs. Fry, y del género de reformas pedidas para la mujer inglesa en primer término. Miss Fawcet no señala un momento culminante que sea dable estimar como inicial del actual movimiento feminista.

Pero no importa: del contexto del trabajo interesantísimo de la noble Miss Fawcet, y del de todos los que del asunto han tratado, bien puede inferirse, que si no cabe señalar el año 1848, como hace Mad. Chéliga, y á su vez afirma Mad. Kaethe Schirmacher (2) como la fecha indudable de los comienzos del feminismo, cabe decir que, á pesar de todos los antecedentes indicados, el movimiento feminista es un movimiento peculiar y característico del presente siglo, y no de los comienzos, sino de los años treinta para hacia adelante. «La primera mención que del derecho político de las mujeres se hizo en la Cámara de los Comunes de Inglaterra, fué el 3 de Agosto de 1832, bajo la forma de una petición presentada por una dama de alto rango, Mary Smith de Stanmore, que no obtuvo por lo demás

(1) Defoe, *Essay ou Projects.*

(2) En un artículo publicado en el *Journal des Debats* del 4 de Septiembre de 1896 sobre el *Congres feministe international de Berlin.*

éxito alguno» (4). Recibió el feminismo allí gran impulso con la adhesión de Ricardo Cobden y Stuart-Mill, pudiendo considerarse como acontecimiento determinante, de inmensa importancia en el movimiento feminista universal, la publicación del hermoso libro de este último, traducido entre nosotros por la Sra. Pardo Bazán, con el título de *La Esclavitud femenina*.

III

FEMINISMO AMERICANO. — EN AUSTRALIA

Realmente, por más que el movimiento feminista encontrase en Inglaterra, y en Francia, y en los países escandinavos grandes y vigorosos gérmenes, y aun cuando en los pueblos europeos hubiera condiciones más que favorables para que la cuestión surgiera espontánea en nuestros medios económico y moral, sin embargo, el movimiento feminista con los caracteres de consciente y ordenado, que á partir de mediados del siglo alcanza en Europa, es en gran parte una consecuencia de influjos americanos. América fué, en rigor, la primer conquista casi total del feminismo. El feminismo, escribe la citada Mad. Schirmacher, nos ha venido de América, donde se ha presentado inmediatamente con toda la fuerza y audacia de ese pueblo nuevo, que tiene por máxima *God ahead* (adelante). La americana, que no cede en iniciativa al americano, no ha permanecido callada y quieta. Desde el primer momento ha reclamado su derecho de voto, iniciando así la fundación de asociaciones, hoy numerosas, designadas con el nombre de *Woman 's Suffrage Leagues* (Ligas para el sufragio de la mu-

(4) Villey: *Les droits de la femme* en la *Revue du Droit public*.

jer), y que van hacia la conquista de los derechos políticos más amplios.» «El movimiento se acentuaba aun en 1865, cuando, después de la guerra de secesión, se concedía á los esclavos del día antes los derechos políticos, de que la mujer quedaba privada.» Lo cual estimó la mujer americana como una verdadera injuria (1). Pero no sólo con relación á los derechos políticos: el movimiento feminista americano, que el Sr. Villey toma desde 1820 con la campaña feminista de la valerosa escocesa Miss Frances Wright, de Miss Ernestina Rose, y en 1840 con el libro de Miss Margarita Fuller, *Las mujeres en el siglo XIX*, tuvo siempre un carácter general, alcanzando desde luego un éxito prodigioso.

«Hace veinticinco años que fueron fundados, casi al mismo tiempo, los primeros clubs de mujeres en Boston y en Nueva-York. Desde entonces no han cesado de constituirse asociaciones análogas en los diferentes Estados, contándose hoy 300, con más la Federación general, que las unifica y les da fuerza. Mad. Th. Bentzon, que ha descrito de un modo atractivo y simpático muchos aspectos interesantes del feminismo americano en su libro *Les Américains chez elles*, nos da idea muy clara del valor é importancia de estos grandes *clubs* de las mujeres americanas. En uno de sus viajes visitó dos de los principales: el *Fortnightly* y el *Woman 's Club*, dando de ellos noticias curiosas, que hacen ver el poderoso influjo que los mismos deben ejercer en la opinión. «El *Fortnightly* es exclusivamente literario; lo he encontrado, dice Mad. Bentzon, instalado en un local elegante, Hotel Richelieu: mujeres de todas edades, con vestido de calle, están sentadas en gran número, ante el estrado donde se encuentran la presidenta y dos

(1) Este sentimiento de la injuria lo manifestó la mujer americana, en un cuadro célebre, presentado en la Exposición de Chicago, cuadro que representaba á aquellos á quien la ley americana no deja votar, y que son: El Piel-roja, el idiota, el loco, el presidiario, y... ¡la mujer! (V. el trabajo citado de la Srta. Schirmacher.)

miembros de la mesa. Miss Amelia Gere Mason lee un estudio titulado *Tipos de mujeres antiguas y nuevas*, asunto propuesto, como de costumbre, y que se discute inmediatamente, suscitándose objeciones, completándose los detalles y rectificándose los errores. Por mi parte admiro la facilidad de palabra, desenvuelta en todas las damas que la usan, la sencillez de sus juicios y su sentido crítico... Fácilmente se puede comprender la acción poderosa que estas reuniones periódicas ejercerán sobre el espíritu de las mujeres, sobre sus aptitudes para la conversación, y de qué manera las acostumbrará á apartarse de los entretenimientos frívolos y de las querellas demasiado personales, habituándolas, en cambio, á escuchar con atención y á refutar con lógica» (1). El *Woman 's Club*, que preside la notable Miss Sara Stevenson, tiene un programa de acción distinto del *Fortnightly*: se ocupa sobre todo en las cuestiones sociales. En el *Woman 's Club* hay mujeres de todas las condiciones: cuenta con quinientos miembros, distribuídos en seis grandes divisiones: los comités de informe, de filantropía, de educación, de enseñanza doméstica, de artes y de literatura, de ciencias y de filosofía. Para que se vea lo que este *Club* hace, baste decir que de 1893 á 1894 se han tratado en los distintos departamentos los siguientes asuntos: *Evolución de la mujer moderna.—La emigración ¿debe restringirse?—De la significación del trabajo.—El realismo en el arte y la literatura.—La corporación industrial.—La ciencia y la vida superior.—La reserva de la energía.—La coeducación.—Los derechos de la madre,* etc. Y no sólo esto; el *Club* ha tomado una parte activísima en la cuestión de las gentes sin trabajo, buscando éste en todas partes para proporcionarlo á las que lo solicitaban; además ha fundado y sostiene la *Protective Agency* de las mujeres y de los niños, cuyo fin es velar por sus derechos, hacer pagar los salarios injustamente retenidos á las obreras, á las domésticas, impedir los préstamos usurarios,

(1) Th. Bentzon, ob. cit., p. 26 y sig.

la violación de las contratas, encontrar asilos para los niños abandonados, procurar el divorcio á las mujeres maltratadas, etcétera, etc. (1)

Pero ¿á qué seguir? la fuerza y arraigo del feminismo en América son notorios: allí la propaganda feminista ha logrado cuanto constituye casi el máximum de las aspiraciones en la opinión: la mujer tiene allí una fuerza inmensa: sus campañas contra el alcoholismo y á favor del sufragio político, última conquista que aún no ha conseguido la mujer americana, son títulos de gloria indiscutible para el movimiento feminista de aquella sociedad del porvenir. Luego, cuando hablemos de los progresos de hecho, señalaremos con más detalles lo que real y positivamente ha conseguido para la mujer el movimiento feminista de América.

Después de América, en donde el feminismo ha logrado un triunfo más general es en Australia, el país en el cual las reformas más radicales se hacen con menos ruido y con menos escándalo. En Australia el feminismo ha logrado tomar la última fortaleza, la que con más resistencia entregan en todas partes sus adversarios: el sufragio político. Por solo este dato puede calcularse la fuerza que las ideas feministas tendrán en aquel pueblo. Y ya ha hecho uso de él la mujer: las mujeres australianas han votado en la elección de Abril de 1896, sin que por su intervención se haya podido advertir ningún gran trastorno en la marcha general de la política. Como consecuencia de las elecciones, se ha celebrado un *referendum* sobre la candente cuestión de la instrucción religiosa en las escuelas primarias del Estado. «Las mujeres electoras, dice una correspondencia publicada en la *Revue politique* (2), han hecho uso con gran amplitud de su derecho, considerándoselas responsables de las sorpresas del escrutinio. En efecto, se so-

(1) Th. Bentzon, ob. cit. págs. 29-37. V. el hermoso libro de M. Dugard *La societé americaine,* especialmente capítulos VIII y siguientes.

(2) Número de Septiembre de 1896, p. 631.

metieron al cuerpo electoral tres importantes preguntas: la primera ponía la cuestión de la continuación del sistema laico de enseñanza, y respondieron afirmativamente 50.622, y en contra 17.517; la segunda pedía si debía introducirse la enseñanza religiosa en las escuelas durante las horas de clase, respondiendo *sí* 18.000 votos, y *no* 34.000, y la tercera, versaba sobre si se debían subvencionar por el Estado las escuelas religiosas, contestando que *sí* 13.000 votos, y que *no* 41.000.

IV

POR INGLATERRA

Ya queda dicho cómo se inició el movimiento feminista en Europa, y sabido es que de Europa, el país en donde ha encontrado, en parte, bajo el influjo americano, un terreno mejor dispuesto, fué Inglaterra. No alcanzó nunca en este pueblo el feminismo un carácter tan radical y universal como el americano y el australiano. Obra del temperamento inglés, el movimiento feminista en Inglaterra no se ha manifestado, nos dice Miss Fawcet, como obra de rebelión contra los deberes *femeninos* de la mujer, sino que más bien se ha inspirado en el deseo de desempeñar más dignamente sus deberes, y de darles una más lata interpretación. «Jamás se ha puesto en duda, por ejemplo, que el más grande de los deberes de la mujer consista en prodigar sus cuidados á los niños, á los enfermos, á los viejos y á los pobres. Precisamente, para poder entregarse más por entero á esta tarea, las mujeres han reclamado, y obtenido, no sólo el derecho de votar en las elecciones de los concejos escolares (School Boards) y de los guardianes (Boards of Guardians), sino el de sentarse en sus asambleas. En calidad de «Poor law Guardians» es quizá cómo las mujeres de Inglaterra

han hecho obra más fructuosa. A sus esfuerzos se deben una gran parte de las reformas de reorganización de las enfermerías de las *Workhouses,* y la inteligente renovación de los métodos de enseñanza y de educación de los niños pobres, á más de que su presencia en los *School Boards* ha bastado para impedir que los intereses relativos á la educación de las jóvenes fuesen abandonados (1).»

Este carácter *devoto*, piadoso y benéfico del feminismo inglés, no le ha impedido tener manifestaciones en otros órdenes de la vida. Para lo que principalmente le ha servido, es para tener una gran fuerza en la opinión y para conquistar ventajas sólidas, abriendo á la mujer todas aquellas profesiones en que decididamente conviene, tanto como la *energía* varonil, la gracia y la bondad femeninas. Por otra parte, el feminismo inglés militante, prescindiendo de las reclamaciones inmediatas, ha tenido éxitos notabilísimos en la vida política, hasta el punto, como es sabido, de estimarse elemento de decisiva importancia la participación de las mujeres en la preparación y en la celebración de las elecciones legislativas.

Según refiere Madlle. K. Schirmacher, las mujeres que actualmente dirigen el movimiento político en Inglaterra son lady Henry Somerset y lady Aberdcen, «mujeres de una gran distinción y pertenecientes á la más alta aristocracia inglesa (2).»

V

LAS MUJERES Y EL ALCOHOLISMO EN NORUEGA

No voy á seguir ahora por entero la expansión del feminismo por todos los países europeos (3). Voy á limitarme á se-

(1) Ob. cit. p. 307.
(2) Artículo citado.
(3) Ibidem.

ñalar su influjo y sus conquistas en los dos países que se estiman como más refractarios á la emancipación social de la mujer: esto es, en Francia y en Alemania. Pero antes quiero consignar, tomándolo de una revista nada entusiasta por el movimiento feminista, *La Reforme Sociale* (1), un hecho relativo á Noruega—país muy trabajado por el movimiento feminista—hecho que tiene una gran significación, ya como dato que revela un progreso del feminismo, ya como manifestación tangible de la acción beneficiosa, desde el punto de vista de la moral colectiva de las mujeres en el orden social.

Sabido es que el alcoholismo se estima, con razón sobrada, como una de las llagas más profundas y gangrenosas de la sociedad moderna: el alcoholismo y la prostitución: he ahí dos grandes enemigos de la civilización actual. Ahora bien, contra el alcoholismo y contra la prostitución se dirige de un modo resuelto y eficaz el movimiento feminista. El hecho típico á que quiero referirme, en Noruega, es relativo al alcoholismo. «Noruega, dice el Sr. Cazajeux, semillero de hombres vigorosos, ha trabado, desde hace años, lucha sin cuartel contra el alcoholismo. En 1833 el consumo del alcohol era de 16 litros por habitante, y ha descendido ya á unos tres litros. Esta disminución puede atribuirse á tres causas principales: la presión de la opinión pública, el influjo de la iniciativa individual y *la intervención activa de las mujeres*. Hay en Noruega 818 asociaciones de templanza, bajo la dirección de la Asociación de abstinencia total. Esta Asociación cuenta 110.606 miembros, de ellos 45.197 varones, 48.984 mujeres y 17.425 niños. Fuera de esta unión, hay otras sociedades con 15.000 miembros, la mitad mujeres. Además, hay 61 sociedades de templanza con mujeres sólo, 1.497 miembros: en suma, Noruega, con sus dos millones de habitantes, cuenta con un ejército de 57.000 mujeres, activamente dedicadas á las cruzadas por la templanza, y que trabajan por extirpar todo abuso de la bebida (2).»

(1) Núm. 20, 16 de Noviembre de 1896, pág. 748.
(2) *Reforme Sociale*, etc.

Y no sólo esto: comprendiendo el legislador el beneficioso influjo de la mujer en la supresión del alcoholismo, la ley de 24 de Julio de 1894, por la cual se autoriza á los Municipios para prohibir en sus territorios el comercio del alcohol, si la mayoría de los habitantes así lo acordasen, confiere el voto á la mujer. Esta ley, en vigor desde 1.° de Enero de 1896, ha dado sus frutos: la mayoría de las mujeres se han decidido contra el comercio del alcohol. De una estadística referente á 13 ciudades, consultadas sobre el caso, resulta que 11 se han pronunciado por la prohibición del alcohol. He aquí cómo: «En las 13 ciudades consultadas, el número de electores suscritos se eleva á 23.791; de ellos, hombres 10.355 y mujeres 13.436; esto es, de cada 100 45,5 hombres y 56,5 mujeres. De esos 23.791 electores, 14,624 se han decidido *contra* el alcohol.» Sumando todos los electores, resulta que en las 13 ciudades el cuerpo electoral comprendía 56,5 por 100 de mujeres, habiéndose prohibido el alcohol por el 59,4 por 100 de los sufragios. De todo lo cual, como dice el autor que copio, resulta evidentemente, que la causa de la templanza acaba de lograr victorias notables en Noruega, gracias á la acción moral de las mujeres y gracias á los sufragios femeninos (1).»

Y pasemos ya á Francia y á Alemania.

VI

CONGRESOS Y ASOCIACIONES FEMINISTAS EN FRANCIA

En Francia el movimiento feminista, á pesar de todos los antecedentes que como generales antes indicábamos, encontró grandes resistencias, tanto en la opinión como en las esferas

(1) *Reforme Sociale*, etc.

legislativas. Acaso se debe esto, en parte, á que el feminismo en Francia ha tomado ciertos aires de reivindicación social, radical, íntegra, presentándose como una solución propuesta á veces por los elementos más avanzados y atrevidos de la política. Un autor, no feminista, pero que á vuelta de muchos rodeos acepta no poca cosa del feminismo (1), apunta la idea de que en Francia la cuestión de la mujer no ha alcanzado los caracteres que en América, ni se ofrece de un modo tan perentorio como se va ofreciendo en Alemania, porque el plantel de jóvenes casaderas no es tan grande como en este país. «No tenemos por qué preocuparnos, dice, de la necesidad de buscarles un empleo, á falta de marido..... Además, nosotros (los franceses) tenemos una idea de la mujer distinta de la de los americanos.» El francés, por lo visto, admira sobre todo al guardián del hogar; cosa, naturalmente, que no admira menos que el francés el inglés, lo cual no impide que en Inglaterra se conceptúe necesario modificar la tradición contraria al papel *íntegramente humano* de la mujer.

Pero esto no importa: aun cuando por esas y por otras causas el feminismo haya tropezado con resistencias fuertes en Francia, lo cierto es que en Francia el feminismo ha logrado muchísimo, sobre todo en el trabajo de propaganda, en la obtención de adhesiones valiosas y en la conquista de la opinión general. Un francés ilustre, el gran Víctor Hugo, fué quien, en 1853, en Jersey, pronunciaba aquellas palabras que Mad. M. Chéliga llama proféticas: «El siglo XVIII ha proclamado el derecho del hombre; el XIX proclamará el derecho de la mujer.»

Pasando ya al detalle de los progresos del feminismo en Francia, la fecha que suele citarse como culminante para su propaganda ya hemos dicho que es la de 1848. En un resumen de la evolución feminista, Mad. M. Chéliga cita como

(1) Arnold Mascarel. *Le mouvement feministe* en la *Reforme Sociale*, (1896), p. 453.

una de las grandes impulsoras de la campaña á la ilustre Marie Deraismes. «El feminismo francés debe á esta mujer superior, notablemente dotada, capaz por entero de defender la idea, una gran parte de su desenvolvimiento actual» (1). Al lado de ella deben citarse á Hubertina Anclert, fundadora del periódico *La Citoyenne*, y á Eugenie Petonié-Pierre. El feminismo pudo reunir en Francia varios Congresos, habiendo logrado en ellos creciente éxito. El primero, organizado por Maria Deraismes, presideñta de la Asociación para el mejoramiento de la mujer, y por Leon Richer, celebróse en 1878, pudiendo estimarse este Congreso como la primer manifestación de éxito de los feministas. Tuvo ya mucha mayor importancia el segundo Congreso (1889), reunido también merced á la iniciativa de la citada Deraismes. A este Congreso, dice madama M. Chéliga, asistieron muy numerosas representaciones extranjeras, que expusieron ante el público los resultados de su propaganda. «Esos resultados, primeros frutos de la emancipación para la mujer americana, inglesa, escandinava y eslava, atrajeron la atención, despertaron algunos escrúpulos en la conciencia latina, haciéndole ver sus injusticias respecto de la mujer francesa, la menos afortunada de todas sus hermanas, y condenada sin razón á sufrir las llamadas leyes protectoras, en el fondo leyes meramente opresoras.» Posteriormente celebráronse otros Congresos, todos con buen éxito. Uno de ellos fué el de las Obras é Instituciones femeninas, reunido bajo la presidencia honoraria de Julio Simon, el cual contribuyó no poco á disipar las prevenciones públicas, manifestándose su buen influjo en el hecho de la formación de no pocas asociaciones feministas.

El 25 de Abril de 1891 se celebró la primera Asamblea general de la Unión universal de la mujer, presidida por la ilustre Clemencia Royer, Asamblea que tuvo el privilegio de llamar la benévola atención de la prensa y, en general, del pú-

(1) Lugar cit.

blico. «Entonces apareció, dice la citada Mad. Chéliga, el primer esbozo de un partido feminista francés, bajo la forma de una federación de las sociedades femeninas y feministas; federación que ha podido reunir diez y ocho grupos, la mayoría de carácter filantrópico y profesional. La Federación y la Unión organizaron en 1893 un Congreso internacional, que tuvo un gran éxito, pues en él tomaron parte algunos diputados, consejeros municipales, literatos, todos los cuales asintieron á la necesidad de procurar reformas que modifiquen la condición de la mujer, en el sentido de la emancipación. El último Congreso reunido en Francia es el de 1896, organizado por la Solidaridad de las mujeres y por la Liga francesa para el derecho de las mujeres, Congreso que, aunque un tanto desordenado y movido, atrajo poderosamente la atención pública, manifestándose en él fuerte y vigoroso el esfuerzo propagandista del feminismo.

En la actualidad el movimiento feminista cuenta en Francia con muy poderosos organismos, y con numerosos medios de expansión y de propaganda. Por de pronto, se cita un grupo parlamentario feminista bastante nutrido. Además, en París existen las siguientes sociedades feministas: La Solidaridad: secretaria general, Mad. Potonie-Pierre (radical); La Liga francesa para el derecho de las mujeres, que preside Mad. Pognon (moderada); La Igualdad, de Mad. Vincent (moderada); La Sociedad para el mejoramiento de la suerte de las mujeres y reivindicación de sus derechos, presidida por Mad. Teresse Deraismes (moderada); L'Avant-Courriere, de madama la duquesa de Uzés (conservadora); La Unión universal de las mujeres, que preside Mad. Marie Chéliga (propaganda federalista); El Sindicato de las Lavanderas y Enfermeras, de Mad. Coutant (radical socialista). Por otra parte, el feminismo francés tiene los siguientes órganos en la prensa: el *Journal des femmes*, de Mad. María Martín; la *Revue feministe*, de Mad. Clotilde Dissard; la *Revue des femmes russes*, de Mad. Olga de Bezobrazov; la *Revue des femmes chrétiennes*,

de Mlle. Mangerai; la *Femme*, órgano de las mujeres protestantes, dirigido por Mlle. Sara Monod. Esto sin contar con el feminismo no organizado en ninguno de los grupos oficiales, ni representado por ninguno de sus periódicos, y que reune muchas mujeres ilustres y literatas eminentes, que luego citaré (1).

VII

EL PROFESORADO Y EL FEMINISMO EN ALEMAMIA.—CONGRESOS FEMINISTAS DE BERLÍN

Si Francia ha sido refractaria al movimiento feminista, más lo ha sido Alemania. La resistencia, sobre todo del elemento intelectual contra la admisión de la mujer á las altas funciones del espíritu, es notoria. Los médicos y estadistas de Alemania se han presentado desde el primer momento antifeministas. Lo que en Inglaterra es ley muy general, por ejemplo, para la admisión de la mujer en la enseñanza, en Alemania es cuestión que la mayoría de las veces se resuelve en contra de todas las exigencias de la equidad y de la justicia. ¿No se dice que el profesor von Treitschke llegó hasta coger por el brazo á una señora, que se había introducido en su curso, para hacerla salir, y que después de haberla expulsado «*manu militari*», dirigió una ruda reprimenda al bedel, culpable de haber admitido la intrusa? ¿No se ha acusado de lo mismo por los periódicos á otro profesor, el Sr. Schmidt (2)? Sea de esto lo que quiera, lo evidente y sabido es que la admisión

(1) V. el trabajo citado de Mad. M. Chéliga.

(2) Véase *Revue internationale de l'enseignement*, número de Junio de 1896, pág. 497.

de una mujer en los estudios universitarios en Alemania es todavía un problema, que la reglamentación oficial de dicha admisión en la Universidad de Berlín rodea el caso de muy serias precauciones, cual si se temiese una irrupción ó inundación de las aulas por parte del bello sexo (1).

Sin embargo, el movimiento feminista persiste: las condiciones económicas del país imponen la cuestión de las mujeres, aun cuando sea bajo la forma de una crisis de las jóvenes sin dote, en virtud del excedente verdaderamente respetable de las mujeres no casadas (2). No ha mucho—lleva la fecha de 1897—se publicó en Berlín un libro acerca de *La mujer académica* (3), que revela muy bien el estado de crisis en que la opinión de las gentes científicas se encuentra, respecto de las grandes cuestiones que el feminismo impone. Este libro, debido á la iniciativa de un periodista, Arturo Kirchhoff, contiene las contestaciones, dadas por cien profesores y literatos, elegidos entre los más eminentes, á un cuestionario que les remitiera el citado periodista, y en el cual se preguntaba acerca de la admisión de las mujeres en los estudios superiores. «Hace tres ó cuatro años no más, dice la escritora Arbede Barine, una investigación de esta naturaleza hubiera sido imposible en Alemania: no se la hubiera tomado en serio.» Hoy, la cuestión se ha tomado tan en serio como merece, pudiendo afirmarse que el sentimiento que en todo libro domina es el de

---

(1) *Revue intern. de l'enseign.* citada.

(2) *La question des femmes en Allemagne,* por María André, publicado en *El Correspondent* del 10 de Marzo de 1896.

(3) *Die akademische Frau, Gutachten hervorragender Universitœtsprofessoren über die Batœhigung der Frau zum wissenschaftlichen Studium und Beruf,* por Arturo Kirchhoff. *(La mujer académica: opiniones de eminentes profesores de Universidad, profesores de cursos para mujeres, y de escritores, acerca de la actitud de la mujer para los estudios y carreras científicas.* Un vol., Berlín, 1897.) No conozco el libro directamente. Me refiero á él por un extracto publicado en el *Journal des Debats* por Mad. Arbéde Barine.

que los problemas feministas es preciso estudiarlos, y procurar resolverlos. «Han pasado por fortuna los tiempos, dice el doctor Freund, director de la *Universitæts-Frauenklinik* (Strasburgo) en que las reclamaciones de la mujer contra el orden social existente se despreciaban sin examinarlas. La cuestión feminista arraiga tiempo ha fuera de su dominio primitivo. En un principio la esfinge se ha producido en el terreno del matrimonio; hoy interroga al teólogo, al científico, al jurista, al artista.....» Naturalmente, no todas las opiniones manifestadas en el libro son favorables á las pretensiones del feminismo. ¡Cosa rara! los médicos son más contrarios á las buenas aptitudes de la mujer para los estudios superiores, que los matemáticos. De todas suertes las hay muy favorables, y en general se admite la necesidad de instruir á la mujer. «Désela, ante todo, instrucción, dice un teólogo alemán, el barón von Soden; que de ese modo se crearán fuerzas sociales que la comunidad no dejará de aprovechar á su tiempo.» No hay derecho, sea cual fuere la capacidad originaria de la mujer para el estudio, á privarla el acceso á las diferentes carreras, á menos que el Estado se encargue de casarlas, ó de procurarles una renta congrua. Esa limitación á la actividad de la mujer es una injusticia «que ya ha durado demasiado», dice el profesor Huber Ludwig, director del instituto de anatomía comparada en Bonn.

Fuera del mundo académico y literario, el feminismo ha hecho grandes progresos en Alemania. Recuérdese que el socialismo, uno de los partidos más fuertes y de mayor porvenir del Imperio, tiene como parte de su programa las reivindicaciones feministas. *La mujer ante el socialismo*, de Bebel (1) es quizá expresión científica de las aspiraciones feministas del socialismo alemán.

Según refiere Mlle. Keathe Schirmacher, en la actualidad en Alemania hay un movimiento feminista de innegable im-

(1) Publicada en español por la Sra. Pardo Bazán.

portancia. Lo revela desde luego el hecho del éxito de los dos congresos feministas, celebrados el año pasado en Berlín, general el uno y socialista el otro. Revélalo además el gran número de Asociaciones fundadas, muchas de las cuales cuentan por miles sus miembros.

Tomando los datos de la citada escritora (1) cabe distinguir hoy en Alemania hasta tres grupos feministas: el grupo conservador, el grupo liberal y el grupo socialista. La sociedad patriótica de las mujeres alemanas, es la más antigua y más vasta del primer grupo. No es una sociedad ésta decididamente feminista, sino más bien filantrópica, pero de un modo práctico hace obra de feminismo. Al lado de esta sociedad, cítase otra del mismo color político, que comprende mujeres dedicadas al cuidado de casas de caridad. En el grupo liberal, constituído por las gentes reclutadas en la burguesía, hay ya un verdadero partido feminista. Sus comienzos remóntanse á 1865, cuando se fundó la Asociación general de las mujeres alemanas en Leipzig. Sus fundadoras, las señoras Ottó-Peters y Goldsmidt, y la señorita Schmidt, organizaron primero una sociedad de propaganda feminista, cuyas teorías eran bastante avanzadas; pero, obrando con gran tacto, en la práctica se contrajeron sólo á las cuestiones de enseñanza y educación. Durante quince años trabajaron casi solas, pero merced á las crisis económicas sufridas por la burguesía alemana, al problema de la colocación de las hijas, que se impuso con terrible y fuerte presión á las familias, desde 1860 el movimiento arraigó profundamente en la masa burguesa, teniendo hoy verdadera importancia. A su influjo se debe en gran parte la creación de las escuelas secundarias para las jóvenes. Dentro del grupo liberal hay otra Asociación para el bien de la mujer, residente en Berlín, con sociedades auxiliares en Dantzig,

(1) Casi todos estos datos sobre Alemania, están tomados de los artículos de esta señorita, publicados en el *Journal des Debats* en Septiembre de 1896.

Kœnigsberg, Dresde y Munich. La característica de esta Asociación, es representar el elemento más avanzado del grupo liberal. Fué fundada hace diez años por la señora Cauer, mujer eminente, de grande iniciativa, filántropa, á quien también se debe la creación de la Asociación de las empleadas del Comercio de Berlín, que cuenta con 1.700 miembros. Esta señora y la señorita Augspurg son las que han dirigido la campaña de las mujeres alemanas contra el nuevo Código civil.

El grupo socialista del feminismo es el más fuerte, por lo que queda dicho: porque el socialismo alemán es feminista. El gran tema del feminismo socialista, hasta ahora, ha sido la cuestión de los salarios de la mujer.

Ya he indicado más arriba, como dato significativo del progreso feminista en Alemania, el hecho de que en este año pasado se celebraron en Berlín dos Congresos del feminismo. Y así es en efecto. En Septiembre se reunió en esta ciudad, primero el Congreso feminista internacional, debido á la iniciativa y trabajos de Mad. Morgenstern y de Mad. Cauer, y luego el socialista. El internacional tuvo escepcional importancia: más aún que el de París del mismo año. Fué un Congreso con cierta consagración oficial, pues se reunió en la Sala de fiestas del Ayuntamiento de Berlín; asistieron á sus sesiones, constantemente, unas 800 personas, de casi todas las nacionalidades, reinando el orden más completo en sus interesantes discusiones. No voy á dar cuenta de éstas, pues alargaría demasiado este artículo; pero sí diré que los informes presentados han tenido, en general, un carácter eminentemente práctico, deduciéndose, de los unos, los progresos del feminismo en todas partes, especialmente en Armenia y en Finlandia, y de otros, el interés que para la mujer tiene la apertura de todos los caminos por donde pueda conseguir una posición económica, que la ponga en condiciones de valerse por sí misma. Se habló, muy principalmente, de la admisión de las mujeres en las Universidades, de la mujer en la profesión de la Medicina, en el comercio y en la industria, de las

escuelas profesionales y de los sindicatos obreros. El Congreso internacional tuvo un carácter general: sin exclusivismos de clase, sus iniciadores invitaron á las mujeres que se hallan al frente del movimiento feminista en el socialismo, pero de éstas sólo asistió la señora Braun, que proclamó la separación radical que existe, según ella, entre las mujeres proletarias y el feminismo burgués. Conviene advertir que esta señora, mujer elegante, distinguidísima, hija de un general, se ha hecho socialista por convicción, casándose con un socialista y dedicándose á la propaganda socialista. El otro Congreso, socialista puro, si no tuvo la resonancia del internacional, fué de importancia también. En él se distinguió, principalmente, Mad. Zetkin, jefe del feminismo socialista, en cuyo discurso señaló los puntos de vista comunes del programa socialista y del burgués (el voto para la mujer, la lucha contra el código civil, la lucha contra el alcohol y contra la inmoralidad, y el aumento de salario de la mujer), pero indicando luego que, á pesar de estas coincidencias, no hay fusión posible entre ambos feminismos, porque el socialista no se detiene ahí, sino que quiere y pide la revolución social, una revolución sin violencias, pacífica, por medio de la transformación del régimen económico capitalista.

VIII

FEMINISMO Y SOCIALISMO

Prescindiendo ya de esta indicación referente á la expansión del feminismo por las diversas nacionalidades, el progreso de éste, en la opinión, puede apreciarse más en conjunto en ciertas conquistas y manifestaciones, que implican su carácter universal, humano. No voy á registrar todas estas conquistas

y manifestaciones. Voy sólo á fijarme en una de las primeras, y á señalar luego la amplia acción del feminismo, resumiendo los datos que indican una manifestación universal de simpatía y de fuerza á su favor, tal cual resulta del número que al feminismo dedicó hace poco la *Revue Encyclopedique Laroux*.

La conquista más trascendental obtenida por el feminismo en el orden internacional, es, sin duda, el socialismo. El feminismo no sólo ha conquistado al socialismo alemán; el socialismo democrático, en general, es feminista. Y ya de antiguo, Fournier fué el primero que habló de la *emancipación de la mujer*. Los saint-simonianos, afirmando el espíritu emancipador cristiano, defendían la igualdad de los sexos. En 1851, Pierre Laroux pidió á la Asamblea Nacional el sufragio administrativo para la mujer (1). Resumiendo el venerado Benito Malon la tendencia de la Internacional, afirma que «los fundadores de la gran personificación del socialismo reconocían la igualdad de derechos para la mujer, primero como obra de justicia, luego como causa de moralidad más elevada, de mayor dignidad y de perfeccionamiento más rápido de la familia humana» (2). De Bebel nada diremos: ahí está su libro sobre la mujer. Pero ¡á qué seguir! Veamos las conclusiones de los diferentes Congresos del partido socialista: el partido obrero belga pide, en el artículo 4 de sus estatutos, «la revisión, en el sentido igualitario, de los artículos del Código civil que establecen la inferioridad política ó civil de los trabajadores, de *las mujeres* ó de los hijos naturales.» El Congreso internacional obrero socialista, reunido en Bruselas en Agosto de 1891, votó con entusiasmo la siguiente moción de Volders: «El Congreso invita á los partidos socialistas y obreros de todos los países, á afirmar enérgicamente en sus programas la igualdad completa de los sexos, y á pedir: 1.° Que se concedan á la mujer

(1) Frank, ob. cit., pág. 9.

(2) *Exposé des Ecoles socialistes francaises*, pág. 287.

los mismos derechos civiles y políticos que al hombre. 2.° La derogación de todas las leyes que colocan á la mujer fuera del derecho común y público.» El de Erfurt formuló como reivindicaciones necesarias, primeramente el restablecimiento de la mujer en una situación de igualdad completa respecto del hombre, y además la institución del sufragio universal sin distinción de sexo (1).

Acaso esta solidaridad que el socialismo establece entre sus pretensiones y las del feminismo, retraiga ciertas fuerzas conservadoras, que de otro modo se sumarían con resolución al movimiento feminista. Pero no es esta ocasión de discutir la cuestión desde este punto de vista. Lo esencial es afirmar que el socialismo, fuerza política poderosísima, partido internacional de porvenir indudable, comprende entre sus reivindicaciones sociales las más importantes del feminismo, y que, por ende, donde quiera que el socialismo alcanza una representación en los poderes públicos, los feministas cuentan con un apoyo oficial seguro. Por otra parte, la desconfianza que el socialismo puede inspirar á las llamadas clases conservadoras, sobre no ser completamente invencible, no se advierte que perjudique al feminismo, ya que no puede, como dice uno de sus ilustres defensores, conceptuarse á éste solidario de ningún partido político militante.

IX

UN NÚMERO DE LA «REVUE ENCYCLOPEDIQUE»

Y paso á presentar una ojeada de conjunto de la manifestación general del progreso feminista, refiriéndome no más que á los datos de la *Revue Encyclopedique,* en su número

(1) Frank, ob. cit., págs. 15-16.

Las mujeres y los feministas (1). Dos indicaciones de éste me bastan para mi objeto: son éstas, la primera, relativa á las declaraciones de simpatía ó de adhesión hacia los derechos de la mujer de una porción de representantes del mundo científico y literario de casi todos los países, y la segunda, referente á las mujeres que en todos los pueblos están, por decirlo así, en la brecha defendiendo la causa del feminismo. Ambas indicaciones tienen una significación importante como demostración, ya sea de la gran difusión del feminismo, fuera de su propio campo, ya de la gran extensión de éste á causa del gran número de sus adeptos militantes.

La feminista tantas veces citada, Mad. María Chéliga, convencida de que el feminismo interesa hoy á todas las gentes *intelectuales*, para demostrarlo, se dirigió en consulta á unos cuantos hombres de verdadero mérito, que representan en el mundo los más variados principios, creencias, escuelas, razas y nacionalidades, al efecto de obtener de ellos la expresión de su pensamiento en cuanto á las reivindicaciones femeninas. Ahora bien, entre los consultados hay novelistas como los Rosny, Rod, Jokai; críticos como Jorge Brandes; dramaturgos como Ibsen, Hervieu; poetas como Armando Silvestre, Bois, Rodenbach; periodistas como Montorgueil, Riza-Bey; escritores como Lawroff, Renard, Magalhaes Lima, Lacour Descaves, Aicard; sociólogos como Novicow, pedagogos como Stanton, científicos como el doctor Manouvrier, y hasta sacerdotes como el abate Charbonnel: todos han contestado á Mad. Chéliga, y todos expresan con más ó menos entusiasmo y radicalismo su simpatía por el movimiento feminista, ó bien cuando menos el interés que el movimiento despierta, y la necesidad de acudir de alguna manera á remediar los males sociales que el feminismo acusa.

La lista de feministas ó de mujeres dedicadas de una manera más ó menos activa á la propaganda feminista, ó bien

(1) De Noviembre de 1896.

ocupadas en obras de carácter social, de las que el feminismo pide para la mujer, ó bien, por último, representantes de la *élite* intelectual con que el feminismo argumenta, es verdaderamente notable, muy numerosa, muy llena de nombres universalmente estimados. Figuran en ella hasta *ciento cuarenta y cinco* nombres de mujeres de todas las nacionalidades; unas literatas, otras escritoras, artistas otras, propagandistas muchas, profesoras algunas, médicas, dedicadas á grandes empresas sociales, de beneficencia, de caridad, no pocas: en suma, la colección de retratos y de pequeñas biografías que la *Revue Encyclopedique* comprende bajo la etiqueta de *La femme moderne par elle-même*, es el mejor argumento en pro de la gran difusión y de la gran fuerza del movimiento feminista. Unida á la de las adhesiones y muestras de simpatía de la lista anterior, y sumado todo ello con la significación y alcance de las conquistas del socialismo, creo que no puede darse una prueba más concluyente del carácter universal del influjo feminista sobre la opinión de las gentes.

X

PROPAGANDA FUERA DEL FEMINISMO

Pero los progresos del feminismo en la opinión de las gentes, no deben mirarse sólo desde el punto de vista de su difusión por los medios sociales é intelectuales, que desde luego se revelan simpáticos é inclinados á sus soluciones parciales ó totales. Es preciso ver también cómo el feminismo labra fuera de su propio campo; ó, en otros términos, es necesario fijarse en cómo los no feministas, esto es, los que no parten del principio de la igualdad social de los sexos, transigen con el feminismo, y de qué modo, desde las más opuestas doctrinas, se em-

pieza á admitir algo de lo que constituye sus aspiraciones más caras. Realmente, nada revela la fuerza de una teoría como esto de que los adversarios empiecen por razonar, con argumentos propios, algunas de sus conclusiones.

Ahora bien, desde este nuevo punto de vista, tiene un gran alcance cuanto dejamos indicado más arriba, acerca de cómo ahora preocupa el problema de la mujer á los profesores alemanes, como lo tiene la declaración en favor del reconocimiento de aptitudes varoniles en la mujer, hecha por autores que en principio no se adhieren al feminismo y que resueltamente combaten sus supuestos fundamentales. Uno de éstos, que escribe en *La Reforme Sociale*—revista antirrevolucionaria y mantenedora del espíritu religioso y social del ilustre Le Play—dice lo siguiente: «La cuestión de la falta de aptitud de las mujeres para instruirse, y por tal modo elevarse, no se discute ya. Los partidarios más convencidos del papel limitado, y por lo demás honorable, que nuestras costumbres asignan á la mujer, no le niegan los beneficios de la instrucción. Basta, para convencerse de ello, leer un libro admirable y poco conocido..... las *Cartas de Mons. Dupanloup sobre la educación de las jóvenes.*» (1) Y añade en nota: «De entre las profesiones liberales, únicamente veo una que puede ser útilmente ejercida por la mujer: la de la Medicina.» Mr. Gabriel Alix (2), al presentar en la *Societé d'Economie Sociale* (fundación de Le Play) una moción sobre el voto municipal y provincial de las mujeres, escribe, entre otras cosas, lo siguiente: «No ignoro que la *cuestión feminista* encuentra escasa simpatía en un gran número de gentes honradas. Hay contra ella grandes prevenciones. Los más no pueden tomarla en serio; suscita en otros cierta desconfianza..... Importa reobrar contra ambos sentimientos.» Y más adelante, después de hablar del voto muni-

(1) A. Mascarel, loc. cit.

(2) De *La Reforme Sociale*, núm. 19, Noviembre 1896. *L'electora municipal et provincial des femmes.*

cipal y provincial de la mujer, dice: «Por los ejemplos que invoco se ve que mi moción nada tiene de revolucionaria. Verdad es que figura en muchos programas radicales..... Pero sería mal procedimiento rechazar por entero todos los artículos de un programa, por temor de no acertar en la elección de los mismos. Hay un medio seguro de no equivocarse en lo referente á las reivindicaciones femeninas: estudiarlas á la luz de la única filosofía que da la clave de todas las cuestiones morales. La mujer no es ni el ser inferior, el *sexus sequior*, de que habla Schopenhauer..... ni el hombre-mujer de Stuart-Mill..... Es el ser que nos presenta el cristianismo y que conocemos, ni inferior ni superior al hombre, dotado de facultades no menos ricas, aunque diferentes..... Puede ella reivindicar los mismos derechos que nosotros, siempre que sean compatibles con su misión providencial..... Ahora bien, el derecho de que hablo (el voto administrativo) no me parece que está en oposición con ella.»

Dando cuenta Mad. Vincent en las *Reuniones du Travail* de la misma sociedad, del estado de la opinión en Inglaterra sobre el voto de la mujer, inserta las noticias interesantísimas que copio: «En una reunión reciente se ha hecho pública la opinión del *clero*, favorable en general á la liberación de las mujeres, y que les recomienda tomen una parte activa en los negocios públicos. El *cardenal* Waughan, *primado de Inglaterra*, dice que es muy importante garantir á las mujeres su participación en la administración de los asuntos locales. El obispo de Londres quisiera que las mujeres tuvieran las mismas franquicias municipales que los hombres. Los obispos de Southwell, de Edimburgo, los reverendos de Newmann, Hall, Martineau, manifestaron las mismas simpatías.....» (1) Opinión esta del clero inglés, que en el fondo coincide con esta apreciación hermosa del arzobispo de Ireland: «Ya tenemos, dice, el Estado de Wyoming, donde se ha concedido á la mu-

(1) *La Reforme Sociale*, núm. 109. Julio 1895, pág. 75.

jer el sufragio. Hace pocos días he sabido que en un Estado una mujer había sido elegida alcalde de la ciudad, y al día siguiente estaban cerradas todas las tabernas. Lo que demuestra que no debemos desesperar del mundo si llega á ser concedido á las mujeres el sufragio.» (1)

Y un último dato de análoga significación. No ha mucho, respondiendo al influjo general del feminismo, quizá para encauzarlo en determinado sentido, se fundó en París una *Societé des feministes Chrétiens*, cuyo secretario general, madamoiselle María Maugeret, dice en su artículo-programa—25 de Febrero de 1896—lo siguiente: «Para hablar con claridad, la emancipación de la mujer, tal como actualmente se considera, jamás nos ha parecido muy deseable. Si en el mundo hubiera un poder bastante eficaz para conducir la familia, y por ella la sociedad hacia un estado de cosas, quizás un tanto quiméricas, en el cual el hombre cumpliera con conciencia todos sus deberes de esposo, de padre y de ciudadano, ningún inconveniente veríamos en que la mujer, cultivando, eso sí, su inteligencia, hasta tener algo más que «des chartés sur tout,» se encerrase en los deberes de la casa, sin pensar en abandonar el hogar.» (2) Lo cual, claro es, supone que la mujer se ha casado, lo que, ciertamente, no siempre ocurre.

XI

EL FEMINISMO Y LA CONDICIÓN LEGAL DE LA MUJER CONDICIÓN CIVIL

La parte relativa á los progresos del feminismo en la opinión, se ha alargado algo más de lo que me proponía; así que, para no dejar enteramente incompleto el artículo, voy á resu-

(1) *La Iglesia y el Siglo*, trad. esp., pág. 126.
(2) Citado por Leopoldo Lacour. Ob. cit. pág. VIII, nota.

mir las manifestaciones, más ó menos en el sentido del feminismo, de carácter concreto, que implican principalmente conquistas en las decisiones del Estado, ya como legislador, ya como gobernante, ya, en fin, como administrador.

Según dejo dicho más arriba, las que suelen denominarse *reivindicaciones femeninas*, desde el punto de vista de la acción social del feminismo, resúmense por lo común con relación á tres puntos capitales: 1.° *La condición civil de la mujer*: emancipación de la misma, en cuanto al ejercicio de los llamados derechos civiles, muy especialmente con respecto á la situación legal de la mujer en el matrimonio y con respecto á los hijos; 2.° *La condición social de la mujer*: emancipación en gran parte *económica* de la mujer, mediante el reconocimiento y consagración legal de su derecho á hacer «un uso honrado de sus facultades, haciendo accesibles á todos, sin distinción de sexos, los oficios, los empleos, las profesiones liberales, las carreras industriales y demás», (1) y 3.° *La condición política*: reconocimiento del derecho de las mujeres á intervenir en la gestión de los negocios políticos; actualmente, todo el trabajo del feminismo en este punto se encamina á recabar para la mujer el sufragio. (2) Haré rápidas indicaciones acerca de cada uno de estos tres puntos, señalando primero los problemas varios que algunos comprenden, presentando luego la solución antifeminista, la aspiración que quizá refleja el ideal del feminismo, y, por fin, las modificaciones legales ó reglamentarias que se acercan á este ideal.

Sobre la condición civil de la mujer.—Abarca ésta varias cuestiones, que, siguiendo combinadas las indicaciones de dos libros que las resumen muy adecuadamente, voy á presentar: (3)

---

(1) Frank. Ob. cit. pág. XI.

(2) Ostrogorski: *Les droits des femmes* en los *Annales de l'École libre des sciences politiques*, 1894, Enero.

(3) Bridel. *Los derechos de la mujer y el matrimonio* (trad. españo-

1. *La autoridad marital.*—Refiérese, principalmente, á los derechos de la mujer casada frente al marido. La solución menos simpática al feminismo es esta: «La mujer casada está bajo la dominación legal del marido, su dueño y señor;» en su consecuencia, la mujer que es civilmente capaz antes de casarse, según muchas legislaciones (1), pierde su capacidad después de casada, incapacidad que se extiende hasta impedirle el ejercicio de ciertos cargos (tutor, si bien en algunas excepciones, testigo). Por otra parte, el principio es que la mujer *debe obediencia* al marido, y, de un modo ó de otro, según los diversos sistemas, para verificar actos jurídicos necesita la autorización del marido (2). La solución que el feminismo más general (no el más radical) reclama, puede acaso resumirse, con Bridel, en estos términos: «Borrar de la ley las palabras «la mujer debe *obediencia* al marido,» sin destruir por eso el principio de que el marido es el *jefe de la familia*, al menos mientras cumpla con sus deberes,» y reconocer «la plena capacidad civil de la mujer casada, derogando las disposiciones referentes á la licencia marital y demás instituciones que coartan la libertad de la mujer» (3). Han adoptado la tesis feminista en cuanto á la abolición de «la autoridad *despótica* del marido» Inglaterra, Rusia, Canadá, Australia y Estados Unidos (4).

---

la) L. Frank. *Le grand catechisme de la femme*, 1894. Véase el trabajo citado de Villey, y H. Pascaud, *Le droit de la femme mariée aux productos de son travail*, en la *Revue politique et parlamentaire*, 1896.

(1) La tutela del sexo ha desaparecido por completo. (V. Bridel, obra citada, pág. 53.)

(2) Pueden verse estos sistemas resumidos en el libro de Bridel, páginas 62-76.

(3) Bridel. Ob. cit. pág. 215.

(4) En Inglaterra, dice Lehre (*Elements de droit civil anglais*), según las antiguas leyes, la autorización marital era desconocida, porque la mujer nada por sí misma podía hacer. Según el derecho novísimo, la autorización marital sigue desconociéndose, porque puede la mujer realizar libremente todos los actos de la vida civil. (Bridel. ob. cit., pág. 76.)

2. *Fidelidad conyugal.*—Refiérese al tratamiento legal de los deberes morales entre esposos, y especialmente con relación á la represión del adulterio. El principio general, sin duda, es el de que «los esposos se deben mutua fidelidad, socorro y asistencia» (Cód. Napoleon, art. 212); sin embargo, es sabido cuán distinto es el tratamiento legislativo de la infidelidad ó adulterio, según que el culpable sea el varón ó la mujer, en muchas legislaciones. El feminismo, en general, reclama una misma legislación civil y penal para reprimir el adulterio y para regular la *fidelidad* conyugal. «La mayor parte de las legislaciones de Europa, dice Bridel, consagran hoy un sistema de completa igualdad, no estableciendo diferencia entre el adulterio de uno ú otro cónyuge, por lo que á las causas y consecuencias del divorcio se refiere; ocurre esto en Alemania (salvo el gran ducado de Baden), Austria, Estados escandinavos, Holanda, Suiza (1874), Rusia, Francia (1884), República Argentina, Estados Unidos (excepto Carolina del Norte, Tejas y Kentucky) y Japón (1896). También la mayoría de los países han sometido al mismo régimen penal el adulterio del varón y de la mujer: por hoy la mayor parte de los Estados Unidos, Alemania, Suiza, Holanda, Austria, Hungría, Rusia. Otros no castigan el adulterio (sistema que preconiza cierta parte del feminismo): tal ocurre en Ginebra, Nueva York é Inglaterra.

3. *La patria potestad.*—Aunque con un nombre impropio, suelen las leyes modernas denominar así la autoridad que sobre sus hijos tienen el padre y la madre; pero la exactitud resulta luego cuando, en el desenvolvimiento del sistema doméstico, se atribuye todo el poder al padre, y, sobre todo, cuando la madre, ni aun siendo viuda, recoge la integridad del poder familiar, ó bien lo pierde por causas en virtud de las cuales el marido viudo no lo pierde: v. gr., por contraer segundas nupcias. El feminismo, en general, reclama en este punto varias cosas: que se sustituya la expresión patria potestad, por otra que exprese el poder de los padres; la potestad

en la familia debe ser legalmente, como de hecho es en las familias bien regidas, un poder de ambos esposos; que cuando la potestad familiar pase á la madre—viuda, separada, etc.,—pase íntegra, tal como el padre la ejerce en su caso. Siguen un régimen, basado en la igualdad de derechos para ejercer la potestad familiar, Austria, provincias bálticas, Inglaterra, Italia, varios Estados norteamericanos, etc.

4. *El régimen económico de los bienes.*—El sistema que más se aparta del criterio de justicia, según las corrientes feministas, es el que señala el régimen de la comunidad de bienes como general, salvo pacto expreso en contrario. El feminismo, según Bridel y Frank, prefiere como régimen legal el de la separación de bienes, ó sea el de mutua independencia entre los cónyuges, debiendo dejarse la más absoluta libertad en las capitulaciones matrimoniales. Se ha adoptado este sistema en Austria, Francia y siete Estados norteamericanos, Rusia, Servia, Italia, Canadá, Inglaterra, Australia, Turquía.

5. *Derecho de la mujer á los productos de su trabajo* (cuestión de los salarios de la mujer casada).—¿Tiene la mujer casada derecho á disponer de lo que gane? ¿Tiene la mujer casada derecho á ahorrar? Según resulta del contexto de algunas legislaciones, del régimen económico á que la familia se somete y del carácter de administrador que se atribuye al marido, la mujer casada no puede disponer de lo que gana con su trabajo intelectual ó material. El feminismo ha hecho gran hincapié en reformar la legislación en este punto. Su ideal es que, sea cual fuere el régimen económico de la familia, aunque la mujer contribuya al sostenimiento de las cargas domésticas, debe garantizarse á la mujer casada la libre disposición de los productos de su trabajo; y en ese sentido van muchas legislaciones, por ejemplo, las de Dinamarca, Italia, Alemania, Inglaterra, Noruega, Finlandia, Suecia, muchos de los Estados norteamericanos (Rhode-Island, New-Hampshire, Maim, Minnesota, Iowa, Carolina del Norte, Delaware, Nevada, Illinois, Massachusetts, Kansas, Virginia, Arkansas,

Colorado, Missouri, Nebraska, Wyoming, Connecticut, Oregon, Wiscousin, Mississipí, Indiana, Alabama, Pennsylvania, Ohío, Dakota), Canadá, Nueva Gales del Sur. La propuesta ley Schmall ó ley Goirand, en Francia, consagra el régimen que defiende el feminismo (1).

6. *Del testimonio de la mujer casada.*—La mujer casada no puede servir de testigo en ciertos actos, según la ley francesa y belga (2). El feminismo reclama con calor contra esa mutilación de la capacidad de la mujer, exigiendo que el testimonio de la mujer tenga en el derecho instrumental el mismo valor que el del hombre. Han modificado en este sentido la ley, Alemania, Italia, Hungría, Dinamarca, Suecia y Noruega, Rusia, Finlandia y todos los Estados norteamericanos. En la Cámara francesa se aprobó una proposición de ley de M. Laconte, reconociendo el derecho de la mujer casada para ser testigo en los actos de estado civil.

XII

CONDICIÓN SOCIAL DE LA MUJER.—LAS PROFESIONES

SOBRE LA CONDICIÓN SOCIAL DE LA MUJER.—Es este un aspecto muy universal de las reivindicaciones feministas. El principio que puede estimarse como tradicional, contrario al feminismo, implica la exclusión legal ó consuetudinaria de la mujer para el ejercicio de empleos, funciones ú ocupaciones de carácter social, especialmente de ciertas profesiones de índole reglamentada y pública. La mujer, se dice, tiene por misión la maternidad, y la maternidad determina, fisiológica y social-

(1) Trabajo citado de H. Pascaud.

(2) Bridel y Frank, ob. citada.

mente, una incapacidad en ella para dedicarse á las profesiones liberales, que exigen condiciones de inteligencia y de voluntad, y de fuerza física, que no reune el sexo, que por algo se llama *débil*. No voy á discutir ahora esta afirmación. Me limitaré á poner enfrente de ella la del feminismo, que en su fórmula más templada implica lo siguiente: los hechos presentan numerosas mujeres que, prácticamente, han desempeñado perfectamente todas las profesiones sociales. ¿Será esto una excepción? Todo lo más que puede concederse es que no se sabe; los razonamientos imparciales, y que tienen presentes las dificultades que la sociedad opone á la libre manifestación de las aptitudes humanas en la mujer, la tradición contraria á ella, etcétera, inclinan la balanza en el sentido de que la mujer es apta para todo, y aun cuando así no sea, aun cuando la mujer apta sea una excepción, *no hay derecho* á quitar á la mujer la eventual posibilidad de servir para algo profesional; *no hay derecho* á cerrarle *à priori* las profesiones, y á privarle de los medios de instrucción y de preparación adecuada, para que la mujer, como el hombre, y en la misma medida que el hombre, pueda realizar su destino económico, y por él su destino racional (1).

Y en este punto, es decir, en el de arrollar obstáculos en la esfera de los prejuicios contra la capacidad perfeccional de la mujer, y borrar limitaciones legales por las que se la excluye *à priori* del ejercicio de las profesiones sociales reglamentadas por el Estado, el movimiento feminista ha logrado muchísimo, como rápidamente vamos á ver. Prescindo de aquellas profesiones de índole absolutamente extralegal: la literatura, las Bellas Artes, el teatro, etc., etc., y me fijaré sólo en aque-

(1) V. Arvede Barine, loc. cit. Lourbet. *Le femme devant le sciencie contemporaine*, (1896); Juana Chauvin, *Étude historique sur les professions accesibles aux femmes* (1892); Irma de Troll-Borostyani, *Les droits de la femme* (1896); J. Alesson, *Les femmes militaires* (1887); E. M. Mesnard, *Les femmes medecins* (1889); Frank, *Le femme avocat* (1888).

llas para cuyo ejercicio se requiere la aquiescencia de las decisiones favorables de los poderes públicos, en esta forma:

1. *La mujer y la enseñanza.*—Tiene la cuestión dos aspectos: primero, el de la difusión de la enseñanza oficial hasta hacerla perfectamente accesible á las mujeres, y muy especialmente la admisión de las mujeres en los estudios superiores; y segundo, la admisión de la mujer al ejercicio del magisterio oficial.

Respecto del primer punto, insistiré poco. Como dice el señor Torres Campos (D. Rafael): «Hoy ya se va reconociendo que ambos sexos necesitan una cultura general análoga, y en las llamadas escuelas superiores, colegios y liceos femeninos, se da enseñanza equivalente á la secundaria, cuando no la misma» (1). «En el espacio de doce años han creado los franceses 120 colegios ó liceos para mujeres, frecuensados en 1893 por 11.645 alumnas.» En los Estados Unidos existen 157 colegios de enseñanza superior destinados á las mujeres, con 2.235 profesoras y 25.024 alumnas (2). La cuestión en que el feminismo ha tenido que insistir más, es en la de la admisión de la mujer en los estudios superiores. Pero mucho ha logrado: Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza, Italia, Suecia, Noruega, Dinamarca, España y los Estados Unidos, han abierto sus establecimientos de enseñanza superior á las mujeres, aunque no siempre se concede á sus estudios valor académico profesional. En Escocia, las Universidades de Edimburgo y Aberdeen admiten en la Facultad de Artes á las mujeres en las mismas clases que á los hombres. La de St. Andrew las admite en las de Teología, Medicina y Artes. La de Glasgow ha adoptado el sistema de la separación de los sexos en la enseñanza. En los Estados Unidos sabido es que la educación universita-

(1) *Las profesiones de la mujer*, en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza*, págs. 33, 65 y 85.

(2) Torres Campos (M.), *El Movimiento en favor de los derechos de la mujer*, 1 vol.

ria de las mujeres tiene una gran importancia. En la gran Universidad de Harvard, las mujeres estudian en colegios anexos á ella. Sin embargo, la coeducación es el sistema más generalizado. En la Universidad de Baltimore (John Hopkins) se ha fundado una escuela superior de Medicina para hombres y mujeres. En la de Yale se practica la coeducación universitaria: en uno de los pasados cursos, la quinta parte de los discípulos eran mujeres.

Donde mayor resistencia se ha hecho á la admisión de la mujer en los estudios superiores, ya se dijo que es en Alemania. La admisión de una mujer en la Universidad debe de ser objeto de disposición especial. A pesar de esto, la invasión feminista no se contiene, y poco á poco logra su propósito. El Rector y el Senado de la Universidad de Breslau han decidido conceder el derecho de seguir los cursos universitarios, á título de estudiantes de paso (Hospitantinnen), á las mujeres provistas del certificado correspondiente de las escuelas superiores de jóvenes. La Universidad de Guetinga admite desde hace varios semestres á las mujeres en sus aulas: durante el semestre de invierno del pasado año ha habido 34 alumnas. En la Universidad de Heidelberg se ha recibido de doctor en ciencias matemáticas y naturales una mujer. En Friburgo se ha concedido permiso para estudiar en la facultad de Filosofía á otra, etc., etc.

En cuanto á la admisión de la mujer en el magisterio público, puede decirse que es bastante universal en el primario. Pero no sólo esto: en muchas partes las mujeres son profesoras de Universidad; lo son en los Estados Unidos: 13 había hace poco en la Escuela de Medicina de Nueva-York, y 15 en la de Filadelfia. Hay también profesoras en Inglaterra, Suecia é Italia. Y más aún, en muchos países las mujeres intervienen en la dirección é inspección de la enseñanza: en España hay una superiora en Madrid; en Francia, inspecciones elementales; en los Estados Unidos pueden ser Comisarios escolares.

1. *La mujer y la Medicina.*—La Medicina (con la Farmacia) es una de las profesiones en que la mujer ha tenido más éxito y más pronto: es tan evidente el beneficioso resultado para la sociedad toda la acción de la mujer médica, que no debe eso sorprendernos. Es la Medicina, dice la Sra. Vilhelmi, la profesión que mejor se aviene con la condición actual de la mujer (1). La causa de las médicas y de las farmacéuticas, dice D. Rafael Torres Campos, puede darse por ganada. En los Estados Unidos había poco ha 4.432 médicas, teniendo la dirección de hospitales en Boston, Filadelfia y Chicago. Sólo en París había no ha mucho 20 médicas de reputación (2). Londres contaba, en 1894, 45 médicas y los condados 144. La mujer médica fué admitida en 1867 en Rusia, en 1868 en Francia, en 1870 en Suecia, en 1875 en Dinamarca, en 1876 en Italia y Bélgica, en 1879 en Finlandia, en Noruega en 1874, en 1886 en Islandia. En el Japón permítese desde 1893 el ejercicio de la Medicina á las mujeres, con títulos extranjeros (3). El Gobierno austriaco tiene en la Bosnia, con el carácter de funcionario del Estado, una médica, Mad. Krajewska.

3. *La mujer y las profesiones del Derecho.*—Los prejuicios contra la mujer abogado y aun juez, son muy fuertes. Sin embargo, también en esto el feminismo ha logrado no escasos triunfos. La mujer ejerce la abogacía en Chile, en veintitantos Estados de la Unión Americana; además, en ciertas condiciones puede ejercer ante el Tribunal Supremo federal. Han sido admitidas mujeres á defender á sus maridos en Suecia. En Rumania ejercía la abogacía una mujer. Lo que no se ha logrado, que yo sepa, es que la mujer sea admitida en la jerarquía judicial.

4. *La mujer y los empleos del Estado.*—Relaciónase este punto, en cierto aspecto, con la condición política de la mujer;

(1) Ob. cit., p. 30.
(2) J. Chauvin, ob. cit.
(3) Frank, obras citadas.

pero aquí queremos considerar el acceso á las funciones del Estado de ésta, no tanto en el respecto de la intervención de las mujeres en el gobierno, cuanto en el del influjo económico y social, de la desaparición de los obstáculos que se oponen á la libre aplicación de la actividad femenina. En esta materia el feminismo ha logrado mucho (1). Desde 1870 los jefes de los departamentos ministeriales de los Estados Unidos han sido autorizados para nombrar empleados á las mujeres, bajo las mismas condiciones y con las mismas ventajas que á los hombres. Con referencia á datos estadísticos de 1891, Frank afirma que había en la Administración federal 14.692 mujeres empleadas. El principio de la admisión de la mujer en los empleos públicos no se aplica con igual amplitud en los demás pueblos; la regla más aceptada parece ser la de no admitir á la mujer en funciones que impliquen autoridad, y sí en algunas en que se conceptúa al empleado mero agente subordinado. La mayoría de los Estados admiten las mujeres para el desempeño de los servicios de Correos y Telégrafos. En Inglaterra había en 1892 24.926 mujeres empleadas en Correos y Telégrafos; en Suiza había en Correos, en el mismo año, 869 mujeres. Las mujeres son muy generalmente admitidas para desempeñar cargos al servicio de los ferrocarriles (en Suiza, Suecia y Hungría, por ejemplo). En Dinamarca puede la mujer ser taquígrafo del Parlamento. En Austria, corren á cargo de mujeres los trabajos de estadística general. En Nueva Zelanda, la Administración reserva á las mujeres los empleos subalternos de los departamentos ministeriales. En la América latina, utilizan á las mujeres para ciertos servicios administrativos Chile, Colombia, Brasil.

(1) L. Frank: *La femme dans les emplois publics.* (1893).

XIII

CONDICIÓN POLÍTICA DE LA MUJER.—EL SUFRAGIO FEMENINO

La condición política de la mujer entraña una complejísima serie de cuestiones, muchas de las cuales implican un aspecto social y económico, que nos ha inducido á indicarlas en el apartado anterior. Realmente, toda modificación en la condición social de la mujer tiene un alcance político; y además, la apertura de las carreras de funcionario y empleado público para la mujer, su admisión en las profesiones reglamentadas, son medidas políticas de verdadera importancia. Pero, en la distinción de las reformas que el feminismo más prudente reclama, lo relativo á la condición política comprende muy especialmente la del reconocimiento legal de la capacidad en la mujer para intervenir, como *representante* del cuerpo social, bien sea en la función electoral, bien en las funciones derivativas de administración y de gobierno. La negación más tradicional del criterio feminista es la llamada *ley sálica*, ó ley de exclusión de las mujeres para el desempeño de la función real, ley que afortunadamente no se ha aplicado en todos los Estados, por lo que los hechos, con el ejemplo de reinas ilustres, se han encargado de afirmar la capacidad política de la mujer. Otra negación tradicional—con sus laudables excepciones—del principio feminista, es la exclusión de la mujer para el desempeño de los cargos públicos, y, por último, la que entraña la limitación con que el sufragio se ha establecido en la mayoría de los Estados modernos, limitación por la cual el voto es, por lo general, atributo del varón, y no de la mujer.

Ahora bien, el feminismo más radical quiere, naturalmen-

te, que todas esas negaciones desaparezcan. Su principio es el de que todas las funciones públicas deben ser accesibles á todos, sin otra condición que la del mérito personal, la moralidad y la capacidad necesaria. Otra corriente del feminismo se inclina á admitir ciertas excepciones en cuanto al voto, por ejemplo, nacidas, más que de incapacidad en la mujer, del concepto que se tiene del sufragio.

Lo que el feminismo ha logrado en cuanto á la admisión de la mujer para el desempeño de los cargos públicos, ya lo hemos indicado: el feminismo ha recabado, como veremos en muchas partes, la participación para la mujer en la *dirección representativa* de las funciones sociales, de la enseñanza y de la beneficencia. Vamos á indicar ahora rápidamente, para terminar, lo que ha conseguido con respecto á las funciones políticas por excelencia, á saber, á las funciones del sufragio.

En este punto, la contraposición de las opiniones, de un lado las reclamaciones absolutas del feminismo más *antiguo* y de otra la oposición, que *cede*, de sus contrarios, obliga á establecer varias distinciones. Es preciso tratar primero del reconocimiento del llamado *sufragio administrativo*—elecciones de corporaciones locales á la mujer—luego del *voto político*—elecciones legislativas—y por fin, de la *elegibilidad* de la mujer para los cargos de las corporaciones locales y asambleas legislativas (1).

El sufragio administrativo, que tiene no pocos precedentes en la historia de los mismos pueblos europeos, puede conceptuarse como una conquista muy adelantada en la opinión general, y como una conquista hecha en no pocos Estados. En Inglaterra las mujeres célibes ó viudas tienen voto en la vida municipal y provincial, por las leyes de 1869 y 1888. Cerca de 70.000 mujeres tienen voto sólo en Inglaterra. Desde 1882 to-

(1) V. trabajos citados de Frank, Alix, Villey, Miss Fawcet y Ostrogorski. V. H. Pascaud *Les droits electorales des femmes dans le monde civilise.* (1894).

man parte en las elecciones municipales de Escocia. Sólo en Edimburgo había 7.599 electoras. En 1889, el Parlamento reconoció el sufragio de la mujer para la elección de los consejos del Condado de Escocia. De las colonias inglesas tenemos el Canadá, en el cual votan las mujeres en las siete provincias; votan también en las siete colonias australianas, y desde el Acta general municipal, votan en la colonia del Cabo. Gozan del sufragio comunal las mujeres en las quince provincias de Austria, siempre que reunan las condiciones legales prescritas para los hombres. También tienen cierta participación electoral en la designación de las Dietas provinciales. En cuatro provincias gozan las mujeres del voto para la elección del Consejo de Círculo. La Ley XXII, de 1886, concede en Hungría el derecho de sufragio á la mujer en las elecciones comunales, y lo ejercen por delegado. La mujer posee en Suecia amplios derechos políticos en asuntos administrativos. Por costumbre inmemorial participa en la elección de las administraciones de la commune; puede participar en la elección de los consejeros municipales. En Finlandia votan las mujeres en virtud de las leyes de 1865, 1873 y 1883. En Islandia, dice Frank, la igualdad de los sexos en la política es completa desde 1882. En Rusia, la mujer tiene derecho á votar por mandatario. Entre los eslavos del Sur, las mujeres están autorizadas para votar y deliberar en todas las cuestiones importantes de la comunidad. También votan en Rusia, por mandatario, en las elecciones de distrito. En tres estados de Alemania, Prusia, Sajonia y Brunswick, las mujeres poseen en cierta medida el sufragio administrativo. En los Estados Unidos americanos gozan las mujeres del voto municipal en Kansas y en el Wyoming.

El sufragio *político* de la mujer no ha hecho tan grandes progresos. El contraste extraño notado por Frank, de que ni la reina de Inglaterra, ni las regentes de Holanda y de España

(1) Racioppi: *Le Costituzione dell' Utah.* (1896).

puedan votar, á pesar de su capacidad para ser jefes de Estado, no hace efecto aún en las gentes. Sin embargo, la negación del sufragio político femenino no es universal: las mujeres, según los datos recopilados por Frank, votan en la República del Ecuador (1861), en el Estado del Wyoming (1869), en la Isla de Man (1881), en Nueva Zelanda (1893), en el Estado del Colorado (1893) y en Austria (1873). Además gozan las mujeres del voto político en el Estado de Utah (1895) (1). Y por fin, según la ley Kingston, de Diciembre de 1894, también se ha concedido el voto político á la mujer en Australia.

Por otra parte, la propaganda es incesante, repitiéndose doquier las tentativas para lograr de los Parlamentos el reconocimiento del sufragio político femenino. La última vez que la Cámara de los Comunes rechazó el *bill* favorable á éste, fué por muy escasa mayoría. Miss Fawcet declara que no puede ponerse en duda la proximidad de la vietoria feminista, pues el país habrá de convencerse, según las palabras de lord Salisbury, que «las mujeres no tienen la voz que de derecho les corresponde en la elección de representantes (1). En varios Estados norteamericanos (Nebraska, Dakota Sur, Washington, Oregon, Michigan y otros) se han formulado y aceptado por las Asambleas legislativas enmiendas constitucionales proponiendo el voto de la mujer, las que fueron rechazadas en votación popular. En la Cámara francesa se ha debatido ya alguna vez el asunto. El Gobierno del Canadá sostuvo en la Cámara el voto político de la mujer. En Bélgica, M. Woeste se ha ma-

(1) Ob. cit., pág. 315. La apreciación de Miss. Fawcet es tan exacta, que el país se encuentra ya casi decidido á convencerse de lo que decía Lord Salisbury. En efecto, escrito y compuesto en la imprenta este artículo, la Cámara de los Comunes, en sesión de 4 de Febrero último, aprobó por 228 votos contra 157, la segunda lectura del proyecto de ley de Mister Begg, según el cual se reconoce á toda mujer en posesión de un inmueble, el derecho electoral. Sir Carlos Dilke se propone presentar un *bill* quitando toda limitación al voto femenino. El voto femenino cuenta con el apoyo del partido conservador inglés, á lo que parece.

nifestado favorable al mismo (1). Las Cámaras noruegas han tratado también de la cuestión..... Puede, pues, considerarse el problema del voto político de las mujeres como problema llamado á resolverse, á la corta ó á la larga, en el sentido del feminismo.

En lo que el feminismo ha logrado muy poco es en cuanto al reconocimiento de la condición de *elegibles* como representantes del Estado y en las Asambleas políticas, ó bien como miembros de las Corporaciones locales, á las mujeres. Algo ha conseguido, á pesar de todo. Por de pronto en algunos países se ha reconocido á la mujer el derecho á formar parte de los Cuerpos administrativos de la enseñanza pública, por ejemplo, como ya he indicado, en Inglaterra, en algunas provincias de Canadá, en Australia, en muchos Estados norteamericanos, en Suecia, Noruega, Finlandia é Islandia. En Francia mismo se admiten las mujeres en los consejos de Instrucción pública. El principio de la *elegibilidad* de la mujer también se ha consagrado expresamente, con relación á los organismos administrativos que tienen á su cargo la Beneficencia en muchos países (Inglaterra, Escocia, Nueva Escocia, varias colonias australianas, algunos Estados norteamericanos, Suecia, Finlandia, y, en cierto sentido, en Italia). Donde el principio de la elegibilidad de la mujer se ha afirmado menos es en las corporaciones políticas: sin embargo, en Inglaterra son elegibles las mujeres para los consejos parroquiales *(Parish concils)*; en el Cabo, en Nueva Zelanda y en el Estado de Kansas, las mujeres pueden ser elegidas miembros de los consejos comunales. En Kansas son muchas las mujeres que desempeñan las funciones de alcaldes. En el Wyoming pueden ser elegidas para el Parlamento.

(1) Frank: *Essai sur le condition politique de la femme*, pág. 387.

XIV

CONCLUSIÓN

Y henos ya al fin de nuestra tarea. Los límites á que este trabajo ha tenido que ceñirse, me han impedido hacer consideración alguna crítica acerca del alcance de los múltiples hechos anotados. Pensaba reservarlas todas para el final; pero el estudio se ha alargado más de lo que yo me proponía, y es preciso hacer punto. Después de todo, la tesis de la gran expansión del feminismo creo quede perfectamente demostrada con sólo la indicación de sus grandes progresos en la opinión y en las leyes, y esto basta para mi objeto.

ADOLFO POSADA.

Oviedo 1.º de Febrero de 1897.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

KHOR Y KALINYCH. — SIERVOS RUSOS EN LOS CAMPOS

Todo viajero que haya acertado á pasar del distrito de Bolkovski al de Jizdrinsk no habrá podido menos de advertir la notable diferencia que existe entre las gentes del gobierno de Orel y las del gobierno de Kaluga. El aldeano de Orel es pequeño, enfermizo, tristoño; os mira de reojo, habita en chozas de álamo de mala muerte, vive atado á la gleba, no tiene ningún comercio ni industria; come no se sabe qué y gasta calzado de corteza. El aldeano de Kaluga paga una renta á su señor para ser dueño de sus acciones; habita en cabañas de pino; es alto, de mirada firme, de fisonomía placentera, de cutis terso y blanco; trafica en aceite y en sebo de carros, y usa botas los domingos y días festivos. Una aldea de la parte oriental del gobierno de Orel está situada por lo común en medio de campos cultivados, cerca de un barranco sembrado de charcos cenagosos. Podéis recorrer las mayores distancias sin encontrar un árbol, fuera de algunos tristes citisos que crecen en el abandono y de dos ó tres raquíticos abedules. Las chozuelas están pegadas unas á otras, sosteniéndose recíprocamente,

y todas ellas cubiertas de paja enmohecida. Al contrario: la aldea Kaluguesa se halla situada generalmente en el linde de un bosque ó soto; las cabañas preséntanse espaciadas, se alzan erguidas, y tienen techos de tablas; las puertas cierran herméticamente; la empalizada no se cae de vieja, no se deshace á trechos en ruinas carcomidas, dejando libre entrada á los puercos. Para el cazador, el distrito bueno es el de Kaluga; en cuanto al de Orel, de aquí á cinco años habrán desaparecido sus últimos bosques, sus últimas extensiones de matorrales, y de pantanos apenas queda ya ni memoria; mientras que en el distrito de Kaluga no es raro encontrar claros de bosques que miden centenares de kilómetros, y pantanos que cuentan decenas de superficie; allí se ve todavía el noble gallo silvestre, el pánfilo del zorzal y la ágil perdiz, que con su vuelo brusco y sacudido alegra y sorprende á cada paso á perros y cazadores.

Recorriendo, en calidad de cazador, una parte interesante del distrito de Jizdrinsk, topé en el campo un hidalguillo campesino de Kaluga, con el cual trabé conversación. No tardé umcho en averiguar que se llamaba Polutykine, y que era apasionado por la caza, de donde yo inferí al momento que debía ser un sujeto excelente. He de confesar, con todo, que no dejaba de adolecer de ciertos flacos; por ejemplo, tenía la manía de pedir la mano de todas las señoritas ricas de la provincia, siendo de advertir que, después de hallar cerrado el corazón de la hija y el hogar del padre, contaba muy sereno su fracaso á amigos y conocidos, y seguía enviando á los padres de las chicas cestas de albérchigos verdes, y otras frutas no muy jugosas de su huerta. Añadamos que le gustaba más de lo debido repetir las cuatro ó cinco anécdotas de que se componía todo su repertorio de chistes, sin que él tuviese el arte de sacarles la punta; se extasiaba alabando las obras de no sé qué autor completamente desconocido; tartamudeaba; llamaba á su perro *Astrónomo*, á pesar de que yo no he visto nunca que el animal se ocupase de las estrellas; decía *no estante*, en vez

de *no obstante*, y había introducido en su casa, de la manera más lastimosa, una cocina francesa, cuyo secreto, al decir del cocinero, que me lo reveló, consistía en modificar radicalmente el sabor característico de cada alimento. Así, la carne sabía á pescado, el pescado sabía á setas, los macarrones trascendían á pólvora, y jamás caía en las salsas de ese artista una zanahoria ó un nabo, sino bajo la forma de un rombo ó de un trapecio. Aparte de estos ligeros *lapsus*, el Sr. Polutykine era una persona muy tratable y sujeto de confianza.

El día mismo de nuestra primera entrevista, me invitó á pasar la noche en su casa, sin cumplimientos.

—De aquí á mi domicilio—añadió—hay unas cinco verstas, y nos fatigaría demasiado andar á pie todo ese camino; así que pasaremos á casa de Khor.

—¿Quién es ese Khor?

Pues uno de mis aldeanos. Vive aquí cerquita.

Fuimos, pues, á casa de Khor, que vivía en pleno bosque, en una gran planicie seca y cultivada, donde se alzaba una buena casa rústica de abeto, con sus correspondientes anejos, patios, cobertizos, cuadras, pozos, etc. La habitación tenía por delante una escalera cubierta, cuya techumbre descansaba sobre cuatro delgados pilares. Nos recibió á la entrada un chicarrón de veinte años.

—¡Ah! ¿Eres tú, Fedia?—dijo el amo.—¿Está en casa Khor?

—No; Khor ha ido con la carreta á la ciudad—respondió el mocetón, sonriendo y enseñándonos una hilera de dientes como el ampo de la nieve.—¿Quiere usted que enganche la *telejka*? (1)

—Sí, pero por el pronto danos kvass. (2)

---

(1) No es posible transcribir esta voz con los solos recursos del alfabeto castellano. La *j* debe sonar como en francés ó como la *g* catalana en *Sitges*. La palabra en cuestión designa un carro descubierto.—(*Nota del T.*)

(2) Un refresco muy común en Rusia.—(*N. del T.*)

Las paredes del cuarto eran pura y simplemente los palos redondos de que estaba hecha la vivienda, sólo que aplanados á hachazos y blanqueados; pero no ostentaban esas toscas estampas de Suzdal (1), pegadas con miga, asaz abundantes en las cabañas, y que son otros tantos nidos de polvo, de alados insectos y de insectos que no son alados. En cambio, en el sitio de preferencia veíase una imagen, con marco de plata maciza, ante la cual ardía una lámpara consagrada; debajo había una mesa de tilo recién raspada y fregada, y delante de la mesa un amplio banco. Ni en los intersticios de los palos, ni alrededor del marco de las ventanas, ni por parte alguna, se veía correr la ágil cucaracha ni el alegre grillo.

El mancebo reapareció, armado de un jarrazo lleno de kvass fresco y espumoso, y de un zoquete descomunal de pan de trigo, á que vino á juntarse inmediatamente una ensalada de pepinos nadando en un gamella de madera. Colocado todo ello en orden sobre la mesa, el mozo fué á recostarse en el quicio de la puerta, con una cara de pascuas en que rebosaba el buen humor. Apenas tomamos nuestro tente-en-pie, oímos rodar la telejka, dando tumbos por el patio. Al instante salimos. En el pescante vimos, muy plantado, un chicuelo de catorce ó quince años, que se esforzaba en contener los ímpetus de un caballo pío. Rodeaban el carro seis gigantes jóvenes, muy parecidos todos á Fedia.

—Son los hijos de Khor—dijo mi compañero.

—Sí—añadió Fedia, que nos había seguido á la escalera;—pero no estamos todos aquí. Potapp anda en el bosque, y Sidor ha ido á llevar á padre. A ver, tú, Vacia, cómo guías, que va el barine (2). Lo que has de hacer, sobre todo, es ir con tiento en los altos y bajos, y refrenar entonces la bestia, no

---

(1) Centro donde se fabrican en gran escala estampas populares sobre asuntos militares y religiosas.—(*N. del T.*)

(2) El amo.—(*N. del T.*)

sea que nos la estropees ó que hagas salir danzando al señor que sería lo peor de todo.

Los otros Khorez parecieron divertirse mucho con las bromas de Fedia. En cuanto nos colocamos, gritó con tono solemne el Sr. Polutykine:

—¡Eh! ¡Que pongan aquí á Astrónomo!

Fedia se entretuvo en levantar por los aires al perro, un si es no es sorprendido y no muy regocijado, y lo depositó á nuestros pies, debajo del pescante, que se reducía á una tabla estrecha. Vacia aflojó la brida.

Llevábamos andando un cuarto de hora, cuando me dijo Polutykine, señalándome una caseta muy baja:

—Esa es mi Administración. ¿Quiere usted pasar?

—Con mucho gusto.

—El local está desalquilado; pero va usted á ver qué agua tengo.

La casa se componía de dos cuartos vacíos. Acudió un conserje, viejo y tuerto.

—Buenos días, Miniaich—dijo el amo;—tráenos agua.

El viejo salió, y volvió á poco con una botella de agua muy pura y muy fresca, y dos vasos; era agua de manantial. Bebimos cada uno nuestro vaso, y durante la operación el viejo nos saludaba como si, agradecido á tan preciosos huéspedes por haber pensado en su néctar, hiciese votos por nuestra salud y prosperidad.

—Ajá. Ahora ya podemos volver á ponernos en camino—dijo mi compañero.—Aquí he vendido, y bien, al comerciante Alleluief cuatro fanegas de bosque.

Media hora después entrábamos en el recinto de la mansión señorial.

—Dígame usted—pregunté á Polutykine, cenando,—¿cómo es que Khor ha sabido arreglarse un retiro donde vive separado de los demás aldeanos de usted?

—Es que ese es un mozo muy listo. Hace veinticinco años ardió su cabaña; vino á buscar á mi difunto padre, y le pidió

que le permitiese construir en una clara del bosque, cerca de un pantano, una casa para él y para la familia que Dios se sirviese concederle.—¿Y por qué irse á vivir en un marjal?, dijo mi padre.—Pues mire usted, poca cosa; usted no volverá á exigirme ninguna servidumbre; fije usted mismo el censo equitativamente.—Cincuenta rublos al año.—Está bien; gracias.—Pero no hay que esperar contemplaciones por mi parte, en cuanto al pago de esa cantidad.—Será usted pagado á cada vencimiento. Y fué á crearse el retiro que ha visto usted; desde entonces, los demás aldeanos le pusieron por mote Khor (la comadreja), y con Khor se ha quedado.

—¿Y le ha ido bien?

—Perfectamente. Hoy me paga como un potentado cien buenos tselkoves (1), y ya le he advertido que he de exigirle más, á no ser que quiera redimir el censo, que es lo que yo le propongo con insistencia, pero el muy imbécil jura por todos los santos de la corte celestial, que no tiene dinero para empezar. ¡A otro perro con ese hueso!

Al dia siguiente salimos temprano de caza, después de tomar el té. Polutykine volvió á seguir el camino de la caseta que llamaba su Administración, y gritó al acercarse.

—¡Kalinych!

—¡En seguida, señor!—respondió una voz.—Estoy atándome los laptis (2).

Pusimos al paso el carricoche, y conforme salíamos de la aldea próxima, nos alcanzó un hombre de cuarenta años, alto, flaco, de cabeza pequeña é inclinada, no hacia adelante, sino hacia atrás. Al primer golpe de vista me agradó la hombría de bien que brillaba en su rostro atezado y sembrado de verrugas. Era Kalinych. Luego supe que ese hombre acompañaba á su amo á caza todos los días, llevándole la cacerina y á veces la escopeta; era muy ducho en materia de aves; él era el

(1) El tselkove equivale á unas cuatro pesetas.—*(N. del T.)*

(2) El calzado de tejido de corteza.—(*N. del T.*)

que corría á buscar agua fresca, á coger bayas al soto y el que guiaba la *droska* (1); sin él no hubiera habido caza posible para un sibarita como Polutykine. Aparte de que Kalinych tenía músculos de acero, era hombre de un carácter dulce y alegre, que cantaba sin cesar dirigiendo rápidas miradas á veinte lados á la vez; hablaba un poco gangoso, guiñaba, sonriendo, los ojos, que eran azules claros, y frecuentemente se llevaba la mano á la barba, cortada en punta á la usanza judía. Marchaba á paso tendido sin la menor apariencia de esfuerzo, apoyándose muy ligeramente en un palo largo y delgado.

Durante el día cruzamos él y yo algunas palabras; sin el menor servilismo me hacía multitud de favores menudos; y en lo tocante á su amo, el hombre demostraba toda la solicitud de una antigua nodriza. Como se nos hiciese insoportable el calor del día, nos llevó á su casucha, metida en la entraña del bosque. Nos introdujo en una pieza cuadrada, donde tenía colgados, puestos á secar, manojos de hierbas aromáticas; nos hizo dos camas de heno fresco; se echó encima de la cabeza una especie de saco de malla; cogió un cuchillo, una jarra y un listón adelgazado, y se fué á su colmena para conquistarnos un panal. Bebimos una hermosa miel fluida y ambarina, como hubiésemos podido beber agua de manantial, y nos dormimos arrullados por el zumbido de las abejas y por el murmullo de las hojas de los árboles. Me despertó una rafaguilla de viento..... Abrí los ojos, y ví á Kalinych sentado en el umbral de la puerta entreabierta, fabricando con el cuchillo cucharas de palo para grandes solemnidades como la de aquel día. Durante un cuarto de hora largo contemplé con fruición aquel semblante bondadoso de hombre sencillo y primitivo, aquella frente serena como una plácida puesta de otoño. Habiendo despertado á su vez Polutykine, nos pusimos en mar-

(1) Vehículo reducido á un caballete sobre el cual hay que ir á horcajadas.—(*N. del T.*)

cha. Yo fuí el que salí mejor librado en la choza, gracias á un goce de un género especial que sé procurarme: para mí es una delicia, después de una larga caminata y un sueño de cazador, permanecer inmóvil, con los ojos abiertos, sobre una buena cama de heno; el cuerpo está suavemente sumergido en el reposo; la cara, encendida como una amapola, destella vida; los ojos se sienten cargados de una blanda y voluptuosa pereza. Volvimos á recorrer los campos y las espesuras, y, al regresar por la noche, cenamos como no suele cenar nadie ni en el campo mismo. Durante la cena hablé nuevamente de Khor, y, sobre todo, de Kalinych.

—Kalinych es una excelente persona, un buen aldeano, muy servicial. Lástima que no pueda casarse ni arreglarse una cabaña. Siempre lo llevo cosido á mí; me acompaña á caza todos los días; ¿cuándo va á encontrar un minuto para crearse una casita, verdad?

—Sí; no es fácil.

Fuimos á acostarnos.

Al otro día el Sr. Polutykine tuvo que ir á la ciudad con el dueño de una hacienda vecina, llamado Pichukof. Este vecino, cultivando sus tierras, había ganado algún terreno, lo cual dió margen á un litigio entre ambos. Ignoro si marcharon buenos amigos. En cuanto á mí, cacé solo aquel día, y por la tarde tomé maquinalmente el camino del cercado de Khor. A la puerta de la cabaña ví un viejo canoso y medio calvo, de estatura baja, pero de recios hombros y buena constitución: era el mismo Khor en persona. Observé atentamente al buen hombre, cuyo aspecto recuerda la mayoría de los bustos de Sócrates; frente muy alta y preñada, ojuelos penetrantes, nariz chata. Me hizo pasar adentro. Fedia me sirvió leche y pan moreno. Khor se sentó en el banco, que daba casi la vuelta á la habitación, y pasándose la mano suavemente por la barba ondulosa, se puso á hablar conmigo. Me pareció tener muy alta idea de su valor como hombre de seso; hablaba y accionaba lentamente, y de vez en cuando un movimiento del labio

superior, repetido por el largo bigote, denunciaba una leve sonrisa.

Hablamos de la siembra, de la recolección, del género de vida del aldeano..... Parecía ser de mi misma opinión en todo. No tardé en aburrirme; comprendí que no ganaba nada mi dignidad con aquella charla sin objeto. Khor era discreto y reservado; no creía prudente ó conveniente mostrarse de otro modo. He aquí una *spécimen* de nuestra conversación:

—Dí, Khor, ¿por qué seguir siendo siervo en vez de emanciparte?

—¿Y para qué me había de emancipar? Ahora conozco á nuestro amo, y sé la renta que tengo que pagarle; es un buen señor.

—Pero siempre vale más vivir libre;—dije á media voz.

Me miró algo de reojo, y murmuró:

—¡Ah! Sí.

—Pues entonces, ¿por qué no emanciparse?

Khor bajó la cabeza, y dijo volviendo á levantarla:

—Para emanciparse, hace falta dinero, señor, y yo no lo tengo.

—¡Vamos, amiguito, ya será otra cosa!...

—¡Vea usted! ¡Khor convertido en hombre libre!—añadió á media voz, como hablándose á sí mismo.—Cualquiera que se afeita la barba (1) puede darse tono con Khor.

—Te afeitas tú, y punto concluído.

—¿Qué es la barba? Pues hierba que se siega.

—Bueno ¿y qué?

—Khor irá á parar derechito entre los comerciantes; los comerciantes necesitan vivir y se han dejado la barba.

—¡No me parece que seas tú novicio en el comercio!

—Sí, un poco de aceite, una pizca de sebo de carros... ¿No manda usted que enganchen?

---

(1) Es decir, todo ruso que no pertenezca á las clases inferiores. — (*N. del T.*)

Al oir esta pregunta oficiosa, hecha con la mayor naturalidad, pensé: «He aquí un mozo que no carece de entendimi nto y de perspicacia.»

—No—le dije,—no necesito coche; mañana pienso cazar por los alrededores de tu cerca, y, entretanto, si me lo permites, dormiré en tu granero sobre el heno.

—¡Mucha honra para nosotros! Pero ¿no estarás incómodo en el heno? Voy á hacer que las mujeres te pongan una sábana y una almohada. ¡Eh, chicas!—gritó levantándose de su sitio.—¡Vengan acá las chicas! Y tú, Fedia, anda con ellas, porque las mujeres son tan topos!...

Un cuarto de hora después Fedia, provisto de una linterna, me acompañó al cobertizo del heno. Me tendí con delicia; mi perro se hizo una rosca á los pies; Fedia me dió las buenas noches y tiró de la puerta del cobertizo, que cerraba á maravilla. Estuve mucho tiempo sin dormirme. La vaca se acercó á la puerta y soltó dos tremendos mugidos; el perro se levantó para decirle lo que venía al caso, y ella tomó el partido de marcharse; la sucedió un puerco que se puso á hurgar con el hocico no sé qué; un caballo que había cerca empezó á mascullar heno estrepitosamente, y luego á dar bufidos y resoplidos. En fin, acabé por dormirme.

Fedia me despertó al amanecer. Me agradaba mucho ese muchacho, y, hasta donde pude notar, era el favorito del viejo Khor: siempre andaban de broma. El viejo vino á buscarme. No sabré decir si era porque había pasado la noche bajo su techo ó por otra causa, pero Khor estuvo mucho más amable conmigo que la víspera.

—Ya te han preparado el samovar (1)—me dijo cordialmente.—Ven á tomar el té.

Nos pusimos á la mesa juntos. Una mujer robusta, una de las nueras de Khor, trajo un jarro de leche. Todos los hijos entraron sucesivamente en el cuarto.

---

(1) La máquina para hacer el té.—*(N. del T.)*

—¡Soberbios mozos te has echado!—dije al viejo.

—Así es la verdad—respondió, royendo un terroncito de azúcar.—Me parece que nuestros chicos no tienen que quejarse de mí ni de su madre.

—¿Y viven todos contigo?

—Todos. Es su gusto, y ni unos ni otros tenemos que quejarnos.

—¿Están casados todos?

—Aquí tienes un tunante, que no se decide—contestó, señalando á Fedia, que estaba recostado en la puerta, según su costumbre.—Y Vaska, ese es joven todavía; no tiene por qué darse prisa.

—¿Y á qué me había de casar?—contestó Fedia.—Bien estoy como estoy. Yo no sé siquiera para qué se toma mujer..... ¿para aullar á dúo? ¡Quita, quita!

—Ta, ta, ta. Ya estás tú buena pieza. A nosotros no nos engañas: te he visto yo sortijas de plata en los dedos. Bien te gusta olfatear, como si fueran ramos de flores, á las mozas del amo: «¡Ay qué pícaro! ¡Vaya! ¿Si querrá estarse quieto?»—añadió el viejo, imitando la voz de las criadas del señor de Polutykine.—«Estamos bien con el señor mosquita muerta.»

—¿Qué tiene de bueno una mujer?

—Una mujer—dijo gravemente Khor—es el servidor más unido al hombre; son dos brazos trabajadores, que, juntos con los suyos, suman cuatro; es un criado.

—¿Y qué falta me hace á mí un criado?

—Es que á tí te gusta menear la lumbre con las manos del prójimo. Estamos al cabo de lo que sois vosotros, los hombres sin mujer.

—Bueno, pues, si es así, cásame. ¡Hola! ¿No dices nada á esto?

—Basta de bromas, tunante; ya ves que estamos cansando al barine. Yo te casaré; no tengas cuidado. Y tú, señor, dispensa; es un niñote, un bobalicón, que no tiene más que vello todavía, pero ni un pelo de barba. ¡Vele á él con razones!

Fedia movió la cabeza.

—¿Está Khor?—preguntó desde fuera una voz conocida.

Y entró en el cuarto Kalinych con un manojo de fresas, cogidas por él mismo, para su amigo el Comadreja. El viejo le dispensó la más cordial acogida. Yo miré con gran sorpresa á Kalinych; no creía capaz de delicadezas de ese género á un muyik (1), á un semi-salvaje como él.

Aquel día salí á caza cuatro horas más tarde que de costumbre, y así pasé aún otros tres días, haciendo todo lo posible por no ser un huésped molesto para el viejo Khor. Había cobrado afición á mis nuevos amigos. No sé cómo tuve la suerte de ganar su confianza; pero al cabo de dos días habían llegado á hablar conmigo con toda libertad. Yo los escuchaba y observaba con gusto. Khor y Kalinych (que venía diariamente, por hallarse detenido en la ciudad todo ese tiempo el señor Polutykine) no se parecían en nada: Khor era un hombre práctico y positivo, una persona sesuda, que no se dejaba llevar más que de la reflexión y el razonamiento; Kalinych, al revés, absorto por entero en el mundo de lo ideal, era un romántico exaltado, un soñador poético. Khor comprendía la realidad; había hecho asiento en la vida; había provisto al porvenir como al presente; se había colocado en buenas relaciones con su señor y con todas las demás potencias. Kalinych llevaba calzado de corteza, y sonreía á todo, sin preocuparse de nada. Khor había fundado y establecido una numerosa familia, sometida á su persona y unida bajo su autoridad; Kalinych poseyó en otro tiempo una mujer, á quien temía, y nunca tuvo hijos. Khor conocía al dedillo á su amo hacía mucho tiempo; Kalinych profesaba una veneración piadosa, una especie de idolatría, por el Sr. Polutykine. Khor quería y protegía á Kalinych como un ser débil y digno de afecto; Kalinych quería á Khor á fuerza de estimarlo y respetarlo. Khor

(1) Acentuando la *y* á la andaluza se tendrá una pronunciación aproximada de este nombre del antiguo siervo ruso.—(*N. del T.*)

hablaba poco, gastaba bromas cuando no quería decir nada, y lo meditaba todo en sus adentros; Kalinych hablaba con fuego y entusiasmo, y estaba dotado de virtudes que el mismo Khor se complacía en reconocer: por ejemplo, conjuraba los ataques de sangre á la cabeza, las visiones y la rabia; expulsaba los gusanos y las orugas; se entregaban á él las abejas, y, en general, tenía *mano de santo*. Yo he visto á Khor suplicarle que metiese en la cuadra un caballo que acababa de comprar, y he visto al encantador deferir á la súplica del viejo escéptico con una gravedad solemne. Kalinych se acercaba más á la naturaleza; Khor, á los hombres y al estado social. Kalinych, no acostumbrado al trabajo de razonar, se mecía en sus ideas y creía en todo ciegamente; Khor se elevaba á veces hasta esos puntos de vista en que la vida parece una ironía más ó menos irritante; había visto muchas cosas, estudiado muchos hombres, y recogido de su boca multitud de hechos que ignoraba.

Así, yo he sabido por él que en verano, antes de la siega, aparece en las aldeas una teleguita de forma particular. En ese carricoche va un hombre con caftán, que vende guadañas. Pagando al contado, cobra un rublo, y, si vende al fiado, lleva un cuarto, un tercio y hasta una mitad más, frecuentemente. No hay que decir que los campesinos le toman al fiado la mercancía. Dos ó tres semanas después vuelve á presentarse reclamando su dinero; el campesino acaba de encerrar la avena, y tiene, por consiguiente, con qué pagar; va, pues, á la taberna, y allí liquida cuentas con el traficante. Ha habido señores que han tenido la luminosa idea de comprar al contado las guadañas y dárselas á los aldeanos al precio corriente. Pues bien: éstos, en vez de mostrarse agradecidos á los señores, se han quedado contrariados y cariacontecidos; se les privaba del placer de golpear las guadañas, de escuchar el sonido vibrante del metal, de dar vueltas al instrumento en todos sentidos y de decir veinte veces al traficante usurero: «¡Je, je! Esto no vale mucho que digamos, amiguito; suena cascado; tiene pelo.» Cuando la compra de las hoces, se repite la mis-

ma función, con la diferencia de que entonces echan su cuarto á espadas las mujeres, y á veces obligan al industrial á sacudirles el polvo para que aprendan á ser comedidas.

Khor me dijo que hay otro caso en que las mujeres pagan más cara su insensatez. Los fabricantes de papel encomiendan la compra del trapo á individuos que en ciertos distritos se conocen muy comúnmente con el nombre de *águilas*. Estas águilas reciben de su amo cierta cantidad de dinero, y se lanzan en persecución de su botín. Pero, á la inversa del ave noble cuyo nombre usurpa el trapero, él no se precipita franca y atrevidamente sobre la presa, sino que recurre á la astucia y á la perfidia. Deja su carro en cualquier espesura, á poca distancia de la aldea, y se acerca furtivamente por lodazales y patios interiores como un transeunte, un pobre ó un vagabundo. Las mujeres parece como si venteasen la presencia del águila, y salen á su encuentro. Pronto se cierra el trato: por una miseria de calderilla entregan al águila, no sólo los trapos de deshecho de la cabaña, sino á veces la camisa del marido y su propia saya. En estos últimos tiempos han adoptado casi la costumbre de robarse á sí mismas y dar también cerro é hilaza de cáñamo, lo cual, en la industria de las águilas, es una jugada hábil, que representa un inmenso progreso. Los maridos, por su parte, han abierto más el ojo, y al menor barrunto, al más leve indicio de la aparición de un águila, recurren presurosos á las medidas preventivas ó correccionales. Y realmente ¿no es una afrenta? El vender el cáñamo es cosa de los hombres. Tienen, pues, la satisfacción de venderlo, no en la ciudad—para lo cual necesitarían trasladarse allí con la mercancía — sino en la misma aldea y á traficantes de paso, los cuales, no llevando peso, aseguran que cuarenta libras de cáñamo es lo mismo que cuarenta puñados, y ya se sabe lo que es un puñado, ya se sabe lo que abraza la mano de un ruso, sobre todo cuando aprieta de ganas; de forma que lo que no va al águila por la mujer llega al buitre por el marido.

Tal es el tipo de cosas que yo, hombre sin experiencia, y

que no he vivido de asiento en el campo, he tenido ocasión de oir, no obstante, á un aldeano ruso lleno de penetración y sagacidad. Khor me hacía á mí veinte preguntas por cada una que yo le dirigía, llevado del deseo de oirle contar. Supo que había estado en el extranjero, y al oirlo—¿se creerá?—avivóse su curiosidad de repente, y no se despertó menos la de Kalinych, que llegaba á la sazón. Pero éste no demostraba un interés ávido más que por las descripciones de plantas, de animales, de paisajes, de horizontes, de montañas, de cataratas, de edificios extraordinarios y de ciudades populosas. Khor se preocupaba de las cuestiones administrativas y políticas; trataba de adivinar lo que yo no decía, y luego de resumir y deducir, preguntando:

—¿Es allí como aquí, ó es de otra manera? Dí, barine, dí, vamos á ver.

—¡Santo Dios! ¡Qué cosa más hermosa debe ser un puerto de mar!—exclamaba Kalinych durante mis relatos.

Khor guardaba silencio, fruncía las tupidas cejas, y sólo allá, de tarde en tarde, solía formular en voz alta esta reflexión:—Ved una cosa que aquí no serviría de nada..... ¡Eso sí que está muy bien!.... Esa es una gran institución.—No trato de repetir todas las preguntas que me dirigía aquel hombre, ni ¿para qué? Pero he sacado de nuestros diálogos una convicción, que acaso parezca muy inesperada á los lectores..... la convicción de que Pedro el Grande fué el ruso por excelencia, profundamente ruso, sobre todo, al acometer su gloriosa empresa de regenerar el país. El ruso está tan seguro de su fuerza y su energía, que se halla pronto á todo y es abonado para todo; se cuida poco de su pasado, y mira arrogantemente hacia delante. Lo bueno le gusta, y lo que es conforme á la razón lo espera y acepta, venga de donde viniere, sin preguntar su origen. Su buen sentido se ríe de corazón de la sabiduría transcendental de Alemania, aunque Khor declara que es un pueblo curioso, y que de buena gana asistiría á sus escuelas. A causa de su situación enteramente excepcional, de la inde-

pendencia facticia que ha sabido crearse, Khor me dijo cosas que no sacariais de la cabeza de ningún otro, aunque la pusiéseis en prensa. Ese hombre comprendía su posición. Conversando con él, oí por vez primera el lenguaje ingenuo é inteligente del aldeano ruso. Sus ideas y sus nociones eran verdaderamente extensas, extensísimas, sobre todo si se tiene presente que el buen hombre no sabía leer. Kalinych sí sabía, y Khor, refiriéndose á él, solía decir:—A ese pícaro se le vienen á la mano las letras y las abejas, y él las retiene que es un gusto, ¡demonche!

—¿Han aprendido á leer tus chicos?—le pregunté.

—Después de un momento de silencio, me respondió:

—Fedia, lee.

—¿Y los otros?

—Los otros no.

—¿Y cómo eso?

El viejo se quedó callado, y luego desvió la conversación de esa materia.

Por lo demás, y á pesar de todo su despejo, Khor llevaba en la cabeza mediana balumba de preocupaciones y prejuicios; por ejemplo: despreciaba á las mujeres con todas las fuerzas de su alma, y, cuando la tomaba con ellas, no se le secaba la boca. Su mujer, vieja avinagrada, hacía centinela en la estufa, de donde apenas se apartaba; allí se pasaba refunfuñando sin tregua ni reposo desde la mañana hasta la noche. Los hijos no le hacían ningún caso, pero á las nueras las metía en cintura para que estuviesen en el santo temor de Dios. No hay que extrañarlo en Rusia, donde se guarda tan fielmente el recuerdo de la canción en que una suegra dice: «¿Qué hijo has de ser tú para mí? ¿Qué jefe de familia has de ser tú, que tienes una mujer joven y no la pegas nunca?.....»

Una vez tuve la ocurrencia de interceder por las nueras, tratando de apiadar al viejo. Él me respondió tranquilamente: «¡Vamos, barine! ¡Eres demasiado bueno! Las mujeres no se encuentran sin gritar y llorar; las mujeres necesitan tirarse

un poco de las greñas; si se meten de por medio los hombres, salen descalabrados, sin haber conseguido más que echar leña al fuego.» La vieja bajaba á veces de su fortaleza, llamaba al perro, al cual había oído rebullir detrás de la puerta, y, sin que nadie pudiese decir por qué, empezaba á descargar tenazazos sobre el lomo del pobre animal; ó bien iba á instalarse bajo el techado de la escalera, y desde allí ladraba á todo bicho viviente que se acercase, según la expresión de Khor, durante una horita larga, no de otra suerte que si hubiese tenido que cumplir algún voto, llenar algún deber, ó dar cima á un ejercicio de que nadie hacía aprecio por de contado. No hay que añadir que, á pesar de todo, temía á su marido, y en cuanto él tomaba la palabra, tomaba ella el portante á su estufa.

Pero lo más curioso que se oía en casa de Khor eran sus discusiones con Kalinych, sobre la persona de Polutykine.

—Alto ahí, Khor; al amo hazme el favor de no atacarle. Sabes que siempre me ha.....

—¿Que te quiere? Bueno. ¿Por qué no te da botas?

—¿Botas?..... ¿A mí?..... ¡A mí, que soy un muyik!

—También yo soy muyik, y, sin embargo, mira.....

Al decir estas palabras, Khor levantaba el pie derecho, en señando á su amigo una bota cuyo cuero debía proceder de la piel de un mammut ó de un mastodonte.

—¡Ca! ¿Qué has de ser tu muyik como nosotros?

—¡Ya, ya!..... Pues ¿cómo no te da para comprarte laptis bien hechos? Tú vas á caza con él todos los días, y los laptis de tu fabricación rara vez resisten una jornada.

—Me da para laptis.

—Hombre, es verdad, me olvidaba de que el año pasado te dió de gratificación un *grivennik* (1).

Kalinych volvió la cabeza con despecho, y Khor rompió á reir á carcajadas; brillaba de gozo todo su semblante, á pesar

(1) Como si dijéramos: «un realito».—(*N. del T.*)

de que los ojillos parecían habérsele derretido completamente.

Kalinych cantaba con gusto, acompañándose con la balalaica (1). Khor se estaba escuchándolo mucho tiempo; pero, siempre que llegaban ciertos acordes, mi huésped ladeaba de pronto la cabeza y, con voz melancólica, entonaba su canción favorita: «¡Oh tú, lote mío, mi triste lote!.....» En esos casos, Fedia no dejaba de decir: «Ea, ya tenemos á padre quejándose; siempre les ha de doler algo á los viejos.» Pero Khor se apretaba el carrillo izquierdo con la mano, cerraba los ojos, y seguía lamentándose imperturbablemente sobre su triste lote. A pesar de estas ligeras expansiones de mi huésped, no había en treinta verstas á la redonda un hombre más laborioso que él. Siempre estaba en movimiento: hacía composturas en los carros, afirmaba las empalizadas, aseguraba las costuras de las guarniciones. Debo decir, en honor de la verdad, que no concedía una gran importancia á la limpieza; y como yo le hiciese un día esta observación, me respondió que no había más remedio sino que la cabaña oliese á hombres, á coles y á pan caliente.

—Pues echa un vistazo al retiro de Kalinych—le repliqué, —y verás qué limpio está allí todo.

—Si su casa estuviese de otro modo, no tendría á su disposición las abejas—dijo suspirando, lo cual me dió á entender que en la industria de las colmenas no le salía la cuenta como al vecino.

La víspera de mi marcha, hablando de unas cosas y de otras, le vino rodado preguntarme:

—¿De modo que tú tienes una tierra, barine?

—Sí.

—¿Está lejos de aquí?

—Cien verstas.

—¿Y vives en tu tierra?

---

(1) Especie de vihuela.—(*N. del T.*)

—Sí, algunas veces.

—¿Pero te gusta más tomar el aire con la escopeta al hombro, verdad?

—La caza es mi alegría.

—Mejor que mejor; tira cuanto puedas á los gallos silvestres, que esos sientan bien á estómagos de cazadores, y son aves que se guisan perfectamente en todas partes; pero allá en tu tierra, créeme, cambia á menudo, pero muy á menudo, al decano de tu aldea.

Hacia la noche del cuarto día me envió un mensajero Polutykine, que había regresado de la ciudad. Tuve el sentimiento de abandonar al viejo; me despedí cordialmente de Khor, de Fedia y de la familia, y monté en la telega con Kalinych.

—Mañana tendremos buen día—le dije mirando al cielo, que estaba muy despejado.

—No—me respondió;—lloverá: el pato se aleja á todo volar de los sitios descubiertos y huele mucho la hierba.

Entrábamos en una espesura... Kalinych cantaba, á pesar de ir bien bazuqueado con el traqueteo del carricoche, y dirigía la mirada siempre al Poniente.

Al siguiente día abandoné el techo hospitalario del señor Polutykine.

I. Turgueneff.

MAZARINO Y D. LUIS DE HARO

LAS NEGOCIACIONES DE LA ISLA DE LOS FAISANES Y LA PAZ DE LOS PIRINEOS (1).

Las negociaciones de la Isla de los Faisanes, en el fondo, fueron algún tanto negociaciones de simulacro. Los principales puntos del tratado habían quedado convenidos en los preliminares. Sólo faltaba resolver cuestiones de detalle, por ejemplo, las cláusulas del contrato de Luis XIV, y determinar lo que se consentiría dejar que el rey de España diese al príncipe de Condé. Desde el momento en que existía acuerdo acerca del principio del matrimonio y de las cesiones territoriales, hubiera podido firmarse en París el acta definitiva al mismo tiempo que los preliminares. Pero ambos ministros, Mazarino y Don Luis de Haro, habían querido reservarse los honores del tratado. Los dos ministros aseguraban ellos mismos que habían deseado avistarse menos para conferenciar que para estrechar los lazos de una sincera y pura amistad.—«Pura lisonja»—agregaba Mazarino.

Lo que mejor manifiesta ese carácter de negociaciones teatrales, es la misma manera cómo se organizaron las discusiones. Habíase convenido por los ministros entre sí, aun antes de verse, que la materia de cada conferencia sería previamente examinada y discutida por lo que pudiéramos llamar dos subnegociadores: Hughes de Lionne, que acababa de ser nombrado para el puesto de secretario de Estado del Extranjero, y

(1) Alberto Malet acaba de publicar en estos días el tomo I de una *Historia diplomática de Europa en los siglos XVII y XVIII*, escrita para el joven rey Alejandro de Servia. Tomamos de ella las siguientes páginas del tomo I: *El siglo XVII.*

D. Pedro Colonna. En condiciones tales, no podían presentar ningún carácter de originalidad las deliberaciones entre los dos primeros ministros; no habiendo nada imprevisto en ellas, parece que debiera faltarles necesariamente interés. Sin embargo, eran tan notables las dos personalidades puestas en mutua presencia, había tanta fina flexibilidad en Mazarino, tanto aplomo y tan perfecta posesión de sí mismo en D. Luis de Haro, que esas conferencias, donde al parecer sólo tenían los actores que recitar su papel respectivo escrito por otros, merecen atento examen cual modelos de hábil y cortés discusión. Es tanto más fácil proceder á ese examen, cuanto que Mazarino dejó un relato completo, y hecho día por día en las cartas que dirigió á París al secretario de Estado de la guerra, Le Tellier. «Escribíalas,» dijo él mismo, «para instrucción del joven rey, con la idea de darle cabal conocimiento de sus negocios y acostumbrarle al trabajo».

. . . . . .

Desde la primera conferencia, el 13 de Agosto, después de que, entrando simultáneamente en el pabellón construído en medio de la Isla de los Faisanes, se hubieron abrazado los ministros en presencia de todo su séquito, D. Luis de Haro inició la cuestión. Explicó las razones de honor que su amo tenía para no abandonar al príncipe de Condé, así como los añejos compromisos formales con él adquiridos; explicó también las razones de interés para lo futuro, y que si Felipe IV abandonaba al príncipe se expondría en lo sucesivo «á no tener nunca *aliados*». Esta palabra fué cogida al vuelo por Mazarino. «¡Aliados!» Jamás podría Francia conceder semejante título á vasallos rebeldes que van á prestar sus armas á un soberano extranjero.

Tales nombre y calidad sólo pueden convenir á príncipes soberanos que tienen libertad para aliarse como cuadre á sus propósitos. Y además, si España tenía interés en recompensar á aliados de la especie de Condé, Francia tenía un interés opuesto en absoluto; estaba en el deber de emplear todos sus

esfuerzos «para que se les trate de modo que no le sea fácil á la Corona de España tener otros tales en lo venidero». En esta materia Mazarino fué inflexible. Condé no volvería á entrar en Francia sino sometiéndose á la clemencia del rey. En lo demás era muy dueño el rey de España de donarle la suma de dinero que le pluguiese, como indemnización de las pérdidas que su felonía le hubiera producido.

—¡Dinero!—replicaba D. Luis de Haro;—eso sería pagarle, no recompensarle por los servicios prestados. Se paga á un mercenario, no á un aliado. Por lo menos, deje Francia á Felipe IV libre de otorgar á Condé un presente «honroso para entrambos», por ejemplo, la soberanía de las dos Calabrias, un Estado que se formara con algunos distritos flamencos, aunque sea la Cerdeña.

La proposición era insidiosa y ocultaba un lazo hábilmente tendido. Mazarino no podía impedir la ejecución de un proyecto de esa especie; un soberano puede disponer de sus territorios como le parezca mejor. Condé en Calabria no sería peligroso; pero era muy diverso el caso de Condé príncipe soberano de Flandes. Su principado no tardaría en convertirse en cuartel general de los descontentos, en una ciudadela de intrigas, por donde España podría siempre penetrar en Francia: algo así como el principado de Bouillon en tiempo de Richelieu. ¿Cómo poner, por tanto, trabas á los confesados propósitos del rey de España y apartarle de su idea de recompensa territorial, sin hacer al mismo tiempo traición á las secretas inquietudes de Francia? D. Luis de Haro aguarda la respuesta de Mazarino. «Soberanías, hasta reinos, dadle tantos como gustéis,» dice Mazarino con aire impasible, casi indiferente. «Pero, después de eso, que no piense ya Condé volver á Francia.» Esto es una advertencia á Condé. Ahora Mazarino habla con tono confidencial: «Por otra parte, ¿ignoráis que el príncipe sólo desea una colocación importante cerca de Francia, para ponerla en seguida en manos del rey y hacer de ella el precio de la reconciliación?» Doble habilidad la de esa res-

puesta: inspiraba á los españoles desconfianza respecto á Condé; debía apartarlos de constituir para él un principado, por lo menos á las puertas de Francia, puesto que sólo al rey de Francia le aprovecharía.

La cuestión fué examinada de nuevo en la conferencia siguiente. Mazarino tenía empeño en perturbar la excesiva intimidad que existía entre el representante de España y los representantes del príncipe de Condé. Hacer cualquiera proposición ventajosa para el príncipe de Condé, y cuya aceptación dependiese de España, pero elegir una de tal clase que con toda seguridad tuviese que rechazarla España, excitando así contra ella el rencor de Condé: esto era lo que se trataba de encontrar. Por otra parte, si España tenía que sostener los intereses del príncipe de Condé, Francia tendría que sostener los mucho más graves intereses del duque de Braganza y de Portugal. Mazarino sabía que Felipe IV consideraba al duque de Braganza como Luis XIV consideraba á Condé, y que aquél sería tan inflexible en ese punto como lo era el rey de Francia. Sin embargo, era preciso dar satisfacción á las peticiones de los portugueses y probarles que se les atendía. Mazarino encontró el medio de matar de un tiro los dos pájaros.

«Puesto que el rey de España y vos deseáis tanto la satisfacción del señor Príncipe, estoy resuelto á contribuir á ello por mi parte, suplicando á Su Majestad Católica que acepte una proposición que voy á haceros, y por medio de la cual obtendréis mucho más de lo que pedís.»

Lon Luis de Haro era todo oídos, y veíase retratado el gozo en su semblante.

«Sí, prosiguió Mazarino con vehemencia: sí, yo suplicaría al rey de Francia que tuviese á bien reintegrar al príncipe de Condé y á su hijo el duque de Enghien en sus cargos en todos los gobiernos que tenían antes de que ese príncipe se pusiese al servicio del rey de España. Hasta haré de modo que á cambio de aquellas de sus plazas fuertes que se le han arrasado se le den otras; y, por último, que el rey consienta en abando-

nar todas sus conquistas hechas durante esta guerra, con tal que Su Majestad Católica deje á Portugal como está y consienta en concluir la guerra por todas partes.»

Imagínese el efecto producido por esta proposición. Don Luis de Haro, siempre maravillosamente dueño de sí, perdió su sangre fría. «Contra su natural carácter, enardecióse el rostro.» Se levantó diciendo que había gran diferencia entre el príncipe de Condé y el duque de Braganza. «Tenéis razón, replicó friamente Mazarino: el uno está en posesión de un reino desde hace veinte años, el otro no tiene nada.» Y con esto tuvo acabamiento la conferencia en el mismo punto y hora.

Puso término á la dificultad una carta del príncipe de Condé á D. Luis de Haro, suplicándole «no suspender el importante negocio de la paz» por su particular interés. Mazarino había declarado que Luis XIV antes rompería las negociaciones que ceder en esa materia. Pero supo burlarse admirablemente del interés que Felipe IV y D. Luis de Haro se tomaban por el príncipe. D. Luis había declarado que, excepto el Rosellón, cedido en virtud de los preliminares, no consentiría ninguna rectificación de fronteras por la parte de los Pirineos. Sin embargo, escapósele en la conversación que quizá su amo y señor hiciese algunas concesiones por el lado de la Cerdaña, si estuviese cierto de que habrían de inducir á Luis XIV á suavizar sus asperezas con respecto á Condé. Esto costó á Felipe IV toda la Cerdaña francesa. La importancia de esta nueva cesión, no prevista en los preliminares, aparece claramente en la carta por la cual anunció Mazarino su triunfo á Luis XIV. «Así, Vuestra Majestad se encuentra en posesión de un país muy fértil, poblado con más de trescientas aldeas y defendido por tres ciudades importantísimas, Perpiñán, Collioure y Salces; sin que nos quede ningún motivo de recelos de que los españoles acometan ya nada, como en otros tiempos, contra el Languedoc, una de las más grandes é importantes provincias del reino.» Era cierto que así quedaba el Languedoc cerrado para España; y, sobre todo, quedaba la frontera com-

pletada al Sur. Con el Rosellón y la Cerdaña, tocaba Francia por el Mediodía su frontera natural, los Pirineos; fué la primera á donde llegó, y desde entonces nunca ha intentado adquirir nada por esa parte.

ALBERTO MALET.

(De la *Revue Politique et Litteraire.*)

CRÓNICA LITERARIA

PÉREZ GALDÓS Y PEREDA

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

Si una persona que no conociera las obras de Pérez Galdós leyese su discurso de entrada en la Academia, y por él tratase de imaginarse la personalidad literaria del gran novelista, es seguro que la representación que de él se formara sería tan distinta de la realidad como lo son de los objetos reales las figuras reflejadas en los espejos grotescos, que alargan ó ensanchan desmedidamente las imágenes de las cosas.

En efecto, el discurso es acaso, entre todos los escritos de Galdós, el que menos marcado tiene el sello personal de su autor, el que menos *suyo* parece, como si fuera fruto de paternidad forzada y poco espontánea. Y aún hay más, y es que los méritos y los defectos de la obra literaria del autor de *Angel Guerra* están *invertidos* en este discurso. Lo que en él sobresale, es en los *Episodios* y en las *Novelas españolas contemporáneas* lo menos notable, lo que más blanco ofrece á la crítica. Y, al revés, las condiciones que han conquistado á estas obras tan general y legítimo aplauso son las que en la oración

académica aparecen amortiguadas, casi desvanecidas, ocupando lugar muy secundario.

Más claro: Galdós, en la larga serie de creaciones de su robusta y fecunda fantasía literaria, no ha atendido nunca al nimio cuidado de perfilar el lenguaje, ni espontáneamente se ha atemperado á los cánones del clasicismo y casticismo español, al tipo de idioma que creó nuestro siglo de oro. Pues esto, que falta á sus novelas más celebradas, puede decirse que es lo principal en su discurso, escrito con toda la corrección y elegancia retórica que puede pedirse á un documento académico. En cambio, aquello en que consiste la belleza principal de sus obras, ó sea la evocación vigorosa y plástica de la realidad, la vena original y fecunda de representaciones diversas de la vida, la abundancia de ideas y la facilidad y novedad al expresarlas, es lo que se echa de menos en el discurso, cuya forma es muy superior al fondo.

Probablemente se habrá debido esta rara inversión á la influencia del medio académico. Dado el poder de las costumbres, no es de extrañar que literatos eminentes, cuya gloria no necesita consagraciones oficiales ni puede aumentar en un adarme con la medalla de académico, deseen, sin embargo, entrar en la Academia y hasta acepten el humilde papel de postulantes, como Zola, que lo menos ha llamado ya veinte veces á la puerta de los inmortales y todavía está de humor de seguir dando aldabonazos. Galdós no ha tenido que pasar por este molesto noviciado, ni creo que él, ni ningún otro literato español de su fama, mostrase la paciente constancia del autor de *La Terre*, como no fuera por el gusto de renunciar la distinción, una vez obtenida, y devolver de una vez todos los desaires. Verdad es que en Francia, con República y todo, el prestigio de los oropeles es mayor que entre nosotros. El casaquín de académico, la cruz, hasta las palmas de oficial de Instrucción pública tienen allí una importancia que aquí no se da, ó al menos no se confiesa, á distinciones semejantes.

Con todo, el prestigio de la Academia se impone á los neó-

fitos, y es raro el caso de un Sellés, que entre en aquella mansión entonando un hermoso y desaliñado himno de independencia.

El Sr. Pérez Galdós no tiene temperamento *académico;* mas por galantería hacia sus compañeros ó por respeto á la *docta corporación*, como es uso llamar á la Academia, ha querido ponerse al diapasón de la solemnidad, y de la antítesis entre su temperamento y su deseo ha nacido el discurso.

No quiere decir esto que necesariamente exijan los discursos de recepción en la Academia una *capitis diminutio* de las facultades literarias de sus autores. Ni aun tratándose de ingenios *poco académicos*, es axiomática esta proposición. Mas en el caso de Galdós, por lo mismo que es un retraído, casi un solitario, la disparidad entre su manera de concebir y de *practicar* la literatura y el tipo de la literatura académica, le ha conducido acaso á exagerar en su pensamiento las restricciones de esta última; á figurarse á la Academia como una especie de ogro dispuesto á confundir con su indignación al osado que se atreviera á contravenir sus tradiciones ó á apartarse de sus gustos. En su manifiesto deseo de no faltar á las conveniencias *locales* de la casa en que se limpia, fija y da esplendor al idioma, el gran novelista ha hecho allí papel semejante al de un hombre ingenioso y divertido que se encuentra de improviso entre personas á quienes desea agradar, pero cuyos gustos y opiniones desconoce, y que, en tal situación, se limita á decir generalidades, en vez de dejar correr libremente la vena de su conversación original y chistosa, que pudiera herir la susceptibilidad ó los prejuicios de aquellos extraños.

En el discurso se nota vacilación, esfuerzo, contradicción del autor consigo mismo. Tiene todas las apariencias de un trabajo impuesto por la fuerza de las circunstancias. Es un hijo engendrado sin placer, para cumplir un trámite ó ceñirse á una exigencia social.

Empieza por no corresponder á lo que promete el tema. ¿Quién, que conozca las obras de Galdós, dudará que disertan-

do sobre *La sociedad presente como materia novelable*, hubiera hecho el autor de los *Episodios* un delicioso estudio de sociología literaria, digámoslo así, si se hubiera propuesto escribir algo que no fuera su discurso de entrada en la Academia?

Pues en el discurso pasa como sobre ascuas por tan interesante tema. El, tan conocedor de la novela y de la sociedad contemporánea, que ha sabido retratar magistralmente en sus obras, se limita á hacer algunas observaciones oportunas (como el juicio que emite acerca de la actual clase media), y la mayor parte de su discurso no pasa de ser una nueva edición (único grado de novedad que puede concedérsele) de las conocidas disquisiciones sobre la falta de ideales colectivos ó de principios de unidad en nuestro tiempo, con las inevitables variantes sobre la confusión moral, estética, etc., que, á la manera de los monarcas constitucionales, reina, sí, en los espíritus, pero no los gobierna en manera alguna.

Esto pertenece á un género desacreditado. Es filosofía de la historia; y por si no fuera bastante, filosofía de la historia..... contemporánea. Y luego ¡se ha repetido tanto todo eso! En mis tiempos de estudiante se hablaba ya de ello. Entonces se decía que estábamos en un período de transición, y que oscilando entre los viejos principios, próximos á la agonía, y los nuevos, aún en la gestación, no sabíamos á qué carta quedarnos; de donde se originaban una porción de males, cada uno de ellos mayor que todos los otros. Subsistía aún en aquel tiempo (no muy lejano) un vago hegelianismo, y por otra parte Max Nordau no era conocido en España ni en Francia, que le ha hecho popular con sus traducciones, ni probablemente en su país. Acaso sería también estudiante, y se ocuparía más en la cerveza, en las *Gretchen* y en las camorras escolares, que en estudiar las llagas de la sociedad presente. De entonces acá el *período de transición* ha pasado al archivo de las fórmulas anticuadas, y le han sustituído el *mal del siglo*, el *crepúsculo de la civilización* y otras parecidas frases, más bonitas y expresivas acaso que aquel rótulo, ya en desuso, que se ponía á

nuestro tiempo, y que no fué menos celebrado y corriente en el suyo que lo son hoy los diagnósticos de las enfermedades sociales que, *al parecer*, nos aflijen.

Hasta en el elogio de D. León Galindo de Vera, su antecesor en la poltrona académica, se observa lo desorientado que anda en su discurso el Sr. Galdós. Y la verdad es que haberle tocado hacer el elogio de Galindo de Vera, parece una broma pesada del azar. No porque Galindo fuese hombre de poco mérito. Nada de eso; fué un jurisconsulto concienzudo, autor de unos minuciosos comentarios á la legislación hipotecaria, que se siguen estudiando con fruto y de los cuales se han hecho varias ediciones. Además de esto era un buen escritor castellano, principalmente en el sentido gramatical. Pero su talento no tiene nada de común con el del autor de *Fortunata y Jacinta;* son de distinta familia. Cuando Galdós escribe que Galindo supo dar á las cuestiones de Derecho una forma de intachable hermosura, no hay más remedio que tomar á broma este elogio. Yo no sé si el insigne autor de *La Desheredada* conoce la ley Hipotecaria, y la verdad es que como novelista no tiene obligación de dedicarse á estas lecturas, á no ser en algún caso excepcional y raro; mas si por ventura llegara á ocuparse en ellas, reconocería de fijo que aquel monumento legislativo, tan llevado y traido cuando se promulgó, y que hoy es para algunos suma de las perfecciones jurídicas, no es susceptible de adquirir *intachable hermosura,* por muchas vueltas que le diera el más sagaz y experto de los comentadores. Por otra parte, el Sr. Galindo, aunque buen legista y buen escritor, no era un Papiniano ni un Savigny.

Poco importa, en verdad, este pormenor del elogio al señor Galindo de Vera. Esta parte de los discursos académicos es aquí secundaria y no forma el asunto principal de tales escritos, á diferencia de lo que sucede en Francia, donde el elogio del académico cuya vacante se cubre y el del nuevo miembro de la Corporación son materia obligada de semejantes oraciones.

Lo peor es que al desarrollar el tema de su discurso el señor Pérez Galdós se limite á exponer algunas generalidades para venir á parar á la conclusión de que la falta de principios de unidad favorece el florecimiento literario, de lo cual deduce que hay mucho de falso en la que llama la leyenda de los siglos de oro.

Lo primero es discutible. De todas maneras, tratándose de hechos, la experiencia histórica y no la dialéctica sería la llamada á decidir sobre el caso, puesto que en cuestiones de esta índole no rige el *debe ser* de las deducciones filosóficas, sino el *es* de los hechos históricos. Lo más probable es que una averiguación detenida pusiera en claro que el que haya ó no en una sociedad culta firmes principios de unidad, no es lo que más influye en el desarrollo y valor de su literatura, aunque de seguro ha de ejercer influencia en el carácter de aquélla, y en la variedad é *intensidad* de sus formas y de sus asuntos. Pero en todo tiempo, así cuando dominaban los principios de unidad como ahora que se les ve en decadencia, la literatura ha tenido algo de autónoma, de individualista y aun de revolucionaria, que tira á emanciparla de la autoridad ajena, por lo cual no es raro observar grandes atrevimientos en las letras, en tiempos en que la libertad era muy restringida y la autoridad no sólo vigorosa y respetada, sino hasta arbitraria y despótica.

En cuanto á los *siglos de oro*, es dudoso que la revisión histórica á que alude el Sr. Galdós los reduzca á la categoría de meras leyendas. Lo que seguramente puede poner y ha puesto en claro la erudición, es que en los siglos de oro se escribía mal también, como en todos los siglos, y que no todos los escritores eran Cervantes ni Quevedos. Pero la existencia de ciertos períodos, durante los cuales ha sido mayor el florecimiento de las letras, es indudable. Es un hecho de evidencia histórica que no requiere otra comprobación que la de recordar que en esos siglos (que no son naturalmente siglos cronológicos) vivieron y escribieron los autores más notables de una determinada literatura nacional, y que las obras maestras en

tales períodos producidas superan con mucho en cantidad y calidad á las que registra la historia literaria en las épocas anteriores y en las siguientes. Lo que sí es discutible es la explicación de este fenómeno histórico, ó sea las teorías relativas á los *siglos de oro*, aunque no es extraño que la literatura, como las demás manifestaciones de la actividad humana sujetas á leyes biológicas, tenga tras su período de desarrollo el de plena madurez y florecimiento, al que sigue la decadencia, análoga á la vejez de los seres vivos.

Sea esto como quiera, la última parte del discurso del señor Galdós, referente á los siglos de oro, revela que por grande que haya sido su deseo de agradar á sus compañeros en inmortalidad presunta, el autor de *Nazarín* no ha llegado al punto de abdicar de su independencia de juicio. Y en todo el discurso hay esa mezcla de timidez y atrevimiento, á la que se debe, sin duda, que resulte vago é inconexo este escrito, que más tiene de boceto que de obra acabada.

***

El discurso del Sr. Menéndez Pelayo, en contestación al del Sr. Galdós, es un buen estudio de éste, considerado como novelista. Es de alabar la imparcialidad con que el ilustre crítico juzga obras de tesis muy opuestas á sus ideas, reconociendo la independencia del juicio estético con relación al juicio religioso ó moral que puede merecer una obra, según las creencias de quien la aprecie y considere desde estos puntos de vista.

El lugar principal que corresponde al Sr. Pérez Galdós en la historia de la novela española moderna, está recordado con oportunidad por el Sr. Menéndez Pelayo. Tiene también mucho de justa la apreciación de que la obra de Galdós, como novelista, sólo puede compararse en la literatura contemporánea

á la *Comedia humana* de Balzac. Yo añadiría: «y á los *Rougon Macquart*, de Zola.» Fuera de los autores de estos ciclos de novelas, no hay en la literatura moderna novelista que compita con Galdós en la riqueza y variedad de creaciones; y en cuanto á la *ejecución*, pocos le superan.

Lo que le perjudica, como á todos los literatos españoles, pero principalmente á los autores de obras de imaginación, es que tiene por escenario un rincón del mundo, aunque le pese á nuestro amor propio nacional. Los *Rougon Macquart* circulan por todos los países civilizados, no sólo por ser el francés lengua casi universal, sino también porque Francia y las costumbres francesas ofrecen interés para el público internacional. En la obra de Galdós, por exacta y dramática que sea la pintura de la vida privada en la España de nuestro tiempo, el asunto es de *interés local,* es decir, de interés nacional. De ahí que aunque haya algunas traducciones extranjeras de novelas del Sr. Pérez Galdós no tenga éste la celebridad europea que un escritor francés, inglés ó alemán, de sus dotes literarias, habría de seguro conseguido.

El Sr. Menéndez Pelayo señala tres períodos ó tres maneras en la obra del gran novelista español. El primero, el de los *Episodios;* el segundo, el de *Doña Perfecta, Gloria Marianela* y *La familia de León Roch;* el tercero, el que comienza con *La desheredada*. Admite, sin embargo, el autor de la *Historia de las ideas estéticas,* que en *Angel Guerra* se inicia un nuevo período, aún no terminado, en las novelas de Galdós. A mi juicio puede señalarse en efecto ese cuarto período, en el cual el novelista ha querido ensayar diversas formas nuevas, pero creo que comienza con *La Incógnita* y *Realidad* (en que el autor, presentando las dos fases, externa é interna, de una misma acción, ensaya á la vez la novela novelesca y la novela psicológica) y continúa con *Angel Guerra, Nazarín* y *Halma;* novelas estas dos últimas que representan una nueva manera en la obra de Galdós, si bien no pueden ser consideradas como las más importantes de las suyas. En realidad, el período que

comprende desde *Fortunata* y *Jacinta* á *Angel Guerra* puede considerarse como el culminante en la obra *novelesca* de Pérez Galdós, y estas dos novelas son acaso las más acabadas y completas de cuantas ha escrito.

*
* *

El discurso del Sr. Pereda (cuya recepción sucedió con intervalo de algunos días á la del Sr. Pérez Galdós) versa sobre la *novela regional*.

El ilustre autor de *Sotileza* define esta especie de novela diciendo que es aquella «cuyo asunto se desenvuelve en una comarca ó lugar que tiene vida, caracteres y color propios y distintivos, los cuales entran en la obra como parte principalísima de ella.» De las consideraciones que expone en el discurso se desprende que la novela regional es casi siempre novela campesina, de costumbres populares de gente rústica, y que es nota característica de ella dar gran importancia al paisaje.

Para no extender demasiado estos apuntes, no me detendré á examinar las apreciaciones que hace el Sr. Pereda acerca del regionalismo en general. Creo que esta es una cuestión de hechos más que de teorías. Donde los sentimientos regionales están muy arraigados no es fácil sofocarlos artificialmente, pero más difícil todavía es crearlos ó extenderlos fuera de sus naturales límites, pues, en gran parte, son restos de un estado histórico que pasó y cuya resurrección parece punto menos que imposible, á juzgar por los datos sociológicos que conocemos. Lo mismo que España, las principales nacionalidades europeas se han formado de la unión de diversas regiones, Estados menores que tuvieron en un tiempo vida independiente. La fusión ha sido en unos pueblos más rápida que en otros, siendo acaso Francia aquel en que más pronto se formó la noción vigorosa de la unidad nacional, á lo que ha debido acaso

el país vecino la preponderancia que por mucho tiempo disfrutó y la resistencia que ha demostrado en peligrosas crisis de su historia. De que en España esta compenetración de los elementos integrantes de la nacionalidad deja mucho que desear, hay no pocas señales, algunas de ellas tan dolorosas como la parte que en nuestras guerras civiles de este siglo ha tenido el sentimiento regional en el orden político. No es de esta índole el regionalismo á que se refiere el Sr. Pereda, ni el amor á la tierra natal, á sus costumbres y lugares, es en manera alguna censurable; pero en la vida práctica ha solido ir mezclada esta tendencia á manifestaciones nada plausibles de exclusivismo y de egoismo local, que han hecho que se mire con más desconfianza que simpatía al regionalismo, aunque sea de justicia distinguir de qué género de éste se trata, antes de juzgarle.

En cuanto á los antecedentes históricos de la novela regional en España, es muy dudosa que se le pueda conceder á ésta, como quiere el Sr. Pereda, la ejecutoria de sucesora de la que cultivaron Alemán, Hurtado de Mendoza, Quevedo, el propio Cervantes y tantos otros ingeniosísimos cronistas de la picardía.

Nuestra novela castiza, la novela picaresca, no fué novela regional, como parece entenderla el Sr. Pereda, es decir, novela rústica ó de costumbres de aldea. Fué, por el contrario, novela ciudadana, y no podía ser de otro modo. Los pícaros, que eran sus protagonistas, tenían su teatro de acción en las ciudades populosas y no en los campos. Por éstos andan de paso, huyendo persecuciones de la justicia ó encaminándose á nuevas poblaciones donde poner en práctica sus artes. La hampa es urbana, como entidad parásita que acude á los centros de vida y de riqueza, á los grandes núcleos de población y no á los campos, donde le faltarían elementos para subsistir.

La novela regional, cultivada tan maravillosamente como ha sabido cultivarla el Sr. Pereda, producirá, sin duda, her-

mosas creaciones, pero lo regional será en ella subalterno, tendrá el valor de un accesorio que contribuye á la propiedad de la acción, será simplemente color local. La acción de *Sotileza* colocada en un paisaje andaluz, no desmerecería en nada si este paisaje lo hubiera pintado el Sr. Pereda tan magistralmente como el del Cantábrico. La individualidad local es secundaria. En la novela, lo principal es lo humano. El medio natural en que se desenvuelven los sucesos, es una de tantas circunstancias de que puede sacar partido un buen escritor; pero las bellezas naturales, el paisaje, pertenecen á la llamada poesía descriptiva más que á la novela, si bien aquella puede formar parte de ésta. Por eso cuando el nuevo académico dice en su discurso que la novela regional tiene más puntos de contacto «con la naturaleza que con la sociedad» y «con la eternidad del arte que con el humano artificio de las circunstancias», sienta, á mi juicio, proposiciones equivocadas. En la novela, la naturaleza (en el sentido en que, sin duda, usa esta palabra el Sr. Pereda, ó sea la naturaleza física) no puede tener nunca más importancia que los personajes.

El novelista, como el historiador, es un narrador—un pintor, si se quiere—de sucesos humanos. En sus relatos lo humano, las pasiones y los sentimientos, tienen que predominar sobre las montañas y los valles, las arboledas y las olas del mar, muy hermosos, ciertamente, pero que carecen de vida espiritual y aun de significación y de realidad para el pensamiento, si no hay un ojo humano que los contemple. Aun contemplados y sentida toda su belleza, no bastan para dar materia á la novela, si bien la ofrecen un gran elemento complementario para el mayor realce y la más viva y animada pintura de lo que forma su principal asunto. Son el fondo del cuadro, mas se necesitan las figuras.

En una fogosa declamación contra el extranjerismo, ó imitación de lo extranjero, expresa el Sr. Pereda uno de los motivos que tiene para preferir á la novela regional. Esta es, á su juicio, castizamente española, porque á los campos no han

llegado las modas y costumbres exóticas que se señorean de las grandes ciudades.

Las ideas que emite el Sr. Pereda al tratar este asunto, son de las que alcanzan casi siempre un asentimiento convencional. *Viste bien* eso de declamar contra el extranjerismo; pero los mismos que aplaudirán de seguro tan salvadoras ideas, seguirán vistiéndose á la inglesa, comiendo á la francesa, leyendo libros extranjeros y haciendo todo lo demás que escandaliza al ilustre autor de *Peñas arriba*, á cuyo protagonista no han de imitar, de seguro. Y al hacerlo así, serán más lógicos y estarán más en lo razonable, que al conceder desmedida importancia á los peligros de esa imitación, que es hoy un hecho universal.

Ningún pueblo civilizado vive en el aislamiento ni en él ha vivido nunca, siquiera sea al presente más continua é inmediata la comunicación internacional, por los descubrimientos que han acercado todos los lugares de la tierra, suprimiendo casi las distancias. Puede decirse que es parte de la civilización el deseo de conocer la vida de otros pueblos y de asimilarse lo bueno que pueda haber en ella, en vez de encerrarse en exclusivismos de tribu.

Todos los pueblos se estudian y se copian más ó menos. Hasta nos imitan á nosotros. Hasta las corridas de toros se *desnacionalizan* y ganan carta de naturaleza por las tierras de *extrangis*. Pero en lugar alguno del globo, como no sea en la China, se usa y se abusa más que aquí de los *lugares comunes* que surten de argumentos contra la imitación de lo extranjero. Diríase que los demás pueblos permanecen encerrados en su concha como moluscos, y que nosotros sólos sentimos curiosidad cosmopolita y tomamos nuestro bien donde la fortuna nos lo depara, como el poeta abogado de los plagiarios. Lamentable sería que tuviésemos que copiar tanto como se dice, no por el hecho mismo de la copia, sino por su causa, por nuestro atraso, por la falta de un progreso original que nos hiciera dignos de ser modelos, y no copistas. Pero, con todo lo que

se pondera ese nuestro afán á imitar cosas extrañas, es muy probable que seamos, al cabo, uno de los pueblos que menos participan de la comunicación universal de ideas y de costumbres.

Los peligros de ésta tienen mucho de ilusorio. No se *extranjeriza* un pueblo mientras conserva condiciones de vida propias. Los elementos adventicios que no llega á asimilarse, no pasan de la superficie ni ejercen sobre él más que influencia leve y secundaria. Y á los que se asimila y apropia les imprime el sello de su individualidad. Vivir hoy vida de aislamiento supondría propósitos de suicidio colectivo, deseo de emprender una marcha regresiva al través de la historia, marcha cuyo término no puede ser otro que el estado de esos pueblos eminentemente tradicionalistas que se llaman Turquía y Marruecos. Y bien mirado, entre suprimir los Pirineos ó suprimir el estrecho de Gibraltar, más vale que suprimamos los Pirineos. Pero ni eso es necesario; pues el vivir en comunicación con el mundo y dentro de la civilización contemporánea, no exige á un pueblo el sacrificio de su carácter ni de su originalidad, que no puede consistir en el empeño vano de resucitar el siglo XVI á fines del siglo XIX.

***

En cuanto al discurso de contestación del Sr. Pérez Galdós (discurso que estimo superior al suyo de ingreso), es un buen estudio de las obras y del temperamento literario de Pereda, y en el cual, como en las frases que dedica el autor de *Sotileza* al de los *Episodios*, destácase como nota simpática la mutua estimación que une á estos dos grandes escritores, de ideas y estilo tan diferentes, pero que, cada cual por su camino, han sabido elevar á la novela española de nuestro tiempo á una altura que no desmerece ni de la brillante tradición de este género, ni del florecimiento que en otros países ha alcanzado.

E. Gómez de Baquero.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Cuestión de Oriente.—La religión musulmana.—Un libro nuevo sobre tal religión.—Edades propias del Mahometismo.—Consecuencias terribles de la fatalidad musulmana.—El dios musulmán.—Irremediable decaimiento de las creencias musulmanas.—La religión griega y la religión mahometana en Oriente.—Mourawieff en Berlin.—Agitación republicana en Moscou y entusiasmo ruso en París.—Las reformas en Turquía.—Los públicos juicios acerca del Sultán.—Armenios y anti-armenios en Europa.—Dos palabras sobre Creta.—Conclusión.

I

La cuestión de Oriente suscita un orientalismo natural en Europa, pues toda región terrestre donde se plantea un gran problema, y toda familia humana, conmovida por un progresivo ideal, despertarán vivo interés entre los mortales; y este interés irá creciendo á medida que los pueblos, por la rapidez de comunicaciones internacionales se acerquen unos á otros, y por el fondo común de sus creencias se identifiquen unos con otros, hasta convencerse de que todo el planeta es su natural habitación, como hijos de un solo Dios y hermanos en una sola humanidad. Este fenómeno revela una creciente atención al islamismo y al Islam, hoy nacida entre aquellos

europeos, más dados, no ha mucho, en sus lucubraciones científicas, á prescindir de toda idea religiosa: en los franceses. Verdadero escándalo produjo todo un Doctor, nacido sobre tierras cristianas y educado por el Cristianismo, como el célebre diputado de Pontalier, al presentarse dentro de un recinto y espacio, tan poco hechos para liturgias y cánones, cual el Congreso francés, vestido como nuestro padre Abraham en el desierto, dándose abluciones del Sena para quitar con aguas lustrales toda mancha de su cuerpo, y abriendo los brazos, puesto de rodillas sobre las tablas, para dirigir en las horas koránicas una oración al cielo que le abra las puertas del Eden prometido y le grangee la misericordia de Alah. Huyendo del peregil, salióles á los franceses en la frente. Huyendo de Cristo han tropezado con Mahoma. Y no parece fenómeno singular este fenómeno. En París hoy mismo se publica una revista del Islam, y mientras se ha necesitado presuponer en los presupuestos oficiales cantidades crecidas para levantar la iglesia del Sagrado Corazón sobre la colina donde San Ignacio fundó la Compañía de Jesús, brotará espontáneamente por suscriciones voluntarias, una mezquita que se consagrará, con todos los ritos propios del culto mahometano, al Dios único, al único profeta. No debe, pues, maravillarnos que al regresar de reciente viaje por Argel haya escrito un grande orador, el Padre Jacinto, entusiasta libro acerca del Cristianismo y del islamismo, y haya puesto en su dedicatoria estas palabras dirigidas á famoso héroe ismaelita: «un francés, amigo de los árabes; un cristiano, amigo de los mulsumanes.» Yo, muchas veces lo he dicho: si las líneas paralelas matemáticas no se juntan ni en lo infinito, los dogmas paralelos religiosos se encuentran en Dios.

II

Así, nada más lejos de mi ánimo que zaherir las apologías del mahometismo recientemente publicadas en Francia. Como debe preferirse á la nada el infierno, debe preferirse á cualquier ateo sistema cualquier dogma religioso. Curiosísimo el volumen publicado por Castries con este titulo: *El Islam*. Ario de raza, cristiano de religión, francés de nacimiento, Castries nos da la clave del precioso volumen al quejarse con tanto motivo del discurso de la plegaria cristiana, en que van los pueblos cultos y occidentales cayendo por su mal. Yo soy de su mismo sentir. Las almas pierden mucho aroma de poesía cuando bajo los fragores de las grandes ciudades no pueden oir, como por los campos, el toque de las campanas llamando al Ave-María entre los arreboles del último crepúsculo y los centelleos del primer lucero. Así comprendo la tristeza del noble francés, al contemplar en el desierto líbico los árabes, que le componían vistosa corte con sus cabalgatas, después de haber caracoleado en sus caballos tan ligeros como el aura y corrido la pólvora con sus arcabuces tan tonantes como el rayo, ó desmontarse á la hora litúrgica, y sobre arenas relucientes como una vía láctea, bajo cielos azules teñidos por los rosáceos reflejos de un ocaso etéreo, mirando con arrobamiento hacia la Meca y como queriendo traspasar con sus ojos las líneas inflamadas del horizonte, entregarse de rodillas á las contemplaciones del eterno misterio, en rezos ó salmos que compenetran lo finito con lo infinito, como se compenetra el tiempo con la eternidad, y aproximan Dios al hombre, quien, incapaz de comprender la muerte y enamorado de la inmortalidad, desciñe de todos los límites y de todas las contingencias el alma, persuadiéndola de que lo perfecto existe, y no sólo existe, de

que lo perfecto es asequible á nuestra pequeñez por la fe viva y por la esperanza inextinguible. Castries repite la escena del maravilloso poema músico en que Roberto, tentado por el mal y atraído por el bien, conoce necesitar, para vencer en aquella lucha, de otras fuerzas que las puramente humanas, y dice con plañidos sublimes: «¡Si pudiese rezar!» Tal advertencia, encaminada con arte á los ateos, tiene su muy saludable utilidad. Pero no la tiene, ó no la veo yo, el tema con mucha ciencia desarrollado en este primer estudio sobre la sinceridad del Profeta. Yo creo inútil de toda inutilidad esa tesis. Por regla general, todos los reveladores han sido sinceros, y todos, dentro de sí, han experimentado la visita de un genio celeste, mientras aquellos hombres no partícipes de sus ideas han creído ver en ese genio el diablo. La religión mahometana fué un progreso evidente sobre la retrogradación en que habían caído los hijos de Ismael, cuando surgiera el gran Profeta: hoy no tiene defensa.

III

Mientras estuvimos en los períodos guerreros de la vida histórica, brilló el mahometismo con resplandor sin igual. Propio para aquel momento de la Historia, en armonía con aquel estado social, su espada abría surcos en la conciencia humana y sembraba multitud de ideas. Así, del choque de su alfanje salían centellas que iban á calentar las frías cenizas donde había quedado como atomizada la cultura antigua después de consumida por la tea de los bárbaros. Enfrente del Africa degenerada, enfrente de los godos españoles consumidos por el bizantinismo, enfrente de ese imperio de Constantinopla devorado por la fiebre teológica y reducido á la impotencia de una vida evaporada en continuas abstracciones, la voluntad enérgica, la disciplina severa, la religión militar, la

propaganda por el sable debían prevalecer y triunfar. Junto á una ciencia de comentaristas, junto á un clero decadente, en los primeros siglos de la Edad teocrática moderna, la ciencia musulmana debía ser, como la faz del Dios de su Koran, el único luminar que difundiera su lumbre vivificadora en el espíritu humano, pues miraba á la tierra, consultaba á la experiencia, vivía en la realidad, mientras nuestra Europa se descaminaba y se perdía en los fantásticos ensueños y en las confusas visiones, producto de la maceración y de la penitencia, entre las estrechas paredes del claustro. Pero así que el mundo europeo sintió el primer calor del Renacimiento en la Edad Media, tuvo que retroceder el mahometismo en Occidente; y cuando, ya en la historia moderna, el mundo europeo sintió el calor de la filosofía, tuvo que estancarse el mahometismo en Oriente: tan cierto es que si las fuerzas rigen la materia, las ideas y solamente las ideas rigen la conciencia. Religión que miraba al temperamento de una raza, al carácter de un pueblo, á la temperatura de una región; como hija de unas circunstancias, con las circunstancias tuvo que pasar su prepotencia y caer por necesidad en irremediable decaimiento. Sus leyes no tienen el carácter de universalidad que deben tener las leyes morales, sino un carácter apropiado á los accidentes pasajeros de la vida y á las facultades exclusivas de una raza. Su gobierno y sus instituciones encuentran regulada la existencia en dogmas religiosos de una rigidez incontrastable. Una autocracia rige la sociedad. Una grande confusión entre el poder espiritual y el poder temporal caracteriza á esta autocracia. El fatalismo pone límites infranqueables á la libertad. El Koran á su vez imposibilita todo progreso, porque las leyes civiles, como las leyes políticas, no pueden ser más que comentarios de sus dogmas y derivaciones de sus principios. Así, la vida musulmana se corrompe como las aguas de un mar muerto. Así, el poder se petrifica como un gigantesco ídolo, en cuyas aras precisa ofrecer la más terrible de todas las inmolaciones, la inmolación de la libertad humana. Así, los pueblos

que honraron en otro tiempo la tierra, vuelven á la inocencia de la infancia por exceso de vejez. Los mismos que tanto los enaltecen, confiesan que se han quedado fuera de la luz viva y asentados á la sombra de la muerte. Atribúyenlo á que la escritura semítica, progreso real sobre la escritura jeroglífica, opone hoy con sus complicadas letras, con sus innumerables puntos diacríticos, con sus varias vocales, insuperables obstáculos á la difusión de la ciencia. La escritura es jeroglífica, silábica y alfabética. La escritura silábica de los árabes aparece como un progreso respecto á la escritura jeroglífica de los chinos, que emplea ciento treinta mil signos para expresar una limitada cantidad de objetos. Pero con sus ochocientos caracteres tipográficos indispensables para la impresión de un libro ó de un periódico, la escritura árabe tiene verdadera inferioridad respecto á nuestra escritura alfabética, que expresa con treinta caracteres á lo sumo todo cuanto puede concebir el pensamiento humano. No caben, pues, dentro de tan estrechos moldes el espíritu moderno, la rica variedad de nuestras ideas, los matices de nuestro pensamiento, el análisis prolijo de la filosofía europea, la nomenclatura de ciencias que debieran á la lengua del Koran su primera ilustración y que hoy del Koran se han separado para desarrollarse y crecer en lenguas más flexibles, más idóneas al progreso, más capaces de dar su expresión adecuada á todas las nobles aspiraciones del humano espíritu en este trabajo infinito por la verdad y por el bien. Una estrecha ortodoxia, que no existió jamás en los tiempos felices de Bagdad y de Córdoba, ha concluído por inmovilizar el espíritu musulmán. El movimiento es el calor, el calor la vida, y la transformación de las fuerzas el secreto de la mecánica y de la dinámica universal. Y lo mismo sucede en las sociedades humanas, donde se derivan de unas ideas otras ideas progresivas y todas juntas forman esa ley del progreso, fuera de la que sólo reinan la esclavitud y la muerte.

IV

Delante de la enseñanza que al observador ofrecen estos pueblos musulmanes, podemos decir, alterando una de sus frases capitales: solamente la libertad es grande, solamente la libertad es fecunda. La causa primera de su atraso está en el absurdo fatalismo de su doctrina, bajo el cual parece como que se encorva y se humilla y se corrompe toda la vida. Muchos comentadores ilustres del Koran, y entre otros B. Saint-Hilaire, sostienen que el fatalismo no puede, en manera alguna, derivarse de la doctrina de Mahoma. Y aunque concediéramos este aserto, aunque proclamáramos el fatalismo como una inconsecuencia flagrante con la teología ismaelita, no podríamos negar que la supresión de la libertad ha llegado á ser como el dogma social de los turcos. El destino de estos fatalistas, escrito está en los cielos; sus acciones se arremolinan y se disipan como los huracanes en el aire y como los remolinos de arena en el desierto. Objeto mecánico que fuerzas ciegas dirigen y mueven, no tiene el turco responsabilidad, como no puede tenerla tampoco la máquina. Sus días se hallan contados en la eternidad, y su muerte de antemano señalada en el libro donde se escribe la suerte de todos los mortales. Las acciones caen de su voluntad como caen las hojas de los árboles. La vida corre con el ímpetu ciego de un torrente. Como un cuerpo impulsado por la mano presta el movimiento recibido á otro cuerpo que encuentra en su camino, las acciones de los hombres se mueven unas á otras, porque todas han recibido su movimiento primero de la mano misma de Dios. Una doctrina de esta clase destruye la mayor de nuestras energías, la voluntad; obscurece el mayor de nuestros luminares, la conciencia; suprime la ley más necesaria á nuestra naturaleza, la moral; arrebata el signo característico de nuestra superioridad

sobre todos los seres, el libre albedrío; nos quita la gran dignidad humana quitándonos la virtud, que nace del sentimiento más arraigado en nosotros, del sentimiento de nuestra responsabilidad; y desde la esfera de las causas, donde por libres nos movemos como dioses, nos arroja á la baja esfera de los efectos, como seres inferiores, subordinándonos á un poder ciego, cuando nuestra actividad reina como una potencia creadora en la sociedad y en la naturaleza. La libertad es la facultad humana por excelencia. La libertad es el título verdadero de propiedad sobre nosotros mismos. La libertad nos es tan necesaria é indispensable, que hasta las buenas acciones no pueden satisfacernos sino cuando son verdaderamente nuestras, cuando nos pertenecen á nosotros mismos por virtud de la interior espontaneidad. El fatalismo musulmán, la predestinación luterana, el determinismo moderno, todos los sistemas, religiosos ó científicos, que niegan el albedrío, dando á la voluntad divina fuerza avasalladora de la voluntad humana, ó poniendo el motivo como impulsor mecánico de nuestras acciones, jamás destruirán el sentimiento íntimo arraigado en cada hombre de que forma su propia vida por sí mismo; de que determina sus actos por energías é impulsos interiores; de que delibera solicitado por ideas opuestas; de que acepta una razón sobre otra razón, y prefiere un motivo á otro motivo; de que elige el bien ó el mal; de que procede en virtud de la la energía más viva, en virtud del libre albedrío, causa primera de todas sus obras. Y cuando este gran sentimiento, cuando esta viva conciencia de la libertad se eleva desde el individuo á las naciones, ábrense á sus ojos horizontes infinitos en el pensamiento, y á sus trabajos interminables esferas en la vida. Las grandes instituciones se fundan, y á las grandes instituciones corresponden constantes é interminables progresos. Y, al revés, los pueblos que caen tristemente en el fatalismo, como el pueblo turco, se petrifican en la inmovilidad, que es al cabo la muerte.

V

Luego el Dios musulmán se aparta del mundo y se aisla en el retiro de su esencia inaccesible. Si alguna comunicación tiene con el universo, la tiene por medio de sus profetas y de sus ángeles. Gran diferencia entre esta semítica concepción del ser absoluto y la concepción griega, ó mejor dicho, la concepción platónica, que sin dañar en nada á la libertad humana, ha difundido la esencia divina por las venas del hombre. El espíritu sintético de los griegos, personificado en su más alta expresión, personificado en el genio platónico, ha visto de un lado la perfecta inteligencia divina, y de otro lado la inteligencia humana; de un lado el ser invisible, y de otro lado la materia visible; de un lado la unidad absoluta, y de otro lado la variedad múltiple; y para unir estos dos extremos, ha difundido la idea del Verbo, vapor de la virtud celeste y difusión de la celeste claridad; á Dios unido, como el tiempo movible al espacio inmóvil y como el calor fecundante á la serena luz; de Dios emanado, pero en la humanidad inmanente, por cuya mediación la razón absoluta llega hasta nuestra razón, la idea increada hasta el seno de nuestra alma, y la substancia del Eterno, sin perder nada de su esencia, como no pierde su llama la antorcha donde otras antorchas se encienden; comunícase con el movimiento de los hechos, con la vida de las cosas, con la substancia de los espíritus, llevando por este medio misterioso la humanidad y el universo en su seno el mismo Dios que los ha creado. Así, al sentimiento de la libertad se une en los pueblos cristianos la conciencia de lo divino, mientras que el musulmán, desterrado por un Dios implacable á esta tierra desierta, alza sus manos al cielo suplicantes, atraviesa con sus ojos estáticos las rejas de su cárcel, para buscar lo divino, y, roto y quebrantado por tanto

esfuerzo, vuelve á caer en la desesperación, bajo la pesada cadena del fatalismo, que le aplasta en su pequeñez, como nuestros pies á los insectos en el polvo. Y estos pueblos turcos crecen con rapidez, si el fanatismo los mueve y la guerra los solicita; pero así que vienen las épocas de razón y de trabajo, enfrente, sobre todo, de pueblos más progresivos, retroceden y mueren fácilmente. Pasma el extremo de su grandeza, unido al extremo de su rebajamieuto. Una humilde tribu nómada origina á mediados del siglo décimotercio, cuando Bagdad había decaído y caído Córdoba, la nación de los turcos. El fundador de la dinastía de los sultanes, Osman, sueña con que la media luna, surgiendo del seno de su amada, tan bella como un cielo de Oriente, se fija en su pecho y se graba sobre su corazón, mientras brota de sus riñones un árbol, cuyas hojas eran como hojas de alfanje, y de cuyas raíces bullen y corren los ríos más caudalosos de la tierra. A este sueño, la conquista le tienta y la guerra se convierte en su única ocupación y en su único ministerio. Su tío Dundar, anciano prudentísimo, le da consejos reflexivos de moderación, y el sultán le responde disparándole una flecha que le derriba muerto á sus plantas. Desde este momento, el Asia menor cae, como presa dócil, entre las garras del tigre, y la capital de la antigua Bithinia se rinde después de un sitio semejante al antiguo sitio de Troya. Desde este momento ya no hay resistencia. Galípolis, que une el Asia y Europa; Andrinópolis, que es la rival de Constantinopla; la antigua Sárdica y la hermosísima Nissa, que dominan toda la península helénica; los campos de Kassovo, donde el gran Amurat sucumbe asesinado por el puñal de un Abilosch, que le atisba como una pantera y se lanza sobre su pecho como un león; la Grecia toda, que cae desde su altísimo trípode de pitonisa en miserable esclavitud; la Bulgaria, comprendida en el centro montañoso de las cordilleras, ricas en pórfido, que forman como el núcleo de la península de los Balkanes; la Valaquia y sus fortísimas riberas sobre las aguas del Danubio; la Servia y sus valerosos hijos, capaces de

defender sus hogares como las águilas sus nidos; la Aborea, el antiguo Peloponeso, en cuyos istmos, recamados por las olas de un mar incomparable, se alza la inmortal Corinto; la montañosa Bosnia, la santa Constantinopla, de cuyos muros se exhalaban letanías continuas mientras la devoraba el fuego de los sitiadores; la Crimea, aquel Ponto Euxino tan tristemente cantado por Ovidio; el Egipto mismo, la tierra de los misterios; regiones innumerables que la Historia se cansa de referir, y cuyas guerras de conquista exigirían los acentos de la epopeya, sucumben una tras otra durante tres siglos al poder de los turcos, los cuales, con su cimatarra en las manos, su media luna en la frente, sus genízaros en derredor, sus siervos innumerables á las plantas, parecen, más que los dominadores, los dioses del Oriente.

VI

Pero la decadencia ha venido, y cuando el muezín levanta su voz en los altos minaretes de la mezquita, parece un Jeremías llorando y plañendo la muerte de una raza. Turquía se cae á pedazos. Cada tres ó cuatro lustros, desde el día de la emancipación de Grecia, una de sus regiones suele apartarse del inmenso Imperio, conservando tan sólo nominales é ilusorios lazos, que sirven para mostrar lo vano de la dominación en los dominadores y para exacerbar los recuerdos de la antigua servidumbre en los dominados. La población turca disminuye sensiblemente, atrofiada en el serrallo. Las emigraciones del Occidente al Oriente, de la Turquía europea á la Turquía asiática, se notan por todas partes. A cada soplo del aire, á cada rayo de la luz, algo antiguo, algo grande, algo religioso, algo tradicional se mueve en el inmenso Imperio. Los patriarcas, que conservan el culto á las ideas muertas, los santones, que murmuran á todas horas la ley de Mahoma entre

dientes, se van al Asia en busca de un templo y de un hogar donde no les perturbe la amenazadora aparición de Europa. Hasta los muertos temen. Los testamentos ordenan frecuentemente depositar los cadáveres de los testadores en tierra de Escutari y no en tierra de Constantinopla. Sin duda, al morir, entre las revelaciones que descienden sobre las almas al aproximarse á la eternidad, con la intuición sobrehumana de la muerte, ven surgir en el templo de Constantino y de Justiniano, en la rotonda de Santa Sofía, que con la rotonda de San Pedro representa las dos cimas superiores del mundo cristiano, esa cruz griega despidiendo los resplandores de las ideas de Cristo, unidos á los resplandores de las ideas de Platón. Y no cabe dudarlo. Como aquellos que, al finalizar la historia antigua, iban sobre la Roma de los dioses paganos, eran los descendientes de los esclavos, los hijos de los gladiadores, los que ahora se levantan y amenazan la prepotencia de Estambul y la media luna de Osman son también hijos de los esclavos: que para los oprimidos guarda siempre un día de justicia la providencia de Dios y una página de venganza el genio de la Historia.

VII

Vamos á otro asunto. El canciller Mouraweiff, después de haber visitado á París, háse detenido en Berlín. Es cosa natural esta segunda visita, y en Europa nadie la extrañara de no haber insistido tanto los franceses partidarios de la inteligencia y alianza rusas en que no pasaría de ningún modo por Berlín el ruso canciller. Pues ha pasado. Y amén de pasar, se ha detenido tantos días como en París, aprovechados para departir sobre los problemas europeos, cada vez más dificultosos, y sobre las agitaciones orientales, cada vez más amenazadoras. Por cierto que periódicos franceses republica-

nos, muy republicanos, citando á Mourawieff, recuerdan la sangrienta pacificación de Polonia hecha por su señor padre, allá en la década del 60, como si ya hubiéramos dejado de ser demócratas y nos apercibiéramos á inscribir nuestros nombres en las legiones exterminadoras, compuestas por los fatídicos soldados del Czar. Yo no digo hagamos todo cuanto hicieron en París nuestros predecesores y maestros, cuando violaban por Polonia el Congreso nacional, ó por la Ciudad Eterna promovían un movimiento revolucionario interior. Tristísimas experiencias nos han dicho, que así como en el siglo pasado nada se pudo hacer por salvar á Polonia, en este siglo expirante nada se puede hacer por resucitarla y reconstituirla. Pero del reconocimiento de tamaña triste imposibilidad á los elogios, cómplices y encubridores del crimen mayor cometido por la monarquía y por los monarcas, media una gran distancia. En el año 92, perpetrados ya el desmembramiento y descuartización de Polonia, propusiéronse hacer lo mismo con Francia en su nueva coalición los coronados descuartizadores. Y no pudieron, porque si Polonia casó por aristocrática y monárquica, Francia se redimió por progresiva y libre.

VIII

No quieren otra cosa los rusos ilustrados que ser una democracia, y no envidian otra cosa que la República en Francia. Pero el carro de tanto imperio se atasca en el barrizal de la estepa, donde lo guarda inerte la superstición y la ignorancia del mujick, según llaman ellos al triste campesino moscovita. La esperanza de conmoverlo y sacarlo del atascadero late aún en el corazón de la juventud universitaria, sin duda porque han vivido poco aquellos jóvenes y no ha llegado aún á su frente la vespertina sombra del eterno desengaño. Quitadle al madrugador almendro sus flores y á la vívida juven-

tud sus esperanzas. En la Universidad de Moscou no se dan clases hace un mes, porque creen los estudiantes justo aguardar alguna libertad moderna del Czar, joven como ellos, y no pudiendo contener las grandes esperanzas liberales que les retozan por el cuerpo, las piden á gritos. De aquí una manifestación á diario, y en cada manifestación una muchedumbre de presos. ¡Infelices! Si pudieran transportar á la mente del pobre labriego su estado mental, no habría duda posible acerca de la transformación moscovita; vendría, como ha venido en pueblos de relativo atraso antes, como los uncidos al odioso yugo de las monarquías absolutas. Pero si en ciencia mandan los de arriba, los pensadores, nuncios de lo porvenir, en política mandan los de abajo, los labriegos, plantas del terruño apegadas á lo pasado. Y á medida que Rusia sea mayor y junte más pueblos bárbaros á su Imperio, mayores serán las esferas del despotismo. Mas esta convicción tristísima no empece á que los estudiantes rusos entre sí traben federaciones; designen federales consejos residentes en Moscou; envíen emisarios á Francia, los cuales den á esta nación, iniciadora y profeta, en rostro con que se prosterna de hinojos ante un régimen autocrático, y vayan en procesiones numerosas al cementerio de la Waganka, donde yacen los innumerables muertos inmolados por una imposible administración, para protestar contra ese despotismo que trae aparejadas tan tremendas catástrofes.

IX

Por manera que, no solamente se piden reformas en Turquía, se piden también reformas en Rusia. Mas, por el paso que llevan los hechos, tardarán muchísimo las reformas en Rusia, y descompondrán á Turquía, si llegan á realizarse alguna vez las hoy, según dicen, inminentes reformas. ¿Qué saben de reformas, ni pueden saber, los musulmanes? Cuando el

sofista Pilatos oyó á Cristo hablar de la verdad, le preguntó: *¿Quid est veritas?* Cuando las tribus germánicas avanzaban anhelantes y vengadoras sobre la Ciudad Eterna, los últimos Césares hablaban de libertad al pueblo-rey; pero este pueblo, embrutecido por cinco siglos de infame despotismo, preguntaba qué cosa era eso de libertad. No basta decretar las reformas; es necesario vivirlas. Y para que se vivan por los pueblos, es necesario que tengan éstos un aparato mental capaz de recibirlas y de asimilárselas. Dadle al más gallardo ciervo de la selva un higadejo de pato á lo Estrasburgo, y valiente regalo le habéis hecho si al mismo tiempo no le dais un aparato digestivo con que tragárselo y diluirlo por su cuerpo. Quien enajena su voluntad al fatalismo, su entendimiento á un libro revelado indiscutible, sus ideas á un Dios que todo lo sabe, su gobierno á un Califa que todo lo puede con su omnipotencia de monarca y pontífice, desde abriros las puertas del sepulcro hasta cerraros las puertas del Paraíso, no puede con la libertad y la soberanía como los llamados á la vida del derecho por seculares y hondas revoluciones, aunque lo mande un milagro.

X

El mundo se ha quedado atónito después de saber que los musulmanes habían inmolado trescientos mil armenios, al saber los tormentos indecibles con que agravaran estas inmolaciones. Y quien más de cerca vió todos estos cruentos sacrificios, que nos hacen retroceder á las tribus y á las edades antropófagas, es el sabio alumno de la Escuela de Atenas Mr. Berard, enviado allá para requerir de los naturales una información, y publicarla, por el profundo catedrático de la Sorbona, compañero mío en el Instituto de Francia, Mr. Lavisse, director de una gran revista europea, publicada hoy en Fran-

cia. Si personas de tal seso en su mente y de tal veracidad en sus informaciones varias no lo dijesen, nos resistiríamos á creerlo. El intento de suprimir Armenia suprimiendo los armenios, como un día los predecesores mongólicos del Sultán suprimieron de Quío los griegos y los genízaros de Bizancio; la tala de ciento diez y nueve burgos desarraigados del suelo por los exterminios de la matanza y del incendio, como se puede arrancar un árbol de raiz; las mujeres arrastradas á la cola de los caballos, con sus hijuelos en brazos; familias enteras conducidas á los mataderos, donde sus verdugos les cortaban las manos y los pies antes que las cabezas, para más atormentarlas; el horror llevado hasta el extremo de dar á las víctimas, para su alimento, la propia carne de su cuerpo, cercenada con el yatagán homicida; la circuncisión impuesta por el sable para llevar á Mahoma los fieles de Cristo; tantas crueldades increibles demandan el desarraigo de un Imperio cuyos actos deshonran á la humanidad y pudren el planeta.

XI

Y de todo tiene la culpa el Sultán. Es una especie de Augústulo, que creía salvar en sus postrimerías á Roma, porque cuidaba dentro de sus gallineros imperiales con sumo interés una gallina que Roma se llamaba. Indispensable ver su retrato recién hecho por Bernard. La soledad absorbe al Sultán, que teme hallar un enemigo en cada semejante, y porque la soledad es lo más parecido á su alma y á su conciencia que puede haber. En cada cortesano ve un traidor, en cada guardián un asesino. A nadie confía los secretos de su alma. En persona ninguna tiene confianza. Su escudriñadora mirada solamente revela recelos. El mal escondido temblor que le sacude cuando habla con cualquier interlocutor, dice que de todos teme algo y en todos sospecha cualquier mala intención.

Sus domésticos más cercanos ignoran dónde duerme, porque cada noche cambia su alcoba. Solamente sale de palacio los viernes para ir á la mezquita, y pone tal número de soldados y esbirros en movimiento, que le rodean dos ejércitos, uno á la vista y otro en el misterio. Dentro del coche lleva un hijuelo suyo sentado sobre sus rodillas, para que sea su escudo contra las balas, y en el pescante pone á Midhat-Bajá, por ser el héroe nacional, el defensor de Plewna, contra quien jamás se alzará un musulmán, por considerarlo el mayor enemigo de los cristianos y el mayor héroe de las creencias koránicas que ha tenido Turquía en los tiempos últimos. Le dominan dos consejeros, á cual más inhumanos, un árabe nubio, jamás de sangre saciado, y un sirio engañador, como perteneciente á la raza hechicera y mágica de antiguo, en la que tomaba Nerón los compañeros de sus fechorías, cortesano por ativismo y sustentador de esta doctrina: muerte al infiel.

XII

No conozco ninguna cuestión que sea tan controvertida en Europa como la cuestión armenia lo es ahora mismo, batallando con encarnizamiento entre sí las más encontradas creencias respecto de tan pavoroso problema. Si á un estadista del fin de un siglo como el anterior le dijeran que al fin de este nuestro siglo el Imperio ruso estaría por los musulmanes y el pueblo inglés contra los musulmanes, resistiríase con resistencia invencible á creerlo. Que un heredero de Pedro el Grande suspenda la marcha tenaz de los suyos á Constantinopla, y un heredero de lord Chatam disuelva el Imperio turco, fenómenos tales son, que hoy escandalizan nuestra vejez, porque pasaba en nuestra juventud á este respecto precisamente lo contrario. Inglaterra cree que quien protestó con fortuna tan grande contra las matanzas de Bulgaria, debe protestar contra

las matanzas de Armenia. Gladstone llama todos los días, en profético lenguaje, asesino coronado al Sultán. Pero Rusia, que, natural redentora de los búlgaros, vió revolverse á éstos en su contra, no quiere por la parte asiática del Imperio turco ninguna Bulgaria. Dominando una parte considerable del territorio armenio, cedido á su grandeza unas veces por la Turquía y otras por la Persia, teme Rusia que los habitantes, á su dominio adscritos, pugnen por irse al nuevo Estado y al nuevo pueblo libre, lo cual podría traerle dificultades inmensas. Así quiere la estabilidad.

XIII

Para una gran parte de los publicistas europeos no hay problema ninguno en Armenia; cuantos factores y términos lo constituyen, se han elaborado en el magín y caletre de los ingleses. Así no perdonan Armenia y los armenios. De límites bastante inciertos, el territorio; con historia sobrado confusa, la vida; enemigos un día de Grecia y de los griegos, hasta invocar á los mongoles ó turcos, y abrirles sin empacho las puertas asiáticas del bizantino imperio; cortesanos y aun favoritos de los sultanes, que los enriquecieron mucho; el odio, nunca muerto, redivivo siempre contra ellos en kurdos y en circasianos, proviene de haber estrujado á estas pobres gentes, exprimiendo todo el sudor de que sus cuerpos robustos son capaces sobre las usurarias cargas de tan voraces mercaderes, como los armenios, quienes absorben el oro ajeno, á la manera que absorben las aguas del aire los arenales del desierto. Así, quienes por tal modo discurren, equiparan al movimiento anti-armenio en Asia con el movimiento anti-semítico en Europa,

asegurando carecer de todo carácter religioso y de todo carácter político, por lo mismo que tiene un carácter social como el que tuvieran en la Roma del Aventino las reivindicaciones plebeyas.

XIV

Así no se andan con escrúpulos estos enemigos de la nueva Bulgaria y de la nueva Servia que se dibujan en Oriente, proponiendo haga el califa reinante con los armenios aquello que hizo Tito con los judíos en la toma de Jerusalem: trasladarlos á cualquier ciudad musulmana bien vigilada, como fueron trasladados los hijos de Israel desde las tierras palestinas al guetto latino. Hasta el nombre de los genízaros en este conflicto suena, y algunos proponen que se descabeze á los armenios como se descabezó á los genízaros, mas con orden y método, para que resulte regular y hasta legal de suyo la matanza, no anárquicas, como las perpretadas este verano y las usuales hoy en toda el Asia Menor. Cuando se dicen estas enormidades contra la eterna justicia y el humano derecho sin pestañear á ningún escrúpulo y sin avergonzarse de sí mismo quien las dice, cabe pensar que tales efluvios concluyen por producir una peste tan asoladora como la guerra. El telégrafo dice que resuenan los primeros disparos en Creta y que se aparejan al combate las naves griegas. Dios nos tenga de su mano.

XV

Y ante la cuestión de Creta se devana uno los sesos, pensando cómo las potencias europeas meterán en el mismo saco á Turquía y á Grecia. No creo las muchas exageraciones que se dicen respecto del Sultán: aunque las refieran publicistas autorizados, parécenme tomadas en informes de los rebeldes, todos ellos conjurados para desacreditar á su Gobierno, y por ende todos ellos incapaces de hacer justicia imparcial á quien los combate y los persigue. De ser el Sultán como sus enemigos lo pintan, imposible durara tanto tiempo en trono considerado como una de las mayores y más robustas claves europeas. Mas no creyéndolas, atribuyo á la difusión de tales reseñas un resultado tan adverso, como la imposibilidad completa de llegar hoy á un acuerdo entre Turquía y Grecia, resolviendo el problema por un pacto en que ganara el progreso humano, sin desdoro, sin mengua de la estabilidad europea. Si Europa mucho propende á Grecia, puede abrir la herencia del Imperio turco; y la herencia del Imperio turco puede costarnos las guerras de cuyas sirtes huye á todo huir el instinto de conservación en la gente contemporánea. Si Europa propende á Turquía demasiado, puede interrumpirse una obra tan saludable al mundo entero, como la resurrección y el restablecimiento de Grecia en el Oriente, necesarios para detener el terrible alud inminente de la irrupción esclavona. Nuestra cultura no puede cometer tanto crimen al fin de este siglo, sin dar un paso regresivo, un paso á la barbarie, cuando en la heroica guerra por Grecia comenzaran los primeros lustros del siglo. Yo bien sé cómo predominan los intereses y los cambios sobre los grandes afectos y las sublimes ideas en esta época, por lo cual no aguardo un Byron, que muera sobre su lira y sobre su espada en defensa de Grecia, ni un Fausto que bajo las bóve-

das de santa catedral gótica evoque la imagen bellísima de Helena y le rinda un amor tan exaltado como el que sintiera el coro de los poetas europeos entero no hace un siglo todavía; pero no creemos que después de haberle debido las alboradas de nuestras ideas, las cuerdas de nuestras liras, el ritmo y proporción de las columnas tan músicas como una oda, el maravilloso lexicón y las luminosas etimologías de todo el saber humano, la estatua clásica hollando las especies inferiores bajo su forma triunfante de toda fatalidad, el alma de la Metafísica, el verbo de la Religión, todas nuestras artes, el Renacimiento, á cuyo soplo floreciera el espíritu humano, podamos consentir un aniquilamiento de Grecia, que sería terrible recaída en la esclavitud y eterna deshonra de nuestro nombre.

EMILIO CASTELAR.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

De Alzola y Minond (D. Pablo).—**Memoria relativa al estado de la industria siderúrgica en España.**—Bilbao, 1896.

Con motivo de la visita hecha á Bilbao, en Agosto último, por una numerosa representación del *Institulo del hierro y el acero*, escribió esta Memoria el Sr. De Alzola, tan conocido por sus interesantes obras de ingeniería, y por sus informes y discursos sobre cuestiones arancelarias.

Expone en ella el estado de la producción de los minerales de hierro en España (5.514.399 toneladas en 1895, de las cuales sólo se benefició en el país una décima parte); describe las minas de Vizcaya, las más importantes de todas y los minerales más comunes de ella *(vena*, *campanil* y *rubio*), así como las de Santandar, Cartagena, Almería y Asturias; hace un buen resumen de la explotación de hulla en esta última provincia. Estudia después la historia de la fabricación del hierro y del acero en España y reseña las fábricas de la «Sociedad de Altos Hornos», «Vizcaya» y «San Francisco», en Vizcaya; «La Folguera», «Mieres» y «Moreda y Gijón», en Asturias, y otras varias menos importantes. La producción de todos estos centros se elevó, en 1894, á 260.000 toneladas de lingote, 120.000 de hierro dulce y 70.000 de acero.

De Alzola y Minond (D. Pablo).—**Colección de discursos y artículos sueltos sobre tratados de Comercio y Aranceles.**—Bilbao, 1896.

Dedicado hace tiempo el Sr. De Alzola á la activa propaganda de la política económica que cree más conveniente para vigorizar la producción fabril española en todos sus ramos, ha tenido la feliz idea de reunir en un volumen algunos de sus artículos y discursos que, separadamente, había editado antes de ahora.

He de citar, entre ellos, la elocuente oración pronunciada en el *meeting* de Bilbao de 7 de Diciembre de 1893 contra los tratados de Comercio, y los razonables informes que en el mismo sentido emitió ante la Comisión de Tratados, del Senado, y la Comisión Arancelaria de Cuba y Puerto Rico. El señor De Alzola se manifiesta en todos proteccionista *enragé;* culpa de los males que padece nuestra industria, á la que él llama romántica propaganda del cosmopolitismo utópico; afirma que el desarrollo extraordinario alcanzado por numerosas industrias en 1893 se debe á la protección del Arancel; considera como único medio de vigorizar las energías y extender la riqueza de las naciones, la protección de la propiedad industrial; sostiene que hasta los países que antes parecían más entusiasmados con la libertad de comercio, han elevado considerablemente sus aranceles, y pide la imposición de fuertes derechos á los productos extranjeros en Cuba y Puerto Rico.

Es también muy notable la conferencia pronunciada en el Círculo de la Unión Industrial de Madrid el día 22 de Junio de 1895, cuyo pensamiento capital se halla contenido en el párrafo siguiente: «El único camino para sacar á nuestra querida España de su actual decaimiento, consiste en reunir todos los esfuerzos á fin de despertar el vigor de sus energías y desarrollar las fuerzas del trabajo, encaminándolas en las regiones de la Península, favorablemente dispuestas, al desenvolvimiento de sus artes é industrias y á acrecentar al propio tiempo los productos de nuestra postrada agricultura.»

Los artículos titulados: «Fracaso de un antiguo tratado de

Comercio con Inglaterra», «Revisión Arancelaria», «Las obras públicas en Francia y en España» y «La ola proteccionista», están escritos con gran conocimiento del asunto y notable claridad.

Permanyer y Ayast (D. Juan J.)—**Discurso leído en la sesión inaugural de la Academia de Jurisprudencia y Legislación de Barcelona el día 6 de Marzo de 1896.**—Barcelona, 1896.

El Sr. Permanyer es un catalanista convencido y entusiasta. En el trabajo que examino hace una defensa calurosa y apasionada de la tesis: «Necesidad de que la vida jurídica de Cataluña sea catalana en todas sus esferas y manifestaciones cualesquiera que sean las consecuencias.»

La Academia lo aplaudió mucho y con razón, porque cualquiera que sea el juicio que esta idea merezca, hay que reconocer que está mantenida con elocuencia y con vigor.

A. Sela.

Conscience et volonté sociales, por J. Novicow; un vol. de a *Biblioteca Sociológica Internacional* de R. Worms; 381 págs.—París: V. Girard y E. Briere; 1897.—Su precio, 8 francos.

El libro del Sr. Novicow es el volumen sexto de la *Biblioteca Sociológica Internacional*, que en París dirige el insigne sociólogo Sr. Worms. Ya aquí se ha hablado de dos de los volúmenes anteriores, y en números sucesivos se dará cuenta de otros. Hasta ahora, la *Biblioteca Sociológica* lleva publicadas obras de autores rusos, franceses, italianos y españoles, respondiendo así ya con fidelidad á su apelativo de *internacional*.

En las obras que se anuncian hay libros de sociólogos polacos, húngaros, americanos y alemanes. Con razón, pues, ha podido decir, hablando de la *Biblioteca* del Sr. Worms, el simpático sociólogo belga Guillermo de Greef, que comprende «una colección indispensable para quien desee estar al corriente del movimiento sociológico internacional».

El libro del Sr. Novicow, escrito con la erudición escogidísima y con la brillantez de estilo características en todas sus obras anteriores, puede considerarse como un trabajo de reconstitución psicológica de la teoría orgánica de las sociedades. Para el autor de *Las luchas entre las sociedades humanas,* la teoría orgánica, que tan vivísima luz produjera hace quince años, á pesar de haber perdido no poco terreno, no puede considerarse como vencida. «Para vencer una teoría—dice—es necesario oponerle una teoría opuesta, que contenga una mayor suma de verdad. Ahora bien, los adversarios de la escuela orgánica, los partidarios de la escuela que pudiéramos llamar etnográfica, se han contentado con criticar. No han opuesto afirmación contra afirmación, tesis contra tesis; se han limitado á destruir, sin edificar, en cambio, nada.» La crítica que el Sr. Novicow hace, con ocasión de examinar los argumentos de la escuela etnográfica, de esta escuela, es por cierto muy interesante. Nuestro autor cree que la teoría orgánica está llamada á triunfar tarde ó temprano de una manera definitiva. Por de pronto, la teoría orgánica es la que ha venido á determinar el contenido propio de la sociología, orientando sus ideas y obligándole á abrir sus cimientos en los terrenos propios para una edificación sólida y firme.

Con muy buen acuerdo, el Sr. Novicow se aparta, para hacer sus investigaciones sociológicas dentro del criterio de la escuela orgánica, de las esferas ya muy trilladas de la fisiología. Prescinde del puro método analógico, y dedica su atención al aspecto psicológico del problema. Se ha hablado mucho, en verdad, de órganos, tejidos, sistemas orgánicos del cuerpo social. Quizá se ha exagerado este sentido puramente

biológico en la sociología principalmente spenceriana: en cambio, no siempre se ha insistido en el aspecto psicológico: las analogías entre la conciencia individual y la conciencia social no se han estudiado con tanto detenimiento, sobre todo por los mismos de la escuela orgánica. Ahora bien, la psicología social es un campo fecundísimo para dilucidar la naturaleza orgánica de las sociedades.

Y á ese campo acude Novicow: de psicología comparada, individual y social, trata todo su libro; su tesis, atrevida sin duda, quizá hoy por hoy discutible, pero sea como quiera, importantísima como base de investigaciones sociológicas, interesante es la de que la conciencia— el fenómeno fisicológico por excelencia—individual, y la conciencia social, están fundadas en bases idénticas. Para Novicow, en parte alguna se ha comprobado la analogía entre el organismo biológico y el social, como en el dominio de la conciencia.

La tesis formulada se desarrolla por el ilustre sociólogo en su obra en tres partes, que, en rigor, comprenden un ensayo completo de psicología social ó, mejor, de psicología del organismo social. En la primera se estudia la conciencia social, el censorium social, la composición de la *élite*, y el útil ó instrumento intelectual. En la segunda, se trata del funcionamiento de la conciencia social y de un órgano propio. Por último, en la tercera se contiene una teoría de las soluciones sociales.

Dadas las dificultades de la materia, la novedad relativa de muchos puntos de vista, la obra del Sr. Novicow no podía ser una obra definitiva. El mismo autor, tan modesto como sabio, no tiene la pretensión de haber *edificado* la psicología social; esta edificación «es superior á la fuerza de un solo hombre.» Pero aunque una crítica tenga que oponer no pequeños reparos á las inducciones del autor, aun cuando no todas sus ideas sean aceptables, aun cuando haya quizá precipitaciones y demasiado amor por la tesis, lo cierto es que el libro del sociólogo ruso es digno de estudio terco y detenido, por cuantos se dediquen á las investigaciones psicológicas en los domi-

nios cada día más amplios de la sociología. Por otra parte, en el libro del Sr. Novicow encontrarán un gran apoyo cuantos de algún modo estimen fecunda y sostenible la concepción orgánica de las sociedades.

A. Posada.

Principes de Sociologie, por Franklin H. Giddings, profesor de Sociología en la Universidad Colombina de Nueva York, Miembro del Instituto internacional de Sociología. Obra escrita en inglés y traducida al francés, con un prólogo, por el vizconde Combes de Lestrade.—Un volumen de la *Bibliotheque sociologique internationale.* París, 1897. Giard y Briere.—Un volumen, 362 páginas. Su precio, ocho francos.

El profesor Giddings es uno de los sociólogos más reputados de la América del Norte, y con plena justicia, por el valor innegable de sus interesantes trabajos. El de que voy á dar cuenta publicólo en Nueva York en 1896, habiendo sido objeto de muy preferente examen en las más importantes revistas norteamericanas; acerca de él he leído en *The American Journal of Sociology* (Chicago) un largo estudio crítico del sociólogo Small, quien saludaba la publicación del libro del profesor Giddings como un suceso de gran importancia para los sociólogos americanos, y en los *Annals of the American Academy of Political and social science* un artículo interesantísimo de otro sociólogo, Lester J. Ward, el cual, discutiendo las ideas de Giddings, reconoce el valor indiscutible de la obra. La traducción francesa, dispuesta por M. Worms y hecha por mi insigne colega y amigo M. Combes de Lestrade, debe aplaudirse sin reserva; el libro del profesor Giddings es de los que merecen ser puestos en la lengua más universal entre las gentes científicas.

Como pienso dedicar en otra ocasión, en esta misma revista ó en otra, largo y detenido estudio al libro de Giddings, pocas

palabras he de consagrarle en estas notas. El plan que el autor desarrolla es el siguiente: estudia primero los elementos de la teoría social moderna: en esta parte se comprende una apreciación crítica muy bien hecha del estado actual de la idea sociológica, como consecuencia de las grandes concepciones de Comte y de Spencer, los trabajos de Schäffle, Lilienfeld y Fouillée y las recientísimas investigaciones de Gumplowicz, Novicow, Tarde y Durkheim; después el autor investiga el principio que, según él, debe servir de fundamento para poder afirmar la existencia real de la sociología, principio que ha de inducirse de lo característico de lo sociológico. Ahora bien, lo que, según el autor, distingue la conducta social como tal, es «la conciencia de la especie.» «Alrededor de la conciencia de la especie, dice, como principio determinante, se agrupan todos los demás móviles en la evolución de la elección social, de la evolución social y de la política social; así, estudiar la obra de la conciencia de la especie á través de todas sus manifestaciones, vale tanto como elaborar una interpretación subjetiva completa de la sociedad.» En esta misma parte, después de indicar la idea sociológica, habla el autor del dominio de la sociología, de los métodos de la sociología y, por fin, de los problemas de la sociología. En rigor esta primera parte es una especie de introducción á la sociología como ciencia.

La segunda parte está ya más dentro del objeto de la ciencia sociológica; refiérese el profesor Giddings á los elementos y estructura de la sociedad, y estudia con tal motivo: 1.°, la población social; 2.°, el espíritu social; 3.°, la composición social, y 4.°, la constitución social; esto es: hay aquí un como esbozo de una dinámica sociológica con el cumplimiento del elemento estructural.

La tercera parte es una exposición de la evolución histórica de la sociedad, reducida á cuatro tipos ó faces capitales: 1.°, Asociación zoogénica; 2.°, Asociación antropogénica; 3.°, Asociación etnogénica, y 4.°, Asociación demogénica.

Por último, la cuarta parte comprende una indicación de

la leyes y causas del *proceso* social. El autor estudia primeramente el proceso social físico; luego el psíquico; después, de un modo especial, las leyes y causas sociales, para terminar con la indicación de la naturaleza y fin de la sociedad.

Repito que he de hablar más detenidamente de este importante libro, y que por ello no quiero detenerme aquí demasiado. Sólo advertiré que se trata de un trabajo, principalmente de orientación sociológica, lleno de problemas, apuntados á veces, á veces examinados con gran tacto; que en él se hermanan hasta cierto punto las dos maneras de tratar la sociología, sistemática é histórica, y que sin que se admitan la mayoría de las conclusiones que el autor sustenta, el libro es de los que se leen y leyéndolos enseñan y hacen pensar.

ADOLFO POSADA.

L' Organismo sociale e' un super organismo?, por P. de Lilienfeld, Senador del Imperio ruso, del Instituto internacional de Sociología.—Turín, 1896.—Un folleto, 14 páginas.

Escrito este folleto por el autor de los *Pensamientos de una ciencia social del porvenir* y de la *Pathologie sociale,* después de publicado el libro del Sr. Worms, *Organisme et Societé*, es una defensa de su concepción sociológica, orgánica. Su principal esfuerzo dirígese á estudiar el alcance de ciertas concesiones hechas por los adversarios del organismo social, especialmente de la concesión que implica la declaración de aquellas que dicen: «la sociedad es sin duda un organismo, pero un organismo *sui generis*». El insigne sociólogo ruso examina los argumentos de los que no se deciden á admitir que la sociedad es un organismo natural, asentando con brillantez una vez más sus conocidas ideas.

A. POSADA.

OBRAS NUEVAS

Abad (M.)—Notas militares sobre el Japón. En 8.° mayor, 120 páginas: 2 pesetas.

Acta de la sesión pública, celebrada en el Ateneo Barcelonés el 30 de Noviembre de 1896. En 4.°, 45 páginas.

Arana.—Lecciones de ortografía del euskera bizkaino. En 8.° menor, 308 págs: 30 céntimos.

Armengol y Cornet (P.)—La participación de beneficios. En 4.°, 235 páginas: 1,50 pesetas.

Ayuso (F. G.)—Compendio de gramática francesa. En 8.°, 279 páginas: 2,50 pesetas.

Barado (F.)—Ronda volante; episodios, narraciones y estudios de la vida militar. En 12.°, 197 páginas: 0,50 pesetas.

Bassa (J.)—El algarrobo. Su descripción, multiplicación, etcétera. En 8.° mayor, 228 págs.: 2,50 pesetas.

Batres Jáuregui (A.)—Literatos guatemaltecos. *Landivar é Irisarri*, con un discurso preliminar sobre el desenvolvimiento de las ciencias y las letras en Guatemala. En 4.° mayor, 312 páginas.

Bernaldes (F.)—Buñuelos de viento. Colección de poesías festivas. En 8.°, 178 págs.: 3 pesetas.

Biblioteca vascongada.—*Tomo V.* Cosas de antaño: capítulos históricos, *tomo I.* En 4.°, 223 páginas: 2 pesetas.

Castillo y Jiménez (J. M. del).—El Katipunan ó el Filibusterismo en Filipinas. En 8.°, 297 páginas: 5 pesetas.

Castro (J. de).—Golpes van á dar. En 8.°, 39 páginas: 0,75 peseta.

Codera (F.)—Los fosfatos en agricultura. En 12.°, 30 páginas.

Chocano (J. S.)—En la aldea. Lima, imprenta del Estado, 1895. En 12.°, 127 págs. y un retrato: 2 pesetas.

Delgado y Sánchez de Castilla (J.) y Arés Andrés (V.)—Manual de reclutamiento y reemplazo del ejército. En 4.°, 464 págs. y v de índice: 5 pesetas.

Díaz Fernández (V.)—El nuevo derecho universal y la política sin

políticos. En 8.°, 80 págs.: 1 peseta.

Echegaray (J.)—La calumnia por castigo; drama en prosa en tres actos y un prólogo. En 8.°, 162 páginas: 2 pesetas.

Flórez y Quiñones (M.) y Alfaro Navarro (E.)—Elementos de literatura preceptiva ó retórica y poética. En 8.°, 283 págs.: 4 pesetas.

García Icazbalceta (J.) — Obras. *Tomo II.* Opúculos varios. II. Méjico. Impr. de V. Aguirre. 1896. En 8.°, 461 págs.: 7 pesetas.—*Tomo III.* Biografías. I. Méjico. Imprenta de V. Agüeros. 1896. En 8.°, 439 págs.: 7 pesetas.

González y Portales (E.)—Nuevos reglamentos para la ejecución de la ley de reclutamiento y reemplazo del ejército de 21 de Octubre de 1896. En 4.°, XVI-181 páginas: 2,50 pesetas.

Guía eclesiástica de España. 1897. Sin l. ni impr. En 4.°, 350 págs., 6 vistas de varias catedrales y 2 retratos, uno de S. S. León XIII, y el otro del Cardenal Monescillo. Encartonado: 10 pesetas.

Herrero (J. J.)—Mar adentro. En 8.°, 69 págs.: 1,50 pesetas.

López de Pariza (G.) — Procedimientos gramaticales y ejercicios de lenguaje. En 4.°, 242 págs.: 2 pesetas.

Luzón (A. y J.) — Estudio geográfico de la isla de Cuba. En 8.°, 167 páginas: 2 pesetas.

Matheu (J. M.)—Marrodán primero, (continuación de «El Santo Patrono».) En 8.°, 425 págs.: 3 pesetas.

Medina (J. T.)—La imprenta en Manila desde sus orígenes hasta 1810. Santiago de Chile, impreso y grabado en casa del autor. 1896. En 4.° mayor, XCVI-280 páginas y 12 portadas reproducidas: 25 pesetas.

Memorias de la Comisión del Mapa geológico de España. Explicación del Mapa geológico de España, por L. Mallada. *Tomo I.* Rocas hipogénicas y sistema estratocristalino. *Tomo II.* Sistema cambriano y siluriano. En 4.° mayor, 4 hojas, 558 y 515 págs. con grabados.—Cada tomo 15 pesetas.

Menéndez Pidal (R.) — La leyenda de los Infantes de Lara. En 4.°, XVI-448 págs.: 10 pesetas.

Monner Sans (R.)—Apuntes é ideas sobre educación. En 8.° mayor, 231 págs.

Moragas (G.) — Corrientes subálveas. En 4.°, XVI-133 págs. y 4 láminas.

Moreno y López (M.)—Higiene social. El suicidio, sus causas, síntomas y tratamiento. En 8.°, 18 páginas: 1 peseta.

Moret (S.) — Discurso leido en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, con motivo de la apertura de sus cátedras. En 4.° mayor, 40 págs.

Newman (K.)—El kambio de komposizion ke esperimenta el agua de «El Salto» durante el imbierno. Nota embiada á la Soziedad Zientifika de Balparaiso. Santiago de Chile. Imprenta Rroma. 1896. En 4.° mayor, 14 páginas y una lámina.

Idem.—La unificación de las medidas. Balparaiso. S. impr. 1897. Karlos Kabezón, editor. 1897. En 8.°, 61 págs.: 2 pesetas.

Noticiero-Guía de Madrid. (Arre-

glada por un Reporter). En 4.°, 286 págs.: 1 peseta.

Observatorio de Madrid.—Resumen de las observaciones meteorológicas efectuadas en la Península y algunas de sus islas adyacentes durante los años 1893 y 1894. En 8.° mayor, XVI-392 págs.

Idem.—Observaciones meteorológicas efectuadas en el Observatorio de Madrid durante los años 1894 y 1895. En 8.° mayor, XXIV-486 páginas y dos cuadros gráficos de la temperatura del aire. Encartonado.

Olmedilla y Puig (J.)—Estudio histórico de la vida y escritos del sabio médico español del siglo XVI Nicolás Monardes. En 4.°, una hoja con retrato, portada y 112 páginas: 3 pesetas.

Pérez Galdos (B.) y Menéndez y Pelayo (M.)—Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del primero. En 4.° mayor, 49 págs.

Tema: Relaciones entre el público y el novelista.

Pérez y González (F.)—¿Quieres que te cuente un cuento? pues allá va un ciento. En 8.°, 236 páginas: 3 pesetas.

Pérez Nieva (A.)—Agata (novela). En 8.°, 215 págs.: 2 pesetas.

Colección Elzevir. *Vol. 3.°*

Reglamento para la provisión de escuelas públicas, aprobado por Real decreto de 11 de Diciembre de 1896. En 4.°, 26 págs.: 0,50 pesetas

Reynoso (F. de).—Reseña de la agricultura en Inglaterra y en otros varios países, 34 páginas: 2 pesetas.

Salavera y Tr as (R.)—El cerdo: edición ilustrada con numerosos grabados. En 4.°, 262 págs.: 4 pesetas.

Salazar y Garaigorla (J. de).—Acaecimientos de un diario de navegación. En 8.°, XXI-471 páginas y 3 láminas.

Sánchez Cantos de Escobar (A. de la).—Para ellas: colección de novelitas y cuentos. En 4.°, 351 páginas: 10 pesetas.

INDICE

Págs.

El saludo de las brujas, por Emilia Pardo Bazán..... 5
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 32
Un libro sobre el problema social, por G. de Azcárate..... 53
Historia del pan, por el Dr. Joaquín Olmedilla y Puig..... 71
Progresos del feminismo, por Adolfo Posada..... 91
La prensa internacional.—Khor y Kalinych.—Siervos rusos en los campos, por I. Turgueneff.—*Mazarino y D. Luis de Haro*, por Alberto Malet..... 138
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 163
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 176
Notas bibliográficas, por A. Sela y A. Posada..... 197
Obras nuevas..... 205

AP
60
E8
año 9
no.97-99

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY